FRANCISCO TOLEDO LOBO
LA
ESTRELLA
DE
ÉBANO
Grijalbo

FRANCISCO TOLEDO LOBO

La estrella de ébano

Grijalbo

A Elena,
mi sirenita montañera,
mi Campanilla,
la que ve la vida del mismo color que yo
y consigue que seamos mucho más que dos

Non quia difficilia sunt non audemus,
sed quia non audemus difficilia sunt.

Epistulae morales ad Lucilium,
CIV SENECA LVCILIO SVO SALVTEM [26]

No es la dificultad lo que impide atreverse,
sino que de no atreverse viene toda la dificultad.

Epístolas morales a Lucilio,
Carta 104 de Lucio Anneo Séneca a Lucilio [26]
Traducción de FRANCISCO NAVARRO Y CALVO,
canónigo de la metropolitana
de Granada, 1884

1

El rescate

Airam salía del puerto para navegar por el Mediterráneo en su primera singladura como capitana del Clara Campoamor. A los cuarenta y cinco años, saboreaba ese momento que tanto le había costado alcanzar en un sector donde las mujeres brillan por su ausencia. El buque y su gemelo, el Don Inda, eran los más grandes de SASEMAR, la Sociedad de Salvamento y Seguridad Marítima. El impresionante casco, de color naranja, destacaba sobre el intenso azul del mar. Con aquellos potentes motores, capaces de remolcar a un superpetrolero, surcaba el Mediterráneo en calma bajo un sol radiante que ninguna nube se atrevía a ocultar. Airam no podía imaginarse que aquella balsa de aceite estuviera a punto de desatar en su vida un tsunami y que cambiaría las de millones de personas.

Sebastián, el primer oficial, se dirigió a ella en el puente de mando en un intento de simpatizar con la impresionante rubia de ojos azul celeste que tenía como nueva jefa.

—Debe de estar orgullosa del nombramiento como capitán del Clara Campoamor.

—«Capitana», oficial, «capitana». Sí, me ha costado veinte años de servicio, pero al fin he cumplido mi sueño: capitanear uno de los dos grandes buques de SASEMAR. Es un orgullo estar al frente de esta imponente nave, y más cuando con ello he roto un techo de cristal.

—Que lo haya roto en un buque con el nombre de la principal

impulsora del sufragio femenino en España debe de ser una grata coincidencia para usted.

—Seguro que también lo sería para Clara Campoamor.

La capitana recorrió junto con Sebastián el puente de mando, auscultando cada detalle y constatando que el Clara Campoamor poco tenía que ver con los remolcadores, guardamares y salvamares que había tripulado hasta entonces.

—Da mucha seguridad tener todos los elementos de control duplicados para así evitar fallos del sistema. —advirtió Airam.

—Y contar con dos puentes de mando —añadió Sebastián con un gesto. Uno de los puentes, el que utilizaban al navegar, miraba hacia proa; el otro, hacia popa, lo que lo hacía perfecto para supervisar las operaciones—. Siéntese en la silla del capitán y le enseñaré algo que no sé si conoce.

—A partir de ahora, «silla de la ca-pi-ta-na» —enfatizó Airam.

—Disculpe, aún no me he acostumbrado a que mi jefe sea una mujer.

—«Jefa», oficial, «jefa». Acostúmbrese pronto o nos las tendremos.

—Sí, mi capitana.

Airam tomó asiento y observó la cantidad de botones, palancas de mando y el *joystick* que permitían controlar las operaciones desde los brazos de la silla.

—Nada de esto me sorprende; como supondrá, estoy acostumbrada a manejar estos dispositivos.

Sebastián pulsó un botón, esbozando una sonrisa, y la silla comenzó a moverse hacia delante. Airam advirtió que podía desplazarla hasta el cristal que daba a la cubierta o retroceder para tener más a mano el resto de los mandos de control.

—Había oído hablar de esta chorrada, aunque no la recordaba.

—La verdad es que esta prestación aporta poco.

—Al contrario que el sistema de posicionamiento dinámico; tengo ganas de verlo en acción —comentó la capitana.

—Impresiona cómo mantiene la nave en una posición fija por más olas, corriente o viento que haga —añadió Sebastián.

—Para las operaciones de salvamento es fundamental —puntualizó

Airam. El sistema en cuestión facilitaba el posicionamiento en apenas unos minutos—; nada que ver con el posicionamiento manual al que estoy habituada.

—Usted y todo SASEMAR, ya sabe que este sistema no lo tiene ni el Don Inda.

—Es que el Clara Campoamor es único —se preció la capitana—; tengo ganas de comprobar en la práctica tanto su excepcional maniobrabilidad, gracias a ese sistema y las seis hélices, como la potencia que le permite remolcar al buque más grande que existe gracias a los veintidós mil caballos de los cuatro motores Rolls Royce.

Sebastián sonrió al constatar que Airam conocía al dedillo las características de la nave, aunque no hubiera estado antes en ella.

La capitana bajó a interesarse por lo que hacían los otros tres oficiales y los nueve subalternos que completaban la tripulación. Cuando al cabo de unos minutos volvió al puente de mando el primer oficial retomó la conversación.

—Mi capitana, ¡menudo día para su debut! Es magnífico.

En efecto, la visibilidad desde aquel puente, que ofrecía una perspectiva de 360 grados, no podía ser mejor, pero Airam estaba acostumbrada a cortar cualquier atisbo de cercanía de sus subordinados que no tuviera relación con el trabajo y le respondió con tanta cordialidad como contundencia:

—Un día inmejorable, primer oficial, pero ya sabe que nada tengo que ver en ello.

Sebastián, que no pareció haber entendido el mensaje, prosiguió:

—Estamos en sintonía con la claridad del día.

—¿Por qué lo dice?

—Porque somos del Clara Campoamor. —Sonrió con complicidad—. Clara… claridad… Hay sintonía, ¿no?

La capitana no le devolvió la sonrisa. No salió ni una palabra de su boca. El silencio que siguió amonestaba a Sebastián por el necio comentario. Él, aparentemente fuera de onda, insistió de nuevo:

—Así que hoy estamos de suerte por partida doble en este buque: por la nueva capitana y por el día radiante.

—Primer oficial, ¡no me sea pelota! No me diga nada que no diría a un capitán, por favor.

—Sí, mi capitana, disculpe.

A Sebastián, al fin, le quedaron claros los límites de su flamante relación laboral con la capitana. No era cuestión del rango —quienes iniciaban esa carrera profesional asumían los límites establecidos por la cadena de mando—, era cuestión de género. Tomó nota de la primera lección de la capitana: no admitiría comentarios derivados de su condición de mujer.

La singladura transcurrió sin incidentes hasta que el marinero a cargo de la pantalla multifunción de radar dio un aviso:

—Alerta, primer oficial, tenemos una señal débil de un Objeto Flotante No Identificado a un par de millas de distancia en dirección noroeste.

—¿Longitud estimada del OFNI?

—Es pequeño, y la señal, muy débil.

—¿Altura?

—Apenas sobresale de la superficie. Podría ser un tronco o un cúmulo de algas con algo enredado.

Sebastián cogió los potentes prismáticos y observó el mar en la dirección indicada por el marinero.

—Mi capitana, no avisto nada. No cumple con el protocolo para ir necesariamente hacia él, aunque podemos hacerlo si lo desea. ¿Cambiamos de rumbo para aproximarnos?

Airam tenía muy presente que los OFNI suponían un grave peligro para la navegación, en especial para las embarcaciones más pequeñas, desde que vivió una experiencia que recordaría toda la vida. Cada vez que oía la palabra OFNI, la capitana rememoraba el día en el que unos jóvenes a bordo de un yate a motor pusieron el piloto automático y surcaron el mar a una velocidad imprudente. Nadie prestó atención al mar ni a las señales de la instrumentación, y pagaron cara la negligencia: la proa del yate chocó con un tronco colosal cuya afilada punta penetró en la quilla y abrió una gran brecha. En pocos minutos los jóvenes se convirtieron en náufragos y no podían recurrir a la

zódiac, pues había acabado rajada el día anterior, cuando se acercaron de forma temeraria a unas rocas. Se quedaron flotando en la inmensidad del mar sin más auxilio que los chalecos salvavidas y con la angustia de no conseguir alertar al Sistema Mundial de Socorro y Seguridad Marítima antes de que el yate se hundiera, porque el equipo de llamada selectiva digital no funcionaba.

Afortunadamente, el buque de SASEMAR en el que trabajaba Airam se encontraba cerca y, a pesar de que la señal captada era muy débil y no hacía presagiar un naufragio, el capitán ordenó que acudieran al epicentro. Gracias a esa decisión, aquellos jóvenes náufragos salvaron la vida. En ese momento ella se prometió que cuando fuese capitana comprobaría cada OFNI que detectara, ya fuesen contenedores caídos de los buques mercantes en los temporales, como troncos o tantos otros peligros que acechaban en la superficie del mar y que desconocían quienes no eran navegantes.

—Por supuesto, ¡vamos a por ello, sea lo que sea! —ordenó con tono enérgico la capitana.

Sin saberlo, acababa de tomar una decisión aparentemente intrascendente que, sin embargo, resultaría crucial en su vida y en la de todo un país.

A medida que se acercaban al OFNI, la tripulación se concentró expectante en estribor, cerca de la proa.

—¿Os apostáis algo a que es basura otra vez?

—Yo apuesto a que es un amasijo de algas con algo enredado en ellas.

—A este paso acabaremos llamándonos «Salvamento Marítimo de Basura».

Las chanzas pronto dieron paso a la pesadumbre, pues descubrieron que se trataba de cinco personas flotando y no se atisbaba ni un solo movimiento.

—Mala cosa; no dan señales de oír que nos acercamos —señaló un marinero.

Los comentarios enmudecieron a medida que iba distinguiéndose la trágica composición: se trataba de cinco mujeres ahogadas, con el torso

desnudo y unidas una a otra por las mangas de camisetas rojas anudadas a sus muñecas. Allí, boca abajo, componían una estrella de cinco puntas. Formaban un macabro corro flotante, con las cabezas hacia el centro, lo que denotaba que lo último que habían hecho en vida era mirar a sus amigas y despedirse para siempre. Cuando el Clara Campoamor se detuvo, Airam dio una orden expeditiva:

—¡Suban a esas mujeres a bordo cuanto antes!

El buque desplegó dos de las seis grúas, las de tamaño intermedio, y bajaron al mar dos zódiacs, en una de las cuales embarcó el médico, imprescindible en una embarcación que rescata a multitud de personas al cabo del año, aunque en este caso parecía que nada podría hacer por la vida de las cinco mujeres. Los rayos del sol caían con todo su fulgor sobre el triste escenario del corro flotante, como queriendo iluminar al máximo, para que no se perdiera ni un detalle. Los tripulantes, con suma delicadeza, fueron desatando las camisetas que unían los cadáveres y los subieron a las lanchas. Sin pronunciar palabra, les descubrieron la cara, una a una, a medida que los cuerpos quedaban mirando al cielo, tendidos en las quillas neumáticas. La capitana bajó a la cubierta del buque para seguir de cerca la operación y observó que las cinco eran chicas jóvenes, de la edad de sus hijas o incluso menores.

—Esta estrella de ébano flotante jamás se borrará de mi mente —murmuró Airam.

Las zódiacs acabaron pronto con el rescate, ya que, con el mar tan tranquilo, había sido una operativa fácil. «Nunca había asistido a un rescate mudo. No ha salido ni una palabra de ninguna boca», pensó Airam.

Tras dejar los cuerpos en la cubierta, la tripulación se reunió, de pie, en torno a ellos. Contemplaron a cada una de las chicas de pies a cabeza… de cabeza a pies… con unas expresiones desconsoladas que dolían solo de verlas. No se oyó ni el más leve murmullo. Airam las sondeaba con los ojos, como si quisiera fotografiar mentalmente cada detalle y descubrir las historias que había tras las cinco chicas. Ante los cuerpos desparramados, sin camiseta, la capitana, acongojada, se adelantó a sus hombres, se arrodilló y, lentamente, fue cogiéndoles las

manos mientras reprimía con todas sus fuerzas las ganas de llorar, pues sabía que no podía derrumbarse ante su tripulación el primer día.

Un silencio sepulcral se extendió por el buque. El Clara Campoamor se había convertido en un valle de lágrimas silenciosas que manaban de los ojos de muchos marineros.

—Tienen las manos heladas. Así se me ha quedado a mí el corazón al verlas —susurró la capitana.

La tripulación asistió, atenta, a los movimientos de Airam. Ella observó unas curiosas cicatrices en la mano izquierda de cada chica.

—¿Por qué? —murmuró.

Sintió un nudo en el estómago al descubrir que dos de esas caras de ángel presentaban fuertes golpes.

—¿Por qué? —musitó.

Sebastián se acercó a Airam y le apoyó la mano en el hombro izquierdo para poner fin al suplicio que intuía. Con cariño, le propuso:

—Vayámonos, si le parece.

La capitana se levantó, echó un vistazo a las caras de pena de la tripulación y se acercó al doctor.

—Haga su trabajo —le ordenó en voz baja.

El médico del buque certificó oficialmente los fallecimientos y ordenó que se realizaran las autopsias una vez que llegaran a tierra.

Mientras tanto Airam se retiró apesadumbrada a su camarote. Tras cerrar la puerta, se tumbó en la cama y rompió a llorar todo lo que había contenido; necesitaba sacar cuanto antes la pena que llevaba dentro. Al cabo de unos minutos, subió al puente de mando en silencio; las palabras se aferraban a su interior, oprimiéndole el pecho, quemándole el corazón, como si no quisieran salir para no compartir el funesto panorama. Desde allí, en lo alto del buque, observó pensativa a las cinco jóvenes que yacían en la cubierta de popa y la tristeza se apoderó de ella hasta el fondo de su alma. «¿Por qué?», seguía preguntándose.

En cuanto la tripulación empezó a alejarse para volver a sus puestos, el marinero fotógrafo de la tripulación, que se encargaba de dejar testimonio gráfico de los rescates, se acercó a los cadáveres y los

fotografió con todo detalle: fotos de cuerpo entero, de cara, manos, pies, brazos, piernas, torso, espalda...

Al cabo de un rato, Sebastián rompió el silencio en el puente de mando.

—Mi capitana, lamento que nos hayamos encontrado con un hecho tan dramático en su primer día en este buque.

—Sería igual de lamentable fuese el día que fuese. ¿Ve usted? No era tan magnífico. Nunca sabemos lo que nos deparará la jornada.

—Tiene usted razón. Cinco migrantes más ahogadas, que huían de la pobreza extrema, ensombrecen cualquier día. Otra patera de la muerte…

—No sabemos de qué huían ni si iban en una patera.

—Lo he visto demasiadas veces, mi capitana.

—Yo también, primer oficial. Llevo más horas que usted en otros buques de SASEMAR. Tengo muchos rescates en mi hoja de servicio y le aseguro que nunca he visto nada igual. Se rescata a migrantes en pateras a punto de hundirse; a migrantes que nadan como pueden, luchando por sobrevivir contra el mar; y también se rescatan cadáveres, como hoy, pero siempre flotando aislados. Nunca he visto a cinco mujeres unidas. Cinco mujeres, ningún hombre, y unidas de forma voluntaria. Digo «de forma voluntaria» porque esas camisetas no estarían atadas si no hubieran querido permanecer juntas. ¿Ha vivido usted alguna vez un rescate similar?

—Nunca, mi capitana. No había caído en la cuenta. Suelen ser hombres, en su mayoría. También hay mujeres, aunque notablemente menos, e incluso niños y niñas. Pero solo mujeres nunca lo había visto. Y personas unidas entre ellas en un corro también es nuevo para mí.

—Pues todo esto indica algo, Sebastián. Volvamos a puerto —ordenó la capitana, como dictaba el protocolo tras un rescate.

—A sus órdenes. Ponemos rumbo a PortCastelló.

«Segunda lección: con esta capitana debo analizar las cosas en profundidad», se dijo el primer oficial.

Acto seguido Airam llamó a la torre de control y avisó de que llegarían en unas cuatro horas con cinco cadáveres encontrados

flotando en aguas internacionales. De camino, Sebastián le hizo una confidencia.

—Capitana, me ha impresionado que bajara a cubierta y estuviera en primera línea a pesar de lo desagradable que era. Los capitanes que he tenido hasta ahora rara vez bajaban, ni siquiera en las operativas más rutinarias. Y eso que eran hombres.

—O precisamente porque eran hombres —replicó Airam—. Pero eso no es ni malo ni bueno. Ya sabe lo que dicen: cada maestrillo tiene su librillo.

—Aun así, lo que ha hecho me llama mucho la atención, porque su proceder no se corresponde con lo que cuentan de usted.

—¿Y qué cuentan?

El primer oficial se quedó en silencio, dudando si revelarlo o no.

—Venga, Sebastián, ahora no puede callarse. Confiese el pecado, por malo que sea, aunque no el pecador.

—Es que no sé por qué he dicho eso. No sé si…

—¿«No sé si»? Pues yo sí sé. ¿Qué cuentan? ¿Que soy una bruja porque soy exigente? Venga, ¡cante de una vez!

El primer oficial entendió que no podía callar. No tenía más remedio que revelar lo que decían de Airam.

—Nos advirtieron de que era usted muy estirada…

—¿Estirada yo? Como no sea porque soy alta… ¿Estirada? Hummm…

—Y dudaban de que fuera la persona más indicada para este puesto, porque por lo visto lo ha tenido todo muy fácil en la vida.

—¡Claro! Y supongo que habré acabado como capitana del Clara Campoamor por la influencia de mis padres, ¿no?

—Va a ser que sí. Eso es justo lo que dicen.

—Es cierto que provengo de una familia adinerada.

—Sí, sé que su familia es propietaria de una gran industria del sector cerámico.

—Estoy muy orgullosa de lo que han conseguido mis padres. Levantaron de la nada una compañía que exporta a más de cien países. Pero eso no significa que yo tuviera las cosas fáciles. Ellos esperaban

que algún día estuviese al frente de la empresa. No tenían otro cartucho sucesorio, ya que soy hija única. Recuerdo que mi padre me decía que podía estudiar Economía, Administración y Dirección de Empresas o Ingeniería Química o Industrial, si es que me gustaban más las ciencias, y, en cualquiera de esos casos, al finalizar los estudios me esperaba un buen puesto en el negocio familiar y toda una trayectoria profesional hasta acabar en la cúspide.

—Y, con ese futuro, ¿cómo acabó en el mar?

—Muy a pesar de mis padres, elegí otro camino. Estudié Ingeniería Naval en la Universidad Politécnica de Madrid. Vivir es elegir, y no quería que nadie eligiera por mí; quería vivir mi vida, no la que me escogiesen. Así que me puse a trabajar en Madrid, y con lo que ganaba me pagué la carrera; a mis padres no les costó ni un euro.

—Me asombra, capitana. Trabajar y a la vez estudiar una carrera que tiene fama de ser muy dura me parece algo extraordinario.

—Bueno, ciertamente es dura y era la única de mi promoción que compaginaba trabajo y estudios, pero estoy muy orgullosa de ello.

—O sea que, de hija de papá y de tener las cosas fáciles, *na* de *na* —resumió Sebastián.

—*Na* de *na*, como usted dice. Al contrario. Me costó, pero logré acabar con buenas calificaciones y como única mujer de mi promoción.

—¿Y pasó del aula a SASEMAR?

—Antes tuve un primer trabajo para una naviera privada de cuyo nombre no quiero acordarme. —Frunció el ceño.

—Ya se puede imaginar la fama de enchufada que le achacan…

—¿Enchufada? ¡Ja! Le aseguro que mis padres no movieron un dedo, porque lo que quieren es que trabaje en la empresa familiar. Es más, si pudieran harían lo que fuera para que dejara esto, para que no prosperara en este sector.

—¡Qué diferente de lo que cuentan de usted!

—Como la noche y el día. A los que le dicen esas cosas puede preguntarles: ¿y por qué crees que Airam es capitana y no está en la empresa familiar cuando allí tendría un trabajo más acomodado y un sueldo muy superior?

—Buena pregunta. Y, si no es indiscreción, ¿cuál es la respuesta?

—Por vocación, Sebastián. Amo el mar desde pequeña, cuando empecé en la escuela de vela con los Optimist. Un verano, mientras navegaba con mis padres en su velero, me prometí a mí misma que me dedicaría a algo que me permitiera sentir el mar como lo sentía en ese viaje; y aquí estoy, disfrutando todos los días de su gama de colores, oyendo los diferentes oleajes y oliendo el salitre.

Airam no quiso desvelar a Sebastián que tenía otra razón más fuerte que su amor al mar para trabajar en SASEMAR: el salario emocional que recibía luchando contra la contaminación marina y salvando vidas. Le resultaba muy gratificante sentir el agradecimiento de los migrantes cuando los rescataban, evitando que acabaran como aquellas chicas; ver entonces su cara de esperanza al creer que ese salvamento era el pasaporte a una vida mejor por la que habían luchado arriesgando la vida en unas pateras atiborradas y entregando a las mafias todo lo que tenían.

—Por vocación también estoy yo, pero en su caso tiene más mérito.

—¿Por qué lo dice?

—Porque yo no tuve que hacer sacrificios para poder estudiar y dedicarme a esto, y no renuncié a un trabajo de ensueño como el que le ofrecía su familia... Me agrada saber que es dura de pelar, que no es de las que optan por los caminos fáciles.

—Así es. Pero días como hoy me dejan flojita. Le confieso que muy flojita. Una cosa es rescatar migrantes con vida o mareantes en apuros, y otra, lo que hoy hemos vivido. Ver esos cinco cuerpos jóvenes en cubierta me ha afectado muchísimo. Mire —señaló la lona que ya cubría los cadáveres—, podrían ser mis hijas y ya ve qué vida tan corta y qué muerte tan larga… ¿Se imagina lo terrible que debe de ser morir ahogado? Supongo que toda la gente de mar lo hemos pensado alguna vez: nadas hasta la extenuación, mientras notas como el frío del agua va helándote el cuerpo, hasta que ya no te quedan fuerzas para sacar la cabeza a la superficie. Debe de ser una lenta agonía, en la que luchas cara a cara con la muerte, luchas sin parar de bracear, porque, si paras, mueres.

—Es una forma atroz de morir, mi capitana. Los marineros sabemos que esa muerte está en el mar, pero también sabemos que en él está nuestra vida.

—Nunca imaginé que el Clara Campoamor se convertiría en un buque fúnebre en mi primera singladura —lamentó Airam con la mirada perdida, mientras se preguntaba «¿por qué?» una y otra vez.

Al cabo de un rato rompió el penoso silencio que se había instalado entre los dos y reanudó la conversación con un deseo que pareció una orden.

—Sebastián, tenemos que averiguar lo que ha sucedido. El macabro corro nos lo pide a gritos con su silencio.

—Capitana, no sé cómo vamos a hacerlo, pero puede contar conmigo.

Airam respondió a Sebastián con una sonrisa.

2

Santa María del Mar

Al amarrar en PortCastelló, una de las dos bases estratégicas de SASEMAR en el Mediterráneo, ya estaba preparado el operativo para trasladar los cadáveres a la morgue y proceder con las autopsias. La capitana, con un semblante serio que reflejaba toda su tristeza, no quitó ojo a los cuerpos sin vida. Vio cómo los ponían uno a uno sobre la camilla, cómo los cubrían con sábanas, cómo los bajaban poco a poco por la pasarela hasta el muelle y cómo los introducían en los coches fúnebres. Pensó que a veces continuar viva es cosa de suerte; que, si hubieran detectado el OFNI unas horas antes, en lugar de cinco cadáveres, habría cinco chicas agradecidas por haberse salvado de una muerte segura. Pensó que nadie se merece morir ahogado, pero menos aún unas jóvenes con toda la vida por delante. Permaneció en el Clara Campoamor lamentándose para sí mientras duró el operativo, hasta que se llevaron los cuerpos al depósito de cadáveres y desaparecieron del muelle la guardia civil, la policía, los peritos judiciales, la cruz roja y el personal del servicio de emergencias. Siguió en el buque hasta un buen rato después, como si quisiera dejar allí gran parte de la pena que sentía, y volvió a casa cuando atardecía.

Airam vivía en una mansión fabulosa que su padre y su madre habían comprado al obispado para regalársela. Estaba en la falda de una colina, junto al hotel El Palasiet —«El Palacete» en castellano—. En su día fue la residencia Santa María del Mar, nombre que aún se leía en

el arco de entrada a la finca, pues la capitana había decidido conservarlo en el costoso proceso de rehabilitación. La casa pertenecía a Hermandades del Trabajo, una organización fundada por el sacerdote Abundio García, que empezó su obra social en España y la extendió a países como Colombia, Chile, Costa Rica, Perú y Ecuador. Como parte de esta obra, se construyeron residencias veraniegas en distintos puntos de España, entre ellas Santa María del Mar, para que veraneara en ellas una clase obrera que no podía permitirse ir a hoteles en tiempos de la posguerra. En consecuencia, la casa era enorme y contaba con muchas habitaciones, la mayoría sin utilizar, incluso algunas sin mobiliario siquiera. Era tan grande que Airam pensó en dedicar una parte del singular edificio a abrir un *bed & breakfast* con encanto, pero desechó la idea porque exigía dedicar un tiempo del que no disponía.

La mansión daba al Mediterráneo por la parte delantera, y por la trasera, a la ruta verde que une Benicàssim con Oropesa del Mar, trazada sobre lo que era la vía del ferrocarril Valencia-Barcelona, ya desviado. Había pasado de estar junto a la vía a estar junto a esa ruta verde rebosante de vida, con multitud de gente paseando a diario a pie y en bicicleta, y por la que ella solía hacer deporte en compañía del sonido de las olas y del olor del mar.

—*Hellooo!* ¡Ah de la casa! ¿Hay alguien? —saludó Airam al entrar.

—Hola, Airam —contestó su marido, Cele, desde la planta superior —. ¡Qué sorpresa verte aquí! —exclamó mientras bajaba las escaleras —. ¿Cómo ha ido tu primera salida en el remolcador con el nombre de esa mujer…? ¿No volvías dentro de cinco días? ¿Qué ha pasado?

Cele sabía perfectamente cómo se llamaba el buque que capitaneaba Airam, pero nunca había pronunciado su nombre. Cuando se casaron, él hacía caso omiso de cualquier tema que tuviera relación con el feminismo, pero su intolerancia fue creciendo y ahora le producían urticaria mental, como él mismo decía.

—No es «el buque con el nombre de esa mujer». Clara Campoamor, Cele, se llama Clara Campoamor, lo sabes perfectamente. No es «esa mujer», es el nombre de una gran mujer.

—¡Vaya con SASEMAR! Con todos los grandes marinos que ha tenido

España y a su mejor buque le ponen el nombre de una mujer sin experiencia marinera. Ni siquiera como licenciada en Derecho se dedicó al derecho marítimo.

—Pues que sepas que entre los setenta y tres buques de SASEMAR hay unos cuantos con nombres de mujeres importantes en la historia de España: María de Maeztu, María Pita, Marta Mata, María Zambrano, Concepción Arenal… Ninguna con experiencia marinera, pero todas grandes mujeres.

—Sí, seguro —dijo Cele con retintín.

—¡Pues claro! Míralo en internet si no te lo crees.

—Que sí, seguro. Me lo creo. Lo decía en serio. Pero ninguna de ellas es marina ni ingeniera naval, así que no me explico por qué tiene que llevar su nombre un buque.

—Ya habló el corporativismo ingenieril… No todas las personas ingenieras somos tan corporativas. ¿Qué pasa? ¿Es que hay que ser ingeniera para que pongan tu nombre a un barco? ¿Acaso ser ingeniera es ser más que los demás? ¿Lo dices porque eres ingeniero de caminos, canales y puertos? ¿O para que te dé la razón porque soy ingeniera naval?

—No, pero utilizar nombres de ingenieros navales no estaría mal…

—O de ingenieras —puntualizó Airam.

—Si son tan guapas como tú, estoy de acuerdo. No estaría mal que un buque llevara tu nombre. Sería un reconocimiento, ya que eres la primera mujer al frente de uno de los grandes buques de SASEMAR.

—No digas tonterías…

—Hablo en serio. Entendería que llevara tu nombre, pero no entiendo que lleve el de una mujer extraña al mundo naval…

—Pues que sepas, cie-li-to —vocalizó Airam—, que estar al mando del Clara Campoamor, y no al de su gemelo, el Don Inda, para mí ya es un premio del destino por romper un techo de cristal en SASEMAR. Por cierto, Don Inda tampoco se puso en honor de un gran marino o ingeniero. ¿Sabes quién fue Don Inda?

—¿Un indalo? —respondió mirando el cuello de Airam—. Seguro que tiene la misma relación con los buques que ese gran elenco de mujeres

que has recitado, cie-li-ta —pronunció con el mismo retintín.

Airam sujetó con la mano derecha el indalo plateado que llevaba en la gargantilla y, enseñándoselo a Cele, le contestó:

—No te metas con él. Cuidadín. Es un símbolo ancestral de Almería que da buena suerte, pero seguro que también trae mala suerte si se profana como lo estás haciendo.

—¡Qué miedo me da! *Indalomiedo* tengo… Mira mis manos, mira cómo se mueven, mira los *indalotemblores* que me están invadiendo —dijo Cele en tono burlesco y moviendo las manos como si estuviera tiritando.

—¡Qué pueril eres! Ya veo que no sabes quién fue Don Inda. Bautizaron el buque en honor de Indalecio Prieto, el ministro de la Segunda República.

—Lo dicho, tan marino como el indalo —remató Cele.

—Pues a mí me parece muy bien que le dediquen el buque. Lo único que me molesta es que sea «don Inda» y Clara Campoamor no lleve «doña»…

—Como tú digas, cariño —masculló Cele con cierta ironía y desentendimiento.

—Cele, ¡menos tonterías! Yo encuentro perfecto que se bautice a los buques con el nombre de personas que han destacado por su dedicación a los demás, sea en la profesión que sea y sean hombres o mujeres. Si solo se pudiera poner nombre de navegantes a los buques, por la misma regla de tres las calles solo podrían llevar nombre de arquitectos…

Con elegancia, Airam había tocado una fibra sensible. Sabía lo orgulloso que estaba Cele de que una calle llevara el nombre de su abuelo, un maestro que no fue arquitecto ni tuvo nada que ver con el planeamiento urbano.

—*Touché*, Airam. Eso no lo puedo rebatir. ¡En menudo jardín me he metido!

Cele había empezado un pulso dialéctico y lo había perdido. Sabía que Airam era dura de pelar argumentalmente, pero esperaba ganar el pulso al apelar a su faceta de ingeniera. Olvidó que no era corporativista.

—Bueno, rebobino. Te había dicho que me alegraba de que volvieras antes de lo previsto —añadió Cele intentando distender la conversación.

—Ya se te nota la alegría… Yo sí que me alegro de volver antes de lo previsto, pero no del motivo.

—¿Qué ha pasado? —indagó con sorpresa.

—Vamos a cenar y te lo cuento. ¿Has preparado algo de cena? —preguntó Airam.

—Nada.

—Como siempre… Era una pregunta retórica. ¿Sabes si vienen las niñas a cenar?

—Están con tus padres, como de costumbre. Parecen hijas suyas en lugar de nuestras.

—Cele, no son tan niñas, ya son mayores de edad. Además, debes tener en cuenta que ir a la universidad desde aquí en transporte público es una odisea.

—Pues diles que se decidan a sacarse el carnet de conducir.

—¿Que se lo diga yo? Ya lo hemos probado varias veces y no hacen caso. Nuestra generación quería sacarse el carnet en cuanto podía, pero ahora muchos jóvenes no dan ese paso. Ya se lo sacarán cuando sientan la necesidad. Pero, si quieres volver a intentarlo, díselo tú, a ver cómo las convences.

—A mí me hacen poco caso.

—¿Qué esperas a esa edad? Además, debemos ser conscientes de que nuestras hijas están en un momento en el que les apetece vivir en la ciudad. Nuestra casa tiene mucho encanto, pero la verdad es que está demasiado aislada para la juventud.

—Tus padres ya deben estar un poco cansados. Me alegro de que estén con ellos, porque constata que superasteis el distanciamiento. Pero una cosa es que vuestra relación haya mejorado y otra que nuestras hijas no salgan de su casa.

—Mis padres no están cansados, sino encantados. Y cuando nosotros seamos abuelos, si se da el caso, también lo estaremos de tener en casa a nietos y nietas.

—Tienes razón, si mis padres vivieran, seguramente se alternarían.

—Seguro. Bueno, resumiendo: si no vienen las niñas, cenita para dos —concluyó la capitana.

Airam preparó una ensalada mediterránea y unas pechugas de pollo asadas mientras que Cele se limitó a pelar unas exquisitas clementinas, la fruta por excelencia de la comarca. Cuando acabaron de cenar, la capitana contó, con pelos y señales, su avistamiento del OFNI. Explicó como había sufrido un desgarro interior al ver el macabro corro flotante y cómo había vivido el rescate de los cadáveres. Acabó el relato con un nudo en la garganta y con un «¿Por qué?» repetido varias veces.

—No te lo tomes así —pidió Cele.

—¿Y cómo voy a tomármelo? Esas chicas eran más jóvenes que nuestras hijas y me ha impactado mucho encontrarlas muertas de esa forma. Tendrías que haber visto flotando esa estrella de ébano…

—No puedes ponerte así por cinco cuerpos, porque a lo largo del año hay centenares, o incluso miles, de migrantes que se dejan la vida cruzando el Mediterráneo.

—Ya sabes lo que dice el refrán: mal de muchos, consuelo de tontos; y yo no me tengo por tonta. En tu frase está el gran problema que tenemos en Europa en este tema: normalizamos lo que jamás debería ser normal para nadie.

—Tienes razón, pero insisto en que es tu trabajo y no debería afectarte personalmente.

—Es que hay demasiados interrogantes en mi cabeza. ¿Por qué aparecen los cadáveres a la altura de Castellón? Lo normal es encontrarlos cientos de millas más al sur si quieren cruzar de África a España. No recuerdo ningún rescate de cadáveres de migrantes en estas latitudes.

—Es muy raro, sí. Pero puede haber una explicación tan sencilla como que llevaran días muertas y las corrientes marinas las hayan arrastrado hacia el norte hasta donde las habéis encontrado.

—Lo veo difícil —respondió Airam—, ya sabes que los vientos y las corrientes dominantes en esta zona son del nordeste, y por tanto

arrastrarían los cadáveres hacia el sur y no hacia el norte. Pero dominantes no quiere decir que siempre se muevan en esa dirección, así que todo es posible.

—Lo cierto es que con la autopsia —continuó Cele— sabrán el tiempo que han sido arrastradas por las corrientes. Si llevaban mucho tiempo en el agua, podría ser lo que sugiero y, si no, podrías descartarlo.

—Además de lo extraño de la latitud en las que las hemos encontrado, tengo demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Y qué necesidad hay de responderlas?

—Ya conoces mi lema vital: vivir es elegir. Yo elijo buscar esas respuestas.

—Tú invocas esas tres palabras cuando tienes que tomar una decisión importante en tu vida. Lo haces como para decirte a ti misma que debes asegurarte, que no puedes equivocarte al tomarla; pero este no es el caso. En el fondo esas preguntas son intrascendentes. Tu vida seguirá siendo la misma encuentres las respuestas o no.

—Cele, hay unas cuantas decisiones en nuestra vida en las que «vivir es elegir» cobra pleno sentido porque marcan nuestro futuro: lo que estudiamos, qué trabajo elegimos, la pareja escogida, cuántos hijos o hijas tenemos… Al decantarnos por una opción u otra, descartamos, sin conocerlos, multitud de caminos futuros para nuestra vida. Decidir ir a por el OFNI no parece que pueda descartar nada para el futuro. Pero a veces tomamos alguna decisión irrelevante, sin importancia aparente, en la que no cabe invocar «vivir es elegir», y se convierte en una de las más importantes en la vida, con efectos colaterales para la gente del entorno y para otras personas desconocidas. Son decisiones intrascendentes pero trascendentales. Como consecuencia de un efecto mariposa, que no sabemos cuándo, ni cómo, ni por qué ni dónde se producirá, la decisión intrascendente se torna trascendental. Algo en mi interior me dice que cuando opté por ir hacia el OFNI tomé una de esas decisiones que, si sigo hasta el final, cambiará muchas cosas.

—¿Decisión intrascendente pero trascendental? Ya estás en modo filosófico. Dímelo con manzanas, porque así no lo entiendo. ¿Qué

decisión en mi vida ha sido de esas intrascendentes trascendentales?

—Me lo pones fácil. Recuerda cuando nos conocimos. Si hubieras reservado en otro hotel, no habríamos coincidido y no estaríamos casados ni existirían nuestras hijas. Tu reserva era intrascendente y mira si ha resultado trascendental…

—Vale, para ti la perra gorda —sentenció Cele.

—En fin, basta ya de hablar. Vamos a dormir, que mañana tengo que ir pronto al puerto y zarpamos por los días que nos quedan de turno.

Subieron al dormitorio, y Airam, antes de meterse en la cama, se dispuso a marcar en el calendario de su smartphone el día que acababa. Lo coloreó de un rojo amapola.

A continuación se acostó, pero apenas pudo dormir. No encontraba una posición en la que conciliar el sueño. Le vino también a la cabeza esa actitud hostil de Cele, que le preocupaba, porque que cada día parecía ir a más. Pensó asimismo en sus hijas, a las que le gustaría ver más a menudo, aunque entendía y respetaba que quisieran vivir en la ciudad. Sin embargo, las imágenes que la desvelaron definitivamente fueron la de la estrella de ébano flotante y las caras de las cinco chicas en su mente. Pensaba en todo lo que no le cuadraba y en las preguntas sin respuesta. Y en su cabeza resonaban, como un eco, dos palabras: «¿Por qué?».

Harta de dar vueltas en la cama, decidió levantarse y bajar al salón para ordenar sus ideas haciendo una lista de las dudas que tenía respecto a la muerte de las cinco chicas. Anotó nueve preguntas:

1. ¿Por qué eran solo chicas?
2. ¿Por qué han aparecido en un corro?
3. ¿Por qué hemos encontrado los cadáveres tan al norte, a la altura de Castellón?
4. ¿En qué coordenadas marítimas murieron ahogadas?
5. ¿Qué las impulsó a hacerse a la mar?
6. ¿Qué les sucedió?
7. ¿De dónde venían?
8. ¿Adónde iban?
9. ¿Navegaban en patera o en otro tipo de embarcación?

Tras acabar, se guardó la lista en el bolso, porque quería tenerla siempre a mano para ir tachando las preguntas para las que obtuviera respuesta. Después volvió a la habitación y se notó más tranquila nada más acostarse. El simple hecho de sistematizar sus dudas en un papel parecía haber frenado su mente, y saber que las llevaría en el bolso allá adonde fuera hizo que se sintiera preparada para resolverlas. Se durmió con la esperanza de encontrar las nueve respuestas.

3

Recuperando a una amiga

Al día siguiente Airam se despertó y saltó de la cama al comprobar lo tarde que era. Le gustaba madrugar, pero había tardado tanto en dormirse la noche anterior que ese día no pudo hacerlo. Durmió con un sueño tan profundo que no la despertaron los ruidos que solía hacer Cele al asearse y vestirse; tampoco la despertó la alarma del móvil, que siempre conectaba pero jamás llegaba a sonar porque ella abría los ojos antes de que lo hiciera. Se vistió deprisa y, sin desayunar, salió hacia el puerto dispuesta a empezar la jornada.

En poco más de media hora, estaba a bordo del Clara Campoamor y, una hora después, se hizo a la mar en un día tan claro y apacible como el anterior. Airam no paraba de mirar a la zona de la cubierta donde solo unas horas antes habían estado los cinco cadáveres y sintió una gran tristeza al recordarlo. Sacó la lista de preguntas del bolso y las leyó como si con ello activara la búsqueda de respuestas. En un momento de ensimismamiento, cuando llevaban unas horas navegando, se acordó de las fotos que había hecho el fotógrafo de la tripulación y fue a buscarlo.

—Páseme en un USB las fotos que hizo ayer, por favor —le pidió.

—Sí, capitana, enseguida.

—Cuando las fotografió, ¿observó algo que le llamara la atención?

—Las marcas que tenían en las manos. Fíjese en ellas cuando vea las imágenes.

—Ya me di cuenta —musitó la capitana.

Cuando acabó su turno, Airam examinó las fotos en su camarote y con ello aumentaron su tristeza e inquietud. Las amplió y analizó las marcas que había advertido en el anverso de la mano izquierda de cada chica. «¿Por qué son cicatrices y no tatuajes? ¿Por qué aparecen solo en la mano izquierda?», se preguntó. Las cinco marcas eran distintas, pero cuatro de ellas guardaban mucha similitud. «¿Qué significan esas marcas? ¿De dónde provienen? ¿Por qué hay una tan distinta? ¿Por qué las otras cuatro son parecidas pero no iguales?».

La capitana se sacó la lista del bolso y apuntó una nueva pregunta que sintetizaba todas las que le acababan de surgir:

10. ¿Qué significan las marcas de la mano izquierda?

Dobló el papel y se alegró de su decisión de escribir la lista, porque había comprobado que el detalle de las marcas de la mano se le había pasado por alto en la conversación con Cele, cosa que no habría sucedido si se lo hubiera apuntado al poco de verlas.

La jornada transcurría con monotonía, aunque Airam pensó que más valía eso que el rescate del día anterior. Sin embargo, la rutina se veía machaconamente alterada cada vez que hablaba con algún miembro de la tripulación. Todos se encontraban impactados por la estrella de ébano flotante. Era la comidilla del día. Una comidilla que acaparó la conversación cuando se reunieron todos en torno a la cena. Cada uno recordaba un detalle morboso, una imagen desagradable o un momento lúgubre del rescate. Unos vieron arañazos en la piel, otros uñas rotas, y también había quienes advirtieron heridas, que parecían originadas por golpes, en la cara de dos chicas. Aventuraban que serían consecuencia de una riña entre ellas cuando Airam no pudo aguantar más y, alzando la voz, exigió:

—¡Basta ya, por favor!

Reinó el silencio unos minutos, hasta que la capitana lo rompió en mil pedazos con una batería de preguntas:

—¿Por qué las encontramos allí, adonde no llegan los migrantes?

¿Cómo pasó? ¿Por qué formaban un corro? ¿Por qué eran las cinco mujeres? ¿Dónde murieron? ¿En tierra, en el mar, en una patera, en un yate, en un buque…? ¿Por qué hay tantas incoherencias? Si alguien tiene alguna respuesta que lo diga, pero déjense de comentarios morbosos.

Tras el rapapolvo colectivo, se levantó de la mesa y se dirigió a su camarote. Allí volvió a analizar las fotos y comprobó los detalles de los que habían hablado. «Estas marcas no suelen aparecer en las personas a las que rescatamos», pensó.

Sacó de nuevo la lista y añadió:

11. ¿Por qué los arañazos, las uñas rotas y las heridas en la cara?

La capitana tenía un aluvión de preguntas sin respuesta. Antes de dormirse, abrió el calendario de su smartphone, puso una cruz en el día que acababa y lo coloreó de amarillo tulipán.

A la mañana siguiente Airam volvió al puente de mando. Había pasado mejor noche que la anterior, pero tampoco había dormido de forma plácida, como tenía por costumbre. Su cabeza regresaba de forma recurrente a las cinco chicas.

—Capitana —advirtió Sebastián al tiempo que señalaba la pantalla—, tenemos novedades sobre las jóvenes ahogadas. He consultado la base de datos y mire lo que aparece.

—Déjeme ver.

Airam leyó con atención los detalles consignados sobre el incidente.

—A ver qué figura en la casilla de clasificación… «Cinco mujeres africanas ahogadas». ¡Se han lucido con el comentario! ¡Qué sagacidad! —exclamó irónicamente.

Dedujo que si habían rellenado la casilla de clasificación era porque disponían del resultado de las autopsias. Estaba decidida a conseguir los informes para tratar de despejar algún interrogante. Con ese objetivo llamó a Madrid, al control central de SASEMAR. No usó la

radio porque no quería que se corriese la voz y, aprovechando que navegaban cerca de la costa y tenía cobertura, utilizó su móvil particular.

—Buenos días, soy la capitana del Clara Campoamor. Hace dos días rescatamos los cadáveres de cinco chicas africanas frente a la costa de Castellón y he visto que el rescate ya está clasificado. ¿Podría enviarme por e-mail el informe de las autopsias, por favor?

—Lo siento, no puedo acceder a lo que me pide sin vulnerar la Ley de Protección de Datos.

—¿Acaso han identificado a las cinco chicas?

—Por lo que veo, no. Aquí pone que no llevaban documentación y, sin supervivientes, no se puede recurrir a nadie para averiguar quiénes eran.

—Bien, pues entonces convendrá conmigo en que no hay nada que proteger en los datos de esas autopsias, puesto que son personas anónimas. Si me proporcionan esos informes, yo no sé quiénes son las afectadas ni puedo averiguarlo por ningún medio.

—Hummm… Nunca me lo habían planteado así. Tiene su lógica. Espere a que consulte a mi superior. Manténgase en línea, si es tan amable…

Diez minutos más tarde, volvió la voz.

—Capitana, dice mi superior que no podemos facilitarle la información que solicita. Asegura que, aunque ahora no infrinjamos la Ley de Protección de Datos, podría darse el caso de que en el futuro sean identificadas y en ese momento la habríamos infringido.

—Sí, la infringirían con efecto retroactivo, ¿verdad? ¡Vaya chorrada! ¿Cree usted que eso es admisible jurídicamente?

—No soy jurista, señora. Le traslado lo que me dicen.

—Disculpe —respondió Airam azarada—, ya sé que usted no tiene la culpa, pero transmita a su superior que no comparto su opinión y, además, dígale de mi parte, si quiere, ¡que es un capullo!

—Estoy de acuerdo. Veo que conoce bien a mi superior, aunque no se lo hayan presentado. Discúlpeme si no le doy su mensaje porque sé que tendría consecuencias funestas para usted.

—Gracias, gracias… Perdone que me haya desahogado así. Le debo un café. Si algún día voy por Madrid, trataré de contactar con usted. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Disculpe, que no se lo he dicho, soy Efrén, y no me debe nada; ha sido un placer hablar con usted, aunque no haya podido ayudarla más.

Tras aquel intento frustrado, Airam no se rindió. Se dispuso a elaborar otro plan para obtener el informe de las autopsias desde el preciso momento en que concluyó la conversación con Efrén. El día transcurría con la rutina de siempre en el Clara Campoamor. Hacer rondas peinando la costa era un trabajo monótono que a la capitana le permitía pensar mucho. Las murmuraciones entre los miembros de la tripulación habían cesado. Lo único reseñable fue el avistamiento de unos delfines que nadaron cerca del buque durante un buen rato.

—Delfines… ¡Delfina! —exclamó la capitana.

La aparición de los cetáceos le inspiró una idea que pretendía llevar a la práctica en cuanto llegaran a puerto.

Esa noche, antes de dormirse, marcó de nuevo en el calendario de su smartphone el día que acababa con una cruz y de color amarillo tulipán.

Al día siguiente por la mañana, al amarrar el Clara Campoamor en PortCastelló, con un día libre por delante y lo que quedaba de ese, la capitana se fue a ver a su amiga médica al Hospital Provincial de Castellón. Delfina, que así se llamaba, trabajaba en el servicio de patología forense del Instituto de Medicina Legal de Castellón, único centro de la provincia donde se practicaban autopsias. Airam pensó que los resultados que buscaba tenían que estar allí.

—¡Hola, guapísima! ¡Cuánto tiempo! —saludó Airam.

—¡Y que lo digas, Airam! ¡Qué alegría! Hace años que no te veo, pero por ti no pasa el tiempo, bandida...

—Ni por ti… Se te debe de pegar de los pacientes.

—¡Airam, si me vienen muertos, que soy forense de las que estudian cadáveres y restos mortales!

—Por eso, tonta, es ser paciente tuyo y ya no cumples más años.

Ambas rieron a carcajadas. No les costó nada volver a sintonizar a pesar de los años que habían pasado sin tener contacto.

—¿Qué tal tus hijas, también estudian Medicina, como querían ellas? —preguntó Airam.

—Tengo a las dos graduadas, pero no en Medicina. Ya sabes que fui más precoz que tú con lo de tener churumbelas. Una acabó Derecho, y está de prácticas en un bufete de abogados, y la otra acabó Física y la tengo haciendo la tesis doctoral por el mundo. Unos meses está en un centro de investigación de un país, otros meses en otro… Ahora está en Estados Unidos.

—Las mías están empezando la carrera…

—Bueno, felicidades. Me he enterado por el periódico de que has ascendido a capitana en SOSMAR. Vaya carrerón; la última vez que nos vimos aún trabajabas para una naviera privada.

—Es SASEMAR —corrigió Airam sonriendo—. Pero es gracioso que lo llames SOSMAR, porque acudimos a los SOS en el mar.

—Supongo que no habrá sido fácil trabajar en un mundo tan masculinizado como el marítimo.

—Masculinizado de forma escandalosa en el lado mar: casi todo son hombres en los buques. En el lado tierra hay mujeres, aunque apenas las encuentras en cargos de responsabilidad. Y sí, tienes razón en que no me ha sido fácil; ahora estoy muy a gusto en SASEMAR, pero en la naviera que trabajé lo pasé muy mal.

Delfina contempló cómo había cambiado la cara de su amiga en unos segundos. La luz de su mirada, adornada con la sonrisa, había dado paso a una expresión apagada en un rostro que irradiaba tristeza. Al cabo de unos segundos, Airam retomó la conversación.

—No te imaginas por lo que he pasado —lamentó apesadumbrada.

—¡Cuéntame si quieres! —se ofreció Delfina al sentir que su amiga necesitaba desahogarse.

—Sufrí acoso por un capitán. Acoso laboral y sexual.

—¡Cabrón!

—Fue horrible —se lamentó Airam con un nudo en la garganta—. El

cerdo no paraba de insinuarse, de tocarme disimuladamente, de humillarme porque no cedía a sus pretensiones… Imagínate eso en un entorno tan cerrado como un pequeño buque mercante de noventa metros de eslora y catorce de manga en el que estábamos varios días embarcados. Le veía a todas horas y, cuando me cruzaba con él, el miedo me recorría el cuerpo, cada vez con más intensidad.

—¿Por qué no le denunciaste?

—No tenía ninguna prueba. Siempre me acosaba cuando nos quedábamos a solas, y las humillaciones las ligaba a castigos por supuestos fallos en el trabajo. Cuando ya no lo soportaba más, le dije que me dejara en paz, que me olvidara, y él me contestó que todo eran imaginaciones mías y que tuviera ojo con lo que decía porque podía comprometer mi carrera. «¿A quién piensas que creerán, a ti o a mí?», me preguntó.

—Lamentablemente no me sorprende. Es el *modus operandi* típico de los jefes acosadores.

—Acabé pidiendo un mes de vacaciones con la esperanza de que al volver hubiera cambiado.

—Y al volver no cambió…

—Sí que cambió; a peor. Por suerte el primer oficial se dio cuenta de mi temor a quedarme a solas con el asqueroso capitán y no se separaba de mí. No me dijo nada, pero su ayuda se hizo evidente cuando llegó a desobedecerle para no dejarme a solas con él… ¡Y tuvo su castigo! Recuerdo aquel momento como si fuera ahora mismo.

El capitán ordenó al primer oficial que se fuese a cubierta un par de veces, pero él se negó a dejarle a solas conmigo y se enfrentó a su autoridad.

Airam sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas y continuó el relato.

—Entonces el capitán, encolerizado, ordenó que encerraran al primer oficial por insumisión. Acto seguido pidió a la naviera que le abrieran expediente disciplinario. Y cuando estuvo a solas conmigo… —continuó Airam con un nudo en la garganta que ahogaba sus palabras— dejó las insinuaciones, los tocamientos disimulados y pasó al ataque.

Se acercó, me cogió por los glúteos, me apretó contra su cuerpo, puso su babosa boca en mi cuello y me susurró al oído: «Serás mía; cuanto más tarde, más lo disfrutaré cuando suceda». Tengo esa frase grabada a fuego en la memoria. Intenté separarme, darle un rodillazo entre las piernas, pero me lo impedía la fuerza con la que me apretaba. Por suerte se oyeron los pasos de alguien que se aproximaba y me soltó. Yo salí corriendo y me encerré en mi camarote llorando amargamente. Y ya no pude más. Unas horas después, en cuanto atracamos, estaba dispuesta a pedir el finiquito y dedicarme a otra cosa.

—Ay, Airam, cuánto lo siento. ¡Qué horror! ¿Y llegaste a plantearte renunciar a tu vocación?

—Es que no lo soportaba más. Estaba en un estado continuo de ansiedad, con la autoestima por los suelos, la motivación nula, sin poder conciliar el sueño… Así un día tras otro. Afortunadamente, esa noche Cele me hizo reaccionar. Me dijo que no había luchado tanto para tirarlo todo por la borda por culpa de un cerdo y que tenía que denunciarle para que no se lo hiciese a nadie más. Esas palabras reactivaron mi lado batallador. Puenteé al capitán y fui a Madrid a hablar con los jefes.

—Uf, no debió de ser nada fácil tomar esa decisión. ¡Qué orgullosa me siento de ti! ¿Y cómo reaccionaron? ¿Te apoyaron?

—Prometieron cambiarme de buque de inmediato y darme un pequeño ascenso a cambio de que no presentara la denuncia por escrito.

—¿Así de claro? ¿Te hicieron chantaje?

—No lo dijeron con esas palabras, pero es lo que me quedó claro. Y creo que no me equivocaba, porque presenté la denuncia y no hubo ni cambio de buque ni ascenso. Por suerte conseguí poner un pie dentro de SASEMAR y dejé la naviera. Creí que con eso se acababa todo, pero me equivoqué: con las indagaciones por la denuncia, comenzó mi segundo vía crucis. Si no llega a ser porque el primer oficial se la jugó y declaró a mi favor, no sé lo que habría pasado. Del resto de la tripulación nadie se mojó.

—Eran todos hombres, supongo…

—Todos; pero afortunadamente no todos los hombres son iguales. Además de aquel primer oficial, tuve el apoyo del presidente y del director de la compañía, que en cuanto conocieron los hechos despidieron al jefe que me había chantajeado. El cerdo del capitán se jubiló de manera anticipada para evitar que lo suspendieran de empleo y sueldo.

—Puedes sentirte orgullosa, hiciste lo que hay que hacer.

—Pero no te imaginas el coste personal que tuvo para mí. Estuve varios meses de baja por depresión.

—Joder, depresión... No me extraña... y mira que tú eres una mujer con una fortaleza enorme.

—Sí, Delfina. Acabé muy tocada. Menos mal que Cele dio la talla y me ayudó mucho durante esa época tan desagradable. Si no llega a ser por él y por aquel primer oficial, no sé cómo habría acabado el tema, pero seguro que mal.

—Joder, Airam, entre eso y lo que te pasó con tus padres, podrías protagonizar una secuela de *Los ricos también lloran*. Está claro que lo de ser rica y guapa, lejos de suponer ventajas, ha sido un lastre para ti.

—¡Y que lo digas! Ya sabes lo terrible que fue lo de mi padre… pero puntualizo: la rica no soy yo, son mis padres.

—Quédate con que el asqueroso del capitán recibió su castigo, con que gracias a ti no pudo joder a ninguna mujer más acosándola, y con que tú obraste bien.

—Hubo más cosas que me reconfortaron. En la naviera aprobaron un protocolo antiacoso y despidieron a los responsables de Madrid que intentaron tapar mi caso.

—Entonces puedes estar satisfecha. Tu sufrimiento tuvo consecuencias positivas. Lo único que me sabe mal es que no recurrieras a mí. Sabes que me habría volcado en ayudarte.

—Hacía unos años que no nos veíamos, y la verdad es que no piensas con claridad cuando pasas por una tragedia así. Ni se me ocurrió. Ahora lo habría hecho.

Airam y Delfina se dieron un abrazo fuerte y prolongado. Al cabo de unos momentos, Delfina intentó relajar el ambiente.

—Bueno, capitana, ¿a qué debo tu visita?

—Vengo a pedirte un favor de amiga a amiga.

—Dime, Airam… Me estás asustando con el tono.

—Vamos a tomarnos un café y te lo cuento. Después de lo que te he confesado, lo necesito, y antes de lo que te voy a contar, también.

Fueron a la cafetería y Airam le relató el rescate del día anterior y le confesó lo angustiada que estaba.

—Mira las fotos de las chicas. —Las sacó del bolso y se las mostró—. Podría tratarse de nuestras hijas. No es posible que hayan muerto y que a nadie le importe, que sus padres no sepan que han fallecido. Delfina, tienes que ayudarme, necesito copia de los informes de las autopsias para averiguar qué les ocurrió.

—No puedo hacer eso. Me metería en un lío si te los pasara. Un lío gordo. El comité de ética del hospital podría sancionarme si aparece una copia por ahí, porque soy la responsable de ese material. Solo pueden conocerlo los familiares directos.

—Bueno, pues déjame que haga fotos de los resultados con el móvil.

—¡Horror! Aún peor. Los móviles los carga el diablo… Una foto o un vídeo indiscretos en un móvil son una bomba de relojería; nunca se sabe adónde pueden llegar. No quiero saber nada de fotos prohibidas con el móvil.

—Pues vamos a tu consulta y me apunto a mano los resultados.

—Si entra alguien, lo cual es muy habitual, y ve que te los estoy enseñando, me la cargo.

—¿Y cómo puedes ayudarme? Lo necesito… Necesito saber qué pasó. Las dudas no me dejan dormir, y nadie va a despejarlas por mí. No le importa a nadie. Tú y yo somos mujeres; las cinco fallecidas lo eran… por sororidad, ¡ayúdame!

Airam tocó la tecla mágica. La palabra «sororidad» llegó al alma de su amiga. Se quedó pensando y, al cabo de unos instantes, le lanzó una propuesta.

—Vale, Airam, haremos una cosa. Vete a casa y, cuando estés sola, me haces una perdida. Yo te llamaré desde un teléfono que no conoces y te dictaré lo principal de las autopsias, omitiendo cualquier dato que

pueda ponernos en un compromiso.

—Gracias. ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

—Déjame una copia de las fotos que hicisteis a las chicas en el Clara Campoamor, con el número que llevan asociado, y así, comparándolas con las de las autopsias, podré decirte cuál corresponde a cada una. Aunque eso no me compromete, después de la llamada te prometo que las haré desaparecer.

—Tómalas; gracias, amiga del alma.

Se despidieron con otro largo abrazo.

Airam llegó a casa. «Suerte que no hay nadie», pensó. Encendió su portátil, imprimió una nueva copia de las fotos y, bolígrafo en mano, hizo la perdida a Delfina. Al cabo de unos segundos, le sonó el móvil; llamaban desde un número oculto. Se le aceleró el pulso al tiempo que la invadían la alegría y la esperanza.

—Dime, Delfina.

—¿Quieres peso y altura?

—No me aporta nada.

—Vale, pues apunta los datos en común: las cinco son mujeres de raza negra, de entre dieciséis y dieciocho años; en todas, la causa de la muerte es ahogamiento. Las autopsias empezaron a las diez de la mañana y se estima que llevan muertas en torno a treinta horas. ¿Lo has cogido?

—Sí, sí, claro, al grano.

—Apunta. Foto uno. Presenta un golpe en la cara y signos de haber sido violada. Dadas las horas pasadas en el agua, no ha sido posible obtener semen ni otros restos orgánicos que pudieran identificar al agresor o agresores. La violación se produjo pocas horas antes del fallecimiento, aunque no puede determinarse con exactitud el momento. Además, estaba embarazada de cerca de dos semanas.

—¡Violación! Canalla… Sacaría la Lorena Bobbitt que llevo dentro si lo pillara… y, además, ha muerto embarazada. Terrible. Sigue, sigue.

—Foto dos. Presenta un golpe en la cara, clitoridectomía y tiene las

diez uñas rotas, aunque no se aprecian rasguños en el cuerpo ni restos en los dedos que apunten a la causa de la rotura.

—Ufff… Clitoridectomía… ¡Una ablación de clítoris!

—Sí, Airam. Por desgracia es demasiado frecuente en chicas africanas. Foto tres. Presenta infibulación.

—¿Infibulación? ¿Qué es eso?

—Búscalo en internet. Prefiero no describirlo. Es horrible. Foto cuatro. Presenta clitoridectomía y pústulas de impétigo.

—Pústulas de impétigo, algo más que buscar en internet. Voy a sobrecalentar Google a este paso.

—Foto cinco. Presenta clitoridectomía y profundos arañazos en el costado izquierdo en forma de letras mayúsculas que componen la palabra CROS, posiblemente escritas con las uñas de la mano derecha. Eso es todo.

—No es poco. Gracias, amiga. Dicen que las amigas verdaderas son como las estrellas, siempre están ahí, aunque no las veas. Tú lo has demostrado. Tenemos que vernos más a menudo y ponernos al día. Besos.

—Nos veremos. Besos, Airam. Que logres lo que deseas.

Airam necesitaba oxigenarse. Una violación, tres ablaciones de clítoris y una infibulación, que no sabía en qué consistía, pero que era horrible según su amiga, le habían dejado mal cuerpo. Se preparó una tila y se tumbó en una hamaca de la terraza a tomársela. Desde allí tenía una vista impresionante: el Mediterráneo a los pies; el puerto a diez kilómetros al frente; una playa larguísima a la derecha; y en el horizonte, los días claros, podían verse las islas Columbretes, un archipiélago de origen volcánico, declarado parque natural y reserva marina, situado a veintinueve millas náuticas de su casa.

En la pared de la terraza, en homenaje a Espronceda, se hallaban grabados cinco versos que parafraseaban lo que el capitán de su célebre *Canción del Pirata* veía al acercarse al Bósforo, pero reescritos con lo que se contemplaba desde la barandilla. Airam solía recitarlos al viento todos los días. Le gustaba tanto la poesía de Espronceda que se la sabía de memoria y, a lo largo del borde de la terraza, tenía diez cañones que

sobresalían y apuntaban hacia el puerto. Después de ubicar ahí los cañones, se enteró de que el mirador situado junto a su casa se conocía como Mirador de los Cañones. Había sido una feliz coincidencia.

Pasó un largo rato tumbada en la hamaca, como si se hallara en estado catatónico, pensando, sin mover ni un músculo. Al fin decidió entrar y consultar con Google las dos dudas que tenía sobre las autopsias.

—A ver, señor Google —murmuró mientras escribía en la línea del buscador—, dígame, por favor, qué significa «pústulas de impétigo»…

Airam seleccionó uno de los enlaces que dio como resultado la búsqueda y leyó en la pantalla que el impétigo es una enfermedad bacteriana, contagiosa, que puede aparecer en personas de cualquier edad, aunque es más común en niños, con mayor prevalencia en países tropicales. Se caracteriza por la aparición de ampollas, más frecuentes en cara, alrededor de la boca, nariz, oídos, brazos y piernas, que al romperse originan costras.

—Bien, vamos bien. Al menos no es mortal —dijo—. Y a ver ahora si sabe qué significa esto, señor Google, «infibulación».

Leyó atónita. No podía creer que alguien fuese capaz de infligir semejante aberración a una mujer.

—Parece que la maldad humana no tenga límites. Me duele el corazón solo de pensar en el sufrimiento de una infibulación. Y me duele el alma de imaginar las consecuencias —susurró para sí.

Siguió leyendo y siguió sufriendo. «La ablación del clítoris es terrible, pero la infibulación es un horror mucho mayor», concluyó al acabar de leer el artículo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sintió mal, muy mal. Y cuando en otro artículo leyó que la ablación aún se practicaba en veintiocho países y que, aunque se hubiera ilegalizado en algunos, continuaba realizándose al margen de la ley, lloró con consternación mientras miraba la carita de la foto tres.

Airam pasó un amargo rato, sin saber qué hacer, hasta que decidió cambiarse para salir a correr por la ruta verde. Sabía que la actividad física la ayudaba a recuperar el tono vital. Se dirigió a paso ligero hacia Oropesa, pero, tras recorrer los doce kilómetros entre ida y vuelta, su

decaimiento era el mismo. Ni la contemplación de la naturaleza por esa preciosa ruta al borde del Mediterráneo ni la brisa marina lograron animarla.

Al volver a casa, se quedó tirada en el sofá, angustiada, afligida, y pensó que era una suerte que Cele estuviera de viaje y no fuera a dormir esa noche. Necesitaba estar sola para digerir tanta pena.

Antes de dormirse en el sofá, apuntó en el calendario de su smartphone el paso de ese día. Lo marcó con una cruz y de color amarillo tulipán.

4

La incomprensión de Cele

A la mañana siguiente Airam se despertó en el sofá con el agradable calor de los rayos de sol en la piel. Tras remolonear durante un buen rato, se preparó un café y puso a calentar un gran cruasán. Le encantaba la mezcla de olores del café, del cruasán al calentarse y de las naranjas que estaba exprimiendo. Salió a la terraza con todo ello acompañado de una tarrina de mantequilla, un tarro de mermelada y su L- casei de fresa, que no perdonaba ni un solo día. Lista para saborear el suculento desayuno, como le gustaba hacer siempre que podía, se sentía como una reina ante ese mar azul intenso. Se acercó a la barandilla de la terraza, entre dos de los diez cañones, y mirando al mar recitó de memoria, en voz alta, la inscripción que presidía la pared:

Desde aquí, cuando sale el sol,
le gusta ver a la capitana Airam,
cantando alegre desde su balcón,
Columbretes a un lado, al otro playas
y allá, al frente, PortCastelló.

Acercó la mano derecha a un cañón, como si fuera a prender la mecha.

—¡Pum! —gritó—. Tranquilo, Clara Campoamor, que, aunque apunte

al puerto, no llegará la bola. Allí estás a buen recaudo.

Se sentó en el sofá y, cuando se disponía a empezar con el festín que se había preparado, oyó que se abría la puerta de la casa.

—Hola, cariño —saludó la voz de Cele.

El marido de Airam salió a la terraza, se acercó a ella y le dio un breve y casto beso en la mejilla.

—Hola, Cele.

—He venido directo desde la estación de tren. Toda la noche viajando. Menos mal que las camas de esas cabinas Gran Clase son cómodas. Voy a darme una duchita y al trabajo.

—Ven y compartimos el desayuno. Hay para los dos. Bueno, falta otro café, pero te lo pongo mientras dejas la maleta en la habitación.

—Me encanta la idea. Aunque he desayunado en el tren, ya han pasado unas horas de eso. Desayunaré de nuevo contigo.

Cele subió a dejar las cosas y, cuando volvió a salir a la terraza, Airam estaba esperándole con el café que le había preparado y con el zumo repartido en dos vasos. Se sentó junto a ella y, tras sorber el café, le preguntó:

—¿Qué tal estos días?

—Sin novedad en el Clara Campoamor, pero tengo novedades de las cinco chicas.

—¿Aún estás con ese tema?

—Sí, Cele. Recuerda que me hiciste un comentario sobre si las corrientes marinas podían haber arrastrado los cuerpos hasta donde los encontré y dijiste que veríamos si las autopsias lo explicaban. Pues ya tengo los resultados de las autopsias.

—¿Y lo explican? Pero, espera, antes de contestarme, ¿cómo has conseguido los informes de las autopsias?

—Se dice el pecado, pero no el pecador. Mis labios están sellados.

—Pillina… Eres una mujer de recursos…

—Ilimitados. Ya sabes que consigo lo que me propongo. Los informes aún no sé si aclaran algo de lo que dijiste, pero contienen datos aterradores.

Pese a que Cele no tenía ningún interés en oírlos, no quería

transmitir una indiferencia descarada. Se resignó a escucharlos.

—A ver, cuenta.

Airam sacó las fotos, las esparció sobre la mesa y, señalándolas con el dedo, describió las atrocidades descubiertas en las autopsias.

—Estas tres chicas sufrieron ablación de clítoris; esta fue violada y estaba embarazada de pocos días.

—¿Violada? Pobre chica… —lamentó Cele sin mirar las fotos.

—Sí, violada. Y eso ha disparado mi interés por saber lo que pasó. Ya sabes lo que sufrí con el acoso del asqueroso capitán. Podría haber acabado en violación; recuerda que eso es lo que me aterrorizaba. Siempre te estaré agradecida por lo que me ayudaste en ese trance, pero ahora tienes que volver a ayudarme, a averiguar lo que causó la muerte de esas chicas.

Cele, sorprendido por la petición, contestó con un silencio prolongado, fijando su mirada en los azules ojos de Airam.

—No acaban ahí los horrores: esta presenta infibulación —continuó describiendo la capitana.

—¿Infi… qué? —preguntó Cele sin hacer el más mínimo caso a la foto.

—Infibulación. Yo tampoco sabía lo que era, tuve que buscarlo en la Wikipedia. No quiero relatarte los sufrimientos y dolores que puede acarrear. Búscalo si quieres. Te adelanto que yo lloré mucho al leerlo. Es una mutilación genital femenina mucho más bárbara que la ablación. Se realiza cuando las niñas pasan a ser mujeres y tiene como objetivo que su futuro marido, que por supuesto ella no elige, esté seguro de que nadie ha estrenado el sexo de su mujer.

—Entonces es como un cinturón de castidad —dijo Cele.

—Sí, pero mucho peor. Se hace suturando los tejidos de los genitales de forma que se deja solo un pequeño orificio para orinar y para que salga la sangre menstrual. Te puedes imaginar el dolor y los efectos secundarios e infecciones que llega a ocasionar. Además, puede sumarse a la ablación. Es terrible.

—Eso son cosas del pasado. Hoy en día, si sucede, será en alguna zona remota y afectará a pocas mujeres —apuntó Cele.

—Por lo que he leído, la ablación se practica aún en veintiocho países y se calcula que hay doscientos millones de mujeres vivas que la han sufrido. ¡Doscientos millones, Cele! No son pocas, son casi tantas mujeres como en toda la Unión Europea…

—Es una cifra enorme. No imaginaba que fuera tan grande. Pero tú no puedes evitar eso, déjalo. Deja el tema de esas chicas. ¿Qué pretendes? ¿No ves que sufres innecesariamente?

—Pretendo saber qué les pasó a esas pobres chicas. Al parecer soy la única persona del mundo que se interesa por ello. Si se hubieran ahogado nuestras hijas, ¿no te gustaría que nos localizaran para decírnoslo? Ahora que me doy cuenta, se me ocurre una duda más por resolver.

—¿Otra? —preguntó Cele disgustado.

—Sí, otra. ¿Por qué tres, una y una?

—¿Qué dices? No entiendo a qué te refieres…

—Tres chicas con ablaciones, una con infibulación y una sin mutilación. ¿No deberían presentar todas las mismas mutilaciones si vienen del mismo lugar?

—Tú misma te has respondido: no vendrán del mismo lugar.

—O sí, y quizá haya alguna razón para esas diferencias. ¿Cuál puede ser? ¿O tendrán orígenes distintos?

Airam fue a por el bolso, sacó la lista de las preguntas y la puso encima de la mesa para añadir una más.

—¿Qué es eso? —preguntó Cele.

—Son las preguntas sin resolver sobre las cinco chicas; espera que añada una más.

Cogió el bolígrafo y escribió*:*

12. ¿Por qué tres chicas con ablación, una con infibulación y otra sin mutilación?

—¿Te has hecho una lista? —preguntó Cele sorprendido.

—Sí; la otra noche, que no podía dormirme.

—Déjalo ya, Airam. ¿Por qué sigues con esto?

—Seguramente por sororidad.

—¿Soro… qué?

—Ya imaginaba que no te sonaría la palabra, y eso que ya está en el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua. ¿No te enteraste cuando se admitió?

—Pues no. ¿Qué es esa sororidad que te empuja a sufrir?

—Ay, Cele, ¡qué inculto eres! Ingeniero de Caminos y, sin embargo, inculto. Solo te interesa aquello que esté relacionado con tus proyectos de obra. Espera un momento.

Airam se levantó del sofá y se dirigió al interior de la casa. Al cabo de un par de minutos, volvió a la terraza con un libro abierto en las manos.

—Mira, este libro lo compraste tú —dijo al enseñarle la portada.

—Sí, me acuerdo. Es de la colección que compré al poco de casarnos a un vendedor de libros a domicilio porque combinaba con los colores del salón…

—Y creo que no has leído ni un solo libro de la colección.

—Ni uno solo. No los compré para leerlos. Eran para decorar.

—¡Qué frívolo eres! Yo me los he ido leyendo en el mar, aprovechando el tiempo. Te voy a leer un párrafo de este, *La tía Tula*, escrito hace cien años por Unamuno: «La observación es que así como tenemos la palabra paternal y paternidad que derivan de *pater*, padre, y maternal y maternidad, de *mater*, madre, y no es lo mismo, ni mucho menos, lo paternal y lo maternal, ni la paternidad y la maternidad, es extraño que junto a fraternal y fraternidad, de *frater*, hermano, no tengamos sororal y sororidad, de *soror*, hermana».

—Una observación llena de sentido común —apostilló Cele.

—Unamuno fue el primer autor que empleó la palabra «sororidad» —prosiguió Airam—, pero su uso lo extendió la académica y feminista mexicana Marcela Lagarde a raíz de los feminicidios de Ciudad Juárez. Ella le dio el significado que tiene en la actualidad: denota la relación de solidaridad entre las mujeres, especialmente en la lucha por su empoderamiento. ¿Entiendes? ¡Hermandad entre mujeres! Por eso empieza por «sor», el tratamiento que precede al nombre de las monjas de un convento.

Aunque sabía que Airam no era una radical, Cele no soportaba esos accesos de feminismo. Las palabras «feminista», «sororidad», «feminicidio» y «empoderamiento» en frases sucesivas desbordaron su mínima tolerancia y contestó con un exabrupto burlón.

—Esto se pone interesante… Pues debe de ser algo bueno, porque las monjitas tienen muchas cosas buenas: las yemas de Santa Teresa, los dulces de monja, las clarisas… Me relamo de pensarlo. Eso por no hablar de lo buenas que están algunas monjas.

—¡Celedonio Fernández! —contestó Airam con voz seria y alzando el tono—. ¡No me seas guarro!

—¡Mi nombre y apellido! Ya he dejado de ser Cele. Ahora soy Celedonio Fernández, eso es que viene marejada.

—Marejada, no, viene el tifón Airam directo hacia ti. ¿Te parece bien pensar en el sexo de las monjas, que han hecho voto de castidad? ¿Por qué no piensas más en el sexo de tu mujer? ¿Sabes cuántas veces hacemos el amor al mes? Encefalograma plano… ¿Sabes cuánto hace que no tengo un orgasmo? Claro que no, a ti solo te preocupan los tuyos… y cada vez menos, a la vista de lo que pasa en esta casa, bueno, mejor dicho, a la vista de lo que no pasa en esta casa.

—Vaaale. Haz lo que quieras. Ya veremos adónde te lleva esa sororidad. Me voy a duchar y me largo, porque se me hace tarde para irme a Morella; no vendré a comer.

—Espera, antes de irte a la ducha… ¿Cuántas de las cinco chicas tienen el pelo largo? —preguntó Airam mientras se guardaba las fotos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Cuántas?

Cele clavó sus ojos en los de Airam con expresión desafiante.

—No lo sabes porque ni has mirado las fotos —se respondió a sí misma Airam al cabo de unos segundos.

—Prefiero mirar tu cara —aseguró hastiado.

Cele dio media vuelta y dejó a Airam en la terraza. Tras ducharse, se despidió con un bronco «adiós» gritado desde la puerta de salida. Airam lo oyó, pero no contestó.

5

Recuperando a un amigo

Airam se alegró de que Cele se fuese a Morella todo el día, porque prefería no coincidir con él para evitar nuevas discusiones. Alargó el desayuno, aunque, tras las palabras gruesas del marido, ya no logró recuperar el momento relajante que estaba disfrutando antes de que apareciera. Al rato, llamó por teléfono a Vicky, su hija menor, pero la célebre voz sintética anunció que su móvil estaba «apagado o fuera de cobertura»; a continuación, probó con Adriana, la mayor, y esta sí que descolgó.

—¡Hola, cielo! ¿Qué haces hoy? —preguntó Airam.

—Pues estudiar en la uni, ¡a ver qué voy a hacer entre semana! Tengo ganas de verte, mami.

—Yo también, a ti y a tu hermana. ¿Te va bien que hoy comamos juntas?

—Síííí. Eso sería *top*. Hablaré con Vicky y nos vemos en el bar de la facu.

—Vale, perfecto. Quedamos a las dos allí.

—Guay, mami.

A Airam se le había ocurrido una idea al hablar con su hija. Pensó que podía ir con tiempo a la universidad y visitar a Doyo, un amigo, que en su día fue mucho más que amigo, especializado en cultura africana. Un experto como él quizá la ayudara con sus interrogantes, a pesar de los numerosos años que llevaban sin verse.

Fue pensado y hecho. Cogió su BMW descapotable y se presentó en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Se dirigió a la conserjería y preguntó:

—Por favor, ¿dónde puedo encontrar al profesor Doyo?

—El famoso doctor Doyo —respondió la ordenanza—. Coja el ascensor, que encontrará tras aquel entrante, hasta la cuarta planta y al salir, a la derecha, vaya al último pasillo. Es el tercer despacho a la derecha.

Airam siguió las indicaciones y, nerviosa, llamó con los nudillos a la puerta. No obtuvo respuesta. Insistió, esta vez llamando a Doyo, pero permaneció sin respuesta. Giró la manecilla, empujó y abrió la puerta. No había nadie dentro. Airam entró con sigilo y aprovechó para observar detenidamente el despacho. Las estanterías estaban atestadas de libros en cuyos lomos figuraban títulos relacionados con África; parecían custodiados, desde el borde de los estantes, por unas pequeñas figuras de animales de la fauna de ese continente. Airam sonrió al ver la de una simpática suricata, su animal favorito, como bien sabía Doyo, erguida en la típica posición de vigilancia. También le llamaron la atención las montañas de papeles acumulados sobre la mesa del despacho, sin apenas espacio para el ordenador. Se acercó a la pantalla y de fondo de escritorio vio la foto de su amigo en un depauperado hospital junto a una joven, muy guapa, vestida con ropa sanitaria y rodeada de lo que parecían sus pacientes. En la pared de detrás de la mesa colgaban varias máscaras junto a una preciosa foto de gran tamaño con un atardecer en la sabana.

Airam se dirigió a la ventana, desde la que contempló el mosaico de baldosas cerámicas que presidía el ágora, con un gigantesco guante blanco que parecía flotar sobre el fondo azul. Después dejó vagar la mirada por el largo Jardín de los Sentidos. Mientras estaba absorta en sus pensamientos, desempolvando de su memoria recuerdos de vivencias con Doyo, el catedrático entró en el despacho y exclamó:

—¡Airam!

—¡Hola, Doyo! —saludó la capitana al girarse.

Doyo no pudo ocultar la alegría de volver a ver a Airam y se fundió

con ella en un abrazo.

—¡Menuda sorpresa! ¡Cuántos años sin vernos!

—Y tanto… ¡Más de veinte! Pero veo que has aprovechado el tiempo. Has alcanzado tu sueño: ya eres catedrático.

—Tú también has llegado lejos. Nada menos que capitana del mayor buque de SASEMAR… Por cierto, felicidades por el reciente nombramiento, y por las dos preciosas hijas que tienes. Las veo a menudo por la facultad. No les digo nada porque no me conocen, pero ya sabes que, si puedo ayudarlas en algo, aquí me tienes.

Desde que se casó, Airam no había sabido nada más de Doyo, pero era evidente que él estaba al día de su vida.

—Gracias, Doyo, sé que siempre puedo contar contigo.

—Sí; ya te lo dije con el poema de Benedetti, el que habla de hacer un trato, ¿recuerdas?

—¡Cómo no voy a recordarlo! Me lo recitaste en el campamento en el que estábamos de monitores de aquel enjambre de niños, cuando cortamos. Hasta eso supimos hacerlo bonito. Tuviste una reacción muy madura cuando te planteé que lo dejáramos.

Las miradas de Doyo y de Airam se encontraron en silencio durante unos segundos. Para cambiar el tono de la conversación, la capitana acabó diciendo:

—¡Menudo campamento! ¿Te acuerdas de las que nos hicieron aquellos renacuajos?

Rieron al recordar divertidas anécdotas de aquel campamento de verano donde tanto disfrutaron juntos.

—Las vivencias felices unen para siempre a quienes las comparten, si no quedan sepultadas por heridas de amargas vivencias conjuntas. No fue nuestro caso —aseguró Doyo—, porque fuimos felices disfrutando de aquel amor apasionado sin que nada lo amargara.

—Así es —contestó Airam—. Por tanto, tenemos el terreno abonado para que la amistad en la que se transformó ese amor despierte de inmediato del letargo de los veinte años —añadió, con la intención de que a Doyo le quedara claro que su relación ya no rebasaría los límites de la amistad.

—Seguro que así será —contestó Doyo esperanzado.

—Cuéntame qué ha sido de tu vida, porque te perdí la pista. ¿Te casaste? ¿Has tenido hijos?

—No, se me paró el reloj del amor. Creo que soy más casto que muchos de los que hacen voto de castidad. Pero soy muy feliz, que es lo que cuenta. Tengo muchos y muy buenos amigos, aquí y en África.

Airam se enterneció al oírle. No se sintió incómoda, porque no le sonó a reproche, pero sí aludida. Miró la foto enmarcada situada junto al ordenador en la que aparecían los dos en aquel campamento de verano en el que fueron felices. No había fotos enmarcadas de más mujeres en el despacho. Eso, y lo que acababa de decir Doyo, le hizo constatar lo duro que había sido para él que le dejara. Durante unos segundos no supo qué decir. Se produjo un silencio incómodo que disimuló con una sonrisa.

—Me alegro de que seas feliz.

—Bueno, capitana, cuéntame tú. Veo que al final le ganaste el pulso a tu padre y estudiaste lo que querías. No sé cómo lo conseguiste, porque era muy duro de pelar. ¡Menudo carácter! A mí me imponía un montón.

—Estabas en las antípodas de su yerno soñado. Quizá ahora, siendo catedrático, con el pelo corto y tu vestimenta actual, te vería de otra forma…

—A saber… Lo que cuenta es que le convenciste y estudiaste lo que te gustaba.

—Has acertado solo a medias. Estudié lo que quería, pero no le gané el pulso.

—No entiendo…

—Mi padre me dio un ultimátum: o estudiaba una de las carreras que me formarían para llevar la empresa o no me pagaba los estudios.

—¡Qué me dices! ¡Eso es un chantaje en toda regla!

—Sí, fue muy duro para mí.

—E intuyo que no cediste a la coacción.

—¡Claro que no! Me busqué un trabajo en Madrid, de recepcionista en un hotel, gracias a que tenía buen nivel de francés e inglés. Con lo

que ganaba, me pagaba todos mis gastos: matrícula universitaria, mi parte del alquiler del piso, libros, comida…

—¡Joder, Airam! ¡Qué fuerte! Una familia que podría comprar esta universidad entera y no te paga los estudios.

—Lo peor es que, con la renta de mis padres, no podía ni pedir beca. Fueron años muy duros. Duros porque me costó encajar el golpe de que me dejaran tirada con el chantaje, y porque veía como mis compañeras se iban de marcha y yo no podía permitírmelo. Y, por supuesto, de ennoviarme ni pensarlo. Estudiar, ir a clase y trabajar; trabajar, ir a clase y estudiar. Así durante cinco años, ¡y siempre apurada de pasta! Tuve que pedir dinero prestado más de una vez a mis compañeras…

—¿Y cómo quedó la relación con tus padres? Porque lo que te hicieron es demoledor.

—No volví a vivir en su casa. Con mi madre, que no era partidaria del chantaje, hablaba de tanto en tanto. Pero con mi padre no volví a hablar hasta que tuvimos a nuestra hija mayor.

Airam cogió una botella de agua que tenía Doyo encima de la mesa y bebió varios sorbos para aclararse la garganta. Lo hizo con tanto ímpetu, y tan mala pata, que se atragantó. Al notar la sensación de ahogo, levantó la mano para taparse la boca, pero no a tiempo de sellar los labios. Un sinfín de gotas salieron catapultadas por un acceso de tos y quedaron esparcidas por las montañas de papeles y libros que Doyo tenía sobre la mesa. Tras superar la tos, sacó azorada unos pañuelos de papel del bolso y apresuradamente se puso a secar el tupido mosaico de gotas esparcidas.

—Disculpa, Doyo, ¡qué apuro! Menudo desastre... Todos los papeles mojados… No tengo perdón, vengo a verte y mira lo que hago… —lamentó carraspeando.

Doyo advirtió la desazón de Airam y, dispuesto a aliviarle el desasosiego que le producía la situación, la cogió de las manos, le quitó los pañuelos y los tiró a la papelera.

—No te preocupes. No importa. Son papeles. Solo se han mojado los que están más arriba e igualmente se puede leer lo que pone. No te angusties, tengo todo en el ordenador y puedo sacar copias si las

necesito. Sigue con lo que me contabas; decías que cuando nació vuestra hija…

—Sí. Cuando nació Adriana cambiaron las cosas —continuó la capitana—. Mi padre estaba arrepentido de lo que había hecho y me pidió perdón. Me regalaron el caserón en el que vivo y yo les perdoné porque, con el tiempo, me siento orgullosa de lo que hice, que al fin y al cabo era lo que quería. No sé adónde me hubiera llevado vivir entre algodones, pero sí sé que lo vivido esos años me enseñó muchas cosas que de otra forma jamás habría aprendido.

—*Chapeau*, capitana. ¡Vaya ovarios!

—Y saqué algo más que experiencia: el último verano que trabajé en el hotel, cuando acabé la carrera, conocí a Cele. Era un joven cliente de Castellón que iba a Madrid por trabajo y se hospedaba allí.

—No me contaste todo esto la última vez que nos vimos.

—Fue la ú-ni-ca vez que nos vimos desde que lo dejamos. Ya sabes que íbamos bebidos y, con sinceridad, Doyo, ¡prefiero olvidarla!

—Has tenido veinte años para hacerlo…

Se quedaron en silencio, un silencio incómodo, mirándose a los ojos, con sendas sonrisas de circunstancias. Al cabo de unos momentos, Doyo retomó la conversación.

—Bueno, pues ya nos hemos puesto al día. Hablemos de otra cosa. ¿A qué debo el placer de tu visita?

—Vengo a consultarte algo como experto en culturas africanas.

—Bueno, lo de experto es relativo.

—¡Es lo que pone en la puerta de tu despacho! ¿«Catedrático» no es sinónimo de «experto»?

—Yo, más que experto, me considero conocedor, África es el continente con más diversidad de culturas, etnias y especies naturales. ¿Se puede ser experto en tres mil etnias y mil quinientas lenguas? No, rotundamente no. En España puedo ser uno de los mayores conocedores de culturas africanas, pero de ahí a ser experto hay un abismo. Nadie puede serlo, te lo aseguro. Cada vez que voy a África, me doy cuenta de que cuanto más sé, más me queda por saber.

—¿Te me pones en plan socrático? Solo sé que no sé nada —bromeó

Airam.

—También se puede decir con un proverbio africano: trabajamos en la superficie, las profundidades son un misterio —contestó Doyo.

—Eso lo puedo decir yo literalmente capitaneando el Clara Campoamor. Siempre trabajando en la superficie del mar. —Sonrió.

—Bueno, antes también te movías muy bien en las profundidades.

—Sí, recuerdo que me llamabas «sirenita» cuando buceábamos o hacíamos snorkel.

Volvieron a reírse juntos, como en sus mejores tiempos. Parecía que los veinte años transcurridos sin verse no habían acabado con la chispa que les impulsaba a hacer bola, como ellos llamaban a alternarse en las ocurrencias hilando una con la siguiente. Tras unas cuantas risas, Airam pasó a exponerle el motivo de su visita.

—Seguro que eres demasiado modesto al asegurar que no eres un experto, así que voy a ponerte a prueba. Vengo a ver si puedes ayudarme a resolver un montón de interrogantes que tengo y que me preocupan, rayando en la obsesión. Encontré a cinco chicas jóvenes africanas flotando muertas en el mar y unidas en forma de corro por las camisetas. Me pareció inverosímil; si no lo hubiera visto, no lo habría creído.

Airam relató con pesar el rescate de los cuerpos y no pudo reprimir las lágrimas.

—Cálmate, Airam —pidió Doyo mientras le tendía más pañuelos de papel para que se las secara.

Al ver a Doyo de pie, ella también se levantó y juntos se acercaron a la ventana. Allí, con la mirada perdida en el Jardín de los Sentidos, Doyo rodeó a Airam con el brazo por detrás del cuello y le acarició el hombro con la mano. Tras unos minutos sollozando y sin mediar palabra, la capitana recuperó la compostura.

—Quiero que sus familiares sepan lo que ha sido de ellas. Quiero saber más de lo que les ocurrió, de lo que las motivó a migrar, de dónde venían… ¡Necesito saberlo! Pero a medida que pasan los días, cada vez tengo más preguntas y las mismas respuestas: ninguna. O sea, que en este tema trabajo en la más absoluta superficie. Parezco uno de

esos insectos que van flotando rápidamente por los estanques. ¿Cómo se llaman?

—Se les conoce vulgarmente como «patinadores de agua». No sé si has elegido un buen símil, porque la vez que patinamos juntos estuviste más en el suelo que erguida. A no ser que hayas aprendido a patinar en estos años…

—¡Qué va! Desde ese día me prohibí el patinaje por el bien de mi trasero.

—A ver —dijo Doyo en tono serio—, cuéntame todo lo que sepas y lo que te preocupa.

—Mira estas fotos —contestó Airam al tiempo que las sacaba del bolso—. En el reverso he apuntado los datos más relevantes de cada autopsia.

Doyo pasó las fotos despacio, deteniéndose en cada una. Parecía analizar hasta el menor detalle. Airam le observaba pensando en la gran diferencia entre su reacción y la de Cele. Su marido ni siquiera había visto las fotos; las había mirado, pero no las había visto. Al cabo de unos minutos revisándolas, Doyo rompió el silencio reflexivo que se había instalado entre ellos.

—Me parece trágico, y lo de las mutilaciones, ¡horrible! Por desgracia he visto tantas cosas parecidas… ¿Te has fijado en las marcas de la mano izquierda?

—Sí, claro; cuatro se parecen mucho entre ellas, aunque no son iguales, y la otra es totalmente diferente.

—En muchas etnias africanas usan marcas en la piel para lucir orgullosos sus orígenes. Es una especie de DNI, pero, ya ves, en este caso con cicatrices. En otros casos lo hacen con tatuajes.

—Con cicatrices. Ufff. ¡Qué escalofrío me ha dado! Cada vez que me pidan el DNI, voy a alegrarme de tenerlo en una tarjeta.

—Por las marcas no sé decirte de qué lugar son las chicas, pero, si te parece bien, voy a enviar las fotos de las manos por e-mail a mis colegas de universidades de los veintiocho países en los que se practica la ablación. Las chicas tienen que ser de uno de ellos, teniendo en cuenta las mutilaciones genitales. Se las enviaré y a ver qué me dicen.

—Genial, Doyo, eres un sol.

—Pues dame tu dirección de e-mail para estar en contacto.

—Es fácil de recordar: capitana.airam@gmail.com.

—¿Tu número de móvil sigue siendo el mismo?

—Sí.

—OK. Ya te avisaré cuando tenga noticias.

Se levantaron y ella le dio un fuerte abrazo de despedida y un gran beso en la mejilla. Al cesar el abrazo se cogieron de las dos manos y, mientras se separaban lentamente, intercambiaron una mirada. Duró poco, pero supo a mucho.

6

Las hijas de Airam

Al salir del despacho de Doyo, Airam se dirigió a la cantina de la facultad. Cogió el móvil para hacer una llamada y se asombró al ver que eran las dos y cuarto. No podía creérselo. Había hablado tan a gusto con Doyo que el tiempo se le había pasado volando. Le sabía mal que se hubiera hecho un cuarto de hora tarde, porque ella llevaba a gala ser puntual y se lo había inculcado a sus hijas. «Siempre he pensado que el paso del tiempo funcionaba al revés de como debería ser: cuando sufres, cuando padeces o te aburres, pasa con lentitud, como una tortuga; cuando disfrutas pasa rápido, como una exhalación. Su velocidad es directamente proporcional a la alegría y debería serlo a la tristeza», se dijo la capitana mientras caminaba a toda prisa hacia la cantina.

Sus hijas ya estaban en una mesa esperándola. Se dieron unos besos.

—Mamá, no me lo puedo creer. Hoy es un día histórico. ¡Tú llegando tarde! —exclamó Vicky.

—Ay, hijas, disculpad. He ido a hablar con un amigo de la juventud, que es profesor en esta facultad, y he perdido la noción del tiempo.

—No sabía que tuvieras algún amigo entre los profes. ¿Cómo se llama? —preguntó Adriana.

—Doyo.

—¡El famoso Doyo! —prosiguió Adriana—. Es el profe más *in* de la facu. No lo conozco, pero tengo ganas de tenerlo de *teacher*. Dicen que

es un crack. Seguramente me cogeré una asignatura suya de libre configuración porque sus clases sobre cultura africana dicen que son la hostia.

—Niña, ese vocabulario…

—Perdón, se me ha escapado. ¿Sabes cómo le apodan?

—No.

—Africanus.

—Muy apropiado en este caso llamarle «el africano». Africanus… Esa palabra siempre me recordará la novela de Santiago Posteguillo. ¡Cómo disfrutamos leyéndola! —recordó Airam.

—Posteguillo es profe de mi titulación —añadió Vicky.

—¡Vaya! —se sorprendió Airam—. Sabía que era profe de esta universidad, porque siempre lo pone en sus libros, pero no sabía que lo fuera de Filología Inglesa; pensaba que era de Historia, por lo documentadas que están sus novelas sobre la época romana.

Se dirigieron al *self-service* con sus bandejas. Airam, mientras estaba en la cola, miró a su alrededor y vio que casi todos eran chicos y chicas jóvenes. El bar parecía el de su facultad cuando ella estudiaba en Madrid.

—El paso del tiempo no se nota en las universidades si miras a los estudiantes. Siempre tienen la misma edad —dijo la capitana a sus hijas.

Mientras avanzaba en la cola, pensaba que las cinco chicas ahogadas tenían edad para estar en alguna facultad del mundo o preparándose en algún instituto para ingresar en ellas, en lugar de yacer en la morgue.

Se sentaron a comer y Airam se interesó por los estudios de sus hijas.

—¿Cómo os va el cuatrimestre?

—Este primer año en la uni es durillo —se quejó Vicky—, pero ya sabes que yo me esfuerzo por sacar buenas notas y espero aprobar todas.

—Hija, recuerdo mi primer curso en la universidad. Para mí no fue durillo, fue muy duro.

—Trabajar y estudiar a la vez y, además, fuera de casa, haciéndotelo todo… Es que lo tuyo fue para nota —contestó Vicky—. ¡Cómo no iba a

ser muy duro!

—También lo fue para mis compañeros de promoción. Digo «compañeros» porque ya sabéis que las chicas brillaban por su ausencia. Pero, a medida que vas avanzando en la carrera, parece que se vuelve más fácil, los conceptos te resultan más asequibles, tienes más optativas y puedes elegir lo que más te gusta… Así que no te desanimes.

—Pues, en mi caso —añadió Adriana—, mis notas en los controles de segundo no son buenas.

—¡No me asustes! ¿Qué pasa? Tú siempre habías ido bien en los estudios… El pasado año aprobaste todas con buena nota… Además, fuiste de las pocas que aprobaron todas las asignaturas en primera convocatoria.

—Pues este año en los controles que he hecho las notas no han sido buenas… ¡Han sido buenísimas!

Rompieron a reír las tres. Tras esas risas que le subieron durante unos minutos el ánimo, Airam se puso seria; si estaba allí era por algo y necesitaba compartirlo con sus hijas. Aunque le costó, finalmente se atrevió a explicarles el hallazgo de los cuerpos de las cinco chicas. Mientras ella hablaba, los ojos de Vicky y Adriana también se llenaron de lágrimas.

—Cada vez tengo más ganas de desenmarañar lo ocurrido; lo entendéis, ¿verdad?

Las chicas habían quedado tan impactadas con el relato del rescate y con el desasosiego de su madre que siguieron calladas tras la pregunta. Airam miró a las dos, intentando encontrar gestos de complicidad en esas caras que se habían quedado petrificadas.

—¿Lo entendéis? —insistió.

—¡Claro que lo entiendo! —exclamó Adriana—, y además, te apoyo. Si puedo ayudarte en algo, dímelo. ¿Quieres que monte una campaña en la uni pidiendo adhesiones para que se aclare lo que sucedió? Así tengo excusa para ir a conocer al famoso Doyo… —bromeó con el fin de animar a su madre.

—Yo también quiero ayudarte —añadió Vicky—; si te mola cuelgo

una petición de firmas de apoyo en change.org. Seguro que conseguimos miles y miles…

—Sois un lujo de hijas. Como diríais vosotras, unas pro. No hace falta que hagáis nada, al menos de momento. Con saber que me entendéis, me siento reconfortada.

—Ay, mamá… —lamentó Adriana—. Por ese tono, me temo que papá no se lo ha tomado muy bien.

—Pues no. Pero dejémoslo, son cosas entre él y yo.

Tras despedirse, Airam volvió a casa y cogió la bicicleta. Necesitaba evadirse y gastar energía, así que pedaleó a buen ritmo por la ruta verde hasta Oropesa. Continuó junto a la orilla del mar hasta el poblado marinero de Torre la Sal; allí se tomó una cerveza en un chiringuito y prosiguió su ruta. No volvió a casa hasta que hubo recorrido setenta kilómetros. Como sabía que el ejercicio le cargaba las pilas, después se puso el traje de baño para disfrutar de su *pool lane*, como llamaba a la larga y estrecha piscina climatizada que mantenía descubierta cuando llegaba el buen tiempo. No era la típica piscina de recreo, sino que estaba diseñada como calle para nadar; con una estética vanguardista, era motivo de admiración tanto por su pared de cristal como por rebosar en cascada en el lado mar, configurando una piscina infinita que se fundía con el horizonte. Mientras nadaba pensó, temerosa, en cómo reaccionaría Cele cuando supiera que había hablado con Doyo y que seguía buscando respuestas a lo ocurrido con las cinco chicas. Intuía que no iba a gustarle ninguna de las dos cosas.

Tras el baño se sentó en una hamaca de la terraza para disfrutar de las vistas; quería relajarse, pero no lo consiguió; no pudo evitar que sus pensamientos giraran en torno a las cinco chicas. Se hacía una retahíla de preguntas: ¿Cómo sería su vida en el lugar donde vivían? ¿Irían a la escuela? ¿Trabajarían? ¿Qué las había impulsado a dejarlo todo y embarcar? ¿Qué pensarían sus padres cuando decidieron irse? Tumbada en la hamaca, cerró los ojos y respiró hondo; le vinieron a la mente, una y otra vez, las imágenes de los cadáveres en la cubierta del

Clara Campoamor. Se habían grabado a fuego en sus neuronas. Al cabo de un largo rato, sumida en sus reflexiones, oyó la voz de Cele, que había entrado en casa.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, he comido con las niñas en la facultad.

—Lástima que estuviera en Morella; si no, podría haber comido con vosotras.

—Por eso no te he llamado, porque sabía que no podías —explicó para preparar el terreno para lo que iba a decir a continuación—. Cuando iba a la universidad me he acordado de que Doyo es experto en culturas africanas y he ido a verle.

En otro momento la mención de Doyo hubiera actuado como un botón nuclear en Cele y hubiera desatado su furia dialéctica. Eran tantas las veces que Cele había perdido los papeles cuando Airam le hablaba de su relación con Doyo, que ella había aprendido que era mejor no nombrarle. Así habían pasado muchos años, con ese nombre tabú entre los dos. Doyo era la única persona de la que Cele tenía celos enfermizos, aunque nunca había hablado con él. Airam estaba esperando el estallido de su marido, pero, para su sorpresa, no se produjo. Parecía haberle dado una moratoria al botón nuclear para que no se produjera otra discusión amarga, como la de la mañana. Su marido optó por morderse la lengua y actuar como si hubiera oído otro nombre.

—¿Le has visto? Bien, pues ya me contarás… —dijo restando importancia a lo que acababa de escuchar—. ¿Cenamos?

—Sí, tengo hambre.

Airam se sorprendió por la buena reacción de Cele. Fue a la cocina y preparó una cena rápida mientras Cele subía a ponerse cómodo. Una vez sentados a la mesa, retomaron la conversación.

—Esta mañana no me has dicho que pensabas ver a Doyo.

—Ni que iba a comer con las niñas; las dos cosas se me han ocurrido después.

—¿Y qué tal ese hippy?

—Nunca fuimos hippies —matizó Airam.

A Cele ese «fuimos» se le clavó como una espina. Sintió que Airam había utilizado el plural para ponerse de escudo humano de Doyo. No obstante, optó por morderse la lengua de nuevo y fingir interés.

—Bueno, hippy o lo que fuera, ¿cómo le va?

—Genial, ya es catedrático de culturas africanas. Las niñas dicen que le llaman Africanus en la facultad.

—Vaya, veo que hasta las niñas le conocen —ironizó.

—No, no le conocen, pero han oído hablar de él —puntualizó Airam para prevenir mosqueos de Cele.

—Y supongo que tu visita a Doyo tendrá que ver con las cinco chicas…

—Sí, claro. Necesito despejar incógnitas, Cele; ya te lo dije. Pero, en lugar de despejarlas, me aparecen nuevas. Mientras hablaba con las niñas, he caído en que la violación no pudo producirse en una patera porque van abarrotadas. Si iban en una, tuvieron que violar a la chica antes de embarcar. Luego, mientras estaba en la piscina, no dejaba de pensar en que por eso cobra aún más interés conocer las coordenadas de donde murieron. Si las pocas horas que pasaron desde la violación hasta la muerte, según la autopsia, no dan para que la patera salga de algún punto de la costa africana y llegue hasta donde murieron, es que no iban en ese tipo de embarcación. Si es así, la violarían en un yate o en un buque mercante. O sea que tu sugerencia del arrastre de los cadáveres por las corrientes marinas es clave. Hay que saber dónde, más o menos, murieron. No nos basta con saber dónde aparecieron.

—Ahora lo entiendo y, como los catedráticos en culturas africanas son expertos en corrientes marinas, por eso has ido a verle —espetó Cele con sorna.

Airam cogió su copa por el fuste y describió con ella circunferencias contemplando el movimiento arremolinado del vino blanco. Después bebió unos sorbos y contó hasta diez antes de contestar. Mientras lo hacía, clavó sus pupilas en los ojos de Cele, con una intensa mirada, para que notase que iba a hacer un esfuerzo para no contestar a su pulla como se merecía.

—No. He ido para ver si Doyo puede ayudarme a despejar incógnitas

como gran conocedor que es de las culturas africanas.

—¿Y te ha resuelto alguna?

—Aún no, pero he salido esperanzada. Doyo me va a echar una mano para identificar las marcas en las manos de las chicas y averiguar de dónde pueden proceder.

—¡Cuánto sabe Doyo! ¡Si te descuidas podrá leer en esas marcas hasta su pasado! —exclamó con retintín.

—Ay, Cele, ¿hace falta que seas tan impertinente? Mira… no tengo ganas de discutir. Me voy a dormir, que hoy ha sido un día intenso y mañana madrugo para embarcar.

—Pues nada, que descanses; yo me quedo haciendo unas cosillas y luego subiré. Buenas noches —dijo en tono muy serio.

La capitana dio media vuelta, encaró la escalera y no respondió. Mientras subía optó por un silencio tolerante que evitara decir lo que pensaba: Cele le había dado la despedida que se da a un desconocido. Ni un beso, por breve que fuera. Ni una caricia, por pequeña que fuera. Ni una palabra cariñosa. «Buenas noches». A secas. Airam estaba hartándose de esos chantajes emocionales con los que su marido le negaba muestras de cariño cada vez que le contrariaba. Seguía con él esperando que desapareciera esa actitud negativa, como él siguió con ella mientras sufrió depresión por el acoso de aquel capitán.

Airam se metió en la cama, sentada con su cojín favorito en la espalda, y, antes de dormir, leyó un largo capítulo del libro que tenía empezado, una novela histórica apasionante sobre el reinado de Jaume I y Na Violant. Ella se identificaba con lady Are, una mujer aguerrida que no dudaba en enfrentarse a quien fuera necesario ya fuese con la palabra o con la espada. El capítulo era largo, y le daba rabia, porque tenía que luchar contra el sueño para acabarlo, ya que nunca dejaba uno a medias. A pesar del tiempo que pasó leyendo, Cele no subió a la habitación, así que, al finalizar el capítulo, optó por ponerse en posición horizontal para conciliar el sueño. Lo último que hizo fue abrir el calendario de su smartphone y colorear de un rojo amapola el día que terminaba.

7

Ayuda tecnológica

A la mañana siguiente Airam se despertó unos minutos antes de que saliera el sol. Accedió a la terraza cuando la aurora llenaba el cielo con su color sonrosado. Se acercó a la barandilla y recitó en voz alta su rutina poética, un tributo a Espronceda. Acto seguido, acercó la mano izquierda a un cañón, como si fuera a prender la mecha, y gritó:

—¡Pum! Prepárate, Clara Campoamor, que en un ratito nos vamos de marcha.

Tomó el desayuno sin prisas, como le encantaba disfrutarlo, y se dirigió al puerto. Nuevamente fue la primera en llegar al buque. Cuando estuvo toda la tripulación a bordo, completó la *checklist* y se hicieron a la mar.

Una vez que el buque hubo salido por la bocana del puerto, la capitana se dirigió a su primer oficial.

—Qué día tan magnífico hace hoy.

—Sí, mi capitana, pero alguien me enseñó hace poco que hay que estar preparados, nunca sabemos lo que nos deparará la jornada por magnífico que parezca el día.

A Airam le gustó la respuesta de Sebastián, tan diferente a la de días atrás.

—Aprende usted rápido.

—Lo intento. ¿Ha visto las noticias sobre el huracán de fuerza cinco que se acerca a Florida? Se prevé que llegue a la costa en unas horas.

¡Menos mal que aquí solo sabemos lo que es un huracán por las noticias de otros lugares!

—Su comentario me ha dado una idea para averiguar la hora y el lugar en que murieron las cinco chicas. Estaba tan ofuscada buscando cosas que no cuadran en su naufragio que no había pensado en ello.

—Dígame, si se puede saber…

—Tengo que encontrar a alguien que pueda aplicar hacia atrás en el tiempo el modelo matemático que se usa para predecir el comportamiento de las corrientes marinas.

—En vez de simular el futuro, quiere simular el pasado —resumió Sebastián.

—Así es; vamos a ver si don Google tiene la respuesta.

Airam cogió su tablet y, aprovechando que todavía tenía cobertura, buscó «corrientes marinas» con el navegador.

—Mire, Sebastián, la primera respuesta es la de la Wikipedia.

Leyeron atentamente el extenso artículo y Airam acabó bromeando.

—Veo que este artículo de la Wikipedia es matemático.

—¿Por qué lo dice, si no aparecen ni fórmulas ni números?

—¿Es que no conoce el chiste del matemático y el globo?

—No, ¿cuál es?

—Un pastor se acerca a un globo que está descendiendo sobre el prado donde pastan sus ovejas. Cuando aterriza, el del globo, que no sabe dónde se encuentra, le pregunta desde la barquilla: «Por favor, ¿podría decirme dónde estoy?». El pastor se queda pensando, sigue pensando, piensa más aún y al fin responde: «En un globo». «Vaya, veo que además de ser pastor es usted matemático». «¿Y cómo lo sabe usted?». «Obvio, porque ha estado reflexionando, me ha dado la respuesta exacta, efectivamente estoy en un globo, y… ¡no me sirve para nada!».

Sebastián se rio a carcajadas mientras la capitana esbozaba una sonrisa.

—Pues ya ve usted, el artículo de la Wikipedia tiene las corrientes dibujadas por todos lados menos por el Mediterráneo… Y, además, los dibujos no son lo que busco. ¡No me sirve para nada! Como el chiste

del matemático.

—Veo que tiene en gran estima a los matemáticos —contestó el primer oficial.

—Respeto mucho a los matemáticos, las matemáticas y su trabajo, solo era una broma… Sin las matemáticas no existiría nada de la tecnología actual. No solo están en arquitectura e ingeniería de todo tipo, están por todas partes: los GPS, los navegadores de los coches, el algoritmo buscador de Google, las predicciones meteorológicas… Ya ve usted que las matemáticas son como nuestras amigas invisibles: no las vemos, pero están ahí ayudándonos en el día a día.

—Eso no lo había pensado nunca…

El primer oficial siguió leyendo el artículo.

—Capitana, algo sí que aporta. Mire lo que dice del modelo de la NASA sobre las corrientes del Mediterráneo. A ver si encontramos algo más…

—Este vídeo puede ser interesante —aventuró Airam mientras lo seleccionaba para visualizarlo—. Es una animación de las corrientes en el Mediterráneo; parece que hay flujos hacia el norte por el litoral donde encontramos a las chicas; podría servirnos; a ver quién lo ha desarrollado... El Jet Propulsion Laboratory del California Institute of Technology de la NASA.

Cuando Airam se marchó a su camarote, se le ocurrió que quizá su marido pudiera echarle una mano; él no era especialista en cultura africana, pero sí ingeniero, así que tal vez pudiera ayudarle con ese tema, y de paso, ambos podrían acercar posturas, que falta les hacía. La verdad es que el frío «buenas noches» del día anterior se le había quedado encogido en el estómago. Con esa intención de buscar la complicidad de Cele, le escribió un e-mail.

> Hola, Cele, he visto que en el Jet Propulsion Laboratory tienen implementado un modelo de las corrientes marinas del Mediterráneo que podría ayudarnos a saber dónde murieron las cinco chicas y podría despejar la incógnita de la que hablábamos anoche. ¿No podrías tú, con tus conexiones de ingeniero, conseguir un contacto en ese centro para que nos ayude? Anda, dime que sí ;)

Te quiero.

Se relajó tras enviarlo y se quedó dormida pensando en los interrogantes sobre las cinco chicas. En sueños seguía viendo sus caras y la asaltó una pesadilla: una a una, las chicas abrían los ojos cuando ella les besaba las manos en la cubierta del Clara Campoamor y le pedían desesperadamente que buscara a sus familias. Eran sus últimas palabras antes de morir. La capitana se despertó sobresaltada y, tras beber unos sorbos de agua, comprobó que casi era la hora de levantarse. Se puso ante el ordenador y encontró la respuesta de Cele:

Hola, Airam, no sé por qué empleas el plural, porque a mí no me tienen que ayudar a saber lo que no me interesa. De momento no se me ocurre nadie que pueda ayudarte. Y más adelante tampoco se me ocurrirá porque no voy a pensar en ello. Ya sabes que creo que debes dejar el asunto cuanto antes. Se está convirtiendo en una obsesión. Hasta en altamar estás con el temita. Despreocúpate. Te quiero.

Airam no esperaba una contestación así. Y, aunque algo de razón tuviera Cele respecto a que se estaba obsesionando con el tema, su e-mail la entristeció e indignó a partes iguales. No se merecía esa respuesta. Pensaba que Cele le estaba fallando porque la persona a la que eliges como socio de vida debe ayudarte en lo que necesites, y también en lo que deseas, y él pasaba de hacerlo. Pero, dado que la capitana nunca se resignaba, porque como ella siempre decía, citando a Honoré de Balzac, «la resignación es un suicidio cotidiano», ideó enseguida otro plan: volvería a pedir ayuda a Doyo. Encontró rápidamente su e-mail en la web de la universidad, y al cabo de pocos minutos tuvo contestación, en un tono muy distinto al de Cele:

Hola, Airam; voy a hablar con compañeros de los departamentos de ingeniería, informática y matemáticas de la universidad y te diré algo. Sigo sin respuesta de los colegas africanos. Un saludo.

Las palabras de su amigo la tranquilizaron. Tenía su apoyo y, en esos momentos, era lo que más necesitaba, alguien que no le hiciera creer

que estaba volviéndose loca, sino que la apoyara en su búsqueda de la verdad. Con la cabeza en la fría respuesta de Cele y en el mensaje esperanzador de Doyo, siguió con sus tareas al mando del buque durante la mañana, y ya fue por la tarde cuando recibió otro e-mail de su amigo catedrático:

> Airam, ¡bingo! Hemos tenido mucha suerte. Hay una investigadora de esta universidad que está haciendo una estancia doctoral en el Jet Propulsion Laboratory. Te paso sus datos para que contactes con ella.

«Madre mía, ¡no me lo puedo creer! ¡Castellón es un pañuelo! Con ese nombre y apellidos, la investigadora debe de ser la hija de Delfina», conjeturó Airam frente a la pantalla. Quiso llamar a su amiga por el móvil para constatarlo, pero el buque estaba demasiado alejado de la costa para tener cobertura y prefirió no utilizar la línea oficial para hacerlo. Tuvo que esperar unas largas horas hasta recuperarla y entonces no perdió ni un minuto en contactar con ella.

—¡Hola, forense!

—¡Airam! Qué alegría oírte de nuevo. ¿Qué hay?

—Ya sé dónde está investigando tu hija actualmente. En el Jet Propulsion Laboratory de California.

—Sí, ¡exacto! Yo le decía de broma que es un lujo que investigue en un jet… que así ya forma parte de la *jet set*…

—Y ya sé sobre qué tema está haciendo la tesis, sobre algo que me será muy útil.

—Vaya… ¡No me lo puedo creer!

—Créetelo. Tan cierto como que tus pacientes saben guardar un secreto.

Ambas rieron la broma de Airam.

—Contactaré con ella por el tema de las chicas africanas. Oye, por cierto, la información que me envió esa amiga tuya me ha venido de perlas —le comentó en clave.

—Me alegro. Ya sabes que te quiere mucho.

—Gracias de nuevo, amiga. Ya nos veremos y lo celebraremos.

—Eso, eso… ¡Hay que mojarlo!

Después de colgar, Airam se puso en contacto con la hija de su amiga por e-mail explicando lo que quería averiguar. Al día siguiente, recibió la respuesta:

> Hola, Airam. Disponemos de datos en tiempo real de todas las boyas del Mediterráneo que están sensorizadas y tenemos el modelo de predicción programado en el superordenador de computación paralela. Siempre hemos utilizado el modelo hacia el futuro para hacer predicciones, pero, como tú pides, también puede utilizarse hacia el pasado poniendo un número negativo en el parámetro de tiempo de predicción y realizando algún reajuste más. Pásame las coordenadas geográficas del punto donde encontrasteis los cadáveres y la hora GMT a la que sucedió; haré las simulaciones hacia atrás y pondré un tracking en el punto de encuentro de las chicas para seguir su evolución. En cuanto tenga el resultado te lo enviaré. Un saludo y a ver si nos vemos algún día, porque te conocí de pequeña pero ya no me acuerdo… y quiero conocer a la capitana de un buque. Besos.

Airam se alegró de lo leído. La sonrisa de su cara lo atestiguaba. Todo un superordenador al servicio de su causa. «¿Cuánto valdría en el mercado una información como la que me pasará la hija de Delfina? —se preguntó—. Seguro que un dineral, ¡eso si es que se puede conseguir! Sin embargo, yo, por amistad, la voy a obtener gratis y rápidamente». La capitana contestó al e-mail enviando de inmediato la latitud y longitud del punto donde encontraron los cadáveres y la hora en la que lo hicieron. Estaba emocionada ante la expectativa de poder resolver, al fin, uno de sus interrogantes.

Al día siguiente el Clara Campoamor navegaba con la rutina habitual hasta que, por la tarde, el radar detectó algo en la superficie del mar.

—Mi capitana, un OFNI que no sobresale de la superficie —advirtió Sebastián—, como cuando rescatamos a las chicas...

—¡Ojalá hubiese sido a las chicas, y no sus cuerpos sin vida! —puntualizó la capitana—. Ponga rumbo hacia él. Ya sabe que para mí los OFNI son peligros flotantes. Aunque el protocolo no obligue, quiero

saber qué es cada uno y, si procede, retirarlo del mar.

—Rumbo cero cuarenta y tres grados —ordenó el primer oficial—. Capitana, veo que la estrella de ébano no se le va de la cabeza…

—Nunca he sentido tanta pena con un rescate, y mire que ya llevo unos cuantos desde que entré en SASEMAR.

—Esa pesadumbre fue compartida por la tripulación. Ya vio sus caras… ¡Con lo gratificante que es rescatar personas!

—Y si lo es para nosotros, imagínese para las ONG como Open Arms, que tienen que superar un sinfín de adversidades para poder hacerlo: buscar fondos privados, agenciarse barcos y medios, enfrentarse a autoridades para que les permitan atracar en puertos seguros…

—Pero ver las caras de agradecimiento de los migrantes rescatados y saber que se ha evitado que engrosen el cementerio del Mediterráneo lo compensa todo.

—Esperemos no encontrar más cadáveres en ese OFNI —deseó Airam mirando a Sebastián.

Al cabo de un rato la capitana sintió alivio al acercarse al objeto flotante. Se trataba de una sentina de plásticos y basura diversa.

—¡Mares limpios! —exclamó Airam en referencia a la campaña de SASEMAR para reducir basuras marinas—. ¡Recojan esos plásticos!

Utilizaron una de las grúas del buque para depositar en el mar una zódiac en la que embarcaron varios miembros de la tripulación.

—¡Hay que ver la cantidad de porquería que hay en el mar! —exclamó Sebastián.

—Hay que ver la cantidad de porquería que hay en el mar, ¡generada por actividades en tierra! —matizó Airam—. El ochenta por ciento proviene de allí.

Transcurrido un buen rato desarrollando el operativo, el primer oficial hizo una observación.

—Requiere mucho tiempo recoger los plásticos. Mucho más que una operación de salvamento.

—Tenemos que retirarlos del mar cueste lo que cueste —advirtió Airam— por el bien de la flora y la fauna marinas. La gente tendría que ver estas sentinas de cerca para convencerse de que debe reducir sus

basuras porque, como me dijeron en unas jornadas, las únicas que con toda seguridad no llegan al mar son las que no se producen. ¿Cuándo nos daremos cuenta de que no podemos convertir los océanos en el vertedero del planeta?

—¡Cuánta razón tiene! Y eso que con las sentinas solo verían la punta del iceberg, ya que la mayoría de los plásticos están en los fondos marinos.

—¡Y que lo diga! Hay estudios que aseguran que, con el ritmo actual de polución marina, en 2050 habrá más toneladas de plásticos en los mares que de peces.

—Realmente preocupante…

—Primer oficial, que hagan fotos. Las pondremos en las redes sociales para que propicien la reflexión. No se me había ocurrido antes…

Airam, siguiendo su costumbre, bajó a cubierta para dirigir el operativo en primera línea. Nada más llegar allí, oyó cómo un miembro de la tripulación, que no se había percatado de su presencia, dijo a sus compañeros desde la lancha:

—No sé en qué piensa la capitana. ¿Por qué nos acercamos a esto para hacer de basureros? No era necesario. Podríamos haberlo ignorado. ¡Qué asco!

—Le he oído —vociferó Airam—. Venga a verme inmediatamente en cuanto retorne al buque.

—Tío, que esta capitana no es como los otros. Esta baja a cubierta —murmuró otro compañero en la zódiac.

En cuanto el marinero díscolo pisó la cubierta del Clara Campoamor, dejó a sus colegas cargando la basura desde la lancha y se presentó ante Airam.

—Lo siento, capitana. No quería decir eso.

—No diga tonterías. Lo ha dicho porque quería y porque lo sentía. Lo que no quería es que yo lo oyera. ¿Le tengo que recordar que, aunque SASEMAR sea la Sociedad Española de Salvamento y Seguridad Marítima, la lucha contra la contaminación marina es una de sus competencias?

—No, señora. Así es.

—Entonces ¿por qué cuestiona la orden de acercarnos al OFNI?

—No era mi intención cuestionarla, discúlpeme.

—Pues lo ha hecho. Y ha cuestionado esa función de la empresa. Si no quiere recoger basura marina, pida el finiquito y dedíquese a otra cosa —advirtió la capitana en tono enérgico.

—Lo siento, no se preocupe, que no se repetirá.

—No basta con eso. Quiero que, en la cena, cuando estemos todos juntos, se retracte públicamente de lo que ha dicho y se ofrezca voluntario a partir de ahora en todas las misiones de recogida de basura marina que llevemos a cabo. Prepárese, porque será la persona de la plantilla de SASEMAR que más kilos recogerá. En caso contrario pediré que le abran expediente.

—Sí, mi capitana, como usted mande.

—Eso quiero que haga, pero pruebe a hacer otra cosa si se atreve…

—No, mi capitana. He metido la pata. Lo reconozco. Haré lo que usted dice.

Una vez cargada la basura en el buque, tras emplear dos horas en el operativo, el Clara Campoamor siguió navegando sin novedad durante veinticuatro horas hasta que encaró la bocana de PortCastelló. Airam se dirigió a Sebastián mientras entraban en el puerto.

—Empezamos esta singladura con un magnífico día y la acabamos tres días después con un magnífico atardecer.

—Y que lo diga, capitana. Hay que ver la hermosura que irradia el sol, brillando con ese cálido color anaranjado, del tono del Clara Campoamor, mientras desaparece tras las montañas. Y a la vez, desde el horizonte hasta el cénit, se extiende ese elenco de preciosos colores que empieza por el rojo, sigue por la gama de naranjas, para acabar, allí arriba —señaló con el dedo la vertical hacia el cielo—, con un azul como el de sus ojos.

—¡Es usted un poeta!

—Un poeta, no, aunque he escrito algunas cosillas. Si lo cree oportuno, algún día le pasaré algo para que me diga qué le parece.

—Cuando usted quiera. No sé cómo le consiento esa mención al color

de mis ojos… Será por los puntos que ha hecho con su apreciación que me ha llevado al Jet Propulsion Laboratory.

—Gracias, mi capitana. Si usted hubiese sido capitán con unos ojos similares, también se lo hubiera dicho. —Sonrió.

—Seguro que sí —se burló Airam—. Me gustaría verle decir eso a más de un capitán de los que conozco. Bueno, lo que me gustaría es oír la respuesta de ellos. Pero vale. Acepto pulpo como animal de compañía y me lo creeré. Nos veremos dentro de dos días. Que disfrute de su tiempo libre, yo también lo intentaré.

8

Doyo

Esa noche Airam quedó con sus hijas y Cele para cenar en casa; esperaba que quizá así se relajase la tensión de los últimos días entre su marido y ella. Las niñas siempre conseguían unirlos. Cenaron en la amplia mesa cuadrada de la cocina con Airam sentada frente a Cele. Hablaron de diversas cuestiones de manera distendida, incluso bromeando, hasta que llegó el momento en que Adriana sacó el tema de las cinco chicas.

—Mamá, ¿has avanzado algo con tus incógnitas sobre las chicas africanas?

—Algo. Nada concluyente, pero hay cosas en el horno. He repasado la lista de las preguntas que tengo y…

—¿Tienes una lista de preguntas? —interrumpió sorprendida Vicky.

—Sí; es que me vienen muchos interrogantes a la cabeza, y no quiero olvidarme; esas chicas se merecen que dé con las respuestas. ¿Os la leo?

Cele mostró un desinterés rayano en el desprecio, pero con sus hijas delante prefirió aparentar lo contrario.

—Lee, lee —propuso—; escuchad, que yo ya lo conozco.

Airam leyó las doce preguntas ante la mirada de desdén de su marido.

—¡Eso es un pedazo de lista! —exclamó Vicky cuando finalizó la lectura.

Cele no pudo evitar meter baza.

—La lista me recuerda la obra esa de no sé quién, la de doce hombres sin piedad, pero en lugar de hombres son preguntas… *Doce preguntas sin piedad*. Sin piedad porque esas preguntas están obsesionando, qué digo, están ofuscando a vuestra madre y no nos traerán nada bueno —advirtió mirando primero a Vicky y luego a Adriana en busca de complicidad.

—Pues mira, Cele —contestó Airam—, olvida a Reginald Rose, que es como se llama el autor, porque acabo de darme cuenta de que me falta una pregunta por añadir. No serán doce, serán trece los interrogantes. De hecho, esta pregunta se me ocurrió hablando con vosotras en la facultad. Así que la añado a la lista.

13. ¿Dónde forzaron a la chica, en tierra o en el mar?

—Mamá —añadió Vicky—, hay otra cosa que me impresionó mucho cuando nos la contaste. Dijiste que una se había grabado en el costado unas letras con las uñas.

—Sí, os lo voy a enseñar.

—¿Tienes fotos? —se sorprendió Vicky.

—No os las enseñé en la facultad porque en un lugar público no me pareció adecuado. En la parte de atrás he anotado el resultado de las autopsias.

Airam sacó las fotografías de su bolso, las extendió sobre la mesa y señaló la que tenía la palabra CROS. Las hijas vieron por primera vez las caras de las cinco chicas. Las miraron una a una sin mediar palabra. Les dieron la vuelta y leyeron lo que ponía.

—Ufff —rebufó Adriana—. Lo que nos contaste del rescate fue jodido, pero al ver esto me parece aún más jodido.

—Has hecho mal en enseñar las fotos a las niñas —le recriminó Cele.

—Ha hecho bien —repuso Vicky—; ya no somos unas niñas, por más que nos llames así.

—CROS debe significar algo importante, si la chica se lo grabó en el cuerpo —intervino Airam para cortar el conato de enfrentamiento—, así que apuntaré otra pregunta; ya tenemos catorce sin respuesta.

14. ¿Qué significa CROS en el costado de una de las chicas?

—¿Ves como no eran doce preguntas sin piedad? Son las siete magníficas multiplicadas por dos —dijo Vicky reprochando a su padre la impertinente afirmación.

Cele comprobó que su reflexión había caído en saco roto, así que finalmente optó por un silencio tolerante.

—Bueno, mamá, volvamos al principio, dinos lo que tienes en marcha para despejar incógnitas —pidió Adriana.

—Hay dos cosas que me llegarán por correo electrónico, o al menos eso deseo. Por una parte, la respuesta al e-mail que Doyo envió a sus colegas africanos y que ya os comenté en la facultad, y por otra espero en breve una simulación de las corrientes de la zona donde murieron las chicas, y con eso podríamos saber si iban en patera o no.

Cele no daba crédito a sus oídos. Había negado a Airam la ayuda para conseguir esa información y, al parecer, iba a obtenerla por otra vía. Sintió la necesidad de averiguar cómo lo había hecho. Su silencio tolerante duró poco.

—¿Y dónde te hacen esa simulación? —preguntó perplejo.

—En el Jet Propulsion Laboratory de la NASA. Pedí ayuda a un ingeniero y se negó a dármela —la capitana miró a Cele a los ojos, reprobando su actitud—, pero me han conseguido el contacto de una chica de Castellón que está trabajando actualmente en ese laboratorio. Y no sabéis lo mejor: ¡es la hija de mi amiga forense! Se ha implicado en el tema y me dice que es posible hacerlo con el supercomputador que tienen y que en unos pocos días tendrá la simulación.

—¿Te han conseguido el contacto? —preguntó Cele—. ¿Así, en impersonal? Alguien habrá sido, ¿no? Algún ingeniero aeroespacial o alguien similar que tenga contactos en ese centro…

—Pues no, Cele, siento desilusionarte, pero no ha sido un ingeniero. No quería decirlo, porque es irrelevante, pero, ya que insistes, ha sido Doyo.

—¡Olé! —gritaron las dos hijas a la vez.

—¡Bien por ese profe! —exclamó Adriana—. Papá, dicen en la facu que es un crack, nada que ver con esos que nos dan la brasa en clase. Tengo ganas de conocerle. Me cogeré alguna asignatura suya como libre configuración.

Mientras hablaba Adriana, a Airam le sonó un wasap, que tuvo que leer por si era alguna emergencia.

—Bueno, pues, dada la fama de Doyo —advirtió Vicky—, estoy pensando en apuntarme a uno de los campamentos solidarios que organiza en países africanos con estudiantes voluntarios. Por lo visto son una pasada. Te enriquecen como persona que lo flipas.

En ese momento intervino Airam, llena de alegría.

—Pues mira, hablando del rey de Roma, el wasap era de Doyo. Ya tiene respuestas de sus colegas africanos; me dice que vaya a comer con él mañana a la facultad, porque no tiene otro momento libre, y me lo contará.

—¡Guay, mamá! —Aplaudieron las dos hijas—. Nos pasaremos por donde quedéis, a la hora que quieras, y nos lo presentas.

Aquello superó a Cele. Su botón nuclear se activó y le vino una reacción en cadena.

—¡Estoy de Doyo hasta los cojones! ¡Lo tenemos por todas partes! —dijo alzando la voz—. Contacta con África, con la NASA, con mi mujer y ahora con mis hijas. A ver si en esta sopa de letras aparece Doyo… Mirad, sí, una D, una O, una Y, otra O… ¡Hasta en la sopa está! Y por duplicado, qué digo, por triplicado y más aún… Mirad: DOYO, DOYO, DOYO… —repitió al tiempo que formaba repetidamente el nombre con letras de la sopa en el borde del plato.

—Cele, tranquilo —pidió Airam mientras sus hijas lo miraban estupefactas.

—¿Tranquilo? Sí, muy tranquilo puedo estar. Se folló a mi mujer y ahora mis hijas lo admiran… ¡Como para estar tranquilo!

La mirada incrédula de Airam, que no podía entender cómo había sido capaz de soltar esa barbaridad, se le clavó a Cele como un puñal. Lamentó que las palabras que habían salido por su boca no pudieran volver a entrar. Querría tragárselas, porque se dio cuenta, nada más

pronunciarlas, de que había metido la pata hasta el fondo ante sus hijas. Pero ya no había vuelta atrás.

—Papá, se te ha ido la pinza —protestó Vicky.

—Te has *rayao* —añadió Adriana.

—Perdonad —imploró Cele—, perdonad, por favor. No sabía lo que decía. No sé qué me ha pasado. No lo sé. Perdonad.

—Yo sí que sé lo que te pasa —intervino Airam—. Lo sé desde que te hablé la primera vez de Doyo. Por tus reacciones se convirtió en un tabú. Por eso nuestras hijas nunca habían oído hablar de él. Lo que te pasa se llama celotipia. Padeces celotipia, aunque, afortunadamente, solo te pasa con Doyo.

—¿Celoso de Doyo? —inquirió Adriana—. ¿Por tus celos nos habéis ocultado que lo conocíais y que fue novio de mamá? Creo que tenéis mucho de que hablar, papá. Mejor nos vamos a la habitación y os dejamos solos. Y no nos vamos a casa de los abuelos porque es demasiado tarde.

—Esperamos una disculpa —añadió Vicky—. El «no sé qué me ha pasado» no vale —advirtió mientras su hermana la cogía de la mano y se la llevaba con ella.

Cuando se fueron, Cele, avergonzado, se sentó en el sofá y rompió a llorar. Airam recordó las palabras de Doyo asegurando que era más casto que muchos con voto de castidad y pensó que podría intentar calmarle repitiéndoselas, pero no lo hizo por temor a que se preguntara por qué Doyo y ella hablaban de sexo. Así que intervino de otra manera para consolarle.

—Los ingenieros también lloran. Licua en lágrimas todo lo que tienes dentro y que te hace daño. No las reprimas —aconsejó mientras le abrazaba en el sofá.

—Es que lo que he dicho es horrible; no tenía ningún derecho a soltar eso delante de las niñas. Me arrepentiré toda la vida.

Airam notó que Cele se arrepentía de las palabras gruesas pronunciadas por el efecto que habían tenido y podrían tener sobre sus hijas, pero no se daba cuenta de que a ella también le había faltado. Aunque le dolió lo que había oído esa noche, pensó que no era

momento para quejas ni reproches.

—Tendríamos que buscar ayuda profesional si quieres superar tus celos. Quizá también yo tenga algo de culpa en que hayas llegado a este nivel de histeria cuando hablamos de Doyo. Quizá deberíamos haber buscado ayuda hace años en lugar de convertir en tabú su nombre. Esconder la cabeza ante los problemas nunca lleva a nada bueno.

Cele escuchó, pero no contestó. Los dos permanecieron abrazados en el sofá, en silencio, un silencio emocional, durante un buen rato. Él se quedó dormido mientras ella no paraba de dar vueltas a todo lo que había pasado y a las catorce preguntas sin respuesta. Cuando notó que se le cerraban los párpados, dio unas palmaditas en la mejilla a Cele.

—Bello durmiente, despierta y vámonos a la habitación. Dormido de cualquier manera no descansarás como toca.

—Hummm. Nooo —balbuceó Cele.

Airam dejó a su marido en el sofá y subió al dormitorio. Antes de meterse en la cama, lo último que hizo fue coger su smartphone, abrir el calendario y colorear de un rojo amapola el día que llegaba a su fin. Logró dormirse enseguida, pero no pasó una buena noche. Soñó de nuevo con las cinco chicas en la cubierta del Clara Campoamor; también esta vez, tras abrir los ojos cuando les besaba las manos, le pedían que buscara a sus familias y después morían, como había ocurrido en el anterior sueño que tuvo en su camarote. Pero este último sueño resultó más inquietante; en él, el espíritu de las chicas entraba por la ventana y rodeaba la cama donde ella dormía; le pedían que las devolviera a su casa. Airam se despertó sobresaltada y comprobó que la ventana estaba entreabierta y entraba por ella una suave brisa que mecía los visillos. Se levantó y la cerró; volvió a la cama todavía con el corazón acelerado y logró recobrar el sueño al cabo de un rato. Sin embargo, de poco le sirvió, porque tuvo una nueva pesadilla; las cinco chicas se colaban en su cama y le pedían insistentemente que viajara hasta su país para averiguar lo que les pasó.

La capitana se levantó y tomó asiento en el sillón orejero, delante del balcón. Desde allí contempló el caminito de plata que trazaba el reflejo de la luna en el mar y recapituló las pesadillas; en todas ellas las chicas

le pedían que viajara hasta su país. «Cómo voy a ir allí si no sé de dónde venían», con ese pensamiento se quedó dormida en el sillón.

9

Ayuda universitaria

A la mañana siguiente Airam se despertó como de costumbre, minutos antes de que saliera el sol. Se levantó del sillón descoyuntada y se desperezó. Bajó a la terraza y se acordó de su primer oficial del Clara Campoamor. «Le diría que se prepara otro magnífico día mediterráneo si estuviera cerca», pensó. Se quedó unos minutos respirando hondo la brisa del mar, fuertemente impregnada de salitre ese día. Lo hizo por puro placer. Y mientras la inhalaba, pensó que, después de la tempestad de la noche anterior en casa, había llegado la calma. Se acercó a la barandilla y recitó en voz alta la poesía que presidía la terraza, con lo que sintió una inyección de energía que le recorría el cuerpo y la llenaba de alegría.

Acto seguido acercó las dos manos a los cañones que tenía a derecha e izquierda, como si fuera a prender ambas mechas de manera simultánea, y gritó: «¡Pum, pum!».

—Tranquilo, Clara Campoamor, que, aunque apunte al puerto, no te llegarán las dos bolas. Ni te llegaré yo hoy —sonrió complacida—, porque es mi día libre.

Entró en la cocina para prepararse el copioso desayuno y, como pensaba que podía ser un gran día, puso la célebre canción de Serrat en Spotify. La canturreó a medida que sonaba por los altavoces inalámbricos.

Tras el plácido desayuno se fue de compras con Delfina, la médica

forense, a un nuevo centro comercial. Pasaron la mañana disfrutando de la compañía mutua y poniéndose al día. Airam se sentía feliz. Debido al desgraciado suceso de las cinco chicas africanas, había recuperado el contacto con su amiga. A la hora de comer acudió, puntual, como siempre, al bar de la facultad, donde había quedado con sus hijas para que conocieran a Doyo. Cuando llegó, él ya estaba esperándola. «Por el semblante sonriente, parece tener más ilusión aún que yo en la cita, aunque eso es imposible», pensó Airam.

—Hola, Doyo.

—*Pẹlẹ o. Emi yoo fẹ lati pe ọ si nkan pataki pupọ fun mi* —respondió su amigo.

En el instante en que Doyo acabó de pronunciar esas palabras, se oyó a las hijas de Airam, que llegaban por la espalda de su madre:

—¡Buenos días, mamá! —exclamó Vicky—. Y tú supongo que serás el famoso Doyo.

—Sí, hijas. Os voy a presentar. Doyo, aquí mis dos hijas: Vicky, la menor, y Adriana, la mayor. Ayer les comenté que venía a verte y no podían dejar pasar más tiempo sin conocerte.

—Un placer, chicas. ¡Qué diferentes sois! Tú —se dirigió a Adriana— eres igualita que tu madre, y tú… —dijo a Vicky— no te pareces en nada. Aunque las dos, está claro, tenéis su sonrisa.

—Sí, eso dicen, que no nos parecemos —corroboró Vicky—. Bueno, solo queríamos conocerte porque tu fama te precede, y como nos hemos enterado de que eres amigo de nuestra madre…

—Pues ya sabéis dónde estoy para cualquier cosa que os pueda ser útil. Si sois hijas de Airam, me tenéis para lo que necesitéis.

—Jo, muchas gracias —añadió Adriana—. No te digo que no, que me han hablado muy bien de los campamentos que organizas, y también me gustaría apuntarme a una de tus clases. Pero hoy no te robamos más tiempo, te dejamos con la capitana, que tendréis mucho de que hablar.

—Pues estupendo, chicas, seguro que será un placer teneros de alumnas.

Una vez a solas, Airam pidió a Doyo:

—A ver, ¡repíteme lo que me has dicho en esa extraña lengua!

—*Pẹlẹ o. Emi yoo fẹ lati pe ọ si nkan pataki pupọ fun mi.*

—¡Toma retahíla! —exclamó Airam—. ¿Sabes qué te digo? ¡Tu padre, por si acaso! —Sonrió.

Se rieron los dos a carcajadas ante el asombro de las mesas de alrededor.

—¡Qué ocurrente eres, Airam! No has perdido ni un ápice de frescura. Lo que te he dicho está en yoruba, la lengua autóctona más hablada en Nigeria; significa «Hola, me gustaría invitarte a algo muy importante para mí».

—¿De qué se trata? Pero no me lo digas en yoruba…

—Te invito a comer conmigo.

—¡Acepto! Me ha entrado curiosidad, ¿quién habla yoruba?

—Los yoruba son una etnia del oeste africano, con lengua propia, que está presente en varios países.

—Ay, eso de oeste siempre me lleva al western americano, y no había pensado nunca que África también tuviera oeste —bromeó Airam—. Es que, perdona, pero yo de ese continente no sé casi *na de na*.

—¡Viva tu espontaneidad! Bueno, no te preocupes, ya te iré enseñando lo indispensable. La cuestión es que mi colega de Lagos…

—Lagos es la capital de Nigeria, algo sé de África…

—Siento desilusionarte, pero la capital es Abuya. Lagos lo fue hasta 1991 y es la ciudad más poblada, con más de dieciséis millones de habitantes en el área urbana, tan solo superada en África por El Cairo. Para frenar su ritmo de crecimiento, decidieron trasladar la capital a otro lugar y eligieron un punto en el centro del país.

—¡Lagos tiene más de dieciséis millones de habitantes! ¡Eso es la tercera parte de la población española! Más que la suma de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao… —Airam fue añadiendo ciudades.

—Sí —cortó Doyo la enumeración—; es más grande que las áreas urbanas de Londres o París, que tienen alrededor de once millones de habitantes. Bueno, a lo que iba. Mi colega de Lagos me dice que esas marcas en las manos son de Nigeria, pero que todavía no sabe de qué parte del país.

—¡Por eso me has recibido en yoruba! Ayyy —Airam suspiró aliviada—, ¡al fin una pista! ¡Las chicas son nigerianas!

—Parece que sí. Según me ha dicho, en Nigeria hay amplias zonas en las que se marcan las manos de forma parecida, pero no sabe de qué lugar exacto pueden proceder, ya que las marcas no están catalogadas. Necesita más tiempo para averiguarlo, porque hay miles distintas.

—¿Está muy extendida la ablación de clítoris en Nigeria? —preguntó Airam.

—Hasta 2011, que son los últimos datos que recuerdo, era el país del mundo con más víctimas de ablación. La prohibieron por ley en 2015, pero sigue practicándose. Una cosa es la ley del Estado, y otra, la de las etnias. Hay muchos lugares en los que continúa haciéndose con total impunidad porque es muy difícil pillarles… Se les ha practicado al veinticinco por ciento de niñas y mujeres de entre quince y cuarenta y cinco años, y al diecisiete por ciento de las niñas menores de catorce. Son cifras terribles.

—¡Qué horror!

La conversación tomó diversos derroteros. Airam le contó a Doyo por encima el episodio de la noche anterior con Cele, ya que se vio implicado en la conversación.

—Airam, lo siento, creía que eras feliz en tu matrimonio.

Airam no quiso ahondar en sus problemas conyugales y optó por una respuesta evasiva.

—No puedo quejarme, mi vida tiene un alto nivel basal de felicidad, por describirlo de alguna manera. Mi profesión, mis hijas, mis amigas, mi familia, mis ratitos a solas…

Tomaron el postre y a esa hora, las cuatro y media, sonó un «clinc» en el móvil de Airam. Le había entrado un e-mail.

—Disculpa, Doyo, tengo que leerlo. Como capitana debo hacerlo siempre por posibles alertas. Odio esa dependencia de la inmediatez del móvil, pero no hay más remedio.

—Lee, no te preocupes.

Al leerlo, Airam estalló de alegría. Era la contestación que esperaba de la hija de Delfina.

—Mira, Doyo, me contestan desde el Jet Propulsion Laboratory. Tu contacto ha funcionado. No te lo he dicho, pero resulta que era la hija de una de mis amigas.

—Es que Castellón es un pañuelo…

—Y que lo digas. Mira, te lo voy a leer en voz alta.

> Buenas tardes, Airam —porque allí serán ahora tardes con las ocho horas de desfase horario—. He llegado esta mañana a las 8 AM al Jet y los trescientos petaflops de la bestia SUMMIT+ han acabado la simulación. Te adjunto la imagen. La zona blanca del Mediterráneo es en la que se moverían los cuerpos de las chicas. Como ves, tiene forma de cuerno, con la punta en el lugar donde las encontrasteis, y en la parte opuesta aparece una ancha zona redondeada, en forma de semicírculo. Eso es porque, cuanto más tiempo atrás, más incertidumbre hay en la posición en la que se encontrarían. Puedes pinchar en cada punto del «cuerno» y te saldrán las coordenadas geográficas y el tiempo GMT en el que estarían allí las cinco desafortunadas chicas. Espero que te sirva.

La cara de Airam no podía ocultar su satisfacción. «¡Al fin tendré alguna respuesta!», pensó. Intentó abrir apresuradamente el archivo adjunto desde el smartphone, pero no pudo; le faltaba memoria para descargarlo.

—Doyo, no puedo esperar al café. Tengo que ir a ver qué contiene el fichero adjunto.

—Lo entiendo. Vamos si quieres a mi despacho.

—Gracias, pero ¿no tenías que irte? ¡Solo tenías el rato de comer!

—Sí, así era. Pero hay que tener claras las prioridades. La reunión de dentro de media hora es con uno de mis estudiantes de doctorado, aunque se puede aplazar, no te preocupes. Lo de esas chicas es prioritario. Además, estoy expectante por saber qué será lo que te han enviado…

10

Las primeras respuestas

A la salida de la cantina, se encontraron con unos compañeros del departamento de Doyo que también acababan de comer y se dirigieron juntos hacia las escaleras mientras ellos hablaban de sus cosas.

—¿No cogéis el ascensor? —preguntó la capitana.

—Subir por las escaleras estos cuatro pisos es el único ejercicio que hago al día —dijo uno de ellos.

—Y viene bien después de comer —apuntó otro.

—Pues os acompañamos. *Mens sana in corpore sano* —añadió Doyo.

Subieron sin demasiada prisa y, al entrar en el despacho de Doyo, Airam se sentó en la silla ante el ordenador. Pulsó enseguida el botón para ponerlo en funcionamiento y mientras arrancaba observó con detenimiento la especie de microcosmos africano que contenían esas cuatro paredes. Cerró los ojos e inspiró.

—Parece que huela a África —suspiró.

—Es sándalo. El otro día cuando viniste no tenía este tarro abierto.

Sonó un pitido en el ordenador y Doyo puso el pulgar para desbloquearlo. Airam accedió a su correo electrónico sin perder un segundo, abrió el mensaje del Jet Propulsion Laboratory, descargó el archivo, lo abrió, y apareció en la pantalla el cuerno blanco sobre el Mediterráneo del que hablaba la hija de Delfina. Nada más verlo, la capitana exclamó:

—¡Lo que esperaba! Las cinco chicas no vinieron en patera. No hace

falta hacer muchos cálculos porque salta a la vista.

—Te salta a ti. ¿Cómo lo sabes?

—Mira esta especie de cuerno. —Airam señaló la zona blanca sobre el fondo azul—. La punta está en el lugar donde encontramos a las cinco chicas, y la zona semicircular de la otra parte del cuerno es donde pudieron morir. Como ves, el cuerno está apuntando al sur y esa zona semicircular está más al norte. Eso significa que las chicas murieron mucho más al norte que donde las encontramos. Mira, parece ser una zona de unas veinte millas de anchura que incluye, por poco, las islas Columbretes. Es imposible que una patera llegue hasta estas latitudes, porque tiene cientos de lugares donde desembarcar antes. Me parecía demasiado al norte el lugar donde las encontramos, y resulta que el lugar de la muerte, como me esperaba, aún está muchas millas más al norte.

—¡Cuánto sabes, Airam! ¡Me quito el sombrero!

—Pero no te quites nada más, ¿eh? —La capitana sonrió.

—Ja, ja, ja. ¡Muy graciosa!

—Mira, yo sé lo que sé y tú sabes muchas otras cosas que yo no sé. Lo bueno es que nos complementamos. Si los dos supiéramos lo mismo, de poco nos serviría el otro… ¿Te das cuenta, Doyo, de que hemos despejado la primera incógnita? De las catorce preguntas que tengo —sacó el papel con el listado—, ya solo quedan trece. Tenemos respuesta para la pregunta nueve: no iban en patera. O iban en un buque mercante o en un yate, pero no eran de las migrantes que se echan al mar en una patera.

—Te quedan menos incógnitas aún —continuó Doyo—. Sabes que no iban en patera, sino en otra embarcación; sabes que murieron cerca de las islas Columbretes, más al norte que donde las encontraste; sabes por qué aparecen los cadáveres tan al norte, porque el barco donde iban navegaba por allí; y sabes lo que te he dicho yo hoy: ¡provenían de Nigeria!

—¡Es verdad, al fin sabemos unas cuantas cosas! Es la primera vez que tengo respuestas, incluso a preguntas que no me había hecho como que a la chica probablemente la violarían en el barco en el que iban. A

ver, suprimamos de la lista lo que sabemos: tachamos la pregunta tres porque sabemos que los cadáveres aparecen tan al norte porque iban en un buque mercante o un yate que navegaba por allí; la cuatro porque sabemos que murieron unas millas al norte de donde las encontramos, debió ser a la altura de las Columbretes; la siete porque sabemos que venían de Nigeria.

—Esa no la taches todavía —pidió Doyo—. Nigeria es muy grande, casi el doble que España en superficie, y tiene cinco veces más población. La respuesta a de dónde venían debe ser más concreta.

—Tienes razón; apunto Nigeria junto a la pregunta siete; tachamos la nueve porque sabemos que no iban en patera y la trece porque sabemos que a una de las chicas la violaron en la embarcación en la que navegaban. Mira la lista que nos queda. —Se la enseñó a Doyo con las tachaduras—. Nos queda concretar el lugar de Nigeria y nueve preguntas.

—Esa es la buena noticia —afirmó Doyo—, la mala es que son las más importantes y que difícilmente les encontraremos respuesta desde aquí. Tendremos que hablar con alguien que las conociera para saber adónde se dirigían, por qué se fueron, qué les sucedió, por qué se hallaban en un corro y eran todas chicas…

—¿Quieres decir que tendremos que viajar a Nigeria?

—No me gustaría que tuvieses que hacerlo. Es un país peligroso; hay robos, secuestros, piratería, atentados terroristas, asesinatos, sida…

—Los países no son peligrosos, lo es la gente. Aquí también se corren riesgos en la vida cotidiana. Que se lo pregunten a las decenas de miles de mujeres que viven el terror de la violencia de género. Que se lo pregunten a las más de mil que han muerto desde que hay registros de ello. Y de robos, mejor no hablar.

—No es comparable con el riesgo de ir a Nigeria. Airam, créeme, es peligroso.

—Entiendo lo que me dices, Doyo. Dices que es peligroso, pero debes darte cuenta de que no es el único lugar con peligros. En muchos países hay riesgo de secuestros y robos para los turistas; yo misma he hecho viajes en los que me lo han advertido. Respecto a los ataques

terroristas, piensa que normalmente no son peligrosos para los turistas, porque se ceban en los propios habitantes del país.

—Bueno, vamos a pensarlo bien —pidió Doyo.

—Yo antes de pensarlo bien ya lo he soñado; en mis pesadillas las cinco chicas me piden que lo haga y ya le estaba dando vueltas a cogerme los quince días de vacaciones que me quedan para ir a donde fuera. Ahora ya sé adónde ir. Si hay que ir a Nigeria a buscar las respuestas, iré.

—Prométeme que no decidirás ir allí antes de que lo hablemos más detenidamente. Ven mañana por la mañana y te explico con detalle cosas importantes que debes saber. Ahora tengo que irme ya a una reunión en Valencia. Se ha hecho muy tarde.

—Vale, Doyo. Mañana nos vemos. ¿A qué hora te viene bien que venga? Yo tengo el día libre.

—A las diez de la mañana.

—Ok, pues hasta entonces.

Cuando llegó a casa, Airam se dio un largo paseo por la ruta verde. Esos doce kilómetros a paso ligero les sentaban bien a su cuerpo y a su alma. Al acabar, se sentía agotada. Se tomó un kiwi y pensó en irse a la cama. Aparte del cansancio, no le apetecía esperar a Cele, porque no quería contarle nada de lo que había hablado con Doyo ni, por supuesto, que estaba planteándose viajar a Nigeria. «Eso se lo contaré cuando tenga la decisión tomada, si es el caso». Subió a su habitación, se acostó, cogió el smartphone, abrió el calendario y coloreó de un amarillo tulipán el día que acababa. Cerró los ojos, pero no se durmió. Se preguntaba si debía ir a Nigeria. Pese a que se lo pedía el corazón, como ingeniera que era, también tenía que pedírselo la razón.

A continuación se desveló con un pensamiento: «La inmensa mayoría de las decisiones que tomamos al día no condicionan nuestro futuro, bien sea porque son instrumentales, o bien porque tienen un efecto temporal muy limitado: si vamos ese día en transporte público, coche, bicicleta o andando; si nos acostamos a una hora o a otra; si vamos al

cine o a tomar copas con amigos; si leemos o vemos la televisión; si nos ponemos esta ropa u otra; si comemos aquí o allá; si compramos este coche u otro… Probablemente, si la gente revisara las decisiones tomadas hoy, en la última semana, en el último mes o incluso más allá, todas habrían sido de este tipo: nuestra vida sería la misma hubiésemos elegido una u otra alternativa. Pero algo me dice que la decisión de ir a Nigeria no es de esas. No es de las intrascendentes, ni de las intrascendentes que se tornan trascendentales. Es de las de vivir es elegir, de las que, si tomas ese camino para tu vida, te la cambiará».

Siguió dándole vueltas a la cabeza. Pensó que volaría a un país que no conocía y, cuando estuviera en él, ni siquiera sabría adónde ir. «Es un viaje que nada tiene que ver con los que he hecho de turismo. No voy a ver nada en concreto, voy a saber. Y para saber qué pasó con las cinco chicas tendré que averiguar cómo y con quién vivían, tendré que sentir un mundo muy diferente del que conozco. Eso enriquece si sale bien, pero ¿y si sale mal?». Por otra parte, Airam valoraba que sus hijas fueran mayores de edad, vivían con sus abuelos gran parte del tiempo y podían pasar perfectamente sin que ella estuviera allí durante un par de semanas. No había nada que la retuviese. Reflexionando, valorando pros y contras, el cansancio hizo mella en ella y, al final, se durmió.

A la mañana siguiente Airam no pudo llevar a cabo su ritual con la poesía y los cañones porque estaba diluviando. Solía llover poco, pero cuando lo hacía, llovía muchísimo y eso tenía su encanto para la capitana. Desayunó en la cocina, leyó la prensa en su tablet y a las diez en punto, paraguas en mano, salió del ascensor en el cuarto piso de la facultad. Se encontró a Doyo subiendo deprisa por las escaleras, con la respiración entrecortada.

—Veo que hay cosas que no cambian en veinte años. Ayer subimos por las escaleras porque tus colegas suelen hacerlo, pero hoy subes solo. ¿Sigues teniendo fobia a los ascensores? —preguntó Airam.

—Ojalá solo fueran los ascensores… Ya sabes que tengo claustrofobia. He seguido terapias para intentar superarla, incluso dos

punteras que ha desarrollado un grupo de investigación del Laboratorio de Psicología y Tecnología de la universidad y que dan buenos resultados; nada menos que con una con aplicación de realidad virtual y otra de realidad aumentada, pero lo que ha aumentado es la realidad de mi claustrofobia. No he conseguido que se me cure y cada día parece que vaya a más.

—Recuerdo lo mal que lo pasabas.

—Pues ahora peor —aseguró Doyo entrando en su despacho.

Se sentaron en torno a la mesa redonda y Doyo sirvió unos cafés.

—Desde que existen estas cafeteras, es una gozada hacer café —dijo Doyo—. Caben en cualquier lugar y es limpio, rápido, barato…

—Mmm, está bueno. A ver, Doyo, dime cuán peligroso es ir a Nigeria. Asústame.

—No pretendo asustarte, tan solo contarte cómo están las cosas por allí. Mira —dijo al tiempo que sacaba unos documentos—, es el tercer país del mundo con más personas infectadas por el VIH…

—Eso no me preocupa —respondió Airam—. Ya sabemos lo que tenemos que hacer para evitar el sida. Lamentablemente quienes no lo sabían eran muchas de las personas infectadas.

—Sigo. Aquí tienes las estadísticas de delincuencia contra extranjeros: robos, secuestros, asesinatos...

Doyo enseñó a Airam un informe de la Cátedra de Paz, Seguridad y Defensa de la Universidad de Zaragoza y el informe de la fundación Friedrich Ebert sobre crimen organizado en Nigeria.

—Mira bien los datos que recogen estos informes independientes: tráfico de drogas, tráfico de armas, tráfico de personas, robo a mano armada, piratería, mafias… —enumeró Doyo en tono muy serio mientras hojeaba los informes.

Airam observaba con atención las imágenes, los gráficos, las tablas, los textos subrayados…

—En el norte está el terrorismo yihadista de Boko Haram —señaló Doyo—. Además, hay rituales de magia negra, nigromancia… ¡No vayas allí sola, Airam! Es una locura.

—¿Cuántas veces has ido tú a Nigeria?

—Diecinueve —respondió con una sorprendente seguridad—. Una al año durante los últimos diecinueve.

—Y sigues entero, ¿no? Pues dime qué tienes tú para salir venturoso que yo no tenga… Y no me digas que eres hombre y yo soy mujer, porque me enfadaré.

—¡Eres de una lógica aplastante!

—Anoche me dormí pensando en qué podrías decirme para convencerme de que no vaya. Y llegué a la conclusión de que iría a Nigeria si no corro más riesgos que cualquier otra persona. Por lo que me dices no los corro, así que me voy. Necesito saber lo que les pasó a las cinco chicas y aquí no puedo avanzar más. Y, si no lo hago yo, nadie lo hará, porque esas chicas parece que no le importan a nadie. Han muerto de forma no natural y no sabemos nada de lo que fueron, de lo que hicieron, de lo que las impulsó a venir aquí. Ya están incineradas y es como si no hubieran existido. Es muy triste desconocer quiénes eran y que sus familias no sepan que han fallecido. ¿Te imaginas que me pasara eso con mis hijas? Así que, Doyo, me voy. Ya está decidido.

—¿Obvias los peligros? —insistió Doyo.

—Los peligros no me asustan. Si así fuera, no habría elegido ser capitana. Te aseguro que, incluso en este Mediterráneo, que parece una gran piscina, hay días de mar terrible. Algunas veces, junto a la Guardia Civil, participamos en luchas contra mafias de droga, y con mar movida y tiroteos cercanos. Me voy. Decidido.

—Pues voy contigo —aseguró Doyo—. Decidido también. No puedes ir sola a un país tan desconocido y peligroso. Anoche me dormí pensando qué debía hacer si te empeñabas en ir, cosa por la que hubiese apostado, porque sé lo obstinada que eres. Así que te acompañaré y ya verás como te soy de mucha ayuda. Para empezar, mis contactos pueden ponernos un coche y chófer de confianza durante toda la estancia. Eso es clave, no te puedes fiar de desconocidos o corres el peligro de acabar con un secuestro exprés o no tan exprés. Así que, como no tengo clases en este cuatrimestre, porque las he concentrado en el otro, pediré permiso y me voy contigo. Seguro que

me lo dan, dado que viajo todos los años a Nigeria por motivos académicos.

—Eso suena muy bien, Doyo. Gracias. Si puedes venir, por mí perfecto. Será un placer compartir contigo la aventura, porque seguro que será una aventura. Nos vamos los dos, y si quiere venir Cele, que venga también.

—Por supuesto. Que venga, si quiere.

—¿Sabes qué te digo? Que me voy ahora mismo a pedir los quince días de vacaciones que me quedan. Saldré mañana con la próxima singladura del Clara Campoamor y en cinco días estaré de vuelta. Al día siguiente nos iremos, no hay que perder más tiempo. Mientras tanto gestionamos billetes, moneda, visados, etcétera.

—De acuerdo, así quedamos. Dame tus datos y yo me encargo de las cuestiones logísticas mientras estés en alta mar. Pero espera —Doyo estiró el cuerpo para alcanzar la última balda de una de las estanterías—, antes de irte te daré este tomo sobre Nigeria por si durante la singladura tienes curiosidad y quieres ir leyendo sobre el país.

—Me vendrá genial. Gracias, Doyo. Cuando estoy embarcada tengo mucho tiempo libre para leer y me encanta hacerlo. Ya estoy ansiosa por devorarlo. Oye, ¿no me dejarías también esa suricata que tanto me gusta?

—Claro que sí; toma —le alcanzó la figurita de la estantería—, para que te enseñe a vigilar bien alrededor…

Airam y Doyo se despidieron con un caluroso abrazo. Iban a compartir una aventura incierta, pero les reconfortaba saber que los dos se complementaban de forma que juntos podían hacer cosas imposibles de hacer por separado. Así había sucedido durante los últimos días, a pesar de los años sin verse, habían retomado su amistad como si solo hubieran pasado unas semanas. Sin embargo, Airam sentía que habían retomado algo más.

11

Nigeria puede esperar

Al salir de la facultad, Airam fue a la Tasca del Puerto donde había quedado con Cele para comer. Era un restaurante selecto, cercano a los muelles, con productos de primera calidad y una cocina excelente, que tenía un menú a precio razonable. Allí pensaba darle la noticia de que se marchaba a Nigeria. Creía que comunicárselo en un lugar con más gente en vez de a solas amortiguaría una eventual mala reacción. Quedaron a las dos y hasta esa hora se fue de compras, a probarse unos modelitos, como ella decía.

Cuando llegó a la Tasca, Cele la estaba esperando. Cosa rara en él, se había adelantado a la hora acordada. Al sentarse a la mesa, fue él quien abrió la conversación.

—Qué buena idea has tenido de volver a este restaurante.

—Sí, en él me pediste la mano, ¿recuerdas?

—¡No se me puede olvidar! Al darte el anillo te subiste en la silla como si de un escenario se tratara, estiraste el brazo y lo moviste de un lado a otro enseñando la sortija a los comensales de las mesas vecinas. ¡Menuda vergüenza pasé con tantos aplausos!

—Pues yo me lo pasé pipa. —Airam sonrió.

—Ha quedado precioso tras la reforma.

—Sí, muy cambiado, pero por suerte los mejores platos siguen estando en la carta —dijo Airam al leerla—. ¿Nacho seguirá al pie del cañón?

—Sí. Ya no es ni jovencito ni delgado, pero sigue igual de simpático. Me lo he encontrado al entrar y se ha alegrado mucho de volver a verme por aquí.

Nacho no tardó en aparecer en su mesa y, tras saludarles efusivamente, les recitó de memoria una retahíla de platos a elegir, además de los que figuraban en la carta. Con la gracia que le caracterizaba, fue apostillando cada plato con ocurrencias y acabó diciendo: «Como ven, hoy tenemos de todo, ¡hasta ganas de trabajar, tenemos!», frase que hizo sonreír a Cele y a Airam. Mientras comían el exquisito sashimi de atún rojo, las ortigas de mar y el sabroso dentón —salvaje y «de las profundidades más profundas del mar», según Nacho—, hablaron de las niñas, del trabajo… Ambos evitaron los temas que sabían que podían desencadenar una discusión. Tras los últimos días necesitaban una tregua, o eso creía Cele. Cuando acabaron con el plato principal, Nacho volvió para tentarles con un amplio abanico de postres caseros que tanto le gustaban a Airam. Ella, que era muy golosa, pidió cuatro porciones de diferentes tartas; Cele solo tarta de queso.

Con la boca de su marido endulzada, la capitana le contó lo que había averiguado gracias a la hija de su amiga y al colega de Doyo.

—¡Eres tremenda! —exclamó Cele—. Cuando se te mete una cosa en la cabeza, no paras…

—Has dado en el clavo: no voy a parar; las respuestas a las preguntas que me faltan por contestar no puedo encontrarlas aquí, así que he decidido irme a Nigeria empleando los quince días de vacaciones que me quedan. Entiende que tengo que averiguar lo que pasó con esas chicas. Tengo que saber qué las llevó a hacerse al mar. Tengo que saber lo que esconden los nueve interrogantes que me quedan por resolver. A nadie le importan esas chicas; si no lo hago yo, sus muertes habrán sido en vano. ¡Vente conmigo! Nos acompañará Doyo, que será de gran ayuda.

A Cele se le atragantó la tarta de queso al oír a Airam. Tras beber unos sorbos de agua, se quedó perplejo, mirándola fijamente, con los ojos fuera de las órbitas durante unos interminables segundos, hasta que reaccionó.

—Una cosa es que te obsesiones con resolver los interrogantes que te preocupan y otra que eso te lleve a Nigeria. No me lo esperaba.

—Yo tampoco hasta que he sentido la necesidad de hacerlo.

Cele respiró hondo, como queriendo calmarse para responder sin acritud. Sacó su lado más racional mientras miraba fijamente a los ojos azules de su mujer.

—Airam, para empezar, descarta que vaya contigo, porque me es imposible. Además, ya sabes que no entiendo ese interés desmesurado que tienes en el caso. No entiendo qué es lo bueno que vas a sacar de ese viaje. Eso es cosa de la policía, no tuya. Tú al Clara Campoamor, que para eso has luchado toda tu vida. Te propongo una cosa antes de que tomes la decisión de forma irreversible.

—Ya es irreversible.

—Yo prefiero pensar que es firme, pero no irreversible. Escúchame, por favor. Sabes que juego al pádel con el comisario, así que voy a llamarle para decirle que esta tarde irás a hablar con él. Si se hace cargo de la investigación, puedes ir de vez en cuando a conocer los progresos que haga en el caso y evitarás viajar a Nigeria para investigar. Ya iremos a Nigeria de vacaciones, a disfrutar del país.

—Vale, Cele, lo haré por ti. Como no soy dogmática, iré a ver al comisario. Dile que a las seis de la tarde me pasaré por la comisaría. Si no le fuera bien a esa hora, ya me lo dirás.

Airam valoró positivamente la sugerencia de Cele. Era la primera vez que no mostraba un desinterés rayano en el desprecio con el tema de las cinco chicas. Pensó que la sugerencia, si el comisario aceptaba el caso, era una buena idea. Los profesionales, que tenían medios para conseguirlo, podrían despejar sus incógnitas y evitaría ir a Nigeria.

A las seis de la tarde, puntual como de costumbre, Airam llegó a comisaría.

—Por favor, ¿el comisario?

—¿Tiene cita con él?

—Sí, dígale que soy la mujer de Celedonio Fernández, por favor.

—Se lo comunicaré enseguida. Espere en aquellas sillas, si es tan amable.

Airam se sentó y, en la mesa situada frente a ella, vio una revista de ANAVE, la Asociación de Navieros Españoles, en cuya portada aparecía, a toda página, la foto del patrullero Serviola, con su cañón y sus ametralladoras, y un gran titular a cinco columnas que hablaba sobre los ataques pirata frustrados por la Armada española en Somalia y Nigeria. La revista era de ese mes. Leyó el artículo correspondiente con sumo interés y se apuntó el párrafo más esclarecedor en el que se aseguraba que en el golfo de Guinea se registraron el cincuenta y ocho por ciento de los ataques de piratería a nivel mundial. A Airam la asaltó la duda de si el comisario habría ordenado que pusieran allí esa revista para que se asustara al leerla. Le pareció demasiada casualidad que estuviera ante ella. Dispuesta a aclarar esa duda, se dirigió, revista en mano, al agente que le había atendido.

—Disculpe, ¿sabe si esta revista la han puesto hoy en aquella mesa?

—No, qué va. Yo la leí la pasada semana cuando llegó a la comisaría. Siempre las dejamos ahí para que se distraigan las visitas mientras esperan.

La respuesta dejó más tranquila a Airam. Contra todo pronóstico, la revista estaba allí por casualidad. Sin embargo, lo que había leído era inquietante. Creía que los ataques de piratería se daban en el Índico, por el cuerno de África, y resultaba que ahora eran más frecuentes en el entorno de Nigeria. Pero, por otra parte, también pensó que ella no viajaría a Nigeria por vía marítima y por tanto estaría a salvo de esos ataques. Aunque era cierto que los piratas también estarían en tierra… Mientras especulaba con esos pensamientos divergentes se oyó una voz.

—¿La mujer de Cele, supongo? Un placer —saludó el comisario, estrechándole la mano.

—Hola, comisario, el placer es mío. Tenía ganas de conocer a la pareja de pádel de mi marido. Me habla de usted tantas veces…

—Espero que bien…

—Sí, claro. Le admira mucho. Supongo que Cele le habrá dicho a qué vengo.

—Solo por encima. Me ha comentado que se quiere ir a Nigeria porque está obsesionada con la muerte de cinco chicas africanas y me ha pedido que me haga cargo del caso y evitar así su viaje. Si puedo, no dude que lo haré por Cele. Ir a Nigeria es peligroso en estos momentos, y más si va usted sola.

—No iría sola, comisario. Cele no puede acompañarme, pero lo hará una persona que conoce bien el país porque ha estado muchas veces allí y es catedrático de culturas africanas en la universidad.

—Aun así. Una cosa es ir a relacionarse con universitarios y otra no saber adónde se va, porque, como le digo, hay zonas muy peligrosas en Nigeria. Desde los países con menor índice de criminalidad es fácil subestimar el peligro porque aquí no se siente. Debe saber que, según EUROSTAT, la Oficina Europea de Estadística, España es uno de los países con menor índice de criminalidad de la Unión Europea; la Comunidad Valenciana lo tiene más bajo; la provincia de Castellón aún más bajo que la comunidad; y la capital, más bajo que la provincia. Vamos, que esta ciudad es una de las más seguras del país, e incluso de Europa. La misma alcaldesa dio los datos en rueda de prensa hace unos días. Así que no deje que la seguridad que la rodea le impida juzgar adecuadamente el peligro de viajar a Nigeria. No lo minusvalore. No sea inconsciente.

—Aprecio su consejo, comisario. Valoraré el ir o no ir teniendo en cuenta sus apreciaciones.

—Bien, pues cuénteme los pormenores del caso y veré lo que puedo hacer.

—Mire, comisario —dijo mientras sacaba las fotos de las chicas ahogadas—, hoy hace diez días que rescatamos los cadáveres de estas cinco chicas en el Mediterráneo, a unas cincuenta y cinco millas al sudeste de PortCastelló. Los cadáveres flotaban unidos por las camisetas, anudadas a sus muñecas formando una estrella de cinco puntas. Cada punta era un cadáver.

—Parecen muy jóvenes.

—Sí, de hecho, algunas podrían ser menores de edad.

—Qué extraño que estén unidas por las camisetas y que hayan

llegado tan al norte, no recuerdo migrantes recogidos en esas latitudes.

Airam acogió esperanzada esas palabras.

—¡Exacto, comisario! Pero es que hay más, las chicas parece que son nigerianas, según mi amigo catedrático, y…

Paró la frase cuando iban a escapársele detalles de las autopsias. Afortunadamente logró frenar sus palabras en la punta de la lengua. No podía reconocer que disponía de esa información.

—¿Y qué? —insistió el comisario.

—Y murieron mucho más al norte aún. Lo sé por una simulación del arrastre de los cadáveres por las corrientes marinas que me han hecho en el Jet Propulsion Laboratory de la NASA.

—Impresionante, Airam. Es usted una mujer con recursos. Ya lo dice su marido…

—Así que está claro que no iban en patera. Podían ir en yate o en un buque mercante que se hundiera, pero en esos casos no se encuentran sus cadáveres flotando sin que haya noticia de un naufragio. Por tanto, probablemente estemos ante homicidio o asesinato.

—Querida Airam, lo que me cuenta son apreciaciones muy débiles que pueden tener esa interpretación u otra. La patera podría haber quedado al pairo y las corrientes haberla arrastrado hasta allí, diga lo que diga la simulación del ordenador. También podría ser que las cinco chicas fuesen putillas en una fiesta privada de un yate de lujo, porque esas cosas suceden más veces de lo que se piensa.

—Comisario —interrumpió la capitana molesta—, no sé por qué dice eso.

—No se ofenda; entiendo que le horrorice pensarlo, pero lo digo por experiencia, no es una especulación sin fundamento. Créame que en estos casos en los que puede haber menores de edad, un entorno como un yate en aguas internacionales es ideal para evitar problemas con la policía. Tenga usted en cuenta que el sesenta y cinco por ciento de las mujeres víctimas de trata en España son nigerianas, así que no le debería extrañar lo que le sugiero.

—Ese porcentaje es de España, pero aquí en Castellón no será tan alto…

—Tanto o más. Fíjese lo que viene hoy en *El Periódico Mediterráneo* —dijo el comisario abriendo el diario por la página 26.

Airam leyó los titulares: «Condenados por captar a chicas en Nigeria y prostituirlas en Castellón. El supremo impone treinta y seis años a dos proxenetas que engañaban y amenazaban a las chicas con vudú».

—Si fuesen prostitutas —continuó el comisario—, lo que ha sucedido podría tener una explicación tan simple como que se cayeron por la borda en plena fiesta, quién sabe si medio borrachas o drogadas, y nadie reparó en ello. Evidentemente, cuando se dieran cuenta en el yate no lo iban a denunciar… Lo suyo son solo suposiciones, pero debe admitir que puede haber otras posibilidades.

—Toda investigación se abre en base a suposiciones, ¿no? ¿Por qué no con las mías?

—Mire, aunque solo sea por contentar a mi amigo Cele, me gustaría poder abrir la investigación.

Las últimas palabras del comisario disgustaron a Airam, pues daba la impresión de que si investigaba, sería mero fingimiento.

—Pero, para abrirla —continuó el comisario— debo tener algo a lo que acogerme. Voy a consultar el resultado de las autopsias desde mi ordenador, a ver si con lo que aparece podemos hacer algo.

—¿Puede ver las autopsias? —dijo Airam sorprendida y esperanzada.

—Las autopsias completas, no, pero sí una ficha de las mismas con el resultado y los pocos datos que tengan relevancia policial. Tenemos acceso a ellas por si apreciamos que hay base para abrir una investigación. No habrán sido evaluadas por mis compañeros porque solo han pasado unos días.

—Diez ya —apuntó Airam con un tono que denotaba que le parecían demasiados.

—Bueno, son muy pocos días. En revisarlas podemos tardar semanas, incluso meses, porque estamos muy saturados de trabajo. Y este caso de personas migrantes que ni siquiera habían entrado en el país vivas, como entenderá, tiene la menor prioridad. No es que esté en la cola, es que está en la cola de la cola. Incluso es frecuente que si pasa mucho tiempo esos casos no lleguen a revisarse para focalizar los recursos en

los más importantes.

Airam se quedó estupefacta con el baño de realidad que acababa de darle el comisario.

—¿Conoce el nombre o número de documento de identidad de las finadas?

—No llevaban documentación.

—Pues buscaremos por la fecha de levantamiento de cadáveres. ¿Ha dicho que fue hace diez días? —preguntó. Airam asintió con la cabeza, tras lo cual el comisario introdujo la fecha—. A ver… Sí, aquí hay cinco autopsias con nombre desconocido, y también están las fotos. Las caras coinciden con las de las suyas. Una mala noticia: no se han identificado los cadáveres.

—¿Y qué?

—Que su caso tendrá aún menos prioridad. Voy a los diagnósticos… muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento… Nada, no hay nada que hacer. Lo siento.

—Mire bien, por favor —rogó Airam acercándose a la pantalla—. Mire bien. —Esperaba que la violación constara en la ficha resumen.

—No se acerque más. Esto es confidencial. Lo siento. No hay caso. Si abriera la investigación y se detectara en alguna de las auditorías operativas que analizan cómo aplicamos los procedimientos, podrían sancionarme. Debemos priorizar los escasos recursos que tenemos y no podemos dedicarlos a investigar muertes que, según los resultados de la autopsia, no se advierte que pudieran ser homicidios. Son muertes por ahogamiento.

—Pero mire los golpes que tienen estas dos chicas en la cara. —Le enseñó sus fotos en el Clara Campoamor—. Seguro que aparecen en las autopsias.

—Efectivamente —respondió el comisario—. En dos autopsias aparece «presenta un golpe en la cara», pero eso no cambia nada. Podrían ser accidentales. Lo que cuenta es el resultado: muerte por ahogamiento.

—Ya veo que la burocracia no le deja ver más lejos —espetó Airam

—. ¿Haría lo mismo si fuesen cinco chicas blancas?

—¡Claro que sí!

—¿Haría lo mismo si fuesen cinco chicas de Castellón de esas mismas edades? —insistió Airam sin apenas dejar respirar al comisario.

—Quizá no; entonces se conocería su identidad y tendrían familiares o amigos que…

—¿Haría lo mismo si una de ellas hubiese sido familiar suya? ¿Y si hubiese sido su hija? —reiteró Airam en voz alta, sin dejar que el comisario acabara la frase.

—Mire, Airam, yo siempre actúo respetando la ley y los procedimientos judiciales —contestó él visiblemente molesto.

—Disculpe si le he incomodado, no era mi intención.

—Pues para no ser su intención lo ha conseguido en grado sumo. Si no fuera la mujer de mi amigo, la habría echado de mi despacho. Debe entender que cada caso es un mundo. Si los cadáveres estuvieran identificados, podría haber denuncias de sus familiares u otros indicios, pero en su caso debería abrir una investigación de oficio y no tengo dónde agarrarme para hacerlo.

—Prefiere que los asesinos de estas chicas —señaló las fotos— queden impunes.

—No fueron asesinadas. Muerte por ahogamiento; métaselo en esa cabeza. Ha sido un placer conocerla —ironizó mientras se levantaba y se dirigía a abrir la puerta de su despacho.

Airam se despidió del comisario con expresión seria y dejó la comisaría con un notable enfado.

12

La gran decisión

Tras la reunión con el comisario, Airam se reafirmó en que a nadie más le importaba la muerte de aquellas chicas. Cada paso que daba alimentaba sus ganas de saber lo que les había ocurrido y la reunión con el comisario le había servido para revalidar su decisión de ir a Nigeria. Ya era firme e irrevocable. Por la noche, en la cena, volvió a hablar con Cele con la intención de convencerle para que la acompañara y para que entendiera su empeño en el viaje.

—¿Qué tal la entrevista con mi amigo el comisario?

—Fatal, Cele. Según él lo que le digo son apreciaciones muy débiles. Ha consultado las autopsias y dice que con eso no puede abrir una investigación. Parecía una escopeta de repetición disparándome la muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento, muerte por ahogamiento… ¡Ya sé que murieron ahogadas!

—Pues es un profesional estupendo, quizá deberías dejarte aconsejar por él, ¿no te parece? Si él no ve caso, ¿qué vas a hacer tú? Deja el tema ya, Airam.

—No puedo entender al comisario. No puedo entender lo que hace, bueno, mejor dicho, lo que no hace. Me ha sugerido, incluso, que las cinco chicas podrían ser prostitutas, bueno, peor, ha dicho «putillas» en tono despectivo, que estarían en una fiesta de un yate de lujo; ante mi mosqueo por la insinuación me ha dado un dato escandaloso: el sesenta

y cinco por ciento de las mujeres víctimas de trata en España son de Nigeria, por lo que no sería de extrañar lo que dice. Tras oír eso me escandaliza aún más que no se abra una investigación. ¿Cómo es posible que, pudiendo ser menores de edad y pudiendo ser víctimas de trata, se archive el caso? ¿Cómo es posible que no quiera averiguar por qué murieron ahogadas?

—Él sabe lo que hace. Quizá quien debe cuestionarse lo que va a hacer eres tú. No se te ha perdido nada en Nigeria.

—Ya es irreversible, irrevocable, imparable. Me voy a Nigeria. Vente tú también, Cele.

—Me es imposible. Tengo varias fechas límite estas próximas dos semanas y no puedo dejar el trabajo.

—Y las siguientes tendrás otras, y las siguientes, otras…

—Pues sí, Airam. Es lo que tiene mi trabajo. Un ingeniero de caminos está obligado al cumplimiento de los plazos. Y gracias que tengo trabajo, porque ya sabes la cantidad de colegas míos que están cruzados de brazos como consecuencia de la crisis.

—Bueno, pues me iré sin ti. Ya te dije que Doyo me acompañará, espero que no te moleste.

—Prefiero no hablar de ese tema. Como entenderás, no me hace ninguna gracia que Doyo te acompañe, pero sé que te puede ayudar.

—No te pido tu bendición. Solo que lo asumas lo mejor posible.

—No me la pides porque sabes que no te la daría… —concluyó Cele.

Se quedaron en silencio mientras tomaban el postre.

—Vamos a dormir, que estoy cansada y mañana embarco para cinco días.

—Buena idea. Vamos a la cama, que ya es tarde. Mañana tengo que madrugar más que tú.

Antes de acostarse, Airam no faltó a su cita con el calendario. Lo coloreó de verde hierba. Esa noche soñó con la gran estrella de ébano que encontró flotando en el Mediterráneo. En su sueño, las cinco chicas se convirtieron en pequeñas estrellas que, en lugar de brillar en el firmamento, lo hacían en el piélago. La capitana contempló cómo se alineaban titilando en el mar, invitándola a que las siguiera. Ella, sola

en el Clara Campoamor, puso el buque a toda máquina y salió tras ellas. Las cinco estrellas se deslizaron a lo largo del Mediterráneo, como si flotaran, y se adentraron en el Atlántico bordeando África. La fatalidad quiso que los motores fallaran, pues no aguantaron tanto tiempo a la máxima potencia, y el barco se quedó al pairo. Airam despertó del sueño, con el corazón acelerado, cuando unos piratas se disponían a abordar su buque y ella se tiraba al océano para escapar y seguir nadando en pos de los centelleos de las estrellas en el mar. Se levantó a beber agua y pensó: «Más allá de las cosas absurdas que pasan en los sueños, ¿qué significa este? Me voy a quedar con la parte positiva: las cinco chicas convertidas en estrellas, quizá sea un presagio de que guiarán mi camino».

A la mañana siguiente sucedió lo que raramente sucedía. Airam faltó a su cita con el sol naciente. Se había dormido. El cóctel emocional de los últimos días había tenido un efecto narcótico sobre ella. Al abrir los ojos y comprobar la hora que era, se levantó rápidamente, se vistió y salió a toda prisa hacia el muelle de levante, donde estaba amarrado el Clara Campoamor.

Esta vez no fue la primera en llegar al buque, como acostumbraba, sino la última. Después de que embarcara la tripulación y dejaran atrás la bocana del puerto, la capitana se dirigió a Sebastián.

—Estos dos días que he tenido libres me he acordado de usted al amanecer.

—Un privilegio, mi capitana. ¿Cómo fue?, si no es indiscreción…

—Antes de ayer fue porque nacía un magnífico día y ayer porque llovía a mares.

El primer oficial se alegró del comentario de la capitana. «Si se ha acordado de mí los dos días, uno por bueno y el otro por malo, es síntoma de que vamos sintonizando», pensó.

—¡Y tanto que llovía a mares! Es que ya sabe lo que dice la célebre canción de Raimon, la de *En mi país la lluvia*, refiriéndose a nuestra tierra. —El primer oficial la entonó.

—Vaya, no canta usted nada mal —elogió la capitana.

—¿Cómo van sus incógnitas sobre las cinco chicas? —preguntó Sebastián.

—Bien. Progresando. Gracias a su ayuda ya sé que no venían en patera.

—¡Vaya noticia!

—Sí, algo he adelantado. Pero aquí ya no puedo avanzar en el tema. He ido a la policía y no me han hecho ni caso. Para adelantar más tendré que ir a Nigeria, que es el país de donde parece que provenían. Dedicaré a ello los quince días de vacaciones que me quedan. Van a ser unas vacaciones diferentes a todas las que he disfrutado…

—Capitana, estoy seguro de que conseguirá lo que se propone. Por lo poco que la conozco, ya sé de qué pasta está hecha usted, de la mejor, en ese sentido. No creo que pueda ayudarla mucho, pero ya sabe que puede contar conmigo.

—Usted también puede contar conmigo, como dice el poema.

—No entiendo, mi capitana… ¿a qué se refiere?

—Veo que usted es un poeta autodidacta, no conoce el poema de Mario Benedetti.

—Autodidacta del todo, no, pero he leído poco de Benedetti.

—Hágalo, lo disfrutará, se lo aseguro. Es el poeta de la vida.

—Lo haré con ganas, mi capitana.

El día transcurrió sin novedad. Tras la cena, Airam se fue a su camarote dispuesta a devorar el libro sobre Nigeria que le dejó Doyo. Puso la suricata en la mesa, abrió el libro y comenzó a leer. Le sorprendió saber que era el país más poblado de África y el séptimo del mundo. A medida que avanzaba en la lectura, se sentía fascinada por los contrastes entre el litoral y el interior: selva costera, manglares, sabana, selva pantanosa en el delta del río Níger, humedales… «África en estado puro, esto no me lo ha dicho el pillín de Doyo… Solo me ha hablado de peligros», se decía Airam. Continuó sorprendiéndose con los atractivos de las principales ciudades que el libro recomendaba visitar: Lagos, Benin City, Calabar, Ife, Kano y Oshogbo. Descubrió las maravillas de las cataratas de Owu, del Parque del Lago Kainji y del

Parque Nacional de Yankari, con sus cálidos manantiales, en los que se puede tomar el baño en plena naturaleza. Cuanto más avanzaba en la lectura, más apasionante le resultaba. Leyó que Nigeria era el país más rico de África gracias al petróleo y conoció su historia contemporánea: que fueron los ingleses quienes en la época colonial crearon el país sobre las distintas culturas que existían en el territorio y que fue la periodista británica Flora Shaw quien le puso nombre basándose en el del río Níger. También leyó cómo alcanzó la independencia en 1960, cómo sufrió una guerra civil y cómo superó golpes de Estado hasta convertirse en un país plenamente democrático. Devoró el libro con tanto interés que lo acabó de una tacada, ya de madrugada. Al cerrarlo pensó: «Nigeria parece un país fascinante. Tras leer el libro tengo más ganas de ir allí».

Los días de singladura del Clara Campoamor se le hicieron eternos, porque anhelaba que llegara el día del regreso a puerto para iniciar el viaje a Nigeria. Estaba acostumbrada a que a lo largo de la jornada se sucedieran su turno de servicio, sus horas de lectura, que tanto le gustaban, la hora de deporte en el gimnasio con los aparatos que había instalado la tripulación entre las estanterías de un almacén en proa, las comidas con los oficiales y poco más. Siempre echaba de menos los paseos por la ruta verde y poder hablar con sus hijas y sus amigas, pero sabía que su trabajo comportaba esas renuncias. Solía llevar bien la monotonía de los días embarcada; sin embargo, esta vez la expectativa de partir para conocer lo sucedido con las cinco jóvenes africanas hacía que la travesía se le volviera insoportable. La monotonía solo se vio rota por el estado del mar, que cambiaba a peor a medida que pasaba el tiempo.

—El mar se está enfadando —advirtió la capitana en el puente de mando—, y la predicción de oleaje que da Puertos del Estado asegura que nos espera una buena.

—Capitana —dijo Sebastián—, al ver este mar de olas tan bravas he recordado algo que escribí parafraseando y ampliando un relato de

Eduardo Galeano. Como le prometí pasarle algo para que lo leyera, me voy a buscarlo.

El primer oficial lo subió enseguida. Airam cogió el manuscrito y leyó con atención:

Mar de gentes

Desde el puente de mando contemplé el movido mar y observé que los seres humanos son como las olas.

No hay dos olas iguales. Hay olas grandes y olas chicas y olas de distintos colores.

Hay gente de ola serena, que, en vez de romper en la orilla, la acaricia. Y hay gente de ola loca que llena el aire con sus gotas espumosas.

Hay olas generosas que dejan arena en la orilla, ampliando las playas, y olas egoístas que se llevan las playas con ellas.

Hay olas aventureras que se empeñan en colarse por los resquicios de acantilados y diques, porque quieren saber qué hay más allá, quieren descubrir lo que otras olas se pierden al seguir a la mayoría de las olas conformistas que, sin más, se dejan llevar por el mar.

Algunas olas, olas bobas, desaparecen sin llegar a ningún lugar, sin dejar huella, pero otras baten con tanta pasión que no pueden contemplarse sin parpadear, contagian su energía a las olas de su entorno y son capaces de mover hasta los diques.

—Primer oficial, me ha gustado. Ha sabido apoyarse bien en la muleta del maestro Galeano. Veo que tiene sensibilidad y eso me gusta. Ya me dirá de qué ola está hecho usted…

—Una ola no puede verse a sí misma. Ya me dirá usted a mí la ola en la que me ve.

—Yo le veo como ola serena. ¿Y usted a mí? —preguntó Airam.

—Sin duda usted es de las últimas, de las que no pueden contemplarse sin parpadear.

—Me gusta su apreciación, ojalá sea así. En mi viaje a Nigeria, me temo que también seré ola aventurera.

Mientras tanto Doyo, en la Universitat Jaume I, se encontró con una

sorpresa al gestionar el permiso para ir a Nigeria. El vicerrector de profesorado le citó porque no veía clara su solicitud.

—Doyo —dijo el vicerrector—, ya sabe que desde el equipo rectoral apreciamos mucho su trabajo por su triple dimensión docente, investigadora y de compromiso social. Nunca hemos puesto trabas a sus viajes a Nigeria, pero este no lo veo claro, porque no aporta un programa de trabajo allí.

—Verá usted, es que me voy por un tema personal, aunque le aseguro que aprovecharé para contactar con algunos colegas.

—Usted conoce las condiciones de los permisos —añadió enseñándole la documentación de los solicitados los dos últimos años —. Mire la diferencia. En este caso solo aporta un párrafo con su petición. No podré concederle el permiso si no concreta lo que va a hacer.

—No tengo docencia este semestre. No perjudica a nadie que me marche.

—No es esa la cuestión. Sabe que su jornada tiene dos partes: la docente y la investigadora, que es la que requiere mayor dedicación horaria. Puedo darle el permiso si se va a investigar, pero en ese caso necesito el programa de trabajo y que después se vean los frutos.

—Ya le he dicho que es una cuestión personal. Deme vacaciones en vez de permiso. En agosto puede estar seguro de que no cogeré vacaciones y estaré investigando.

—No dudo que lo haga, pero no puedo tomar una decisión así porque crearía precedentes. Sus vacaciones son en agosto; es uno de los condicionantes de su trabajo como profesor.

—Entiendo su punto de vista como gestor, pero entonces ¿qué puedo hacer para irme?

—Pida un permiso sin sueldo. Como no tiene docencia, no veo problema en aceptarlo. Con la legalidad vigente, puedo concederle hasta tres meses.

Doyo se quedó pensando un momento. Tenía asumido que viajar a Nigeria iba a costarle el importe del viaje, la estancia y la manutención, el tiempo que emplearía… pero, además, ahora se añadía el sueldo. Por

otra parte, estaba convencido de que Airam necesitaría su ayuda y no se perdonaría que le pasara algo si se iba sola. Sin pensárselo más contestó:

—De acuerdo. En cuanto llegue a mi despacho, presentaré la solicitud de permiso sin sueldo.

—Pues delo por concedido.

«No le diré a Airam que me voy con permiso sin sueldo para que no se sienta incómoda. Sé que intentaría pagármelo, o no querría que la acompañara», pensó el profesor.

Al día siguiente Doyo consiguió, sin mayores problemas, resolver las cuestiones logísticas del viaje. La confirmación de que ya había sacado los billetes de avión y de que tenía los visados en regla no hizo más que acrecentar el deseo de Airam de empezar el viaje. Envió un mensaje a Cele pidiéndole que lo arreglara para que cenaran los dos junto a sus hijas la noche que regresaba de la travesía y anunciándole que partiría hacia Nigeria a la mañana siguiente.

El cuarto día de travesía amaneció con el mar encrespado. A media mañana Airam recibió un e-mail de las oficinas centrales de SASEMAR que leyó a su primer oficial.

—Sebastián, escuche lo que me ha llegado de Madrid: «Estimada Airam, una vez concedidos los quince días de vacaciones que ha solicitado, hemos atendido su sugerencia y le confirmamos que el primer oficial de puente del Clara Campoamor desempeñará las funciones de capitán en tanto en cuanto usted no esté. Se lo notificaremos a él hoy mismo».

—Capitana, ¡qué alegría! Gracias, gracias…

—Sé que lo hará bien, es usted un gran profesional.

—Le cuidaré con esmero el Clara Campoamor. Lo encontrará impoluto a su vuelta. Pero le confieso que la echaré de menos. Es un placer trabajar a sus órdenes.

—Gracias. Haga que el resto de la tripulación sienta lo mismo por usted como capitán, aunque sea capitán provisional. La sensibilidad que muestra al escribir es un buen augurio de que tendrá la empatía suficiente. Y, por cierto, para mí también es un placer trabajar junto a usted.

El día transcurrió con el Clara Campoamor balanceándose cada vez con mayor intensidad al impactar con las grandes olas. El estado de la mar no dejó de empeorar. Durante un rato, que se hizo eterno, llegó a mar arbolada, con olas de seis metros. Era uno de los peores días vividos por Airam en el Mediterráneo. El buque capeó el temporal como pudo dando bandazos sin parar en toda la noche mientras el estado de la mar mejoraba, pasando de mar arbolada a muy gruesa y a gruesa.

Cuando amaneció, Airam estaba contenta porque ese quinto día de singladura era el de regreso a puerto. Esbozando una sonrisa, desde el puente de mando miró a su alrededor y vio crestas de espuma por todas partes mientras oía el murmullo constante del mar rompiendo. Aunque todavía estaba bravo, parecía ya evolucionar de mar gruesa a fuerte marejada. No obstante, su alegría duró poco: recibieron una señal de socorro de algún barco que se encontraba en peligro.

—Se trata de un velero, capitana, pero no tenemos su señal AIS —advirtió el primer oficial.

—Conecten el radiogoniómetro para localizar el punto desde el que emite el SOS la señal de radio —ordenó la capitana.

—¡Localizado! —exclamó Sebastián al cabo de un momento—. Se encuentra a quince millas, aquí. —Señaló en la pantalla.

—Pongan rumbo hacia él —ordenó Airam.

Al tener contacto visual con el velero, se evidenció la crítica situación: flotaba al pairo, escorado y con la popa medio hundida. Por radio confirmaron que tenía una vía de agua y llevaba seis personas a bordo. Airam, desde el puente de mando, dio una expeditiva orden.

—¡Abarloen el buque por estribor!

—Capitana —replicó el primer oficial—, esa maniobra es peligrosísima con este mar. Amarrarnos con él puede ser nefasto.

—Primer oficial, lo nefasto para esas seis personas es que no corramos el riesgo. No hay otra opción para rescatarlas. No podemos hacer que se tiren al mar porque podríamos perder a algunas y otras se podrían ahogar. Con este mar no hay otra opción que abarloarnos. Además, no podemos esperar: o lo hacemos rápidamente o el velero se hundirá. No se preocupe, ese yate no puede hacer daño a un buque como este, preparado para remolcar grandes superpetroleros.

El primer oficial miró a Airam asintiendo con la cabeza.

—Conecten el sistema de posicionamiento dinámico y tiren cabos al yate en cuanto sea posible —ordenó la capitana—. Primer oficial, quédese en el puente y yo bajaré a cubierta.

—No lo haga, capitana. Es muy peligroso.

—Ya sabe que es la costumbre que tengo. Lo comprobó con el rescate de las cinco chicas y con la sentina de plásticos.

—Aquello fue desagradable, pero esto es peligroso. No lo haga, por favor.

—¡Y dale con el peligro! Es tan peligroso para mí como para el resto de la tripulación. Si mi gente tiene que estar en primera línea, yo también.

Airam bajó apresuradamente los cinco niveles que la separaban de cubierta y desde allí comenzó a dar instrucciones para acercarse al velero. No era una maniobra fácil, porque el Clara Campoamor parecía un cascarón a merced de las olas. Subía y bajaba un par de metros, y se escoraba a ambos lados más grados de lo deseable. La capitana se acercó a popa. Desde allí ordenaba la maniobra con el walkie-talkie y haciendo señales al puente de mando con los brazos. El primer oficial miraba a la capitana desde arriba asombrado por su arrojo. Pensaba que ninguno de los capitanes que había conocido estaría en primera línea como ella.

—Acérquense un poco más a la popa —pidió la capitana a la tripulación que permanecía en cubierta—. Tenemos que acercarnos todo lo que podamos para tirarles los cabos —dijo señalando a las dos

personas que gritaban desesperadamente «¡Nos hundimos!» desde la cubierta del velero.

El primer oficial sintió el impulso de bajar porque quería aprender del coraje de Airam. Pensó que cuando fuese capitán quería ser como ella. Dejó a su segundo en el puente y enfiló las escaleras para dirigirse junto a su jefa.

Cuando el velero estuvo a pocos metros del yate, un golpe de mar desequilibró a la capitana y cayó por la borda. Sebastián lo vio justo cuando accedía a cubierta; corrió a toda velocidad hacia popa haciendo equilibrios entre los movimientos de la nave mientras oía gritar a la capitana con todas sus fuerzas.

—Cójase del lateral —pidió un marinero, al que el primer oficial no hizo caso.

Al personal de cubierta se le encogió el alma al ver desaparecer a Airam. Desde el velero enmudecieron los gritos. Varios marineros asomaron la cabeza por la borda y escudriñaron de popa a proa sin encontrar rastro de la capitana.

—¡No está, no está! —voceó uno.

—¡Ni rastro! —gritó otro.

—¡No se ve! —gritaron también desde el velero.

El primer oficial llegó al extremo de popa, se asomó al mar desesperadamente en busca de Airam, pero no la encontró. Cuando se le estaba haciendo un nudo en la garganta, pensando que con ese mar agitado la corriente podía alejarla en unos segundos de la nave impidiendo que la encontraran, o que quizá se viera succionada por alguna de las seis hélices si había entrado en su remolino, advirtió que un fino cabo caía al agua pegado a la nave. No dudó en arrojarse de inmediato al suelo, lo cogió y tiró con todas sus fuerzas.

—Ayúdenme —pidió a los marineros.

Al cabo de unos segundos vio que la cabeza de Airam emergía del mar.

—¡Tiren con todas sus fuerzas —gritó el primer oficial—, la tenemos!

Afortunadamente la capitana se quedó colgando sumergida gracias a la línea de vida. El primer oficial le echó los brazos en cuanto pudo y

consiguió subirla a cubierta. Unas décimas de segundo después, el casco del velero impactó con el Clara Campoamor en el mismo lugar en el que se encontraba Airam. La habría aplastado de haber estado todavía allí.

—Capitana, ¿se encuentra bien? —preguntó el primer oficial.

—Bien jodida —respondió Airam empapada. Se quedó en el suelo, acurrucada.

—Sigamos con el salvamento —pidió el primer oficial—. El casco del velero se ha agrietado con el impacto. Falta poco para que se hunda.

Airam contempló cómo los marineros tiraban los cabos a la nave. En unos momentos, tras la arriesgada maniobra, vio desde el suelo cómo, uno tras otro, los seis tripulantes del velero subían al Clara Campoamor. Se levantó para acercarse a ellos, se dieron un emocionado abrazo y corrieron a refugiarse en el interior del buque. Empapados, contemplaron al poco cómo el mar se tragaba el velero para siempre.

—Avisen a puerto, ¡misión cumplida! Las seis personas han sido rescatadas sanas y salvas. Volvemos a PortCastelló —ordenó la capitana notablemente satisfecha.

Se oyeron fuertes aplausos a lo largo del buque. Los veleristas agradecieron una y otra vez que les salvaran la vida. Contaron su odisea con el velero mientras navegaban hacia puerto en el imponente remolcador. Airam, tras escucharlos durante casi dos horas, fue en busca de su primer oficial. A solas se abrazó fuertemente a él.

—Sebastián, si no llega a ser por su rápida intervención, a estas horas el Clara Campoamor llevaría mi cadáver despachurrado. Ha arriesgado su vida por mí, porque ni le ha dado tiempo a ponerse la línea de vida.

—Vaya, así que se ha dado usted cuenta. Capitana, su valentía lo merece todo.

—No tengo palabras para trasmitirle la gratitud que siento.

—Ya lo hizo ayer por anticipado al leerme el e-mail de SASEMAR.

—Ah, ¡claro! Entonces por eso me ha salvado: para saldar esa deuda —ironizó Airam.

—Y para no ser el capitán del Clara Campoamor, porque quedaría en

evidencia. Está claro que nadie está a su altura después de lo que hemos visto hoy. Me conformo con ser capitán provisional hasta su vuelta.

—Qué cosas dice.

Llegada la tarde atracaron en el muelle de levante. Las aguas abrigadas del puerto les sabían a gloria tras lo vivido. Desembarcaron a las personas rescatadas y, cuando Airam salió a cubierta, dispuesta a despedirse de la tripulación y dejar el Clara Campoamor, se encontró una sorpresa: toda la marinería había formado para despedirla. Sonó el toque de atención general de una corneta y se pusieron firmes. El primer oficial tomó la palabra.

—Capitana —dijo en voz alta y clara—, la tripulación está muy orgullosa de servir a sus órdenes. Queremos pedirle que se cuide mucho y vuelva pronto.

Todos aplaudieron con fuerza mientras Airam no podía reprimir la emoción ni las lágrimas que asomaban a sus ojos. Los abrazó, uno a uno, y dejó el barco para dirigirse a su casa.

Esa noche cenaba con su familia por última vez antes de partir hacia Nigeria. Ella, Cele y sus hijas tomaron unos platos ligeros de dieta típicamente mediterránea. No hubo reproches ni arrepentimientos, pues Cele y sus hijas asumieron la partida de Airam como irreversible. Él conocía bien a Airam y sabía que lo mejor que podía hacer llegados a ese punto era colaborar con lo inevitable. Se lo enseñaron en uno de los másteres carísimos que cursó en una prestigiosa escuela de negocios. «No solo es una buena estrategia para los negocios, también lo es para la vida personal», recordó. Lo inevitable podemos vivirlo o sufrirlo si no lo aceptamos, y Cele eso lo había repetido hasta la saciedad. A menudo se recitaba a sí mismo la conocida como plegaria de la serenidad: «Dame la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que puedo cambiar y la sabiduría para reconocer la diferencia». Así que pensó que no era el momento para tener valor, sino para tener sabiduría y serenidad. «Aceptar lo inevitable y

colaborar con ello. Así, además, obtenemos la ventaja de poder condicionar, aunque sea mínimamente su devenir y, al colaborar, nos tocará una parte de los beneficios que se puedan derivar. Sabiduría, serenidad y colaboración», se decía Cele, aunque el corazón le pidiera guerra.

Después de la cena Cele se fue a dormir y Airam se quedó para despedirse de sus hijas, a las que no vería por la mañana, ya que ella pensaba madrugar mucho más.

—No sé cuánto tiempo estaré de viaje, pero no os preocupéis, ya os iré contando cómo me van las cosas por Nigeria.

—Mamá —dijo Adriana—, a las dos nos gustaría acompañarte. Es una lástima que tengamos clases porque si fuese en verano nos íbamos contigo de mochilas. Bueno, contigo y con Doyo. Seguro que aprenderíamos mucho.

—Es mejor que sea así, porque no sé yo si aceptaría que vinieseis…

—Pues a mí me encantaría ir —prosiguió Adriana—, sobre todo por conocer más a Doyo. Estos días que has estado en el mar he hablado mucho con él e incluso hemos comido dos veces juntos en el bar y me parece arrebatador: culto, respetuoso, divertido, guapo…

—¿Cómo dices? ¿Has estado viéndole?

—Sí; el primer día que partiste de singladura me acerqué por su despacho y hablamos animadamente durante casi una hora. Es un tipo interesantísimo.

—¿Y de qué hablasteis?

—Me preguntó cómo me iba en la universidad, por ti, me contó cosas de cuando te conoció… No cabe duda de que te tiene en gran estima.

—¿Y los siguientes días también fuiste a su despacho?

—Mamá, pareces la Gestapo, esto es casi un interrogatorio. Al día siguiente estaba comiendo sola en una mesa del bar de la facu y vino con su bandeja a sentarse conmigo. Y así entablamos contacto: un día porque nos encontramos en el bar, otro en el pasillo, otro que fui a su despacho, unos e-mails, unos wasaps…

—Eso está fatal, eres una inconsciente…

—¿Por qué dices eso? ¿Me estás *troleando*?

—Doyo será tu profesor en el futuro. Debes mantener las distancias, y él, también. Una cosa es que vayas a su despacho a preguntarle dudas cuando seas su alumna y otra cosa es que vayas a verlo para hablar de otras cosas o que comas con él y, además, sin ser estudiante de sus asignaturas…

—Pero, sea profesor mío en el futuro o no lo sea, ahora es un amigo de mi madre y por eso le veo. Me parece muy interesante. Para un amigo guay que te conozco…

—Una alumna no debe ser amiga de su profesor ni mucho menos enamorarse de él. Además, Doyo tiene más de veinticinco años más que tú…

—¿Y qué importa la edad para ser amigos o incluso para enamorarse? Además, ¿por qué hablas de enamorarse?

—Eres tú la que has dicho que te parece arrebatador, interesante, guay... Son palabras tuyas. No quiero que le veas en esas condiciones —dijo enfadada, alzando la voz y notablemente nerviosa.

—¡Me la suda lo que pienses! A mí me va bien hablar con Doyo, así que lo seguiré haciendo, y si no te gusta, pues ajo y agua. A ver si resulta que, en el fondo, vas a ser como papá, aunque con tus formas tengas piel de cordero.

—¡No digas chorradas!

—Mamá —intervino Vicky—, yo he estado callada, pero he flipado con lo que has dicho. Se te está yendo la olla tanto con Doyo como a papá el otro día.

Se extendió un silencio tenso entre las tres. Las dos hijas miraron a Airam desconcertadas por su reacción. No cabía duda de que les había dolido. La madre lo sintió en el corazón y no podía irse a Nigeria sin resolver el nudo emocional creado entre ellas.

—Os debo una explicación —aclaró—. El otro día ya os enterasteis, por el exabrupto de papá, de que antes de conocerle tuve una relación con Doyo de la que jamás hemos hablado en esta casa. Nos enamoramos y fue muy bonito mientras duró, pero llegó el momento en que sentí que tenía que ponerle fin. Mi vida sentimental siguió hacia delante, pero la de Doyo, por lo que he sabido al volver a contactar con

él, se quedó varada. Me dijo unas frases que se me han quedado grabadas a fuego: «Se me paró el reloj del amor. Creo que soy más casto que muchos de los que hacen voto de castidad». Os podéis imaginar cómo me sentí al escucharlo.

—Entonces —dijo Adriana— ¿lo que te preocupa es que me enamore de tu ex? ¿Eso qué son…?, ¿celos con efecto retroactivo?

—No son celos. Yo me alegraría de saber que Doyo es feliz con una mujer. Me alegraría mucho. Pero ¿tiene que ser contigo? Con los años que os lleváis…

—¿Qué importa la edad?

—Cariño, no es solo la diferencia de edad; tú eres igualita que yo, Doyo lo dijo cuando te conoció. Ahora tienes la edad que tenía yo cuando nos enamoramos, y sé que él no me ha olvidado. Y lo último que quiero es que pueda hacerte, hacernos, sufrir. Sé lo encantador que es, y como le hagas tilín… Por favor no compares mi preocupación con la reacción de tu padre. No tiene nada que ver.

—Vale, mamá, tienes razón —concluyó Adriana al tiempo que se levantaba para darle un abrazo—. No tiene nada que ver, me has convencido. Disculpa, pero lo mejor es que hablemos las cosas claras.

—Claro que sí, perla mía —concluyó Airam de forma conciliadora—. Pero que no te la sude lo que pienso… —añadió en tono amable pero reprobatorio.

—Lo siento. Es un decir. De todas formas no tienes de qué preocuparte. Al irte con Doyo no le veré mientras estéis en Nigeria —afirmó guiñándole el ojo.

Airam dio unos emocionados y prolongados abrazos a sus hijas para despedirse de ellas porque no esperaba que madrugaran para hacerlo. A continuación pasaron a sus habitaciones. Airam esperaba hacer algo más que dormir en la suya, ya que no sabía por cuánto tiempo se iba. «¿Qué mejor despedida que hacer el amor?», se decía. Pero Cele no movió ficha y ella tampoco vio el momento adecuado para hacerlo. Lo que sí hizo fue colorear en su calendario de amarillo tulipán el día que acababa.

13

El comienzo del viaje

A la mañana siguiente la capitana se despertó ilusionada y se dispuso a levantar al sol de su cama en el horizonte. Salió a la terraza y se fue a la punta izquierda de la misma. Se acercó a la barandilla y lanzó su letanía al viento como cada mañana. Acto seguido corrió hacia la otra punta de la terraza, con la mano derecha pasando por los diez cañones, como si fuera a prender la mecha, y gritó diez veces seguidas, a medida que pasaba por cada cañón: «¡Pum!».

—Tranquilo, Clara Campoamor, que, aunque apunte al puerto, no te llegarán las diez bolas. Cuida al primer oficial y a la tripulación, porque no nos veremos en unos días.

Acto seguido, lanzó un beso al aire en dirección al puerto. Al entrar en la cocina para preparar el desayuno, se llevó la grata sorpresa de que ya estaba haciéndolo Cele, con café, cruasanes, el L-casei sabor a fresa favorito de Airam y un suculento zumo de naranjas recién exprimidas; se encontró hasta un ramo de flores del jardín en medio de la mesa. Airam no recordaba cuántos años habían pasado sin vivir esa experiencia de Cele como chef. Desayunaron y, cuando estaban acabando, oyeron que llegaba el taxi al que Airam había llamado para que la llevara a la estación. Se acercaron a la puerta de la casa con las maletas.

—Cuídate mucho, Airam —pidió Cele.

—Lo haré, claro que sí. Cuídate tú también.

—Cuando regreses, todo volverá a ser como antes. Te lo prometo.

—Hace mucho tiempo que las cosas no son como el antes que disfrutaba junto a ti. Pero está muy bien que tengas esa intención.

Airam sacó una hoja en blanco del mueble del recibidor y le dijo a Cele:

—Apriétala fuerte entre tus manos, haz una bola lo más pequeña que puedas.

—¿Así, Airam? —preguntó Cele siguiendo sus instrucciones.

—Más apretada, hasta que no puedas más.

—Ya está, pero no entiendo por qué me pides que haga esto.

—Es que no has acabado. Ahora extiende la hoja con las manos ahí —señaló el tablero del mueble del recibidor— hasta dejarla lisa como antes. Plánchala con las manos.

—Eso es imposible, Airam. Mira —protestó al intentarlo—, quedan muchas arrugas. Aunque utilizara una plancha, no quedaría como antes.

—Pues toma buena nota. Eso es lo que pasa con una relación cuando se estruja demasiado. No puede volver a ser como antes.

—Lo siento —continuó Cele con un nudo en la garganta—. Con todo el cariño te digo que no puedo evitar sentir que te vas con Doyo para vivir unas vacaciones con derecho a roce. Sé que no es así, pero no puedo evitar pensarlo.

—Ya te dije que vinieras tú también, pero dices que no puedes por el trabajo.

—Así es.

—Pues ya sabes lo que dice el dicho: querer es poder.

—Te respondo con tu dicho favorito: vivir es elegir. Tú has elegido ese camino africano que no sabes hacia dónde va. Te deseo de corazón que te lleve a buen puerto, tanto si yo estoy en él como si no.

—Qué bonito, Cele. Gracias. Yo quiero que me lleve a buen puerto y, si tú estás esperándome en él y podemos recuperar la hoja de nuestro amor, aunque tenga sus arrugas, lo intentaremos. —Airam sonrió.

Se dieron un gran abrazo y un esperanzador y jugoso beso de despedida. Airam subió al taxi y miró a la casa mientras salía de la

finca. Envió unos besos con la mano a sus hijas durmientes.

Al llegar a la estación de ferrocarril, Doyo ya estaba esperándola. Subieron al AVE de Castellón a Madrid y, al sentarse, Airam le pidió los pasajes de avión. Comprobó que les esperaba un viaje de quince horas con escala en Adís Abeba.

—Es curioso que tengamos que ir a Etiopía para después retroceder hasta Nigeria —señaló Airam—. Podría haber una conexión directa que, a ojo, ya es mucho más corta que el primero de esos vuelos. Voy a comprobar las distancias con Google Maps.

Airam cogió su smartphone y calculó la distancia de Madrid a Lagos y después de Madrid a Adís Abeba y de ahí a Lagos.

—¿Lo ves, Doyo? De Madrid a Lagos hay 3.840 kilómetros y haremos 9.351 en total.

—Ya, Airam, pero es lo que hay. No hay ningún vuelo directo desde Madrid hasta Lagos; así que nos toca ir al aeropuerto de Bole, en Adís Abeba, y de ahí al Murtala Muhammed, en Lagos. Y gracias que tenemos esta conexión de Ethiopian Airlines, porque por Casablanca, haciendo mucho menos recorrido, se tardaban diecisiete horas y media, y cada billete costaba doscientos cincuenta euros más.

—Enigmas de las compañías aéreas —apuntó Airam—. Nunca he entendido cómo ir y volver a una capital europea en avión puede tener menos coste que ir en tren de Castellón a Madrid o a Barcelona.

—Es un contrasentido, pero así es. Aunque te puntualizo, resulta más barato para los clientes que compran los billetes, pero obviamente esos viajes en avión tienen un mayor coste que el de tren. Lo que sucede es que alguien paga la diferencia con patrocinios, publicidad, ayudas, *dumping* de los aeropuertos públicos…

—¡En qué mundo vivimos, Doyo!

—Pues ya verás en el que vamos a vivir los próximos días… ¿Has leído el libro que te dejé?

—De una tacada. Ese día apenas dormí.

—¡Mira que eres bestia!

—Es que cuanto más leía, más interés tenía en Nigeria y más ganas de seguir leyendo.

—Dime lo que más te llamó la atención y te daré más información para que conozcas mejor el país.

—Claro, me vendrá fenomenal. Me llamó la atención que es el país más rico de África gracias al petróleo.

—Sí, y como ves en esta ficha país que he cogido para enseñarte, de la web de la Oficina de Información Diplomática española, es el octavo productor de los países de la OPEP y es el principal proveedor de España de petróleo y sus derivados. A su vez España es el tercer cliente comercial de Nigeria.

—Me dejas sorprendida. No sabía que la mayor parte del combustible que pongo en mi coche venía de Nigeria. Ni sabía que España fuese tan importante para ese país. ¿Cómo puede ser que las cinco chicas tuvieran que huir de un país con tanto petróleo? Si es el más rico de África, no será tan pobre la vida allí…

—Todavía no sabemos por qué huyeron.

—Tienes razón.

—Y sí que hay pobreza, e incluso miseria, mucha miseria, que está un escalón por debajo de la pobreza. Como en tantos países, el pastel está mal repartido: unos pocos lo tienen casi todo y la inmensa mayoría no tiene casi nada. La mitad de la población vive con menos de dos euros al día.

—Eso son solo unos cincuenta euros al mes. Poco me parece por muy barata que esté la vida allí. También me sorprendió leer que Nigeria es el séptimo país más poblado del mundo.

—Y va a más: la proyección demográfica de la ONU para 2047 prevé que tendrá casi cuatrocientos millones de habitantes, porque cada mujer tiene más de cinco hijos de media. Si se cumple el pronóstico, Nigeria será el tercer país del mundo en población, tras China e India. Superará, incluso, a Estados Unidos.

—¡Cuatrocientos millones! ¡Casi como toda la Unión Europea! ¡Qué pasada! En España estamos en una tasa de reproducción que nos llevaría a la extinción de la especie, y en Nigeria están con expansión

demográfica a lo grande. Es un contrasentido: en los países ricos no queremos tener hijos, y en los países pobres tienen uno tras otro…

—Los países con mayor esperanza de vida son España y Japón —apuntó Doyo—, ambos a la cola en tasa de natalidad, y curiosamente, en ambos parámetros con valores muy similares entre los dos países. ¿Qué más te ha chocado de lo que leíste sobre Nigeria?

—Que cuente con doscientas cincuenta etnias y quinientas lenguas diferentes.

—Hay doscientas cincuenta etnias, pero destacan cuatro: los yoruba…

—Los de la frasecita que me soltaste el otro día… —interrumpió Airam—. ¿Cómo era?

—*Pẹlẹ o. Emi yoo fẹ lati pe ọ si nkan pataki pupọ fun mi.*

—¡Qué bonito suena!

—Bueno, pues de las doscientas cincuenta hay cuatro, los yoruba, los igbo, los hausa y los fulani, que suponen el ochenta por ciento de la población. De hecho, mira el billete de cincuenta nairas que llevamos. —Le mostró uno extendido—. Hay un retrato de una persona de cada una de estas cuatro etnias.

—¡No lo sabía! ¿Y a cuántos euros equivalen esas cincuenta nairas?

—Unos doce céntimos de euro a fecha de hoy. Te doy una regla muy aproximada para hacer la conversión de cabeza cuando veas precios en nairas. Divide entre cien, luego entre dos y otra vez entre dos.

—Entonces, por ejemplo, ochocientas nairas serán… —Hizo sus cálculos siguiendo las indicaciones de Doyo— dos euros. ¿Respuesta correcta?

—¡Correcta! Bueno, es algún céntimo menos porque ya te he dicho que la regla era aproximada.

—¡Qué sociedad más compleja! Con tantas etnias la sociedad debe estar profundamente dividida.

—Así es; y para más inri la mitad son musulmanes y la otra mitad se reparte entre protestantes, cristianos y otras religiones.

—Lo que faltaba para cohesionar a la sociedad —ironizó Airam—. Si el presidente es musulmán tiene a la mitad de la población que no lo

es, y si no es musulmán tiene a la mitad que sí.

—Y, sobre lo que decías de las quinientas lenguas, efectivamente el país es una gran torre de Babel. La suerte es que, como consecuencia de la colonización británica, el inglés es la única lengua oficial en todo el país y está muy extendido, por suerte para ti, que lo hablas muy bien.

—*Just as well!* —respondió Airam en su perfecto inglés.

—Quizá sea la mejor consecuencia de que fuera colonia británica. Además, hay otras cuatro lenguas regionales cooficiales: yoruba, hausa, igbo y fula. Como ves, es un país muy heterogéneo, un complejo mosaico de culturas, lenguas, geografía, religión…

—Yo siempre he pensado que las diferencias enriquecen —añadió Airam—. Lo complicado es gestionar bien esa enorme diversidad.

—Pues eso es lo que pasa —explicó Doyo—, que es muy complicado gobernar una sociedad con tantos grupos diferentes y con intereses contrapuestos.

—Ante grupos humanos con identidades distintas, en mi opinión, se puede obrar de dos formas: construyendo puentes o murallas, y con las mismas piedras se pueden hacer ambas cosas. Yo soy de puentes, pero hay quienes son de murallas, como algunos políticos españoles mediocres que las levantan para dividir a la sociedad y enfrentar a los de una parte de la muralla con la otra dando bochornosos espectáculos que intoxican la convivencia. Yo no caeré nunca en la trampa de colaborar con la construcción de murallas. ¿De qué opinión son los gobernantes de Nigeria?

—Yo tampoco soy maniqueo —contestó Doyo—. No entiendo a quienes prometen confrontación con los diferentes, en vez de diálogo: es un mal camino; soy de los que optan por construir puentes. En Nigeria no les queda otro remedio que tenderlos porque, si levantaran murallas, el país sería ingobernable, ya que todas las partes estarían demasiado lejos de tener una mayoría. Pero es muy difícil tender tantos puentes como sería deseable.

—Con lo que sé hasta este momento, Nigeria me parece un país muy atractivo. Ahora soy yo la que está en plan socrático. Quiero saber más.

—Bueno, ahora ya sabes algo y en unos días tendrás un máster

práctico. Coincido contigo, si no fuera por la peligrosidad, es un país único para visitarlo, para disfrutarlo. Paisajes, sabores, olores, música… todo es diferente.

—Ya verás como nos va muy bien —pronosticó Airam—. Tanto como a ti las diecinueve veces que has estado allí.

—Estamos llegando a la estación de Atocha —anunció Doyo al cabo de un rato—. Tenemos todo el día por delante porque salimos a las diez y media de la noche; así que podremos dormir mientras volamos. Ahora vamos al Ministerio de Asuntos Exteriores; está en la plaza de la Provincia, junto a la plaza Mayor.

Se dirigieron al ministerio para que Doyo actualizara sus contactos diplomáticos. Amablemente accedieron a guardarles las maletas en la entrada para que se movieran con mayor facilidad. Comieron cerca de allí con algunos amigos del ministerio que conocían bien Nigeria y les comentaron lo que querían hacer.

Al acabar, llevándose consigo unos cuantos consejos que podían serles de utilidad en el país africano, Airam le propuso a Doyo que, como tenían tiempo de sobra, se pasasen por la sede de SASEMAR, ya que deseaba hacer una visita.

—Está cerca de aquí, a un par de kilómetros, en la calle Fruela, en Puerta del Ángel. Si quieres, vamos dando un paseo y bajamos la comida.

—Me parece una idea estupenda.

—Pues pasemos a coger una cosa de mi maleta y vamos hacia allí.

Una vez abierta la maleta, Doyo vio como sacaba unas botellas y las guardaba en su bolso, pero no quiso preguntar al respecto.

Doyo la esperó junto a la sede, tomando un café, y ella subió a preguntar por Efrén. Cuando llegó ante él, le saludó afectuosamente.

—Efrén, soy la capitana Airam, del Clara Campoamor, mucho gusto en conocerle en persona. ¿Recuerda que hablamos por teléfono?

—Capitana, el gusto es mío por verla. ¡Cómo iba a olvidarlo! Osó llamar «capullo» a ese capullo —dijo esbozando una sonrisa al tiempo

que señalaba con el dedo el despacho de su jefe.

—Y usted, con acierto, frenó mi calentón y evitó decírselo. En agradecimiento le traigo este recuerdo.

—No tenía que haberse molestado —contestó Efrén mientras abría el paquete—. ¡Es aceite de oliva!

—Es de mi tierra. Aceite de olivos milenarios. Espero que le guste. Como supo ponerme aceite para que no chirriara, he pensado traerle unas botellas del mejor aceite que conozco. Esos olivos han vivido más de mil años para poder producir las olivas de las que ha salido este aceite.

—Gracias, capitana. Es usted un encanto.

—Pues deme un abrazo.

Se despidieron y Airam bajó a encontrarse con Doyo para dirigirse hacia el aeropuerto.

14

Compartiendo secretos

Airam y Doyo llegaron al aeropuerto Madrid-Barajas Adolfo Suárez con varias horas de antelación. Mientras aguardaban a que abrieran el embarque, en una de esas esperas que se vuelven interminables, Doyo se desabrochó algo que llevaba al cuello, bajo la camisa.

—Quiero ponerte este colgante.

Airam lo cogió entre sus manos y lo admiró.

—¡Una figura de terracota! ¡Es preciosa! ¿Qué es?

—Es un amuleto nok.

—¿Nok?

—Era una fascinante y enigmática cultura nigeriana que desapareció hace mil años. Te protegerá como me ha protegido a mí. Llevo casi veinte años sin quitármelo, desde el primer viaje que hice a Nigeria.

—Es tan precioso como extraño. Si tiene tanto valor, quizá no debería aceptarlo…

—No sé el valor económico que tendrá, seguramente muy alto porque es único, pero para mí su valor es sentimental. Me lo dio, justo antes de morir, la mujer que paró el reloj de mi amor hace casi veinte años.

Airam experimentó un sentimiento agridulce al oír esas palabras. Por una parte, lamentó el padecimiento que le supuso a Doyo esa muerte, pero por otra, se sintió aliviada de saber que no era ella quien había parado su reloj sentimental, como había entendido cuando hablaron la

primera vez en su despacho.

—¡Doyo! —exclamó apenada mientras cogía su mano—, ¡cuéntame cómo fue!

—Era una enfermera nigeriana, negra como el azabache y con unos ojos como los tuyos, azul celeste. La conocí unos meses después de la última vez que estuvimos juntos tras nuestra separación.

—La última, no, Doyo. Ya te dije que la ú-ni-ca vez que nos vimos tras dejarlo. Y ya sabes que no quiero recordarla…

—Me quedó claro cuando me lo dijiste en mi despacho. No quiero hablar de eso, lo mencionaba solo por situarlo en el tiempo. La conocí en mi primer viaje a Nigeria. Vivimos una relación apasionada y me enamoré perdidamente de ella. Pensaba incluso quedarme a vivir allí, ya que ella no quería formar parte de nuestro mundo. Pero el sida, ese maldito sida por el que Nigeria es el tercer país con más muertes, triste medalla de bronce mundial —sollozó—, se la llevó en unos meses. Debió de infectarse curando a alguno de sus pacientes. Si hubiera sido ahora… Ahora es prácticamente una enfermedad crónica, pero hace veinte años era una condena de muerte.

—¡Qué historia más amarga! —Airam trató de consolarle—. Supongo que la enfermera es la de la foto del fondo de escritorio de tu ordenador. Era muy guapa.

—Sí, ella es. En el salvapantallas la veo todos los días y recuerdo su cariño, su generosidad, su sonrisa contagiosa, que parecía imborrable, sus ganas de vivir…

—Doyo —continuó Airam entre lágrimas—, ¡qué pena! ¡Cuánto has sufrido! Pero no puedo aceptar algo con ese enorme valor sentimental para ti. Es tuyo. Es parte de ti, de tus sentimientos. ¡Tómalo! —exclamó con ademán de devolvérselo.

—No, Airam, espera que te lo cuente todo. En el lecho de muerte me dio su amuleto y me pidió que lo llevara siempre cerca del corazón, porque así me protegería y conservaría nuestro amor. ¡Y tanto que lo ha conservado! No he vuelto a enamorarme. He venido a Nigeria todos los años y no he podido evitar volver a visitar los lugares en los que fuimos felices.

—Ya sabes lo que dice el poema de Félix Grande —advirtió Airam—: donde fuiste feliz no debes volver.

—No es mi caso. Yo he saboreado cada visita como si fueran píldoras de amor. Mi enfermera me dijo que no guardara el amuleto en un cajón ni lo dejara orillado, porque entonces Mulukú, el dios creador de todos los pueblos africanos, el del busto del colgante, se enfadaría conmigo y desataría su furia contra mí. Solo puede ir cerca de un corazón. Así ha pasado de persona en persona durante mil años hasta llegar a mí.

—No puedo aceptar el regalo teniendo tanto valor emocional para ti. ¡Tómalo! —insistió la capitana.

—Cuando acabe de contarte lo que siento, espero que cambies de opinión. Estos días, al recordar la convicción con la que mi amada dijo que llevando este amuleto se conservaría nuestro amor, me he estado preguntando, ¿no será esto lo que impide que se ponga en marcha mi reloj del amor? Así que, por si acaso lo es, quiero alejarlo de mi pecho. No debo guardarlo en un cajón, no sea que la advertencia sobre la furia de Mulukú sea cierta…

—No creerás en esas cosas…

—No lo verás racional porque no entendemos el por qué, pero yo lo respeto. No me lo acabo de creer, pero lo respeto. Por más ingeniera que seas, debes asumir que hay cosas que no entendemos y, sin embargo, existen. En África lo comprobarás. Yo lo he sentido varias veces.

—Eso es una chorrada. ¿Cómo un catedrático es capaz de creer esas cosas?

—Airam, te aseguro que suceden cosas a las que no podemos dar una explicación racional. Ya lo sentirás…

—No me asustes con eso...

—No quiero asustarse, solo avisarte. Tú cree lo que quieras, pero yo no me voy a arriesgar a guardarlo en un cajón y que Mulukú me pase factura. Así que, para alejarme del amuleto, necesito pasarlo a otro corazón, y ninguno mejor que el tuyo. Además, aunque no te lo creas, te protegerá. Acéptalo, por favor. Así, aunque no lo lleve encima, lo tendré cerca…

—Si crees que es por tu bien, lo acepto. Total, daño no me va a hacer. Pero en principio, de forma provisional, hasta que volvamos a España.

Airam se quitó el colgante del indalo y se lo guardó en el bolso. Se puso el de Mulukú, que le quedó oculto bajo la ropa, anidado entre los pechos.

—Mira, están abriendo el embarque. Vamos allá.

Tras acomodarse en el avión y alcanzar la altura de vuelo comercial, en ese momento en que se apaga la luz de cinturones abrochados, Doyo hizo a Airam una pregunta indiscreta:

—No me contestes si no quieres, pero intuyo que las cosas con Cele no van bien, porque me diste una respuesta evasiva cuando te pregunté.

Airam valoró que había llegado el momento de sincerarse con Doyo, dado que él también lo había hecho. Además, pensó que, como les esperaban muchos días compartiéndolo todo, era mejor que se pusieran al día de sus vivencias.

—Intuyes bien. Las cosas van por mal camino. Cuando me casé esperaba que fuese para toda la vida, como tanta gente lo piensa. Hay afortunados que lo consiguen, pero en nuestro caso, con el paso el tiempo, hemos cambiado en direcciones divergentes. Cada vez estamos más alejados. Cele sale de casa por la mañana y no vuelve hasta la noche, y la mayoría de los días no sé nada de él, ni una llamada ni un wasap… Ya me he acostumbrado a eso y tampoco le digo nada. Te voy a enseñar un secreto.

Airam abrió el calendario de su smartphone y le enseñó los últimos dos meses.

—Cada día lo he coloreado en verde, amarillo o rojo. Verde significa que ese día me ha valido la pena estar con Cele, que hemos hecho algo juntos que me ha gustado: un paseo, una conversación en la que se ha interesado por lo que me ha pasado, que ha habido un detalle del tipo que sea… Amarillo significa que ese día Cele, para mí, ni fu ni fa; como

mucho hemos tenido alguna conversación intrascendente, y a veces, ni eso. Rojo significa que me he sentido mal por algo que ha hecho. No porque yo interprete mal algo que haya hecho, sino porque lo ha hecho: una conversación desagradable, de las que cada día hay más; una pelea; el que se tome a mal algo que he hecho yo, cuando podría tomárselo, perfectamente, del modo contrario; el que me ponga mala cara sin saber por qué… Tenía otro color preparado, el rosa. Estaba reservado a los días en los que Cele me hiciera sentir muy feliz, aunque solo fuera en algún momento.

—¡Pues sí que está mal la cosa! La mayoría de los días son amarillos, los rojos son muchos, los verdes pocos y rosas no hay.

—Sí. Los verdes son… a ver… —se calló mientras los contaba—, solo cinco en dos meses. Los rojos son veintitrés, y los amarillos, treinta y dos.

—Un balance ruinoso —apuntó Doyo.

—Mucho más ruinoso de lo que parece. La mayoría de los amarillos se deben a que ese día no vi a Cele, bien fuese porque él no estuvo en casa o bien porque yo estuve de servicio, embarcada. Si eliminas los días amarillos en los que no nos vimos, que son los marcados con una cruz, ganan los rojos por goleada.

—El rojo en el calendario suele significar día festivo, pero ese calendario rojo que tienes no indica, precisamente, fiestas. Ese rojo no es rojo pasión. ¡Es rojo peligro! ¿Por qué se te ocurrió colorear los días?

—Porque los sentidos nos engañan. Fíjate en la sensación que se produce cuando un tren empieza a moverse y al cabo de unos segundos te das cuenta de que está parado y el que se mueve es el de al lado. Te engañan los sentidos. O la sensación del paso del tiempo: los minutos se vuelven segundos cuando te lo pasas bien, pero se convierten en horas cuando lo estás pasando mal. Sin embargo, siempre son minutos: te engañan los sentidos. Yo quiero estar segura de que mi impresión de que las cosas van mal no es solo una sensación, sino una realidad evidenciada con datos día a día.

—Es una forma racional de afrontar el problema, muy propia de ti.

—En este calendario he intentado objetivar el resultado de nuestra

relación y pensaba enseñárselo a Cele cuando llevase tres meses coloreados. No me parece que pueda hacerse un buen balance en menos tiempo. Si el balance de los tres meses sigue siendo como hasta ahora, le diré que lo nuestro se acabó. Este viaje me viene bien porque es un paréntesis. Durante muchos días no colorearé el calendario. Ojalá cuando vuelva, Cele me haya echado de menos y empiecen a aparecer más días verdes. Y si no es así, si sigue imperando el rojo, nuestra relación se acabará de la mejor manera posible. Eso sí, rápida.

—Menuda sorpresa, Airam. Me parece una forma madura y equilibrada de evaluar si vale la pena seguir juntos o no.

—Vida no tenemos más que una y no puedo pasar un día tras otro en amarillo o en rojo. Vivir es elegir y yo quiero elegir una pareja con la que pinte la mayoría de los días de verde, incluso algunos de rosa. De todos modos, no quiero que pienses que estoy amargada, nada de eso. Como ya te dije, me siento feliz por muchas otras cosas: mi trabajo, mis hijas, mis amigas, mi padre y mi madre…

—¿Y no crees que Cele debería saber que estás evaluando la relación? Quizá eso le espolease a cambiar. Yo transmito a mis estudiantes una máxima: lo que no se evalúa se devalúa. Eso sirve en la universidad, también en la empresa, ¿y por qué no en la vida privada? El hecho de que se sepa que alguien está evaluando lo que haces, con los indicadores que sean, aunque no sea con intención punitiva, sino simplemente como herramienta de mejora, hace que la gente se ponga las pilas. ¿No crees que Cele se las pondría?

—Quizá. Voy a pensarme si al volver a Castellón le enseño los resultados recogidos hasta ahora y le hago ver que vamos por mal camino, pero que aún hay tiempo de cambiar el rumbo. Le diré que seguiré evaluando cada día la relación y, si quiere, que él haga lo mismo. Sería interesante comparar nuestras percepciones. No se me había ocurrido.

Airam y su amigo echaron una cabezada. Al despertarse, debido al movimiento del avión provocado por turbulencias y por el consiguiente aviso del capitán de que se abrocharan los cinturones, Doyo lanzó una advertencia.

—Se me ha olvidado decirte una cosa importante. Los nigerianos practican el *right hand only*. Ven como una falta de respeto, incluso consideran un desprecio, el saludar, comer, dar o recibir cosas con la mano izquierda. Todo lo que hagas debe ser con la derecha. Solo los mancos pueden usar la izquierda.

—Gracias por la advertencia. Voy de sorpresa en sorpresa con Nigeria. Lo recordaré. Por suerte soy diestra, pero puedo meter la pata. Si ves que voy a hacerlo no dudes en avisarme…

—*Right hand only* —dijo Doyo tendiéndole la mano derecha.

—*Right hand only* —contestó Airam mientras se disponía a estrechársela.

15

Ángeles de la muerte

Tras la conversación del inicio, el vuelo a Adís Abeba se les hizo corto, porque la mayor parte lo pasaron en brazos de Morfeo. Se despertaron cuando sirvieron el desayuno en el avión y aterrizaron una hora después. Llegaron al aeropuerto de Bole, desde el que, tras dos horas y veinte minutos de espera, despegarían hacia Lagos. Se vieron obligados a pasar un nuevo control de seguridad y pasaportes, pues habían abandonado el espacio Schengen, pero como no tuvieron que ir a recoger el equipaje, ya que lo habían facturado hasta el destino final, y tampoco salieron de la terminal 2, les dio tiempo de tomarse tranquilamente un gran café con leche y reponer fuerzas. Embarcaron en el vuelo hacia Lagos, que salió puntual, y volvieron a dormirse en el avión. Doyo despertó a Airam cuando estaban sobrevolando el delta del río Níger.

—Mira, Airam, el delta del Níger. Mira qué derroche de naturaleza —advirtió Doyo.

—Eeeh… ¡Qué pasada!

—Es uno de los más grandes del mundo. Es tan grande como toda Galicia —recalcó Doyo.

—Aquí todo es a lo grande, ¿verdad?

—Sí, hasta la miseria…

—Desde el avión se ve un delta muy verde, lleno de vegetación, debe de ser muy bonito.

—Sí que hay mucha vegetación, pero el verde engaña. Es un sitio verde nada verde, porque es uno de los lugares más contaminados del mundo por culpa de las extracciones de petróleo. En 2008 y 2009 se produjeron unos famosos vertidos de la compañía Shell, los más graves de la historia de Nigeria.

Pasado el delta del Níger, aterrizaron en el aeropuerto Murtala Muhammed, nombre puesto en honor del presidente de Nigeria asesinado en un fallido golpe de Estado. Al salir del avión y respirar el aire de Lagos, la humedad tropical produjo en Airam una sudoración extrema que ya la incomodaba al llegar a la aduana. Le extrañó experimentar esa sensación soporífera teniendo en cuenta que estaba acostumbrada a la humedad, tanto por su profesión como por el hecho de vivir junto al mar. Era una advertencia de que entraba en un mundo diferente. Tras recoger el equipaje, a la salida, vieron entre la muchedumbre un cartel con sus nombres. Lo sujetaba el chófer que los acompañaría durante toda su estancia, un amigo de confianza de un colega de Doyo. Era un joven de etnia yoruba, un poco patizambo, con la cabeza rapada y el vestido tradicional nigeriano, que hablaba un buen inglés.

—Hola, señor. Hola, señora. Okwonkwo a su servicio.

—Hola, Okwonkwo, me llamo Doyo y ella es Airam.

Le siguieron hasta un coche impoluto, un precioso Mercedes que destacaba entre el resto de los que se veían en el aeropuerto, ya que la inmensa mayoría parecían chatarra rodante.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó Airam una vez en el coche—. No me he quedado con el nombre.

—Okwonkwo, señora; pero si lo prefieren pueden llamarme OK, lo hace mucha gente.

—Gracias, OK. Así lo haré.

—Yo prefiero llamarle O-K-won-k-wo —dijo Doyo alargando las sílabas—. Hay un futbolista de la liga italiana que tiene tu apellido: Orji Okwonkwo.

—Sí, es de Benin —respondió Okwonkwo—. A veces juega de mediocampista y otras de delantero.

—Veo que te gusta el fútbol; a mí también —añadió Doyo—. Algún día veremos un partido juntos.

—No contéis conmigo —advirtió Airam—. ¿Qué edad tienes, OK?

—Dieciocho años, casi diecinueve.

—¿Y tienes experiencia como chófer? —continuó preguntando.

—Mucha, señora. Conduzco desde años antes de tener el carnet.

—Pues me dejas muy tranquila —ironizó la capitana.

—Los llevaré al hotel por la autopista A5 —anunció Okwonkwo—. Aunque demos un poco de vuelta, hay que evitar en lo posible meterse por el caos circulatorio de Lagos. Es un torrente de coches que van por donde quieren. En una calle de tres carriles, igual hay cinco filas de vehículos, si caben; te puedes encontrar coches en contradirección y coches atravesados respecto al sentido de circulación, y los espacios entre vehículos pueden estar totalmente llenos de gente.

—Es que la ciudad no está pensada para las personas —apuntó Doyo—. Tiene aceras muy estrechas, ¡eso donde las tiene! Se nota que no practican lo de pasear por la ciudad.

Airam recordó que había leído algo sobre los problemas con el tráfico en el libro de Doyo. Acostumbrada siempre a recurrir a internet para conocer más detalles de lo que le contaban y le parecía curioso, se sorprendió de lo que encontró en este caso.

—¡Es la anarquía circulatoria! —exclamó al ver una foto en la pantalla de su smartphone—. Mira, Doyo, he puesto «tráfico en Lagos» en Google y fíjate qué imágenes aparecen.

—Ya conozco ese caos —respondió Doyo—. Por eso hay que tomarse mucho tiempo para hacer cualquier gestión. Además, como el parque de coches está en mal estado, porque aquí no pasan la ITV, te encuentras frecuentemente vehículos averiados que bloquean el tráfico.

—Me llama la atención que circulan por la derecha —advirtió Airam—. Eso es raro habiendo sido una colonia británica hasta 1960, ¿no?

—Buena apreciación —contestó Doyo—. Nigeria es miembro de la Commonwealth y fue colonia británica, pero es una excepción como consecuencia de la guerra civil. En 1972 el país decidió circular por la derecha y cambiar de moneda: las nairas sustituyeron a las libras.

—Debe ser la excepción que confirma la regla… —concluyó la capitana.

—Voy a tomar esta salida de la A5, porque ahí delante hay un atasco que se forma a menudo —adelantó Okwonkwo—. Pasaremos por el barrio de Badia. Es un suburbio cercano al puerto, pero no se preocupen, es seguro.

Se adentraron en el barrio de Badia y Airam miraba pasmada a su alrededor. Era un barrio de mil colores, con tantos colores como miseria. Las estrechas bocacalles estaban plagadas de chabolas y se veía a muchas mujeres que hacían señas pareciendo ofrecer sus cuerpos.

—OK, ¿esas mujeres se dedican a lo que me imagino? —preguntó Airam.

—Son peor de lo que se imagina, señora. Las llaman «ángeles de la muerte».

—¿Ángeles de la muerte? —repitió Airam mientras tecleaba esas cuatro palabras en la barra de búsqueda de Google.

—Son prostitutas infectadas con el VIH —prosiguió Okwonkwo—. No engañan a nadie, todos lo saben. Al estar infectadas cobran solo dos dólares por su servicio, aunque el precio puede subir hasta cinco si es más joven o más guapa.

—Pero si están infectadas por VIH, pocos querrán mantener relaciones con ellas —aventuró Airam.

—No crea. Hay multitud de hombres que corren el riesgo y algunos no lo corren porque ya son portadores. Este barrio se llena cuando llega la noche. Es como si fuese un supermercado del sexo de bajo coste. A los que vienen aquí no les importa hacerlo con ángeles de la muerte, aunque lleven el virus en las venas.

—Más bien será un supermercado de ruletas rusas —sentenció Doyo.

—¡Qué barbaridad! Si verte obligada a vender tu cuerpo ya es terrible, venderlo por dos dólares porque tienes el VIH es horripilante. Mira, Doyo, mira esta imagen de Google. Es una chica guapísima, con unos preciosos ojos azules y labios protuberantes. Podría ser *top model* y es ángel de la muerte. ¿Qué habrá vivido para acabar así?

—Está claro que ella no lo ha elegido —aseguró Doyo—.

Seguramente es consecuencia de un cóctel letal: la falta de igualdad de oportunidades mezclada con la miseria. En esas condiciones la vida puede tomar la decisión por ti.

—Te falta otro ingrediente en el cóctel: falta de igualdad de oportunidades, miseria y falta de atención médica —sentenció Airam—, porque mira —dijo señalando su smartphone—, aquí, hablando de ángeles de la muerte, pone que el ochenta por ciento de las personas infectadas de VIH en Nigeria no tiene acceso a tratamiento médico. Me parece terrible.

—Las autoridades no facilitan el acceso a tratamientos, pero tampoco hacen nada por prevenir los contagios —añadió Okwonkwo.

—Pues así es como se llega a ser el tercer país con más personas infectadas —concluyó Doyo.

Dejaron atrás Badia y, tras superar un atasco, llegaron al hotel. Era un buen hotel, buscado por el colega de Doyo, perteneciente a una cadena europea. Al entrar en el vestíbulo, África pareció desaparecer. Apenas había motivos en la decoración que recordaran a ese gran continente. En las paredes colgaban cuadros con imágenes de la sabana, pero eso podía verse en cualquier hotel del mundo. «El despacho de Doyo en la universidad es mucho más africano que este hotel», pensó Airam. Hasta el uniforme del personal era netamente europeo. Al registrase surgió un problema.

—Aquí tienen la llave, habitación 69, último piso y última puerta. El ascensor está al fondo —indicó el jefe de recepción cuando se registraron.

—Disculpe, pero debe de haber un error —respondió Doyo—. Mire estos papeles. Tenemos reservadas dos habitaciones.

—Lo siento. En nuestro sistema solo aparece una habitación y lamento decirles que no hay nada que hacer, porque el hotel está completo. Les asignaremos una habitación adicional en cuanto quede libre. Pero si quieren alojarse en otro hotel…

—No, no, está bien. Hoy en la 69 y a ver si mañana hay suerte y tenemos dos habitaciones —dijo Airam.

—Qué mala pata —refunfuñó Doyo en voz baja—. Nos ha tocado la

última planta.

El botones los acompañó al ascensor con el equipaje en un carro portamaletas. Doyo se dirigió a las escaleras.

—Señor, cabemos todos en el ascensor —advirtió el botones.

—No se preocupe por él —intervino Airam—. Prefiere hacer deporte y subir por las escaleras —explicó para no descubrir su claustrofobia.

—Sí que hará ejercicio. ¡Son seis plantas!

Doyo les alcanzó, resollando, cuando salían del ascensor. El botones abrió la puerta de la habitación 69 y les enseñó la espaciosa estancia, en la que no faltaba detalle: televisión, minibar, aire acondicionado, secador, conexión wi-fi… hasta una colorida fuente de frutas que incitaba a comérselas. Al despedirse se dirigió a Doyo y a Airam.

—Babatunde les da la bienvenida y queda a su servicio —dijo inclinándose y extendiendo la mano en espera de una propina.

—Muy amable, gracias —contestó Doyo dándole dos mil nairas.

—Gracias, gracias, sean bienvenidos —respondió con alegría ante la generosa propina.

Cuando cerró la puerta, tomó la palabra Airam.

—Tiene narices la cosa. Compartiremos la habitación 69; menudo número, parece cachondeíto… y con cama de matrimonio. Si lo viera Cele…

—Para mí no es problema, no te preocupes, dormiré en el suelo. Lo he hecho muchas veces.

—No, tonto, compartiremos la cama, que es grande. Pero cada uno en un lado, que corra el aire entre los dos —bromeó.

—Gracias, Airam. Mira, ya son las cuatro de la tarde. Tenemos que comer algo, aunque sea ligero —advirtió Doyo.

—Pues bajemos al bar del hotel, a ver si nos hacen un sándwich, lo comemos rapidito y subimos a la habitación. Hasta mañana, cuando vayamos al consulado, podemos descansar. A mí me hace falta —confesó Airam.

Al salir al pasillo vieron a Babatunde coqueteando con una camarera de piso a la que llamó Egbichi.

—¿Te das cuenta? El simpático botones Babatunde no pierde el

tiempo. Está ligando con… ¿Egbichi, ha dicho? —preguntó Airam.

—Sí, Egbichi —contestó Doyo—. Hay quienes tienen nombres nigerianos, como esta pareja, y quienes tienen nombre inglés. Seguro que conoceremos a algunos. Por ejemplo, el anterior presidente de Nigeria es conocido como….

—Goodluck Jonathan —interrumpió Airam—. Lo leí en el libro que me dejaste. Un nombre raro y bonito. Se me quedó por lo curioso de que se llamase «buena suerte».

—Sí, aunque su nombre completo es Goodluck Ebele Azikiwe Jonathan.

—Mejor lo dejamos en la versión abreviada. —Airam sonrió.

—Bueno, hasta luego —se despidió Doyo cuando Airam entraba en el ascensor—. Voy a hacer *escalering*. Nos vemos abajo.

Comieron en el bar del hotel a esa extraña hora y Airam, que seguía impactada con la existencia de ángeles de la muerte, no pudo evitar retomar el tema.

—Doyo, ¿cómo es posible que haya tantos hombres que quieran mantener relaciones con prostitutas con sida como para que exista ese supermercado *low-cost* del sexo? Bueno, la verdad es que nunca he entendido cómo puede pagar alguien por sexo, y mucho menos me cabe en la cabeza que se pueda ser cliente habitual.

—No siempre son clientes habituales. En muchos casos es algo que pasa esporádicamente, sin haberlo planeado.

—Parece que lo hayas probado alguna vez…

Doyo agachó la mirada y entonó un silencio culpable. La elegancia de Airam le impidió preguntar de forma directa, pero su retórica pragmática le estaba invitando a que dijera si lo había hecho o a que dejara claro que eso nunca había sucedido. No tenía otra elección. Callarse era vergonzante y autoinculpatorio. Tras unos instantes de silencio, Doyo optó por confesar, porque así, al menos, podría explicarse.

—No estoy orgulloso de ello. Es verdad que he recurrido al sexo de pago, pero tan solo dos veces, te lo aseguro. Fue tras beber más de lo que debería y yendo acompañado de amigos que visitan los clubs de

manera más o menos habitual. Son amigos que te animan, que te empujan… que incluso te lo pagan. Mi primera vez fue así, un regalo de un amigo. Me invitó. El cóctel de abstinencia sexual de larga duración, exceso de alcohol y amigos facilitadores puede tener esa consecuencia.

—¡Vaya explicación! No entiendo que alguien acepte como regalo una invitación a tener sexo como si se tratara de una invitación a tomar una copa más… No te voy a decir cómo tienes que vivir tu vida, al igual que no lo acepté de mis padres, pero sí que te quiero hacer una reflexión. Me parece perfecto que tengas relaciones con quien quieras y como quieras siempre que los dos seáis mayores de edad, tengáis uso de razón y lo hagáis libremente. El problema es que, cuando vas a un club, lo normal es que la chica no lo haga libremente. Lo habitual es que lo haga bajo la extorsión de su chulo o de la mafia que la explota. Y quien compra sus servicios está fomentando esa extorsión o esa trata. ¿Entiendes, Doyo? No es que te juzgue moralmente por pagar por sexo, ni a ellas por cobrar. En eso no entro, ni entraré, ni creo que nadie deba entrar. El problema es que no pagas a las chicas, pagas a los chulos o a las mafias para que exploten a las chicas.

—Tienes razón…

—Perdona, pero es que esto me recuerda a lo que dijo el comisario de Castellón: muchas mujeres víctimas de trata sexual en España son nigerianas prostituidas por las mafias. Si las cinco chicas que encontré ahogadas fuesen prostitutas en una fiesta de un yate de lujo, como sugirió el comisario, habrían muerto como consecuencia de que hay gente que paga para que las exploten.

—Yo no quiero hacerlo más; de hecho, ya te he dicho que fueron solo dos veces…

—Vivir es elegir, Doyo, eso está en tus manos.

Tras la comida, subieron a la habitación juntos por las escaleras. «Hay que bajar la comida, como tus colegas de la universidad», dijo la capitana en tono jocoso. Cuando llegaron a la sexta planta, vieron que Egbichi y Babatunde salían de una habitación cercana a la suya.

—Uy, uy, uy, Doyo, que creo que ahí hay tomate. ¿Qué hace un

botones saliendo de una habitación con una camarera de piso?

—Pues que lo disfruten —contestó Doyo.

—Claro que sí —respondió Airam—. Bien por ellos, que pueden.

Doyo entró en la habitación 69, pero Airam se quedó en el pasillo con la intención de llamar a sus hijas. Necesitaba un poco de intimidad para hablar con libertad. Deambuló por la planta, móvil en mano.

—¡Hola desde Lagos! —saludó Airam a Adriana.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal te ha ido el viaje?

—Muy bien. Ha sido largo, pero hemos dormido dos buenos ratos. Y muy bien porque, además, aquí no hay jetlag, solo hay una hora de diferencia respecto a España.

—¿Una hora más o menos?

—Más, hija. Nigeria está un poco más al este que España y por tanto el sol sale antes. He visto en un mapa de la revista del avión que tiene la misma longitud que Suiza. Depende de la parte del país en la que estés, porque es bastante grande.

—¿Es igual de largo que Suiza? ¿Y eso lo pone en el mapa del avión?

—No, tonta. Longitud geográfica, no longitud de dimensión.

—Mamá, que yo soy de letras, y con eso de la longitud y latitud siempre me lío.

—Quiero decir que está en el mismo meridiano.

—Eso sí que lo entiendo. Bueno, pero dime, ¿qué es lo que más te ha molado por allí?

—He visto poco, pero me ha llamado la atención el caos del tráfico y encontrar ángeles de la muerte.

—¿Ángeles de la muerte? ¿Qué son? ¿Asesinas con alas? ¿Alas como las modelos de Victoria's Secret? —bromeó Adriana.

—No —sonrió Airam—. Búscalo en internet, tú que eres nativa digital, y verás… También me ha llamado la atención que en los dos aviones que hemos venido casi todos los pasajeros eran negros. Blancos éramos Doyo y yo, y pocos más.

—Ya, mamá, es que existe un mundo más allá de Europa y Occidente.

—Ya sé, ya sé, pero a los españoles de mi generación todavía nos

impacta. Dale un beso a Vicky y dile que he llegado bien. Os quiero mucho.

Adriana se despidió enviándole un sonoro beso.

Mientras Airam anduvo por el pasillo, al pasar por el hueco de la escalera, vio a Babatunde y Egbichi haciéndose arrumacos en el rellano de abajo. «No cabe duda de que están colgados el uno por el otro», pensó.

Cuando entró en la habitación, Doyo, acostado, ya dormía.

—Se nota que estabas cansado —susurró la capitana.

Tras ponerse un pijama cómodo en el cuarto de baño, se lavó los dientes y en unos minutos estuvo durmiendo tan plácidamente como él.

16

Visita al consulado

A la mañana siguiente Airam y Doyo salieron de la habitación 69 y en el pasillo volvieron a ver a Egbichi y a Babatunde, esta vez despegando sus labios al ser sorprendidos.

—Ayer los vi haciéndose arrumacos en la escalera —susurró Airam.

—¡Ay, las hormonas! —contestó Doyo—. Pero no me extraña nada. Antes de conocerte trabajé en verano en un hotel para ganar un dinerito, no tanto por el sueldo como por las propinas, que lo superaban con creces… Fue una experiencia de la que aprendí mucho. Salvo los jefes, que eran plantilla fija, el resto éramos muy jóvenes; había muchos cambios de personal año a año y no te puedes ni imaginar la de amoríos que surgían entre los empleados. No recuerdo a nadie que no tuviera una historia en un momento u otro…

—Cuando te conocí me contaste lo del trabajo, pero no lo de los amoríos, pillín. No te voy a preguntar los que tuviste tú. ¿O te lo pregunto?

—Mejor no. —Doyo sonrió—. De todas formas, no te sorprenderá lo que te digo, porque el primer día que viniste a mi despacho, me contaste que a Cele le conociste mientras estabas trabajando de recepcionista en Madrid. Eras una trabajadora que acabó con un cliente…

—Vaya, qué memoria tienes… Pero lo nuestro fue en serio. Nos casamos y tenemos dos hijas.

Desayunaron copiosamente, porque se habían perdido la cena del día anterior, y Okwonkwo, a continuación, los llevó hacia el consulado.

—Llevamos casi una hora en el coche y no he visto ni una sola persona blanca por la calle —reflexionó Airam, recordando las palabras de su hija la noche anterior.

—Y si la ves —contestó Doyo—, es probable que lleve a algún nigeriano como guardaespaldas. Suelen ser de la etnia hausa. Se han ganado la fama de fuertes, valientes y de que, si les pagas bien, no dudan en arriesgar su vida por defenderte. No es de extrañar que no veas a personas blancas, porque aquí apenas hay turismo. Los blancos que vienen a conocer el país no son turistas, son viajeros, y de esos hay pocos.

—¿Y qué diferencia hay para ti entre turista y viajero?

—Muchas. Yo lo resumiría diciendo que un turista organiza los viajes en torno a su vida y un viajero organiza su vida en torno a los viajes. Un viajero prefiere encontrar su camino en lugar de seguir el de otros, aunque también los siga en ocasiones. Tiende a ir a los lugares adonde no van todos, a empujar los límites de lo desconocido.

—Me queda claro —aseguró Airam—. Por lo que dices, yo siempre he sido turista, pero ahora soy viajera: no sabemos dónde vamos a acabar en Nigeria. Desde luego no acabaremos donde van todos, bueno, todo el escaso número personas que visita este país. ¿Y los blancos que vienen por negocios? ¿Por qué no se les ve por las calles? ¿Son tan pocos?

—Los blancos que vienen a hacer negocios normalmente quedan en su hotel para hacer las reuniones. Tratan de salir lo menos posible.

—¿Por seguridad?

—Sí. Ya te dije que es un país peligroso.

—Ufff. Cada vez me asustas más con eso, aunque hasta ahora, la verdad, no he tenido sensación de falta de seguridad.

—Ojalá sigas así, pero no la has tenido porque has ido en coche por la calle y no has salido del hotel. Has visto Nigeria, pero aún no la has sentido. Ya verás como llegará el momento en que sientas el peligro. A mí me ha pasado varias veces, y eso que suelo ir acompañado por

nativos nigerianos.

Okwonkwo paró el coche frente al consulado de España en Lagos. Doyo y Airam entraron en el edificio y la secretaria que les atendió anunció que el cónsul les recibiría en breve en su despacho, donde les acomodó poniéndoles una pegatina del consulado.

—Es para acreditarles como visitantes en el edificio —se excusó saliendo del despacho—. Esperen al cónsul aquí. Estará encantado de recibirles.

—Tus contactos son de altos vuelos, Doyo. Nos recibe el cónsul directamente. Olé.

—Más vale así. Recuerda que nos hacemos pasar por periodistas y que solo queremos enseñarles la mano de una de las chicas por si pueden ayudarnos a localizar su poblado para realizar un reportaje. Es lo que nos recomendaron en Madrid mis amigos del ministerio. Nada de decir que estaban muertas.

—Sí, Doyo, tranquilo.

Al cabo de unos momentos entró el cónsul.

—Saludos a los dos. ¿En qué puedo ayudarles? —Les tendió la mano derecha para saludar.

—Somos periodistas y queremos hacer un reportaje sobre un poblado del que solo sabemos que llevan en la mano izquierda el símbolo que aparece en esta foto —explicó Doyo y le mostró la foto de la mano de una de las cuatro chicas con marcas similares.

—Esto no es nada fácil. Esperen que llame a Chinua, mi ayudante primero del consulado. Es un nigeriano que conoce bien el país y quizá nos pueda arrojar luz sobre el tema. Voy a por él —advirtió, y abandonó la habitación.

—Chinua... Ese nombre me recuerda a Chenoa.

—¿Chenoa? ¿Y quién es ese?

—Esa, Doyo, ¡esa! Chenoa... ¡La cantante!

Y tarareó los primeros versos de la canción *Cuando tú vas*.

—Chica, me suena esa canción, pero no sé quién es Chenoa...

—¿Dónde vives, en las nubes? Se dio a conocer en la primera edición de *Operación Triunfo*. ¡No me digas que no sabes lo que es *Operación*

Triunfo!

—Pues te lo digo. Yo apenas veo la televisión. De hecho, en mi casa no tengo. Solo la veo con amigos, en el bar o en sus casas, cuando quedamos para ver el fútbol o el baloncesto, porque me gusta ver los partidos en compañía, aunque también los veo en casa por internet. Lo de Chenoa me suena a «limpiar», que es su significado en suajili. Pero Chinua debe provenir del pueblo ibibio. En su lengua significa «Dios es nuestra bendición».

—Jo, Doyo, ¡cuánto sabes!

—Es lo que tiene ser catedrático de culturas africanas... ¡Qué se le va a hacer!

—¡Eres el libro gordo del Petete nigeriano!

—Pues mira, petete podría ser una palabra de una de las lenguas de Nigeria, dada su sonoridad. Pe-te-te —dijo pronunciando cada sílaba tras un pequeño silencio.

—¿Te das cuenta, Doyo, de que antes hablábamos el mismo idioma y de que ahora tú dices muchas cosas que yo no entiendo y viceversa?

—Es lógico. Han sido muchos años viviendo en mundos muy alejados... Pero eso de hablar lenguas distintas no debe extrañarte en este país.

—Ya, ya… Recuerdo que me dijiste que se hablan más de quinientas.

—Sí, pero no lo digo por eso. En el poblado Ubang, al sur de Nigeria y al este de Lagos, en el precioso parque natural del río Cross, las mujeres y los hombres hablan idiomas diferentes. Para los hombres un árbol es *kitchi* y para las mujeres *okweng*; una taza es para ellos *nko* y para ellas *ogbala*; la ropa es para los unos *nki* y para las otras *ariga*…

—¿Y cómo se entienden?

—Hay algunas palabras comunes, pero se entienden, sobre todo, porque los hombres conocen las dos lenguas, ya que la de las mujeres es la primera que aprenden de sus madres.

—¡Qué listos son! Así, si hablan entre ellos, las mujeres no les entienden… Bueno, pensándolo bien eso no es tan diferente de nuestro país, y sin necesidad de hablar dos lenguas distintas.

—Ya sabes que hay quien dice que los hombres son de un planeta y

las mujeres de otro...

Se rieron ambos.

—Pero tú y yo siempre nos hemos entendido bien —prosiguió Airam.

—Y en ciertas épocas muchísimo mejor —contestó Doyo con tono insinuante.

—Épocas épicas.

—Épicas épocas.

Volvieron a reír los dos.

—Eras una mujer de armas tomar…

En ese momento el embajador volvió a la habitación acompañado por Chinua, y Doyo se interrumpió para saludarle.

—He comentado a Chinua lo que buscan. Enséñenle la foto, si son tan amables —pidió el cónsul.

Airam metió la mano izquierda en el bolso para sacar la misma foto que le habían mostrado al cónsul. Doyo hizo unas muecas de desaprobación, que la capitana captó al vuelo. «No me acordaba, *right hand only*». Corrigió sobre la marcha y sacó la foto con la mano derecha para mostrársela a Chinua.

—No será fácil averiguar de dónde procede esa marca en la mano, pero les ayudaré —aseguró Chinua. A continuación, la fotografió con su móvil—. Lo primero será que me acompañen para tomarles los datos.

—Ya nos los ha tomado la secretaria que nos ha recibido al ponernos esta pegatina —advirtió Airam señalándola en la solapa de Doyo.

—Les ha pedido solo el nombre y el número de pasaporte —aclaró—. Vengan conmigo, necesitamos más información para contactar con ustedes.

Airam y Doyo salieron tras Chinua, que les acomodó en un sofá de una zona de paso.

—Esperen un rato, porque los funcionarios están ocupados —les advirtió.

—No se preocupe, no tenemos prisa —respondió Airam.

—Les voy a hacer una recomendación —dijo Chinua como haciéndoles una confidencia—. ¡No se fíen ni de la policía! Aquí son corruptos desde el jefe de policía hasta el que está patrullando el último

barrio. Tengan mucho cuidado…

Dicho esto, se marchó en busca de los funcionarios.

—Vaya, lo de que la policía es corrupta se te olvidó decírmelo. Esto se pone cada vez más interesante… —ironizó Airam.

—La corrupción está extendida por todos lados. No es solo cosa de la policía —replicó Doyo.

—Pues me quedo más tranquila —contestó Airam con sorna.

Al cabo de más de una hora, Airam empezó a impacientarse.

—Doyo, ¿no crees que Chinua se está pasando? Una cosa es que no tengamos prisa y otra que acabemos echando raíces aquí, porque, a este ritmo, no me extrañaría…

—Aquí las cosas hay que tomárselas con calma, el tiempo no es igual para los nigerianos que para nosotros —respondió Doyo.

Siguieron leyendo revistas del consulado hasta que, al cabo de dos horas, volvió Chinua con un funcionario que les hizo una foto y, con una parsimonia desesperante, les tomó los datos: nombre, número de pasaporte, hotel donde se alojaban y número de habitación, teléfono, dirección de e-mail, motivo de la visita a Nigeria… Al acabar, Airam no se resistió a decirle a Chinua:

—Hemos empleado más de dos horas para lo que habría requerido dos minutos si nos hubiera dado el impreso correspondiente.

—Lamento que lo vea así —respondió Chinua—. Solo quería facilitarles las cosas. Ya les he advertido que los funcionarios estaban ocupados. De todas formas, no solo era rellenar el formulario, también teníamos que hacerles las fotos.

—¿Y para qué quieren una foto de cada uno?

—Es pura rutina. Ya está todo, pueden irse.

Chinua acompañó a Doyo y a Airam hasta la puerta del consulado, y aprovechó para despedirse.

—Les deseo una feliz estancia en el país. En cuanto tenga noticias sobre el lugar que buscan, me pondré en contacto con ustedes —anunció con una reverencia, juntando las manos.

—Espero que no tarde tanto en hacerlo como ha tardado en volver —masculló Airam al darse la vuelta.

17

Sintiendo el peligro

Airam y Doyo salieron de la embajada y se encaminaron hacia el coche, donde les esperaba Okwonkwo, al otro lado de la calle. La capitana no pudo olvidar su enfado por la larga espera para no conseguir nada.

—Dos horas y media para apuntar cuatro datos… —refunfuñó mientras cruzaban la calle.

—Aquí todo va con otro tempo, ya te lo he advertido —contestó Doyo.

—Dos horas y media no es otro tempo, es pura desidia.

—Ten en cuenta que es una cultura muy diferente, aunque no lo parezca porque hablan inglés.

Enfrascados en la conversación sobre el retraso en atenderles, no se dieron cuenta de que una moto con dos hombres se acercaba velozmente hacia ellos. El que iba sentado atrás cogió el asa de bandolera del bolso de Airam cuando esta acababa de cruzar la calle. La capitana cayó al suelo y se aferró al bolso como si le fuera la vida en ello. No contenía nada de valor, dado que, para evitar robos, llevaba la documentación y el dinero en el cinturón de viaje, como le había enseñado su padre. Pero un impulso la llevó a no soltarlo, a cogerlo con las dos manos y todas sus fuerzas a pesar de que la moto la arrastrara por el suelo.

—¡Aaay! —se quejó.

—¡Paren! —La muchedumbre increpaba a los motoristas.

Doyo se puso a correr detrás de la moto. Le dolía hasta el alma al ver cómo su amiga lamía el asfalto.

—¡Paren! —vociferó.

—*Kwụsị ugbu a!* —gritó Okwonkwo.

Airam notaba el dolor de los impactos en el cuerpo y sentía que el asfalto le lijaba hasta las entrañas. Miraba con rabia al hombre que asía su bolso, diciéndole con los ojos que nunca lo soltaría.

—¡Aaay! —no paraba de gritar.

A la moto cada vez le costaba más avanzar, porque el gentío cerraba el paso.

—¡Suéltala o nos pararán! —ordenó el conductor de la moto.

El individuo soltó el asa y dejó a Airam tirada. Con el valiente acto de no soltar su bolso, la capitana consiguió que la moto huyera sin culminar el robo, aunque había recorrido un buen trecho golpeándose con el suelo. Inmediatamente acudieron en su ayuda Doyo, Okwonkwo y también Chinua, que se había vuelto al oír los gritos.

—¡Airam, Airam! —exclamó Doyo con preocupación al tiempo que la alcanzaba—. ¿Estás bien?

—Por suerte llevo pantalón vaquero y botines, porque si llegara a llevar falda y zapatos abiertos, me habría hecho una escabechina en las piernas y los pies. Solo han sido unos rasguños y las magulladuras que de seguro se convertirán en moratones —respondió mientras se levantaba—. Lo peor ha sido el susto. Estoy que se me sale el corazón del pecho —añadió atemorizada.

—Venga al consulado y la curaremos —ofreció Chinua.

—Sí, vamos, gracias.

Airam entró en el consulado cojeando, apoyándose en Doyo con el brazo por encima de sus hombros. Le hicieron una pequeña cura desinfectando y protegiendo las heridas de las manos y brazos. Airam tomó un antiinflamatorio para amortiguar el dolor.

—Pero ¿por qué no has soltado el bolso? —preguntó Doyo preocupado—. Te podrías haber herido gravemente.

—No quiero perder las fotos de las cinco chicas. Aunque las tengo en el e-mail, los resultados de las autopsias los apunté detrás de cada una.

Si perdiera las fotos, no sabría a cuál corresponde cada resultado.

—Joder, Airam, pues apúntatelas en otro e-mail o donde sea.

—Lo haré en cuanto lleguemos al hotel, te lo prometo.

Al cabo de una hora, volvieron a salir hacia el coche, esta vez mirando bien a los dos lados hasta que hubieron cruzado la calle. Se subieron al vehículo.

—OK, llévanos al hotel; ya tenemos bastante por hoy —se quejó Airam.

—De acuerdo, señora. Allí vamos.

Unos minutos más tarde, Okwonkwo tomó la palabra de nuevo.

—Señora, tengo una mala noticia. Creo que no ha acertado con su deseo; parece que no tenemos bastante por hoy, porque el coche de detrás nos persigue, a juzgar por lo fijo que nos miran los cuatro hombres que van dentro. He cambiado de carril varias veces y ellos también lo han hecho.

—¡No es posible! —exclamó Airam—. Intento de robo y ahora persecución…

—Seguramente querrán secuestrarnos para pedir rescate —añadió Doyo—. ¿Puedes intentar despistarles, Okwonkwo?

—¡Ale, Doyo!, tú animando… Quieren secuestrarnos… —dijo Airam.

—Claro que puedo intentarlo. Abróchense los cinturones. Este coche corre mucho y estamos entrando en la autopista, así que… ¡A todo gas!

Airam y Doyo se los abrocharon de inmediato. Cogieron con una mano las asas que había sobre las puertas traseras y con la otra se apoyaron en el asiento delantero para minimizar los bamboleos. Cuando aceleraban comprobaron que el otro coche también aceleraba. Ya no cabía duda: les perseguía. Okwonkwo dio volantazos a izquierda y derecha. Pasó entre los coches abriéndose camino como pudo, pero el coche que los seguía no se quedó a la zaga. Empezaron a oír disparos. Airam y Doyo soltaron las asas y se recostaron agachando la cabeza por debajo del cristal para evitar las balas. Okwonkwo veía que los perseguidores se les acercaban cada vez más. Continuaban los disparos. Cuando Okwonkwo estuvo a la altura de una salida de la *expressway*, hizo una maniobra imprevisible. Frenó con brusquedad y dio un

volantazo esperando que, ante la sorpresa, los perseguidores no consiguieran imitarlo. Derrapando, logró entrar en la vía de salida. Los perseguidores dieron también un frenazo que les provocó un trompo. Se habían pasado la salida por poco, pero retrocedieron y la enfilaron. Okwonkwo comprobó por el retrovisor que con su arriesgada maniobra apenas había conquistado un centenar de metros de distancia.

En la nueva vía los disparos cesaron, quizá porque los coches iban más despacio y la circulación era más densa. La conducción se complicó para Okwonkwo, que zigzagueó como pudo entre el mar de coches. Iba dejándolos atrás uno tras otro, pero no conseguía distanciarse de sus perseguidores. Al contrario, se acercaban más y más. La densidad de coches era cada vez mayor. Airam y Doyo, escondidos por debajo de los cristales, sintieron los golpes del coche en el cuerpo al rebotar de una parte a otra en el asiento trasero. Okwonkwo, por su parte, estaba angustiado por si llegaba a toparse con un atasco. No lo decía para no asustar más a Doyo y a Airam, porque un atasco sería el final de la persecución. Les alcanzarían. Cuando estaba más apurado con ese lúgubre pensamiento, vio la sirena de un coche de policía que creyó que podía alcanzar.

—Miren, allí hay un coche de la policía —anunció Okwonkwo esperanzado—, voy a intentar ponerme delante de él.

—No, OK, la policía no —advirtió Airam acordándose de la recomendación de Chinua de no fiarse de ella.

—Señora, la policía es lo único que les ahuyentará. No puedo hacer otra cosa. Eso o nos alcanzan.

Okwonkwo dio un frenazo para ponerse justo delante del coche patrulla. El coche perseguidor, como había predicho, pasó de largo.

—Le hemos dado esquinazo. —Okwonkwo suspiró aliviado.

Airam y Doyo se incorporaron en el asiento. Lo habían pasado mal. Estaban sudorosos, pero no menos que Okwonkwo.

—¡En mi vida he pasado tanto miedo! —exhaló Airam.

—A mí me tiemblan las piernas, mira —añadió Doyo.

—Pues yo estaba aterrorizado —remató Okwonkwo.

Mientras hablaban sonó la sirena del coche de policía que acababan

de adelantar. Okwonkwo se percató de que estaba dándole el alto. Paró y, en unos segundos, se les acercó un agente. Con suma parsimonia le pidió la documentación y, tras examinarla, le ordenó expeditivamente:

—Acompáñennos a comisaría, tenemos que aclarar lo sucedido y rellenar el atestado.

—No lo entiendo, agente, en lugar de detener a los que nos perseguían, nos paran a nosotros —protestó Okwonkwo.

—Así es, les paramos a ustedes. Lo que hemos visto es una conducción temeraria por su parte. No hemos visto nada más. Y lo que veo ahora son agujeros que parecen de bala en la carrocería. Así que síganos, por favor.

Okwonkwo acató las instrucciones del policía y siguió al coche patrulla. De camino a la comisaría, que se hizo largo por la lenta circulación, los tres pudieron hablar una vez superado el susto.

—¿Ves, OK? Ya nos ha advertido Chinua de que no confiáramos en la policía. Ahora nos meteremos en la boca del lobo —apuntó Airam.

—Como ha dicho Okwonkwo, lo mejor que podía hacer era ponerse delante del coche patrulla —replicó Doyo.

—Estoy de acuerdo, pero ya veremos las consecuencias. OK, disculpa; te felicito, veo que llevas el coche con mucha seguridad y maestría —dijo Airam—. Se nota que no es la primera vez que lo haces, porque tienes mucha soltura.

—Gracias, señora, pero le aseguro que nunca había sufrido una persecución así y espero no volver a vivirla.

—OK, me pareció una osadía cuando dijiste que conducías años antes de tener la edad mínima para sacarte el carnet —confesó Airam—. Ahora lo agradezco porque, gracias a ello, has demostrado tener una gran destreza al volante. Tu habilidad nos ha salvado de caer en las manos de esos tipos. ¡Gracias, OK!

—Gracias por sus palabras, señora. Tengo una buena noticia: por suerte parece que ninguna de las balas ha afectado a nada fundamental del coche.

Cuando llegaron a comisaría les atendió el jefe de policía, un hombre muy alto y de complexión fuerte.

—¡Qué atractivo! —exclamó Airam entre dientes.

—Me llamo George Olayinka. Soy el jefe de policía.

—¡George! —siguió murmurando Airam.

—Me dicen que han sido víctimas de una persecución; probablemente fuera para secuestrarles. Cuéntenme lo que ha pasado, si son tan amables.

—Encantados, comisario. Yo me llamo Doyo, y ella, Airam. Llegamos ayer a Nigeria y estamos de vacaciones —improvisó recordando la recomendación de Chinua de no fiarse de la policía.

—De vacaciones… ¿Y lo primero que hacen al llegar a Nigeria es ir al consulado español? ¿Qué se les había perdido allí?

—¿Cómo sabe que hemos ido al consulado?

—Porque no se han quitado la pegatina.

—Uy, es verdad —dijo Airam sorprendida—. Con lo de la moto se nos ha olvidado —añadió, mientras ambos se arrancaban la pegatina.

—¿Qué es lo de la moto? —preguntó George.

—Han intentado dar un tirón al bolso de Airam desde una moto —explicó Doyo—. Mire las heridas de sus brazos. —Señaló a la capitana.

—Un intento de robo y otro de secuestro… Cuéntenme qué han venido a hacer aquí o no podré protegerles —adujo George—. ¿A qué han ido al consulado?

—A llevar un regalo al cónsul de parte de la rectora de la Universitat Jaume I —improvisó Doyo.

—¿Cómo se llama la rectora?

—Eva Alcón.

—¿Qué regalo era?

—Una caja de cerámica con el logo de la universidad en agradecimiento a todas las gestiones que han hecho desde el consulado las veces que he venido aquí. Este es el vigésimo viaje que hago a Nigeria.

—Quisiera que dejaran de engañarme y me contaran a qué han venido a Nigeria. Recapaciten y díganme la verdad. Los agujeros de bala en el coche deben tomárselos en serio. La próxima vez podrían impactar en sus cuerpos. Cuéntenme qué están haciendo en Lagos. Es la

única vía para poder ponerles protección.

Airam y Doyo recordaron la recomendación de Chinua sobre la corrupción policial y no dijeron nada. George insistió varias veces, pero, cuando vio que no estaban dispuestos a hablar, les dejó marcharse.

—Pues váyanse y tengan cuidado —advirtió acompañándolos hasta la puerta de la comisaría—. Ya saben dónde estoy si me necesitan. Que tengan unas felices vacaciones en nuestro país —añadió con cierta sorna.

Okwonkwo los llevó de nuevo al hotel, esta vez sin ningún incidente. Subieron a su habitación, ambos por las escaleras.

—Tu claustrofobia va a ponerme en forma —dijo Airam.

—Tú estás fuerte. Puedes subir seis plantas, otras seis si hiciera falta y seis más de propina.

Al llegar al sexto piso volvieron a ver a Babatunde y a Egbichi, que salían de una habitación.

—Esta pareja no pierde el tiempo —susurró Airam.

—Para que luego digan que no pueden conjugarse trabajo y placer —respondió Doyo entre dientes.

En la habitación se relajaron y descansaron de la tensión del día.

—Mañana por la mañana iremos a ver a los de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, la AECID —anunció Doyo—. La Oficina Técnica de Cooperación de la AECID en Nigeria se encuentra en Abuya, pero no tendremos que viajar hasta la capital. Su director, que es recién llegado al país y al que conozco mucho porque estudiamos juntos, está en Lagos estos días. Después, por la noche, cenaremos con un colega de la universidad en su casa.

—¿Es con el colega que te respondió al e-mail?

—No; él está en un congreso y es de la Universidad de Lagos. Me refiero a un colega de la Universidad de Ibadán. Cada vez que vengo nos reunimos, nos ponemos al día y estudiamos posibles colaboraciones.

—¿La Universidad de Ibadán? ¿Qué es Ibadán?

—Ibadán es la segunda ciudad del país; está en el estado de Oyo, al norte de Lagos. Por la autopista estará a unos ciento treinta kilómetros de aquí.

—Pues para ser la segunda ciudad del país no figuraba en el libro que me dejaste en tu despacho. No debe de tener nada turístico. ¿Y mañana no puedo saltarme esa cena y quedarme en la habitación? Estoy cansada y seguro que hablaréis de vuestras cosas más a gusto sin mí.

—Puedes hacer lo que quieras, Airam, por supuesto. Entiendo que es un palizón ir y volver, y es cierto que si nos ponemos a hablar de lo nuestro estarás un poco *outside*. Si no vienes, probablemente me quedaré a dormir en su casa, porque seguro que me lo ofrece, es lo que ha hecho siempre.

—Yo lo prefiero. Iremos juntos a hablar con el director de la AECID y a Ibadán te vas tú solo.

—Perfecto, pues me iré en autobús. Así tendrás disponible a Okwonkwo si lo necesitas.

—¿No coges el tren? Te evitarías gran parte del caos viario…

—No puedo porque no hay.

—¿No hay conexión ferroviaria entre la primera y la segunda ciudad del país?

—En Nigeria apenas hay trenes. Hasta 2016 la única línea de ferrocarril en funcionamiento era la que unía Lagos con Kano, en el norte. Había más kilómetros de vías pero, dado su mal estado, permanecían cerradas. Ahora están construyendo la conexión entre Lagos e Ibadán y una línea por la costa, tras el éxito del TGV que une Abuya con Kaduna.

—Me dejas pasmada. No entiendo que un país tan grande y con tanta población no tenga una buena red ferroviaria. ¡Sin apenas trenes! No dejo de sorprenderme.

—Debe de ser porque mucha gente del interior no necesita moverse de donde está y por el bajo precio de la gasolina. Ahora, aunque ha subido mucho, ronda los cuarenta centavos de dólar el litro.

—¡Eso no es nada comparado con el precio en España!

Esa noche Airam volvió a tener el sueño que había tenido antes de salir de España, pero con matices. A bordo del Clara Campoamor la capitana seguía a toda máquina los destellos centelleantes de las estrellas en el mar. Esta vez iba acompañada de Doyo y sufrían la persecución de una embarcación que les disparaba. Airam hizo una peligrosa maniobra de aproximación a una playa y logró que sus perseguidores quedaran encallados mientras ella seguía la estela de las cinco estrellas. Al despertarse, sobresaltada, pensó: «Estos sueños me piden a gritos que siga la pista de las cinco chicas hasta el final, pase lo que pase».

18

Sintiendo el miedo

A la mañana siguiente Airam se despertó antes que Doyo. Desde la ventana contempló los edificios, las calles, la gente... Lagos parecía una ciudad europea más. Más grande que la mayoría de ellas, pero sin nada que revelara un alma propia. Desde allí aparecía como una ciudad interminable en la que no asomaba la miseria que había visto por algunas calles; sí que se advertía, con toda claridad, el velo de contaminación que la envolvía, difuminando las imágenes hasta convertir los edificios en meras siluetas a pesar de hallarse cerca. Mientras estaba absorta en sus pensamientos, sonó el teléfono de la habitación y Airam lo descolgó rápidamente, intentando que Doyo no se despertara.

—¿Dígame?

—Buenos días, soy George, el jefe de policía. Llamo para interesarme por cómo han pasado la noche y por cómo se encuentran hoy.

—Muy amable por su parte. Hemos dormido como dos angelitos. Parece que las emociones de ayer nos dejaron exhaustos, pero hoy le puedo asegurar que estoy como nueva y dispuesta a exprimir el día.

—¿Adónde tienen previsto ir?

—Iremos a reunirnos con la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

—Claro, ¡lógico! Todos los españoles que vienen de vacaciones, tras visitar el consulado, lo primero que hacen es reunirse con la AECID —

contestó George con sorna—. Consulado y AECID son los dos mayores atractivos turísticos de Nigeria. Que disfruten de su visita turística y ya saben dónde me tienen si me necesitan. Recuérdenlo, porque estoy seguro de que me necesitarán.

—Gracias, George. Que tenga usted también un buen día.

Airam colgó sorprendida por la gentileza de George al interesarse por ellos y también por su fina ironía. Si hubiera estado ante él, probablemente se habría ruborizado al escucharle. Al girarse comprobó que, aunque había cogido el teléfono enseguida, Doyo se había despertado al oírlo.

—¡Qué chorreo me ha soltado al decirle lo de la AECID!

—No sé por qué se lo has contado, Airam. No era necesario. Recuerda las palabras de Chinua: la policía es corrupta, desde el jefe hasta el último agente. No podemos confiar en el jefe de policía. Ahora ya sabe lo que vamos a hacer hoy y quién sabe dónde acabará esa información.

—No era necesario que se lo dijera, tienes razón, pero tampoco hay que entrar en modo paranoia. Ayer nadie sabía que íbamos a la embajada y a la salida intentaron secuestrarnos. Si hoy pasara lo mismo, no podemos pensar que es por lo que he dicho a George; es algo que le pasa todos los días a algún turista, tú mismo me lo dijiste en tu despacho. Además, ni yo sé dónde vamos a vernos con el director de la Oficina Técnica de Cooperación…

—Es verdad, con la información que le has dado, no puede saber dónde nos reunimos, tengo que calmarme. Disculpa, la persecución de ayer me sugestiona. Nunca había vivido algo así. Voy a tratar de analizar las cosas con más frialdad.

Al cabo de un rato, salieron juntos de la habitación y se repitió la separación de labios de Babatunde y Egbichi en el pasillo.

—Estos dos están más colgados el uno del otro que ese cuadro de la pared —comentó Doyo.

—Parece que lo dices con un poco de envidia —respondió Airam.

—Pues sí, para que nos vamos a engañar…

—Buenos días —saludaron Babatunde y Egbichi cuando pasaron

junto a ellos.

—Buenos días —respondieron Airam y Doyo al unísono.

Cuando estaban acabando el copioso desayuno, el botones Babatunde se acercó a su mesa.

—Me han dado este sobre para ustedes en recepción.

Doyo miró el sobre cerrado, en el que, como única referencia, figuraba escrito a máquina «Habitación 69». Lo abrió y se quedó pasmado al leer el contenido, que enseñó a Airam inmediatamente.

—¡Es un anónimo mecanografiado! —exclamó Doyo—. Te lo leo: «Vuelvan a su país de inmediato. Lo único que encontrarán en Lagos es la muerte».

—¿Nos amenazan de muerte si no volvemos ya a España? —preguntó Airam asustada—. Pero ¿quién puede querer matarnos? Tenemos que llamar al jefe de policía y ponerlo en su conocimiento.

—De ninguna manera. Recuerda lo que nos dijeron en el consulado sobre la policía. Quién sabe si este anónimo proviene de allí.

—¿Cómo va a provenir de la policía?

—Piensa que las únicas personas al corriente de que estamos aquí son del consulado, el hotel y la comisaría. El consulado tiene su razón de ser en los españoles que están en Nigeria, por tanto, su interés debe ser que haya más españoles aquí y no menos. Ni que decir tiene que para el hotel cuantas más noches estemos aquí mejor. Así que, por eliminación, mira quién queda…

—¿Y qué motivación podría tener la policía para asustarnos de esta forma?

—¡Vete a saber! Tras la persecución de ayer, quizá piensen que somos un objetivo para delincuentes y eso solo les puede traer problemas. Dos turistas españoles secuestrados sería una noticia internacional negativa que les acarrearía muchos quebraderos de cabeza. Una forma de evitar los problemas es asustarnos para que nos volvamos a nuestro país cuanto antes. Vamos a ver si en recepción averiguamos quién nos ha dejado este anónimo.

El jefe de recepción les atendió con amabilidad y les confirmó que nadie había visto a la persona que llevó el sobre. Les comentó que al colgar una llamada telefónica lo vio en el mostrador y le dijo a Babatunde que les buscara para entregárselo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Airam al alejarse del mostrador—. Tras el intento de secuestro de ayer, ahora esto…

—Vamos a seguir con lo que teníamos previsto —respondió Doyo—. No tiene sentido un anónimo para amenazarnos de muerte si no nos vamos de Nigeria.

—Exacto. Tendría sentido que nos secuestraran para pedir un rescate, pero que digan que nos matarán si no nos vamos es algo absurdo. Nadie gana nada con eso. Además, ¿por qué iban a querer matarnos?

—Ese es el quid de la cuestión. No hay motivo para que alguien desee nuestra muerte.

—Tienes razón, probablemente lo único que pretendan es amedrentarnos para que nos vayamos.

—Eso es lo que creo. Estaremos atentos por si nos siguen; un anónimo absurdo no nos puede condicionar. Vamos a la entrevista con el director de la Oficina Técnica de Cooperación de la AECID, que será en el hotel donde se aloja, en la otra parte de Lagos. Debemos cruzar toda la ciudad.

Una vez en el coche con Okwonkwo, retomaron la conversación.

—Si tras recibir el anónimo te quedas intranquila, no me iré a Ibadán.

—No digas chorradas. Has dicho que vamos a seguir con lo que teníamos previsto y eso es lo que haremos; no nos amedrentaremos por una amenaza de muerte sin sentido. No te preocupes, yo me quedaré en el hotel hasta que vuelvas. No me aburriré, tengo cosas que leer y que escribir.

—¿Estás segura?

—Totalmente. ¿Dónde voy a estar más protegida que en el hotel? Tú mismo me dijiste que, por seguridad, los blancos que vienen a hacer

negocios suelen concertar las reuniones en su hotel.

A medida que hablaban fueron adentrándose en un atasco kilométrico.

—Lagos es un mar de coches que están más tiempo parados que en marcha —se quejó Airam.

—Hemos salido con mucho margen y aun así llegaremos con algo de retraso —respondió Doyo—. El atasco tiene una ventaja: tenemos tiempo para fijarnos en quién está a nuestro alrededor y así podremos advertir claramente si nos están siguiendo.

—Ese es el punto a favor. El punto en contra es que si alguien quiere matarnos lo tiene muy fácil: basta con que se acerque a la ventanilla y nos pegue unos tiros —bromeó Airam.

—No digas esas cosas. Se me ponen los pelos de punta.

—Es que el anónimo solo me lo puedo tomar a cachondeo. Nadie puede querer matarnos.

Al llegar al hotel preguntaron por el director de la oficina técnica. Estaba esperándoles sentado en un sillón.

—Es más alternativo que tú en tus tiempos alternativos —susurró Airam a Doyo mientras se acercaban a él.

Tras presentarse, se dirigieron al restaurante del hotel. En la comida con el director tuvieron que soportar una larga y soporífera explicación sobre la cooperación española en el mundo y en particular en Nigeria, enmarcada esta en la cooperación con la Comunidad Económica de Estados de África Occidental, la CEDEAO. El director les explicó, con todo lujo de detalles, tan prolijos como innecesarios para Airam y Doyo, que la acción española en Nigeria se centraba en tres sectores prioritarios para esa organización. También les comentó un cúmulo de problemas con los que se había encontrado a lo largo de su carrera. Al fin llegó el momento en el que consiguieron exponer el motivo de su presencia en el país, no sin abundantes interrupciones por parte del director, que parecía un disco rayado. Repitieron lo que le habían comentado al embajador, esperando que desde la AECID pudieran

ayudarles a encontrar el poblado buscado. Solo obtuvieron buenas palabras. Eso sí, muchísimas buenas palabras. Tan buenas como vacías. Antes de que acabara la conversación, tanto la capitana como el profesor llegaron a la conclusión de que no iban a obtener la ayuda de la AECID para su causa. Subieron al coche en el que Okwonkwo les devolvería al hotel y emprendieron una crítica feroz de lo que acababan de vivir.

—¿Crees que este personaje ha entendido algo de lo que le hemos dicho? Nos ha oído, porque no es sordo, pero ¿nos ha escuchado? Me da la impresión de que está encantado de conocerse —ironizó Airam—. Es de los de yo, me, mi, conmigo… No paraba de hablar de cosas que ni nos van ni nos vienen. ¡Y qué velocidad de vocalización! Parecía una metralleta silábica…

—Pues sí —contestó Doyo—. ¡Qué tío! Lo suyo no es incontinencia verbal, es logorrea galopante. ¡Menudo chorroborro nos ha soltado! Cuando le conocí en la facultad ya apuntaba maneras, pero lo de hoy es insuperable…

—Al menos hemos aprendido algo con él —dijo Airam socarronamente—. Ya conocemos los grandes problemas de la cooperación internacional española en Nigeria: la red eléctrica que tiene cortes continuos, los altavoces que le fallan en los actos, la informalidad del servicio de limpieza, el papel higiénico, que es el más áspero que ha conocido, y un sinfín de grandes problemas más.

—Es de esas personas que en las reuniones hablará siempre, tenga algo que aportar o no, porque le encanta oírse a sí mismo. Los tipos como él no se dan cuenta de lo cargantes que son y de que en realidad hablan para el cuello de su camisa, porque nadie más les atiende.

Mientras conversaban volvieron a encontrarse con otro atasco monumental.

—Ufff. Hay que ver cómo pasa el tiempo aquí. Para hacer cualquier gestión se necesita más de medio día —protestó Airam.

—Y tanto. Ya te lo dije. Aquí funcionan con otro tempo. Estoy pensando que, dada la fluidez del tráfico —bromeó Doyo—, como llevo la maleta por si se me hacía tarde, no hace falta que pase por el hotel.

Si te parece bien, podéis dejarme en la estación de autobuses para coger el de Ibadán y después que Okwonkwo te lleve al hotel. Ya contactaré contigo cuando pueda. No te inquietes si no lo hago, porque la casa de mi amigo está en plena naturaleza, sin conexión telefónica, si no han cambiado las cosas. Eso suponiendo que sigas pensando que debo irme a Ibadán, porque si has cambiado de opinión tras el anónimo, me quedo a tu lado.

—No soy una niña pequeña. Quédate tranquilo; nadie nos ha seguido en lo que va de día, así que vamos a continuar con lo que teníamos previsto. Estoy pensando que quizá el anónimo no iba dirigido a nosotros. Igual se han equivocado con el número de habitación que han puesto en el sobre y la amenaza era para otras personas.

—¡Claro que sí! Esa es la única explicación coherente. El anónimo decía «*Go back to your country*», podría ir dirigido a cualquier extranjero, no necesariamente se refiere a España. No sé cómo no se me había ocurrido. ¡Qué clarividente eres! Olvidémoslo.

—Olvidémoslo y te contesto: me parece bien lo que sugieres, te dejaremos en la estación y mañana nos vemos.

Tras despedirse de Doyo, Airam se fue al hotel y pensó que era demasiado pronto para subir a la habitación; le apetecía relajarse tomando algo en el bar, sentada en unos sillones espectaculares que había visto por la mañana. Pidió un vermut rojo, y después otro, mientras leía diversos periódicos y observaba a la gente que pasaba. Se imaginó historias sobre una pareja sentada a la barra que se hacía arrumacos; sobre un tipo solitario con cara de pocos amigos; sobre una mujer mayor que emanaba glamour en un sillón orejero… Sin darse cuenta había pasado más de una hora cuando un gran estruendo interrumpió sus pensamientos. No supo identificar de qué parte del hotel procedía, pero las vibraciones que sintió en el suelo no dejaban lugar a dudas de que había sido allí. Lo confirmó el bullicio de la gente que, en pocos segundos, se apelotonó en torno a la recepción buscando una explicación. Todos los clientes del hotel bajaron despavoridos de

las habitaciones hasta la planta baja. También llenaron el bar. Airam se levantó, copa en mano, y preguntó a unos y a otros, pero todos sabían lo mismo: nada.

—¡Calma, calma! —voceaba el jefe de recepción—. Que nadie salga del edificio. Ya hemos avisado a la policía. No tardarán en llegar.

Al cabo de unos minutos, en medio del desconcierto, apareció el jefe de policía George con unos cuantos agentes. Subió de inmediato por las escaleras con el director del hotel para aclarar lo sucedido.

—Ha sido una explosión de gas, lo huelo —aventuró un cliente.

—No. Parece que ha sido el derrumbe de una parte del techo —conjeturó otro.

—El ruido ha sido de una explosión —añadió un tercero—. Vi a un huésped que parecía terrorista y puede que le haya explotado lo que llevaba en la maleta.

Entre tanta algarabía, el personal del hotel llamó a la calma, pero sin ningún éxito. Al contrario, cada vez se oían más gritos. También gritos desesperados procedentes de gente atrapada en el ascensor. «Menos mal que no es Doyo quien está en el ascensor porque con su claustrofobia y este alboroto entraría en pánico», pensó Airam. La capitana se dirigió a una ventana del bar con la intención de mirar tras las cortinas y observó a una multitud concentrada en el exterior; con la cabeza levantada, señalaban a lo alto, hacia algún lugar concreto. El nerviosismo crecía entre los clientes y ya se oían palabras malsonantes. En ese momento bajó George por las escaleras y se fue abriendo paso entre la gente. Airam vio cómo su cabeza, que destacaba por encima de las demás, se acercaba. Para su sorpresa se paró ante ella y le espetó, en tono muy serio:

—¡Venga conmigo a comisaría!

—¿Por qué? —preguntó Airam.

—Me ha dicho el director del hotel que la habitación 69 está a su nombre y al de su compañero, ¿es así?

—Así es —respondió Airam.

—Pues tiene que acompañarme a comisaría, porque había una bomba en su habitación. Ha explotado cuando el botones y la camarera

de piso han abierto la puerta. Pero esa bomba no era para ellos, era para usted y su compañero.

A Airam se le revolvió el cuerpo.

—¿Ha explotado una bomba en mi habitación? Si en lugar de ir al bar, hubiera subido a la 69, estaría muerta —musitó desconcertada y con la mirada perdida.

De repente notó que una flojera la invadía y un sudor frío le recorría el cuerpo. Se le nubló la visita. George, que se dio cuenta de la palidez de su rostro, logró sujetarla antes de que cayera desplomada. La cogió en brazos, ya desmayada, y la recostó en un sofá cercano. Le subió las piernas y le puso la cabeza de lado para que respirara mejor. Llamaron a un médico y, aunque no tardó en aparecer, cuando llegó, Airam ya había recobrado el conocimiento.

—Siéntese con la cabeza agachada entre las rodillas —pidió el médico—. Beba un poco de agua y respire hondo.

Lo primero en lo que pensó Airam tras el síncope fue en la simpática pareja a la que les había explotado la bomba. Airam ya les había cogido cariño, porque ya se sabe que el amor siempre enternece. En cuanto se sintió mejor, se dirigió al jefe de policía.

—¡Dios mío! Babatunde y Egbichi, ¿cómo están?

—Han fallecido los dos. La explosión ha sido de una potencia notable. Sus cuerpos han salido despedidos al abrir la puerta de la habitación y se han estampado contra la pared del pasillo. Pero, como le he dicho antes, la bomba no era para ellos. Alguien quiere deshacerse de ustedes y me va a tener que explicar el motivo.

—Poco le voy a poder explicar —respondió Airam mientras pensaba en la frase amenazadora del anónimo: «Lo único que encontrarán en Lagos es la muerte»—. Pobre Babatunde, nos ha traído el anónimo que nos amenazaba de muerte y ha sido él el asesinado —musitó sin que nadie la oyera.

—Acompáñeme a comisaría en cuanto se sienta con fuerzas y nos autorice el doctor —propuso George ante el médico—. Tenemos que hacer el atestado y me tiene que contar todo lo que sabe —añadió en tono conciliador.

—De acuerdo, en cuanto lo autorice el médico nos vamos —respondió Airam sintiendo aún flojera en las piernas.

—Por mí, puede irse cuando quiera —respondió el médico—. Ha sido una lipotimia sin importancia.

De camino a la comisaría, en el coche de policía, Airam estaba consternada. Le vinieron a la cabeza las palabras de Doyo, en su despacho de la universidad, advirtiéndole de la peligrosidad de Nigeria. Le vinieron a la cabeza las palabras del comisario de Castellón aconsejándola que no subestimara el peligro, que no dejara que la seguridad que la rodeaba en Castellón le impidiera valorar adecuadamente el peligro de viajar a Nigeria. Le vinieron a la cabeza las palabras de Doyo, cuando se dirigían al consulado y le dijo que había visto Nigeria, pero aún no la había sentido y su predicción de que llegaría el momento en que sentiría el peligro. El peligro ya lo sintió el día anterior con la persecución; lo que había sentido ese día era miedo, miedo a perder la vida, a que se la arrebatasen sin necesidad de ningún porqué.

Todas esas palabras revoloteaban en su cabeza, pero eran agua pasada. «Lo importante es mirar hacia delante. ¿Qué haré?», pensó. Solo le quedaba decidir si seguía en Nigeria para intentar descifrar sus enigmas o si regresaba a España para no correr más peligros, para no sentir más miedo. El cuerpo le pedía que se alejase de allí, pero sabía que no era el momento de tomar esa decisión. «Debo hacerlo en frío y tras la vuelta de Doyo», se dijo la capitana.

19

El jefe de policía

En el coche patrulla, Airam sacó un pañuelo para secarse las lágrimas que le brotaron al pensar en sus hijas. Una pregunta asaltaba su mente: si hubiera fallecido en el atentado, ¿qué sería de ellas?

Llegaron a la comisaría y George comenzó el interrogatorio, informal y amigable, pero un interrogatorio en toda regla.

—¿Dónde está su compañero…? Doyo, se llama, ¿no?

—Sí, Doyo. Está en Ibadán. Va a cenar con unos colegas de la universidad de esa ciudad. Le he llamado tras el atentado, pero está fuera de cobertura, ya me lo advirtió antes de irse.

—¿Suelen ir separados en sus recorridos de va-ca-cio-nes? —preguntó George con cierto retintín.

—Es la primera vez que Doyo y yo viajamos al extranjero juntos. Desde que estamos en Nigeria no nos habíamos separado, pero anoche le dije que prefería quedarme en el hotel a ir a Ibadán. Allí hablarán entre ellos de sus cosas académicas y en eso puedo aportar poco; puedo incluso molestar. Así que prefería descansar después del estrés vivido ayer con la persecución.

—O sea, que es la primera vez que Doyo no entra con usted en la habitación y, casualidad, hay una bomba dentro. ¿Se llevan bien ustedes?

—Comisario George, ¡quítese de la cabeza lo que está pensando! No tenemos ningún problema como pareja. Somos grandes amigos desde

hace años y si compartimos habitación en Lagos es por un error en la reserva del hotel. Créame que no tiene nada que sospechar de Doyo. Pongo mi mano en el fuego por él.

—He oído esa frase demasiadas veces. No se imagina cuántas personas irían mancas por esta ciudad por haberla puesto en el fuego por otra persona.

—No tiene base para sospechar de Doyo. Aunque sea la primera vez que no entramos juntos en la habitación, eso no implica lo que está sospechando. Piense que solo llevamos treinta horas aquí. Seguro que a partir de ahora pasará a menudo lo de entrar en la habitación por separado. Somos adultos y cada uno tiene su vida. De hecho, le insisto en que quien decidió quedarse en la habitación y no ir a Ibadán fui yo. Por Doyo, me habría ido con él.

—Vale, señora Airam. Entienda que mi deber es no descartar ninguna hipótesis.

Airam pensó que esa tendría que haber sido la actitud del comisario de Castellón cuando fue a verle; y como consecuencia, debería haber abierto una investigación. Pero a su vez se dijo que, visto el interés demostrado, la habría abierto más como un paripé para contentar a Cele que por un interés real. Mientras estaba absorta en esos pensamientos, George siguió con el interrogatorio.

—Le repito la pregunta: ¿qué han venido a hacer aquí?

—De vacaciones, ya se lo dijimos.

—Mire, no me lo creo. Me está tomando el pelo. No parece ser consciente de lo que pasa. Se lo voy a explicar. A cualquiera pueden intentar robarle o secuestrarle en este país, pero esa bomba llevaba sus nombres. Estaba en su habitación lista para estallar cuando abrieran la puerta. Su suerte, y la desgracia de esa joven pareja, es que la abrieron ellos. Según nos ha dicho el chico de recepción, Babatunde y Egbichi solían disfrutar juntos, por decirlo de manera eufemística, en las habitaciones del hotel. Escogían de entre las libres cuando podían, pero si no había libres y les desbordaba el deseo, no dudaban en entrar en las ocupadas por huéspedes. Se arriesgaban, pero relativamente, porque estaban conchabados con el chico de recepción. Cuando este veía que

iban a subir los clientes de la habitación que habían elegido para su escarceo, les avisaba por teléfono. Elegían las habitaciones de la última planta, las más alejadas de la entrada, para que les diera tiempo a salir antes de que llegaran los clientes. En este caso ha sido la suya, la habitación que queda más lejos de la recepción.

—Entonces, si hubiéramos tenido la de la misma orientación en la primera planta, estaría muerta, porque no habrían entrado Babatunde y Egbichi.

—Esa y la de cualquiera de los cinco primeros pisos. Babatunde y Egbichi, si tenían que recurrir a habitaciones ocupadas, lo hacían siempre con las del último piso: el sexto. Además, si el hotel no hubiera estado lleno, también estaría muerta, porque la parejita habría ido a una habitación libre. Así que ha tenido mucha suerte. Piense, por favor, en esa pareja de jóvenes inocentes que han pagado con su vida. Piense que la bomba llevaba su nombre y el de su amigo por alguna razón. Y, después de pensarlo, dígame qué han venido a hacer a Nigeria, porque eso nos llevará al móvil del atentado.

Airam, nerviosa, se quedó sumida en un silencio reflexivo. Recordó las palabras de Chinua acerca de la corrupción policial. «Y, además, hemos recibido un anónimo amenazándonos de muerte», pensó.

—¡Hable! Se está jugando la vida —insistió George—. Mire, en menos de veinticuatro horas ha sufrido intento de robo, de secuestro y de asesinato. Trío de ases. Enhorabuena, ha batido todos los récords —ironizó—. ¿Quiere llegar al póquer?

—No hemos hecho nada para batirlos, comisario.

—Pero alguien interpreta que tiene que eliminarles, y evidentemente es por lo que sea que van a hacer aquí. Sincérese o no podré protegerles. Sincérese o puede que le queden menos de veinticuatro horas de vida; insistirán en matarla hasta que lo consigan, no lo dude.

La advertencia, articulada con tal seguridad, hizo reflexionar a Airam. Tenía que elegir entre confiar en el jefe de policía, que le ofrecía protección, o en Chinua, que le advirtió que no confiara en la policía. No había nadie más en quien confiar. Para decidir qué hacer, sacó su lado más racional, el de la ingeniera naval que llevaba dentro. En su

cabeza analizó la situación de manera objetiva. «El jefe de policía nos ha llamado esta mañana para interesarse por nosotros; Chinua no lo ha hecho. Es verdad que Chinua probablemente no sepa lo del secuestro frustrado, pero sabe que corremos riesgos y que estoy herida, y por esas razones no estaría de más que hubiera llamado. Se limitó a advertirnos que no confiáramos en la policía, pero no nos ha ayudado en nada más. A juzgar por su eficiencia, plasmada en las más de dos horas que tardó para tomarnos los datos, no parece la persona más adecuada para ayudarnos, por más que cuente con el respaldo de trabajar en el consulado español. El jefe de policía, en cambio, insiste en protegerme y me habla muy claro. Si su oferta no fuese sincera, si estuviera conchabado con alguien que quiere perjudicarnos, ¿por qué iba a insistir una y otra vez en ayudarnos? Por otra parte, debo pensar que con la elección me estoy jugando la vida. No es una hipótesis: el atentado ha demostrado que es un hecho que me la juego». Al fin la capitana tomó una decisión.

—Vivir es elegir, nunca mejor aplicada la frase. O, más claro aún, en este caso habría que decir «elegir es vivir», porque o se lo cuento todo o puedo morir. La elección está clara: se lo contaré. No se lo diga a Doyo, por favor; ya lo haré yo. Pero antes le debo a usted una explicación.

—Dígame —respondió George sorprendido.

—En el consulado nos dijeron que la policía es corrupta, desde usted hasta el último agente, que no confiáramos en ustedes. Por eso le mentimos.

—¿Y quién les dijo eso?

—Chinua, el segundo de a bordo del consulado.

—Chinua… —repitió el comisario mientras apuntaba ese nombre en una pequeña libreta—. Mire usted, hay mucha corrupción en Nigeria, no se lo puedo negar, eso es conocido. Y hay policías corruptos, tampoco se lo voy a negar, pero le aseguro que yo no lo soy. Además, no conozco a ninguno que lo sea en mi comisaría, porque lo habría denunciado si tuviera sospechas o detenido si tuviera constancia de ello. Aun así, prefiero que me cuente todo fuera de la comisaría para que esté segura de que no llega a oídos indiscretos, si le parece bien.

—Me parece perfecto. Tengo que confesarle una cosa más: esta mañana hemos recibido este sobre anónimo en el hotel —dijo Airam mientras lo sacaba del bolso y se lo entregaba a George.

Al observar la cara de desagrado de George, Airam se dio cuenta de que se lo estaba tendiendo con la mano izquierda. Cambió el sobre de mano y se disculpó.

—*Right hand only*, no me acostumbro.

—No se preocupe, tengo que disculparme yo. Sé que los extranjeros no tienen ese hábito, pero tampoco me acostumbro a ello.

—Hemos preguntado en la recepción, pero nadie sabe quién lo ha dejado en el mostrador. El jefe de recepción lo ha encontrado y se lo ha dado al botones muerto por la explosión, que a su vez se lo ha entregado a Doyo.

—¿Por qué no me lo ha contado en cuanto ha leído el anónimo?

—Ya le he explicado que desconfiábamos de la policía…

George cogió el sobre con sumo cuidado tras ponerse unos guantes.

—Pues está claro que con la bomba en su habitación han cumplido su amenaza —contestó al leer el anónimo—. Lamentablemente viene en un sobre vulgar, escrito a máquina, y eso no nos aportará información sobre su procedencia. Además, lo han manoseado el jefe de recepción, el botones, Doyo y usted. Era poco probable que contuviera las huellas de quien ha dejado el sobre en la recepción, pero tras pasar por tantas manos sería casi imposible identificarlas. Aunque lo intentaremos, se lo aseguro. Voy a ponerles escoltas a usted y al señor Doyo mientras estén en Lagos. Avíseme cuando vuelva su compañero e irán a buscarle a la estación. A usted ahora mismo la llevarán al hotel. Descanse un rato, que buena falta le hará.

—¿Podría alguien acompañarme a comprar algo de ropa y cosas de primera necesidad? Me he quedado sin nada.

—Siento decirle que a estas horas las tiendas ya están cerradas. Descanse y a las nueve pasaré a buscarla y la llevaré a cenar al lugar de Lagos donde mejor se come. Allí podrá contarme todo sin miedo a oídos indiscretos. ¿Le parece bien?

—Gracias, comisario George. Le estaré esperando en el hotel.

20

Confiando en George

Cuando Airam llegó al hotel, le confirmaron que su habitación había quedado totalmente destruida y no habían logrado recuperar nada de allí. Temió que no pudieran darle otra, dado que el hotel estaba al completo cuando llegaron, pero había varias habitaciones libres, ya que tras la explosión se habían cancelado muchas reservas. Así, el hotel pudo remediar el error cometido y les asignaron una a ella y otra a Doyo. Subió por las escaleras, dado que el ascensor se encontraba averiado, echando de menos bromear con su amigo a costa de su claustrofobia. Cuando enfiló el pasillo que llevaba a su nueva habitación, sintió que se aceleraba el corazón. Delante de la puerta, se quedó inmóvil. Lo sucedido con Egbichi y Babatunde asaltaba su mente y no se atrevía a abrirla. Sentía que el miedo le corría por las venas. Se armó de valor e introdujo la llave en la cerradura; la giró y notó que se desbloqueaba; para entrar solo tenía que empujar; dudó durante unos segundos, en los que la asaltó el recuerdo del ruido de la explosión; al final volvió a girar la llave y optó por bajar al bar. «¿Para qué voy a entrar? No tengo nada que dejar dentro ni nada para cambiarme porque me he quedado con lo puesto», se dijo.

Una vez en el bar, se sentó en un cómodo sillón con vistas a un amplio ventanal y se pidió una tila. Aprovechó para llamar a Doyo. Tenía que contarle tanto el atentado fallido como que se había sincerado con George. Le llamó en dos ocasiones, pero sus intentos

fueron infructuosos. Solo pudo oír esa conocida voz sintética que repetía el mensaje: «El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». Entonces recordó que la diferencia entre que esté apagado o que esté fuera de cobertura era el tiempo en que tarda en saltar ese mensaje: lo hace con una demora de algunos segundos cuando no tiene cobertura y de inmediato cuando está apagado. Ese había sido el caso. Doyo lo había apagado al saber que de nada le servía donde estaba. No valía la pena volver a insistir, porque no se trataba de una pérdida efímera de cobertura y tampoco podía dejarle un mensaje en el buzón de voz porque no lo tenía activado. No le gustaba dejar mensajes ni que se los dejaran.

Tras tomarse su tiempo para beber la tila, volvió a subir a la habitación mentalizada de que esta vez tenía que conseguir abrir la puerta. Sería una cobardía pedírselo a otra persona y, como siempre decía, «lo que has de hacer, cuanto antes, mejor», así que la abrió, no sin luchar contra una voz interior que le pedía no hacerlo. Una vez dentro optó por meterse en la bañera para relajarse tras el impacto emocional sufrido por el atentado. Sumergirse en agua caliente, hasta que se le arrugaron las yemas de los dedos, tuvo un efecto sedante y sirvió para calmarla. Al salir del baño tuvo que hacer algo por primera vez en su vida: ponerse la misma ropa. Después, se sentó en el sillón y encendió el televisor; puso el canal de noticias y al cabo de unos momentos aparecieron en la pantalla imágenes de la última planta del hotel. Vio el estado en que quedó la que era su habitación: calcinada y con las paredes reventadas. Apagó el televisor de inmediato y esperó a que sonara el teléfono mientras se sumía en sus pensamientos.

A la hora acordada, puntual como un reloj satelital, como le gustaba a Airam, apareció George en el hotel. Ella bajó en cuanto le comunicaron desde la recepción que había llegado. Estaba preparada para la cita y ansiosa por hablar para descargar la tensión acumulada en los dos últimos días.

—Hola, George —saludó Airam, omitiendo deliberadamente la

palabra «comisario».

—Hola, señora Airam.

—Puedes llamarme por mi nombre a secas. Deja el «señora» para otras, si te parece bien.

—Lo intentaré, Airam.

Subieron a la parte trasera del coche, conducido por un policía, y llegaron hasta una preciosa casa. La capitana buscó en la fachada el nombre del restaurante para después localizarlo en Google Maps y contárselo a Doyo, pero no lo encontró. Bajó del coche con la puerta abierta por George.

—Eres todo un caballero. Fíjate que hay quien cree que esto de abrir la puerta está reñido con el feminismo, pero a mí me gustan estos detalles.

—Me alegro de que pienses así.

—No veo el nombre del local, ¿cómo se llama?

—George & Friends.

—¡No me digas que el restaurante es tuyo!

—Es mi casa; espero que no te incomode. He creído que es el mejor lugar para hablar discretamente. Te dije que te llevaría al lugar de Lagos donde mejor se come y ya verás que no exagero. Tengo una cocinera excelente que me hace unos platos exquisitos de nuestra gastronomía. Hoy toca cena nigeriana, aunque te advierto que no lo es al cien por cien, porque he pedido que pongan menos picante que de costumbre. Aquí todos los platos son demasiado picantes para el gusto de los extranjeros.

Entraron en la casa y llegaron al gran salón. Airam miró con asombro a su alrededor. Era distinto de todo lo que había visto hasta ese momento. La casa rezumaba África por todos lados. El salón, de techo alto, coronado con vigas de madera y un entramado de cañas, tenía una gran pared de cristal tras la cual se vislumbraba un patio a cielo abierto, con vegetación iluminada por tenues luces. El patio estaba circundado por pasillos que daban acceso a otras dependencias de la casa. El salón, de cálidos colores tierra, tenía ornamentación abundante, toda ella relacionada con África: estatuas de ébano,

máscaras, figuras de bronce, utensilios étnicos, cerámica, alfombras de piel de diversos animales salvajes y dos grandes ventiladores con cinco aspas de bambú, anchas, ovaladas, que giraban lentamente. El mobiliario, de madera maciza, definía dos ambientes diferenciados: en una parte del salón se veía una larga mesa que podría acoger a un buen número de comensales, y en la otra, unos amplios sofás y dos sillones orejeros en torno a una gran mesa de centro cuadrada. Sofás y sillones rodeaban la mesa por los cuatro costados, ya que no era necesario que alguno quedara libre para dejar ver la televisión porque George no tenía en el salón. En el centro de la mesa destacaba un enorme ramo de flores exóticas de diversos colores.

—¿Qué flores son estas tan bonitas? —preguntó Airam tras acercarse al ramo.

—Estas amarillas son *Costus spectabilis*, más conocidas como «trompetas amarillas», por su forma. Es el emblema floral de Nigeria, representado en el escudo nacional. Míralo. —George señaló un cuadro de la pared con su nombramiento como jefe de policía.

Se acercaron a la pared para ver el escudo de Nigeria que aparecía en la esquina superior derecha del nombramiento.

—Estas seis que hay en la hierba del escudo —continuó George—, son *Costus spectabilis*, pero nadie sabe por qué están pintadas de color rojo en vez de amarillo. Quizá sea porque es de la familia del jengibre en espiral de la que son esas vistosas flores rojas del ramo que tienen forma de piña —dijo George mientras volvían hacia la mesa—. Esta es una *Strophanthus* —comentó al coger una flor con la mano— y esta una light bosse. Estas son ave del paraíso…

—Son las únicas que conozco. No sigas, ya no retengo. Veo que sabes algo de botánica…

—No, qué va, pero me gusta saber qué tengo en casa.

—¿Y por eso me has traído aquí? —preguntó Airam en tono provocador.

—No. Me basta con saber lo que has venido a hacer en Nigeria.

Airam, junto al cuadro con el nombramiento, había visto dos títulos universitarios de George, uno de licenciado en Derecho y Criminología

por la Universidad de Lagos y otro de un máster en «Intelligence & International Security» por el King's College, de Londres.

—¿Estudiaste en Londres?

—Sí. Viví allí dos años. Me abrió la mente. Para eso no hay nada como vivir en otras culturas más avanzadas.

—Yo lo dejaría en que no hay nada como vivir en otras culturas. Lo estoy experimentando en Nigeria.

Mientras hablaban se sentaron en un sofá amplio y cómodo. Airam miró atentamente a su alrededor, como si no quisiera perderse ni un detalle, y preguntó:

—¿Qué son los símbolos de ese tapiz, George?

—Son símbolos adrinka, unos ideogramas originarios de Ghana que se han extendido por otros países africanos. Hay cerca de mil, y cada uno representa un concepto o un aforismo. Mira, ese que parecen dos corazones pegados, uno hacia abajo y el otro hacia arriba, es el Asase Ye Duru, «la tierra importa»; ese que parece un cisne mirándose la cola, es el Sankofa, resalta la importancia de aprender del pasado; y este con círculos concéntricos es el Adinkrahen, símbolo de carisma y liderazgo.

—Y hay uno con forma de tortuga…

—No es una tortuga, es un cocodrilo, pero está gordito, ¿verdad? —Sonrió—. Es el Denkyem, símbolo de adaptabilidad. El cocodrilo puede vivir en el agua y fuera de ella.

—Y este que parece un sol…

—Es una estrella, es el Nsoromma, un símbolo de protección.

Airam estaba fascinada. Se sentía extrañamente tranquila para haber sufrido un atentado hacía solo unas horas y para estar junto a un hombre atractivo al que Chinua le había advertido que no recurriera. Empezó a olfatear un aroma embriagador, cálido y exótico, que no conseguía identificar.

—Huele muy bien —señaló.

—Viene de la cocina, son las especias. El aroma más fresco que hueles es del jengibre. Me encanta. Hoy lo probarás en la cena. No tiene origen africano, sino de Oriente, pero me gusta por su olor y por sus propiedades beneficiosas para la salud. Se cultiva también aquí; de

hecho, en la famosa cerveza de jengibre de Fever-Tree, el jengibre es nigeriano.

—No conozco la cerveza de jengibre.

—Pues eso lo vamos a arreglar ahora mismo. Te voy a hacer un cóctel que te encantará.

George se levantó, cogió dos tazas de cobre y las puso en la mesa ante sus asientos.

—Voy un momento a por provisiones —dijo de camino a la cocina.

Airam aprovechó para seguir observando el ambiente que la rodeaba. George volvió al cabo de unos instantes con vodka, cerveza de jengibre, jugo de lima, hielo picado y unas hojas de yerbabuena. Los mezcló en las tazas y se lo dio a probar a Airam.

—Mmm, es muy refrescante. ¿Cómo se llama este cóctel?

—Moscow Mule.

—¡Está delicioso! Veo que hay vida refrescante más allá del gin-tonic y el mojito. Estas tazas de cobre parecen hechas a mano. ¿Son también nigerianas?

—Sí, de Amazon Nigeria —bromeó George—. Están hechas para mantener mejor el frío. Son ideales para este cóctel o para tomar una cerveza bien fresquita.

—Veo que tendré que aprender muchas cosas de ti…

George se acercó a un tocadiscos y puso música de fondo. Empezaron a sonar ritmos de tambores y cánticos en alguna lengua autóctona. Airam recibía mensajes estimulantes de sus sentidos: primero había sido la vista, luego el olfato y ahora el oído.

—Recuerdo cuando ponía discos de vinilo como ese —dijo Airam—. Ahora ya solo escucho música digital.

—Es música étnica de Nigeria, pero si prefieres podemos poner algo que te sea más cercano, aunque no tengo nada de origen español.

—No, sigue con esa música, por favor. No entiendo nada de la letra, pero me gusta porque es muy rítmica.

—Es más, es polirrítmica. Esa es la marca de nuestra música tradicional. Nigeria se considera el corazón de la música africana. Los ritmos de nuestras músicas, como las apala, fuji, jùjú o yo-pop, han

servido de base para desarrollar géneros musicales en otros países y, además, aquí se han creado géneros derivados del hip-hop y del reggae que tienen sus versiones nigerianas. Nuestra música ha cobrado tal importancia que no ha pasado desapercibida a grandes multinacionales. Universal Music Group y Sony han abierto sedes aquí, en Lagos.

—No había oído nunca música nigeriana; qué sorpresa tan agradable.

Mientras hablaban, dos mujeres preparaban la mesa para la cena. Hicieron una señal a George, indicando que podían incorporarse a ella, y siguieron la conversación ante los vistosos platos de sopa de egusi, de maafe, de moin moin y la enorme bandeja de fruta tropical. Hasta que acabaron de cenar no entraron en lo que había llevado a Airam allí.

—Cuéntame lo que te ha traído hasta Nigeria —pidió George.

—Soy capitana de uno de los mayores buques de salvamento marítimo de España, el Clara Campoamor, y hace diecinueve días rescatamos del mar los cadáveres de cinco chicas, una de ellas violada recientemente, que se encontraban unidos por las camisetas formando una estrella. Me impactó profundamente, porque nunca había rescatado solo mujeres. Además, tampoco había visto cadáveres unidos así, y no sé de nadie que haya encontrado migrantes en la costa española tan al norte. Tengo la seguridad de que no iban en una patera y por tanto creo que podrían haber sido asesinadas. Por las marcas que llevaban las chicas en la mano izquierda —mostró a George las fotos, que sacó del bolso— creemos que son nigerianas y queremos visitar su poblado de origen. Esa es la razón por la que estamos aquí Doyo, que es catedrático de culturas africanas, y yo. Siento la necesidad de contactar con sus familias para que conozcan el fatal desenlace y para averiguar qué pasó con ellas; me lo piden las cinco chicas en mis pesadillas. George, la muerte de esas jóvenes parece que no le importa a nadie más en el mundo. Así de triste es el tema.

—Entonces la visita al consulado era para que os ayudaran a encontrar ese poblado…

—Sí, pero en Madrid nos aconsejaron que no habláramos de las chicas muertas. Nos hicimos pasar por periodistas que buscaban el poblado de donde provienen esas marcas para llevar a cabo una

entrevista sobre su significado y sobre cómo y cuándo las realizan. El cónsul nos puso en contacto con su segundo, el tal Chinua, que nos hizo esperar un par de horas hasta tomarnos los datos identificativos, para lo que tardó un buen rato más.

—Y os dijo que no hablarais con la policía, según me has comentado antes. ¿Qué datos os cogió?

—Nombres, pasaportes, números de teléfonos, correos electrónicos y… ¡cielos, el hotel y la habitación donde nos alojábamos! —comentó exaltada—. ¿Crees que tendrá algo que ver con el atentado?

—Las únicas personas que sabían que estabais aquí por un motivo no vacacional, localizar el poblado de esas marcas, eran el cónsul y Chinua. Así que les pondré vigilancia a ambos, porque quizá en uno o en otro esté la clave. De hecho, Chinua ya la tiene desde que esta tarde me dijiste que te aconsejó no hablar con la policía y, en concreto, conmigo.

—Veo que no pierdes ni un minuto…

—Te prometí que os protegería y voy a llegar hasta el final de este asunto, te lo aseguro. Tienes mi palabra. Es lo menos que te mereces por arriesgar tu vida para saber cómo y por qué murieron cinco compatriotas mías hasta ahora desconocidas.

—Me ha gustado ese «hasta ahora».

—Es que acabaremos descubriendo quiénes son. No será fácil, pero ya verás como lo averiguamos.

Airam respiró aliviada. La seguridad con la que hablaba George la reconfortaba. Era la segunda persona, tras Doyo, que se había comprometido a ayudarla. No pudo evitar pensar que la actitud del comisario lagosense era diametralmente opuesta a la del de Castellón.

El día estaba siendo un cóctel de sensaciones para la capitana. Había pasado de la soporífera reunión con el director de la AECID a sufrir un atentado; de tomar un vermut sola en el bar del hotel a estar cenando en casa del jefe de policía, en quien no confiaba hacía solo unas horas y que ahora le estaba resultando encantador. George había conseguido generar un clima de confianza tal que Airam se atrevió a preguntarle por lo que había descubierto en las autopsias.

—Tres de las cinco chicas que encontramos muertas presentaban ablación de clítoris, y otra, infibulación. Me dijo Doyo que en Nigeria están prohibidas estas mutilaciones por ley desde 2015, pero que se siguen practicando. ¿Cómo es posible?

—Nigeria es un país muy complicado, por la diversidad de etnias. Las leyes federales hay que cumplirlas, pero gran parte de la población cree que también hay que respetar las leyes de las culturas de las etnias aunque entren en contradicción con las federales. Es más, creen que la ley federal no puede estar por encima de las de su cultura y, por tanto, si hay conflicto entre ambas siempre optan por lo que consideran leyes legadas por sus antepasados. La policía nunca sabe cuándo ni dónde se va a producir una ablación y rara vez se denuncian *a posteriori*. En estas condiciones es imposible actuar para detener esa lacra. Todos los expertos coinciden en que, como es una cuestión cultural, se resolverá con cultura, con educación y, por tanto, con el paso del tiempo.

—Entonces ¿cuánto hay que esperar? ¿Una generación? ¿Dos? ¿Cincuenta años? ¿Imaginas la cantidad de mujeres que pasarán por el trauma de la mutilación y vivirán privadas de placer sexual? ¿Se puede contemporizar durante tantos años?

—Airam, no te digo que yo lo quiera, te explico por qué sigue ocurriendo. Si algún día se me presenta la ocasión de actuar para que se detenga esa barbarie, no dudes que lo haré. Vamos a cambiar de tema. Ven conmigo a aquel rincón.

George la llevó hasta donde se encontraban tres tambores dundun, de diferentes tamaños, y un djembe. Se sentó en el taburete que había tras ellos y empezó a tocar los cuatro instrumentos golpeando las membranas. Airam, alucinada, seguía con los ojos la trayectoria de las manos. Las movía tan rápido que parecían las de un trilero. La música que salía de esas manos le sonaba celestial, le invadía el cuerpo y la empujaba a moverse a su son. En un momento determinado George dejó de tocar, se levantó del taburete e invitó a Airam a sentarse para que probara. A ella le apeteció hacerlo. George, desde enfrente, iba marcándole con las manos lo que debía hacer con las suyas y ella le siguió hasta tocar sola. Con una gran sonrisa comprobó que era capaz

de sacar música de esos cuatro instrumentos, aunque era consciente que estaba a años luz de la maestría demostrada por su anfitrión. Tras esa experiencia nueva para Airam, se sentaron en el sofá, se tomaron unas copas y siguieron hablando sobre la vida en Nigeria y en España. Estaban conversando tan plácidamente que se les hicieron las tres de la madrugada. Cuando Airam se dio cuenta exclamó:

—¡Son las tres! Tengo que volver al hotel…

—No tienes por qué hacerlo, puedes quedarte a dormir aquí. ¿A qué vas a ir al hotel si estarás sola? Tengo habitaciones de sobra, puedes incluso elegir ala de la casa, como en la Casa Blanca: la este o la oeste… En los armarios encontrarás ropa para vestirte y en el hotel no tienes nada. Te propongo que te quedes esta noche y, como yo tengo libre los dos próximos días, te acompañaré de compras mañana; además te llevaré a ver algo que te gustará y que no puede ver ningún turista.

Airam pensó que George tenía razón. Por otra parte, no le apetecía abrir la puerta de la habitación del hotel ni dormir allí sola. Así pues, aceptó, consciente de que corría un peligro del que Doyo no podía haberle advertido: George le parecía un hombre muy atractivo que irradiaba un magnetismo especial. El ambiente mágico que había conseguido crear, deleitando todos sus sentidos, hacía crecer su atracción hacia él, una atracción que no había sentido nunca con esa intensidad en tan poco tiempo. Ni en su juventud con Doyo había sentido algo así. Airam no estaba segura de lo que haría si George llamaba esa noche a la puerta de su habitación. Aun así, aceptó quedarse porque le consideraba un caballero y pensó que no la pondría en una situación incómoda. Valoró que no había color entre estar sola y acompañada por el jefe de policía. «Vivir es elegir» era su lema, y en este caso eligió lo que protegería mejor su vida en las horas siguientes y quién sabía durante cuánto tiempo más. George le indicó cuál era su habitación y se despidieron.

Cuando entró en la habitación, Airam experimentó una sensación parecida a la que le había producido el salón. Era grande, también con el techo alto, del que colgaba un ventilador similar a los del salón, con

una decoración étnica llena de detalles y con una cama *kingsize*.

La capitana tardó en dormirse, pero no como consecuencia de haber sufrido un atentado. Eso le parecía que había sucedido días atrás, pese a que apenas habían transcurrido unas horas. Era efecto, por una parte, de la agitación que le había hecho sentir George con su imponente físico, su atractiva personalidad y la mágica atmósfera que había creado estimulando sus sentidos; por otro lado se debía a la inquietud acerca de cómo reaccionaría si George se le insinuaba claramente. Airam se encontraba en un vaivén de sentimientos. La cabeza le decía que debía alejarse de George, pero su cuerpo, revolucionado por las hormonas, que parecían haber convertido en efervescente su sangre, le decía lo contrario. Nunca había experimentado nada semejante. «Quizá lo sienta ahora porque mi vida sexual es un desierto y George se presenta como un oasis», pensó la capitana. Al final logró dormirse sin verse obligada a elegir.

Esa noche Airam repitió por tercera vez el sueño en el que, al frente del Clara Campoamor, seguía a la estrella de ébano. Esta vez no se estropearon los motores ni sufrió la persecución de otra embarcación. Fue un sueño con un dulce sabor inicial en el que las cinco estrellas que componían la de ébano rodearon al buque en una playa paradisíaca como señalando que habían llegado a su destino. La capitana fondeó y, junto a Doyo, se bañaron disfrutando de las espectaculares vistas submarinas en sus inmersiones a pulmón. Las estrellas les rodeaban invitándoles en cada emersión a que se alejaran más del buque. En una de las ocasiones que estaban sumergidos, oyeron una gran explosión y al emerger comprobaron que el Clara Campoamor había estallado y se hundía hecho añicos. Airam se despertó alarmada y no le cupo duda de que en sus sueños estaba incorporando los peligros que vivía y que la estrella de ébano la protegía y le pedía que siguiera su estela. Afortunadamente tras esa pesadilla volvió a conciliar el sueño sin nuevos sobresaltos. Estaba agotada.

21

La Venecia de los Pobres

A la mañana siguiente Airam se despertó con el sonido de unos golpes de nudillos en la puerta solicitando entrar. «¿Será George? No puedo dejarle pasar con estas pintas», se dijo observando en el espejo su rostro, aún somnoliento. Sonaron de nuevo cuatro golpes en la puerta y, tras ellos, la voz de una de las asistentas de George.

—¿Da su permiso? —oyó Airam, que suspiró aliviada.

—Sí, adelante —contestó.

La asistenta llevó hasta la cama una gran bandeja repleta. A la capitana se le hizo la boca agua al ver el suculento desayuno: café, leche, zumos naturales, tostadas, mantequilla, mermeladas, jamón cocido y queso, macedonia de frutas… Solo echaba de menos su L-casei de fresa. Desayunó, se duchó e intentó contactar con Doyo de nuevo. Una vez más, de manera infructuosa.

Abrió un gran armario de la habitación y se probó distintas prendas hasta que eligió una falda plisada con estampado de leopardo, hasta la rodilla, y una camisa de algodón, sin botones, con cuello redondo, abierto, en la que predominaba el azul cielo y que llevaba impresiones artísticas con motivos africanos. Se veía guapa con ese conjunto que combinaba con su cabello rubio y sus ojos azules. Era diferente de todo lo que solía ponerse y, por fin, con eso, sentía que encajaba en África.

—Buenos días —saludó la capitana al entrar en el salón, mientras se preguntaba por qué George tenía tanta ropa de mujer en el armario.

—Buenos días. ¿Has descansado bien?

—En la gloria. Me he puesto este conjunto, que me viene que ni pintado.

—Cierto, te sienta muy bien. Parece hecho para ti. Ese azul de la camisa, con el rubio de tus cabellos, forma una combinación cromática perfecta; además, va a juego con esos preciosos ojos azul celeste. Si estás lista, podemos ir ya de tiendas. Dime qué buscas y te llevaré a las más adecuadas.

—Llévame a un centro comercial donde pueda ver variedad de tiendas con estilos distintos. Necesito tantas cosas…

George la llevó en su jeep al Palms Shopping Mall. Airam se disponía a renovar su vestuario, por necesidad, gracias a que su tarjeta de crédito se había salvado de la explosión, pues la llevaba en el cinturón de viaje. Compró unas maletas, varios vestidos, pantalones, faldas, camisetas, zapatos, medias, ropa interior, neceser y lo necesario para el aseo personal, entró en una farmacia… y al finalizar se tomaron un café, rodeados de las bolsas con las compras.

—George, no sé cómo os acostumbráis en Nigeria a este calor tropical. Esta sensación de estar sudando permanentemente me resulta incómoda.

—En Lagos y alrededores tenemos clima de sabana tropical con vientos marítimos húmedos, que es lo que te causa la molestia. Pero el clima en Nigeria no es el mismo en todas partes. En el norte es muy diferente; predomina un viento seco y cargado de polvo, el harmatán, que proviene del Sahara. Yo estoy acostumbrado, quizá si te quedas mucho tiempo te aclimates…

—Sí, en eso estaba pensando —bromeó—. Hasta en el clima tenéis grandes contrastes… Cambiando de tema, tu coche va a parecer una boutique con tantas compras. Menos mal que es grande.

—Si fuese necesario haríamos varios viajes, no te preocupes. Ahora viene lo que te prometí. Te llevaré a un lugar único en Lagos.

George enfiló la carretera y se dirigió al puerto. Pasaron por el Third Mainland Bridge, un puente larguísimo a pocos metros de altura sobre una gran laguna. Con sus casi doce kilómetros de longitud, el puente,

cuyo nombre oficial, que casi nadie utilizaba, era Ibrahim Babangida, fue el más largo de África hasta 1996, año en que lo superó el puente 6 de Octubre, de El Cairo. Por sus cuatro carriles en cada sentido, que en algunos tramos llegan a ser siete, circulaban a diario cientos de miles de vehículos.

—¡Si ya digo yo que aquí en Nigeria todo es a lo grande! —exclamó Airam al ver el gigantesco puente.

A un lado del Third Mainland Bridge, Airam vio un barrio laberíntico donde en lugar de calles había agua, en lugar de coches había barcas, y las modestas a la vez que ruinosas chabolas se alzaban sobre al agua soportadas por pilotes de madera. Había tantas que los techos de paja o uralita se perdían en el horizonte.

—¿Qué es este suburbio, George?

—Es el barrio de Makoko, más conocido como la Venecia de los Pobres. Es uno de los barrios más característicos y antiguos, porque esta laguna y sus islas están habitadas desde hace generaciones, por eso los colonos portugueses denominaron Lagos a esta ciudad. Como ves, ahora es un barrio pobre que ha crecido y se ha degradado de forma vertiginosa en los últimos años. Cuenta con más de ciento sesenta mil personas.

—¡Ciento sesenta mil! Casi como la capital de la provincia de donde vengo… Y, como todos esos tugurios tienen una única planta, la extensión que ocupan es enorme. Lo de la Venecia de los Pobres me parece un eufemismo de mal gusto.

—Lo es, Airam. Son infinidad de chabolas construidas sobre el agua en unas condiciones muy precarias. Seguramente alguien necesita esos eufemismos para dar un nombre digno al indigno lugar en el que vive esta gente —apuntó George—. ¿Ves esas líneas eléctricas a lo largo del puente? Están junto a Makoko; sin embargo, en las chabolas no tienen electricidad.

—¿Y ese humo que sale de tantos lugares y que envuelve el suburbio?

—Son hornos de pescado ahumado. Makoko es, desde sus orígenes, un barrio de pescadores, y la dedicación más habitual es ahumar lo que

pescan para venderlo a mejor precio.

Mientras recorrían el puente, Airam contempló el inmenso mar de chabolas.

—Hace unos cuatro años —continuó George—, el gobernador del estado de Lagos, Akinwunmi Ambode, ordenó el desalojo completo del barrio por motivos de salubridad, ya que, como ves, las aguas son negras y están llenas de basura. El olor que emana Makoko algunos días es nauseabundo; todo depende de si ha habido corrientes de agua o si ha estado estancada. He subido las ventanillas y cerrado la entrada de aire en el coche por si acaso, para que no te moleste.

Airam bajó la ventanilla pensando que George exageraba, pero, apenas había descendido el cristal unos dedos, lo volvió a subir, exclamando:

—¡Puaj! ¡Qué asco!

—Ya te lo había advertido —remarcó George—. Han convertido la laguna en un vertedero de basura y una letrina descomunales. Afortunadamente el olfato se adapta a todo y cuando llevas oliéndolo un tiempo pierdes esa sensación de olor fétido. Eso debe hacérselo más soportable a quienes viven ahí. Como te iba diciendo, el gobernador ordenó el desalojo del barrio y, de hecho, durante tres días se destruyeron miles de chabolas, lo que dejó a unas treinta mil personas sin hogar.

—¿Llamas a eso «hogar»?

—Por más mísero que fuera, era su hogar, era lo único que tenían. Lo de la insalubridad, pese a ser real, era una excusa, porque el verdadero motivo era otro. Gente con poder y dinero, mucho dinero, muchísimo, quería construir un complejo de lujo cerca de aquí, el Eko Atlantic. Busca en internet una imagen y verás su opulencia: apartamentos suntuosos, torres de oficinas para empresas importantes, hasta un puerto para yates en el centro. Este barrio lleno de miseria y malos olores interfería en sus planes. No podía estar cerca de un complejo de lujo como ese. Como no era la primera vez que se desalojaba un barrio pobre en Lagos, ya que en 1990 se borró del mapa el barrio de Maroko, con trescientas mil personas, esta vez los makokenses se movilizaron y

tuvieron apoyos. Por suerte el tribunal declaró los desalojos inconstitucionales en 2017.

—Y de todo esto no nos enteramos en España. Tenemos noticias casi irrelevantes todos los días en los telediarios y en toda la prensa: que si un político ha dicho no sé qué, que si el otro no sé cuántos, aunque sean mentiras o insultos, y de estas barbaridades que afectan tanto a tanta gente vulnerable ni nos enteramos. A lo sumo sale en algún periódico digital un día y se acabó.

—Aquí suele pasar algo parecido. Mientras salen noticias escandalosas, aunque sean irrelevantes, no se habla de las cosas importantes de verdad.

—Los contrastes de Nigeria me asombran. Este puente es un buen ejemplo: una gran obra puntera en África al lado de un enorme suburbio. Las dos cosas a lo grande.

Airam no pudo evitar acordarse de las cinco chicas que había encontrado ahogadas. «¿Provendrán de un lugar tan paupérrimo y degradado como Makoko? ¿O quizá sea aún peor, si es que lo hay?», pensó, absorta. Mientras la capitana cavilaba en torno a esas cuestiones, George prosiguió con su relato:

—Makoko se ha hecho popular gracias al eufemismo, porque eso de denominarse la Venecia de los Pobres vende mucho, y gracias a que algunos de sus habitantes construyeron, bajo la dirección de un arquitecto que se hizo famoso por ello, una singular escuela flotante para que estudiaran sus hijos. Sabían que era importante tener una escuela y se las ingeniaron para conseguirla. El edificio flotante fue galardonado con el León de Plata de la Bienal de Arquitectura de Venecia en 2016.

—Parece increíble —aseguró Airam—. En un barrio degradado construyen una escuela que recibe un premio internacional…

Mientras hablaban llegaron a un astillero. George llevó a Airam a visitar dos buques de salvamento que estaban acabando de construir. Eran de dimensiones parecidas a las del Clara Campoamor. A la capitana le hizo ilusión visitar por dentro un buque en construcción, porque jamás lo había hecho, pese a ser ingeniera naval. Ni durante la

carrera tuvo ocasión de hacer prácticas en un astillero, o de visitarlo siquiera.

—Como sabrás, Nigeria tiene un elevado tráfico de petroleros. Para hacer frente a posibles vertidos, están construyendo esta pareja de potentes buques, porque los que tenemos no garantizan una respuesta adecuada ante un gran vertido —explicó George.

—Algo parecido pasó en España. Con el desastre ecológico producido por el hundimiento del Prestige en 2002, frente a la costa de Galicia, en el noroeste español, se tomó conciencia de que los buques que teníamos eran insuficientes para afrontar esas catástrofes. No tenían ni la potencia ni la tecnología ni los medios apropiados para hacerlo. En consecuencia, el Gobierno ordenó construir dos buques que permitieran responder con garantías; uno de ellos es el que yo capitaneo, el Clara Campoamor.

—¿Dónde se construyeron? ¿En España? —preguntó George.

—Sí. Se construyeron entre 2005 y 2007 en los astilleros Zamakona, de Santurtzi, al norte de España —contestó Airam—. ¿A estos buques les pondréis nombre de marinos nigerianos ilustres?

—No creo que los haya… ¿Clara Campoamor fue marina?

—No, qué va —respondió Airam sonriéndose.

—Aquí bautizamos a los buques con el nombre de alguna persona que haya destacado por algo, pero no necesariamente por su trayectoria en el mundo marítimo. A estos buques no sé qué nombre les van a poner. Pero espera, lo voy a preguntar, a ver si lo saben…

Airam quedó complacida por la respuesta. Era similar a la que ella le dio a Cele y diametralmente opuesta a sus estúpidos comentarios. George se acercó al ingeniero que parecía al mando, se presentó y le preguntó por el nombre previsto para los buques.

—De manera provisional —señaló el ingeniero—, se llaman Buhari y Jonathan, en honor a los presidentes de Nigeria, el actual y el anterior.

—Goodluck Jonathan —añadió Airam.

—Muy bien, Airam, veo que sabes más de Nigeria de lo que parece —celebró George.

Airam y George recorrieron uno de los buques junto a los ingenieros

al frente de la construcción y ella fue dando consejos por su experiencia como capitana. Le agradecieron la visita y comentarios, y los invitaron a ella y a George a comer en un precioso restaurante al borde del mar, cerca del astillero. Tras la comida, ya a media tarde, George llevó a Airam a su hotel, en cuya puerta esperaba uno de los agentes enviados por él. El comisario subió con ella a la habitación para ayudarla con las bolsas de las compras. Al llegar a la puerta, notó la mirada temerosa de Airam.

—No te preocupes. Abre, no hay peligro —aseveró George.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Con el permiso del hotel, hemos instalado esa cámara de circuito cerrado —señaló al techo del pasillo—, que tiene en su campo de visión la puerta de tu habitación. Uno de mis agentes está vigilando las imágenes y, si hubiese entrado alguien sospechoso, yo lo sabría.

Airam soltó un suspiro que sirvió como válvula de escape al temor que sentía.

—¡Qué bien, George! —agradeció mientras abría la puerta y entraban en la habitación—. Estás en todo. Me dejas más tranquila.

—Podemos cenar juntos de nuevo esta noche —propuso él al tiempo que dejaba las bolsas en el suelo—. Pero si tienes otro plan…

—Pensaba cenar sola salvo que Doyo aparezca. Así que acepto la invitación, pero con una condición: me tienes que dejar que cocine yo. Y si viene Doyo, cocinaré para los tres.

—Perfecto. ¿Quieres que compre algo en especial?

—No te preocupes, con lo que tengas en casa nos apañaremos.

—Bien, pues a las nueve pasaré a recogerte. Descansa un poco.

22

La sorpresa de George

Tras la partida de George, Airam sacó las compras de las bolsas, volvió a probarse toda la ropa delante del espejo y la ordenó en el armario de la habitación. Al cabo de una hora recibió una llamada. Era del teléfono de Doyo.

—¡Al fin das señales de vida! Dime, perdido —contestó ansiosa por contarle tantas cosas.

—Hola, Airam; hemos venido a Ibadán a comprar unas cosillas y como aquí he recuperado la cobertura te llamo a ver cómo te va. Bueno, poco habrá pasado, porque hace apenas veinticuatro horas que te dejé… Además, te quiero decir que, si estás de acuerdo, me quedaré aquí también esta noche, porque mi colega y yo estamos ilusionados redactando un proyecto conjunto de investigación para presentar en una convocatoria nigeriana que acaba en unos días. ¿Va todo bien por allí?

Airam lo meditó unos segundos; notó tan ilusionado a Doyo que se cuestionó si valía la pena contarle lo del atentado. Si se lo explicaba, él se preocuparía y regresaría de inmediato, y después de todo, ya había pasado, ella estaba a salvo y hacerle volver no serviría para nada. Así que optó por no decirle nada.

—Vale, Doyo, fenomenal, no te preocupes. Yo hoy he ido de compras y ya estoy de vuelta en el hotel. No te puedes imaginar lo que puede pasar en veinticuatro horas, cuando vuelvas y te ponga al día,

alucinarás.

—Sí, supongo que se puede comprar mucho en veinticuatro horas —contestó Doyo sin entender el sentido de las palabras de su amiga—. Pero no habrás ido sola a comprar, ¿verdad? Recuerda que Nigeria es peligrosa.

«¿Que es peligrosa? Mucho más de lo que te imaginas. Cuando te cuente lo del atentado en nuestra habitación te quedarás estupefacto», pensó Airam. Pero siguió transmitiéndole buenas sensaciones con una mentirijilla piadosa:

—No, tranquilo, he ido acompañada de un policía que me ha puesto George al decirle que estaba sola cuando me volvió a llamar para preguntar por nosotros. Es muy amable.

—Me alegro. Ya dio muestras de su gentileza al interesarse por cómo estábamos.

—¿Volverás mañana a Lagos?

—Creo que sí. Ya te avisaré.

Airam descansó un rato en la cama. Se programó el despertador del móvil para no llegar tarde a la cita con George. Hizo bien, porque, aunque no era su intención, se durmió en pocos minutos. Cuando sonó el despertador, se levantó rápidamente para no amodorrarse; se duchó, se lavó el pelo y se puso una blusa y una falda nuevas. Se miró en el espejo con aire coqueto y se sintió guapa con la nueva ropa africana. Antes de salir de la habitación, guardó en el bolsillo de la falda una cosa que había comprado para George en el Palms Shopping Mall. No sabía si acabaría dándoselo, pero algo en su interior le decía que se presentaría la ocasión.

A las nueve en punto, cuando George entró en el vestíbulo del hotel, Airam bajó el último escalón. Se dieron dos castos besos y ella abrió la conversación:

—Seremos dos, George. Doyo se queda en Ibadán hasta mañana. Llévame al George & Friends, que hoy hay cenita mediterránea; bueno, todo lo mediterránea que pueda ser.

—Perfecto. He dado día libre a mis asistentas para que no te molesten en la cocina. Yo seré tu pinche.

Al llegar a la casa se prepararon dos Moscow Mules en tazas de cobre. «¡Qué bueno está este cóctel! Se me hace la boca agua», pensó Airam. George puso un disco de música europea variada y se dirigieron a la cocina, aún desconocida para Airam. Era amplia, como todas las dependencias de la casa, y parecía no faltarle de nada. Se pusieron juntos a hacer la cena mientras comentaban curiosidades y anécdotas. Prepararon una ensalada, rodajas de pan con tomate rallado, y mientras esperaban a que el horno marcara la hora para sacar el pescado, se sirvieron unas copas de vino tinto una vez apurados los Moscow Mules. Airam se sentía muy a gusto.

Con el último sorbo de su copa de vino, oyó una melodía que le encantaba: sonó Mika cantando su *Boum, Boum, Boum*. Al reconocer los primeros acordes, cogió a George de la mano para invitarle a bailar. Se pusieron a hacerlo de forma animada, disfrutando de la sensualidad de cada *boum, boum, boum*. Al principio se dieron tres golpecitos con los hombros cada vez que sonaban las tres palabras, después los choquecitos fueron con el trasero. Las miradas, más insinuantes tras cada giro del cuerpo, y las sonrisas cómplices hicieron que el baile acabara en un abrazo, como dándose las gracias por lo disfrutado. Sonreían cuando sonó un bolero. Siguieron bailando pegados y Airam, tras las primeras estrofas, mirando fijamente los oscuros ojos que George tenía clavados en sus pupilas azules, le dio un beso suave en la barbilla, otro entre la mejilla y la comisura de los labios, y otro entre la otra comisura y la otra mejilla.

—No han sido besos, han sido lo que los romanos llamaban «ósculos» —explicó Airam.

—¿Qué diferencia hay? A mí me han parecido besos. ¿Qué son ósculos? —respondió George.

—Hoy en día se ha perdido la diferencia entre esas palabras —añadió Airam sin dejar de bailar—. En la actualidad a todo lo que se da con los labios se le llama besos. Pero los romanos tenían tres tipos de besos: los ósculos, los *basia* y los *savium*.

—Y los ósculos eran besos rozando ligeramente los labios, como el que me has dado…

—No. Los ósculos eran besos castos que se daban en la mejilla, eran los besos de amistad, de respeto, de protocolo. Eran los únicos que se daban en público. Los *basia* eran besos en los labios, lo que llamamos un «pico», y ya implican algo más que protocolo o amistad. En Roma se aprobó una ley por la que las mujeres estaban obligadas a dar *basia*, a besar en la boca, todos los días, no solo a su marido, sino también a los parientes más cercanos.

Mientras hablaban y bailaban, Airam continuó dándole ósculos provocativos poco a poco, como dosificándolos.

—¿Qué sentido tiene besar en los labios a los familiares? —preguntó George.

—Era para asegurarse de que las mujeres no bebían vino. Las besaban así no tanto para detectar el gusto, porque no había contacto con la saliva, como para detectar el olor a vino. Las mujeres tenían prohibido beberlo salvo en ceremonias y previo consentimiento de su marido. Hasta tal punto lo tenían prohibido que si lo bebían podía acarrearles el divorcio o fuertes castigos, entre ellos una buena paliza.

—Entonces tus besos son más *basia* que ósculos, porque me has besado en los labios. Pero con el vino que has bebido no me hacía falta *basia* para saberlo —bromeó George.

—Bueno, no son *basia*, son ósculos atrevidos. Son casi *basia*, pero no del todo. No ha sido en plenos labios, esos tan carnosos y preciosos que tienes… —susurró Airam provocadoramente, sin parar de darle suaves ósculos.

—¿Y los *savium* qué eran?

—Los *savium* eran los besos apasionados que se daban los enamorados, eran lo que llamamos besos con lengua —describió Airam con voz melosa.

Mientras hablaba de los *savium*, George observó que Airam le recorría los labios con esos ojos azul celeste que parecían pedir a gritos un beso suyo. Respondió con uno ardiente, un *savium* que inundó de placer la boca de Airam y se convirtió en una explosión de deseo que se

extendió por todo su cuerpo.

—Entonces ¿un *savium* era esto? —musitó George en el oído de Airam.

—No estoy segura; repítelo, por favor —respondió Airam.

—Sin favor; será un placer.

Se besaron de forma apasionada al tiempo que las manos de George empezaban a acariciar lentamente el cuerpo de Airam: las caderas, las piernas, los pechos… Cada vez que rozaban la parte interior de sus muslos, crecía el ardiente deseo en ella. Hasta que llegó ese anhelado momento. Empezó a sentir en su sexo las caricias de la mano derecha de George. Una mano que parecía de seda y se movía con una delicadeza y un ritmo inauditos para ella, provocándole una excitación suprema que licuaba su sexo. La fogosa mano le transmitía tal agitación que lo sentía palpitar, caliente, enorme y empapado, al ritmo de los dedos. «Toca mi sexo con la misma maestría que los tambores», pensó la capitana. En un momento que retiró la mano para abrazarla con los dos brazos, Airam sintió a través de la falda el duro miembro de George bajo el pantalón. Se echó la mano al bolsillo de la falda y sacó lo que había comprado pensando en él.

—George, tienes que ponerte esto —añadió mostrándole el condón en la mano derecha.

—Yo también quiero sexo seguro, pero en vez de este —se sacó del bolsillo otro preservativo giñándole un ojo—, me pondré tu regalo…

Mientras George enfundaba su miembro, Airam se apresuró a quitarse el tanga, tirarlo al aire y recostarse sobre la isla de la cocina, reclamando más, sin palabras, al dejar al descubierto su sexo. Se sentía poderosa.

George se acercó aceptando la invitación y empezaron a hacer el amor. Airam sintió el vaivén dentro de su cuerpo mientras contemplaba cómo George la miraba con expresión dulce y libidinosa a un tiempo. Con cada envite sentía más y más placer hasta que la invadió un orgasmo que desbordó sus sentidos, con una intensidad y duración que jamás había disfrutado. Alcanzó un éxtasis desconocido para ella. Él también llegó al clímax. Al acabar, se quedaron abrazados en el suelo

de madera durante un buen rato, desnudos, callados.

George rompió el silencio al cabo de unos minutos; mientras acariciaba el pelo de Airam dijo:

—Qué listos eran los romanos. Tenían tres palabras para tres tipos de besos.

—Sí, y si lo piensas bien es lo más razonable porque son distintos tipos de besos. Dar el mismo nombre a los tres porque se hacen con los labios es como dar el mismo nombre a escribir, pintar o colorear porque se hace con las manos.

—Tienes razón. A mí, contigo, me gustan los *savium*. Quiero miles de *savium* —dijo George.

—¿Miles? Pareces Cátulo.

—¿Quién es ese?

—Era un poeta romano del siglo I que vivió una ardiente y tortuosa relación con su amante, una tal Lesbia. Le escribió una apasionada poesía —continuó musitándole al oído—, en la que le pedía miles y miles de besos hasta perder la cuenta y que nadie supiera cuántos se habían dado.

—Pues eso podríamos hacer nosotros —susurró George mientras besuqueaba la oreja de Airam.

Siguieron abrazados en el suelo mirándose, respirándose, sintiéndose, disfrutándose… Sin preocuparse del tiempo ni del horno, que había sonado hacía rato, en el momento más inoportuno.

23

Confidencias íntimas

Al cabo de media hora recobraron la posición vertical y llevaron los platos a la mesa dispuestos a cenar. Cuando llegaron al postre, frente a una gran fuente con un surtido de frutas, George reveló a Airam un secreto.

—Ahora que veo el postre, he de confesarte que en la cena de ayer hice una pequeña maldad.

—¿Qué se te ocurrió?

—Te dije que en la cena habría jengibre y lo hubo en el postre. Yemas de huevo con jengibre.

—No sabía qué era, pero estaba exquisito.

—Era una receta de mi asistenta que utilizaba Madame du Berry como fuerte afrodisiaco para sus amantes, entre los que se encontraba el mismísimo rey Luis XV. Se cuenta que al ingerirla provocaba una lujuria desenfrenada.

—¿Y un jefe de policía es capaz de hacer eso? —preguntó Airam con tono sugerente.

—Era fuera de horas de trabajo…

—Pues, al parecer, conmigo ha actuado con efecto retardado, casi veinticuatro horas después. ¡Y qué efecto! Así que retira la fruta de hoy y trae más yemas de huevo con jengibre —bromeó.

—¡Lástima! No quedan más. Pero creo que ya no vamos a necesitar ayuda de las yemas —contestó George.

—Hablando en serio, ha sido maravilloso —aseguró Airam—. Contigo he gozado como jamás lo había hecho, como no sabía que se podía gozar. Lo que he experimentado ha sido algo más que un orgasmo, mucho más, ha sido sublime. Yo lo llamaría un… —se quedó pensando un par de segundos— «megaorgasmo». Me asombra que hayan tenido que pasar cuarenta y cinco años, y haya tenido que venir a Nigeria para sentirlo.

—Pues me alegro de que lo hayas sentido conmigo, pero no de que sea la primera vez. Ojalá estuvieras acostumbrada, porque lo habrías gozado mucho. Seguramente habrás tenido pocas parejas.

—Poquísimas. Un primer novio y mi marido —confesó Airam sin querer revelar que el primer novio fue Doyo.

—Y supongo que tu primer novio y tú os estrenaríais juntos.

—Eso creía yo hasta hace poco, pero al parecer se me adelantó alguna trabajadora de un hotel… Aun así, estaba tan nervioso y parecía tan inexperto que parecía su primera vez. Y mi marido tampoco tenía experiencia…

—Yo me inicié en el sexo cuando conocí a una encantadora mujer española a la que llamaba Chiribita, porque los ojos le hacían chiribitas cuando estaba con ella —reveló George—. Al principio, ¡menudos sustos me daba cuando alcanzaba el orgasmo! Se echaba a llorar y a la vez se reía. ¡Era un espectáculo! Siempre le estaré agradecido por descubrirme lo que podía disfrutar y lo que podía hacer disfrutar. Ella tenía mucha experiencia y me enseñó tantas cosas… Algunas quizá nunca las habría experimentado sin conocerla. Con ella aprendí a controlar mis orgasmos y los suyos. Me enseñó los secretos del *edging* y del sexo tántrico. Y aprendí los límites: nada que tú no quieras y nada que yo no quiera. Entre esos límites cualquier propuesta vale la pena experimentarla.

—Pues tú serás mi Chiribito —sentenció Airam—. He sentido tus manos de una forma especial, como si estuvieras acostumbrado a acariciarme con la misma maestría con la que tocas tus tambores.

George cogió la ancha copa de vino tinto por el fuste, con la mano izquierda, la arrastró sobre la mesa para ponerla ante él, y, sujetándola,

se humedeció el dedo índice de la mano derecha. Comenzó a deslizarlo por el borde recorriendo su circunferencia, una y otra vez, con un ritmo constante, hasta que en unos segundos la copa empezó a emitir un sonido precioso, intenso, que se oyó fuerte y claro. Airam cerró los ojos y le pareció escuchar el canto de una ballena.

—Parece magia, ¿verdad? —preguntó George.

—Es sorprendente que solo con un dedo y con el cristal salga ese sonido tan maravilloso. Es gratamente sorprendente —añadió Airam.

George cogió la otra copa de vino blanco, que estaba casi vacía, y repitió la operación. Salivó en su índice, comenzó a deslizarlo por el borde, recorriendo rítmicamente la circunferencia, una y otra vez, y al cabo de unos instantes la copa emitió un sonido agudo, diferente por completo del de la de vino tinto, pero no menos agradable.

—Ahora es magia blanca —continuó George—. Blanca por el vino y por el sonido agudo. ¿Te gusta cómo cantan?

—Es maravilloso —contestó Airam.

—Te toca a ti. Te dejo probando mientras voy un momento al baño.

La curiosidad innata de Airam la llevó a buscar en Google con su smartphone las palabras «copas que cantan» y, en un segundo, aparecieron vídeos de cómo hacerlo y una explicación de por qué cantaban así. Leyó que es tan solo un fenómeno físico, el de la resonancia del cristal; al frotarlo, una vez han desaparecido los restos grasientos del borde con las primeras vueltas del dedo, el cristal vibra con una frecuencia determinada que produce una onda estacionaria que depende de la forma, tamaño, tipo de cristal y de su contenido. «No es magia, es pura física. La saliva desempeña en el dedo el mismo papel que la resina en el arco del violín. Es el mismo fenómeno, uno en el cristal y el otro en la cuerda. Esto es muy fácil, está *chupao*, nunca mejor dicho», pensó la capitana.

Airam cogió la copa de vino tinto y repitió los pasos que había visto a George, pero transcurridos unos segundos no sonó. Continuó deslizando el dedo por el borde, aunque siguió sin sonar. Lo intentó sin éxito una y otra vez. Volvió George y la copa aún no había cantado.

—¿Qué truco tiene esto? —preguntó Airam—. A ver si va a resultar

que tienes razón y es magia.

—No hay truco. Ahora verás.

George se situó detrás de Airam. Puso su mano izquierda sobre el hombro izquierdo de ella y le cogió el índice de la mano derecha con el pulgar y el índice de la suya. La capitana se sentía arropada por George.

—Mójate el dedo con saliva y vamos a ello —le susurró al oído.

Airam comenzó a deslizar el dedo por el borde de la copa y notó cómo la mano de George variaba la fuerza con la que ella apoyaba el dedo, hasta que lo hizo con la presión adecuada y el cristal emitió el deseado sonido. George soltó la mano de Airam, que continuó describiendo la circunferencia, y siguió cantando sin parar, dibujando en Airam una gran sonrisa de satisfacción al comprobar que lo estaba consiguiendo sola. Después, cada uno en su silla, empezaron a hacerlas cantar a dúo, mirándose a los ojos, acompañando el sonido de sonrisas cómplices.

—Hace años no sabía hacerlas cantar hasta que me enseñaron —dijo George—. Tampoco sabía acariciar el sexo de las mujeres hasta que una me enseñó.

—Te enseñó bien. Una amiga mía dice que está harta de los manazas que la tocan como si fuera un timbre. —Sonrió—. En cambio, tú me has hecho cantar como a las copas.

—De eso se trata, por eso te lo he enseñado. El sexo de cada mujer es diferente, como cada copa, y necesita de un ritmo, un tiempo y una presión distintos hasta que canta. Y cada mujer lo hace de manera diferente.

Airam pensó que lo que estaba descubriendo junto a George era otro premio del destino que se sumaba a que la nombraran capitana del Clara Campoamor. Se sentía fascinada por su Chiribito y asombrada por cómo había sintonizado con él. Nunca hubiera imaginado que podía acostarse con un hombre al poco de conocerlo, como había ocurrido con George, ni que iba a sentir la confianza para hablar de sexo de forma tan desinhibida, con la soltura con la que lo había hecho.

Esa noche la cama *kingsize* tuvo que soportar la pasión de la pareja

con sus efectos: dos «megaorgasmos» más, uno al acostarse y otro a las cinco de la mañana. «Cualquier hora es buena para hacer el amor», se dijo Airam tras la placentera repetición. George retomó el sueño, pero ella se desveló pensando en sus cinco estrellas en el mar. Pensaba que era una ironía del destino que hubiera descubierto sus megaorgasmos como consecuencia de haber encontrado a unas chicas mutiladas genitalmente y que, por tanto, nunca hubieran gozado como ella lo había hecho. Pensaba que doscientos millones de mujeres tampoco podrían hacerlo por muchos George que conocieran. Pensaba que ni siquiera podrían gozar como ella lo hacía antes. Hasta hacía solo unas semanas, Airam conocía la existencia de la ablación por algunas noticias esporádicas. La condenaba y le parecía terrible, pero la veía lejana. Ahora sentía el tema tan suyo que le dolía pensarlo. Finalmente se durmió.

24

La visita al museo

Al día siguiente los dos cuerpos despertaron acariciados por los rayos de sol que se colaban por la ventana y calentaban su piel desnuda. Lo primero que hicieron fue recibir el día de forma apasionada con otro megaorgasmo de Airam, al que le sucedió uno más, de menor duración e intensidad, pero mayor de los que conocía hasta entonces. La capitana acababa de descubrir que era multiorgásmica. «Mi Chiribito es una mina de placer», se dijo, abrazada todavía a George. Se sentía feliz por sus descubrimientos.

A media mañana salieron al patio interior y, mientras saboreaban el copioso desayuno que se habían preparado, George recibió una llamada de teléfono. Era de la comisaría. La atendió y, tras colgar, le contó a Airam:

—Me dicen que han descubierto a Chinua hablando con un tipo sospechoso que no es conocido por aquí. He pedido que me traigan las fotos que les han hecho y las veremos. También me han informado de que no han conseguido identificar ninguna huella en el anónimo que os dieron en el hotel, como ya imaginaba. Lástima.

Casi una hora después, unos agentes le entregaron a George, en la puerta de su casa, las esperadas fotos dentro de un sobre. De vuelta junto a Airam, abrió el sobre y las revisaron una a una. No reconocieron al individuo que estaba junto a Chinua. Airam se dio cuenta de que el desconocido llevaba una marca en la mano izquierda.

George se fue a buscar una lupa y Airam sacó las fotos de las manos de las chicas.

—La marca es similar a la de cuatro de las chicas —dijo Airam al verla ampliada y compararla con sus fotos—. Ese siniestro personaje con el que habla Chinua debe de ser del poblado de las chicas o de alguno de su etnia. Si lo encuentras y le haces hablar, nos llevará hasta el poblado.

—Tienes razón, pero es un tipo de lo más siniestro —advirtió George—. Esto podría apuntar al motivo del atentado. Nunca he visto a nadie con marcas así por Lagos y el hecho de que, después de que se las enseñarais a Chinua, él se reúna aquí con uno que la lleva no puede ser casualidad. Él y ese tiparraco podrían estar impidiendo maquiavélicamente que consigáis vuestro objetivo, aunque sea a costa de mataros. Lo que desconocemos es el porqué. Debe ser algo muy gordo para decidir asesinaros.

—Estas fotos son un gran paso para encontrar el móvil del atentado y el poblado de las chicas —comentó Airam esperanzada.

George propuso que aprovecharan su segundo día libre visitando el Museo Nacional de Nigeria, que albergaba una impresionante colección de arte y cultura nigeriana. Airam aceptó encantada. En dirección al museo se toparon con uno de los abundantes e interminables atascos de Lagos. Parada en medio de un mar de coches, la capitana se percató, de nuevo, de algo que ya le había llamado la atención antes.

—George, he visto varias veces a grupos de personas con cámaras de vídeo, como aquel de allí, que parecen estar rodando un anuncio… ¿Es posible?

—No es un anuncio. Eso es Nollywood.

—¿Nollywood?

—Es como se conoce a la industria cinematográfica nigeriana. Se denomina así por contraposición al Hollywood de Estados Unidos y al Bollywood de la India. Es un fenómeno que nació en los noventa y que en la última década ha alcanzado una envergadura inimaginable en sus

inicios. Las películas y series nigerianas inundan las televisiones de muchos países africanos. Han llegado a tal punto que es la segunda industria cinematográfica del mundo en producción de películas, por detrás de Bollywood y por delante de Hollywood. Se ruedan más de cincuenta a la semana.

—Otra sorpresa de Nigeria. Ahora va y resulta que tiene una potente industria de entretenimiento…

—Nollywood es más que entretenimiento para Nigeria, es desarrollo económico. Más de un millón de personas viven del trabajo en las distintas empresas del sector audiovisual. En generación de empleo solo le supera el sector agrícola. Hasta el petrolífero está por detrás.

—¿Y dónde tiene los estudios Nollywood? ¿Podemos ir a verlos?

—No hay estudios ni decorados como los de Hollywood —dijo George sonriendo—. Aquí cada uno rueda la película donde puede. El éxito del modelo de negocio está en el bajo coste de las producciones, junto con que hablan de cosas que importan en África, con actores africanos y cultura africana. Evidentemente la calidad de las películas y series no tiene nada que ver con la de las americanas o las europeas, y por eso no las veréis allí. Pero arrasan en toda África.

Mientras hablaban de Nollywood, el tráfico empezó a moverse y en media hora llegaron al museo. Antes de entrar les advirtieron que no podrían hacer fotos dentro de las instalaciones, como es habitual en tantos países, y tampoco fuera, lo cual llamó la atención de Airam. Paseando por el museo contemplaron la preciosa colección de calabazas decoradas, las coronas reales, los emblemas de los antiguos reinos, esculturas, pinturas, máscaras… Continuaron recorriendo salas hasta llegar a una presidida por una cabeza de cerámica de tamaño natural. La sala estaba llena de figuras de animales y bustos hechos con terracota. Cuando Airam pasó por delante de uno de ellos, notó un vuelco en el corazón, unas palpitaciones, y lo miró fijamente. A diferente escala, era un busto muy parecido al del amuleto que Doyo le regaló en el aeropuerto de Madrid. Al levantar la vista en busca de una explicación, leyó que se encontraban en la sala de la cultura nok. No le cupo duda alguna: los dos bustos eran de Mulukú. Airam se quedó

sorprendida por la experiencia vivida con su amuleto, una experiencia que no sabía lo que significaba y a la que no podía dar explicación. La capitana optó por indagar si George podía aclararle algo al respecto.

—¿Qué sabes de la cultura nok?

—No se sabe casi nada. Era un pueblo sin escritura y se han perdido todas sus costumbres en los más de mil años que han pasado desde su desaparición.

—¿Y qué sabes de ese busto de terracota que preside la sala?

—Es una representación de Mulukú.

—Pues te voy a dar una sorpresa —dijo Airam mientras enseñaba a George su amuleto.

—¡Es el mismo busto a escala reducida! ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regaló Doyo. Dice que es nok auténtico, que ha pasado de generación en generación.

—Escóndetelo. Debe de tener un valor incalculable, te lo pueden robar. Además, como es parte del patrimonio cultural de Nigeria, te lo requisarán si lo reconocen y te puedes meter en un lío. Guárdatelo y no comentes a nadie su existencia.

—Te lo he enseñado porque me ha pasado algo inexplicable para mí: al entrar en la sala he notado que el amuleto se calentaba, mira, tócalo.

—Cierto. Está muy caliente.

Airam siguió la recomendación de George. Se puso el amuleto por dentro de la camisa y continuó describiendo lo que acababa de vivir.

—Al mirar al centro de la sala y ver el busto, me ha dado un vuelco el corazón. Ha sido como si tuviese palpitaciones o una arritmia pasajera. Entonces he sentido el calor que emite el amuleto y me he dado cuenta de que estábamos en la sala nok y de que la presidía Mulukú. ¿Qué explicación tiene esto?

—En África hay cosas que suceden sin explicación posible desde lo racional.

—Como ingeniera no concibo que algo suceda sin que pueda explicarse el porqué.

—Quizá se encuentre explicación algún día. En el pasado no podían explicarse determinados fenómenos y, a medida que ha avanzado la

ciencia, han ido aclarándose las causas. Por más ingeniera que seas, debes asumir que hay cosas que no entendemos y, sin embargo, existen. Con tu talismán hoy tienes un ejemplo claro. Tienes que aprender que a veces hay que tener fe y creer en lo que no se ve.

—Algo así me dijo Doyo no hace mucho. Lo único con lo que estoy de acuerdo de lo que has dicho es que no todo tiene aún una explicación y que nos falta mucho por saber. Cuanto más sabemos, más preguntas nos hacemos y nos damos cuenta de que nos queda más por saber. El conocimiento crece cuanto más se usa y más se comparte.

—Lo que te ha pasado no te lo puedo explicar, pero sé lo que significa —aseguró George, serio, mirando fijamente a los ojos de Airam.

Se sucedieron unos segundos de un silencio espectante.

—Significa que Mulukú está en tu amuleto. Te protegerá mientras sienta el calor de tu cuerpo.

—¡Por eso me dijo Doyo que lo tenía que llevar siempre junto al corazón! Pero ¿qué chorradas estoy diciendo? Eso no tiene ningún sentido…

Dejaron la sala dedicada a la cultura nok y prosiguieron la visita por el museo. Al pasar por una indicación de los lavabos Airam miró a George y le hizo un guiño.

—Chiribito, además de ver arte en el museo también podría amarte en el museo —dijo insinuante indicando con la cabeza y los ojos la dirección del servicio.

—Capitana, eres una fontana de buenas ideas… Los carteles prohíben hacer fotos hasta en el exterior, pero no condenan lo que propones —bromeó.

Airam se sorprendía de su propia sugerencia. Jamás había hecho el amor en un servicio público. Hasta hacía unos días era incapaz de pensarlo y ahora era ella quien lo proponía, quien tomaba la iniciativa. No le cabía duda de que en Nigeria había nacido una nueva Airam dentro de ella. Al llegar a las puertas de los servicios, les asaltó una duda de principiantes:

—¿Cuál elegimos? —preguntó Airam—. ¿El de hombres o el de

mujeres?

—Si elegimos el de hombres, la salida puede ser embarazosa para ti, si en ese momento hay alguien más en el servicio, y si elegimos el de mujeres será embarazoso para mí. Así que mejor elijamos el reservado a personas con discapacidad.

Abrieron el servicio y entraron los dos juntos sin que nadie los viera.

—¡Qué buena idea, George! Este es mucho más amplio que los servicios corrientes y está más limpio. Se nota que apenas se usa…

—Además, es menos probable que llamen a la puerta en mitad de la faena —susurró George mientras abrazaba a Airam y le besaba el cuello.

Allí dieron rienda suelta a su pasión y tuvieron un encuentro en tres fases: primero de pie, ella contra la pared, después ella doblada noventa grados, y, por último, George sentado y ella montándolo con desenfreno hasta que consiguió otro megaorgasmo, como los había bautizado. Esta vez fue silencioso por necesidad del entorno. Se quedaron sentados, ella sobre él, y fundidos en un abrazo.

—Chiribito, ¡ha sido una pasada! —susurró Airam.

—A partir de ahora vamos a ver los museos mucho más atractivos —contestó George—. Nunca imaginé que visitarlos podría suponer semejante placer…

Ambos sonrieron con aire pícaro.

Airam había recibido una llamada, pero no le hizo caso; no era momento de entretenerse mirando el móvil. Comprobó quién había llamado una vez salieron del servicio.

—Vaya, si era Doyo… Tanto tiempo sin dar señales de vida y elige el momento más inoportuno para llamar. Si supiera lo que estábamos haciendo... Luego le llamaré.

Continuaron el recorrido por el museo, más relajados que antes y con una sensación de felicidad que impregnaba sus cuerpos. Al salir a la calle Airam cogió el móvil y devolvió la llamada a su amigo.

—¿Qué tal por Ibadán?

—Ya estoy llegando a Lagos.

—¡No me digas! Pues qué alegría. Llama a OK para que te recoja en

la estación de autobuses y vente directamente a comer con nosotros. Estoy con el comisario de policía.

—¿El comisario? —preguntó extrañado.

—Sí. Ven y te lo cuento. Tenemos noticias. Te envío por WhatsApp adonde vamos.

George le dijo en qué restaurante podían verse y Airam le pidió que no desvelara su relación. De momento no quería contarle a Doyo nada sobre que habían intimado.

Llegaron al restaurante y al poco apareció Doyo.

—Hola, Airam —la saludó dándole un beso y un abrazo—. Hola, jefe George. —Tendió la mano derecha al comisario.

—¿Cómo te ha ido por Ibadán? —preguntó Airam.

—Bien, ya te contaré. Oye, te veo guapísima con esa ropa africana. Te has mimetizado con el entorno. Veo que has aprovechado las compras…

—Gracias, Doyo. He renovado todo mi vestuario, pero por obligación, como te pasará a ti.

—¿A mí? ¿Por obligación? ¿Acaso nos han robado en el hotel?

Airam y George le relataron lo que sabían de Chinua y lo ocurrido con el atentado. Con un nudo en la garganta, la capitana recordó cómo habían perdido la vida Babatunde y Egbichi en lugar de Doyo y ella. El catedrático la escuchaba con la cara desencajada y los ojos como platos.

—El anónimo nos advirtió de que aquí encontraríamos la muerte y no hicimos caso —comentó Doyo apesadumbrado.

—Tranquilízate. Ahora tenemos protección policial. No podemos estar más seguros.

Airam le explicó la necesidad de confiar en George y, como lo notó tenso y preocupado, soltó una broma para distender el momento.

—Lo que ha pasado no se puede cambiar. Por desgracia, Babatunde y Egbichi no volverán. Y hay otra cosa que ha cambiado el atentado: tú y yo ya no compartiremos cama. A partir de ahora tendremos dos

habitaciones, así tendrán que poner dos bombas si quieren eliminarnos.

—No digas eso ni en broma —protestó Doyo.

—Bromeo porque ahora ya no tenemos que preocuparnos por eso, ya que gozaremos de la protección de la policía mientras estemos en Lagos. —Para sí pensó que ella gozaba de mucho más con el jefe de policía.

—Me dijiste que no me podía imaginar lo que puede pasar en veinticuatro horas y que alucinaría cuando lo supiera. ¡Cuánta razón tenías! Tonto de mí, creía que te referías a lo que te habías comprado. Estaba trabajando en lo del proyecto con mi colega y tú has tenido que tragarte todo esto sola. Lo siento, Airam. Lo siento —lamentó Doyo apenado.

—No digas eso. En un primer momento te llamé para contártelo, pero tenías el teléfono apagado. Después logré sobreponerme gracias a la confianza y seguridad que me ha dado George y por eso no te dije nada. Era absurdo que vinieras corriendo si no había ninguna necesidad.

—Me tranquiliza verte tan bien. Hasta tienes una luz en la mirada que no tenías antes de que me fuera.

—Eso es que me estoy haciendo a este país. Cada vez descubro cosas mejores —dijo lanzando una mirada de complicidad al jefe de policía.

—¿Como qué? —inquirió Doyo.

Airam no quería aludir a George, así que optó por una respuesta frívola.

—Ya te enseñaré todo lo que me he comprado… Por cierto, tú también tendrás que ir de compras, porque solo tienes lo que te llevaste a Ibadán. Espero que no dejases cosas de valor en la maleta.

En ese momento sonó el móvil de Doyo. Le llamaban desde un número de teléfono nigeriano. Lo descolgó y, por lo que iba entendiendo Airam al oírle, parecían ser noticias sobre las marcas de las manos de las chicas.

—Pasamos del drama a la esperanza —aclaró Doyo al colgar—. Era el doctor Okeke, mi colega de la Universidad de Calabar, una ciudad cercana a la frontera con Camerún. Me dice que el poblado que

buscamos está en el Parque Nacional de Cross River.

—Calabar figuraba en el libro que me dejaste —puntualizó Airam—. La describía como una ciudad en la que los turistas se pueden relajar. Me llamó mucho la atención esa frase en un país donde no hay demasiado turismo.

—El río Cross discurre entre Nigeria y Camerún —aclaró George—, es un río caudaloso en cuya desembocadura confluyen otros, como el Calabar, formando un enorme estuario que se pierde en el horizonte. Pero Cross River se refiere a un estado del sudoeste de Nigeria que limita con Camerún y es atravesado por el río Cross, del que toma su nombre.

—En esa zona es donde está el poblado del que me hablaste en el consulado, ¿no, Doyo?, aquel en el que los hombres y las mujeres hablan dos lenguas distintas.

—Efectivamente, Ubang. Está muy cerca de la frontera con Camerún. ¡Buena memoria!

—George —dijo Airam—, esperábamos que el misterioso personaje que habló con Chinua, el que tenía la marca en la mano, nos revelara la ubicación del poblado una vez que le detuvierais y le hicierais hablar. Y mira tú por dónde el doctor Okeke nos ha resuelto el problema mucho antes de lo previsto.

—Sí, pero no por eso vamos a dejar de buscar a ese tipo —aseguró George.

—Doyo, ya es la tercera vez que la universidad nos ayuda —prosiguió Airam—: primero fue tu colega de la Universidad de Lagos, que nos descubrió que el poblado estaba en Nigeria; después tu colega de la Universitat Jaume I, que nos localizó el contacto en el Jet Propulsion Laboratory, y ahora tu colega de la Universidad de Calabar, que sabe dónde está el poblado. El mundo de la universidad está hiperconectado.

—Y más desde que existe internet —recalcó Doyo—. Me ha dicho mi colega que volemos mañana mismo a Calabar. De ahí nos llevará en coche hasta Akamkpa, una ciudad al norte, en el confín occidental del Parque Nacional de Cross River, lo más cerca posible del poblado que

buscamos. Hasta allí solo se puede ir andando y él nos acompañará al día siguiente por la mañana. Más tarde no puede, porque por la tarde volará para intervenir en un congreso en Estados Unidos. Okwonkwo nos llevará hasta el aeropuerto y después vendrá en coche hasta Akamkpa, donde nos reuniremos con él.

—¿Y por qué no vamos en coche con OK? —preguntó Airam.

Mientras formulaba la pregunta, Google respondió a su búsqueda de «distancia de Lagos a Calabar».

—No hace falta que me contestes —prosiguió Airam—. Ya veo que son setecientos sesenta y nueve kilómetros, pero las carreteras deben de dejar mucho que desear, porque el tiempo estimado del trayecto es de doce horas y dieciséis minutos.

—Eso sin parar —añadió Doyo—, que al menos deberíamos hacer dos o tres paradas; y eso suponiendo que todo vaya bien, que es mucho suponer aquí. Es inviable emprender ese viaje por carretera con el poco tiempo de que disponemos.

—Volad mañana —intervino George—, yo seguiré con mis investigaciones y, si averiguo algo del misterioso personaje, os lo haré saber.

—En cuanto nos despidamos me voy a sacar los billetes —aseguró Doyo—. Esta noche cenaré con mis colegas de la Universidad de Lagos; si quieres venir, ya lo sabes… —invitó a Airam.

—No, gracias, estoy cansada.

Airam se alegró de que Doyo tuviera una cita, porque le permitía volver a pasar la noche con George sin necesidad de dar explicaciones. Sería su última noche, al menos de momento. Airam quería despedirse por todo lo alto…

25

La iniciativa de Airam

Doyo y Airam se volvieron al hotel. Él se registró y le asignaron una habitación junto a la de ella, esta vez en la segunda planta, de lo que se alegró, porque tenía un buen trecho menos de escaleras que subir. En la recepción invitó a Airam a acompañarle a un centro comercial, al que les acercaría Okwonkwo, para comprarse ropa y demás cosas.

—Me voy a quedar a descansar en el hotel, si no te importa. Yo no necesito comprarme nada más tras mi visita al Palms Shopping Mall; por cierto, te lo recomiendo, porque tiene de todo.

Tras subir a las habitaciones, Doyo se dirigió al centro comercial, mientras que Airam aprovechó para llamar a sus hijas. Tecleó el número de móvil de la menor.

—Hola, cariño —saludó a Vicky.

—¡Hola, mamá! ¡Qué alegría oírte! ¿Te encuentras bien? Estamos muy preocupadas por ti. En el telediario salió el otro día un ataque pirata en el golfo de Nigeria y dijeron que es el lugar más peligroso hoy en día para la navegación marítima.

—Así es, pero eso ya lo sabía antes de venir. No os preocupéis, porque yo estoy en tierra y no tengo intención de subirme a ningún buque, ni yate, muy a mi pesar, porque ya lo echo en falta.

—¿Y cómo te van las cosas por allí?

—Bien. Por aquí todo es tan diferente… Menos mal que tenemos ayuda.

—¿Has encontrado a alguien que os pueda ayudar?

—Pues sí. Tengo un nuevo amigo: el jefe de policía de Lagos. Me ha puesto guardaespaldas para que me sienta segura y me ha acompañado a ver unos buques similares al Clara Campoamor que están acabando de construir en un astillero del puerto.

—¿Y es guapo ese jefe?

Airam se sorprendió por la pregunta de su hija, pero es que Vicky siempre había tenido un sexto sentido para esas cosas.

—Es atractivo. Pero lo mejor es que me está ayudando mucho y con él estoy conociendo mejor Nigeria.

Airam desvió deliberadamente la pregunta porque no quería contarle nada de las relaciones que habían mantenido. Tampoco le dijo nada del miedo que pasó con el atentado porque supondría transferírselo con el agravante de que ellas pasaban muchas horas sin saber nada de su madre y esa incertidumbre podía hacerles mucho daño.

—¿Y Doyo no iba con vosotros? —preguntó la hija.

—No. Ha estado dos días en Ibadán, una ciudad cercana, con un colega suyo. Pero ya está de vuelta. Cuando estábamos comiendo hemos recibido una llamada esperanzadora. El doctor Okeke, de la Universidad de Calabar, le ha dicho que sabe dónde está el poblado de las cinco chicas, en un estado que se llama Cross River. Mañana saldremos hacia allí.

—Qué notición, mamá. Me alegro mucho de que encuentres el camino para resolver interrogantes. Pero ten mucho cuidado.

—Sí, hija, no te preocupes. Estoy bien protegida, ahora hasta por un jefe de policía. Un beso para ti y otro para tu hermana. Os quiero.

—Vale, mamá, yo también te quiero mogollón. Besos.

Tras la llamada, Airam se quedó pensativa. Por primera vez en esos días, se preguntó qué hacer, si seguir hacia el Parque Natural de Cross River en busca de respuestas sobre las chicas o volver a España con sus hijas. En solo dos días había cambiado su percepción del peligro. Había pasado de estar muerta de miedo tras el atentado a parecerle algo lejano. De sentir que se podía repetir en cualquier momento, a sentirse segura. La confianza transmitida por George, los guardaespaldas que le

había puesto, la magia de su Chiribito y los megaorgasmos le habían hecho ver las cosas de otra manera. Ahora, además, la posibilidad de ir al poblado de las chicas le había supuesto una trasfusión de ilusión. A ello se sumaba que algo la impulsaba a seguir a la estrella de ébano; las cinco chicas seguían pidiéndoselo en sueños. Vivir es elegir y eligió: no quiso volver a España, continuaría hacia el poblado.

Como consecuencia, lo primero que hizo fue actualizar la lista de interrogantes, que tenía abandonada desde la explosión en su habitación. Siguió creciendo al añadir uno nuevo:

15. ¿Por qué quisieron matarnos?

Luego Airam buscó Akamkpa, la ciudad desde donde partirían al poblado de las cinco chicas. La respuesta de Wikipedia la dejó perpleja por lo exigua: «Akamkpa es una localidad del estado de Cross River, en Nigeria, con una población estimada en marzo de 2016 de 200 100 habitantes. Se encuentra ubicada en el extremo sureste del país, junto a la frontera con Camerún». No había más. El dato del número de habitantes no sabía cómo interpretarlo. «¿Qué significa eso de 200 100? ¿Serán 200 o serán 100?», se preguntó Airam. Accedió al enlace de información demográfica y… ¡resultaron ser doscientos mil cien habitantes! «Más grande que la capital de Castellón. ¿Cómo es posible que con esa población la única información de Wikipedia sea esa línea y media?». Siguió buscando en Google, pero no apareció mucho más, tan solo noticias sobre una cantera que parecía estar en venta. Era como si fuese una ciudad fantasma para internet.

Dispuesta a conocer algo más, buscó en Google Maps. En la pantalla apareció una zona gris extendida a ambos lados de una carretera que bordeaba el Parque Nacional de Cross River, uniendo Katsina-Ala, una ciudad situada más al norte, con Calabar. Intentó ampliar la imagen, pero por más que se esforzó no apareció el mapa con la trama de calles de Akamkpa y sus nombres; tan solo pudo ver la línea de la carretera que atravesaba la población. Nunca le había pasado algo así al buscar una ciudad en Google Maps.

Seleccionó la imagen por satélite y confirmó con ello que era una zona que se extendía a lo largo de la carretera, con baja densidad de edificación y casas que parecían de una o dos plantas. Los doscientos cien mil habitantes no le cuadraban con lo que veía. Parecía un pueblo, y no demasiado grande. «Es imposible que tenga más de doscientos mil habitantes», pensó. Akamkpa aparecía rodeada de verde, especialmente por el lado del parque nacional. Un verde que lo inundaba todo y que impedía ver poblaciones a lo largo del parque natural. «Debe de ser un lugar precioso». Trató de mover la figura del *street view* sobre las calles de Akamkpa para ver imágenes a pie de calle. Quería darse un paseo virtual, como había hecho tantas veces con otros lugares del mundo antes de visitarlos. Pero no tuvo éxito. De Akamkpa solo podía verse la imagen cenital. Airam concluyó: «No cabe duda de que Google no ha llegado hasta allí: tan solo tiene las imágenes que envía el gran hermano del satélite. Google y Wikipedia no tienen casi información del lugar y, de la poca que aparece, el número de habitantes no es coherente con lo que veo. ¿A qué lugar voy a ir, que ni Google lo conoce? Es un claro indicador de que allí las cosas serán muy diferentes de lo que estoy acostumbrada». Se tumbó en la cama y dejó volar la imaginación.

A las ocho de la tarde Doyo llamó a la puerta de su habitación para decirle que se iba a la cena con su colega.

—¿Has encontrado lo que necesitabas?

—No he tenido tiempo para comprarme todo lo que quería, pero ya lo haré en Calabar.

Airam le dio un beso en la mejilla y le pidió que no llamara a la puerta al volver porque estaría dormida, ya que quería acostarse pronto. «Y tan pronto que me acostaré, pero no en esta habitación», pensó.

Al cabo de unos minutos pasó George a recogerla. Cuando entraron en su casa, esta vez fue ella quien puso música. Sacó un cable del bolso, conectó su móvil al amplificador, buscó en Spotify el disco *Lovers Rock*,

y la sensual voz de Sade empezó a sonar en el salón. Al son de «By Your Side», retomaron su pasión. La desataron en el mismo suelo, a lo largo y ancho del salón. Al acabar el primer asalto, con el megaorgasmo al que ya se estaba acostumbrando, se quedaron desparramados sobre la alfombra, pero tan entrelazados que, de no ser por los distintos colores de la piel, no se sabría dónde empezaba un cuerpo y acababa el otro.

—George, no salgo de mi asombro con lo que me haces sentir.

—No, Airam, los orgasmos te los produces tú. Yo solo hago de facilitador. He sido quien te ha descubierto el camino, pero los orgasmos son tuyos, de tu cerebro. El poder de la mente es infinito y tan desconocido…

—No me puedo creer lo que dices.

—Te voy a demostrar el poder de la mente, ¿tienes cosquillas?

—Muchísimas.

George cogió el pie derecho de Airam y le apoyó el talón en el suelo, con la pierna ligeramente flexionada y la planta del pie al descubierto. Le sujetó el tobillo con la mano izquierda y con la derecha le hizo cosquillas en la planta. Airam rompió a reír a carcajadas mientras movía la pierna intentando separar su pie de los revoltosos dedos de George.

—Para ya, ¡para!, para, por favor… —dijo retirando el pie, una vez liberado.

—Las cosquillas las crea tu cerebro. No existen. Tus sentidos te engañan.

Airam sabía que los sentidos nos engañan. Ella misma se lo había dicho a Doyo en el aeropuerto de Madrid con los ejemplos del tren y del paso del tiempo.

—Lo sé, pero en este caso no es cierto. Las cosquillas son una respuesta al estímulo que recibe mi pie. Es como quitar la mano del fuego; notas que te quemas y la apartas. Pero el estímulo es real, no lo crea el cerebro.

—En el caso del fuego tienes razón, pero, en este, ¿lo crees así?

—Claro, sin ninguna duda.

—Pues te voy a demostrar que estás equivocada.

—Inténtalo si quieres, pero no creo que puedas convencerme.

George volvió a coger el pie de Airam de la misma manera mientras ella lo miraba con atención.

—Más cosquillas, no, por favor —pidió mientras hacía fuerza con el pie para evitar los dedos de George.

—Tranquila, no te haré más… —Cuando tuvo asido el tobillo le dijo —: Intenta provocártelas tú. Igual que yo te las he hecho, con la punta de los dedos en la planta.

Airam lo intentó, pero no consiguió notar las cosquillas.

—No lo siento.

—Porque no te las puedes hacer a ti misma. Sin embargo, el estímulo que recibe tu pie de tus dedos es el mismo que ha recibido de los míos. La única diferencia es que tu cerebro sabe que lo estás haciendo tú. O sea que las cosquillas las crea tu cerebro, es una reacción psicológica, no física.

—¡Tienes razón! —exclamó Airam intentando hacérselas en otras partes del cuerpo sin conseguirlo.

George la ayudó cosquilleándole las axilas, el torso… Airam se encanó riendo y le devolvió las cosquillas sin éxito, pues George no parecía acusarlas. Al final acabaron los dos por el suelo con Airam muerta de risa.

—¡No tienes cosquillas, bandido! —exclamó Airam.

—Sí que tenía, hasta que cobré consciencia de que era algo psicológico y me desaparecieron. Las he perdido. Con este ejemplo quería explicarte el poder de la mente. Tus nuevos orgasmos, una vez sabes alcanzarlos, son tuyos, son de tu mente. Solo dependen de mí en una pequeña parte, básicamente en no parar antes de que los alcances. Ya lo verás.

—¡Y que haya tenido que venir a Nigeria para descubrir todo esto!

Permanecieron un tiempo abrazados en el suelo, sin hablarse, pensando en lo que habían vivido y en que, de momento, llegaba a su final. Al cabo de un rato, George rompió el silencio.

—Te echaré de menos. Hemos estado juntos muchas horas, pero me ha sabido a poco. Lo he pasado genial a tu lado en todos los sentidos, y

en todas las posiciones. —Sonrió con picardía—. Me gustaría alargar estos días, pero mañana la realidad se impondrá: yo vuelvo al trabajo y tú te vas a Calabar a cumplir con tu encomiable objetivo…

—Eres *top*, George, como dirían mis hijas. Ha sido apasionante estar contigo y gracias a ti me llevo un conocimiento de mí misma que no tenía y que espero me acompañe toda la vida. Echaré de menos tus manos, tus abrazos, tus besos, ese olor tan tuyo, el calor de tu piel... Pero esto no es un adiós, es un hasta luego. Quiero verte de nuevo antes de dejar Nigeria. No sé cuándo será, pero te prometo que volveré a Lagos.

—Esperaré ese día. Sé que tienes que llegar hasta el final. Tienes que conseguir despejar todas tus incógnitas; tienes que descubrir quiénes eran esas chicas. Descubre cuáles eran sus historias y cómo y por qué han muerto. Yo no tengo competencia fuera del estado de Lagos, pero sabes que cuentas conmigo para lo que sea.

—Igual te digo, George, sabes que puedes contar conmigo.

Los dos cuerpos desnudos sobre la alfombra formaban una bonita amalgama albinegra. George y Airam cogían trozos de fruta de una fuente que habían dejado en el suelo, junto a ellos, y se los iban poniendo en la boca el uno al otro mientras se miraban, se sonreían, se hacían arrumacos… Así siguieron hasta que se quedaron dormidos.

Poco antes del amanecer, Airam se despertó y empezó a jugar, suave y lentamente, con el cuerpo de George. Quería provocarle un dulce despertar para después volver a sentir cómo la pasión licuaba su sexo y revolucionaba su cuerpo. Esta vez quería ser ella la protagonista de su megaorgasmo desde el principio hasta el final. Por eso, una vez tuvo a George excitado, le hizo gestos dando pequeños golpes con su mano sobre la alfombra, pidiendo con ello, y con una sonrisa pícara, que se situara tumbado boca arriba; le puso el condón, y se montó sobre él dispuesta a cabalgar con su miembro erguido dentro de ella. Primero poco a poco, con mucha sensualidad, después vigorosamente.

George la contemplaba sobre él, aún medio dormido, como si de un sueño erótico se tratara. Disfrutaba de la vista: una voluptuosa Airam que irradiaba excitación. Le resultaba un espectáculo memorable verla

y sentirla yendo y viniendo, una y otra vez, con sus turgentes pechos moviéndose de forma rítmica, excitándole más y más. Airam siguió hacia delante y hacia atrás, cada vez un poco más rápida, cada vez un poco más fuerte, cada vez sintiendo más placer, hasta que al fin… llegó al clímax. Gimió alcanzando su buscado megaorgasmo. Levantó la cabeza hacia el techo, con los ojos cerrados, mientras los espasmos que experimentaba esparcían el goce por todo su cuerpo. George estaba extasiado con la vista de esa Airam desatada sobre él. Airam disfrutaba con su prolongado clímax como jamás lo había hecho. No por ello se quedó quieta: siguió adelante y atrás, más suavemente, como si empezara de nuevo, y continuó desplegando su placentera danza hasta conseguir el clímax de George, que coincidió con otro de Airam. Cuando recuperaron el aliento, se abrazaron y describieron en pocas palabras lo que acababan de vivir.

—Ha sido sublime, un polvo extraordinario —aseguró George mientras miraba los azules ojos de Airam y le acariciaba el pelo.

—Un soberbio broche de oro a estos días —añadió Airam.

Al cabo de unos minutos la capitana urgió:

—Tenemos que despedirnos; llévame al hotel, quiero estar en la habitación antes de que Doyo se despierte.

Se fundieron en un gran abrazo sazonado con un jugoso y prolongado beso. Subieron al jeep de George y condujeron en silencio hasta la puerta del hotel, despacio, como si no quisieran que llegara ese momento. Tras despedirse, Airam subió a su habitación, se dio una buena ducha y llamó por teléfono a Doyo. «Me ha salido redondo», pensó al comprobar que le despertaba.

26

El paraíso de la nación

Mientras desayunaban en el restaurante del hotel, Doyo le contó a Airam que había organizado el vuelo de Lagos a Calabar con Air Peace, una compañía privada de Nigeria especializada en vuelos nacionales. Saldrían a las 12.20 y en una hora y cuarto estarían en Calabar. Había quedado con su colega para comer juntos y salir en su coche hasta Akamkpa, situada a cuarenta y dos kilómetros, menos de una hora de trayecto.

Okwonkwo los llevó al aeropuerto. Una vez en el avión, cuando sobrevolaban el estado de Cross River, vieron aparecer por la ventanilla una densa selva verde y una maraña de ríos que la atravesaban formando un bonito mosaico.

—Cuéntame algo de Calabar, Doyo —pidió Airam.

—Empezaré por lo más divertido. En los meses de diciembre se celebra un carnaval que tiene la fama de ser el más masivo de África. Tuve ocasión de disfrutarlo durante una semana con mi enfermera y, como ella decía, «fue atómico». Las calles estaban atiborradas de gente, inundadas de alegría y llenas de música.

—¡Al fin me cuentas algo divertido de este país!

A Airam le habría gustado saber más sobre cómo se lo pasó con su enfermera, pero, como suponía que para él era doloroso, no preguntó.

—Y sigo con lo serio. La ciudad se construyó en una colina desde la que puede contemplarse la densa vegetación que la rodea, regada de

forma generosa por la tupida red de ríos que vemos. Posee un puerto importante, hoy muy superado tanto por el de Lagos como por el cercano de Port Harcourt; es tristemente conocido por ser el de mayor tráfico de ébano vivo en el siglo XVIII.

—¿«Ébano vivo»?

—Sí. Así se conocía a los negros en tiempo de trata. Está recogido hasta en el diccionario de la RAE.

—No lo sabía. ¡Vaya eufemismo!

—Calabar es la ciudad más turística de Nigeria y tiene más de trescientos mil habitantes.

—Es grande; será como Bilbao, más o menos. ¡Doyo!, ahora que caigo, la chica de la foto cinco se escribió con las uñas en el costado las letras CROS. Creo que nos estaba indicando de dónde provenía: ¡del estado de Cross River!

—Tiene sentido. No sé cómo no se nos ha ocurrido antes. Bueno, una incógnita más despejada. Ya sabemos lo que quería decirnos esa chica.

—Pues voy a tachar la pregunta catorce.

Aterrizaron de Calabar y en el aeropuerto les estaba esperando el doctor Okeke para llevarlos a comer al centro de Calabar. A medida que se adentraban en la ciudad, a Airam le llamó la atención la cantidad de niños y niñas que deambulaban solitarios por las calles, rezumando miseria. El colega de Doyo explicó el porqué:

—Desde hace años tenemos un grave problema con el abandono de niños y su fuga de los hogares. Hay tres causas que lo explican: por una parte la charlatanería de los brujos, que hace creer a algunos padres que sus hijos son los culpables de sus infortunios, de que vivan en la miseria, y como consecuencia les abandonan para librarse de esa maldición que acompaña a sus retoños; por otra la propia miseria, que hace que algunos padres exploten a sus hijos desde pequeños y les maltraten por el poco dinero que aportan, hasta que un día se fugan cansados de las palizas y de la humillación continua; y por último están las mafias organizadas que obligan a los niños y niñas a robar o los

prostituyen. El problema es tan grave que el gobernador del estado creó un grupo de seguridad especializado en luchar contra quienes reclutan a pequeños en la calle.

Mientras Airam escuchaba la explicación, leyó en una rotonda una gran inscripción que proclamaba la ciudad como «El paraíso de la nación». No pudo evitar hacer un comentario.

—¿Cómo puede alguien proclamar paraíso un lugar que es un infierno para tantas criaturas?

—Es la ciudad más turística de Nigeria —replicó el doctor Okeke—. Se ha ganado el apelativo de paraíso por el entorno natural que la rodea, que, ciertamente, es paradisiaco. Pero tiene usted razón en que cientos de niños abandonados y explotados es la antítesis del paraíso.

Al ver tal cantidad de niños en la calle, abandonados a su suerte, Airam pensó en las cinco chicas ahogadas. «¿Habrían sido niñas como estas? —se preguntó la capitana—. Vivir estas situaciones justifica huir de aquí como sea, en cuanto se pueda».

A lo largo de la comida el doctor Okeke les explicó que el poblado que buscaban se hallaba al nordeste de Akamkpa, en plena reserva forestal. Desde Akamkpa podían recorrer en coche una parte, pero los últimos ocho kilómetros solo podían hacerse a pie, por un sendero que se estrechaba a medida que se adentraba en el parque.

—¿Habéis traído botas de montaña? —preguntó el doctor Okeke—. Las necesitaréis para transitar por el sendero.

—No venimos preparados para eso —respondió Doyo— y tienes razón, las botas nos serán muy útiles. Iremos a comprarnos unas antes de salir para Akamkpa, y de paso busco unas cuantas cosas más que me hacen falta.

—Tomaremos como campamento base —continuó el doctor Okeke— una modesta pensión de Akamkpa. Es el mejor alojamiento que he encontrado. Los tres pasaremos allí la noche y después os quedaréis vosotros y vuestro chófer, cuando llegue, durante los días que sea necesario.

—Anoche estuve buscando información sobre Akamkpa en internet —comentó Airam— y no encontré casi nada. La Wikipedia tiene mal la

información del número de habitantes y, al consultar un informe demográfico, comprobé que tiene doscientos cien mil habitantes. Pero en Google Maps vi un pueblo pequeño que no cuadra con esa cifra. ¿Cómo es posible?

—Es la población total del área de gobierno local de Akamkpa. Si en la Wikipedia figura ese número de habitantes, yerra al asignar esa cifra al municipio de Akamkpa —contestó el doctor Okeke—. Sin duda el equívoco proviene de que el municipio y el área de gobierno local se llaman igual.

—¿Qué es un área de gobierno local en Nigeria? —preguntó Airam.

—Es una división administrativa similar a nuestras provincias —aclaró Doyo—. En Nigeria hay setecientas setenta y cuatro.

—¡Cuántas provincias! La complejidad de este país no deja de sorprenderme.

—Akamkpa tiene doscientos catorce municipios reconocidos administrativamente, sin contar poblados como el que visitaremos —explicó el doctor Okeke—. Esos poblados no cuentan con alcaldes ni ayuntamientos, porque no tienen entidad administrativa.

—Eso hace una media de menos de mil habitantes por municipio —apuntó Airam.

—Esa es la media —puntualizó el doctor Okeke—, pero la gran mayoría son mucho más pequeños. El mayor de la provincia, como vosotros la llamáis, es Akamkpa y ya veréis que es mucho menor que un barrio de ciudad. No sabría decirte cuántos habitantes tiene…

—¿Te ha costado averiguar de qué poblado procedían las chicas? —preguntó Doyo.

—No ha sido nada fácil —explicó el colega—, porque precisamente ese poblado es muy desconocido; vive alejado de todo lo contemporáneo, como se vivía hace siglos. No es el único, hay bastantes así por aquí. Lo he localizado gracias a un guarda del parque natural, que se lo conoce palmo a palmo. Yo sabía que por allí se marcaban las manos, lo hacen muchas tribus de la zona, pero por la foto no identificaba el poblado de procedencia de las marcas, porque hay centenares distintas, si no miles, y nadie las tiene catalogadas. Así

que contacté con el guarda, que se conoce a fondo todos los asentamientos del parque nacional. Somos amigos desde hace muchos años y no dudó en implicarse. Se lo tomó muy en serio y en unos días había identificado el lugar que buscáis. Los dos estuvimos allí hace unos años, cuando recorrimos la zona por puro placer. Es un poblado al que yo llamé, bromeando, «Equis» porque tenía dos árboles inclinados que se cruzaban, con los troncos tocándose, formando una gigantesca X. Recuerdo a la gente de allí muy arisca, ni siquiera pudimos hablar con ellos.

—¿Qué significan exactamente esos símbolos de las manos? —preguntó Doyo—. Sé que son como su DNI, pero ¿de dónde provienen? ¿Qué significado real tienen?

—Son una derivación de los símbolos nsibidi —respondió el doctor Okeke.

—Ahora que lo dices, sí que guardan parecido, pero, al verlos como marcas, y superpuestos unos a otros, no los había identificado —contestó Doyo.

—¿Y qué son los símbolos nsibidi? —preguntó Airam.

—Tienen su origen en los igbo —explicó Doyo—. Dice una leyenda sobre su origen que se inventaron en una sociedad secreta conocida como Ekpe, que estaba por esta zona, donde se encontraba el antiguo reino de Calabar. El objetivo de los símbolos nsibidi era transmitir información de distintos tipos en pueblos que no tenían escritura. Luego se utilizaron para dejar mensajes en rocas, chozas, ropajes, en pinturas corporales y demás.

—Entonces son algo así como pinturas rupestres, ¿no? —puntualizó Airam.

—Sí, pero menos artísticas —contestó Doyo, que le enseñó unos ideogramas nsibidi en su smartphone.

El doctor Okeke les advirtió, por si querían avisar a alguien, de que antes de llegar a Akamkpa perderían la cobertura de móvil y por tanto estarían desconectados del mundo durante todo el tiempo que permanecieran allí y en el poblado.

Doyo no tenía mucha hambre; estaba empezando a encontrarse mal,

pero aun así tomó algo ligero. Cuando acabaron de comer Airam llamó a sus hijas para decirles que ya había llegado a Calabar y que perdería cobertura aunque no sabía durante cuántos días. Les dijo que no buscaran información de Akamkpa por internet porque no encontrarían prácticamente nada, y les explicó que Google Maps solo visualizaba la foto satelital, ni siquiera la trama de las calles ni sus nombres. «No debéis preocuparos por ello», dijo la capitana antes de despedirse. A Cele se limitó a enviarle un wasap para avisarle de que estaría sin cobertura; en los últimos días apenas se habían escrito y Airam prefirió hacerlo así.

Cuando acabaron de comer, el doctor Okeke los llevó a unos grandes almacenes para que se compraran las botas de montaña y las cosas que Doyo necesitaba. Después iniciaron el corto viaje a Akamkpa.

Al registrarse en la pensión la hospitalaria propietaria, de unos setenta años, les dio la bienvenida imponiéndoles unos bonitos collares hechos con pequeñas hojas y flores. Doyo rechazó el suyo con amabilidad.

—Disculpe, pero no me encuentro bien. Quiero ir a la habitación cuanto antes.

La propietaria los acompañó enseguida a sus habitaciones. A Airam la suya le causó una decepción. Era extremadamente austera y la limpieza dejaba mucho que desear. Tras un portillo, sin puerta, había un recodo que llevaba a un angosto aseo, y en él encontró un inodoro, una ducha y un pequeño lavabo, aunque sin espejo. La capitana suspiró y, perpleja, dijo entre dientes:

—Al menos tiene una silla, una pequeña mesa para trabajar y aseo propio.

La pensión no tenía nada que ver con los hoteles a los que estaba acostumbrada. Se consoló pensando que era lo mejor que había en el entorno y que por ocho dólares al día, con desayuno incluido, no se podía pedir mucho más.

Tras deshacer la maleta, la capitana se fue a ver a Doyo y encontró a su amigo mucho peor. Comprobó que al malestar creciente lo

acompañaban ahora temblores y sudoración. Pidió un termómetro a la dueña de la pensión y el único que tenía estaba en grados Fahrenheit. Se lo puso a Doyo y mientras le tomaba la temperatura preguntó a la dueña:

—¿Usan la escala Fahrenheit en Nigeria?

—Hace años que no, pero el termómetro es antiguo.

Airam intentó buscar en internet un conversor de grados Fahrenheit a Celsius, pero había olvidado que no tenían cobertura. Entonces tiró de memoria y recordó la regla que aprendió en Física para relacionar ambas escalas termométricas: «Celsius es a cinco, como Fahrenheit menos treinta y dos es a nueve». El termómetro marcó 104 ºF. Con la calculadora del móvil en mano, restó 32, dividió por 9 y multiplicó por 5. El resultado fue 40 ºC. Asustada por la alta temperatura, le dijo a la dueña de la pensión que buscara urgentemente a un médico, pues temía que Doyo tuviese alguna infección grave. Mientras aparecía, la capitana actuó como diligente enfermera y le puso paños con agua fría para paliar la calentura.

—Doyo, no te preocupes, pronto vendrá un médico y te pondrás bien —le susurró con cariño.

El doctor que lo visitó le diagnosticó unas vulgares anginas y le prescribió antibiótico y antipirético, que por suerte llevaba en su botiquín. Doyo lamentó la situación, porque en esas condiciones no podía visitar el poblado. Aun así, animó a Airam y a su colega a que fuesen al día siguiente. Les dijo que él iría en cuanto se encontrara en condiciones. No había duda, no podían esperar a que Doyo sanara, puesto que el doctor Okeke solo disponía de la mañana siguiente para acompañarlos.

27

La visita al poblado

A la mañana siguiente Airam se levantó y se dirigió al baño para arreglarse. Se lavó la cara e hizo ademán de mirarse en el espejo, olvidando que no había. «¿Cómo puedo saber si me peino bien y si me gusta mi aspecto?», se preguntó. Se le ocurrió activar la cámara del móvil y utilizarlo como espejo. Enseguida comprobó que su idea estaba bien para mirarse, pero no tan bien cuando tenía que sujetar el móvil con una mano mientras necesitaba las dos para otras cosas como desenredarse el pelo. Hizo verdaderos equilibrios con el aparato hasta que se vio con un aspecto con el que se sintió bien. Cuando lo consiguió, salió de la habitación para tomar la temperatura a Doyo. El termómetro marcó, con la conversión de escala, 39 ºC. Eso la tranquilizó porque, pese a que aún tenía fiebre, estaba mejorando.

Con esa buena noticia, salió con el doctor Okeke hacia el poblado. Airam, que lucía el delicado collar floral que le había regalado la dueña de la pensión, estaba ilusionada ante la expectativa de despejar, al fin, todas sus incógnitas en torno a las cinco chicas. Tras nueve kilómetros en coche, llegaron al sendero que, tras ocho kilómetros más andando, les conduciría al poblado.

—Menos mal que estoy en forma con todo el deporte que hago —advirtió Airam.

—Pues no vaya muy deprisa, porque no podré seguirla —contestó el doctor Okeke.

A medida que se adentraban en el bosque, la vegetación que rodeaba el sendero era cada vez más frondosa, cada vez se oían más pájaros y el olor a naturaleza era más intenso. Airam contemplaba cómo el color verde inundaba el paisaje. El bosque parecía conectado con el cosmos por decenas de caminos luminosos que caían del cielo a través de las ramas. La capitana pensó que al fin había llegado a África, porque lo que había visto hasta entonces, las ciudades de Lagos y Calabar, no se parecían en nada a la imagen que tenía del continente. El sendero presentaba una suave inclinación hacia arriba, en algunos tramos con una pendiente notable, y serpenteaba mientras penetraba entre los miles de grandes árboles. A partir de un recodo, transcurría en paralelo a un río que, unos centenares de metros cauce arriba, se convirtió en una preciosa laguna.

Al fin, tras más de dos horas de caminata, llegaron a un amplio claro. Un poblado se abría hueco entre los árboles y la vegetación. Dos postes y un palo horizontal unido a ellos por la parte de arriba hacían las veces de puerta de entrada desde el sendero. Del travesaño colgaban plumas y objetos de hueso y madera, no sabían si para dar la bienvenida a quienes llegaran o para ahuyentar malos espíritus. El suelo era de tierra rojiza, y las numerosas chozas estaban levantadas con palos, hojas de palmera y barro. La cara de Airam se iluminó al ver el lugar, que el doctor Okeke había llamado Equis, con sus dos árboles entrecruzados.

—¡Esta es la África que deseaba ver de una vez por todas! —exclamó.

Acudieron a recibirles unas decenas de personas encabezadas por el que parecía ser el jefe del poblado. Airam se fijó en sus manos y no le cupo duda de que había llegado a donde vivieron sus cinco estrellas. El corazón se le aceleró de emoción. Miró atentamente a su alrededor y pensó que esa estampa se asemejaba a una película. Vestían ellos con taparrabos, y ellas, con los pechos al aire. Los niños se acercaron más a la capitana, atraídos, sin duda, por el blanco de su piel y el rubio de sus cabellos.

Airam se dirigió al que parecía el jefe del poblado.

—Soy madre de dos hijas y si desaparecieran me gustaría saber qué

es de ellas. Por eso he venido desde muy lejos hasta aquí. Por desgracia traigo malas noticias. Encontré a estas cinco chicas ahogadas flotando en el mar —explicó al tiempo que mostraba las fotografías—. Vengo a conocer a sus familias para trasladarles mi solidaridad y ofrecerles mi ayuda para que la justicia castigue a los culpables de sus muertes.

Nadie contestó. Había ya más de un centenar de personas reunidas en abanico en torno a Airam y al doctor Okeke; sin embargo, en respuesta solo se oyó el silencio. Airam repitió sus palabras, mientras seguían acercándose más indígenas, pero volvió a reinar el silencio. Al cabo de unos segundos interminables, el jefe del poblado contestó con unas palabras ininteligibles. El doctor Okeke se dio cuenta de que aquel lugar estaba tan anclado en el pasado que nadie hablaba inglés. Intentó comunicarse con ellos en varias lenguas nigerianas, pero sin éxito. Airam estaba empezando a impacientarse. No podía ser que, después de todo lo que había hecho por llegar allí, no pudiera comunicarse con esa gente. En ese momento, el jefe dio unas indicaciones, señalando con el dedo una de las chozas más lejanas. Dos nativos se dirigieron hacia ella de inmediato. Volvieron con una chica de una edad parecida a la de las cinco a las que había encontrado Airam y la pusieron frente a ella. Por suerte hablaba inglés y les dijo que la habían llamado para hacer de intérprete. Airam se llevó las manos a la boca, bajó la cabeza cerrando los ojos y soltó un emocionado «¡gracias!». Repitió a la chica lo que había explicado al jefe del poblado enseñándole no solo las manos, sino también las fotos de las chicas fallecidas. La intérprete tradujo las palabras de Airam al jefe y este le dio una breve contestación.

—Esas chicas no son de aquí —tradujo la intérprete.

—No es posible, las marcas de las manos indican lo contrario —insistió el doctor Okeke.

—Esas chicas no son de aquí —repitió la intérprete por indicación del jefe.

Airam se desesperó ante aquellas palabras y estalló alzando la voz:

—Pero miren las fotos de las manos… Comparen con sus manos, ¿cómo pueden decir que no son de aquí?

Cogió la mano a uno de los nativos y puso a su lado la foto de la

marca.

—Mire, ¡son casi idénticas!

Irritada, repitió la acción con las manos izquierdas de más hombres y mujeres.

—El jefe del poblado me pide que les repita que esas chicas no son de aquí —dijo la intérprete.

Nadie más habló. Siguió un silencio tan doloroso que unas lágrimas asomaron en los ojos de Airam.

—Pero ¿es que a nadie le importan estas chicas? —espetó mientras sollozaba y levantaba las fotos para que todos las vieran—. ¿Dónde están su padre y su madre? ¿Dónde están sus hermanos? ¿Dónde sus amigos y amigas?

La intérprete tradujo a los nativos lo que iba diciendo Airam; cuando tradujo al inglés la respuesta del jefe, llegó la sentencia final:

—El jefe del poblado me pide que les repita por última vez que esas chicas no son de aquí. Váyanse.

A una indicación del jefe, todos los nativos se dispersaron y él se llevó a la intérprete tirándole del brazo. Airam y el doctor Okeke se quedaron solos viendo cómo se alejaban los indígenas. La capitana sintió que con ello se alejaban las respuestas a sus preguntas. Cayó de rodillas al suelo y rompió a llorar desconsoladamente.

—¿Y para esto he venido hasta aquí? ¿Para esto he arriesgado mi vida? ¡Podría haber muerto en el atentado! ¡Qué tonta he sido! A nadie le importan las cinco chicas. —Se arrancó el collar floral y lo arrojó al suelo.

El doctor Okeke, intentando consolarla de alguna forma, la invitó a levantarse. Se volvieron en silencio por el sendero y, al llegar junto a un riachuelo, se sentaron en las rocas. Airam se lavó la cara y el cuello. Se sentía sofocada por el calor tropical y apesadumbrada por la visita al poblado. Respiró hondo varias veces y se dirigió al doctor Okeke.

—No puedo creerme lo sucedido.

—Haces bien —respondió contundente el colega de Doyo.

—¿Cómo dices? ¿Por qué hago bien? —preguntó Airam.

—Creo que esa gente oculta algo. ¿No te has fijado en la cara de la

intérprete?

—No. Estaba tan indignada, tan ofuscada…

—A la intérprete se le han saltado las lágrimas cuando ha dicho por tercera vez que esas chicas no eran del poblado; y cuando todos se han girado para dispersarse a la voz del jefe, ella no les ha seguido. El jefe ha tenido que cogerla del brazo para llevársela. Ha ocurrido todo en pocos segundos, pero estoy seguro de que ha sido así. Ocultan algo. Las chicas eran de aquí, no me cabe duda.

Un hálito de esperanza invadió a Airam y la tristeza desapareció de su rostro. Reemprendieron el camino de vuelta. Pasaron por la laguna que habían visto al ir al poblado y la capitana se lavó de nuevo la cara y se refrescó la nuca.

De vuelta en la pensión Airam se cruzó con la dueña al entrar. La mujer procedió a escudriñarla con una mirada penetrante que incomodaba. La capitana, antes de ir a su habitación, se dirigió a ver cómo se encontraba Doyo. Comprobó que estaba mucho mejor. No le notó caliente. Le puso el termómetro y vio que los 98,6ºF, una vez convertidos, resultaron ser 37ºC. Como ya no tenía fiebre, le contó, con pelos y señales, todo lo sucedido. Al final acabó con el positivismo que la caracterizaba.

—Doyo, en cuanto te pongas bien, iremos en busca de la intérprete. Esto no va a acabar así.

Comieron y se despidieron del doctor Okeke, que partía hacia Nueva York. Airam le dio un gran abrazo agradeciéndole su ayuda y apoyo, y le invitó a su casa cuando fuese a España. Lo vieron alejarse en coche desde las mecedoras del porche, donde al cabo de un rato pegaron una cabezada.

Se despertaron al oír que llegaba Okwonkwo, con el coche polvoriento. A juzgar por la cara de cansancio que traía, había sido un viaje agotador. Airam le acompañó a registrarse en la pensión.

—Déjeme su documentación para que apunte sus datos —pidió la dueña a Okwonkwo mientras le imponía el collar floral.

Le entregó la llave de su habitación y pidió a Airam que se quedara un momento porque quería hablar con ella. Okwonkwo las dejó a solas.

—Perdone que la moleste, pero he visto que esta mañana se ha ido con el collar floral en el cuello y ha vuelto sin él.

—Así es. En un arrebato de rabia, me lo he arrancado. Lo he dejado en el poblado al que hemos ido. Lo siento, porque era muy bonito.

—Ha hecho mal. Esos collares son amuletos poderosos para atraer buena fortuna en la vida y transmitir energía positiva. Para que así sea, sigo un ritual muy antiguo, invocando a los sagrados espíritus de Akamkpa. El romperlo le traerá mala suerte, muy mala —le dijo con tono amenazador.

—¿Y qué puedo hacer para evitarlo? Ya le digo que siento mucho haberlo roto…

—Nadie había osado romper uno nunca. No sé lo que se puede hacer. Preguntaré a mis antepasados y ya le diré si hay algún remedio.

Doyo se encontraba cada vez mejor. La medicación hacía su efecto. Tras la cena, se sentaron en las dos mecedoras del porche de la pensión, desde donde contemplaron una espectacular puesta de sol. Los colores del cielo le recordaban a la capitana el atardecer que vivió junto a Sebastián entrando en PortCastelló.

—Con estas puestas de sol una olvida el lamentable estado de las habitaciones. Espero que, si hay chinches, no nos las cobren aparte —bromeó.

—¡Qué cosas tienes! —contestó Doyo sonriendo.

—Esta vista es como la de la foto que tienes en tu despacho en la universidad. Es digna de *Memorias de África*. Menuda gama de naranjas y rojos.

—Es espléndida, pero le falta algún elefante o alguna jirafa.

—Tienes razón. Ahora que caigo, no hemos visto ninguno de esos animales. ¿Acaso no hay por Akamkpa?

—Ni en Akamkpa ni en Nigeria. No hay ni elefantes, ni jirafas, ni cebras, ni hipopótamos, ni leones o leopardos —aclaró Doyo—. No

quedan grandes mamíferos, como pasa en buena parte de África. Se extinguieron a medida que se expandía la población por el territorio.

—Pues yo leí en el libro que me dejaste que en el Parque Nacional de Yankari hay elefantes, leones y gorilas. Recuerdo incluso alguna foto de esos animales.

—Veo que eres una lectora aplicada. En el Parque Nacional de Cross River, lejos de aquí, también hay elefantes en libertad. Esa es la excepción que confirma la regla. Allí gozan de especial protección.

—Qué pena, sin esos grandes mamíferos, la naturaleza nigeriana pierde buena parte del encanto que podría tener.

Mientras hablaban iba oscureciendo y al cabo de un rato disfrutaron de la noche tropical, iluminada por una intensa luz de luna. Aún no estaba llena, pero ya era creciente gibosa. En un momento dado tomó la palabra Doyo.

—Mira, Airam —señaló con el dedo el camino que llevaba a la casa —; a lo lejos se ve una sombra en movimiento entre la vegetación; parece que se acerca algo.

—Vamos dentro de la casa; a ver si va a ser un animal salvaje…

Se levantaron de las mecedoras y estiraron el cuello atisbando el camino. El silencio de la noche dejó oír el sonido de pisadas sobre las hojas.

—Se ha desviado y viene entre las plantas —advirtió Doyo.

—Vamos dentro; me está entrando miedo —insistió Airam.

—Un animal salvaje no haría tanto ruido al acercarse.

—Eso lo dices tú —contestó la capitana al tiempo que le tiraba de la mano para que entrara.

Doyo se zafó y estiró aún más el cuello. Airam dio media vuelta, se dirigió a la puerta de la casa y cogió la manija.

—Parece una persona —aclaró Doyo.

Airam soltó la manija y volvió junto a su amigo.

—Tienes razón.

Cuando estuvo más cerca y alcanzó a verle la cara, exclamó:

—¡Es la intérprete!

—Buenas noches. Me llamo Nkuku y… y… era amiga de las cinco

chicas.

Airam se fue hacia ella; la recibió con un fuerte abrazo y un beso en la frente. No habría sido capaz de describir con palabras la emoción que sintió al oír las palabras de Nkuku.

—¡Era amiga de las cinco! —exclamó Doyo—. Tiene que saber lo que ocurrió.

—¿Cómo has sabido dónde nos alojamos? —preguntó Airam.

—Por esto. —Les enseñó los restos del collar floral de Airam—. Hace tiempo, mi marido me regaló uno de estos collares que le había dado la dueña de esta casa por traerle unas serpientes que había cazado.

—La carne de serpiente es muy apreciada por aquí —apuntó Doyo.

—Disculpa, Nkuku, no te he presentado a mi amigo Doyo, que me acompaña en esta aventura para descubrir lo que les pasó a tus amigas. Hoy no ha venido al poblado conmigo porque estaba enfermo.

—Me alegra conocerte, espero que estés mejor. Como os decía —continuó Nkuku con voz pesarosa—, mi marido me regaló el collar y eso le costó unos latigazos. Además, se quedaron con él y jamás lo he vuelto a ver. En mi poblado no se admite que tengamos relación con gente externa.

—¡Qué cosa más absurda! —exclamó Airam.

—Aseguran que nuestros antepasados se enfurecerían, porque sería el fin de nuestra cultura.

—Nkuku, ¿por qué han dicho en el poblado que esas chicas no eran de allí?

—Porque así es según nuestra ley. Después de lo que pasó, las borraron de la memoria del poblado. El jefe prohibió que nunca más se comentara nada sobre ellas. Todos tenemos que comportarnos como si no hubieran nacido y hacer lo posible para borrar de nuestra memoria los recuerdos que tengamos de mis amigas. Además, el hechicero ha lanzado varios conjuros para conseguir que todos las olvidemos. No sé con los demás, pero conmigo afortunadamente no tienen efecto. Al contrario, cada vez me acuerdo más de todos los buenos momentos que viví con mis amigas y las echo más de menos. Como dice un proverbio, las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran. Por

esas huellas, que tanto valen para mí, quiero ayudaros a descubrir qué ocurrió con mis amigas.

—¡Qué suerte que nadie pueda robarnos los pensamientos! Nkuku, cuéntanos lo que sabes de las cinco chicas —pidió Airam con las fotos en la mano.

—Antes dime cómo murieron, quiero saberlo ya —respondió Nkuku.

—Soy capitana de un buque de salvamento marítimo en España. Me las encontré flotando ahogadas en el mar Mediterráneo hace veintitrés días. Queremos conocer todo acerca de ellas para saber lo que sucedió y solo tú nos puedes ayudar. A eso hemos venido hasta aquí. Cuéntanos, por favor, lo que pasó con tus amigas.

—Lo que sé es que, tras un día traumático, mis amigas huyeron del poblado por la noche sin contar conmigo. Me ha extrañado que dijeras «cinco chicas», porque las que huyeron fueron seis. No sé por qué se fueron sin mí. No sé cómo huyeron… —sollozó Nkuku.

—Solo encontramos cinco cuerpos… Cuéntanos toda la historia —pidió Airam—. Quizá encontremos algo a lo que agarrarnos para averiguar lo que pasó. Para empezar, dime cómo se llamaban…

A Nkuku le cambió la cara al recordar sus nombres; fue como si la cubriera un manto de tristeza.

—Se llamaban Alika, Johari, Nala, Nnenna, Ayomide y Olabisi. Ya os contaré lo que sé; ahora no puedo seguir aquí —advirtió Nkuku—. Tengo que volver ya. He tardado mucho en venir andando y tardaré lo mismo en regresar.

—Al menos habrás tardado cuatro horas en llegar, porque estamos a diecisiete kilómetros —interrumpió Airam.

—Tengo que estar de vuelta antes de que se despierten y me echen de menos. Me arriesgo mucho viniendo a veros —dijo nerviosa—, no os podéis imaginar cuánto. Probablemente no serían solo latigazos.

—No te preocupes, Nkuku; te acompañaremos en coche hasta el comienzo del sendero y así, por lo menos, ganarás dos horas. Vamos ya, no perdamos tiempo —sugirió Doyo.

Ya en el vehículo, Nkuku propuso lo que podían hacer para verse.

—Os contaré todo lo que sé, pero tenéis que prometerme que

encontraréis a los culpables de sus muertes y que serán castigados.

—Así será —aseguró Airam—. Nos dejaremos la piel en ello si es necesario. Haremos todo lo posible y parte de lo imposible para conseguirlo. Tienes nuestra palabra.

—Todos los días voy a por agua cerca de la cascada que está antes de llegar al poblado —continuó Nkuku—. Voy sola, porque no me gusta ir con las demás mujeres del poblado. Antes iba con algunas de mis amigas… —lamentó al acordarse de ellas.

—Sí, hoy he visto la cascada, que cae sobre una bonita laguna —explicó Airam—. Está unos tres kilómetros antes de llegar al poblado.

—Todas las mujeres recogemos el agua un poco antes, en el primer punto en el que el sendero se encuentra con el río.

—Lo conozco. Es donde me he lavado la cara por primera vez al volver.

—Pues esperadme a los pies de la cascada a media plena mañana. Hasta allí no llegan las mujeres y podremos hablar, pero solo durante un rato. No podré entretenerme mucho, porque he de volver al poblado sin levantar sospechas. Pero podemos vernos todos los días que haga falta hasta que acabe de contaros la historia de mis seis amigas.

—Perfecto, Nkuku. Dentro de un rato nos veremos —dijo Airam despidiéndose en el inicio del sendero, alumbrado por la luz de la luna.

Volvieron a las mecedoras de la pensión y Doyo silbó una melodía.

—Muy oportuno —dijo Airam—. Lo que silbas es *Walk on the Wild Side*, ¿no?

Doyo asintió con la cabeza mientras seguía silbando. En ese momento salió la dueña del establecimiento y le regañó enérgicamente.

—¡Cállese! Silbar por la noche da muy mala suerte. ¿Acaso no lo sabe?

Doyo dejó de silbar de inmediato. Cuando desapareció la dueña del porche, sonrió.

—¿Ves como no soy tan experto en culturas africanas? No tenía ni idea de esa superstición…

En el porche, meciéndose en silencio, se quedaron asombrados de la valentía de Nkuku, del valor que daba a su amistad. Estaba dispuesta a arriesgar mucho a sabiendas de que las chicas ya estaban muertas. Lo hacía solo por averiguar lo que les había pasado y para que, si era posible, los culpables pagaran por ello.

—Doyo, la vida de esas chicas ya no solo nos importa a ti y a mí —dijo Airam con satisfacción—. Al jefe George se une ahora Nkuku. Ya somos un cuarteto.

—Sí, empezamos a ver la luz al final del túnel. Pero de momento, como tú sueles decir, buscando respuestas encontramos más preguntas. ¿Cómo sabe inglés Nkuku, y tan bien, si su poblado no lo habla? ¿Por qué encontraste cinco cadáveres si fueron seis las chicas que desaparecieron? ¿Qué hechos tan graves pasarían para que las borraran de la memoria del poblado? ¿Por qué no le dijeron a Nkuku que se fuera con ellas si eran tan amigas? ¿Estarían los padres y las madres de las seis chicas entre las personas que os recibieron en el poblado? Seguramente muchos de ellos, sí, y si ha sido así, ¿cómo es posible que al enterarse de que han muerto no se inmuten?

Airam se levantó y fue a por su bolso; sacó la lista de preguntas y el bolígrafo, y apuntó las nuevas cuestiones que le parecieron relevantes:

16. ¿Por qué Nkuku habla inglés y no el resto de su poblado?
17. ¿Por qué no encontramos el cadáver de la sexta chica que huyó?
18. ¿Por qué han borrado a las seis chicas de la memoria del poblado?

—Volvemos a estar como cuando hablé con Cele y mis hijas; nos quedan catorce preguntas por responder; solo hemos logrado contestar cuatro.

28

Primera cita con Nkuku

Al día siguiente Airam se despertó cuando la claridad del sol aún no dejaba huella en el cielo. Se levantó antes de su hora habitual, sin duda por la emoción de encontrarse con Nkuku. Encendió la luz del cuarto de baño, proveniente de placas solares, y comenzó su lucha contra la adversidad con el móvil convertido en espejo. Estuvo en un tris de que se le cayera al suelo. Tras conseguir acicalarse salió a la terraza y se sentó en la mecedora desde la que la había visto llegar a Nkuku hacía solo unas horas. Contempló cómo nacían los primeros rayos de luz en el horizonte y cómo, tres cuartos de hora después, comenzó a levantarse el sol. Doyo amaneció al oírla y apareció en la terraza cuando el astro rey todavía lucía un rojo intenso.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Airam.

—Con molestias, pero sin fiebre. Quiero acompañarte a la cita con Nkuku.

—¿Y a qué hora calculas que es eso de media plena mañana?

—No lo sé exactamente, pero como la mañana la dividen en amanecer, plena mañana y medio día, yo calculo que debe de ser sobre las diez. Por si acaso estemos mucho antes.

Okwonkwo los llevó en coche hasta el principio del sendero. Una vez allí se encaminaron a la cascada. El día anterior Airam, sabedora de que el doctor Okeke no podría acompañarla si tenía que pasar de nuevo por allí, se había fijado en las pocas bifurcaciones existentes y sabía que

tenían que seguir el sendero que parecía más transitado.

Llegaron a la cascada casi a las nueve y esperaron disfrutando de las vistas, de los sonidos y los olores de esa naturaleza tan exuberante. La cascada resultaba espectacular con sus tres tramos. En el primero, a unos quince metros de altura, se desbordaba el río y el agua caía en vertical sobre el segundo, a unos ocho metros de altura. Allí se formaba una poza cuyo rebose conseguía que el agua se deslizase por unas rocas inclinadas y cayese al tercer tramo, a unos cuatro metros de altura. El agua se desplomaba desde allí, como una inmensa ducha, sobre unas rocas planas en la base de la cascada que apenas asomaban por la superficie de la laguna. De los chorros se desprendían minúsculas partículas de agua que flotaban en el aire y llegaban a la frondosa vegetación que rodeaba la laguna.

—Esta laguna —dijo Airam— me recuerda una foto que vi, en el libro que me dejaste, del Parque Natural de Yankari. Allí se puede tomar el baño en sus cálidos manantiales, aunque aquí el agua… ¡No tiene nada de cálida! —exclamó tras meter una mano en ella.

Al cabo de un rato, Doyo miró el reloj y comprobó que eran las diez y Nkuku seguía sin aparecer.

—¿No puede haber otra cascada más adelante?

—No, tranquilo; ayer solo me encontré con esta. Yo lo que temo es que anoche pillaran a Nkuku volviendo al poblado y la hayan prohibido salir.

—Esperemos que no seas gafe. Si nos hubiéramos traído bañadores, podríamos hacer tiempo refrescándonos en esta agua tan cristalina. Podemos hacerlo los próximos días, porque, si todo va como deseamos, parece que pasaremos muchas horas aquí.

—La temperatura del agua es ideal para refrescarnos. El baño es una buena idea, porque a estas horas ya siento bochorno. No me acostumbro al clima tropical.

Mientras hablaban apareció Nkuku. Doyo, al verla a plena luz del sol y no en la penumbra de la noche anterior, se quedó prendado de ella.

Le recordaba a su amada enfermera, aunque algo más joven de lo que era ella cuando la conoció. También un poco más baja, de mediana estatura; estaba fibrosa, lo que delataba que hacía mucho ejercicio diario, y lucía una bonita sonrisa que dejaba entrever los blancos dientes, en contraste con su piel de ébano; de su torso destacaban los lindos pechos, ni grandes ni pequeños, que Nkuku llevaba desnudos sin ningún pudor, como el resto de las mujeres del poblado.

A Airam le dio un vuelco el corazón al ver a Nkuku. Ella, como adivinando esa emoción, la miró con una gran sonrisa. La cogió de la mano e hizo que ella y Doyo la siguieran hasta unos trescientos metros más allá del sendero, donde había un pequeño claro por el que discurría un estrecho riachuelo, afluente de la laguna.

—Aquí estamos más seguros para hablar —aseguró Nkuku—. Por el sendero puede pasar gente y nadie vendrá aquí, porque no tiene salida.

—¿Esas grandes vasijas son las que tienes que llenar con agua? —preguntó Airam.

—Sí. Todos los días.

—Calculo que cabrán unos veinte litros. Eso supone que tienes que cargar con veinte kilos de agua a lo largo de unos tres kilómetros.

—Sí, pesan lo suyo. En verano es algo peor, porque bebemos más y por tanto tenemos que cargar con más agua. Hay días que incluso tengo que hacer dos viajes. Antes de seguir hablando os quiero advertir de un peligro: lleváis los pantalones por fuera de las botas y eso es una imprudencia.

—¿Por qué, Nkuku? —preguntó Airam.

—Por las serpientes. Se pueden colar por ahí. —Señaló los bajos del pantalón—. Vienen pocas personas con pantalones largos como los vuestros, pero no seríais los primeros a los que les pasa. Mi marido me contó que lo vivió una vez con una pareja de extranjeros que se encontró por el sendero. Si se os colara, el resultado ya os podéis imaginar cuál sería: ¡mordedura segura! Es mejor que os metáis el bajo de los pantalones por dentro de las botas.

—Gracias por la advertencia —dijo Doyo mientras él y Airam se embutían a toda prisa el bajo en las botas de montaña.

—Entonces ¿hay serpientes venenosas por aquí? —preguntó Airam.

—Hay venenosas y muy venenosas. Podéis encontraros con la mamba negra.

—¿Como la de *Kill Bill*? —preguntó Airam.

—Sí —respondió Doyo.

—¿Y de verdad es negra?

—No lo es a pesar de su nombre —prosiguió Doyo—. Lo que son negras son sus fauces, tan negras como el futuro de la persona a quien muerde. Es de las serpientes más veloces: a pesar de que llega a medir más de cuatro metros, se desplaza más rápido que un ser humano porque es muy delgada; parece una cuerda. Es una víbora temida en los países africanos donde está presente y no sin razón, ya que se tiene por la más letal del mundo. Por YouTube vi un documental de National Geographic sobre la mamba negra y aseguraban que el veneno neurotóxico que inyecta al morder es suficiente para matar a quince seres humanos adultos.

—¿Inyecta el veneno que puede matar a quince personas? Entonces la muerte será rápida.

—Sí. En el documental aseguraban que tras la mordedura puedes morir en veinte minutos si no te administran el antídoto.

—Lo dicho, Doyo, que eres el libro gordo del Petete nigeriano. Hasta de mambas negras sabes…

—Mi interés por las mambas negras no vino solo por Nigeria, sino también por Kobe Bryant, el jugador de la NBA al que apodaban con ese nombre por sus eficaces ataques; cuando me enteré de que en Nigeria había serpientes de esa especie, un día me dio por buscar información sobre ellas.

—Veo que fútbol y baloncesto son una fuente de conocimiento para ti… Orji Okwonkwo, Kobe Bryant, mamba negra…

—No os preocupéis mucho por las mambas negras ni por otras víboras. Solo atacan si se sienten amenazadas —aclaró Nkuku—, pero sería lo que pasaría si accidentalmente se metiesen por ahí —señaló los bajos de las perneras—, por eso os advierto del peligro.

—Espero que tengas razón, aunque me dejas preocupada… —replicó

Airam—. ¿Corremos peligro con otros animales?

—Hay, además, cocodrilos, muchas especies de aves y chimpancés —añadió Nkuku.

—Has dicho que hay cocodrilos —remarcó Airam—. ¿En la laguna de la cascada podemos bañarnos seguros o podemos encontrarnos con esos bichos?

—Nunca he visto cocodrilos en este río —contestó Nkuku—. Están en el que hay a medio día de aquí. No sé si alguna vez podrían alcanzar este lugar, pero no lo han hecho hasta ahora.

—Que sigan así. Vamos a lo que nos ha traído hasta aquí —dijo Airam dirigiéndose a Nkuku—. ¿Qué edad tienes? Tus amigas, según las autopsias, estaban entre los dieciséis y los dieciocho años; más o menos como tú, ¿no?

—¿Edad? No sé la edad que tengo. Lo único que sé es que cada día es nuevo. Dieciséis, diecisiete, dieciocho años… ¡Qué más da! No contamos nuestros años. ¿Para qué?

—Buena pregunta. La primera en la frente —susurró Airam—. Si te parece bien voy a enseñarte las cinco fotos. Te comento lo que sabemos de cada una y tú me dices los nombres y los apuntaré en las mismas fotos. ¿Te parece bien?

—De acuerdo. Cuando quieras empezamos.

Airam le enseñó las fotos. Nkuku, con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos, fue diciendo los nombres de sus amigas.

—Esta es Alika —dijo al ver la foto número uno—, mi mejor amiga y la líder de todas nosotras. Era una chica fantástica que soñaba con transformar el poblado. Y estoy segura de que lo habría hecho si no hubiera tenido que huir.

—¿Huir por qué? —preguntó Airam.

—Como dice un proverbio, cada arroyo tiene su fuente. Ya llegará el momento en que hablemos de esa fuente. Es una larga historia.

—A Alika la violaron unas horas antes de morir, Nkuku.

Nkuku no pudo seguir hablando. Las lágrimas le nublaron la vista y ahogaron sus palabras. Lloró de forma desconsolada. Doyo la abrazó mientras Airam se acercaba al riachuelo para coger agua con su termo

y se lo ofreció.

—Bebe, te sentará bien.

Tras beber unos sorbos prosiguió.

—Esta es Johari —indicó al ver la foto número dos.

—Johari presentaba diez uñas rotas, posiblemente arañaría a alguien —apuntó Airam.

—Esta es Nala. —Se refería a la foto tres—. Nala no nació en el poblado y era hermana adoptiva de Alika.

—¡Por eso tiene una marca tan distinta en la mano! —exclamó Airam —. Todo empieza a encajar.

—Y por eso es la única que presenta infibulación —apuntó Doyo—. Provendrá de un poblado donde en lugar de ablación de clítoris practican esa otra barbaridad. Empezamos a encontrar explicaciones coherentes.

—Esta es Nnenna —dijo al ver la cuarta foto.

—Nnenna tenía pústulas de impétigo —explicó Airam—. Mira las ampollitas de la foto.

—Sí, le empezaron a salir unos días antes de que nos dejaran —explicó Nkuku—. No sabíamos lo que era.

»Y esta última es Ayomide —dijo al ver la última foto.

—Ayomide se había marcado en el costado, con las uñas, las letras CROS, como si quisiera decirnos algo —señaló Airam—. Hemos concluido que nos quería indicar el estado del que provenía.

—Lo dudo mucho. A vosotros conocer el estado os dará información, pero para la gente del poblado los estados no tienen importancia; si Ayomide quería poner de dónde era, habría escrito el nombre del poblado.

—Tiene lógica —aseguró Airam.

—¿Cómo se llama vuestro poblado? —intervino Doyo.

Nkuku cogió una pequeña rama y se dispuso a escribir el nombre en la tierra.

—Amaghị —contestó mientras lo hacía.

—¿Y qué significa el puntito bajo la i? —preguntó Airam—. Es curioso que lleve punto arriba y punto abajo.

—Es un punto diacrítico —explicó Doyo—. En muchas lenguas africanas lo escriben bajo las vocales i, o y u. Representa una reducción de la apertura de la vocal.

Doyo pronunció varias palabras vocalizándolas con ese punto diacrítico y sin él para que Airam captase la sutil diferencia.

—Cuéntanos cómo eran tus amigas —continuó Airam.

—Falta una sexta amiga que huyó con esas cinco. Se llamaba Olabisi.

—Nos apuntamos el nombre. Está desaparecida.

—No puedo quedarme más tiempo, ya os lo advertí. Lo siento. Voy a por agua y vuelvo al poblado. Mañana nos veremos aquí a la misma hora.

Airam y Doyo se despidieron de Nkuku y se pararon en la orilla de la laguna. Airam, a diferencia de cuando pasó por allí el día anterior, estaba muy contenta. Había sido un gran avance conocer el nombre de las cinco chicas. Ya no eran anónimas. Al fin, gracias a Nkuku, iban a saber lo que había sucedido.

—Doyo, habías dicho que mañana trajéramos bañador para sumergirnos en esta agua cristalina, ¿verdad?

—Sí. Debe ser una gozada.

—A mí me agobia este calor tropical y seguro que el baño me sentará genial. Así que me voy a bañar ahora. Sin bañador, porque no tengo ni aquí ni en el hotel. No mires si no quieres.

Airam se quitó la ropa tras una mata, guardó el amuleto de Mulukú en el bolsillo del pantalón y se quedó en ropa interior. Doyo giró la cabeza con pudor mientras se desnudaba, pero, cuando oyó que la capitana se acercaba a la orilla, lanzó una mirada furtiva justo antes de que se zambullera. La vio espléndida, con el mismo cuerpo escultural que tenía cuando eran novios.

—Ven al agua, tonto. A ver si ahora va a darte vergüenza… —dijo Airam.

Doyo se desprendió de la ropa, salvo de los bóxeres, y se zambulló también. Airam advirtió que su cuerpo había cambiado de manera

notable. Había dejado de ser aquel chico larguirucho, de una delgadez extrema, para ganar volumen por todas partes, en especial en la barriguita.

El baño fue refrescante y placentero para ambos. Les produjo, además, un efecto relajante al estar rodeados de tanta naturaleza. El verde contrastaba ese día con el azul intenso del cielo que veían al flotar boca arriba en medio de la laguna. Solo el agradable murmullo de la cascada rompía el silencio. Al cabo de un rato salieron del agua, se secaron un poco tumbados al sol y comenzaron el regreso. Okwonkwo estaba esperándoles donde les dejó para llevarlos de vuelta a la pensión.

—Okwonkwo, a partir de mañana no te quedes aquí esperándonos —dijo Doyo—. Puedes irte al dejarnos y volver a por nosotros a las cuatro de la tarde. Cogeremos algo de pícnic y disfrutaremos de la naturaleza. No tenemos muchas más cosas que hacer.

—Como ustedes quieran.

Al llegar a la pensión la dueña salió a su encuentro con un pequeña bolsa de piel.

—Señora Airam, tómelo y guárdelo bien con usted. Me han dicho mis ancestros que ponga algo muy suyo en este grisgrís y lo lleve con usted como antídoto contra el mal de ojo que supone la rotura del collar. Ahuyentará la mala suerte. Yo ya lo he rellenado con algunas cosas suyas.

—Cuando habla de sus ancestros, ¿a quién se refiere? ¿A sus padres, a sus abuelos?

—No. A mis ancestros ancestrales que habitaron Akamkpa hace miles de años.

—¿Y qué cosas mías ha puesto en este amuleto?

—Una mezcla de hierbas que se tomó anoche; unos pelos suyos que encontré en el lavabo al limpiarlo; un pañuelo de papel usado y un pequeño lápiz suyo… Todo ello bendecido por mis ancestros.

Airam cogió el grisgrís y le siguió la corriente. Cuando la mujer se alejó, le dijo a Doyo:

—Me da que esta señora está un poco chalada.

—No, Airam. Son sus creencias. Las supersticiones impregnan la cultura nigeriana, y toda la africana, sobre todo en los núcleos rurales. Tú, por si acaso, haz lo que te ha dicho, que no te hará ningún mal.

Se retiraron a sus habitaciones a descansar un buen rato, dado que hacía mella en ellos el cansancio debido al gran madrugón. Se vieron en la cena y tras ella Doyo y Airam se sentaron en las mecedoras del porche.

—Tengo que decirle al doctor Okeke que el poblado Equis en realidad se llama Amaghị —dijo Doyo.

—El nombre de Equis me parecía simpático. Además de la imagen gráfica de la gigantesca equis que forman los dos árboles, suena a poblado desconocido. Cuando tu colega lo llamó así, me lo imaginé como una incógnita, como sucede con las ecuaciones matemáticas. Pensé que, como en las mates, tendríamos que despejar la incógnita.

—Pues ya está despejada. Equis es igual a Amaghị —zanjó Doyo.

Guardaron silencio balanceándose durante un rato, hasta que Airam se sacó la lista de las preguntas.

—Podemos tachar la número diez: ahora ya sabemos que las marcas de la mano izquierda identifican el poblado y a las familias. También tenemos contestada en parte la pregunta doce: Nala presenta infibulación porque proviene de otro poblado, pero nos falta saber por qué Alika no había sufrido una ablación. Además, podemos tachar definitivamente la pregunta siete: la respuesta a de dónde venían ya es más concreta que Nigeria; venían de Amaghị.

—Esas son las buenas noticias; la mala es que nos equivocamos al tachar la pregunta catorce: Nkuku me ha convencido de que las letras CROS del costado de Ayomide no se refieren a Cross River, como pensábamos ayer. En eso volvemos a estar como antes.

—Cierto; y ahora que conocemos el nombre de la sexta chica que no encontré podemos precisar más la pregunta sobre ella.

Airam apuntó que la tachadura de la pregunta catorce no valía y concretó la diecisiete:

—Mira cómo queda la lista —pidió Airam papel en mano—; de las dieciocho preguntas nos quedan once por resolver; bueno, once y pico, porque también nos falta saber por qué Alika no presenta ablación.

—Ya no podemos decir que en lugar de respuestas encontramos preguntas. Ahora encontramos ambas cosas, y el resultado es que la lista apenas se reduce —señaló Doyo.

—No, pero cada vez sabemos más. Vamos por el buen camino; y tengo la corazonada de que Nkuku nos llevará a responderlas todas —concluyó Airam.

—De todas me da que la más importante es la dieciocho; tengo ganas de saber lo que ocurrió para que las borraran de la memoria del poblado. Debió ser algo terrible, porque ayer Nkuku nos dijo que las chicas huyeron tras un día traumático.

—Y la catorce también tiene que ser clave: si Ayomide se grabó esas letras con las uñas es porque significan algo importante.

Tras la conversación los dos se retiraron a sus habitaciones para dormir.

29

Las leyes del poblado

Airam y Doyo deseaban que pasara la noche deprisa para volver a ver a Nkuku. Esa chica vivaracha, de gran valentía, les estaba atrapando con la expectativa de conocer su historia y con las incógnitas que emanaban de lo que contaba.

A la mañana siguiente, Airam retomó sus equilibrios con el móvil mientras se peinaba. Esta vez se le cayó de la mano, aunque, afortunadamente, topó con el lavabo y no con el suelo. La capitana se dio un buen susto porque no podía quedarse sin teléfono a pesar de que en Akamkpa no le servía para nada. Pensó que en cuanto viera a la dueña le pediría un espejo. No podía seguir utilizando el móvil en esas circunstancias. Airam salió a la cocina para desayunar y se encontró con Doyo. Los dos habían vuelto a madrugar, porque tardaban más de dos horas en llegar a la cascada. Okwonkwo les esperaba delante del porche para llevarles nueve kilómetros en coche hasta el inicio del sendero y volvería a las cuatro para esperar a que regresaran, como le había indicado Doyo.

Una vez en el punto de encuentro, no tuvieron que esperar tanto tiempo a que llegara Nkuku; apareció en menos de media hora.

—Buenos días, Nkuku. —Airam la saludó con un beso—. ¿Qué tal te ha ido?

—¡Fenomenal! —respondió mientras daba otro beso a Doyo—. Me gusta el nombre Doyo, es muy bonito, suena genial. Do-yo, Do-Yo,

Dooo-Yooo.

—Se lo inventó mi padre —contó Doyo—. No sé de nadie que se llame así. Me repetía que en la vida tenía que ser yo mismo y que por eso me puso Doyo, que es la extravagante unión de la palabra inglesa «do» con la española «yo». Es algo así como «hacer yo».

—Bueno, dejaos de charla —interrumpió Airam—. Cuéntanos, Nkuku, estamos deseosos de saber lo que ocurrió.

—He estado pensando cómo contaros las cosas para que acabéis conociendo todo y podáis haceros una idea completa de cómo eran mis amigas. Bueno, eran siete, porque hay otra que murió antes. Os contaré todo lo que pasó con ellas en el poblado y así conoceréis cómo era nuestra vida aquí, y espero que podamos averiguar cómo y adónde se fueron. He llegado a la conclusión de que os hablaré de la vida de Alika. En torno a su vida giró la nuestra y con ella se desencadenó la tragedia que vivimos en Amaghị.

—Como quieras, Nkuku. Cuanto más sepamos de vuestras vidas mejor. En algún momento de ellas está la clave de por qué y cómo huyeron.

—Cuando nació Alika era una niña preciosa y por eso le pusieron ese nombre, que en nuestra lengua significa «la más bella». Su padre, Ngozi, y su madre, Yeji, vieron limitada su alegría, porque fue un parto complicado. Yeji estuvo a punto de morir y se quedó sin poder tener más hijos. Eso es terrible para el futuro de la familia. Se necesita tener muchos hijos para garantizar que salen adelante, porque en todas las familias mueren algunos por enfermedades o accidentes. Además, hay que tener hombres para que cacen y nos defiendan. Así, Ngozi y Yeji se habían quedado solo con Alika y ya no podrían tener más hijos.

—¿Ngozi no podía volver a casarse y tener dos mujeres? —preguntó Airam, sabedora de que en muchas tribus existe la poligamia.

—No. En Amaghị cuando te casas con una persona es hasta la muerte o hasta que se la expulsa del poblado, que es como si muriera para nosotros.

—¿Qué puede causar la expulsión? —preguntó Doyo con especial interés.

—Que alguien viole gravemente las tradiciones de nuestra etnia. Eso es lo que hicieron Alika y su madre —respondió Nkuku apesadumbrada.

—Entonces ¿tus amigas huyeron para que no las expulsaran? —preguntó Airam.

—No, no fue así. Ya llegará el día en que entendáis lo que pasó cuando conozcáis toda la historia de mis amigas. Os pondré un ejemplo de expulsión del poblado: cuando dos personas tienen relaciones sexuales y al menos una de ellas está casada, se expulsa a las dos.

—El adulterio se paga con expulsión —resumió Airam—. ¿Y cómo se les echa?

—Si se condena a alguien a ser expulsado se le corta la mano izquierda.

—Donde está la marca que os identifica como miembros del poblado —apostilló Doyo.

—Sí. La expulsión de una persona significa que no es digna de pertenecer a nuestro pueblo y por tanto se le quita esa marca. De esa forma ningún poblado de nuestra etnia la admitirá. Eso es peor que morir, es como condenarla a muerte en vida y a una muerte no muy lejana, porque en soledad no es fácil sobrevivir con una única mano en la selva. Además, es condenarla a vagar sin descanso durante toda la eternidad, porque cuando se muera, sin la mano, no entrará en nuestro cielo.

—¿Y se les castiga de alguna forma si ninguno de los dos amantes está casado? —siguió preguntando Airam.

—Sí; se les dan latigazos a él y a ella delante de todo el poblado porque han ofendido a sus padres; ellos son los que tienen que decidir con quién se relaciona o se casa cada hijo o hija. Y puede pasar que, después de los latigazos, los padres consientan en que se casen o no; en ese caso tendrán difícil casarse, porque nadie quiere hacerlo con alguien así.

—¡Ufff! ¡Qué duro! —exclamó Airam.

—Las penas de expulsar del poblado después de cortar la mano tardan en decidirse —continuó Nkuku—. Tiene que acordarlas un

consejo en el que están representados todos los poblados de nuestra etnia y no se reúne con rapidez, porque hay que avisarlos y para eso se necesita tiempo. Pero, una vez fijada la fecha, la condena se ejecuta el mismo día que se acuerda. Tardan, pero son inexorables.

—Con esa dureza habrá pocos adulterios en Amaghị —apuntó Doyo.

—Yo no he conocido ninguno desde que nací —respondió Nkuku.

—Bueno, se consigue eso o que se extremen las precauciones para no ser descubiertos —puntualizó Airam.

—Sigue contándonos la vida de Alika —pidió Doyo.

—Lo que vais a conocer ahora marcó un antes y un después en nuestras vidas. Fue tan importante que estoy convencida de que, si no hubiera sucedido, mis amigas seguirían vivas, porque no habrían pensado en huir. Pasó cuando éramos pequeñas. De hecho, mucho de lo que os contaré ahora lo sabemos por nuestras madres, porque nosotras lo vivimos, pero no nos acordamos con claridad. La infancia de Alika y la de todas fue lo feliz que puede ser en un poblado como el nuestro. Todos los días tienes que ayudar en algo, pero también tienes mucho tiempo para jugar. Todo transcurría con la normalidad de siempre hasta que una tarde llegó al poblado una mujer, maestra, se denominaba a sí misma. Aquí no sabíamos lo que eso significaba. Hablaba nuestra lengua, aunque no era de nuestra etnia, y quería montar una escuela. Solo pedía a cambio comida y alojamiento. Explicó su proyecto al jefe del poblado junto con los beneficios que aportaría para el futuro de Amaghị. Su respuesta fue inmediata: «No hace falta una escuela; los padres son los que enseñan a sus hijos», dijo. Sin embargo, la madre de Alika, Yeji, y la mía insistieron en que dieran oportunidad a la maestra para que contara lo que nos podía enseñar. Esperaban así que fuese más fácil convencer al jefe para instaurar la escuela. El hechicero se alió de inmediato con el jefe del poblado. Mantuvo que a nuestros antepasados nunca les hizo falta una escuela para enseñar a sus hijos y que por tanto no era necesaria. Como ya se estaba haciendo de noche, la maestra se quedó a dormir en la choza de mis padres. Esa noche Yeji insistió al padre de Alika una y otra vez con que su hija merecía ir a la escuela, con que eso no le iba a causar

ningún mal y le podía hacer mucho bien. Razonaba que Alika no tendría jamás hermanos y lo que unos hermanos aprenden de otros no lo iba a vivir. El padre, que siempre veía mal a la gente que no era del poblado, no quería la escuela, pero al final Yeji le convenció para que el consejo escuchara a la maestra.

—¿Cómo es posible que en el siglo XXI se dude de la necesidad de una escuela para los niños? —preguntó Airam—. ¿Qué mundo es este?

—Es otro mundo; ya lo estás viendo —respondió Doyo.

—El jefe del poblado tenía razón, nunca había habido escuela —prosiguió Nkuku—. Reconozco que para ellos era algo desconocido y una novedad tan importante no era fácil de asumir. Al día siguiente se reunió el consejo.

—Formado por hombres, supongo —puntualizó Airam.

—Sí, entre los que estaba Ngozi. Estuvieron hablando con la maestra durante mucho tiempo y al final les convenció cuando les dijo que nos enseñaría en inglés. Pensaron que así nos entenderíamos mejor con otras etnias, puesto que casi todas lo hablan; el inglés era la lengua de comunicación entre ellas. Pero pusieron dos condiciones: la primera, acordar con la maestra los límites de lo que podía enseñar; la segunda, que la escuela tenía que desarrollarse sin dejar huellas, para evitar que los hombres de Boko Haram se llevaran a las niñas del poblado; «el cazador no se frota con grasa y se pone a dormir junto al fuego», dijo el jefe.

—Sabio proverbio, las personas con experiencia no se exponen inútilmente al peligro. ¡Cuánta razón tiene! —exclamó Doyo.

—¿Boko Haram es el grupo terrorista que hace unos años se llevó a muchas niñas de una escuela? —preguntó Airam.

—Sí. En Chibok, en el nordeste de Nigeria, secuestró a doscientas setenta y seis niñas —puntualizó Doyo.

—Oí esa noticia varias veces y me pareció terrible —añadió Airam—. Entiendo que tras esa barbaridad se temiesen más secuestros.

—No es que se temiesen, es que Boko Haram los ha hecho —precisó Doyo—. El de Chibok fue el que más atención internacional despertó pero no es el único. En un año secuestraron a más de mil mujeres y

niñas. Además de los secuestros, Boko Haram es un grupo terrorista que ha matado a más de veinte mil personas. Es uno de los más mortíferos del mundo, con unos nueve mil terroristas activos en sus filas. Está adherido al Estado Islámico y usa la violencia contra la población civil. Por culpa de esa violencia, dos millones y medio de personas de la zona del lago Chad han huido de donde vivían. Así que en tu poblado —dijo dirigiéndose a Nkuku— hacían bien tomando precauciones. Pero Boko Haram está en el norte del país, alrededor de la frontera entre Chad, Níger, Nigeria y Camerún. ¿Han llegado hasta aquí alguna vez?

—Tienes razón —contestó Nkuku—. Actúan más en el norte de Nigeria, pero han cometido muchos atentados en Adamawa, que no está tan lejos de aquí…

—Lo que no entiendo es por qué la población no declara la guerra a Boko Haram —planteó Airam—. Va a por la población civil y es esta la que debe plantarle cara y no huir de sus hogares. Solo con una parte de esos dos millones y medio de desplazados sería suficiente para aniquilarles.

—Las etnias nigerianas son, en general, pacifistas —puntualizó Doyo— aunque libraron la devastadora guerra civil de Nigeria que afectó de lleno a esta región. Fue un conflicto alimentado por las aspiraciones independentistas de crear la República de Biafra y por las ansias de controlar el petróleo. Nada que ver con Boko Haram, que es Estado Islámico, es radicalismo yihadista puro y duro. A ese enemigo en el resto del mundo tampoco se enfrenta la población civil.

—Los tambores de guerra son tambores de hambre —sentenció Nkuku con otro proverbio.

—Volvamos al tema de la escuela —pidió Airam—. Entonces empezasteis a ir tú, Alika ¿y quién más?

—Alika y yo junto a tres de las amigas a las que encontrasteis ahogadas: Johari, Nnenna y Ayomide.

—¿Y no asistió Nala? —preguntó Airam.

—Nala aún no vivía en Amaghị; ya os dije que era de otro poblado. También empezaron en la escuela Olabisi, que es la amiga desaparecida y, además, Opeyemi, una chica que murió trágicamente. No hubo más

familias que quisieran enviar a sus hijas, y no había chicos, porque el consejo del poblado decidió que ellos no estaban para ir a clases; dijeron que las clases se las darían sus padres enseñándoles a cazar y a trabajar la tierra. A medida que las siete amigas nos hacíamos mayores, cada vez era más complicado para la maestra enseñarnos, porque nosotras estábamos en un nivel y las niñas más pequeñas en otros inferiores. Llegó a haber hasta cuarenta niñas en la escuela. Fue todo un éxito, debido al carácter y el trabajo de la profesora. De vez en cuando se iba hasta Calabar para traernos libretas, lápices, colores, gomas de borrar… Decía que el Gobierno se los daba para nosotras.

—¿Y qué os enseñaba la maestra? —preguntó Doyo.

—Lo primero fue a aprender a hablar, leer y escribir en inglés. Al principio fue duro, porque ella solo nos hablaba en esta lengua, decía que era la forma de asimilarla mejor y en menos tiempo. También aprendimos a contar, a preparar remedios con algunas plantas…

—Y también escribiríais en vuestra lengua —añadió Airam.

—No, porque no tiene escritura.

—Como tantas lenguas en Nigeria y en otros lugares del mundo, su cultura se transmite de forma oral —apuntó Doyo—. Eso explica que las etnias estén muy recelosas de protegerla, porque en un par de generaciones puede desaparecer sin dejar apenas rastro de sus costumbres. Eso pasó con la cultura nok.

—Leí que en esos casos cada generación traslada la historia a sus sucesores como si del juego del teléfono estropeado se tratara, distorsionando algunas cosas —advirtió Airam.

—En vuestra cultura seguro que también pasa eso —respondió Nkuku—. Aquí se dice que hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de caza siempre glorificarán al cazador.

—Tienes razón. Nosotros decimos que la historia la escriben los vencedores —puntualizó Doyo.

—De todas formas, nuestra profesora nos enseñó a escribir con la grafía de otras lenguas africanas, ya que algunos sonidos de la nuestra no se pueden representar en inglés. Por eso os pude decir cómo se escribía Amaghị. También aprendimos geografía.

—Me parece extraño que dejaran a la maestra que os enseñara geografía, ya que el poblado no quiere saber nada de lo que pasa en otros lugares —apuntó Doyo.

—Bueno, era geografía del entorno. Ríos, mares, montañas…

—Entonces ¿no sabes dónde está nuestro país, España? —preguntó, curiosa, Airam.

—Sí, más arriba de África. Sé que la capital de España es *Madid* —dijo con su marcado acento inglés—, ¿no?

—Se pronuncia Madrid, pero no te preocupes por la pronunciación.

—¿Vosotros vivís en *Madid*?

—No; en Castellón, una ciudad que está junto al mar Mediterráneo. ¿La maestra te habló entonces de España y su capital?

—No. Tenía prohibido hablarnos de otros países. Eso lo leí en unos libros, ya os lo contaré… Tampoco podía enseñarnos religión, historia de otros países, y los avances y las costumbres de otros pueblos. La verdad es que, a pesar de tantos límites, aprendimos mucho e íbamos muy contentas a las clases. Nuestras familias también estaban satisfechas. Les transmitíamos cosas que nos enseñaba y generalmente les gustaba. El que siempre tenía comentarios contrarios a la escuela era el hechicero.

—Fue un logro que la maestra convenciera al consejo para enseñaros inglés. Gracias a ella ahora podemos entendernos —añadió Doyo.

—Lo siento, tengo que volver ya —dijo mirando hacia el sol.

—¡No puede ser! El tiempo ha pasado muy rápido —lamentó Airam —. Qué tonta he sido preguntando por las costumbres de tu poblado y desviando tu historia. No me volverá a ocurrir. Nos queda mucho por conocer todavía…

—Quien hace preguntas no es tonto. Ahora conocéis un poco más a nuestro pueblo y seguro que os puede ser útil. Hasta mañana.

Airam y Doyo volvieron a la cascada para darse un baño relajante como el que habían disfrutado el día anterior.

—Doyo, ayer la ropa interior se me quedó húmeda y esa sensación

me molesta mucho. Si no te importa, me bañaré con el traje de Eva.

—De acuerdo. Yo tendré que hacerlo con el de Adán para estar en igualdad de condiciones —bromeó—. Me vendrá bien porque ayer los bóxeres también se me quedaron húmedos.

Airam se sintió más libre bañándose sin ropa interior; se sintió en sintonía con la naturaleza. Recordó aquellos años de juventud cuando ella y Doyo iban a playas nudistas y lo disfrutaban. Lo disfrutaban tanto en el agua, donde hacían el amor a menudo, como en la arena, con el sol calentando todo su cuerpo. Tras separarse de Doyo, nunca más había practicado nudismo; a Cele siempre le había dado pudor ir a ese tipo de playas.

Mientras se desvestía, Doyo se quedó atónito contemplando el cuerpo de Airam flotando hacia arriba; vio que ahora llevaba depilado el frondoso vello púbico que recordaba. En cuanto se quitó los bóxeres, se zambulló en el agua.

Airam, ajena a los pensamientos libidinosos de su ex, pensaba que de pertenecer al poblado Amaghị la habrían expulsado por acostarse con George. Habría perdido la mano izquierda por disfrutar como jamás había disfrutado, por descubrir plenamente su sexualidad. Sin hacer daño a nadie, estaría mutilada y con pocas probabilidades de sobrevivir sola en la selva. La capitana siempre se había preguntado qué sentiría si algún día era infiel y lo había averiguado: ningún remordimiento. Podría deberse a que la relación con Cele no la satisfacía desde hacía tiempo; ya no estaba enamorada y, en lugar de disfrutar con él, lo sufría. O podría deberse a esa coherencia que no le permitiría hacer nada de lo que tuviera que arrepentirse. Nunca fue infiel a su marido, aunque él sí le confesó un desliz con una compañera de trabajo. Fue poco después de que Airam estuviera con depresión y, tras lo que Cele hizo por ella en ese trance, no le costó mucho perdonarle. Ahora ya estaban empatados. Nunca le hubiera sido infiel por venganza porque no creía en la ley del talión. «Ojo por ojo y todos nos quedaremos ciegos», solía decir. Se preguntaba si ella también debería confesarlo o si era mejor callárselo ya que no le causaba remordimiento.

El caso es que no solo no sentía arrepentimiento, sino que estaba

orgullosa de lo que hizo. Por primera vez tomó la iniciativa en una relación y, si no lo hubiera hecho, probablemente se habría perdido lo bueno que había vivido. A pesar de ser bastante moderna, de considerarse feminista, hasta entonces en eso había estado chapada a la antigua. Siempre esperó a que la iniciativa la tomara el hombre. Se había limitado a llamar la atención de quien le gustaba y esperar a que fuese él quien diera el primer paso. Se preguntaba cómo habría sido su vida si hubiera dado ella el primer paso con aquel compañero de la universidad que tanto le gustaba o con un tipo vasco, muy divertido, con el que coincidió en unas fiestas de la Magdalena. «Pero eso ya es agua pasada que no mueve molino», se dijo zanjando con ello la reflexión.

El prolongado baño transcurrió en silencio por parte de Doyo y Airam, cada uno absorto en sus pensamientos. Solo se oía el chapoteo de sus movimientos, el gorjeo de las aves, desde los árboles o atravesando el cielo de la laguna, y el relajante sonido de la cascada.

Llegó el momento de volver por el sendero para encontrarse con Okwonkwo. Andaban distraídos y bromeando cuando de repente a Doyo se lo tragó la tierra. Airam se asomó asustada al agujero que había quedado al borde del sendero y le vio tirado en el fondo de un pozo de más de tres metros de profundidad.

—Doyo, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? Que estoy tonto. He caído en una trampa de caza. Me he debido de salir del sendero y no he visto las marcas que la señalan. Seguro que las hay. Pero no te preocupes por la caída, estoy bien; no me he roto nada, solo tengo unos rasguños sin importancia. Por suerte el suelo está blando por la humedad. Preocúpate por cómo me vas a sacar de aquí, porque yo solo no puedo salir. El agujero es demasiado ancho para apoyarme en puntos opuestos y trepar. Busca por los alrededores algo que tirarme para que pueda subir. Hazlo rápido, por favor, porque me estoy agobiando.

—Ya voy, ya voy. No te preocupes, que encontraré cómo sacarte.

Airam recordó la claustrofobia que padecía Doyo. La descubrió al poco de salir juntos, un día en el que subieron los dos a solas en un

ascensor y se paró. Él se había armado de valor al entrar para no tener que confesarle el trastorno de ansiedad que padecía. En unos instantes, tras la parada, sintió que le faltaba aire; se le desbocó el corazón, presentaba una sudoración extrema y se desmayó. Airam lo pasó fatal, porque no sabía qué le sucedía. Por suerte les rescataron en pocos minutos moviendo el ascensor manualmente hasta el piso siguiente, pero ese tiempo les pareció una eternidad. Mientras la capitana buscaba a toda prisa algo que pudiera servir para sacar a Doyo del pozo, pensaba que, si le daba un ataque como el que le dio aquel día, no había quién les ayudara. «¡Con lo fácil que sería si llevase una pequeña cuerda!». Tras unos minutos dando vueltas alrededor, Airam solo encontró una cosa: un largo tronco caído. Intentó empujarlo para acercarlo a la trampa y dejarlo caer, pero era demasiado pesado. No logró moverlo. Mientras tanto, Doyo se iba impacientando.

—¿Encuentras algo? —gritó desde el fondo del pozo—. Encuéntralo pronto, porque me siento fatal.

—Doyo —Airam se asomó por el borde de la trampa—, lo único que he encontrado es un tronco, pero es demasiado pesado para mí. Tendré que ir a buscar a OK para que me ayude.

—Eso supone que estaré aquí, absolutamente solo, una hora y pico de ida y otro tanto de vuelta. Me voy a morir mientras espero —dijo aterrado.

—¡Cálmate! Recuerda lo que nos dijeron cuando salimos de aquel ascensor en el que quedamos atrapados. Aunque te dé un ataque de pánico, sabes que nadie se ha muerto por ello.

—Sí, eso dijeron, pero me duele el pecho y me falta el aire. Me encuentro fatal. Yo voy a ser el primero. Alguien tiene que ser el primero en morirse de un ataque de pánico.

—Piensa en positivo. Siéntate y desabróchate la ropa. Respira hondo y recuerda todo lo que te han aconsejado. Yo estaré contigo hasta que te calmes. Ya sabes que se te pasará en media hora como máximo. Cuando te encuentres mejor iré a buscar a OK, pero hasta entonces no me moveré de tu lado. ¿De acuerdo?

—Se pueden derrumbar las paredes del pozo y quedaré sepultado.

—¡Doyo! —Airam gritó enérgicamente para hacerle reaccionar—. ¡Basta ya de pensamientos negativos! Mírame y hablamos de lo que quieras mientras no sean cosas funestas.

Airam se sentía impotente. Se preguntaba para qué le servía todo lo que sabía si no podía hacer algo tan simple como sacar a su amigo de un pequeño pozo. Pero no quería transmitir su debilidad para no desanimar aún más a Doyo. Era el momento de distraerle de sus pensamientos nefastos, propios de quien está al borde del pánico, y para ello lo preferible era mantenerle entretenido. Doyo colaboraba porque sabía que era lo mejor que podía hacer y, luchando mentalmente contra sus miedos, logró reconducir la crisis hablando con su amiga. Cuando se sintió estabilizado, ella partió en busca de Okwonkwo.

De camino por el sendero pensó que podía suceder que los dos juntos no tuviesen suficiente fuerza para mover el pesado tronco o que, al dejarlo caer en el pozo, lastimara a Doyo, dado su volumen. Así que cambió de idea.

—OK —dijo cuando llegó junto a él—, tienes que ir a Akamkpa y traer una cuerda de al menos seis metros que nos permita sacar a Doyo de una trampa en la que ha caído. Yo me vuelvo con él y cuando la tengas ven por el sendero.

—Sí, señora. Pero ¿el señor Doyo se encuentra bien?

—Todo lo bien que se puede estar en el fondo de un pozo, a tres metros y pico bajo tierra. Afortunadamente no se ha roto nada.

—Volveré lo antes posible —aseguró Okwonkwo mientras arrancaba el coche.

Al llegar a la trampa, Airam vio a Doyo sentado en el suelo y cabizbajo.

—¿Cómo te encuentras? He vuelto todo lo deprisa que he podido.

—Fatal. Sacadme de aquí cuanto antes, por favor.

—Tendrás que esperar un poco más. Le he dicho a OK que vaya a buscar una cuerda.

—¿Y si no la encuentra? Era mejor que intentarais mover el tronco entre los dos.

—Pero ¿cómo no la va a encontrar en Akamkpa? Tranquilízate, por favor. En un rato OK la traerá. La cuerda es el método más seguro.

—En este momento me importa un bledo la seguridad. Quiero salir de aquí cuanto antes.

—Doyo, cuando me refiero a más seguro no me refiero a que esté exento de riesgo, sino a que con él tenemos la seguridad de que puedas salir. Si no pudiésemos tirar el tronco al pozo, ¿te imaginas el tiempo que tardarías en salir? OK tendría que volver a Akamkpa en busca de una cuerda…

—Bueno, hecho está. Pero yo quiero salir cuanto antes. He estado aterrorizado pensando mil cosas. He imaginado hasta que una mamba negra caía aquí y era mi final.

—No conozco a las mambas, pero seguro que son lo bastante listas para no caer en un agujero descubierto. Y ahora ya no tienes que preocuparte, porque antes me mordería a mí —dijo Airam intentando distraer sus funestos pensamientos.

—Es que eso también me preocupaba. Por mi culpa has estado dos horas andando sola por la selva con los peligros que conlleva.

—Pues mira, eso es lo que hace Nkuku todos los días. Y encima va muy cargada. ¿De verdad no te preocupa que ella lo haga? Pues yo tampoco debo preocuparte —dijo para tranquilizarle.

Hora y media después apareció Okwonkwo y arrojó la cuerda al fondo del pozo. Junto con Airam tiraron de un extremo para que Doyo pudiera subir por el otro. En unos instantes logró salir y quedó tumbado en la superficie.

—Te has salvado de esta —dijo Airam fundiéndose con él en un gran abrazo.

—Gracias a ti, compañera. Y a Okwonkwo también —añadió mirándole.

Los dos amigos estaban emocionados por haber conseguido salir indemnes del peligro. Tirados en el suelo, al alzar la vista Doyo señaló con el dedo:

—Cuando miras al cielo, mira qué bien se ven las marcas que ponen para señalar la trampa. En el árbol anterior al pozo y en el posterior

hay una rama horizontal que sobresale hasta la mitad del sendero. Fíjate que son ramas atadas por alguien y llevan cosas colgando.

—¡Es verdad! Ya no volveremos a caer si tapan otra vez la trampa.

—La trampa está en el borde del sendero. Si no me hubiese salido de él, no hubiera caído. He sido un imprudente.

—Imprudente, no, porque no conocías el peligro. No me hubiera perdonado si te hubiese pasado algo por acompañarme. Ve con sumo cuidado, por favor.

—Los dos debemos hacerlo.

Doyo se acercó al tronco que había encontrado Airam.

—Ayúdame a moverlo, Okwonkwo.

Lo intentaron haciendo fuerza ambos a la vez, pero el tronco no se movió.

—Menos mal que has traído la cuerda —dijo Doyo—. Este tronco, además de demasiado pesado, hubiese sido un peligro. Has hecho bien; disculpa mi desesperación.

—No hay que pedir disculpas, tu desesperación es fruto de tu trastorno de ansiedad. Anda, vámonos ya a la pensión.

La caminata hasta el coche les sirvió para relajarse un poco y, una vez llegaron a la pensión, Airam se fue a buscar a la dueña del establecimiento. Doyo, al verla tan decidida, la siguió temiéndose algo.

—Necesito un espejo —exigió la capitana a la dueña.

La mujer se protegió con las manos de las palabras de Airam como si quisiera evitar que la palabra «espejo» llegara a sus oídos.

—Aquí no hay de eso ni lo habrá.

—Pero ¿por qué?

—Un espejo atrapa parte del alma de quien se mira en él. Si se rompe, se pierde irremediablemente esa alma y quien se reflejó ya nunca será una persona entera ni en la tierra ni en el más allá. Pero puede pasar otra cosa aún peor. Si cuando uno muere su cuerpo se refleja en el espejo y alguien lo tapa para siempre, el alma queda presa en él para la eternidad y el fallecido nunca podrá disfrutar de paz.

Airam se mordió la lengua para no contestar una impertinencia y se dio media vuelta.

—Ya no tengo duda, efectivamente esta mujer está chalada —le dijo a Doyo cuando recorrían el pasillo.

—Airam, te repito que hay que respetar sus creencias, aunque no las compartamos. Para ella son importantes.

—Para mí también lo es tener un espejo, en especial por la mañana —gruñó.

Ya en su habitación, la capitana empezó a escribir un diario con lo que estaba viviendo en Nigeria y con todo lo que Nkuku iba contando. No quería olvidarse de un solo detalle. Doyo, por su parte, se sumergía en su ordenador y, aunque no disponía de conexión a internet allí, comenzó a redactar un denso artículo para una revista científica. Escribiendo ambos, la noche llegaba más rápido y parecía que el tiempo que faltaba para volver a ver a Nkuku se encogía.

Antes de la hora de cenar Doyo llamó a la puerta de la habitación de Airam.

—Vengo a ver si tienes algo para desinfectarme los rasguños que me he hecho al caer al pozo; y si además tuvieras unas tiritas…

—Sí, claro, adelante.

La capitana le curó las heridas superficiales y aprovechó para preguntar a Doyo por cosas que le habían venido a la cabeza mientras escribía en el diario.

—Me ha impactado que en el poblado les costara asumir la necesidad de la escuela. ¿Acaso en Nigeria no hay ley de educación obligatoria para los niños y niñas?

—Esta mañana me has preguntado que cómo era posible que en el siglo XXI se dudara de la necesidad de una escuela y no te he contestado. La educación básica en Nigeria la financia el Gobierno federal desde 1979, pero la asistencia no es obligatoria. Por tanto, no llega a grupos como los nómadas, los niños con necesidades especiales y aquellos que viven en zonas rurales y en las más pobres. Probablemente la maestra de Amaghị trabajaba para el Gobierno y la enviaron allí.

—Entonces, si la enseñanza no es obligatoria, habrá mucha gente analfabeta…

—Según los datos que dio el ministro de Educación, algo más del cuarenta por ciento de la población es analfabeta, y en el caso de las mujeres son más del cincuenta por ciento las que no saben leer ni escribir.

—¡Ese porcentaje es terrible para el futuro de esa gente! Además, en la sociedad del conocimiento en la que estamos limitará mucho el desarrollo del país.

—Sobre todo porque en el caso de los jóvenes el número de analfabetos aumenta. En 2015 eran nueve millones y medio, mientras que doce años antes eran ocho millones.

—Vamos, que podemos decir que Nkuku y sus amigas fueron unas privilegiadas por tener una escuela.

—Sí. A la maestra que fue al poblado tendrían que hacerle un monumento allí.

Tras un momento pensativa, Airam quiso saber más sobre los secuestros de las mujeres y niñas, cuya referencia le había dejado mal cuerpo.

—¿Y qué hacen los de Boko Haram con las niñas y mujeres raptadas?

—Las tienen a su servicio —contestó Doyo—, las ofrecen como recompensa a sus huestes, las violan cuando se les antoja, les obligan a tener hijos para ellos y a cuidarlos, incluso las venden como esclavas, porque, aunque minoritario, todavía hay comercio de esclavos en África entre determinados grupos radicales. Se descubrió que a algunas mujeres del secuestro de Chibok las vendieron por dos mil nairas.

—¡Cinco euros! —exclamó Airam—. Dos dólares cobraba una ángel de la muerte por vender su cuerpo en lo que dura un servicio, pero el cuerpo de esas chicas se compra a perpetuidad por solo cinco euros. ¡Es terrible! Y además, hablas de comercio de esclavas, no me lo puedo creer.

—No solo en África —puntualizó Doyo—; hace apenas cuatro años Estado Islámico abrió dos mercados de esclavas en Mosul y Raqa. A la entrada de la primera ciudad, puso carteles fijando el precio de salida

de las mujeres, según su virginidad y su edad. Esto pasa en el siglo XXI, Airam.

—Contra las mujeres pasa eso y más. En estos días he descubierto esclavitud, ablación, infibulación… Y entretanto en nuestro mundo o no lo sabemos o apenas le dedicamos atención cuando lo oímos.

Tras un silencio Doyo hizo una observación.

—Hoy ya conocemos algo más. Sabemos cómo aprendió inglés Nkuku. Podemos tachar otro interrogante de la lista.

Airam se levantó como si la impulsara un resorte, entró en la casa y salió con el listado de preguntas en la mano.

—Sí, la pregunta dieciséis queda tachada. Aunque debo decirte que era la menos importante. Lo que me tiene intrigada es por qué nos ha dicho Nkuku que la implantación de la escuela fue clave en la huida de las chicas.

—Ya lo averiguaremos, tiempo al tiempo —concluyó Doyo.

Airam se despidió. Se acostó enseguida y pensó en lo bien que se sentía al no tener que colorear el calendario desde hacía días. Pensó también en qué más les contaría Nkuku, en qué nuevo refrán africano, que tanto le gustaban por su sabiduría, les recitaría al día siguiente. Se prometió escribir todos esos refranes en el diario y con esos pensamientos se durmió.

30

Nala y el paso a la edad adulta

Tras una noche de sueño reparador, llegó una nueva mañana sin espejo. Airam no quiso jugarse la integridad del móvil y se acicaló a ciegas mirando el resultado en la pantalla del teléfono una y otra vez hasta que se sintió bien con su aspecto. Se prometió a sí misma que en cuanto viera a la dueña tenía que encontrar una solución, porque no podía seguir con esa precariedad. No era que quisiera arreglarse mucho, tan solo quería sentirse presentable.

Después del desayuno, Doyo y Airam encararon el día del siguiente encuentro con Nkuku. Los dos, ávidos de oírla, llegaron con mucho tiempo de anticipación y decidieron esperarla bañándose en la laguna. Pensaron que la verían, puesto que tenía que pasar por allí para alcanzar el claro.

Mientras se bañaban y escrutaban la naturaleza que les rodeaba, Airam se acordó de la caída de Doyo en el pozo el día anterior.

—Ahora que me doy cuenta, hemos pasado junto a la trampa en la que caíste ayer y no la hemos visto.

—Tienes razón. Los que la pusieron habrán ido a comprobar si había caído alguna presa y al ver que estaba deshecha la habrán tapado de nuevo. Tenemos que prestar más atención porque podríamos volver a caer.

—Bueno, como dijiste ayer, vamos seguros si no nos salimos del sendero.

En ese momento llegó Nkuku.

—Hola, pareja —saludó, contenta, al verlos—. Recuerdo los felices momentos vividos en esta laguna con mi marido. Lo pasábamos fenomenal.

—Ya tenemos el «fenomenal» de hoy —susurró Doyo a Airam al haberse dado cuenta de que era una palabra que la chica utilizaba mucho.

—Pues tírate al agua, ven a bañarte con nosotros —respondió Airam.

Nkuku soltó una gran carcajada que inundó el bonito paraje. Doyo se quedó prendado de esa risa, que pronto se les contagió a Airam y a él y que parecía emanar del tuétano del alma de Nkuku.

—Eso, Nkuku, báñate con nosotros —insistió Doyo.

La risa de Nkuku siguió brotando de su boca de forma aparentemente incontenible, como si tuviese vida propia.

—*Tulon-ka-yɛlɛ bɛ dugu diya* —dijo Nkuku, pues con la risa había perdido la concentración para hablar en inglés—. Disculpad; es un proverbio. Lo traduzco: la risa hace más agradable la vida en el pueblo.

—Pero ven al agua, Nkuku —insistió Doyo lanzándole gotas de agua a la orilla.

—Perdonad —contestó—, es que me he imaginado desnuda en el agua con vosotros y me da risa. —Continuó con una mezcla de admiración y nostalgia—. Me gusta veros felices en el agua. Formáis una buena pareja. No os he preguntado si tenéis hijos.

—No, Nkuku, no somos pareja sentimental —puntualizó Airam—. Es verdad que fuimos pareja hace más de veinte años, cuando teníamos tu edad, pero ahora somos buenos amigos; muy buenos. A veces los amigos ayudan más que las parejas, y ese es nuestro caso.

—Un amigo es como una fuente de agua durante un viaje largo —sentenció Nkuku.

—¿Es otro proverbio? —preguntó Airam, que no quería perderse ni uno en su diario.

—Sí —afirmó Nkuku.

—Me gusta: Doyo es mi fuente de agua en este viaje por Nigeria.

—Bueno, ¿me baño y no os cuento nada hoy? —preguntó Nkuku

bromeando.

A la pregunta de Nkuku, Doyo y Airam salieron del agua rápidamente. No querían perder ni un segundo más.

Mientras se dirigían al claro del bosque, Doyo pensó que se alegraba de que Nkuku no se hubiera bañado. Ella y Airam desnudas en la laguna podrían haberle dejado en una posición embarazosa. Las dos eran muy sexis y él, desnudo, no tenía cómo ocultar una erección. Habría sido fácil que una de las dos lo hubiera descubierto en el agua tan transparente y eso le hubiera avergonzado.

—Mira, te hemos traído estos dulces de la pensión de Akamkpa —ofreció Airam a Nkuku al llegar al claro.

—Mmm, hay de chocolate… ¡fenomenal! Me encanta el chocolate. Lo probé una vez con mi marido; lo trajo en una de sus salidas clandestinas de Amaghị, y me encantó. Me lo comeré aquí ahora mismo, porque no puedo llevarlo al poblado.

Doyo contemplaba a Nkuku con su melena, de gruesos cabellos crespos, ensortijados, que parecían formar un gran halo negro en torno a su cabeza. La miraba mientras ella disfrutaba comiéndose los dulces, relamiéndose, mirándolos con esos ojos que, extrañamente, no eran negros, sino color miel. No le cabía duda de que esa mujer sabría disfrutar mucho de la vida si tuviera ocasión de hacerlo.

—Mientras como el chocolate voy a contaros algo necesario para que entendáis el sufrimiento que nos esperaba, sobre todo a Alika, antes de que decidieran huir. Os relataré cómo llegó Nala a Amaghị.

—La chica de otro poblado que presentaba la infibulación —remarcó Airam.

—Esa misma. Un día la trajeron al poblado las mujeres que habían ido a por agua. La encontraron perdida por el sendero; iba llorando. Después de darle de comer y arroparla, dijo su nombre y empezó a contar lo que le había sucedido. Nala estaba en su poblado viviendo como nosotros, haciendo las cosas cotidianas. Era un día como todos los demás. Disfrutaba de la escuela con otras niñas. De repente el ruido de unos disparos llenó el aire a la vez que entraron en su poblado varios hombres armados al grito de «Olamilekan ha llegado». Nadie

sabía quién era ese hombre, pero todos se asustaron, temiéndose lo peor. La maestra empujó a todas las alumnas para que salieran por la parte de atrás de la choza en la que daban las clases y les dijo que huyeran por los senderos; que no pararan de correr; que no volvieran al poblado; que ya las buscarían sus padres cuando pasara el peligro. Les dijo que esa gente era mala y que si las cogían se las llevarían con ellos. Nala empezó a correr todo lo que pudo. Mientras huía oyó gritar al tal Olamilekan: «¿Dónde están las niñas? ¡Traedme a las niñas!». Y oyó muchos disparos. Corrió y corrió hasta perderse. Pasó la noche sola en la selva y al día siguiente la encontraron nuestras mujeres.

—¿Quién es ese Olamilekan? —preguntó Airam.

—Es un bandido sanguinario y destructivo famoso en toda Nigeria por sus atrocidades —respondió Doyo—. Él y sus hombres eran de Boko Haram, pero esa organización criminal se les quedó pequeña. Ellos necesitaban más sangre, más sinrazón para matar. Se convirtieron en una banda de vándalos que atacan por placer, por necesidad para apoderarse de lo que encuentren, o por dinero, contratados como mercenarios, o por todo a la vez. La consecuencia es que son muy temidos.

—¿Y qué pasó en el poblado de Nala? —preguntó Airam.

—En cuanto Nala contó lo ocurrido —continuó Nkuku—, varios hombres de Amaghị fueron a su poblado. Por la marca de la mano izquierda de Nala, sabían de dónde venía. Está en la parte este del parque natural, pero no en la parte de Nigeria, sino en la de Camerún. Al día siguiente volvieron a Amaghị espantados por lo que habían visto. Mi padre era parte de la expedición y nos lo contó horrorizado. «Olamilekan ha regado con sangre el poblado de Nala», nos dijo. Esa frase se me quedó grabada porque describía la brutalidad de lo que sucedió. Nos siguió contando que el poblado estaba lleno de cadáveres de adultos y niños, muchos de ellos mutilados. Había animales muertos y no quedaba ni una choza sin quemar. El poblado se encontraba arrasado, no se reconocía lo que fue. Se habían llevado todas las provisiones y había una mujer empalada con una inscripción colgada del cuello. Mi padre dijo que verla empalada era lo peor que se podía

imaginar.

Nkuku tenía un nudo en la garganta al recordar lo que le contó su padre y al acordarse de Nala. Necesitaba callar unos minutos para poder continuar. Airam le dio un poco de agua mientras Doyo se había sentado junto a Nkuku y la consolaba poniéndole el brazo por encima de sus hombros. Cuando recuperó el aliento, Airam preguntó:

—¿Qué ponía en la inscripción?

—Los hombres no sabían lo que quería decir, porque ya sabéis que no saben inglés. Cuando volvieron, enseñaron la inscripción a nuestra maestra, que se la tradujo a todos. Decía: «Las mujeres en casa, no en la escuela. Muerta la maestra, muerta la escuela».

—No cabe duda de que Olamilekan quería que su barbarie tuviera la máxima difusión —apuntó Airam—; por eso la escribió en inglés y no en alguna lengua del entorno. Además, empaló a la maestra para aterrorizar a las que quieran enseñar a las niñas.

—Veo que Olamilekan seguía teniendo esa obsesión de Boko Haram contra las mujeres en las escuelas, aunque hubiera dejado el grupo terrorista —dijo Doyo—. Tu poblado hizo bien en tomar precauciones al montar la escuela como nos contaste. No solo Boko Haram podía atacarla.

—Así es. Yo pensaba que sobraba esa medida de no dejar huella de la escuela por si había un ataque, pero al conocer la historia de Nala vi que mis mayores tenían razón. Como dice un proverbio, quien escucha la voz del anciano es como un árbol fuerte; quien se tapa los oídos es como una rama al viento.

—Sabia frase —sentenció Doyo.

—Sí, pero tiene un problema: ampara que no se cuestione lo que acuerda el consejo del poblado, aunque no tenga razón —apuntó Airam.

—Eso es lo que pasó en Amaghị más tarde —añadió Nkuku—, con consecuencia mortal, como ya os contaré.

—¿Mortal? Lo que nos cuentas es cada vez más aterrador. Sigue, Nkuku, sigue —pidió Airam.

—Nuestros hombres no encontraron ni un cadáver de niña en el

poblado de Nala. Algunos de ellos se quedaron buscando niñas perdidas en la selva y otros enterrando todos los cuerpos. Al cabo de varios días no había aparecido ninguna niña y se suspendió la búsqueda. Al parecer, Olamilekan se las llevó a todas y la única que se salvó fue Nala.

—¿Y qué habrá hecho Olamilekan con ellas? —preguntó Airam horrorizada.

—Olamilekan no es Boko Haram —respondió Doyo—. No las tendrá secuestradas. Sus hombres habrán forzado a las que hayan querido y las habrán vendido como esclavas. Alguno quizá se haya casado con alguna o se la haya quedado para que tenga hijos, pero será una excepción. En cualquier caso, el destino no puede ser más terrible.

Airam no pudo soportar más el relato sin desmoronarse. Las barbaridades cometidas por Olamilekan en el poblado de Nala y el destino de las niñas que se llevó le produjeron tal asco que le causaron náuseas. Entre sollozos, vomitó. La calmaron como pudieron entre Doyo y Nkuku; bebió unos sorbos de agua del riachuelo y cuando recuperó el ánimo volvió a preguntar sobre lo sucedido porque necesitaba saberlo, aunque le causara dolor.

—¿Cómo lo asimiló Nala?

—Cuando los hombres retiraron de su poblado los restos de sangre y de personas y animales, la llevaron allí para que viera que todo había sido destruido. Le dijeron que nadie había sobrevivido. No supo todo lo que habían hecho porque eso le habría causado un mal innecesario. Lloró a sus muertos, y toda nuestra gente la ayudó a pasar el duelo. Nala se quedó a vivir en Amaghị. Los padres de Alika la acogieron como *nwa nhazi*, lo que vosotros llamáis «hija adoptiva», y Alika pasó a ser su *ada ada*, su hermana adoptiva. Nala fue una más en la escuela y pronto se puso a nuestro nivel, porque ya había ido a clases en su poblado. Además, era muy lista y Alika la ayudaba mucho. Con ella, ya éramos ocho amigas.

—¡Qué historia más triste y terrible! —lamentó Airam.

—Y más triste aún es que Nala ya no esté entre nosotras —contestó Nkuku—. Ahora que ya sabéis quién era, voy a contaros algo que ha

resultado clave en el terrible desenlace de mis amigas. Lo vivimos como una fiesta, pero es una condena de por vida para las mujeres. Si no hubiera pasado lo que voy a relataros, la vida en el poblado habría sido muy diferente y probablemente mis amigas todavía estarían vivas.

—Nos dijiste algo parecido con la implantación de la escuela —dijo Doyo.

—Es que ambos hechos marcaron la historia de Amaghị —respondió Nkuku.

Airam la urgió a que continuara.

—Poco después de la llegada de Nala al poblado, llegó el momento de festejar nuestro paso de niña a mujer. Era uno de los cuatro momentos de nuestras vidas que celebramos con grandes fiestas, además del nacimiento, la boda y el funeral. Al ser las siete de la misma edad, aunque unas tuvieran ya la menstruación desde hacía poco y otras no, se celebró a la vez.

—¿Siete niñas? ¿No erais ocho las amigas que ibais a la escuela?

—Disculpad, es más complicado. Éramos ocho, pero Nala no tenía que hacer el paso a mujer.

—O sea que, como suponíamos, cuando la llevaron a Amaghị ya tenía la infibulación —señaló Doyo.

—Correcto. El rito del cambio de niña a mujer es una gran fiesta en el poblado. Empieza por la mañana con cánticos y danzas que solo se hacen ese día. Las niñas vamos juntas y solas por primera vez a buscar agua. Tenemos que cargar con casi tantos litros como yo ahora; apenas podemos con las vasijas. Al volver con el agua nos reciben en el poblado con una fiesta. El hechicero da gracias a los dioses y lanza conjuros para garantizar nuestra fecundidad. Después se celebra una gran comida en la que se bebe sin medida el *nkwu elo*, lo que vosotros llamáis «vino de palma». A lo largo de la tarde siguen la música y las danzas, y se beben y fuman cosas que producen alucinaciones. Cada familia prepara a su chica pintándole la cara por primera vez con pinturas rituales, y después el hechicero les graba la mano izquierda con esos distintivos que ya conocéis.

—Debe de ser doloroso, porque son cicatrices —apuntó Airam.

—Lo hacen con dos hierros finos calentados al fuego, uno con el signo de Amaghị y otro con el de cada familia. Claro que duele, pero mucho menos que lo que nos espera después. De hecho, en esta parte del ritual casi ninguna grita y en lo que viene después ninguna puede evitarlo.

—¿Con hierros incandescentes? —se sorprendió Airam—. Así es como se marca al ganado en nuestro país.

—Tras marcarnos la mano, como símbolo de que ya somos alguien en el poblado, se sigue bebiendo y danzando. Después llegará lo doloroso, cuando nos hacen la ablación para limpiarnos.

—¿Para limpiaros? —inquirió Airam.

—Sí, Airam —respondió Doyo—. Se cree que con la ablación la mujer pasa a estar limpia y ser pura. Por eso les parece necesario hacerla.

—¡Menuda estupidez! —exclamó la capitana.

—Por la noche —prosiguió Nkuku— dos ancianas, que han practicado la ablación toda la vida, van pasando por las chozas, donde las espera cada chica junto a su madre. Es una ceremonia íntima, en la que solo están presentes esas cuatro mujeres. Choza tras choza, las dos ancianas las visitan y poco después se oyen los gritos de la chica al ser mutilada con un cuchillo.

—¿No se usa ningún anestésico? —preguntó Airam.

—No sé lo que es eso.

—Algo que evite el dolor o lo disminuya.

—No; cuanto más dolor y más se grite mejor, porque se cree que el dolor hará fuertes a las chicas. Al salir de la choza las dos mujeres enseñan sus manos con sangre, entre gritos de alegría de la gente del poblado. Después se lavan las manos y continúan a la siguiente choza.

—Pero Alika no presentaba ablación de clítoris —recordó Airam.

—Exacto. Yeji, la madre de Alika, es una mujer moderna para nuestro poblado. Sin ella y sin el apoyo de mi madre, no habríamos tenido la escuela. Yeji no quería que a su hija le hicieran lo que ella tuvo que sufrir. Como las dos mujeres mayores que practican la ablación eran amigas suyas y la conocían bien, le dieron a elegir días

antes si se lo hacían o no. A ellas les quedaba poco tiempo, de hecho, ya han fallecido, así que no arriesgaban mucho. Después de ver morir a varias chicas por las infecciones, ya no creían que la ablación fuese buena. La muerte de la nieta de una de las ancianas como consecuencia de la ablación las había marcado. Como Yeji eligió no practicar la ablación, prepararon sangre de un animal para mancharse las manos y las piernas de Alika y la fingieron, incluyendo un grito estremecedor de Alika que simuló de maravilla.

—Pero ¿tú cómo lo sabes? Porque supongo que nadie se enteraría de la farsa —aventuró Airam.

—Nadie lo supo. Yo tampoco en ese momento. Alika me confió su secreto mucho tiempo después y el resto del poblado se enteró trágicamente más tarde, ya llegará el momento de contároslo. Aquel secreto tenía que irse a la tumba de las cuatro. Este hecho marcaba la vida de Alika en el poblado, porque sabía que tenía que encontrar un marido que entendiera lo que había hecho y no se lo contara a nadie. Eso o irse del poblado algún día sin que llegara a descubrirse. De saberse que había fingido, habría fuertes castigos para las cuatro y, por supuesto, la mutilarían y quedaría marcada por traicionar la tradición.

—Entonces ¿esa fue la causa de la huida de Alika? ¿El que no se conociera su secreto? —indagó Doyo.

—No, aunque de alguna forma está relacionado. No tengáis prisa, ya conoceréis la causa, todo llegará. Pero hoy ya os tengo que dejar.

—Vale, Nkuku, mañana nos veremos. Cuídate mucho. —Doyo la despidió con un beso en la frente.

Doyo y Airam se dieron otro baño en la laguna. Ella disfrutó desinhibida sumergiéndose entre los peces de colores y acabó poniéndose de pie bajo el chorro de la cascada. Allí, erguida, con las manos en el cabello, cerró los ojos mientras los alzaba hacia el cielo y movía la cabeza para hacerse una especie de masaje capilar con el impacto de los chorros de agua. Durante esos segundos, él no pudo evitar repasar con la mirada todas sus curvas. Fue un momento libidinoso que tuvo que sofocar antes de salir del agua para que Airam no se percatara del efecto que causó en su cuerpo.

Tras el baño enfilaron el sendero para encontrarse con Okwonkwo y Airam propuso a Doyo ir a Calabar. Necesitaba hablar por teléfono y tener conexión a internet porque los quince días de vacaciones se le acababan. Pensaba pedir un mes de permiso sin sueldo y, si se lo concedían, se lo diría a sus hijas y a Cele. De lo contrario tendría que volver a España. Siguieron en silencio durante todo el trayecto en coche.

Al llegar a la pensión la capitana fue en busca de la dueña.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿qué se le ofrece?

—Tengo que conseguir un espejo y vengo a hacerle una propuesta que no le creará ningún problema.

—Dígame.

—A usted le preocupa verse reflejada en el espejo. Para evitarlo le propongo una cosa: yo compraré uno y lo traeré embalado hasta mi habitación. Lo colgaré y lo cubriré con los cartones de forma que no se caigan. Cuando me quiera mirar los retiraré y después lo dejaré tapado de nuevo. De esta forma usted nunca se verá reflejada en él, ni nadie más que yo correrá ese peligro —dijo para empatizar con la dueña.

—¿Y qué pasará cuando se vaya?

—Me llevaré el espejo embalado. Piénselo, porque si no accede nos iremos a otra pensión.

La dueña valoró la propuesta de Airam unos segundos. Sopesó que conjugaba sus preocupaciones con los intereses de la clienta y que no podía permitirse perder a los únicos huéspedes que tenía. Eran, además, buenos clientes, porque habían reservado tres habitaciones durante no se sabía cuántos días. Le aportaban veinticuatro dólares diarios, algo que rara vez veía durante tanto tiempo. No podía permitirse que se fuesen a la competencia, a la otra pensión de Akamkpa. No sabía si allí tendrían espejos, pero no dudaba que la dueña se los pondría con tal de quitarle los clientes. Ya hizo algo parecido en el pasado, cuando esperó a sus clientes a la salida para robárselos en la mismísima puerta de su casa. Desde entonces no podía verla y, además de ser su competencia, también era su archienemiga.

—De acuerdo, acepto, pero en este pequeño pueblo no encontrará espejos a la venta —advirtió la dueña.

—No se preocupe. Tengo que ir a Calabar y lo compraré allí. Gracias por su comprensión.

La capitana salió a encontrarse con Doyo, que estaba esperándola sentado en una mecedora del porche. Se sentó en la otra y le contó el éxito de su reciente gestión.

—Ya he resuelto el problema del espejo —anunció Airam—. La dueña ha aceptado mi propuesta. Compraremos un espejo en Calabar y me deja colgarlo en mi baño. A cambio yo tendré cuidado de que solo me refleje a mí y de taparlo cuando no lo haga.

—Eres de lo que no hay. Siempre te sales con la tuya.

—No te extrañará, porque me conoces bien…

Doyo se levantó de la mecedora y la arrastró hacia la de Airam para sentarse a su lado. Al oír el ruido, apareció la dueña de la pensión.

—Pero ¿qué está haciendo? ¿No sabe que arrastrar cosas por el suelo atrae enfermedades a la piel?

—Vaya, señora, lo siento mucho, no lo sabía —se disculpó Doyo.

—Si sigue así esta mujer, en breve batirá el récord Guinness de supersticiones —sentenció Airam.

Tras unos minutos en silencio, la capitana volvió a tomar la palabra.

—Doyo, ¡qué mal se me han quedado el cuerpo y el alma al visualizar lo que nos ha contado Nkuku! Primero lo que pasó en el poblado de Nala y después las ablaciones…

—A mí también se me ha revuelto el estómago.

—Nala sufre primero una infibulación, después matan a sus padres y a todos los que conoce, para acabar muriendo ahogada en el Mediterráneo. Lo primero y lo último ya lo sabíamos, pero lo que pasó en su poblado es espeluznante, alienante. La atrocidad africana parece no tener límites.

—Airam, no lo circunscribas a África —replicó Doyo—. La atrocidad humana parece no tener límites. Mira los asesinatos masivos que vemos en colegios y suele ser en uno de los países supuestamente más avanzados, Estados Unidos; mira las atrocidades que vemos en

conflictos bélicos de tantos países; o, más lejos en el tiempo, mira las atrocidades de la Santa Inquisición invocando el nombre de Dios. Ya conoces el dicho filosófico: *Homo homini lupus*, El hombre es un lobo para el hombre.

—Aunque es genérico, ya lo sé, habría que actualizarlo para enfatizar que también lo es para las mujeres… La vida de Nala es una vida de sufrimientos. Quizá muriera sin ni siquiera conocer el amor de una pareja. ¿Se bañaría en nuestra laguna?

—No lo sé; podemos preguntárselo a Nkuku mañana —respondió Doyo—. Con ella estamos aprendiendo muchas cosas de la vida en el poblado, pero también nos vamos acercando a saber por qué huyeron las cinco chicas. Ya sabemos dos cosas que fueron importantes en su decisión de escapar: la escuela y la ablación, que, según Nkuku, resultó clave en el terrible desenlace. Además, ha dicho «terrible desenlace», por lo que me espero algo mucho peor que una simple huida.

—Tienes razón, se me había escapado ese matiz. Veremos si lo que nos espera es tan terrible como dice Nkuku. Pero lo de la ablación me deja confusa. Si esa fue una de las causas, ¿por qué huirían quienes tenían ablación y quienes no la tenían? —preguntó Airam y, al ver que Doyo se encogía de hombros, optó por cambiar de tema—. Vámonos ya a Calabar, ¿te parece?

Airam y Doyo viajaron con Okwonkwo a Calabar dispuestos a recuperar la cobertura de móvil, comprar el ansiado espejo y obtener una prórroga de su estancia en Nigeria.

31

La sorpresa de Cele

Cuando llegaron a Calabar se dirigieron al mayor centro comercial, el Calabar Mall. Mientras Doyo hacía algunas compras, Airam llamó a su superior de SASEMAR y le hizo la propuesta de un mes de permiso sin sueldo, a lo que este no le puso ningún problema. Es más, le sugirió que pidiera dos meses por si los necesitaba. «Siempre estarás a tiempo de acortarlo si regresas antes. Sin embargo, volver a concederte otro mes si se te queda corto puede ser más difícil, ya que el convenio colectivo solo prevé la concesión de uno de esos permisos al año», sugirió con acierto la voz de la experiencia. Le indicó que le enviara la solicitud por correo electrónico y la contestaría de inmediato aprobándola. Así lo hizo la capitana y también envió otro e-mail a Sebastián informándole de que se encontraba bien y de que tendría que seguir cuidando del Clara Campoamor por ella durante más tiempo del previsto.

A continuación, Airam se dirigió a comprar diversas cosas, entre ellas el deseado espejo para el baño. Después se sentó en una terraza para tomar algo e hizo unas llamadas. Llamó a Cele al móvil, pero estaba «apagado o fuera de cobertura», según la conocida voz sintética. Sí que consiguió hablar con sus hijas, que se pusieron muy contentas al saber de ella. Airam aprovechó para felicitar a Adriana, porque era su cumpleaños. Después llamó también a su jefe de policía favorito.

—¡Sorpresa! Hola, Chiribito.

—Hola, capitana. ¡Qué alegría saber de ti! Hoy hace una semana que

te fuiste. ¿Cómo van sus pesquisas, agente Airam? —preguntó George.

—Tengo que contarte muchas cosas. Estuve en el poblado de las chicas, que, por cierto, se llama Amaghị. Aunque en principio negaron conocerlas, una joven llamada Nkuku, vino a verme por la noche a la pensión y nos está contando clandestinamente la historia de ella y sus amigas. Está resultando apasionante. La única pega es que solo podemos estar un rato al día con Nkuku y que, tras nueve kilómetros en coche por una pista infernal, tenemos que caminar cada día cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta por un sendero. Otra novedad: estoy escribiendo un diario con mis vivencias en Nigeria, y que sepas que apareces en él.

—Pues a ver qué dejas escrito —bromeó George.

—No, tonto. De eso no cuento nada…

—Yo también tengo novedades. El hombre misterioso que descubrimos hablando con Chinua se trae algo gordo entre manos. Creo que Chinua debió de hablar con el tipo y, al ver que buscabais el poblado de las chicas y presentaros como periodistas, se debieron temer que estabais sobre la pista de lo que hacen. No sé si será tráfico de drogas, de armas, de petróleo, trata de personas… Lo que es seguro es que será importante, corrupción a alto nivel, porque parece que está involucrado el consulado español.

—¿Quieres decir que el poblado tiene que ver con alguna de esas cosas? Me parece imposible; es un poblado anclado en el pasado que no quiere saber nada de lo que pasa más allá de su entorno.

—Lo único que digo es que el individuo siniestro es la clave. Hace de intermediario entre Chinua, que posiblemente hará de facilitador gracias a su estatus en el consulado, y bandas que compran armas o venden ébano vivo, como Boko Haram, o mercenarios peligrosos, de los que hay unos cuantos en el país. Es probable que el tipo ni siquiera viva ya en el poblado, porque no ha ido por allí desde que lo tenemos bajo vigilancia.

—¿Mercenarios como un tal Olamilekan? —preguntó Airam.

—Es uno de ellos. Ese es el más sanguinario y el más buscado por la policía. ¿Cómo sabes de su existencia?

—Arrasó el poblado de Nala, una de las cinco chicas cuyos cuerpos rescaté, la que llevaba una marca diferente. Solo Nala sobrevivió a la masacre y fue adoptada en Amaghị. Por lo que nos ha contado Nkuku, fueron muertes crueles y se llevaron a todas las niñas. Tenéis que encontrar a ese vándalo, George.

—No es fácil. Vive en lugares remotos y nadie sabe cuál será su próximo golpe. Pero algún día caerá, te lo aseguro.

—Y, hablando de cosas más agradables —expresó la capitana en tono cariñoso—, ¿tienes ganas de volverme a ver?

—¡Claro que sí!

—¿Cuántas ganas tienes? —siguió diciendo en tono meloso.

—Muchas, Airam, muchas —contestó George, un poco agobiado por la insistencia.

—No parece que esas «muchas» sean tantas, por el tono en que lo dices.

—¡Claro que son muchas! Vuelve pronto y lo comprobarás.

—Ojalá pueda hacerlo cuanto antes; sería señal de que he encontrado las respuestas que he venido a buscar.

Tras hablar con George, Airam volvió a llamar al móvil de Cele. Seguía apagado o fuera de cobertura. Como última opción para contactar con él, se le ocurrió llamar al fijo de casa para probar si tenía suerte y se encontraba allí, aunque no apostaba por ello, porque Cele siempre volvía tarde, mucho más tarde de lo que ella deseaba. Sorprendentemente, descolgó.

—Sí, dígame.

—Cele, soy Airam. ¡Qué suerte encontrarte en casa por la tarde!, no sueles ir tan pronto…

—¡Qué alegría oírte! —dijo, aunque no transmitía la alegría que pregonaba—. Sí, hoy he terminado antes. ¿Cómo estás?

—Bien; viviendo un sinfín de experiencias que me hacen reflexionar mucho. Ya sé cómo se llaman las cinco chicas, he estado en su poblado y estoy conociendo su historia. Vamos progresando.

En ese momento se oyó un «¡ay!» de Cele.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Airam sorprendida.

—Nada, nada, que al moverme iba a caerse una cosa, pero lo he evitado… —contestó algo nervioso.

—Te llamo porque voy a volver a Akamkpa después y estaré otra vez sin conexión durante no sé cuántos días. Tengo que prolongar mi estancia aquí y he pedido un permiso sin sueldo de dos meses, aunque espero volver antes.

—Vale, Airam, no te preocupes —contestó, sin dar importancia a lo que acababa de oír—. Tómate el tiempo que necesites y *ciao*, que me he dejado el grifo abierto en la bañera e igual se me sale el agua.

Airam se quedó sorprendida por la reacción de Cele; tan sorprendida que se quedó mirando el móvil preguntándose qué pasaba. No le cuadraban ni tanta conformidad, sin protesta alguna, ni que estuviera en casa tan pronto, ni que no se hubiese interesado por nada de lo que le había pasado, ni que se preparara la bañera, porque él siempre se duchaba. Recordó cómo cada vez que ella se bañaba en lugar de ducharse, él decía, machaconamente, que meterse en la bañera era malgastar agua, tiempo y dinero. La torpeza de Cele hizo que dejara el teléfono fijo mal colgado y Airam siguió oyendo… no a Cele, sino la voz de una desconocida.

—¿Quién era, cariño? —preguntó la voz femenina desde su casa.

—Eres la bomba, tía —respondió Cele—. Pero ¿cómo se te ocurre chupármela mientras estoy al teléfono con la pesada de mi mujer?

—Más pesada tendría que ser tu mujer para hablar durante más tiempo, porque no he acabado con la faena. Yo te puedo hacer más llevadera esa conversación, me pone hacerlo mientras hablas con ella. Llámala otra vez… a ver qué te dice.

—Mira que eres atrevida…

—¿Te molesta? Si te molesta dilo solo por ti, porque a esta cosita sí que le gusta, a juzgar por lo dura que se ha puesto.

—No seas tonta, vamos a lo nuestro. La frígida de mi mujer dice que se queda dos meses más en Nigeria. Se ve que está a gusto tirándose a su Doyo de las narices. Pero que haga lo que le dé la gana, que tú y yo también lo vamos a hacer. Además, tú sí que sabes hacerme gozar y no como ella. Anda, ven a la bañera…

Airam colgó el teléfono consternada. Ya había oído suficiente. La impresión de lo que acababa de escuchar la llenó de rabia. No por haber oído a una mujer en su propia casa que estaba acostándose con su marido, ni porque Cele llegara pronto a casa para satisfacerla cuando no lo hacía con ella. Lo que le indignó sobremanera es lo que Cele había dicho de ella, el desprecio con el que la había tratado. Su falta de respeto no tenía perdón posible. No podía seguir más a su lado y se lo hizo saber de forma inmediata. No quiso volver a hablar con él y le envió un wasap concluyente:

> Cele, me alegro de que hayas dejado mal colgado el teléfono, porque así te he oído diciéndole a tu amiga lo pesada y frígida que soy. Te doy una semana para que recojas tus cosas y no quede nada tuyo en mi casa cuando vuelva. Una semana, ni un día más. Hablaré con mi abogado y preparará los papeles para el divorcio. Afortunadamente, como las niñas son mayores de edad y tenemos separación de bienes, será rápido. El abogado te avisará cuando puedas pasar por el notario a firmar y yo lo haré en cuanto vuelva a España. Que disfrutes con tu amiga tanto como yo estoy haciéndolo aquí, y no con Doyo, como tu sucia mente se imagina.

Volviendo a Akamkpa, Doyo se dio cuenta de que a Airam le pasaba algo. Estaba callada, con la mirada perdida, como enajenada. Al llegar a la pensión quería animarla y la invitó a tomar algo. Era la primera vez que salían por las calles de Akamkpa desde que llegaron. Anduvieron por el pequeño pueblo hasta encontrar un bar con unas mesas al aire libre. Se sentaron en una, alumbrada por la luna llena, y Airam le contó, con todo detalle, cómo había roto con Cele y que ya había llamado al abogado para que preparara los papeles del divorcio. Bebieron, y bebieron… y volvieron a beber. Se emborracharon como cuando eran jóvenes, tanto que eran incapaces de encontrar el camino de vuelta a la pensión. Tras más de media hora dando tumbos sin rumbo, sin más luz en las calles que la de la luna, constataron que habían vuelto al bar donde estaban antes. Ya habían cerrado. No quedaba nadie en la calle a quien preguntar. En un lugar tan pequeño era difícil perderse, pero ellos lo habían conseguido.

Airam, borracha como una cuba, miró al cielo y le preguntó a la luna, a gritos y tambaleándose.

—Selene, tú que ves la pensión desde el cielo, dime por dónde seguimos. —A continuación, añadió—: Doyo, por allí, dice Selene.

Al llegar a cada esquina volvía a mirar a la luna y le preguntaba: «¿Por dónde seguimos, Selene?». Esquina a esquina, siguieron la ruta que Airam creía que marcaba la luna. Doyo acompañaba a Airam sin rechistar, cogiéndola con el brazo por encima del cuello, porque no tenía ninguna idea mejor. Ya se sabe que el exceso de etílico es incompatible con las buenas ideas, y así lo sentía en su confusa mente que era incapaz de guiarle. Al final, por casualidad, vieron de lejos la pensión. Entraron, se dirigieron a la habitación de Airam y se tumbaron en la cama. Allí empezaron a reírse y a juguetear, a tocarse, a besarse… Sin apenas darse cuenta, estaban copulando. Acabaron con un final feliz, un megaorgasmo de Airam que dejó perplejo a Doyo. También a Okwonkwo, que oyó desde su habitación los sonoros gemidos y gritos de placer de Airam. De haber habido más clientes en la pensión, los habrían oído todos. Con ese final feliz y los cuerpos enredados, Doyo y Airam se quedaron dormidos.

32

El valor de los libros

Al día siguiente Okwonkwo llamó a la puerta de las habitaciones de Doyo y Airam para despertarles, porque era más tarde de lo habitual y no daban señales de vida. La capitana tapó la boca a su amigo para que no delatara que habían dormido juntos.

—Mejor que no lo sepa —musitó al oído de Doyo.

Se despertaron con resaca. Al comprobar con estupor la hora que era, los dos se vistieron prestos y, sin desayunar, salieron para ir al encuentro de Nkuku. Okwonkwo les esperaba junto al coche, que había lavado, como todas las mañanas. Les recibió con una sonrisa, sin preguntas. Con lo que oyó la noche anterior, imaginó lo que había sucedido sin temor a equivocarse. La precaución de Airam para que no se enterara no había servido de nada.

Cuando llegaron al sendero fueron caminando lo más rápidamente posible. Al alcanzar el claro del bosque eran las diez y media, y Nkuku no estaba.

—¿Se habrá marchado al no encontrarnos? —preguntó Airam.

—Imposible. Siempre estamos con ella hasta bastante más tarde —contestó Doyo—. Seguro que de haber llegado nos habría esperado hasta la hora que tiene que volver a Amaghị.

Pasaron los minutos, con lentitud de horas, y seguía sin aparecer.

—Ya son las once y media, Doyo; ¿qué habrá pasado? ¿Habrán descubierto que nos vemos? ¿Nos habrá oído alguien mientras

hablábamos?

—No lo sé, yo también estoy nervioso...

Al cabo de un rato apareció Nkuku. Llegó jadeando y empapada de sudor por el impetuoso ejercicio de correr, con las vasijas, los más de tres kilómetros que separaban Amaghị del claro del bosque. Sabía que se había hecho tarde y estaba sufriendo por cómo vivirían el retraso Doyo y Airam. Probablemente acababa de hacer la carrera más rápida y más larga de su vida.

—¡Hola! —saludó casi sin aliento—. Disculpad, hoy se me ha hecho más tarde de lo habitual. He tenido que ayudar a mi familia a trabajar en el campo, porque algún animal había destrozado los cultivos por la noche. Lo siento, no he podido escaparme antes.

—¿También tienes que trabajar el campo? —preguntó Airam—. Eso es duro…

—Como todo lo que nos toca hacer —replicó Nkuku—. Trabajar el campo es duro, pero más duro es el hambre, solemos decir. Toda mi familia se ha quedado trabajando allí. Yo he podido dejarlo, cuando habíamos hecho lo más difícil, porque tengo que llevar el agua.

—Ufff, ¡qué vida! —susurró Doyo.

—¿Y cómo regáis los cultivos sin agua en el poblado? —preguntó Airam.

—Por aquí llueve a menudo, ya viste desde el avión la cantidad de ríos que hay —respondió Doyo.

—Así es —recalcó Nkuku—. Los pocos cultivos que tenemos no necesitan que los reguemos. Durante buena parte del año, muchos días llueve algún rato por la mañana, por la tarde o por la noche.

—Estábamos muy preocupados por ti —respondió Airam—. Temíamos que alguien hubiera descubierto lo que nos cuentas.

—Estoy fenomenal, no os preocupéis. Si alguien lo descubriera, no me dejarían volver a veros y afrontaría lo que me esperara satisfecha por lo que hago. Pero por suerte nadie sospecha nada.

—¿Qué es lo que arriesgas, Nkuku? —preguntó Doyo.

—¿Os acordáis de lo que os conté que hacían con quienes son…? ¿Adúlteros, dijiste?

—Sí, esa es la palabra —confirmó Airam.

—Lo mío para la ley del poblado es similar, es una traición a Amaghị. En lugar de borrar a mis amigas de la memoria, las estoy rememorando y, además, desobedeciendo al jefe, que dio orden de que no habláramos contigo —dijo a Airam—. Ya comprobaste allí que sus órdenes se cumplen: nadie dijo nada sobre mis amigas. Así que, probablemente, en cuanto se reuniera el consejo de todos nuestros poblados, me condenarían a ser expulsada. Lo peor sería que no podría ver nunca más a mis hijas.

—Y que te cortarían la mano izquierda. Por favor, Nkuku, todas las precauciones que tomes son pocas para que no te descubran —advirtió Doyo.

—Eso, Nkuku —recalcó Airam—. Tienes que asegurarte de que nadie sepa lo que estás haciendo con nosotros; y si te descubrieran iríamos a rescatarte. Nos dijiste que pasaba un tiempo hasta que se reunía el consejo para acordar el castigo, así que en ese tiempo te salvaríamos. No sé cómo lo haríamos, pero te salvaríamos.

—Gracias por vuestras palabras, amigos. Ojalá no tengáis que llegar a eso.

—¿Has dicho que tienes hijas? —preguntó Airam.

—Dos. Ya andan y empiezan a decir algunas palabras. Cuando me llaman «madre», que en nuestra lengua es *nne*, me llenan de alegría. Pero no os preocupéis porque me descubran, tomo precauciones. Un proverbio dice que una persona que se cambia de ropa siempre se oculta mientras se está cambiando. No descubrirán cómo me oculto.

Al oír el proverbio Doyo pensó que no estaba hecho para Airam, porque, para bañarse en la laguna, se quitaba la ropa sin ningún pudor, sin nada que la ocultara.

—¿Y no te preocupa que si te expulsaran tampoco volverías a ver a tu marido? —preguntó Airam.

—Ya nunca podré verlo. Murió hace unos meses —respondió Nkuku llena de tristeza.

—Lo sentimos —lamentó Doyo—. Cuéntanos lo que le pasó; si quieres, claro.

—Prefiero dejarlo para otro día —contestó Nkuku apenada y con lágrimas asomando en los ojos.

Airam abrazó a Nkuku durante unos instantes. Después la cogió de las dos manos y, mirándola a la cara, preguntó, intentando distender el momento:

—¿Qué nos vas a contar hoy?

—Alika era la alumna más aventajada de la escuela, así que, tras la ceremonia del paso de niñas a mujeres, nuestra maestra le regaló unos libros sin que nadie lo supiera. Ella los guardaba en una cueva cercana al poblado, bajo unas piedras. Solo yo conocía su existencia. Mi amiga todos los días intentaba encontrar un rato para ir a leer algo de los libros mientras comía cacahuetes. Le chiflaba comerlos allí y decía que así aprendía mejor.

—A mí también me encantan los cacahuetes —apostilló Airam.

—Luego me contaba lo que estaba aprendiendo —continuó Nkuku—. Algunos días incluso fui con ella y hojeé los libros. Me encantaba ver a Alika leyendo y devorando cacahuetes. Los libros me parecieron fascinantes. Eran muy diferentes a los que usábamos en la escuela. Tenían muchas hojas con grandes imágenes llenas de bonitos colores de cosas que jamás había visto.

—¿De qué trataban los libros? —preguntó Doyo.

—Había cuatro. Uno trataba de cómo era la vida en países de Europa, otro de historia de los pueblos de Nigeria, otro de inventos que hacían la vida más fácil y otro de consejos para cuidar la salud. De nada de eso podía hablar la maestra en la escuela, pero sabía que a Alika le iban a gustar y podría sacarles partido. Eso sí, tenía que ocultar su existencia.

—Entonces, fue en esos libros en los que aprendiste dónde estaba España —aventuró Airam.

—Sí. La noche que te conocí me dijiste que eras capitana de un buque español y que recogiste a mis amigas en el Mediterráneo. Al día siguiente por la tarde, después de nuestra primera cita, me fui a buscar en los libros cosas de vuestro país. Días después, cuando me dijiste que veníais de Castellón, volví a la cueva para buscar vuestra ciudad, pero

solo encontré su posición en el mapa.

—Era de esperar, es pequeña y con historia reciente para figurar en un libro genérico sobre Europa.

—La maestra y Alika se jugaban mucho con esos libros —comentó Doyo.

—Así es. No sé qué pena les habría correspondido si los hubieran descubierto, pero seguro que habrían recibido un buen castigo y habrían cerrado la escuela. Así que las únicas personas que sabíamos de su existencia éramos la maestra, Alika y yo. Alika me lo contó porque entre nosotras no teníamos secretos.

—Entonces ¿nunca se descubrió? —preguntó Doyo.

—Nunca. Los libros siguen escondidos. Antes de que vinierais había ido alguna vez a verlos acordándome de Alika. Me da mucha pena su muerte y la echo de menos. ¡No os podéis imaginar cuánto! Lloro muchas veces su ausencia y la de mis amigas —dijo sollozando—. Por eso estoy empeñada en que descubráis lo que pasó. Por eso arriesgo lo que haga falta. No quiero que nunca vuelva a pasarles algo así a otras mujeres.

—A eso en mi país lo llamamos «sororidad» —apuntó Airam.

—Es una bonita palabra, suena muy bien —contestó Nkuku—. ¿Qué significa?

—Es el afecto entre las mujeres y su solidaridad para luchar por tener iguales derechos que los hombres —respondió Airam.

—En mi lengua no tenemos una palabra que represente eso, porque es algo que no existe para nosotras. ¡Ojalá fuéramos igbo! —exclamó Nkuku.

—Pero ¿no lo sois? —preguntó sorprendido Doyo—. Estáis en un territorio en el que la mayoría lo son y muchas de las costumbres que nos has contado parecen de la etnia igbo.

—Somos ochie. El consejo de todos nuestros poblados se llama Consejo Ochie, y es el que imparte nuestra justicia por encima de cada poblado. Teníamos muchas cosas en común con los igbo, pero ellos fueron evolucionando y, mientras tanto, nuestro pueblo rechazó cualquier cambio. Es más, fuimos hacia atrás en algunas cuestiones,

porque la interpretación del consejo del poblado siempre mira al pasado, nunca al futuro. Es lo que tiene la tradición oral, como decía Doyo el otro día, que permite reescribir la historia.

—¿Y por qué decías que ojalá fuerais igbo? —preguntó Airam.

—Porque las mujeres igbo supieron luchar para tener más importancia en sus poblados. Me lo contó Alika, que lo leyó en los libros y lo comentó con la maestra a escondidas.

—Así es —puntualizó Doyo—. Las mujeres igbo lideraron una famosa lucha por la igualdad en 1929 cerca de aquí, al sudoeste, en Bende, en lo que después sería el pequeño estado de Abia. Marcharon para luchar contra los jefes de garantía, que son autoridades locales, pidiéndoles que dejaran de limitar la participación de las mujeres en las decisiones. Atacaron y destruyeron dieciséis cortes nativas y lograron que dimitieran algunos jefes. Como consecuencia de las protestas, las mujeres mejoraron su posición y algunas fueron jefas de garantía y formaron parte de las Cortes Nativas, hecho que nunca había sucedido.

—La unión en el rebaño obliga al león a acostarse con hambre —añadió otro proverbio Nkuku—. Pero mientras los igbo hacían eso aquí cerca, nuestro león ochie no pasaba hambre, porque nosotras ni nos enteramos de lo que había ocurrido. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y las mujeres ochie seguimos igual. Hablando de tiempo, tengo que dejaros. Se me ha hecho tarde. Me vuelvo al poblado con las vasijas llenas.

—Ve, Nkuku —dijo Airam—. Pero si otro día se te hace tarde no hace falta que vengas corriendo. Te esperaremos el tiempo que haga falta.

—Quienes llegan antes al río encuentran el agua más limpia —contestó Nkuku con un nuevo proverbio—. Os aseguro que, si pudiera, llegaría antes que vosotros todos los días. Pero más vale que me esperéis dado que mi tiempo es muy limitado. No podemos permitirnos que me pase sola una parte del poco que tengo para vosotros.

Nkuku se alejó y Airam y Doyo volvieron a la laguna. Ese día la

capitana se fue detrás de unas matas, como si hubiera adivinado el pensamiento de Doyo sobre el proverbio que había recitado Nkuku. Salió de las matas con un bonito bañador puesto.

—¿Te gusta, Doyo? Lo compré ayer en Calabar por si algún día lo necesitaba. No pensaba usarlo aquí, porque me fascina la sensación de bañarme desnuda, pero, después de lo que ha pasado esta noche entre nosotros, me parece más prudente. Lo llevaba en la mochila desde ayer, cuando lo compré en Calabar, y como hemos salido de estampida esta mañana no me he acordado de sacarlo ni de decírtelo. ¡Para acordarme de algo estaba yo, con el resacón que llevaba!

Airam se sentó en una roca mirando hacia la laguna. Quería hablar seriamente con Doyo.

—Ven, siéntate aquí a mi lado. Tenemos que hablar.

Doyo se sentó junto a ella y fue él quien empezó a hablar.

—Lo de anoche… fue una sorpresa tan placentera como inesperada. Me sorprendió cómo disfrutaste. Antes no eras así en la cama.

—Antes no era así. Me faltaba experiencia y me faltaba conocer a alguien que la tuviera y me hiciera vibrar con ella. No te ofendas, éramos inexpertos tú y yo, los dos estábamos igual de verdes… Bueno, al parecer tú ya tenías alguna experiencia, según entendí el otro día...

—Bueno, no quisiste preguntar, preferiste imaginar —dijo Doyo sonriendo—. Tienes razón en parte: se llamaba Betty, y era una clienta de Zaragoza que veraneaba en el hotel con sus padres. Enrollarse con ella tenía el aliciente de que estaba prohibido intimar con los clientes.

—Tú siempre transgresor… ¡Qué malo eres! Menuda sorpresa; y yo creyendo que te estrenaba… —sonrió Airam.

—Lo mío es una sorpresa intrascendente, de una semana, lo que tiene importancia es lo tuyo. ¡Menudo orgasmo! ¡Y cómo te movías! ¡Vaya con Cele! ¿Cómo puede decir que eres frígida?

—Ya conoces el dicho: no hay mujeres frígidas, sino hombres inexpertos.

—Yo conozco uno mejor: que una mujer es frígida lo dicen las malas lenguas —remató Doyo.

Ambos rieron.

—Esa versión me gusta más —apuntó Airam—. Además de chistosa, es más inclusiva: también es válida para las relaciones lésbicas. Y a Cele le viene como anillo al dedo, porque no veas la mala lengua que tenía. Pero no fue con Cele con quien aprendí eso. Él se va a quedar sin conocer esta faceta de mí y sin disfrutarla.

Doyo, que no tenía un pelo de tonto, cogió el comentario al vuelo y no se resistió a que Airam reafirmara lo que había creído entender:

—Entonces ¿quieres decir que lo has descubierto en este viaje? ¿Qué es lo que me he perdido?

—Yo no he dicho eso. Hasta ahí puedo leer —dijo, cortante, Airam y cambió de tema—. Doyo, tenemos que hablar seriamente. Lo de ayer no puede repetirse. Te aprecio mucho y por eso mismo no quiero hacerte daño. Nuestra relación debe ser de amistad, de la mejor amistad, como estábamos retomándola. Ayer mi situación emocional, tras oír al cabrón de Cele, junto al exceso de alcohol, tuvo esa consecuencia. En circunstancias normales sabes que no habría pasado.

—¿Ves, Airam, como a veces hay atenuantes? Tu caso, en el fondo es como el mío: abstinencia sexual, alcohol y un amigo que te empuja…

Airam no le desveló que en lo de la abstinencia sexual se equivocaba. No quiso revelarle que hacía solo unos días había tenido la mayor actividad de toda su vida. Pero también pensó que podía tener algo de razón en lo que decía: ella sentía la necesidad de hacerlo, no tanto por la abstinencia como por el despecho sufrido por el trato despectivo de Cele sobre su supuesta frigidez. «¡Frígida!... ¿Qué se ha creído?», recordó que se decía a sí misma la noche anterior hasta que el alcohol le anuló el entendimiento.

—Bueno, volvamos a lo de anoche. No quiero decir que me arrepienta de lo que pasó, pero sí que te digo que no quiero que se repita —aseguró Airam.

La capitana no se arrepentía de lo sucedido, porque le había servido para constatar que era verdad lo que le dijo George. Los megaorgasmos eran suyos, dependían más de ella que de su compañero de cama. Doyo había puesto de su parte poco más que de joven y el final había sido, en este caso, mucho más feliz para ella. Además, pensó «¡Qué narices!»,

Cele ya la había culpado por acostarse con su amigo, así que llevarse el placer de haberlo hecho compensaba, en parte, los sinsabores sufridos con su marido por esa causa.

—Lo entiendo y creo que tienes razón. Tendremos que vigilar nuestros excesos conjuntos con el alcohol, porque ya es la segunda vez que acabamos la cogorza con final feliz, y ya sabes lo que dicen: no hay dos sin tres.

—No habrá tres —aseguró Airam con tono categórico—. Y no me nombres la primera vez; ya te dije que no quería recordarla. Fue el motivo por el que creo que nos alejamos. No estuvo bien que unos días antes de mi boda nos acostáramos. Ni siquiera fue por deseo acumulado, tan solo por la mezcla de alcohol y confianza. Tras casarme nunca he sido infiel a Cele, pero ese día…. Es algo de lo que no me siento orgullosa y que solo tú y yo sabemos. No me arrepiento, pero…

—Ya lo sé. Me lo dijiste el primer día que viniste a mi despacho, al recalcarme que esa fue la ú-ni-ca vez que nos vimos desde que lo dejamos; dijiste que querías olvidar lo que sucedió. Yo no, pero no te preocupes: por mí seguirá siendo nuestro secreto. Y esta segunda cogorza con final feliz tampoco la conocerá nadie por mi boca. Mantendré un silencio cómplice como he hecho hasta ahora.

El silencio se extendió durante un buen rato; se quedaron pensativos, hasta que Doyo lo rompió.

—Me habías preguntado por el bañador y te doy mi veredicto: me gusta mucho. Debo confesar que estos últimos días he tenido que hacer esfuerzos mentales para que no se notaran los efectos que me causaba verte desnuda.

—¡Qué me dices, Doyo! Pobrecito mío. —Sonrió Airam—. Disculpa, si lo hubiera sabido…

—No hay nada que disculpar, pero, como conclusión, a partir de hoy usaremos traje de baño. Mañana también lo traeré yo.

Airam y Doyo dejaron de hablar y se zambulleron en la laguna. Ella con el bañador nuevo, él con sus bóxeres. Doyo contempló a Airam bajo la cascada y ya no esquivó su mirada cuando advirtió que abría los ojos. Se sintió aliviado, porque ya no tendría que pensar en otras cosas

para distraer su mente y, además, acabaría con las miradas furtivas.

Al llegar a la pensión Airam y Doyo se encerraron para escribir sus cosas. La capitana no daba abasto plasmando en el diario lo que les contaba Nkuku, los diálogos con su amigo y sus reflexiones. De hecho, como tenía que recuperar los primeros días de estancia en Nigeria, aún lo llevaba retrasado. Doyo, por su parte, estaba descubriendo gracias a Nkuku detalles del país que no conocía. Para un catedrático de cultura africana como él, había sido una suerte dar con un poblado que vivía anclado en el pasado y cuyas costumbres no estaban contaminadas por la actualidad.

Antes de cenar Airam pidió un martillo y una escarpia a la dueña de la pensión para colgar encima del lavabo el espejo que compró en Calabar. Al cruzarse con Doyo por el pasillo, este le preguntó, sorprendido:

—¿Adónde vas con ese martillo?

—Se acabaron tanto la penuria de no poder verme en condiciones como los juegos malabares que alguna mañana a punto han estado de costarme el móvil. Voy a colgar el espejo.

Una vez colgado en la pared, se miró en él y después lo dejó tapado con el cartón del embalaje, como había acordado con la dueña.

—Todo sea para que su alma no quede atrapada en él —susurró.

Tras cenar, Doyo y Airam salieron al porche a descansar y a disfrutar de la preciosa noche. Doyo se puso las manos por detrás de la cabeza mientras se mecía. La dueña del establecimiento le regañó cuando cruzó el porche para entrar en la casa.

—¡Quítese las manos de la cabeza! ¿No sabe que está invocando alguna desgracia?

—Pues no lo sabía, lo siento —contestó Doyo al tiempo que apoyaba las manos en los brazos de la mecedora.

Cuando desapareció la dueña, Airam no pudo callarse.

—Esta señora también parece catedrática… pero de supersticiones nigerianas.

Ambos rieron la broma. Después Doyo, que todos los días le había insistido en que tenía que respetar esas creencias, quiso hacerla

reflexionar.

—Lo que dice la dueña son supersticiones que comparte mucha gente en Nigeria y en África.

—¡Menudas chorradas! Son para partirse de risa.

—Ojo, que en España también tenemos una gran cantidad de supersticiones absurdas —la reprimió Doyo—: que si pasar por debajo de una escalera, que si se cruza un gato negro en el camino, que si se derrama sal, que si martes y trece, que si levantarse con el pie izquierdo…

Airam miró a los ojos de Doyo y se quedó unos instantes pensando en lo que acababa de oír.

—Tienes razón. Yo no me creo ni unas ni otras, pero no me río de las nuestras. Tampoco debería hacerlo de las suyas. Mensaje recibido, amigo. Hablando de otra cosa, ayer, cuando volvíamos de Calabar, traumatizada tras lo de Cele, no te conté lo que había hablado con George. Disculpa, ya viste que mi cuerpo iba contigo en el coche, pero mi mente, no. George me dijo que el tipo que hablaba con Chinua estaba metido en cosas turbias como tráfico de armas o trata de personas. Sospecha que intentaron matarnos porque creían que nos acercábamos a lo que se llevan entre manos. Debe de ser algo muy gordo, a juzgar por el atentado. Me ha venido al pensamiento lo que me dijo el comisario de Castellón: las cinco chicas podían ser prostitutas en un yate de lujo. ¿Y si fuesen ébano vivo? Me horroriza pensar que acabaron en una mafia de trata.

—Lamentablemente nos podemos esperar cualquier cosa. A ver, pensemos. Han intentado matarnos porque creían que, como periodistas, podríamos destapar la mafia de tráfico de armas o de trata. Deberíamos preguntarnos qué relación podrían tener las cinco chicas con el amigo de Chinua, o sea, con esas mafias. ¿Tú las ves relacionadas con el tráfico de armas?

—¡Qué va!

—Yo pienso lo mismo, ergo tienen una alta probabilidad de que su relación sea por trata de personas. Prepárate, porque podrían ser ébano vivo. Lo veo muy probable.

—Me duele el corazón solo de pensarlo, Doyo. No quiero contemplar esa posibilidad. No puede ser que el comisario de Castellón tenga razón; no puede ser que murieran en una fiesta de ricachones en alta mar. Me niego a pensarlo.

Los dos se quedaron reflexionando en silencio. La opción de que las cinco chicas fueran ébano vivo les deprimía. Al cabo de un buen rato, Doyo volvió a tomar la palabra.

—Nkuku es una mujer admirable. Como diría ella, es fenomenal.

—Ya me he dado cuenta del juego que te traes con la palabrita. Y tanto que es fenomenal. Con unos dieciocho años que tendrá ha vivido más que muchas personas en toda su existencia. Viuda, con dos niñas pequeñas, ha perdido a sus amigas, tiene una mentalidad moderna que debe conjugar con la mentalidad anquilosada del poblado, acarrea los veinte litros de agua todos los días, trabaja la tierra… y todo lo que no sabemos. ¡Y qué sentido de la amistad tiene!

—A mí lo que más me impresiona es su valentía, lo que está dispuesta a arriesgar por la memoria de sus amigas.

—Exacto, Doyo. Cuántas veces oímos en nuestro mundo eso de «yo te apoyo» o «cuenta conmigo», que en la mayoría de los casos acaban siendo frases vacías para quedar bien. La medida del valor de ese apoyo, o del nivel de «el cuenta conmigo», es lo que están dispuestos a arriesgar por apoyarte. La verdad es que en nuestro mundo suele ser bastante poco, la amistad es cada vez más superficial, cada vez tiene menos raíces. Y desde que los amigos son virtuales aún es más etérea. Incluso muchos llaman amistad a lo que no lo es, a una afinidad que está unos cuantos escalones por debajo de la amistad. Esta aventura de descubrir lo que ha pasado con las cinco chicas, y digo aventura porque a las cosas hay que llamarlas por su nombre, me está descubriendo amistades bellas durmientes. Porque son bellas y estaban durmiendo, pero ha solo hecho falta que las necesitara para que se despertaran. Una fue la de la amiga médica de Castellón que me cantó las autopsias y la otra es la tuya. Hacía años que no nos veíamos y no has dudado en dejar la universidad y emplear los días que haga falta por ayudarme. Solo por ayudarme. Ni has reparado en el coste económico del viaje, ni

en el temporal ni en el retraso académico que te puede acarrear… Estoy agradecida y muy orgullosa de ti.

—No me pongas colorado. Yo también lo estoy de ti. Que una mujer con una vida acomodada, que podría serlo mucho más si trabajaras en la empresa familiar, arriesgue hasta su vida por unas desconocidas… ¡Eso sí que es valentía y merece admiración!

—No era consciente de que arriesgaba mi vida hasta que sufrimos el atentado. Sé que me dijiste que era un país peligroso, pero, francamente, me equivoqué al evaluar el riesgo. Lo mío ha tenido mucho más de inconsciencia que de valentía.

—Airam, pero estás aquí, no te has ido. Sigues adelante. Después de lo que ha pasado, eso tiene un mérito infinito. Ahora sí que es valentía y no inconsciencia.

—Y seguiré adelante hasta que despeje todas las incógnitas o hasta que esté segura de que no puedo hacer nada más por despejarlas.

—Pues ahí estaremos. Juntos —remató Doyo.

33

La lucha por el agua

Al día siguiente Airam se sintió como niña con zapatos nuevos al poder acicalarse delante del espejo por primera vez desde que estaba en Akamkpa. Por fin ya eran historia las mañanas en las que se veía obligada a recurrir a la cámara del móvil. Desayunaron como todos los días y volvieron al claro del bosque, a su cita diaria con Nkuku. Empezaron a impacientarse cuando llegó la hora habitual y no había aparecido.

—No sé qué pasaría si un día no viniera —dijo Airam.

—Más vale que no pase, porque te advierto que yo soy capaz de ir a verla al poblado. A mí no me conocen, ya que estaba enfermo cuando fuisteis vosotros.

—¡Es verdad, Doyo! Tú no conoces todavía el poblado…

—Algún día pasará. No me voy a ir de aquí sin verlo con mis propios ojos. Es ya por interés profesional.

Mientras hablaban oyeron la voz de Nkuku, que se acercaba canturreando.

—*Ebi enyi m, ebi enyi m*…

—Hola, Nkuku. ¿Qué significa lo que cantas? —preguntó Doyo.

—Vivan mis amigos.

—Hoy vienes contenta —recalcó Airam.

—Me siento fenomenal. ¿Lo dices porque vengo cantando? Yo estoy contenta muchas veces y canto a menudo.

Doyo sonrió y guiñó un ojo a Airam al oír «fenomenal».

—Nkuku, hace días que queremos preguntarte, por curiosidad, si Nala se bañó en la laguna alguna vez y si conoció el amor —curioseó Airam.

—En la laguna nos bañamos todas las amigas, aunque jamás a la vez. Alika y yo sí que nos bañamos juntas, pero nunca coincidimos con las demás. Decíamos que un día teníamos que hacerlo juntas, pero nunca llegó ese día —lamentó—. Respecto a la otra pregunta, que yo sepa Nala nunca conoció el amor. Pero disfrutó de la amistad. Era una buena amiga y hermana, como veréis hoy.

—Cuenta, cuenta… —urgió Airam.

—Un día volvieron las mujeres al poblado sin el agua a por el que habían ido. Traían a una de ellas sujetándola porque le había mordido una víbora. Las consecuencias de las mordeduras de víboras dependen de la que te muerda: puede quedarse en un susto, puedes pasarlo mal o te puedes morir. A ella le tocó muerte, porque le mordió una mamba negra.

—¡La temida mamba negra! —exclamó Doyo.

—Alika se indignó con esa muerte —aseguró Nkuku—, porque había leído en los libros que el agua llegaba a las ciudades sin necesidad de ir a buscarla. Había descubierto algo que le parecía maravilloso y que esperaba ver funcionar algún día: un grifo. Imaginaba los esfuerzos que se evitarían las mujeres con uno de esos en el poblado. Solo había que girarlo y llevarse el agua a la choza. Pero ese día Alika descubrió que un grifo también podía salvar vidas; o al menos podía salvarlas el que el agua llegara sola hasta el poblado, ya que esa mujer no estaría muerta si no hubiera tenido que ir a buscar agua.

—No había caído en que algo tan común para nosotros como un grifo podía ser fascinante para otras personas —apuntó Airam.

—Alika nos explicó cómo podía llegar el agua a Amaghị y nos dijo que se lo iba a plantear al jefe del poblado. Hizo un dibujo en un papel que lo dejaba muy claro, porque Alika dibujaba muy bien. La maestra decía que tenía un don. A las amigas nos encantó la idea y le dijimos que estábamos con ella.

—Las ocho amigas luchando unidas —recalcó Airam—. ¡Me encanta! Seguisteis el proverbio africano que nos comentaste cuando hablaste de la revolución de las mujeres igbo: la unión en el rebaño obliga al león a acostarse con hambre.

—Tienes buena memoria. Esa era nuestra intención. Alika, acompañada por nosotras, fue a hablar con el jefe del poblado para explicarle cómo podía llegar el agua a Amaghị. No podía contarle que lo había visto en libros, así que lo explicó como si fuera una idea suya. Podía hacerlo porque la idea era simple. Como el punto donde cogemos el agua está bastante más alto que el poblado, solo había que cortar troncos a lo largo y vaciarlos, dejando un par de dedos de pared en la parte exterior, y luego unirlos para que llevaran el agua. Era como construir con madera el cauce de un pequeño río. Enseñó el dibujo al jefe del poblado.

—Pero veo que Alika no consiguió su propósito, porque seguís viniendo a por agua —puntualizó Doyo.

—Por desgracia, así fue. El jefe del poblado se negó a hacer caso a Alika. Le dijo que quién le había metido esas modernidades en la cabeza. Que quién era ella para proponer cambiar lo que había hecho la naturaleza. La ridiculizó ante todos los que se fueron acercando a escuchar la discusión. Arrugó la hoja con el dibujo y se la tiró a la cara. Le dijo que no quería volver a ver en el poblado un dibujo suyo nunca más. En ese momento saltó Nala en defensa de su *ada ada*. Si no hubiese saltado ella, lo habría hecho yo; os prometo que estaba a punto de hacerlo. Nala le dijo al jefe del poblado que lo que quería Alika era bueno para la gente. Cuestionó quién era él para decidir por los demás, sin consultar con nadie, cuando su decisión podría costar vidas de mujeres del poblado. Muchas de las presentes asintieron con la cabeza y murmuraron que Nala tenía razón.

—¿Se enfrentó al jefe del poblado? ¡Vaya ovarios! —exclamó Airam.

—Se enfrentó por defender a Alika y por parar el maltrato que estaba recibiendo sin que ninguno de los mayores dijera nada. El jefe del poblado, al ver que las mujeres aprobaban con sus movimientos de cabeza lo que decía Nala, decidió que se reuniría el consejo del poblado

para discutir lo que harían.

—Está claro que vio un desafío en lo que había dicho Nala —aventuró Doyo—. No podía asumir que hubiera otra muerte similar y que le achacaran a él la culpa.

—Y diluyó la responsabilidad de tomar la decisión en el consejo, supongo… ¿Quién componía el consejo? —preguntó Airam.

—Ya os lo podéis imaginar. Todo hombres. Entre ellos el padre de Alika, al que enfadó mucho lo que había hecho su hija. El consejo se reunió al atardecer y acordó, por unanimidad, que las mujeres seguirían yendo a por agua. Hizo honor al proverbio que dice que para una hormiga es más fácil transportar una montaña que mover a los que mandan. No necesitaron mucho tiempo para llegar al acuerdo, porque desde el principio nadie lo cuestionó. La supuesta razón fue que no podíamos dejar una cicatriz tan grande en la naturaleza porque se volvería contra nosotros.

—Si fuese así —respondió Doyo—, la naturaleza tendría mucho trabajo volviéndose contra quienes construyen carreteras, puertos, aeropuertos, embalses, vías de ferrocarril, trasvases, ciudades… Pero ni tanto ni tan calvo. Como pasa siempre, en el punto medio entre el exceso y el defecto, está la virtud. Ojalá en el mundo que llamamos civilizado tuviéramos todos un poco de esa conciencia para proteger a la naturaleza.

—¡Qué razón tienes! —añadió Airam—. La naturaleza reacciona ante muchas barbaridades que hacemos; lo estamos viendo con el cambio climático. Pero la idea de hacer ese pequeño canal no es ninguna barbaridad. Yo creo que la naturaleza hasta lo agradecería, porque, con un impacto nulo, distribuye agua y, por tanto, vida.

—Hubo argumentos más ofensivos para las mujeres —continuó Nkuku—: el primero fue que iba a suponer mucho esfuerzo a los hombres cortando troncos, vaciándolos y poniéndolos en la tierra; dijeron que necesitarían muchos troncos y varias lunas de trabajo.

—Claro, es mejor que el trabajo lo hagan las mujeres todos los días del año, y año tras año, aunque suponga con el tiempo mucho más trabajo acumulado —ironizó Airam indignada.

—El segundo argumento lo expuso Ngozi. Se lució al decir que la naturaleza no trae la caza al poblado y es obligación de los hombres ir a buscarla, aunque a lo largo de la historia les haya costado muchas vidas. El que haya muerto una mujer en la historia, por cumplir con su obligación, es algo que tenía que pasar algún día, porque la muerte es parte de la vida. Alika —dijo— quería confundir al poblado, porque la mamba negra podía haber mordido a esa mujer en cualquier sitio. La culpa no la tenía el ir a buscar el agua —sentenció.

—Menos mal que era el padre de Alika, porque si llega a ser un enemigo… —insinuó Doyo con sorna.

—Pero el tercer argumento de algunos miembros del consejo fue aún peor: ¡qué iban a hacer las mujeres con todo el tiempo que emplean al día para traer el agua! No era bueno tenerlas sin hacer nada.

—Tanta necedad me deja sin palabras —lamentó Airam.

—Para rematar —prosiguió Nkuku—, el hechicero de la tribu, que también es miembro del consejo, añadió que si Chukwu, nuestro dios supremo, hubiera querido que el agua llegara al poblado, ya lo habría hecho; o que lo haría cuando quisiera. Aseguró que Chukwu podría enfadarse si lo hacíamos por nuestra cuenta y que eso podría tener malas consecuencias para el poblado.

—Qué original recurrir a la ira de su dios… —ironizó Doyo—. Está claro que el hechicero era el guardián de las esencias de la tribu.

—Sí —continuó Nkuku—; era la persona que se oponía a cualquier cambio, por pequeño que fuese, y la propuesta de Alika le había alarmado. Debía preguntarse: ¿cuántos cambios más podría proponer esa chica? Alertó sobre que el origen de la propuesta podía estar en la escuela e hicieron que la maestra diera explicaciones ante el consejo. Le preguntaron, una y otra vez, sobre si había enseñado a Alika cómo llevar agua al poblado. Ella lo negó, una y otra vez. Lo tenía fácil, porque era la verdad, no nos lo había enseñado. Luego nos llamaron, una a una, a todas las que íbamos a clase para comprobar lo que nos había explicado la maestra con respecto al agua. Afortunadamente todas dijimos que nada. Eso calmó al consejo y dejaron que la escuela siguiera en marcha. Si hubieran averiguado que la idea de traer el agua

había salido de la escuela, seguro que la habrían cerrado y habrían expulsado del poblado a la maestra.

—¿Y qué hizo el hechicero tras comprobar que su acusación era falsa? —preguntó Airam.

—En realidad, más que una acusación, fue una sospecha. No era la primera vez que intentaba desacreditar a la escuela. Él, como ya os dije, no había sido partidario de la misma y buscaba cualquier excusa para cerrarla. No lo consiguió esta vez, pero ya se había fijado en que Alika podía ser una amenaza para él. A partir de ese momento no iba a parar su lucha contra la escuela con todo tipo de argumentos. Como dice un proverbio, el mal penetra como una aguja y luego es fuerte como un roble.

—¡Cuánta imbecilidad junta! —exclamó Airam—. No me refiero al proverbio…

—Los proverbios están llenos de sabiduría. Otro que viene al caso dice: un perro no entra en una casa donde hay hambre.

—¡Claro! Porque se lo pueden comer —puntualizó Doyo—; y Alika, con su propuesta, que el hechicero interpretaría como un desafío, no tuvo en cuenta ese proverbio y se metió con quien más ganas la tenía.

—Así es —aseguró Nkuku—. Quizá mis amigas seguirían aquí si no hubiera pasado eso y lo que sucedió después, como consecuencia, pero eso os lo contaré mañana. Lo siento, se acabó el tiempo por hoy. Me voy con el agua al poblado.

—¡Oooh! ¡Se acabó el momento Nkuku! Y en el instante más interesante —dijo Doyo abatido.

—Me gusta eso del momento Nkuku —respondió ella.

Doyo y Airam disfrutaron de su cita diaria con la laguna. Ese día se habían unido a la fiesta una familia de chimpancés que miraban indiscretamente desde las ramas de los árboles. Cuando la pareja se sumergía en el agua y chapoteaba, los chimpancés montaban una algarabía que la capitana encontraba muy graciosa. La laguna emanaba vida y frescura. Cada día era más agradable ese baño que se daban.

Enfilaron el sendero camino al coche y Doyo hizo una observación:

—Ya tenemos una tercera cuestión que fue clave en la huida de las chicas. Primero Nkuku nos habló de la implantación de la escuela, después de la ablación y ahora del enfrentamiento con el hechicero.

—Se van acumulando. Me temo que actuarán como un cóctel al que se van añadiendo componentes hasta que reaccionan y explota. Pero no puedo imaginar cómo se combinan para provocar algo con tanto sufrimiento como nos anuncia Nkuku. Esto se pone cada vez más interesante y cada vez tengo más ganas de saber lo que ocurrió.

Una vez de regreso en la pensión, tras escribir cosas pendientes, Doyo y Airam volvieron a su cita con el porche.

—Al escribir el diario me he dado cuenta de que hoy hace cuatro semanas que encontré ahogadas a Alika, Johari, Nala, Nnenna y Ayomide —comentó Airam.

—¡Cuántas cosas han pasado en tan poco tiempo! —exhaló Doyo.

—Sí. Me parece increíble el cambio que esta aventura está produciendo en mi vida: me he separado de Cele, sin necesidad de seguir coloreando días en el calendario; te he recuperado como amigo activo; he conocido este país, fascinante y terrible a la vez, que me hace reflexionar con muchas de las cosas que vamos conociendo; hemos estado a punto de ser secuestrados y de morir con la bomba; con George he descubierto…

Estuvo a punto de escapársele lo que no quería contarle a Doyo. Se quedó un par de segundos callada.

—¿Qué has descubierto?

—… que a veces hay que confiar en un desconocido.

Tras estar al borde del desliz, Airam desvió la conversación para evitar que Doyo insistiera.

—Nunca había pensado que el grifo pudiera ser un artefacto tan importante.

—Se calcula que todavía hay setecientos cincuenta millones de personas en el mundo que no tienen acceso al agua potable —explicó Doyo.

—¡Eso es vez y media la población de la Unión Europea! —exclamó

Airam.

—Casi dos terceras partes de la población rural de Nigeria —continuó Doyo— carece de acceso a agua limpia y eso supone contagio de enfermedades y miles de muertes al año. En Cross River hay mucha agua, como vimos al llegar; a pesar de eso hay zonas, como el poblado Amaghị, que tienen que ir a buscarla. Sin embargo, en algunas partes del país ni siquiera tienen cerca el agua o recurren a pozos que están contaminados.

—Que en un país rico en petróleo pasen estas cosas es incomprensible —aseguró Airam.

La capitana se quedó pensando en uno de los contrastes de Nigeria que acababa de descubrir. Había zonas sin agua, otras con agua abundante, como Cross River, y otras que seguramente desearían tener menos agua de la que tienen, como había visto en la Venecia de los Pobres. Al cabo de un rato tomó de nuevo la palabra.

—Antes de ayer, cuando fuimos a Calabar, hablé con mis hijas y me dieron recuerdos para ti. Era el cumpleaños de Adriana y al felicitarla me dijo que me cuides mucho, que quiere celebrarlo conmigo. —Sonrió—. Es el primer cumpleaños que no estoy con ella —lamentó mientras se evaporaba su sonrisa.

Doyo se quedó pensando un instante y contestó bromeando:

—Si hubiera aguantado un poco más ahí dentro —señaló el vientre de Airam—, si hubiera nacido unos días después, quizá entonces podrías estar de vuelta y lo celebraríais juntas. ¿Nació cuando le tocaba o fue prematura?

—¿Prematura? ¡Qué va! Me programaron cesárea porque ya había salido de cuentas y, mira por dónde, rompí aguas la noche antes de que me provocaran el parto.

—Así que cumplió años antes de ayer. ¿Cuántos?

Airam hizo como que no oía las palabras de Doyo; siguió meciéndose y cambió de tema.

—Por cierto, ¿sabes algo de la universidad? Me dijiste que llamaste mientras estábamos en Calabar y luego no comentamos nada al respecto…

—No intentes esquivar el tema. Te he hecho una pregunta. ¿Cuántos años tiene tu hija? ¿O prefieres que se lo pregunte a ella cuando la vea por la facultad?

Airam permaneció con la mirada perdida en el horizonte. Recordó cuando Adriana le dijo que había hablado varias veces con Doyo y a ella le disgustó. Con un rostro serio, que emanaba preocupación, contestó:

—Cumplió veinte años.

Doyo se quedó pensativo entonces.

—Pues las cuentas están claras; si no es prematura, te quedaste embarazada hace veintiún años, justo el mes en el que nos acostamos.

—Efectivamente, las cuentas son esas. Siempre has sido muy listo.

—Asegúrame que tu hija no es hija mía, por favor.

Airam contestó con la voz quebrándose, sin duda debido a la sensación de nudo en la garganta que hacía presagiar lo peor.

—Cuando supe que estaba embarazada tuve una ligera duda de quién era el padre. Lo había hecho sin tomar precauciones contigo una sola vez aquella noche, fruto de la enajenación etílica de ambos, y con Cele varias veces antes y después, porque entonces teníamos una vida sexual más intensa; lo hicimos sin precauciones porque queríamos tener hijos ya, así que… ¡Qué más nos daba! Había muchas más posibilidades que Adriana fuera de él...

—Pero existía la posibilidad de que yo fuera el padre…

—Sí, pero cuando nació la niña se me disiparon las dudas. Tiene el grupo sanguíneo menos común, el AB negativo. Como yo soy A positivo su padre tenía que ser AB negativo o B negativo. Solo un dos por ciento de la población cumple esas condiciones, y entre ellos está Cele. ¿Sabes cuál es la probabilidad de tener dos únicos novios, que estén dentro de ese dos por ciento y que además acertaras en ese único intento? Casi la misma de que me toque el gordo de la lotería. Así que descarté esa posibilidad.

—Deberías saber que el destino se ríe de las probabilidades, como dijo Lord Lytton. Yo soy B negativo, así que puedo ser el padre. Supongo que entenderás que necesito conocer si lo soy o no…

¿Haremos una prueba de ADN o se te ocurre otra cosa?

Airam no pudo más y rompió a llorar. Doyo se levantó y la abrazó para consolarla e intentó animarla quitando hierro a la situación.

—No te preocupes, salga lo que salga, Adriana lo entenderá. Es como si hubiésemos caído en la cuenta hoy de que había una duda razonable. Y si yo soy el padre estaré muy orgulloso de ello. Además, ahora no tendría incidencia en tu matrimonio, porque lo has finiquitado tras el numerito de Cele, así que tranquilízate.

—No puedo, Doyo —dijo Airam con la voz rota—, porque sé… sé…

—¿Qué sabes? —insistió Doyo.

—Que me tocó el gordo en forma de una preciosa niña.

Airam calló y Doyo se quedó estupefacto por lo que había oído; se echó las manos a la cabeza y la miró con los ojos tan abiertos que parecían salírsele de las órbitas.

—Hace años que sé que tú eres el padre —concluyó Airam.

Doyo la recorrió con la mirada de arriba abajo y de abajo arriba. Luego fijó sus ojos en los ojos azul celeste de Airam mientras negaba con la cabeza.

—¿Y cómo lo sabes con esa certeza? ¿Qué prueba has hecho?

—Ninguna, no ha hecho falta.

—No entiendo…

—Cuando mi hija tenía casi cinco años, nos dimos cuenta de que tenía dificultad para distinguir los colores. Al llevarla al pediatra le hizo el test de Ishihara y resultó que tenía daltonismo. No era un caso severo, por eso nos dimos cuenta tan tarde. Cuando lo supe maldije haber sido buena estudiante de Biología. Sé que la genética no engaña y que las leyes de Mendel son inexorables. El daltonismo es una alteración que se transmite con los genes del sexo y, con poco que sepas de genética, sabes que el padre de una mujer daltónica tiene que ser daltónico. Cele no lo es —aseguró Airam con un nudo en la garganta—. Como consecuencia, el padre solo puedes ser tú. ¿Verdad que eres daltónico?

Doyo se echó las manos a la cabeza de nuevo asintiendo mientras la miraba con incredulidad.

Tras un largo rato en silencio, solo interrumpido por los sollozos de Airam, Doyo retomó la conversación.

—Joder, Airam, ¿estás segura? Yo soy daltónico y ni mi padre ni mi madre lo eran. No creía que fuese necesario tener un progenitor daltónico para serlo.

—Eso es porque las mujeres, a diferencia de los hombres, podemos ser portadoras del daltonismo sin padecerlo. Tu madre es como yo, portadora. Basta con eso para que un hijo suyo pueda ser daltónico; da igual que el padre lo sea o no porque, aunque lo sea, un hijo varón nunca heredará ese gen del padre, a diferencia de la hija, que seguro que lo heredaría. Créeme, en el caso de una hija las leyes de Mendel aseguran que su padre debe ser daltónico y su madre al menos debe ser portadora. Ese ha sido nuestro caso.

—¡Cuánto sabes!

—Es biología elemental de bachiller… ya sabes que estudié ciencias y, además, en Biología saqué matrícula de honor —dijo Airam como si se arrepintiera.

—¿Y Cele no se ha dado cuenta de que no es el padre? Él también estudió ciencias y sabe que no es daltónico…

—¡Qué va a darse cuenta! Nunca ha mostrado interés en esos temas. Además, jamás me acompañó al pediatra y por tanto no tuvo ocasión de preguntarle por qué nuestra hija era daltónica. Y cuando le dije, temerosa de su reacción, que la niña lo era me soltó: «¡Igual que tu madre! Se heredará generación sí y generación no, como pasa con los gemelos». Y se quedó tan pancho. Lo que dijo de los gemelos es falso, aunque esté extendido popularmente, pero creyó que le bastaba para saber de dónde le venía a la niña. Como por suerte no se habla mucho del daltonismo, porque no es algo que afecte a la vida diaria de las personas que lo padecen, supongo que nadie le habrá dicho que él tenía que serlo si lo era su hija. Es más, probablemente ninguno de sus amigos sepa que su hija es daltónica. Además, lo que te he dicho es elemental para mí y para cualquiera que sepa cómo funcionan las leyes de Mendel; de hecho, suele ser un ejercicio que nos ponen para comprobar cómo hay enfermedades que se heredan de esa forma en

apariencia caprichosa, pero no es fácil de conocer para los demás.

—Has tenido suerte de que tus dos hijas sean de letras y no hayan estudiado Biología, porque, si no, te habrían descubierto…

—Soy consciente de ello —respondió Airam con la cabeza gacha y la voz quebrada—. El que alguna de las dos lo averiguara ha sido como una espada de Damocles que llevo desde que lo sé. No sabes lo que he sufrido pensando que un día aparecería una de mis hijas pidiéndome explicaciones de por qué Adriana es daltónica y su padre no. Y lo peor es que era consciente de que esa espada de Damocles me acompañaría siempre, porque ellas tienen toda la vida para averiguarlo.

—¿Que has sufrido por ocultarlo, dices? Pues en el pecado tienes la penitencia. Tanto Adriana como yo teníamos todo el derecho a conocer la verdad.

—Ya la conoces, pero si quieres que hagamos una prueba de paternidad…

—Yo soy de letras y no sé nada de las leyes de Mendel, pero a mí me has convencido. Si tú lo tienes tan claro, es porque así es. Yo soy el padre de Adriana. Por tanto, por mí no hace falta practicar ninguna prueba más. Pero ¿cómo has podido pasar tantos años con la certeza de que yo era el padre sin decírmelo?

—Sin querer te lo dije el primer día que fui a tu despacho. Me traicionó el subconsciente.

—¿Cómo? No lo recuerdo…

—Cuando me preguntaste por la relación con mis padres, tras negarse a pagarme los estudios, te dije que no volví a hablar con mi padre hasta tener a nuestra hija mayor. Dije «nuestra hija», Doyo. Me traicionó el subconsciente y dije «nuestra hija». Entonces, al darme cuenta de lo que había dicho, bebí agua, me atraganté y menudo desastre.

—Sí, ahora lo recuerdo; salpicaste los folios que estaban sobre la mesa, pero yo oí «nuestra» y pensé que era tuya y de Cele.

—Así lo entendí al ver que no te habías inmutado; y al decirme «Sigue con lo que me contabas; decías que cuando nació vuestra hija…», comprendí que no te dabas por aludido y seguí hablando.

—Te repito la pregunta: ¿cómo has podido estar tantos años sin decírmelo?

—Ya te he dicho que me enteré cuando la niña tenía casi cinco años. No veía cómo aparecer diciéndote que tenías una hija de cinco años. Le di vueltas al asunto y llegué a la conclusión de que lo mejor era que todo siguiera igual.

—¿Lo mejor para quién? ¿Para mí? ¿Para Adriana? ¿Para Cele? ¿Para ti? Llegaste a esa conclusión sin contar conmigo, y yo tenía derecho a saberlo, porque estaba implicado en ello. Por culpa de tu conclusión me he perdido la infancia de mi hija, miles de momentos emocionantes, problemas en los que podría haberla ayudado, todo el cariño que no he podido dar ni tampoco recibir… Me has fallado. Estoy muy decepcionado contigo.

—Lo siento, pero ya no podemos volver atrás. Lo hecho hecho está, entiéndelo.

—No me duele solo que no me lo contaras entonces. Lo he descubierto casi por casualidad; algo en el subconsciente me ha puesto en alerta cuando has dicho que antes de ayer fue el cumpleaños y durante estos días has desempolvado de mi memoria aquella noche que nos acostamos. Lo que más me duele es que has intentado torearme para que no atase cabos. Me siento fatal contigo.

—Perdóname, no puedo decir otra cosa. Si pudiera volver atrás seguramente no lo haría así.

—Me duele que, en todos los días que llevamos juntos viviendo tantas cosas con intensidad, poniendo mi vida en peligro por ayudarte, habiendo renunciado incluso a mi sueldo por acompañarte, no me hayas revelado tu secreto.

—No me habías dicho lo del sueldo, así que no me lo restriegues ahora. Dime cuánto has perdido por el viaje y te lo pagaré yo.

—No es eso, Airam. No quería restregártelo. Es que has sido muy injusta conmigo, ¿no te das cuenta?

—Perdóname, te repito que no puedo decir otra cosa.

—Perdonar veremos si puedo hacerlo cuando lo haya asimilado, pero ahora lo que me pide el cuerpo es alejarme de ti. Me siento lleno de

rabia.

—Si quieres decir con eso que ahora prefieres volverte a España, ¡hazlo! Lo entiendo perfectamente y no te puedo reprochar nada; al contrario, siempre te estaré agradecida por lo que me has ayudado. Yo no te pedí que me acompañaras, no tienes ningún compromiso de seguir aquí conmigo.

—Lo pensaré, Airam. Quizá sea lo mejor. No quiero que nos hagamos daño.

Airam y Doyo se retiraron a sus habitaciones impregnados de tristeza y amargura. Pasaron horas sin que ninguno de los dos lograra dormirse. La noticia de que Doyo era el padre de Adriana y de que ella se lo había ocultado estalló entre los dos como una bomba cuyos efectos colaterales aún no alcanzaban a valorar. Además, estaban viviendo demasiadas cosas, y algunas, demasiado intensas. Eso revolvía sus mentes y sus cuerpos, que apenas tenían tiempo para asimilarlas cuando otras nuevas impactaban en ellos.

34

Folami

Al día siguiente a Airam tuvo que despertarla la alarma del móvil. Se levantó para desayunar, esperando coincidir con Doyo, como siempre, pero él no apareció. Como no salía de su habitación, llamó a su puerta, aunque no respondió. La abrió con sigilo, por si le había pasado algo, y le vio durmiendo a pierna suelta. Tuvo claro que no quería acompañarla ese día, porque ni siquiera había oído que le sonara el despertador un cuarto de hora después del suyo, como todos los días. Llegada a ese punto, Airam indicó a Okwonkwo que se marcharía sola al sendero y le apremió para que la acercara, porque se le había hecho tarde y temía perder parte del valioso tiempo de Nkuku.

De camino por el sendero, Airam se encontraba con el alma encogida. Había pasado la peor noche de su vida. Sentía que había obrado muy mal con Doyo y que él no se lo merecía. Eso le causaba un doble dolor. Pensaba que no quería perderle como amigo, pero a la vez era consciente de que quizá ya lo hubiera perdido tras la última conversación. Que Doyo se volviese a España era para ella lo de menos, lo que quería era seguir contando con él y que él siguiera contando con ella, no hasta dos o hasta diez, como a Airam le gustaba decir, sino contar juntos. Era consciente de cuánto iba a echarle de menos: en las conversaciones con Nkuku; en los ratos en el porche; en todos esos momentos en los que se empapaban de la tranquilidad de la laguna; en esas explicaciones sobre la realidad de Nigeria que nadie más podría

ofrecerle... A pesar de todo, estaba decidida a seguir adelante sola. Estaba segura de que faltaba poco para conseguir su objetivo y no podía renunciar a él. Tenía que descubrir lo que había ocurrido con las cinco chicas, porque, de lo contrario, nada de todo aquello habría valido la pena. Mientras caminaba, daba vueltas a todo lo que estaba viviendo. Nunca hubiera imaginado que su empecinamiento en conocer lo que había llevado a la muerte a Alika y a sus amigas tendría consecuencias tan graves para ella. En Nigeria, en pocos días, se habían disuelto dos atascos emocionales de su vida que sufría desde hacía años y que le producían infelicidad. Había sido doloroso para ella, como también lo había sido para Cele y para Doyo, pero el dolor que le preocupaba era otro. Le aterraba imaginar el que le produciría a Adriana saber quién era su padre y cómo se lo había ocultado.

Caminaba absorta en todas esas reflexiones cuando, de repente, se la tragó la tierra. Iba tan despistada que cayó en la misma trampa que en su día atrapó a Doyo. En el fondo del pozo empezó a llorar con amargura. No tenía ningún hueso roto, pero el alma la tenía hecha trizas. Además, estaba completamente sola y el temor empezó a asaltar su mente. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que alguien la encontrara y pudiera ayudarla. Estaba convencida de que Nkuku, al ver que no aparecían, no iría a buscarlos por el sendero más allá de la laguna, porque si alguien se la encontraba no podría justificarlo. Airam recordó que, en todos los días que habían estado yendo y viniendo, no se habían cruzado con nadie. Podrían pasar semanas hasta que la descubrieran. Su única esperanza era que aparecieran quienes habían puesto la trampa para comprobar si había caído alguna presa. Pero era una esperanza efímera, porque no sabía cuántos días podían transcurrir. Quizá pasara demasiado tiempo para poder sobrevivir, pensó; o quizá quienes aparecieran fueran caníbales y el resultado del encuentro fuera peor que morir sola en ese agujero. La capitana fue sumiéndose en la desesperación.

Al cabo de un rato oyó un siseo; desde el fondo del agujero recorrió el borde con la mirada, sin pestañear; estaba inmóvil; no quería hacer ningún ruido que pudiera llamar la atención.

Mientras Airam sufría allí abajo, Doyo se despertó y comprobó que la capitana había partido al encuentro con Nkuku. Desayunó, recogió sus cosas y buscó a Okwonkwo, porque vio que el coche ya estaba de vuelta.

—Acércame a Calabar —pidió en cuanto lo encontró.

De camino a Calabar le vinieron a la cabeza muchos de los momentos vividos en Cross River. Recordó las cosas que decía Nkuku, sus «fenomenal», sus proverbios, sus risas, su historia, que se quedaba a medias… Se dio cuenta de que la rabia que le impulsaba a huir del lado de Airam le había impedido pensar en despedirse de aquella joven que le había cautivado por su frescura. Quiso enmendar ese error.

—Volvamos al sendero y espérame allí hasta que regrese —rectificó —; después me llevarás a Calabar.

Airam estaba aterrorizada en el fondo del agujero porque el siseo le hacía temer lo peor. No sabía dónde ponerse para vigilar el borde circular de la mejor forma posible. Lo recorría con la mirada como si fuese un radar: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, una y otra vez, intentando cubrir los trescientos sesenta grados. El corazón le dio un vuelco cuando en una de esas batidas vio que aparecía la cabeza de una víbora. Recordó cuando Doyo dijo desde ese mismo lugar «He imaginado hasta que una mamba negra caía aquí y era mi final» y cuando ella, para hacerle reaccionar, le respondió: «No conozco a las mambas, pero seguro que son lo bastante listas para no caer en un agujero descubierto». Ahora pensaba que el peligro no estaba en que cayera, sino en que quisiera bajar. La imagen de la víbora erguida observándola desde arriba le hacía presagiar lo peor; si decidía descender, sería su final, porque no tenía escapatoria ni nada con lo que plantarle cara. Pasaron unos minutos eternos en los que la serpiente, inmóvil, parecía estar valorando si atacar o no. Al final los nervios de la capitana explotaron y se desgañitó enfrentándose al

animal.

—¡Vete! Si bajas no podrás salir —gritaba, como si fuera a entenderlo.

La víbora parecía petrificada; no se movía ni un milímetro.

—¡Vete! —repitió furiosa una y otra vez mientras movía los brazos como si creyera que así podía asustarla.

Al cabo de un rato la víbora dio media vuelta y desapareció de la vista. Airam se derrumbó en el suelo. La tensión acumulada la dejó deshecha. Allí tirada, sintió que su vida podía acabar en ese absurdo agujero y pensó qué sería de Adriana y Vicky si eso sucediera. Ella, que siempre buscaba el lado positivo de las cosas, que siempre transmitía fortaleza y esperanza, se encontraba sumida en esos momentos en pensamientos catastróficos.

Oyó nuevamente un ruido y levantó la cabeza; eran unos pasos que se acercaban; empezó a gritar pidiendo auxilio, esperando que no se tratase de una fiera. Para su alegría, desde el fondo del agujero vio que asomaba por el cerco del pozo una sombra humana que se proyectó en la pared.

—¡Menudo bicho ha caído en la trampa! —exclamó Doyo.

—¡Doyo! ¡Qué alegría! Cuando he visto que no aparecías esta mañana en la cocina, he imaginado lo peor. Creí que te volvías a España.

—No me puedo volver sin despedirme de Nkuku.

—Ah, entonces ¿sí que te vuelves?… Por un momento he pensado que no ibas a hacerlo.

—Bueno, me voy al claro a ver si aún encuentro a Nkuku; estará nerviosa porque no aparecemos. Luego vuelvo para sacarte del pozo —dijo Doyo en tono muy serio—. Aunque no sé si te lo mereces… Pero, como tú me sacaste a mí, creo que te lo debo. Además, no puedo dejar morir a la madre de mi hija… No te muevas de aquí —advirtió con ironía—, ¡volveré!

—¡Doyo! ¡Doyo! —gritó Airam mientras le oía alejarse—. No te vayas. ¡Sácame de aquí ya, por favor! —Dejó de percibir sus pasos—. Me ha llamado «bicho» y tiene razón —susurró con tristeza.

Al cabo de unos minutos le llegaron unos extraños ruidos. De pronto la invadió el miedo de que fuese un animal salvaje. El miedo se convirtió en terror al ver que, por la parte opuesta a la que había aparecido Doyo, se deslizaba una serpiente larga y fina. Se le aceleró el corazón. Recordó que así había descrito Nkuku a las mambas negras: finas y largas. Pegó la espalda a la pared del pozo y se puso de puntillas, vigilando, atemorizada, por dónde asomaría la cabeza de la víbora, que había quedado bajo las hojas. De pronto se oyó:

—¡Sube!

—¡Doyo! ¡No te has ido! —exclamó Airam.

—Pues claro que no, tonta —soltó desde lo alto del hoyo—, solo quería hacerte sufrir un poco.

—Creía que lo que bajaba por la pared era una mamba… Lo que hacen los nervios.

—La llevo en la mochila desde que la trajo Okwonkwo.

Airam lloró de alegría. A pesar de todo, Doyo estaba ahí. La capitana subió por la cuerda y, al salir del agujero, se abrazó a su amigo con todas sus fuerzas.

—Eres un gran amigo.

—¡Que me vas a romper las costillas!

Airam empezó a besarle por la cara de forma casi compulsiva.

—Para, ¡que me vas a desgastar la cara!

—Pocas veces en mi vida he sentido tanta alegría al ver a alguien.

—Claro, es que pocas veces en tu vida te han rescatado del fondo de un pozo en medio de la jungla.

—¡Qué cosas tienes! Dime que si estás aquí es porque te quedas conmigo.

—Me lo pensaré.

—¡Bieeen!

—Anoche no podía dormirme y cada vuelta que daba en la cama estaba más convencido de que tenía que regresar a España. Pensé que por la mañana me despediría de ti, pero, entre que me tomé una pastilla para dormir y que se me olvidó poner el despertador, no he podido hacerlo. Al despertar y ver que no estabas, te he dejado una

nota explicando que me iba a casa, pero de camino a Calabar me he acordado de Nkuku y he dado la vuelta. Mientras me adentraba en el sendero he sentido como un calambre por detrás de la cabeza que parece haber borrado todos los negros pensamientos con los que me dormí. He cobrado consciencia de que podrías haberte callado que Adriana era mi hija; podrías haberte limitado a darme la razón con la prueba de ADN y mostrarte sorprendida al conocer el resultado. Así que tengo que agradecerte que, aunque demasiado tarde, me hayas contado la verdad. De repente he pensado que si me iba y te pasaba algo jamás me lo perdonaría. Esperaba encontrarte con Nkuku; desde luego lo que no esperaba es que hubieras caído tan bajo…

—Tú siempre con tus bromas, pero bienvenidas sean. Hoy he caído bajo, pero no se puede caer más bajo de lo que caí al ocultarte que tenías una hija. Espero que me puedas perdonar.

—Pero ¿qué hacemos parados? ¡Movimiento! Vamos a ver si Nkuku sigue en el claro —urgió Doyo.

Enfilaron el sendero a paso ligero, todo lo deprisa que pudieron. Los dos sentían alivio tras su reconciliación y eso les había cargado las pilas. Eran conscientes de que en su relación habría un antes y un después de ese día. El que compartieran una hija les unía en otra dimensión que hasta entonces no habían disfrutado.

—Cuando volvamos a España hablaré con Adriana, ella también tiene que saberlo. Si quieres, podemos decírselo juntos.

—Por mí, como tú creas mejor.

—Solo te pido que me dejes buscar el momento más oportuno. Será en los primeros días, te lo prometo, pero quiero hacerlo de la mejor forma posible.

—Tú conoces a tu hija mejor que nadie.

—A nuestra hija, Doyo.

—Qué raro me suena…

—A ella le caes genial. Tan bien le caes que me alertó el que, durante los cinco días de travesía en el Clara Campoamor antes de salir para Nigeria, estuviera viéndote todos los días e incluso comierais juntos. La vi tan embelesada hablando de ti que tuvimos una trifulca en la que le

dije que era inapropiado que entablara amistad con alguien que puede ser su profesor.

—Por eso no te preocupes, yo separo claramente mi juicio como profe de la relación con los estudiantes. Ya sé que a veces algunas alumnas se enamoran del profesor porque lo idealizan, pero la responsabilidad del profesor es no darles alas y mantener las distancias.

—En realidad, te confieso que eso era lo que me preocupaba.

—Bueno, pues ya no tienes que preocuparte por eso.

Cuando llegaron al claro del bosque se quedaron decepcionados al no encontrar a Nkuku.

—Debe haberse ido ya, porque es casi dos horas más tarde de lo habitual —lamentó Airam.

En ese momento sonó la voz de la pizpireta Nkuku.

—¡Hola, pareja! —exhaló jadeando—. Llego muy tarde, me ha pasado lo mismo que el otro día, he tenido que ayudar en el campo antes de venir a por agua.

—Hola, Nkuku —respondió Airam—. No te preocupes, hoy hemos tenido algún problemilla y también nos hemos retrasado. De hecho, acabamos de llegar. Hoy vienes guapísima.

—Gracias.

—¡Estás fenomenal! —añadió Doyo.

Doyo no solo admiraba a Nkuku cada día más. También la veía cada vez más guapa, con esa gran frente despejada, las marcadas facciones de su cara y sus curvas, que le parecían cinceladas por el mismísimo Miguel Ángel.

—Ayer acabé contándoos que, por desgracia, el hechicero se fijó en Alika —recordó Nkuku—. Pero no fue el único que se fijó en ella cuando se enfrentó al jefe del poblado por el agua. Por suerte, Folami, el hijo del jefe, quedó prendado de su valentía. Era un joven guapo, fuerte y estaba llamado a suceder a su padre en poco tiempo, ya que este sufría una enfermedad que le limitaba cada vez más.

—No me digas que Folami y Alika se enamoraron… —vaticinó Airam.

—¡Pues sí! Pero no fue de la noche a la mañana. Iban hablando de

vez en cuando, se regalaban sonrisas y miradas… Hasta que un día salieron juntos del poblado por el sendero. Cuando volvieron, el padre de Folami regañó severamente a su hijo porque no admitía esa relación. Nunca perdonaría a Alika por cómo se había enfrentado a él en público. Decía que el futuro jefe de Amaghị necesitaba una mujer sumisa, que no le dejara en evidencia ni quisiera cambiar las cosas en el poblado. Lo que no sabía el padre es que, cuanto más se empeñaba en que Alika no era buena para él, más ganas tenía Folami de estar con Alika. Empezaron a verse a escondidas. Alika me lo contaba todo.

—¿Y qué pensaban la madre y el padre de Alika? —preguntó Airam.

—A Ngozi le parecía estupendo, porque el futuro jefe era el mejor partido posible para su hija. A Yeji le parecía bien porque siempre apoyó a Alika. En paralelo con el inicio de la relación entre la pareja, yo también empecé a verme con el que sería mi futuro marido. Tuvimos un noviazgo rápido, como era habitual, y nuestras familias se pusieron de acuerdo enseguida en los términos de la boda. Al casarme dejé la escuela, pero seguí compartiendo confidencias con Alika.

—¿Y cómo te fue en el matrimonio? —preguntó Doyo.

—Yo quería mucho a mi marido, y él a mí. Tuvimos suerte, porque muchas veces se acuerdan las bodas sin que lo consientan quienes se van a casar. Nosotros queríamos casarnos y nuestras familias lo bendijeron. Mi marido tenía muchos detalles conmigo y no estaba de acuerdo con lo atrasados que estamos en el poblado en tantas cosas. En ocasiones salía del poblado, sin que se supiera, y hacía viajes con el camión de un amigo que tenía en Akamkpa; John Ouo, se llamaba. Una vez les acompañé un viaje de ida y vuelta en el mismo día al puerto de Calabar. Me gustó mucho eso de ir sobre ruedas y comprobé que John era un buen hombre; eso me tranquilizó; mi marido estaba en buenas manos. En un segundo viaje en el que fui con ellos a Calabar nos acompañó Nala porque quería saber cómo era eso que le había contado de moverse sin andar. Con los viajes del camión, mi marido se ganaba un dinero que guardábamos en un agujero, en nuestra choza, para que nadie lo viera. Tenía que estar bien escondido.

—¿Por temor a que os lo robaran? —preguntó Airam.

—No, qué va. En el poblado nadie tiene dinero; allí no sirve para nada. Lo escondíamos porque si lo descubrían sabrían de la actividad clandestina de mi marido y nos castigarían. Cuando tuviéramos suficiente dinero, teníamos planeado irnos del poblado para vivir en una ciudad. Enseguida me quedé embarazada y eso retrasó nuestros planes. Esos meses, desde la boda hasta que murió mi marido, fueron los más felices de mi vida.

—¿Y cómo murió tu marido, Nkuku? —preguntó Airam—. Si quieres contarlo, claro, si te produce demasiada tristeza, no lo hagas.

—Lo mataron. Lo apuñalaron en el sendero. Una noche estaba esperándole y no llegó. Al día siguiente salieron a buscarlo y encontraron su cuerpo en el camino. Parece que fue atacado por varias personas, porque había marcas de diferentes cuchillos. Nunca se ha sabido quiénes fueron los asesinos ni por qué lo hicieron —relató Nkuku entre lágrimas.

—Lo siento —dijeron Doyo y Airam a un tiempo mientras la abrazaban.

Al cabo de unos instantes, Doyo se dirigió al riachuelo y le acercó a Nkuku un poco del agua pura que bajaba veloz a encontrarse con la laguna. Airam le ofreció unas piezas de fruta que sacó de la mochila. Nkuku se comió un plátano, bebió unos buenos tragos de agua y, cuando se calmó un poco, continuó con el relato.

—Con la muerte de mi marido se evaporaron mis sueños de dejar el poblado. Aún conservo el dinero que teníamos ahorrado, pero no sé qué haré con él. Ahora mi vida se reduce a mis hijas, que me necesitan para todo. No puedo dejarlas aquí ni irme con ellas, porque ¿qué iba a hacer con dos niñas tan pequeñas, que apenas andan? No puedo irme a trabajar y dejarlas solas, no puedo estar con ellas y no trabajar… Además, a mí me falta saber mucho del mundo de ahí afuera como para enfrentarme a él sola.

—Nkuku, debes luchar por tus sueños —pidió Airam—. Quizá ahora no veas el camino, pero llegará. Doyo y yo podríamos ayudarte a buscarlo.

—Gracias por vuestros buenos deseos. Nunca pensé que saber más

me haría más infeliz. Todo lo que he aprendido en la escuela, junto a lo que me enseñaba Alika y lo que me contaba mi marido, hace que anhele otra vida, mientras que quienes no conocen lo que hay más allá del poblado creo que son más felices sin esos pensamientos. No descarto que llegue un día en el que me vaya, pero con lo que tengo ahora es con lo que puedo contar.

—En nuestro país —intervino Doyo—, hay un refrán que dice: con los bueyes que tenemos, tenemos que arar. Eso no significa que en el futuro no se puedan cambiar los bueyes, pero hay que ser realistas, como tú, porque no puede amargarse el presente por la esperanza de un futuro imposible. El pasado ya ha pasado, el futuro está por venir y el presente es lo único que podemos disfrutar, así que hay que pasarlo lo mejor posible. Pero, como te ha dicho Airam, parte del presente consiste en luchar por tus sueños.

—Bueno, no quiero seguir hablando de mí. Continúo contándoos —adelantó Nkuku—. Alika vivía mi relación con mucha alegría. Cuando le conté que nuestras familias habían acordado que nos casáramos, se echó a llorar de emoción y me dio un gran abrazo. Yo le dije que también llegaría el día en que se casase con Folami, pero ella era pesimista por la actitud hostil de su padre. Decía que quizá tuvieran que esperar a que se muriera. Alika, a diferencia de mí, no quería irse del poblado, sino cambiarlo una vez que Folami fuese el jefe. Me contó que hablaban de lo que harían cuando estuvieran juntos y que él, a pesar de no haber ido a la escuela, tenía ideas para modernizar el poblado. Un día le dijo que, cuando mandase, las mujeres ya no tendrían que ir a buscar agua.

—Alika viviría su relación con esa doble ilusión: la de estar con la persona a la que amas y la de estar con alguien que comparte tus sueños y que puede hacerlos realidad. ¡Qué bonito! —exclamó Airam.

—Sí, así era —continuó Nkuku—. Mi amiga me contagiaba esa ilusión, y me decía a mí misma que, si se casaban y llegaban los cambios pronto, quizá mi marido y yo podríamos quedarnos en Amaghị. Y hablando de irnos, lo siento, ya sabéis que tengo que volver. Como dice un proverbio, el río se llena de pequeños arroyos. Mañana

seguiremos con un nuevo arroyo.

Ese día, cuando Airam y Doyo volvieron a la laguna, les recibió la familia de chimpancés con chillidos que parecían advertirles de que no estaban solos. Además, se la encontraron ocupada por una pareja joven que había instalado una pequeña tienda de campaña en el idílico lugar. Se dieron su baño junto con ellos y al tumbarse al sol les contaron que eran daneses. Se habían casado hacía doce días y estaban disfrutando su luna de miel en Nigeria porque a ella le encantó el país cuando estuvo de cooperante dos años atrás. Tras comer y compartir con la pareja la fruta que llevaban en la mochila, Airam y Doyo se despidieron de los simpáticos daneses, que partieron río arriba.

—Os deseamos que disfrutéis explorando la Nigeria profunda que buscáis —dijo Doyo.

—Y de la que forman parte este parque natural y Amaghị —apuntó Airam en voz baja—. Nosotros también estamos en la Nigeria profunda…

—Veo que sois previsores y os metéis los bajos de los pantalones por dentro de las botas —advirtió Doyo.

—Eso es de primero de supervivencia en la selva —contestó la danesa—. Hay que ser precavida por las víboras…

Al volver por el sendero hacia el coche, Airam hizo una observación.

—Es increíble que, a pesar de la peligrosidad y las circunstancias del país, alguien lo elija para su luna de miel. Esos daneses son increíbles.

—Hay gente para todo, Airam. Hay quien hasta se pide permiso sin sueldo y viene al país para averiguar por qué han muerto unas chicas a las que ni siquiera conoce.

—Y quien se deja su trabajo en la universidad, renunciando al sueldo, además, por ayudarla en la misión —contestó Airam mientras sonreían los dos.

—¿Sabes qué? Lo que nos ha contado Nkuku hoy me ha hecho pensar —reflexionó Doyo—. El lema de mi universidad es *Sapientia sola libertas est*. «Solo la sabiduría da la libertad». Pero, en su caso, ¿qué libertad le

ha dado saber más? Ninguna. Lo único que ha conseguido Nkuku es ser más infeliz al conocer que hay un futuro mejor y sentir que no puede alcanzarlo. *Ignorantia beatitudinem est?*

—¡No digas eso, Doyo! Un profe de universidad no puede ni pensarlo. Puede ser cierto en algunos casos: hay muchos niños que son más felices en su ignorancia infantil de lo que serán de adultos, y es verdad que a veces es mejor no saber algunas cosas, incluso tragarte mentiras piadosas sin saber que lo son, pero de ahí a pensar que es preferible no saber que tu vida puede ser mejor… Ya sabes: el saber no ocupa lugar. Cuanto más sepas, siempre será mejor.

—Quizá tengas razón y sea una reflexión inmadura en voz alta. Me temo que mi pensamiento está aturdido por el impacto de lo que nos cuenta Nkuku.

Okwonkwo les condujo hasta la pensión. En cuanto paró el vehículo ante la casa, Doyo abrió la puerta y se dirigió a la entrada como alma que lleva el diablo; Airam apenas había sacado un pie del automóvil y él ya estaba en el porche. La capitana pensó que lo haría porque tendría unas ganas incontenibles de ir al servicio; sin embargo, supo que no era así al darse de bruces con él nada más acceder al salón.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó.

—Tenía que rescatar la nota que te había escrito.

—Déjame leerla.

—Ni hablar; agua pasada no mueve molino.

No consiguió que Doyo cediera. Se retiraron a sus habitaciones y se pusieron a escribir sus cosas. Esa noche, después de la cena, no salieron al porche. Airam estaba cansada tanto por haber dormido poco la noche anterior, tras el impacto emocional de confesar a Doyo que era el padre de su hija, como por el estrés sufrido al caer al hoyo. Se durmió con el pensamiento dulce de que Alika y Folami acabarían juntos a pesar de la oposición del jefe del poblado. Ese era su deseo, pero a la vez se temía que algo grave debió suceder, porque encontró a Alika ahogada junto a sus amigas, pero sin rastro de Folami. ¿Qué habría

pasado? ¿Por qué huiría sin él?, se preguntaba.

35

Sin sanidad no hay paraíso

Al día siguiente Airam y Doyo llegaron al claro del bosque como siempre, con tiempo y ansiosos por conocer lo que les contaría Nkuku. Al poco de estar allí, la capitana oyó algo similar a un lamento tras unas matas cercanas. Se acercó y encontró a un pequeño chimpancé, de apenas palmo y medio, que parecía asustado y la miraba con expresión temerosa. No cabía duda de que se había perdido. Airam lo cogió con suma delicadeza en sus brazos y lo llevó junto a Doyo.

—Mira lo que he encontrado —dijo acariciando al chimpancé—. Es una monada, nunca mejor dicho.

—Pobrecillo, está desorientado, qué cara de pena... Pero se le ve a gusto en tus brazos —contestó Doyo, que le cogió la manita.

El bebé se bajó del brazo de Airam y, al llegar al suelo, se escondió tras su pierna derecha y se agarró a ella con los bracitos.

—Estoy deseando oír el «hola, pareja» en esa voz tan particular —dijo Airam.

—Tan particular y tan bonita —agregó Doyo—. Podría ser locutora de radio con ese color de voz.

—Nkuku locutora de radio… ¡Qué cosas piensas! —exclamó la capitana.

—Hola, pareja —se oyó entonces—. Así que os gusta mi voz…

—Sí, es fenomenal —dijo Doyo con una gran sonrisa.

—Nos gusta tu voz y lo que nos cuentas —recalcó Airam mientras

levantaba al pequeño chimpancé—. Mira lo que tengo aquí, un encantador bebé.

—¡Suéltalo! —exclamó Nkuku.

Apenas salió esa orden de la boca de Nkuku, aparecieron dos chimpancés con cara de pocos amigos. Se acercaron a ellos como enloquecidos: chillando, saltando y enseñando sus amenazadores dientes. El bebé chimpancé se aferró con más fuerza al brazo de Airam al tiempo que el más grande se dirigió hacia Doyo, que era la persona más cercana, y le dio una formidable embestida que le tiró al suelo mientras él seguía chillando y saltando, como si tuviera muelles en los pies.

—¡Airam, suelta al pequeño chimpancé, creen que queremos llevárnoslo! —gritó Nkuku.

Airam lo dejó en el suelo de inmediato. Entretanto, el primate más grande había cogido una piedra de varios kilos y se acercó a Doyo con la intención inequívoca de agredirle. Nkuku reaccionó con rapidez y, cuando el chimpancé se irguió levantando la piedra para arrojarla con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Doyo, ella se situó con valentía entre el profesor y el macho iracundo.

—Nkuku, ¿qué haces? —vociferó Airam.

El macho se quedó parado, aparentemente desconcertado por la reacción de la chica. Nkuku alzó los ojos y, sin apartar la vista de las manos del chimpancé, empezó a cantar una bonita melodía que sonaba relajante. El macho, que con los brazos en alto estaba dispuesto a propinarle un golpe mortal a Doyo, se quedó inmóvil durante unos instantes y depuso su actitud. Poco a poco bajó los brazos, dejó caer al suelo la piedra y se fue calmando mientras la oía cantar. El gesto amenazador de sus dientes se desvaneció. Nkuku pidió a Airam que le acercara su mochila, sacó una de las piezas de fruta que llevaban para el pícnic y se la ofreció al primate. Él la cogió y, al morderla, pareció darle las gracias, complacido. Nkuku entregó otra pieza de fruta al otro animal, que se estaba acercando a Airam con el bebé chimpancé subido a la espalda. Los primates devoraron las frutas junto a su pequeño, con aparente alegría, y dieron la impresión de calmarse. Al cabo de un

momento se marcharon haciendo gestos amistosos. Doyo se llevó la mano al pecho y comenzó a respirar hondo.

—Nkuku, me has salvado. Estaba aterrorizado y me veía incapaz de reaccionar. Sentía que el corazón se me salía por la boca y creía que había llegado mi hora —aseguró mientras se levantaba del suelo.

Se acercó al riachuelo y metió la cabeza en el agua para refrescarse la cara y la nuca. Después bebió unos tragos para ahogar la conmoción vivida. Airam y Nkuku siguieron su ejemplo.

—Creo que ese chimpancé me habría matado de no ser por ti —continuó Doyo.

—Es posible —respondió Nkuku—. Los chimpancés son muy peligrosos cuando se enfadan. Son capaces de atacar de forma coordinada y matan con crueldad a sus víctimas a dentelladas y con golpes violentos, incluso con piedras o palos, como has podido ver.

—Ha sido espectacular cómo le has amansado con esa melodía y sin mirarle a los ojos, que es lo que yo hubiera hecho, plantándole cara —añadió Airam.

—La canción es la que utilizamos en Amaghị para calmar a los animales salvajes. A veces no tiene el efecto calmante que buscamos, pero generalmente sí. Y le he mirado a las manos porque si lo hubiera hecho a los ojos o le hubiera enseñado los dientes, aunque hubiera sido sonriendo, me habría atacado. Esos dos gestos los chimpancés los interpretan como un desafío, porque ellos los utilizan para amenazar. Nos lo enseñan desde pequeñas.

—Has sido muy valiente y has resuelto la situación rápido y de la mejor manera posible —contestó Airam—. Tenemos mucho que aprender de ti.

—Gracias por tus palabras. He hecho lo mismo que hubierais hecho vosotros, no tiene importancia. ¿Seguimos hablando de los chimpancés o queréis que os cuente algo más de mis amigas?

—Tienes razón. ¿Qué nos vas a contar? —preguntó Airam.

—Hoy va de bebés, hemos dejado el bebé chimpancé y os contaré el momento más feliz de mi vida, que es cuando tuve a mis niñas.

—¿Eso nos aportará información para saber qué pasó con tus amigas?

—preguntó Doyo.

—Seguro que sí, porque en mi parto descubrí el secreto de Alika —contestó Nkuku—. El embarazo me fue muy bien y seguí trabajando en el poblado como siempre. Incluso seguí yendo a por agua hasta el mismo día que nacieron, y por la tarde me puse de parto.

—¿Y cómo es un parto aquí? —preguntó Airam.

—Las mujeres damos a luz casi sin ayuda. Se considera algo natural que forma parte del ciclo de la vida. Cuando llega el momento de que venga el bebé se colocan unas telas viejas en el suelo y la futura madre se sienta en una especie de pequeña silla apoyando la espalda contra alguien que se pone detrás. En mi caso fue contra Alika, a la que pedí que estuviera junto a mí en ese momento.

—¿No intervienen comadronas? —siguió preguntando Airam.

—¿Qué son «comadronas»?

—Mujeres que se dedican a ayudar a que nazcan las criaturas.

—No tenemos de eso; a mi parto solo asistieron mi madre y Alika. Otras prefieren hacerlo con más compañía, pero en mi caso fue una cosa íntima. Alika se puso detrás de mí, sujetándome por los brazos, y mi madre se puso enfrente. Su papel es muy limitado, porque todo el trabajo lo hace la futura madre sola: recoge las piernas, se las agarra y va empujando según le demanda el bebé. Cuando nació la primera niña, mi madre la cogió y la limpió con aceite de coco. La sorpresa fue que venía otra niña detrás. No lo esperábamos. Entre los que vivimos en el poblado nunca había habido un parto de dos, aunque sabíamos, por las historias de nuestros antepasados, que era posible.

—¿Tuviste gemelas o mellizas?

—No sé la diferencia.

—Las gemelas son igualitas y las mellizas se parecen como dos hermanas cualesquiera.

—Pues entonces son mellizas.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Doyo—. Dos por una… Se pondrían contentos todos al enterarse.

—Sí, nosotras estábamos contentas cuando terminó el parto. Pero no siempre los nacimientos son motivo de alegría. Hay un proverbio que

dice que muchos nacimientos significan muchos entierros.

—¡Uy! ¡Qué grima me da ese proverbio! —exclamó Airam.

—Bueno, continúo con el segundo parto. Mi madre dejó a la niña sobre el lecho, se puso otra vez frente a mí y volvimos a empezar. La verdad es que los partos fueron muy bien. No me puedo quejar. A veces los bebés vienen de nalgas o a raíz del parto fallece la madre o el bebé. En mi caso fue rápido y sin complicaciones.

—¿Y tu madre te hizo un pequeño corte para facilitar la salida del bebé? —preguntó Airam.

—Afortunadamente no hizo falta, porque las niñas eran más pequeñas de lo habitual, al ser dos. Pero mi madre estaba preparada con un cuchillo por si era necesario.

—¿Y cómo desinfectáis el cuchillo? —preguntó Airam.

—¿«Desinfectar»? —respondió Nkuku extrañada.

—Sí; poner algo en el cuchillo para destruir los gérmenes que lleve y que pueden pasar a la sangre.

—No sé lo que son «gérmenes», pero te aseguro que al cuchillo no se le pone nada.

—Pero al menos tu madre estaría preparada para coser el corte que hiciera el cuchillo —siguió interesándose Airam.

—No, qué va. Aquí no se cose. Si se provoca o se produce el corte, cuando acaba el parto se extienden en el suelo ascuas del fuego de la comida que hay preparadas en un recipiente. La madre se sienta sobre las ascuas y con eso se cierran los cortes.

—¡Qué horror solo de pensarlo! —exclamó Airam—. Abrasarse en una zona tan sensible, y justo después de dar a luz, debe de ser muy doloroso.

—No creas, duele, pero no tanto como te imaginas.

—Pero ¿lo probaste?

—Sí, no tuve más remedio. Mis hijas eran más pequeñas de lo normal y no parecía necesitar que mi madre me hiciera un corte, pero al nacer la segunda niña me hice un desgarro. Mi madre extendió las ascuas, las aireó para avivarlas, y yo me puse en cuclillas sobre ellas. Sin pensarlo dos veces me senté durante unos segundos de forma que el corte

estuviera en contacto con las brasas. Te puedo asegurar que la parte está tan destrozada del parto que sentir las brasas en la piel es mínimo. Pero, cuando quema, duele. Claro que duele.

—No me imagino dando a luz así, Nkuku —dijo Airam—. ¿Cuánto tiempo descansáis después del parto?

—¿Descanso? Hay madres que al día siguiente van a por agua, cortan la leña o hacen la comida, ¡quién lo va a hacer si no! Tan solo si caes enferma puedes quedarte descansando. Yo tuve suerte, llovió mucho y tardé dos días en tener que ir a por agua.

—¿Solo dos días para ir a por agua tras un parto múltiple? Estáis hechas de una pasta especial —sentenció Airam.

—De la misma pasta que estarías hecha tú si te tocara —respondió Nkuku—. Al día siguiente del parto vino Alika a vernos a mí y a las niñas, y me confesó su gran secreto: no le habían practicado la ablación. Estaba temerosa de lo que podía pasar si Folami no lo asumía bien. La consecuencia podría ser que rompieran su relación, que le practicaran a ella la ablación y que, además, tanto ella como su madre se vieran sometidas a un duro castigo. Las dos ancianas que lo encubrieron ya habían muerto, o sea que, por ellas, no había que preocuparse. Yo le aconsejé que encontrara el momento oportuno para saber cómo reaccionaría Folami si alguna chica no tenía la ablación; le dije que se lo preguntara como si no fuera con ella y, si veía que reaccionaba bien, le confiara su secreto. Pero, si veía que reaccionaba mal, tenía que romper con él porque de todas formas sería lo que sucedería cuando se enterase. Además, si no rompía, ella y su madre sufrirían entonces las condenas.

—Sabio consejo, Nkuku —sentenció Airam.

—Es lo que tenemos que hacer las amigas. De todas formas, como me hizo ver enseguida Alika, si él reaccionaba mal, sin duda la pregunta le haría sospechar que ella no tenía hecha la ablación. Y en ese caso el resultado era impredecible; dependía de lo que hiciera Folami. Como dice un proverbio: el día nunca retrocede. Una vez confesado el secreto de Alika, había que aguantar lo que viniera. Pero, si quería estar con su amor, no había otro camino que probar y obrar en consecuencia.

—Tienes razón. Estoy pensando en lo que nos has contado. En nuestro mundo un parto o una amputación, como lo es vuestra ablación, requiere médicos y hospitales. ¿Sabes lo que son? —preguntó Airam.

—Sí —afirmó Nkuku—. Alika empezó a cavar su propia tumba y la de las amigas por buscar ayuda en un hospital.

—¿Buscó ayuda fuera de Amaghị? ¿Empezó a cavar su tumba? ¿Cómo es posible? Cuéntanoslo, por favor —pidió Doyo.

—Un día nuestra amiga Opeyemi enfermó en la escuela —continuó Nkuku—. Se puso muy caliente y la llevaron a su choza. Llamaron al hechicero de la tribu, que, tras verla, dijo que estaba muy grave. Le preparó unas hierbas y le hizo un conjuro. Aun así, advertía que podía morir. Alika, al oír eso, quiso que la viera un médico. Había leído en los libros que tenía escondidos que los médicos en los hospitales curaban con medicinas, que sabían las que tenían que tomarse a partir de un análisis de sangre. Pero era consciente de que no lo podía plantear porque no se lo permitirían. Así que cuando se quedó a solas con Opeyemi, le hizo un pequeño corte y se llevó un poco de su sangre en una vasija.

—No le serviría de mucho, porque la sangre se coagula en poco tiempo… o sea, que deja de ser líquida —aclaró Doyo.

—Ella lo sabía, porque es lo que pasa con la sangre de los animales que cazamos. Pero sabemos cómo mantenerla líquida porque la utilizamos en nuestros rituales. La puso dentro de otro recipiente que llenó con agua fría al llegar al río y que renovó varias veces a lo largo del mismo. Se fue a Calabar andando. Yo intenté disuadirla, pero me repitió un proverbio: el cazador busca la pieza, la pieza no busca al cazador.

—O sea, que si quieres una cosa tienes que esforzarte por conseguirla —apuntó Doyo.

—Pero ¡si Calabar está a unos sesenta kilómetros! ¿Por qué no fue más cerca? —preguntó Airam.

—No sé si hay algún hospital más cercano. Consultó a la maestra y le dijo que había uno en Calabar y allí se fue. Se puso una tela aquí —se

señaló el tórax—, anudada a la espalda de forma que le ocultara los pechos, porque sabía que en Calabar no debía llevarlos al aire, y caminó toda la noche gracias a la luz de la luna llena.

—Aun sin estar del todo llena, alumbra mucho más de lo que parece, como el día que viniste a la pensión a vernos —recordó Airam.

—Así es, sin luz de luna apenas se puede transitar por los senderos. Encontró un hospital —continuó Nkuku— y explicó a un médico lo que le pasaba a su amiga. El médico le insistió en que tenía que ir la enferma para saber lo que le sucedía, pero ella supo convencerle de que eso era imposible en Amaghị. Además, a Alika la habrían castigado tan solo por plantearlo, aunque seguro que lo habría asumido con tal de salvar a su amiga si hubiese habido alguna posibilidad de que la dejaran ir al hospital. Tras aceptar que no podría atender a Opeyemi, el médico le dijo que describiera los síntomas que había observado. Alika los detalló: fiebre, sudoración, dificultad al respirar, dolor en el costado… y les dio el recipiente con la sangre.

—Los médicos se quedarían alucinados —dijo Doyo.

—Según me contó Alika, quedaron impresionados por su insistencia y por saber que venía andando desde tan lejos. Por eso decidieron ayudarla. Al cabo de un rato le dijeron que tenía neumonía. Yo no sé lo que es, pero aseguraron que era grave y que Opeyemi debía ir al hospital.

—Claro que es grave —respondió Doyo—. Dependiendo de la bacteria o virus que la produce, puede ocasionar la muerte. Tu amiga tendría que haber ingresado en el hospital.

—Ya sabes que eso era imposible de plantear. Por suerte los médicos asumieron que no podía ser y le dieron unas pastillas para Opeyemi, así se las podía tomar sin que nadie se diera cuenta. Alika se volvió andando al poblado, todo lo deprisa que pudo, y por el camino ideó cómo iba a justificar su desaparición durante día y medio. Cuando llegó era de noche y su padre estaba esperándola, paseando de un lado para el otro en torno a la hoguera que había en el centro del poblado. En cuanto la vio le pidió a gritos una explicación de por qué había desaparecido sin decir nada. Le exigió saber lo que había hecho en ese

día y medio. Ella respondió que había ido a Ugwu dị nsọ, nuestra montaña sagrada, a pedir a Chukwu ayuda para curar la enfermedad de su amiga y que traía buenas noticias: nuestro dios le había revelado lo que tenía que hacer para curarla. El padre le pegó una bofetada y le dijo que no ofendiese a Chukwu, que él no hablaba con alguien tan insignificante como ella. El hechicero, que había acudido a los gritos del padre, sorprendentemente pareció apoyar a Alika. Le dijo que demostrara que la podía curar, que siguiera adelante, que pusiera en práctica lo que Chukwu le había revelado. Alika se fue hacia la choza de Opeyemi y, en ese momento, oyó la risa del hechicero. Al volverse, este le dijo: «¿Chukwu no te ha contado dónde está Opeyemi? No está en su choza, sino allí», y señaló con el dedo hacia fuera del poblado. Alika se acercó con una tea al lugar señalado por el hechicero y vio a nuestra amiga sentada en una especie de sillón, vestida con sus mejores ropas, saludando al poblado con la mano izquierda levantada. Sabía lo que significaba: estaba muerta. Hacía poco que había fallecido y se encontraba sujeta al sillón con cuerdas que le mantenían el brazo erguido, como si hiciera un saludo de despedida. Era parte de nuestro rito funerario. Tuvo que soportar oír al hechicero decir: «Ahí tienes a Opeyemi, ¡a ver cómo la curas!». Y después la acusó ante todos los presentes de farsante por haber invocado a Chukwu.

—¡Qué crueldad por parte del hechicero! —se quejó Airam.

—Quería humillarla. Alika rompió a llorar llena de rabia, pero no podía revelar lo que había hecho. Folami, que también había salido al oír los gritos del padre de Alika, la cogió de la mano y se la llevó para consolarla. Tendríais que haber visto la mirada del hechicero al comprobar cómo el futuro jefe del poblado protegía a Alika. Sus ojos escupían la ira que no podía salir por su boca.

—Menudo tipejo el hechicero…

—Alika enseñó a Folami las pastillas que habrían salvado la vida de su amiga y le contó lo que había hecho. La reacción de Folami no pudo ser mejor: le aseguró que cuando él fuese jefe llamarían a los médicos cuando fuera necesario.

—Me está cayendo bien ese chico… —confesó Airam—. Pero me

temo que algo grave pasaría para que encontrara a Alika muerta en el Mediterráneo y él no estuviera junto a ella.

—Pasó algo más que grave; terrible. Pero tiempo al tiempo; ya os lo contaré cuando llegue el momento. Falta poco. Aunque no será hoy, porque tengo que regresar. Nos vemos mañana.

—Antes de irte, no nos has dicho cómo llamaste a las mellizas —dijo Airam.

—Aquí no les ponemos nombre en el momento de nacer. Hay que esperar un tiempo para ponérselo. Hay que conocer al bebé y escucharlo unos meses para saber cuál es el nombre que quiere tener. Correr mucho puede hacer que no se corresponda con él y dejarle en el mundo de nadie, con lo que fácilmente caerá en manos de espíritus negativos.

—Curiosa costumbre…

Nkuku se alejó por el sendero y de repente volvió la cabeza y gritó, sin dejar de andar:

—Por cierto, mis mellizas se llaman Sade y Makena.

—Sade, como la cantante que tanto me gusta —dijo Airam a su amigo.

—Sade es un nombre nigeriano, abreviatura de Folasade —contestó Doyo—. Tu cantante favorita también es la mía. Es nigeriana, como su madre. Nació en Ibadán…

—¡Alucino! ¡No lo sabía!

Doyo y Airam admiraron más aún a Alika tras lo que les había contado Nkuku. No cabía duda de que era una gran mujer que luchaba por lo que creía en unas condiciones muy difíciles para hacerlo.

Tras la partida de Nkuku, Doyo y Airam no se pararon en la laguna. No fue por el ataque de los chimpancés, aunque ciertamente no deseaban volver a encontrárselos. Habían planeado adentrarse en el bosque para tomar ahí su pícnic bucólico. Aunque ya no les quedaba fruta, subieron a la parte donde el agua desbordaba en cascada y siguieron río arriba. Era un río caudaloso con remansos y rápidos. El camino fue

espectacular: se hallaba rodeado de exuberante naturaleza por todas partes y amenizado con el runrún del río como banda sonora. Cuando pararon a comer, hablaron sobre el incidente vivido con los chimpancés.

—El ataque de los chimpancés me ha dejado perpleja —aseguró Airam—. Creía que eran animales tranquilos y nada violentos.

—Nos han atacado porque creían que nos llevábamos a su cría, si no, no lo hubieran hecho. Ya has visto lo amigables que habían estado hasta hoy.

—Tienes razón, Doyo. Eso me tranquiliza para los próximos días, en los que seguro que volvemos a encontrárnoslos.

—Los chimpancés son los animales más parecidos a las personas, tienen personalidad propia y emociones. Una vez leí un artículo sobre ellos y los hay cabezotas, introvertidos, agresivos o simpáticos, algo que no ocurre con otros animales. Tenía que haber pensado que vendrían a por su cría —lamentó Doyo—. Ha sido un fallo debido a la inexperiencia. Ya has visto que Nkuku se ha dado cuenta enseguida.

—Menos mal que ha llegado en ese momento y ha sabido controlar la situación, porque si llega a tardar un poco más a estas horas podríamos estar muertos.

—¡Y tanto! Nos ha salvado la vida. Fíjate, si nos creíamos que por venir de un país más avanzado estamos más preparados, ya ves que no es así; en situaciones tan elementales como esa no hemos sabido reaccionar.

Volvieron sobre sus pasos y disfrutaron de nuevo su lúdico y relajante baño, porque la tentación era demasiado fuerte para no caer en ella y, además, la sudoración lo reclamaba. El baño fue más breve que otros días, pero no por temor a que aparecieran de improviso los chimpancés, sino porque tenían menos tiempo disponible. Al salir del agua se secaron con unas toallas, cosa que hasta ese día no habían añadido a su mochila. A medida que transcurría el tiempo estaban más preparados para disfrutar en la selva y, a su vez, la selva tenía más oportunidades para sorprenderles negativamente, como con el ataque de los primates.

De vuelta en la pensión escribieron sus cosas y después de cenar Airam sacó su lista de preguntas.

—Voy a tachar la pregunta doce; ya sabemos por qué una presentaba infibulación, a tres les habían hecho una ablación y otra no había sufrido ninguna de esas barbaridades.

—¡Una menos! —exclamó Doyo—. Vamos avanzando…

—¡Qué aventura dar a luz en Amaghị! —exclamó Airam tras guardar la lista.

—Igual que en otros lugares de África y en otras partes del mundo. Nuestro mundo dista mucho del de otros seres humanos.

—En este viaje lo estoy sintiendo como jamás lo había hecho.

—Lo peor no es dar a luz en esas condiciones; lo peor es que después mueren demasiados niños y jóvenes —puntualizó Doyo—. Por eso la esperanza de vida en Nigeria es de cincuenta y dos años.

—¿Solo cincuenta y dos? —se asombró Airam.

—Sí. Es uno de los países del mundo con la esperanza de vida más corta y ahora es el segundo con mayor mortalidad infantil.

—Rico en petróleo y en el *top ten* de muerte de niños y niñas… Y eso que Nkuku nos ha dicho que hay hospitales.

—Sí, pero muy pocos. La sanidad pública apenas tiene recursos y la privada deja mucho que desear; lo sé muy bien por mi amada enfermera. Recuerdo que me impactó cuando leí que, en 2016, Nigeria solo dedicaba nueve euros por habitante al año.

—En algo se ha de notar que es el país más rico de África —apostilló Airam irónicamente.

—Ya te puedes imaginar las consecuencias de que solo tenga dos países por detrás con menor gasto sanitario respecto al PIB. El Ministerio español recomienda que en caso de una enfermedad grave se regrese a España para el tratamiento, porque ni los hospitales privados más avanzados, que tienen precios prohibitivos, tienen un nivel equiparable a los públicos españoles. Así que ya ves lo mal que está la situación, y no es peor gracias a la ayuda internacional. La más

cuantiosa es la de la fundación de Bill y Melinda Gates, que ha invertido una fortuna en Nigeria para erradicar la polio, mejorar la salud y la nutrición, crear programas de vacunas y evitar muertes a causa de enfermedades por las que nadie se muere en nuestro mundo.

—Ufff… —resopló Airam—. Las conversaciones sobre la realidad de Nigeria me sirven para apreciar cada día más las condiciones de vida españolas. Hay muchas cosas que damos por normales y no apreciamos adecuadamente el gran valor que tienen. Comprobar que esas mismas cosas resultan excepcionales o inexistentes en otros lugares, que incluso son ricos en petróleo, me hace valorar más lo que en España resulta cotidiano.

Se quedó pensativa durante unos minutos. Cada cosa que descubría del país la dejaba más perpleja. Por suerte, contaba con Doyo, que era una fuente de aprendizaje continuo sobre Nigeria; le alucinaba la memoria para los datos que tenía su amigo, y lo didáctico que resultaba escucharle; había sido todo un acierto viajar con él. Levantándose de la silla, se despidió de Doyo.

—Si adelantando el reloj se avanzara el tiempo, lo pondría a la hora del próximo momento Nkuku. Estoy ansiosa por conocer la reacción de Folami al saber que a Alika no le habían practicado la ablación. Pudo ser terrible, ya que sabemos que Alika huyó sin él. ¿Huiría porque él no la apoyó? ¿O porque incluso se indignó y lo denunció? ¿Huyó para evitar el duro castigo? Si dice Nkuku que eso podía causar la expulsión del poblado y por tanto la amputación de la mano izquierda, además de la ablación, es motivo más que suficiente para salir huyendo…

—Yo también deseo que llegue el momento Nkuku —contestó Doyo—. Quizá en unas horas conozcamos las respuestas a tus preguntas. Pero si las respuestas son afirmativas no cuadran con que las amigas que presentaban ablación también huyeran con ella.

—Tu observación me da ciertas esperanzas porque yo deseo que Folami y Alika acaben juntos.

—Yo también.

—Buenas noches.

—Que tengas dulces sueños —le deseó Doyo y le dio un beso en la

frente.

36

El coraje de Nkuku

Al día siguiente, cuando Airam y Doyo llegaron a la laguna, encontraron una manada de chimpancés que daban la impresión de haber llegado para quedarse. No era solo la familia de días anteriores, se trataba de varias familias. Inicialmente la capitana y su amigo se mostraron temerosos, pero al poco de verlos, un individuo, que parecía el macho dominante que había atacado a Doyo el día anterior, les dio la bienvenida desde lo alto de un árbol, mostrando con sus gestos que eran bien recibidos.

—Hoy hemos llegado con mucha anticipación a la cita con Nkuku —comentó Airam—. Si no fuera por los chimpancés, me bañaría ahora mismo. ¡Ya estoy empapada de sudor!

En ese momento sucedió algo inesperado: un pequeño chimpancé se cayó al agua desde una rama. Los gritos de los demás primates inundaron la laguna al ver cómo la cría luchaba por no ahogarse. Doyo, sin pensárselo dos veces, se tiró al agua para rescatarlo.

—Doyo, ¡ten cuidado! —advirtió Airam desconcertada.

Doyo nadó hacia el chimpancé, que desapareció de la superficie. Los gritos del resto de la manada se volvieron ensordecedores y la capitana miraba hacia un lado y otro sin saber qué hacer. La orilla de la laguna se llenó de primates que habían bajado de los árboles y chillaban sin parar a Doyo. Airam tenía miedo. Parecía que con los chillidos pedían que salvara a su congénere, pero, si su compañero no lo conseguía, se

preguntaba cuál sería la reacción de la manada. La cabeza le pedía que diera unos pasos atrás y se alejara de los chimpancés que tenía alrededor, pero el corazón la impulsaba a seguir allí.

—Doyo, ¡sálvalo!, ¡sálvalo! —pidió a gritos.

Doyo se sumergió y los chillidos cesaron de inmediato. Al cabo de unos instantes, que se hicieron interminables con tanto silencio, volvió a asomar la cabeza de Doyo, que cogió aire y regresó al fondo. El chimpancé que estaba junto a Airam la miraba con ojos tristes mientras señalaba con el dedo hacia el centro de la laguna.

—Lo salvará, ya lo verás —aseguró la capitana.

Cuando Doyo volvió a surgir en la superficie y los primates vieron que llevaba consigo al pequeño, empezaron a saltar y a gritar de alegría. Al llegar a la orilla, la cría parecía muerta, y sus congéneres, que se habían concentrado alrededor, enmudecieron. Airam se arrojó decidida al suelo y le practicó una maniobra de primeros auxilios hasta que expulsó agua por la boca y volvió en sí. Los chimpancés mostraron su agradecimiento con chillidos que parecían cariñosos y tocando a Airam y a Doyo como si quisieran acariciarles. Al poco regresaron con el pequeño a los árboles.

—¿Por qué no se han tirado al agua para salvarlo? —preguntó Airam sentada en la orilla de la laguna.

—Porque no saben nadar —contestó Doyo—. La mayoría de los mamíferos, perros, ovejas, vacas, elefantes, incluso gatos, saben, aunque no les guste el agua. Pero las jirafas y la mayoría de los primates, no.

—Lo de las jirafas lo entiendo por su anatomía, pero ¿cómo no saben nadar los chimpancés, si son más inteligentes que los demás animales?

—Los cuadrúpedos nadan, pero no es cuestión de inteligencia, simplemente repiten en el agua el mismo patrón de movimiento de las patas que utilizan al andar, y les basta para mantenerse a flote. A los chimpancés eso no les sirve, porque no se desplazan como el resto.

—¡Cuánto aprendo contigo! Me ratifico en que eres una enciclopedia andante. Al ver lo amigables que se han vuelto nuestros compañeros de laguna tras la caída de la cría, se me ha pasado el miedo a bañarme. ¿Y

si lo hacemos hasta que llegue Nkuku?

Airam nadó y flotó como otros días, pero Doyo se atrevió con una nueva experiencia. Subió al segundo tramo de la cascada y se deslizó por la roca inclinada, bajando rápido, rodeado de agua, hasta impactar en la poza. Disfrutó del tobogán acuático natural una y otra vez. Los chimpancés asistían atentos al espectáculo que daba Doyo y, cada vez que impactaba en la poza y el agua salpicaba a su alrededor, llenaban el entorno de la laguna con sus chillidos desde los árboles. Airam miraba a Doyo sonriendo. Disfrutaba como un niño. Mientras lo contemplaba se imaginaba a Alika y a Nkuku gozando de esa manera. Se imaginaba al resto de las amigas chapoteando, nadando, sumergiéndose hasta el fondo.

A continuación, mientras se dirigían al claro donde se reunían con Nkuku, la capitana preguntó:

—¿Cuántas veces se habrán regocijado en este hermoso lugar las chicas a las que encontré ahogadas?

Doyo le respondió encogiéndose de hombros. Al llegar al claro encontraron a más chimpancés. Parecía que la laguna se les había quedado pequeña y estaban explorando los alrededores. Los más jóvenes se acercaban a ellos, como jugueteando, y Airam y Doyo les respondían correteando tras ellos hasta más allá del claro. Las hostilidades de los chimpancés habían desaparecido.

Cuando llevaban un rato entretenidos con los simpáticos primates, oyeron la voz tan deseada.

—*Ezi* ụtụtụ —dijo Nkuku asomándose por las matas tras las cuales estaban jugando con los chimpancés.

—*Ezi* ụtụtụ —contestó Doyo.

—Tu pronunciación de mi lengua es fenomenal.

—¿Y qué significan esas palabras? No entiendo nada —se quejó Airam.

—Significa «buenos días» —respondió Doyo—. Esas palabras son similares a las de la lengua de los igbo, por eso lo he entendido.

—Veo que hoy los chimpancés os han tenido entretenidos —dijo Nkuku acercándose y cogiendo en brazos a un pequeño primate.—No lo

cojas —advirtió Doyo—. Dijiste que soltáramos al bebé porque sus padres creerían que nos lo queríamos llevar y así fue.

—Esto es distinto —sonrió Nkuku mirando a la cría—. Entonces el bebé se perdió y era lógica su reacción al encontraros con él en brazos, pero ahora sus padres nos están viendo y no perciben amenaza sino cariño.

—Sí —respondió Airam—. Son unos juguetones. Pero parece que tú les caes mejor, porque ese ha dejado que le cojas y mira lo atento que está a lo que decimos.

—Voy a continuar donde nos quedamos ayer —anunció Nkuku dejando al chimpancé en el suelo—. Al amanecer del día siguiente se celebró el funeral de Opeyemi. Nuestros ritos funerarios están presididos por el cadáver desde su sillón; empiezan cuando sale el sol y se prolongan a lo largo de todo el día, hasta que llega la noche. Se bebe mucho y se cantan alabanzas de la vida de la persona fallecida. Alguien se viste con su ropa y la imita en sus ademanes y su forma de hablar, recordando momentos de su vida. Mientras tanto, las danzas no paran de sucederse, con máscaras amarillas, el color que simboliza la muerte. Todo el poblado participa en la ceremonia, que acaba cuando se llevan el cadáver sobre los hombros hasta el lugar donde se entierra. Al salir del poblado hay un plato con comida y una vasija llena de bebida a los que la persona que va delante, uno de sus familiares, da una fuerte patada para apartarlos del camino. Es porque la persona fallecida, a partir de ese momento, ya no necesitará comer ni beber. Las danzas se alargan durante horas después del entierro.

—En algunos lugares de África se prolongan varios días, dependiendo de la importancia que tenga la persona fallecida —apuntó Doyo—. Cambiando los detalles, los rituales son parecidos en toda África. Se honra a la persona fallecida y se tiene la creencia de que todo bebé, cuando nace, es portador del alma de un antepasado, no necesariamente de su familia. De esta forma se cree que la muerte no rompe el vínculo con el poblado porque su alma retornará.

—Así es, Doyo. Sabes muchas cosas de nuestra cultura —dijo Nkuku.

—Enseño cultura africana en mi país. Conozco bastante Nigeria

porque he venido mucho, pero no conocía esta parte del país, ni por supuesto vuestro poblado.

—Sigo con la historia —anunció Nkuku—. La noche anterior al entierro, Alika se prometió que iría al Ugwu dị nsọ para pedir perdón a Chukwu por haberle involucrado en una mentira; quería explicarle que lo había hecho por una buena causa: para salvar la vida de su amiga. Alika sabía que, con el paso de las horas, todas las personas del poblado estarían borrachas por lo que beben a lo largo del funeral y que al día siguiente tardarían en volver a sus rutinas, así que no la echarían de menos. Cuando vio el momento adecuado, se escapó a la montaña sagrada para dar explicaciones a Chukwu y pedir su perdón. Durmió en una cueva de Ugwu dị nsọ y a la mañana siguiente tomó el camino de regreso al poblado. Al cabo de un rato oyó una voz que le resultaba familiar: era la del hechicero. Se acercó al lugar de donde provenía la voz, ocultándose tras las plantas, para ver qué hacía. Se encontraba ante una especie de altar que presidía una imagen de Ekwensu, que es nuestro diablo, el ser opuesto a Chukwu. El hechicero sostenía en una mano algo de Alika, que reconoció porque era inconfundible: una bonita cinta que a veces se ponía en el pelo. En la otra mano sujetaba un manto de colores parecido a uno que tenía Folami. Estaba haciendo un conjuro del que solo oyó las últimas palabras: ọ*nw*ụ Alika, ọ*nw*ụ Folami. Al oír esas palabras tuvo suficiente para saber lo que estaba haciendo: pedía a Ekwensu la muerte de los dos. Como dice un proverbio: la piel del leopardo es bonita, pero su corazón malvado. Por muy buena cara que pusiera el hechicero a la gente del poblado, Alika había descubierto su maldad.

—Está claro que el hechicero había convertido en sus enemigos a Alika y a Folami —conjeturó Airam— porque sabía que su mentalidad abierta sería un peligro cuando Folami llegase a jefe. Entonces los cambios serían imparables y, cuanta más modernidad hubiera, menos poder tendría.

—Exacto —afirmó Nkuku—. Como dice otro proverbio: un amigo trabaja a la luz del sol, un enemigo en la oscuridad.

—¡Qué mayor oscuridad que ese recóndito lugar donde el hechicero

había instalado su macabro altar! —exclamó Doyo.

—Alika no se asustó por ello —continuó Nkuku—. Temía a Chukwu, pero no al hechicero.

—Por lo que nos has ido contando, era un charlatán embaucador y un vago —apuntó la capitana.

Mientras Nkuku hablaba se oyó un siseo, un ruido de hojas y algo parecido a un silbido. Nkuku, que conocía bien esos sonidos, actuó a toda prisa. Dio un fuerte empujón a Airam, a la que tiró al suelo, y ella se arrojó encima de sus pies.

—¿Qué ha pasado, Nkuku? —preguntó Airam una vez levantada, tendiéndole la mano.

—Era una mamba negra.

—Yo no la he visto —respondió Doyo—. ¿Cómo estás, Nkuku?

—Estoy bien mordida —masculló apretándose el muslo izquierdo mientras afloraban las señales de dolor en su rostro.

—Debemos de haber invadido su territorio al adentrarnos tras los chimpancés más allá del claro y se habrá sentido amenazada —especuló Doyo.

Sin pensarlo más, puso la boca en el muslo de Nkuku, sobre la mordedura, y empezó a succionar y escupir el líquido sanguinolento que sacaba. La cara de Nkuku, sentada hacia atrás y apoyada con las dos manos en el suelo, no podía ocultar el dolor que sentía, aunque su valentía le impedía verbalizarlo.

—Creo que la mamba ha sentido algo más que la invasión de su territorio —puntualizó Airam—. Al mover la pierna hacia atrás, he notado que pisaba algo extraño, quizá fuera la cola, porque no veo otra cosa. Doyo, ¿en cuánto tiempo dijiste que se muere si no se administra un antídoto?

—En veinte minutos. Eso aseguraba el documental del National Geographic —dijo Doyo mientras seguía succionando.

—¿Dónde podemos conseguir un antídoto rápido? —preguntó Airam angustiada—. ¿En Akamkpa?

—En menos de veinte minutos en ningún lugar —respondió Doyo.

—¿Y por qué lo has hecho, Nkuku? ¿Por qué te has interpuesto entre

la víbora y yo?

—Ha sido cosa de un segundo. He oído el ruido y, al volver la mirada, he visto a la mamba levantándose por detrás de ti, dispuesta a morderte. La mordedura enseguida te habría condenado a muerte.

—Dices que para Airam habría sido mortal… —remarcó Doyo alumbrando una esperanza—. ¿Acaso para ti no lo es?

—Para mí, con un poco de suerte, no lo será —dijo Nkuku mientras los gestos de dolor seguían invadiendo su rostro—. Cuando somos pequeños nos dan una bebida que prepara el hechicero con cantidades muy pequeñas del veneno de la mamba y sangre de mangosta, que es un animal al que no le afecta ese veneno. Con eso podemos sobrevivir a una mordedura; puedo morir, porque hay quien fallece, pero he visto salvarse a la mayoría. En unos días sabremos lo que pasará.

—¿Qué podemos hacer, Nkuku? —preguntó Doyo angustiado.

—Tienes que coger una hierba que encontrarás en lo alto de la cascada; tiene unas pequeñas flores rojas. Tráela lo más rápido que puedas. Me pondrás sus jugos sobre la herida y me llevarás al poblado. Airam no puede venir porque la conocen y sabrán que he estado viéndoos, pero a ti no te conocen. Podemos decir que me has encontrado por casualidad en el sendero mientras explorabas, como hacían el otro día esos daneses que me contasteis que se bañaban en la laguna. A mi gente no les extrañará.

Doyo salió disparado, a toda la velocidad que le daban las piernas, en busca de la hierba que podía salvar la vida de Nkuku. Airam se quedó sentada en el suelo con las manos en la cabeza de la chica.

—Mientras Doyo te lleva al poblado yo buscaré un hospital donde tengan el antídoto y te lo llevaré —aseguró Airam.

—No puedes hacer eso porque sabrían que nos hemos estado viendo, ya te lo he dicho. Además, no dejarían que me administraras el antídoto, recuerda lo que os conté ayer.

—¿Por qué arriesgas tu vida por mí? —preguntó Airam con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué arriesgas tú tu vida por mis amigas? ¿Por qué arriesgas tu vida por saber qué pasó con ellas? Es lo menos que podía hacer por ti.

—Nos contaste que el detonante para que Alika se enfrentara al jefe del poblado, para conseguir acabar con ir a por agua, fue que una mujer murió a consecuencia de una mordedura de víbora.

—Tienes buena memoria...

—¿Dijiste que era una mamba negra? No lo recuerdo bien…

—No sé si lo dije, pero sí, fue una mamba negra.

—¡Qué has hecho, Nkuku!… Entonces no sois tan inmunes, igual puedes morir.

—La muerte es parte de la vida, puedo morir por la mordedura de la mamba o por otra cosa. A aquella mujer no le habían dado la bebida de pequeña. Sus padres lo lamentaron uno y otro día tras su fallecimiento. Pero la mayoría de los que la toman se salvan. Yo seré una de ellos, ya lo verás.

—¿Y si no lo logras?

—Entonces no volveremos a vernos —respondió Nkuku con la voz cada vez más tenue—. Si eso pasara, quiero que os llevéis a mis niñas del poblado. Quiero que Doyo y tú seáis sus padres adoptivos. No os será fácil, pero seguro que sabréis cómo conseguirlo.

—Te lo prometo. Aunque es una promesa que deseo con todas mis fuerzas no tener que cumplir.

—Siento el cuerpo como si estuviera lleno de hormigas y la boca como si estuviera chupando un metal.

Mientras acariciaba la cabeza de Nkuku, Airam pensó que la chica no estaba al corriente de la bomba que pusieron en su habitación y que costó la vida de aquella pareja joven y apasionada. Tenía razón en que había arriesgado su vida, de nuevo con la mamba negra. En España no era consciente de que ponía su vida en juego en esta aventura. Se lo advirtió Doyo, pero creyó que exageraba, pensó que era una alarma injustificada. Ahora se daba cuenta de que una cosa es que digan que hay peligros, y otra que toque vivir el mayor de todos: estar a punto de perder la vida. Mientras Airam se hallaba absorta en esos pensamientos, Doyo volvió corriendo con las hierbas y, resollando, pidió a Nkuku:

—Dime lo que tengo que hacer.

—Ponte un poco de hierba en la boca, mastícala y aplícame el jugo en la mordedura.

Doyo cogió un buen puñado de hierba y la masticó a toda prisa para sacar sus esencias. Después, apoyó los labios en la mordedura y repartió el líquido verde a lo largo de ella, masajeando con las dos manos el muslo, cerca de la ingle. Airam asistió, atenta, a la delicadeza con la que lo hacía.

—Tienes el pulso muy acelerado —constató Doyo al coger la muñeca a Nkuku.

—Y más que se me acelerará, ya lo verás. Es lo normal.

Nkuku se incorporó pasando el brazo derecho por encima de los hombros de Doyo.

—Vámonos al poblado, hoy no habrá agua de vuelta. Airam, te dejamos sola. Espero que volvamos a vernos aquí dentro de cinco soles. Si Doyo quiere quedarse conmigo en el poblado, seguro que le dejarán, dado que no tengo marido y es mi salvador.

—Claro que me quedaré a tu lado —aseguró Doyo—. Y te cuidaré todo lo bien que sepa.

—En cinco soles volvemos a vernos, Airam —repitió Nkuku—. Deja de llorar. Si todo va bien, los síntomas remiten a los cuatro soles, así que el quinto nos podremos ver. Si a Doyo lo ves antes, será mala señal, será que tenéis que llevaros a las niñas…

Airam, entre lágrimas, dio un fuerte abrazo a Nkuku. La besó en la cara, una y otra vez, y dejó una hilera de besos en su muslo izquierdo hasta llegar a la mordedura de la mamba. Se quedó mirando cómo Nkuku, cojeando y apoyada en Doyo, desaparecía de su vista. Después se volvió hacia la laguna para hacer tiempo hasta que Okwonkwo llegara al sendero.

Tras unos cincuenta minutos, Doyo encaró la entrada en el poblado con Nkuku en brazos, pues hacía un buen rato que no le quedaban fuerzas para seguir andando. Les recibieron en el poblado con sorpresa, arremolinándose en torno a ellos. No era frecuente ver allí a un hombre

blanco. Nkuku explicó en su lengua, con voz apagada y entrecortada, cómo le mordió la mamba y cómo la encontró Doyo en el sendero. La llevaron a su choza y trasladaron a Doyo su agradecimiento. Como Nkuku había predicho, se mostraron hospitalarios con él y le invitaron a alojarse en el poblado hasta que ella se encontrara bien. Pensaban que si Chukwu había puesto a ese hombre blanco en su camino era para que la salvara y debía estar junto a ella hasta conseguirlo. Doyo aceptó encantado. Por una parte, podía estar junto a Nkuku, ya que no quería dejarla allí sin saber qué pasaría, y por otra parte pensó que sería una experiencia muy valiosa para su carrera. Durante unos días conviviría en un poblado cuya forma de vida él solo había conocido por documentales y libros, y cuyos habitantes jamás permitirían, en condiciones normales, la presencia de una persona externa. El hecho de devolver a Nkuku al poblado se convirtió en una oportunidad profesional para Doyo y a la vez le posibilitó compartir más tiempo con ella. En los últimos días había descubierto lo feliz que Nkuku le hacía sentir tanto cuando estaban juntos como por las noches, ya que llevaba varios días colándose en sus sueños.

37

Al filo de la muerte

A Airam le resultaba extraño estar en la laguna sin Doyo. Se notaba triste y preocupada, nada que ver con lo que había sentido allí los días anteriores. La laguna parecía distinta. Ese día no se oía ni se veía a los chimpancés. Estaba ella a solas con la cascada, oyendo su tintineo incesante. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, cerró los ojos y respiró hondo el aire puro y fresco. Se concentró en el murmullo del agua y reflexionó sobre todo lo que había hecho Nkuku, todo lo que arriesgaba a cambio de nada. Simplemente por saber qué ocurrió con sus amigas. La generosidad que había demostrado con el ataque de la mamba negra la había impactado de manera profunda. Se preguntaba si ella sería capaz de hacer lo mismo por otra persona en una situación límite como esa y si alguien más sería capaz de hacer por ella algo similar. Después de un buen rato meditando, se zambulló en la laguna y se dio un relajante y prolongado baño.

Tras tumbarse al sol, muerta de preocupación por Nkuku, enfiló el sendero hasta llegar al punto donde todos los días les esperaba Okwonkwo con el Mercedes. Recorrió los últimos metros del camino y oyó una discusión en la que identificó la voz de su chófer. Se acercó con sigilo, ocultándose tras unos matorrales para observar lo que sucedía, y le descubrió rodeado por una docena de aborígenes con taparrabos y un tipo vestido con pantalón largo y camisa. Vio que Okwonkwo se percataba de su presencia y captó unas señas que le hizo

indicando que no se acercara. Pero la fatalidad quiso que uno de los aborígenes también se diera cuenta y saliera hacia el lugar al que señalaba Okwonkwo con la mirada. Airam, al verle acercarse, echó a correr, pero de nada le sirvió. Con unas cuantas zancadas veloces la alcanzaron ese aborigen y otros dos más. La cogieron por los brazos y la llevaron junto a Okwonkwo. Airam les miró las manos y se percató de que no llevaban marca en la mano izquierda. No tenían nada que ver con los habitantes de Amaghị. Sin embargo, el tipo de los pantalones sí que tenía la marca. Al mirarle de cerca a la cara le reconoció: era el hombre con el que habló Chinua. El de las fotos que llevó el policía a casa de George.

—¡Le conozco! —exclamó Airam—, usted es amigo de Chinua, el del consulado de España en Lagos.

El tipo la miró fijamente con desprecio. No abrió la boca. Los sapos y culebras que habrían salido por ella se los transmitió por esos ojos llenos de odio. Instantes después se giró, dijo unas palabras ininteligibles a los doce aborígenes, dio media vuelta y se marchó sin volver la vista hacia la capitana.

Los indígenas ataron las manos de Airam y las unieron con una cuerda a la cintura de uno de ellos. Hicieron lo mismo con Okwonkwo. Después unieron con otra cuerda a ambos y les pusieron en medio de una fila india, de manera que tenían a seis hombres por delante y seis por detrás. Se los llevaron prisioneros a su poblado por un sendero diferente del que recorrían para encontrarse con Nkuku. Anduvieron varias horas en dirección a Camerún, según advirtió la capitana, porque la luz del sol indicaba que caminaban en dirección este. Cuando apuntaba la noche, llegaron a un poblado remoto. Okwonkwo y Airam no entendían nada de lo que decían los alborotados aborígenes que salieron a recibirles, pero tardaron poco en darse cuenta de cuál era su situación. Los llevaron ante varios postes de madera que estaban clavados en tierra y les desataron las manos. No era para facilitar su movilidad, sino para todo lo contrario: les ataron el cuerpo en torno a dos de los postes. Con la espalda en contacto con la madera, tenían una vista privilegiada de todo el poblado. Cuando se dispersaron los

aborígenes, Airam hizo una confidencia a Okwonkwo.

—Estoy cagada de miedo. No sé qué pretenden hacer con nosotros.

—Parece que nos han secuestrado, seguramente pedirán un rescate.

—No lo creo. Nkuku me enseñó que a estas tribus el dinero no les sirve para nada. Además, aunque no he entendido lo que ha dicho ese tipo que los acompañaba, no me cabe duda de que nos han apresado por orden suya. El jefe de policía de Lagos sospecha que tiene algo que ver con el atentado que sufrimos Doyo y yo en el hotel.

—Espero que esté equivocada, porque con aquella bomba quisieron matarlos. Si fue cosa suya, entonces me temo lo peor.

—Yo también.

Entretanto, Nkuku afrontaba sus primeras horas en el poblado tras la mordedura de la víbora. Era el peor día. Tenía fiebre alta y un fuerte dolor en el pecho. La dendrotoxina del veneno de la mamba negra ya afectaba a los músculos respiratorios y, en caso de paralizarlos, se produciría la muerte. Doyo no se separaba de ella ni de Sade y Makena, sus dos pequeñas mellizas. Cada una cogía a Nkuku de una mano y la miraban con una enternecedora mezcla de pena y cariño mientras Doyo intentaba bajarle la fiebre poniéndole en la frente paños empapados de la escasa agua disponible. Le contaba cuentos e historias para mantener su atención y le impregnaba la herida con su saliva verde, fruto de la masticación de la hierba recogida en la cascada. Sin saber muy bien cuál sería la evolución de la mordedura, tuvo que soportar, sin rechistar, que el hechicero llegase a la choza con sus fetiches y soltara conjuros y cánticos en torno al lecho de Nkuku invocando su curación. Durante un largo rato no paró de soltar un chorroborro de palabras que Doyo no entendía. Llegado un momento, Nkuku, como queriendo tranquilizarle, le susurró al oído: «No le hagas ni caso, como dice un proverbio, muchas palabras no llenan un cesto». Y se durmió. El hechicero le dejó un brebaje indicando con señas que Nkuku debía bebérselo cuando despertara y se marchó de la choza, pero Doyo pensaba desaconsejarle que lo tomara y así lo hizo en cuanto abrió los

ojos:

—El hechicero ha dejado esto que huele fatal para que te lo bebas, pero yo no lo haría. No me fío de él. ¿Qué te ha dicho antes?

—Decía que mi vida estaba saliendo de mi cuerpo y conjuraba a Chukwu para que la dejara volver a él.

—¡Vaya ánimos que te ha dado! Pues si tu vida está en manos de Chukwu, entonces no hace falta que te tomes el brebaje —ironizó derramándolo en el suelo.

—Insistirá trayendo más.

—Y nosotros insistiremos tirándolo sin que lo sepa.

Al cabo de unos minutos se durmieron; Doyo en el suelo, Nkuku en el rudimentario lecho, ambos cogidos de la mano.

En ese mismo momento Airam y Okwonkwo vieron cómo la tribu comenzó a deambular a su alrededor y a entonar cánticos y ejecutar danzas. Encendieron una gran hoguera y dieron un sinfín de vueltas en torno al fuego y en torno a ellos de una forma aparentemente aleatoria pero ordenada. No cabía duda de que era un ritual. Cuando Okwonkwo vio que empezaban a ponerse unas máscaras amarillas le dijo a Airam:

—Señora, me temo lo peor. Las máscaras amarillas son símbolo funerario y no veo a ningún muerto por aquí.

—¿Quieres decir que los muertos seremos tú y yo?

—Me temo que han empezado un ritual de sacrificio y que somos la ofrenda a sus dioses.

Airam estaba perpleja. Por tercera vez en pocos días, se encontraba en peligro de muerte y en esta ocasión tenía toda la pinta de que nadie les salvaría, porque nadie sabía que estaban en ese lugar remoto. De hecho, ni ellos mismos sabían dónde se encontraban. Airam pensaba en sus hijas, en lo imprudente que había sido yendo a Nigeria, en lo inconsciente que había sido desoyendo los consejos de Doyo, en su insensatez de no volver a España tras el atentado en el hotel… Temía no salir viva de allí. Cada vez estaba más nerviosa. Comenzó a gritar a los aborígenes que los dejaran en paz. Era una sensación indescriptible

estar rodeada por mujeres y hombres enmascarados que no paraban de cantar, gritar, danzar y pulular a su alrededor, sin entender nada de lo que decían y sabiendo que lo que querían era sacrificarla.

La capitana vio cómo se acercaba uno de esos hombres ante ella, danzaba con una palma de la mano coloreada de amarillo y acababa pintándole una línea en el rostro. Después venía otro y, parsimonioso, repetía el ritual. Lo mismo hacían con Okwonkwo. Así estuvieron durante un largo rato, que le pareció interminable, en el que la mente de Airam repasaba lo mejor de su vida. Sus hijas, el día que se licenció, cuando entró a trabajar en SASEMAR, el día en que subió como capitana al Clara Campoamor… Sentía que todo acabaría en breve. Se dijo que jamás había imaginado cómo sería su muerte, pero si lo hubiera hecho nunca se le habría ocurrido algo así. Mientras pensaba aceleradamente, los cánticos, saltos y danzas no paraban. Llegado un momento, cuando ella y Okwonkwo tenían la cara llena de signos pintados, un aborigen, que parecía dirigir el ritual, se plantó junto a Okwonkwo y sacó un cuchillo dirigiéndolo hacia su cuerpo. Airam no pudo resistirlo más y gritó un «no» prolongado que apenas se oyó entre tanto barullo. Afortunadamente vio que el cuchillo no se hundió en el torso de Okwonkwo, solo le rasgó la camiseta por varios puntos hasta que el hombre se la arrancó y le pintó la primera línea amarilla desde un hombro hasta el pecho. Mientras Airam estaba pendiente de lo que le hacían a Okwonkwo, no se percató de que otro indígena se disponía a hacer lo mismo con ella. Sintió cómo el cuchillo rasgaba su camiseta repetidas veces, y cómo le arrancaba la prenda de un fuerte tirón, dejando a la vista su sujetador; a continuación, se lo rompieron y le dejaron el torso desnudo. Para entonces era Okwonkwo el que miraba lo que hacían con Airam y vociferó:

—¡Dejad a Airam! ¡Venid a por mí! ¡Dejadla!

Los aborígenes ni lo entendían, y de haberle entendido, tampoco le habrían hecho caso.

—Airam, no se preocupe, miro hacia otra parte —dijo Okwonkwo avergonzado al ver sus pechos desnudos.

—OK, no gires la cara; quiero vértela en el poco tiempo que nos

queda y quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Ha sido una suerte contar con tu ayuda.

En ese momento sintió cómo la mano del salvaje marcaba la línea amarilla desde su hombro derecho hasta el pezón de su pecho izquierdo. Acto seguido el hombre se desplomó en el suelo gritando *Woka* una y otra vez. En unos instantes todos los aborígenes habían interrumpido sus cánticos y danzas, y se encontraban arrodillados en el suelo mirando hacia Airam, gritando *Woka* reiteradamente y haciendo señales de alabanza.

—¿Sabes lo que pasa, OK? —preguntó Airam.

—Sí. Están venerando a Woka, que es el dios creador de los africanos.

—¿Y por qué me miran a mí? ¿Qué tengo yo que ver con ese dios?

Mientras preguntaba notó un fuerte calor entre los pechos. Procedía del amuleto de terracota que le regaló Doyo. La sensación le recordaba a lo que sintió junto a George en el Museo Nacional de Nigeria, pero con un calor mucho más intenso que casi le quemaba la piel. Además, emanaba una luz roja por las perforaciones que tenían sus ojos, triangulares.

—¿Tiene algo que ver con el amuleto que llevo entre los pechos? —preguntó Airam girando el torso, lo poco que pudo, hacia Okwonkwo para enseñárselo—. ¿Es este busto de Mulukú lo que provoca su reacción?

Todos los aborígenes seguían arrodillados, inclinados con los brazos hacia delante, y mirando al suelo. No paraban de repetir *Woka*, *Woka*.

—Así es —aseguró Okwonkwo avergonzado al ver directamente los pechos de Airam—. No la miran a usted, miran la cabeza de terracota que cuelga entre sus pechos. Es la cabeza de Woka.

—Pero ¿no es Mulukú?

—A Mulukú también se le conoce como Woka.

—¡Doyo me dijo que este amuleto me protegería si estaba junto a mi corazón! ¡Doyo y George tenían razón, Mulukú me protege! —exclamó aliviada Airam.

Estaban salvados por el amuleto. Airam recordó las palabras de

George en el museo «a veces hay que tener fe y creer en lo que no se ve. No todo tiene aún una explicación» y reconoció su error al cuestionarlas.

Los aborígenes les desataron y les colmaron de atenciones, tumbándoles en un cómodo lecho que prepararon en unos minutos. A la mañana siguiente se despertaron cuando salía el sol. Los llevaron al río cercano para que se lavaran las pinturas. A Airam le dieron un trozo de piel de antílope para que se tapara los pechos y los acompañaron junto al coche, donde habían sido capturados. Allí se despidieron entre alabanzas y gritos de *Woka, Woka*.

Airam y Okwonkwo se dirigieron a la pensión. Habían vivido demasiadas emociones y demasiado fuertes en muy poco tiempo. La capitana se puso a escribir en su diario; no daba abasto con tantas novedades: lo que les había contado Nkuku el día anterior, la mordedura de la mamba, el encuentro con ese tipejo indeseable, el ritual de sacrificio del que había sido objeto… Pero no pudo acabar de ponerlo al día, porque el cansancio hizo mella en ella y cerró los ojos temprano. Sus últimos pensamientos antes de desconectar se centraron en Doyo y Nkuku, deseando, con todas sus fuerzas, que esta última sanara. Se dijo que al despertar quedaría un día menos para volver a ver a sus amigos en el claro. Ya consideraba a Nkuku amiga tras todo lo que había hecho por ella. Arriesgó su vida para salvar la suya y era la segunda vez que lo hacía. Primero fue con el ataque de los chimpancés y luego con el de la mamba negra. «¿Cuántas personas en el mundo serían capaces de hacer eso por mí?». No paraba de repetirse esa pregunta.

Nkuku y Doyo habían hecho frente a la primera jornada completa tras la mordedura de la mamba. Los dolores se agravaron y la fiebre seguía muy alta, a juzgar por lo caliente que tenía la frente. Cuando Doyo comprobó que el agua no hacía el efecto deseado, porque ya no estaba

fría, tomó una vasija para ir corriendo al río y traer agua fresca. Las mellizas, que no entendían por qué se marchaba, intentaron retenerle tirando con sus manitas de él hacia dentro de la choza, pero no pudieron pararle. Se quedaron tristes con su partida. Después le recibieron con alegría cuando volvió. Se dieron cuenta de que Doyo había desaparecido para traer agua fresca con la que cuidar mejor a su madre. Notaban que la cuidaba con cariño y esmero. Doyo, por su parte, las miraba con ternura y no quería imaginarse ni por un momento que tuviera que llevárselas con él porque Nkuku falleciera.

El hechicero visitó la choza varias veces a lo largo del día para lanzar sus hechizos supuestamente sanadores, pero ambos decidieron soportarlo con conformidad sin mostrar ningún aprecio ni desprecio, aunque se deshicieron de los bebistrajos que dejaba.

38

El móvil del secuestro frustrado

Al día siguiente Airam madrugó, como de costumbre, y en el desayuno, habló con Okwonkwo para que la llevara a Calabar. Quería llamar a sus hijas y a George, a quien tenía que poner al día de todo lo que estaba viviendo. Además, quería conocer sus progresos con Chinua y contarle que había visto al tipo que buscaba con los aborígenes.

Una vez en Calabar se dirigió a un agradable café y llamó a sus hijas. Las despertó. Lo notó al oír que la voz de Adriana era más grave de lo normal. No había tenido en cuenta que, si allí era pronto, en España aún era una hora menos. A pesar de que las dos hijas tuvieron que espabilarse por la vía rápida, le pareció que se alegraban de la llamada y las vio con ganas de que volviera a Castellón. No pudo contarles que había estado varias veces en peligro de muerte porque les haría sufrir lo indecible cada día que estuviera lejos de ellas. Así que solo les relató una versión edulcorada de lo que les contaba Nkuku y lo bueno que ella estaba sintiendo, que también era mucho. Después llamó a George.

—Hola, Chiribito, ¿qué tal te va?

—Muy bien. Y al oírte, mejor, capitana.

—Tengo que contarte muchas cosas. En pocas horas me he visto al borde de la muerte dos veces.

Airam le relató la experiencia con la mamba negra, cómo la había salvado Nkuku, y le detalló cómo los aborígenes estuvieron en un tris de sacrificarla, pero no dio más detalles porque quería preguntar

cuanto antes por el que, a su entender, era el culpable: el siniestro amigo de Chinua.

—¿Tienes novedades de ese tipo y de lo que se llevaban entre manos él y Chinua? —preguntó Airam.

—Pues sí. Como me imaginaba, es algo gordo. Nada más y nada menos que una trama de tráfico de armas. —Airam suspiró al oírlo—. No queríamos detener solo a Chinua, porque ahuyentaría al otro tipo, cuyo paradero desconocíamos, pero ya está localizado. Sabemos que ayer volvió a Lagos. Hemos puesto en marcha un operativo para detenerlos hoy mismo a él y a Chinua. Los interrogaremos. Estoy seguro de que cantarán…

—Ese tipo volvió a Lagos, pero anteayer me encontré con él.

—¡No es posible! ¿Dónde?

—En Akamkpa, en el sendero que lleva al poblado de las chicas. Estaba con doce aborígenes que nos secuestraron a mí y a Okwonkwo. Pareció darles órdenes para que se nos llevaran prisioneros. No solo eso, estuvimos a punto de ser sacrificados. Nos salvó el amuleto. Como dijiste, Mulukú me protege.

—Estoy impaciente porque me lo cuentes. No cabe duda de que el tiparraco quiere eliminaros a toda costa. Averiguaremos por qué, te lo aseguro. Pero ¿cómo es que no secuestraron también a Doyo?

—Doyo no estaba con nosotros. Se fue al poblado con Nkuku, ya te contaré todo con detalle… Bueno, tengo una idea: como faltan tres días para que pueda volver a verlos, en lugar de quedarme aquí sola dándole vueltas a la cabeza sobre cómo se encuentran, si te parece bien mañana iré a Lagos a verte, te pongo al día y me detallas con pelos y señales cómo ha ido esa detención que planeas, que espero sea todo un éxito. Si pudiera seguir el interrogatorio de Chinua y ese tipo tras espejos de esos que ocultan lo que hay en la otra parte, como en las películas, me encantaría. ¿Crees que podrá ser?

—¡Claro que sí! Vente mañana e iré a buscarte al aeropuerto. Ya me dirás a qué hora llega el vuelo.

Airam no pensaba ir a Lagos al día siguiente, como había anunciado a George, sino ese mismo día. Quería darle una sorpresa a su Chiribito

y aprovechar al máximo el tiempo, ya que en Akamkpa no tenía nada que hacer hasta que Nkuku sanara. Ni corta ni perezosa compró un billete de ida y vuelta, y se fue a Lagos en el primer avión. Una vez en el aeropuerto Murtala Muhammed, recordó las advertencias sobre lo peligroso que podía ser coger un taxi. Le vinieron a la cabeza las palabras de Doyo en su despacho: «Mis contactos pueden ponernos un coche y chófer de confianza durante toda la estancia. Eso es clave, no te puedes fiar de desconocidos o corres el peligro de acabar con un secuestro exprés o no tan exprés». No podía recurrir a Okwonkwo, que estaba en Akamkpa, ni a George para que enviara a alguien a buscarla, ya que entonces no sería una sorpresa, y no contaba con nadie más en Lagos. Se dejó llevar por su instinto: entre coger el primer taxi que encontrara, con el peligro que ello podía suponer y que no estaba dispuesta a minusvalorar tras todo lo vivido en Nigeria, y no coger un taxi, que era una opción inviable, optó por observar durante un rato a los taxistas y sus vehículos. Quería elegir el que más confianza le diera. Vio que llegaba al aeropuerto un taxi impoluto, con un taxista uniformado, del que bajó un hombre trajeado. Cuando este abrió la puerta y antes de que la cerrara le preguntó:

—¿Este taxi es de confianza?

—Sin duda. Cójalo.

Airam se subió al taxi y dio al conductor la dirección de la casa de George. Pensó que ese taxista no podía formar parte de la red de secuestros, ya que habría secuestrado al trajeado, que olía a dinero, antes que a una mujer como ella. Cuando emprendieron el camino por la *expressway*, el taxista preguntó:

—La A5 parece que tiene tráfico muy denso. ¿Quiere que nos desviemos por Badia?

—No. No tengo prisa. Prefiero ir por rutas principales.

La negativa de Airam no era tanto porque no quisiera volver a ver en directo a ángeles de la muerte como porque no quería correr el riesgo de atravesar un suburbio con alguien desconocido al volante. Las peligrosas experiencias en Nigeria habían afinado su lado prudente.

Al cabo de una hora el taxi enfiló la calle del jefe de policía.

—¡Pare aquí, por favor! —pidió Airam.

El taxista detuvo el vehículo a veinte metros de la casa. Airam asistió, a través del cristal de la ventanilla, a una efusiva despedida de George de una esbelta mujer nigeriana. Vio cómo se daban un fuerte abrazo y un largo *savium*. Después la mujer subió a su descapotable y se marchó mientras el jefe de policía le decía adiós con la mano.

—Quería darle una sorpresa y me la ha dado él a mí —susurró la capitana.

La imagen se le clavó como un puñal en el corazón. Entonces comprendió por qué días atrás, al preguntarle si tenía ganas de verla, George contestó con cierta desgana que «muchas ganas».

—Dé media vuelta —ordenó Airam—. Lléveme a este hotel. —Enseñó al taxista el nombre y la dirección del hotel.

George reconoció a Airam cuando el taxi estaba maniobrando. Pese a que echó a correr tras él, no logró alcanzarlo. Llamó por el móvil a la capitana, pero ella no descolgó. Negándose a que su relación acabara así, regresó a toda prisa a por su jeep mientras pensaba: «O va al hotel que conoce o se vuelve a Calabar en avión. Apuesto por lo primero y si no está allí iré al aeropuerto y aún tendré tiempo de alcanzarla antes de que embarque». De camino, averiguó por teléfono que el siguiente vuelo a Calabar no saldría hasta tres horas después. Tenía margen más que suficiente para alcanzarla en el hotel si es que se dirigía allí.

George llegó al hotel y preguntó por Airam en la recepción. No había aparecido ni tenía reserva. Decidió esperar sentado en el vestíbulo unos minutos, porque pensó que quizá había llegado él antes. La llamó varias veces al móvil, pero ella siguió sin descolgar. Se impacientaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Al cabo de media hora, que se le hizo eterna, cuando estaba a punto de salir hacia el aeropuerto, entró Airam. La interceptó antes de que pudiera hablar con nadie. La cogió del brazo derecho.

—Por favor, Airam, vamos al bar y hablemos. Esto no se puede quedar así.

Airam aceptó. No quería montar ningún escándalo.

—Déjame que te explique —pidió George.

La capitana había tenido tiempo de reflexionar de camino al hotel y sorprendió a George.

—No tienes por qué. Yo no te había preguntado si tenías otras relaciones ni me preocupó cuando nos acostamos. Ni siquiera te pregunté por qué había tanta ropa de mujer en el armario. Ahora lo entiendo…

—No hemos tenido tiempo de pensar lo que queríamos de nuestra relación. Sucedió tan rápido… Pero no te quiero engañar, de hecho, pensaba decírtelo mañana al verte. No sé cómo decirlo… quizá lo puedo resumir en una frase: yo no soy hombre de una sola mujer.

—¿Quiere decir eso que eres polígamo?

—No me tengo por polígamo, pero sí por *polimonógamo*. Estoy con una mujer mientras la relación vale la pena, pero jamás he vivido en pareja como tal.

—O sea, que eres de los que no se comprometen.

—No me ha llegado ese momento, aunque no lo descarto. Quizá cuando encuentre a la mujer adecuada…

—Pero ¿te has enamorado alguna vez?

—Me he enamorado varias veces y siempre he sido fiel a mi pareja cuando he estado enamorado, pero, cuando no, disfruto de relaciones esporádicas sin compromiso.

—Entonces ¿lo que he visto hoy qué ha sido?

—Joy, que es como se llama la mujer a la que has visto, es una buena amiga.

—Habla con propiedad —le interrumpió Airam—: no es solo una buena amiga, es al menos una amiga con derecho a roce…

—Sí. Llámala como quieras, pero me parece más elegante decir que es una buena amiga. Ahora mismo, ni ella ni yo tenemos pareja. Disfrutamos juntos cuando podemos, sin más.

—No te puedo negar que me ha dolido verlo. Pero ha sido una reacción instintiva. Mientras venía he estado pensando que nuestra relación no es amorosa. Ha sido consecuencia de una atracción erótica, de un deseo carnal. Yo nunca me plantearía una vida en común contigo. Tengo la mía en España y allí volveré dentro de poco… Así

que estamos igual: no nos queremos comprometer. *Carpe diem.*

—*Carpe diem*. Ahora me siento mejor. No nos engañaremos ni nos crearemos falsas expectativas. Siento no haberlo hablado antes.

En ese momento sonó el móvil del jefe de policía. Cuando colgó le resumió la conversación que había mantenido.

—Me dicen que el operativo se ha desarrollado a la perfección y que Chinua y Mummunan, que es el nombre que ha dado el otro tipo al ficharle, ya están detenidos por separado.

—Así que se llama Mummunan… Ya era hora de saber algo de él.

—En cuanto le interroguemos lo sabremos casi todo.

—Pues ¿a qué estamos esperando? Invítame a comer y después… ¡a por el interrogatorio!

Comieron juntos y siguieron hablando. En tres horas Airam había sustituido su reacción pasional por otra racional. No tenía sentido que se sintiera herida ni traicionada porque su relación no era amorosa; no requería compromiso ni tenía futuro: era efímera. Llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, tenía que agradecer a George muchas cosas: no solo la nueva dimensión sexual que descubrió con él, también su apoyo y su confianza, que evitaron que se volviera a España. Pensó que los límites de su relación ya estaban claros: disfrutar sin más durante el poco tiempo que estuvieran juntos. Al fin y al cabo, no engañaban a nadie. Un mes atrás le hubiera parecido imposible pensar así, pero se estaba acostumbrando a esa sorprendente Airam que había nacido en Nigeria.

Ya en comisaría, la capitana siguió el interrogatorio desde la sala contigua, a través del espejo de una sola dirección.

—¿Dónde vive? —preguntó George.

Como única respuesta, obtuvo el silencio de Mummunan.

—¿De dónde proviene la marca de su mano izquierda?

Mummunan siguió sin despegar los labios.

—¿Qué relación tiene con Chinua?

—¿Qué Chinua?

—El del consulado español en Lagos.

—No lo conozco.

—Miente. —George le mostró la foto en la que aparecía junto a Chinua.

Mummunan miró fijamente a George con rabia contenida. Pero permaneció callado.

—Hace dos días estaba usted en Akamkpa con doce aborígenes y ordenó que se llevaran a esta mujer. —Señaló una foto de Airam—. Dígame por qué.

Mummunan ni siquiera se molestó en negarlo. No estaba dispuesto a decir nada más. Por más que le preguntó, no habló. Al final George ordenó que se lo llevaran al calabozo y entró a ver a Airam.

—¿Qué te ha parecido? ¿Has visto esa mirada desafiante?

—Desafiante y rabiosa. He estado pensando que puedes decirle de dónde procede porque ya lo sabemos —dijo Airam—. Apostaría a que es de Amaghị por la marca de la mano, que ahora he visto claramente. Compara la foto que he hecho de su mano, ampliando lo máximo que he podido, con la de las chicas: no es que sean parecidas, son casi idénticas. Aunque se fuera hace tiempo, debe tener familiares allí. Podrías amenazarle con ir a indagar sobre él y que entienda que puedes deshonrarle ante los suyos diciendo que se dedica al tráfico de armas. A ver qué pasa…

—Buena idea. Pero no será fácil, parece un tipo duro. Voy a interrogar a Chinua y, llegado el momento, si es necesario, iré de farol.

Trasladaron a Chinua a la sala de interrogatorios y George, tras preguntarle por su función en el consulado, se metió en harina:

—¿Conoce a este hombre? —preguntó al tiempo que le enseñaba la foto de Mummunan.

—No. ¿De quién se trata?

—Empieza mal este interrogatorio —contestó el jefe de policía mostrándole la foto en la que aparecía con Mummunan—. Diga de qué conoce al hombre junto al que está.

—Ah, sí… Ahora que me acuerdo, ha venido alguna vez por el consulado.

—Pero en esta foto ustedes no están en el consulado. ¿Qué se traen entre manos?

Chinua se estaba poniendo nervioso. No tenía la sangre fría del otro tipo y era la primera vez que se enfrentaba a un interrogatorio de la policía. George se dio cuenta y pretendió sacar ventaja de sus nervios.

—Está usted metido en un buen lío. Si colabora le irá mejor. Sabemos que usted y su colega están involucrados en una red de tráfico de armas. Tenemos las pruebas, así que se pudrirá en la cárcel. Cuéntenos todo y haremos lo posible para que le apliquen beneficios penitenciarios.

—Yo no hacía nada.

—Usted es la pieza clave para introducir las armas en Nigeria. Cuando se sepa le despedirán del consulado y le exigirán responsabilidades. Pero ¿cómo va a explicar a su familia que quizá nunca salga de la cárcel o incluso acabe condenado a muerte? ¿Ha pensado en lo que les espera a ellos? Tiene que elegir: colaborar o callar, no hay otra opción.

Los nervios de Chinua iban en aumento. Empezó a sudar y a mover la pierna izquierda de manera involuntaria. George decidió cambiar de táctica en el interrogatorio para pillarle desprevenido.

—Su colega asegura que usted ordenó matar a Airam y a Doyo, los dos españoles que sufrieron un atentado al día siguiente de salir del consulado, tras hablar con usted.

—No es cierto.

—Y Airam y Doyo me aseguraron que usted les dijo que no hablaran con la policía porque era corrupta. Yo lo veo claro: usted les dejaba desprotegidos con su consejo y así su orden de matarlos podía cumplirse más fácilmente. Su colega asegura que eso es lo que le confesó.

Chinua, que constató que el jefe de policía tenía mucha información verídica, se tragó el farol, perdió los nervios y empezó a soltársele la lengua.

—No es cierto. Yo solo le dije por teléfono que dos periodistas preguntaban por el poblado donde llevaban marcas como la suya y le

mandé una foto que hice con el móvil de la mano que me enseñaron. Nada más.

—¿Y qué le contestó él?

—Que los entretuviera un par de horas y los acompañara hasta la puerta. Me aseguró que encontrarían una sorpresa a su salida.

—Entonces lo del tirón que acabó con Airam en el suelo fue cosa suya…

—No. Eso fue una casualidad. La sorpresa que les esperaba fue el coche que les persiguió.

—¿Y qué pretendían con la persecución? ¿Raptarles?

—Yo creía que solo querían darles un susto. Eso es lo que me dijo él tras la persecución. Pero, cuando dos días después vi en el periódico que habían puesto una bomba en su habitación del hotel, me imaginé lo peor. Le dije que no quería verme involucrado en un intento de asesinato y me contestó que ya estaba involucrado en dos: el de la bomba y el de la persecución. Me dejó claro que estaba en el ajo quisiera o no y que no podía dar marcha atrás.

—Entonces con esa persecución querían matarlos, pero fallaron —conjeturó George.

—Sí. Por eso volvieron a intentarlo al día siguiente con la bomba. Habrían seguido haciéndolo hasta conseguir matarlos de no ser por la protección policial que les puso.

Airam, al escuchar esas palabras tras el cristal, recordó cuando George le dijo que o se sinceraba con él o le quedaban menos de veinticuatro horas de vida. Sintió que confiar en él no solo le había dado tranquilidad, sino que le había salvado la vida.

—¿Qué sabe de la red de tráfico de armas?

—Yo no sé nada. Solo conozco a ese tipo de la supuesta red. Me limitaba a pasarle lo que llegaba a mi nombre por valija diplomática. Casi todas las semanas me llegaba alguna caja, pero no sabía que eran armas, porque nunca abrí ninguna, se lo juro.

—Pero sabía que era algo ilícito, porque se lo pagarían muy bien…

—Algo ilícito sí, pero le repito que no sabía que eran armas. No sabía lo que era.

—Lo que supiera o no da igual, lo que cuenta es lo que hizo; fue un eslabón primordial en el tráfico de armas. Sin usted no las habrían conseguido. Y, además, lo hizo traicionando al consulado, aprovechándose de su cargo. ¿Se da cuenta de la gravedad de lo que ha hecho?

Chinua acabó derrumbándose. George ordenó que lo devolvieran al calabozo y pasó a la habitación donde estaba Airam.

—Es terrible, George. Creía que había estado tres veces a punto de morir y, en realidad, han sido cuatro. Si no llego a confiar en ti… ¡Cuánta razón tenías! —exhaló Airam y le dio un gran abrazo.

—Ahora todo cuadra —añadió George—. La larga espera en el consulado no era por falta de eficiencia, sino una treta para ganar tiempo y preparar el primer intento de asesinato.

—Si no hubiera sido por la pericia de Okwonkwo y por la suerte de que no encontramos atascos, habríamos estado muertos a las pocas horas de llegar a Lagos.

—Vámonos a casa si quieres, que por hoy ya hemos tenido bastante. Mañana volveré a interrogar a Mummunan. Porque supongo que no querrás que te lleve al hotel…

—No, George. Vamos a casa. *Carpe diem*.

39

Rematando el interrogatorio

Al llegar a casa de George, Airam no dejaba de pensar en cómo estarían Doyo y Nkuku. El hecho de encontrarse incomunicados podría llevarla a pensar en lo peor, pero afortunadamente ella no era así. Era de color esperanza, de las del vaso medio lleno. Esperaba verlos al cabo de dos días y medio en el claro del bosque.

—Airam, te tengo preparada una sorpresa —anunció George desde el pasillo—. Ven.

—Sorpréndeme.

George la invitó a pasar a una de las habitaciones que no conocía aún, y dentro les esperaban un chico y una chica con bata blanca junto a dos camillas.

—Nos van a hacer un masaje africano con cañas de bambú.

—¿Africano? No lo conocía…

—Bueno, hay quien dice que es chino, pero nosotros sabemos que es africano. —Sonrió.

Se acostaron en las camillas boca abajo y comenzó a sonar una música relajante. Airam cerró los ojos y se sintió transportada a la sabana. El chico empezó a hacerle el masaje y le ofreció una descripción del mismo.

—Deslizaremos cañas de bambú por su cuerpo para estimular espalda, piernas, pies y, al final, el rostro. Así lograremos, por una parte, relajación, y por otra, drenaje linfático…

—El dulce olor que perciben proviene del ambientador —explicó la masajista de George—, que nebuliza aceite de vainilla, chocolate y coco… Empezaremos aplicando en la espalda extracto de karité, que, además de ser hidratante, previene arrugas. También aplicaremos manteca de cacao para que las cañas se deslicen suavemente.

El masajista, a su vez, comenzó a deslizar las cañas más gruesas por la espalda de Airam, lo que le produjo una sensación placentera. Consiguió que desconectara la mente de todo pensamiento.

—Aplicamos un aceite que contiene salvia, mirra y limón. Combinados consiguen efectos desintoxicantes y antiinflamatorios, además de dar firmeza.

El masajista trabajó la espalda a fondo, con un efecto relajante. Después cogió unas cañas de menor diámetro y empezó a deslizarlas desde los pies hasta los glúteos, variando la presión, una y otra vez. Al final llegó el momento del rostro. Tras una hora de masaje continuo, Airam se sintió totalmente distendida y tonificada.

—Ha sido increíble, George —agradeció al finalizar—. El masaje me ha sedado el cuerpo y acariciado el alma. Gracias.

—Yo también estoy en la gloria.

—Es un masaje que, además de relajar, activa la circulación sanguínea y combate la celulitis —advirtió el masajista.

—Esa que tú no tienes —interrumpió George.

—También remodela la silueta, gracias a que los diferentes tamaños de las cañas de bambú se adaptan a los contornos del cuerpo.

—Pero a ti, con ese cuerpo, solo te hace falta lo de la relajación —matizó George.

—Muy gentil, George. Me va bien para todo, que la celulitis no se ve, pero yo sé que está al acecho. No me esperaba encontrarme este tipo de tratamientos aquí. ¡Qué gozada que me lo hayas descubierto!

George y Airam pasaron al salón, donde ya estaba preparada la suculenta cena, y después se fueron a la habitación, donde volvieron a vivir una apasionada noche sazonada con megaorgasmos de Airam. La capitana se encontraba desbordada por las sensaciones que vivía en la casa de George. No era solo lo que vivía entre sus brazos, todo era un

éxtasis para sus sentidos.

A la mañana siguiente los dos desayunaron plácidamente en el jardín de la casa y salieron hacia comisaría.

—Tenemos que presionar a Mummunan —avanzó George—. Después de lo que nos contó Chinua y con tu idea de amenazarle con visitar a su familia, podemos conseguir que nos diga lo que queremos saber si le apretamos lo suficiente.

Airam se situó de nuevo tras el espejo de una sola dirección. George ordenó que llevaran a Mummunan a la sala de interrogatorios y empezó a apretarle las tuercas.

—Chinua ha cantado —le aseguró—. Nos ha contado cómo ordenó matar a los españoles en dos ocasiones: con la persecución en coche y con el atentado en el hotel. Díganos quiénes lo hicieron.

El tipo permanecía impertérrito.

—Sabemos de donde proviene: de Amaghị. Solo se lo pregunté para tantear sus ganas de colaborar; ya he visto que son nulas. ¿Quiere usted que vayamos al poblado para interrogar a su familia? ¿Quiere que sepan que es un asesino y un traficante de armas?

—No me considero del poblado.

—Sí, pero su familia está allí —aventuró—. ¿Sabe lo que le esperaría con la aplicación de la ley de su etnia? ¿Sabe lo que le espera a su familia por la deshonra? Le propongo un trato. Hable y el fiscal pedirá una pena menor que si no colabora. Igualmente será grave, no le voy a engañar. Pero si habla, además de la rebaja de pena, evitará que vayamos al poblado. ¿Por qué ordenó que mataran a esos extranjeros si no le conocían?

Mummunan, tras un rato pensativo, comenzó a colaborar.

—Antes de cantar asegúreme que no hablarán con mi familia.

Esa frase encendió la esperanza del comisario. Comprobó que Airam tenía razón. El tipo, pese a su dureza, tenía un punto débil en su familia de Amaghị.

—Cuente lo que sabe y tiene mi palabra de que así será.

—Es cierto que ninguno de los dos me conocía, pero me buscaban. Chinua me descubrió sus intenciones y me dijo que no podíamos correr riesgos. Teníamos que eliminar a los dos antes de que consiguieran su objetivo.

—Y, según usted, ¿cuál era su objetivo?

—Eran dos periodistas que buscaban mi poblado.

—¿En qué se basa para decir eso?

—Chinua me envió fotos de ambos y otra que hizo a una imagen que le habían enseñado de la mano de una chica; le pareció que la marca que tenía era muy parecida a la mía y quería que confirmara si también procedía de Amaghị. Y así era. Además, me dijo que les había pillado hablando en español sobre armas. Él sabe español y lo entendió perfectamente. Blanco y en botella. Me buscaban para hacer un reportaje sobre el tráfico de armas en Nigeria. Nadie del poblado sabe nada de armas, solo yo. Me buscaban a mí.

George se quedó sorprendido. No sabía que Doyo y Airam hubieran hablado de armas ante Chinua y no se le ocurría por qué podían haberlo hecho. Pero no dijo nada. Optó por aclararlo después con Airam.

—Entonces Chinua debió de pensar que, si le descubrían a usted, le descubrirían también a él —conjeturó George—. Y sospecharían que el consulado estaba involucrado porque habían ido allí a preguntar. Así que tenía que evitar que le descubrieran y qué mejor para eso que eliminarlos. Pensó que, muerto el perro, se acabó la rabia. Está todo claro.

—Así fue. Pero quiero que sepa que intenté evitar el atentado en el hotel. Les dejé un anónimo amenazándoles de muerte para que se volvieran a su país de inmediato. Creí que después de la persecución y el tiroteo harían caso, pero al comprobar que salían del hotel ignorando el ultimátum, no tuve más remedio que seguir con el plan de Chinua.

—¡Vaya consideración la suya! —espetó George con tono irónico—. Si cree que eso es un atenuante, se equivoca. Añadiré amenaza a los cargos. Piense bien lo que va a hacer. Si Chinua es el inductor de los intentos de asesinato, razón de más para que hable. No cargue usted

con la pena que le corresponde a él. De lo contrario, Chinua se llevará los beneficios penitenciarios y usted la condena más dura. ¿No cree que será mejor equilibrar ambas cosas? Es su última oportunidad. Hable o calle y, si calla, mañana iré yo mismo a Amaghị.

—Me había asegurado que no iría.

—Siempre que cuente todo lo que sabe. No me vale que se quede a medias.

El tipo se tomó unos segundos para elegir entre contarlo todo o callar. Pensó que confesar detalles de lo que ya sabía el comisario podía beneficiarle y que quizá con poco más que dijera podía evitar la visita a Amaghị.

—¿Qué quiere saber?

—Para empezar, quiero saber por qué hace dos días estaba usted en Akamkpa y qué relación tiene con los doce aborígenes que secuestraron a la mujer española. Está claro que siguieron sus órdenes.

—Hace unos días fui a Amaghị a ver a mi familia. Lo hago una vez al año, medio a escondidas, porque a la gente no le gusta verme por el poblado. Ya no soy bienvenido allí. Me contaron que unos días antes había ido una chica blanca, alta y rubia con los ojos azules. No sabían a qué, porque ninguno de mi familia la vio, pero yo tuve claro quién era esa mujer. ¿Quién si no tenía alguna razón para visitar el poblado? Así que pensé que debía ser ella, y no me equivoqué. Llamé a Chinua por teléfono y me insistió en que había que eliminarla cuanto antes, porque se estaba acercando a nosotros. Intenté localizarla por si seguía por el entorno. Enseñé las fotos de los periodistas por Akamkpa y pregunté por ellos, pero nadie los había visto. Al salir de Akamkpa me crucé con el Mercedes de la persecución de Lagos. Lo reconocí porque estuve en el consulado esperando a que se subieran en él y un cochazo como ese no pasa desapercibido. Lo conducía un joven yoruba e iba solo, así que di media vuelta y le seguí hasta la pensión donde se hospedaba. Esperé hasta la tarde, cuando se subió nuevamente en el coche; volví a seguirle y me llevó hasta el sendero donde después vi aparecer a los extranjeros. Al día siguiente comprobé que el chófer esperaba la vuelta de la pareja por la tarde en el mismo lugar en que los dejaba por la mañana. Así

que hablé con los aborígenes para que se los llevaran y los sacrificaran. Eso fue lo más fácil. Es una tribu con tradiciones muy primitivas. Les convencí enseguida de que ofrecer a sus dioses una chica rubia era algo sublime, algo de lo que estarían muy agradecidos. Además, les regalé flechas y dos arcos, que, aunque eran muy baratos, nada tienen que ver con los suyos, rudimentarios. Aceptaron, encantados, sacrificar a los tres: a los periodistas y al chófer. Pero algo falló, porque ese día no se presentó el hombre. Él aún debe de estar vivo.

—Así es, él está vivo, y ella y el chico, también. Sus pérfidos planes han fracasado.

—¿Cómo es posible si yo vi cómo se llevaban al chico y a la mujer? ¿Qué falló?

—Eso a usted no le importa, el que pregunta soy yo. Bien, esta era la parte fácil. Pero me queda por saber lo que más me importa. Tiene que darme la lista de los clientes a los que proporcionaba las armas y los nombres de las personas que atentaron contra los extranjeros.

—El nombre de los cuatro que atentaron podría dárselo; al fin y al cabo, son cuatro mercenarios de poca monta. Pero la lista no puedo dársela porque me matarán.

—No le matarán, porque antes les detendremos. Aunque le matarán si no colabora, ya que le dejaremos libre y haremos correr el bulo de que ha hablado. Como comprenderá, si no canta no nos sirve de nada, así que para detener a sus clientes le utilizaremos de cebo. Le aseguro que, si es necesario, dejaremos que le maten para garantizar la detención de los criminales que le compran las armas. La prioridad será detenerles a ellos, no será velar por su vida. Y, una vez detenidos, alguno cantará lo que usted no quiere decir. En resumen, colaborará con nosotros quiera o no quiera. Lo único que puede elegir es si será por las buenas o por las malas.

—No pueden echarme a los leones. Eso no lo pueden hacer.

—Ja, ja, ja —rio George—. ¿Que no lo podemos hacer? ¿Quiere saber cuántas veces lo hemos hecho con otras bandas criminales? Dejar que le ajusticien sus propias mafias no nos compromete a nada. Es una forma de hacer justicia rápida y barata: usted tendrá su merecido y le

saldrá gratis al erario público. Nos ahorraremos largos juicios y el coste, económico y mediático, de su ejecución. Digo «ejecución» porque supongo que sabrá que el secuestro, cuya orden ya ha confesado, aquí se castiga con pena de muerte…

—Es usted despreciable, parece mentira que sea policía.

—Estoy aquí para defender a la sociedad de personas como usted, no para defenderle a usted de su propia mafia. Así que ya ve, no tiene salida. Hable o será peor para usted, lo mire como lo mire. Peor en el poblado, peor en el tribunal y peor por la reacción de sus mafias. La única posibilidad que tiene de seguir con vida es cantar. Haga la lista que le pido.

Al final el jefe de policía consiguió doblegar a Mummunan, que escribió los cuatro nombres de las personas que intentaron asesinar a Doyo y a Airam y una lista con diez nombres de hombres a los que les vendía las armas. George la leyó en voz alta y uno hizo que Airam se tapara la boca con las dos manos desde la otra parte del espejo: Olamilekan.

—Ayúdeme a detener a estos diez, en especial a Olamilekan, y le prometo el mejor trato posible. Piénselo en el calabozo y ya hablaremos.

George oyó unos golpes en el espejo por el que Airam seguía el interrogatorio.

—Ahora vuelvo —advirtió al policía que estaba en la puerta.

Cuando George entró en la sala con Airam, la capitana le entregó las fotos de las manos de las cinco chicas.

—Enséñaselas y a ver qué sabe.

—No veo relación de las chicas con la trama de tráfico de armas, pero no tenemos nada que perder.

—Mummunan —dijo el jefe de policía al volver a la sala del interrogatorio—, mire atentamente estas fotos, pertenecen a cinco chicas de Amaghị, y cuénteme lo que sabe de ellas.

—Esta marca diferente es de la mano de Nala, una chica que no era del poblado. Por las manos sé quiénes son, pero no sé qué quiere que le diga.

—¿No sabe que huyeron del poblado y que están muertas?

—¿Muertas? No me había enterado…

—Pero ¿sabe por qué huyeron? ¿La red de tráfico de armas tiene alguna relación con ello?

—Le juro que no tengo ni idea. No sabía ni que habían huido. Hace años que me fui de Amaghị y le he dicho que apenas voy por el poblado.

—Espero que sea verdad, porque si me ha mentido en algo lo lamentará.

—Todo es verdad. Se lo juro por Chukwu.

—Bien, pues ya solo falta que haga una cosa más.

—¿Una cosa más? Ya he hecho lo que me ha pedido.

—Tiene que llevarme hasta sus jefes de la organización de tráfico de armas, porque es obvio que usted es un eslabón, seguro que importante, pero solo un eslabón. Tenemos que desarticular la red.

—¡No!

—¡Sí! Usted sabe que sí. No tiene elección. O nos ayuda a desarticular toda la red o ellos le matarán a usted y seguramente a todos los suyos. Ya sabe cómo se las gastan esas mafias…

—¡Nooo!

—Aquí terminamos el interrogatorio. Vaya pensando cómo ayudarme a detener a Olamilekan, a sus otros clientes y a la red.

George ordenó que se llevaran a Mummunan y pasó a la sala donde estaba Airam para ver cómo había vivido el interrogatorio. Ella lo recibió con aplausos en cuanto entró por la puerta.

—¡Muy bien, jefe! He disfrutado con tu interrogatorio. Siempre me haces disfrutar —dijo con una sonrisa pícara.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba. Han mordido el anzuelo al hacer creer a cada uno que el otro había hablado y someterlos a presión. Pero lo que ha aflojado la lengua de Mummunan ha sido tu sugerencia de amenazar con hablar con su familia de Amaghị. Y una vez ha empezado a hablar la cosa ha sido más fácil.

—Ahora tienes que conseguir detener a Olamilekan.

—Eso sería genial. Me convertiría en el policía más envidiado. Tantos

años con toda la policía buscándole y sin éxito… Hay que trabajarse a Mummunan para que nos lleve hasta Olamilekan y hasta los otros nueve. Creo que lo tenemos a punto.

—¿Y de los cuatro que intentaron matarnos en la persecución?

—Los cuatro que atentaron contra Doyo y contra ti caerán enseguida, porque, por lo que ha cantado, deben de ser mercenarios de poca monta y seguro que no andarán muy lejos. Ya verás como en unos días están entre rejas.

—¡Qué bien se me queda el cuerpo con lo que me dices!

—Pero hay una cosa en la declaración de Mummunan que no he entendido —dijo George preocupado.

—Ya me imagino a qué te refieres —contestó Airam—: a lo de que Doyo y yo estábamos hablando de armas cuando llegó Chinua. A mí también me ha sorprendido. He estado recordando la conversación que mantuvimos en el consulado y no caigo en qué pudimos decir para que Chinua interpretara eso. Hablamos de bromas sobre una cantante que se llama Chenoa, sobre lo que Doyo y yo habíamos cambiado, sobre el poblado que tiene una lengua para hombres y otra para mujeres… Espera, ya me acuerdo. Al final, cuando estaban entrando el cónsul y Chinua, Doyo me dijo que era una mujer de armas tomar… lo recuerdo porque me imaginé como Rambo en el primer cartel de la película…

—¡Pues eso fue! Chinua oyó la palabra «armas» y, como sabía que buscabais una mano como la del traficante y erais periodistas, le entró miedo. Además, pudo pensar que sospechabais que el consulado tenía algo que ver con el tráfico de armas porque habíais ido allí a preguntar.

—Menuda sarta de coincidencias. Llegan a la conclusión que nos tienen que matar basándose en falacias. Ni éramos periodistas, ni estábamos interesados en el tráfico de armas, ni pensábamos que el consulado tuviera algo que ver en ello, ni buscábamos a Mummunan…

—Es la ley de Murphy.

Volvieron a casa del comisario. Hablaron, bebieron, cenaron, rieron, disfrutaron y se fueron a la *kingsize*. Esa noche George empezó a besar

el cuerpo desnudo de Airam de arriba abajo, como si estuviera haciéndole un pijama de besos. Bajaba y subía por uno y otro muslo rozando su sexo con las mejillas, haciendo que el deseo de Airam se desbordara, hasta que posó los labios en él. Estaba enorme, caliente y húmedo, muy húmedo. Airam sintió cómo un tsunami de placer le inundaba el cuerpo. La boca de George le hacía gozar y ella, desparramada en la cama, se abandonó a su lengua. Mantenía una lucha interna entre que siguiera lamiendo o que la penetrara ya. Al final, la capitana tomó la iniciativa y acabó como más le apetecía en ese momento: ella sentada sobre él, dándole la espalda, sintiendo una ola de placer con cada vaivén sobre George. Y finalizó con megaorgasmo, por supuesto.

Cuando recuperaron el aliento, abrazados, Airam describió lo que había sentido.

—George, esa lengua revoltosa que tienes es una pasada. Obra maravillas.

—Me alegro de que lo sientas así. ¿Cómo se llaman en latín esos besos que te he dado? Porque nada tienen que ver con los ósculos, los *basia* y los *savium* que me enseñaste… Seguro que los romanos les darían un nombre concreto.

—Esos besos no sé si tienen nombre, pero lo que has hecho lo llamaban *cunnilingus*, que significa «con la lengua». Si los romanos distinguían entre ósculos, *basia* y *savium*, ¡cómo no iban a hacerlo con estos tan especiales, tan íntimos y excitantes que se dan entre labios tan distintos! Seguramente tendrán nombre, aunque no lo conozco. Preguntaré a algún entendido en lenguas muertas para ver si existe un nombre romano para esos besos y ya te diré si lo averiguo. Aunque sería paradójico que una lengua muerta, porque ya no se usa, haya dado nombre a lo que hace una lengua tan viva como la tuya. Has conseguido que mi clítoris alucine.

—O sea, que tienes un clítoris alucinante, tú misma lo reconoces —bromeó George.

—En serio. Qué diferencia con los que se amorran y solo saben lamer a lo bestia, con una falta de delicadeza que a veces hasta duele. Alguna

amiga mía teme el sexo oral porque dice que está harta de que le den chupetones que la dejan seca.

George se rio y le contestó que ella con su boca también sabía hacer maravillas. Se quedaron abrazados sin hablar, mezclando sus sudores, disfrutando de esa conexión corporal, del latido de sus cuerpos, de rememorar lo que estaban viviendo juntos. Al cabo de un rato Airam retomó la conversación.

—Mañana tengo que volver a Calabar porque, si todo va bien, pasado mañana emprenderé temprano el camino para encontrarme con Doyo y Nkuku. Tengo muchas ganas de verlos. La incertidumbre de no saber qué está pasando es desesperante. Menos mal que estoy bien entretenida contigo y con los interrogatorios porque, si no, no pararía de darle vueltas a cómo estarán.

—Sé que tienes que volver y me gustaría acompañarte, pero no puedo. Te esperaré. Como antes de irte seguro que pasas por Lagos, volveremos a vernos, ¿verdad?

—¡Claro, George! Además, tienes que contarme cómo acaban tus pesquisas con los bandidos y los mercenarios asesinos.

Esa noche durmieron plácidamente y por la mañana George tuvo que irse pronto a comisaría. Se levantó sin hacer ruido para no despertar a Airam, le dio un beso en la mejilla y le dejó una nota cariñosa sobre la mesilla.

Ella siguió durmiendo hasta que le sonó el despertador del móvil. Esbozó una sonrisa al abrir los ojos y leer la misiva de George. Se levantó a desayunar y esperó hasta que pasó a recogerla un policía enviado para trasladarla al aeropuerto.

40

Descubriendo el secreto de Alika

Airam llegó a las doce al aeropuerto Murtala Muhammed, tras superar el caos circulatorio de Lagos y un atasco monumental. Afortunadamente su costumbre de llegar con tiempo a los sitios hizo que saliera a las nueve de casa de George porque, si hubiese salido a las diez, en principio tiempo más que suficiente, habría perdido el avión. Mientras estaba en la sala de embarque recibió un wasap. Era de Cele.

> Airam, estoy avergonzado de lo que dije. Sé que esto ha sido la gota que ha colmado el vaso, que lo nuestro hacía aguas desde hace demasiado. Así que, tras darle muchas vueltas estos días, está claro que lo mejor es aceptar que lo nuestro se ha acabado. He recogido todas las cosas de casa, he dejado mis llaves en el buzón y he firmado los papeles del divorcio. Ya se lo diremos a las niñas cuando lo consideres oportuno. A partir de ahora te prometo que estaré más pendiente de ellas. Espero que un día puedas perdonarme y podamos vernos para hablar como amigos. Que seas muy feliz, te lo mereces. Eres una gran mujer, a pesar de lo que diga un gilipollas como yo en un momento de enajenación.

Airam leyó el mensaje sin experimentar tristeza; al contrario, lo recibió con una sonrisa. Su vida había roto amarras con la de Cele y se sentía feliz por ello. Valoró si contestar al mensaje y llegó a la conclusión de que era mejor no hacerlo. Ya le diría lo que quisiera cuando ella quisiese.

Embarcó en el avión hacia Calabar. A lo largo del vuelo volvió a ver el territorio tapizado de verde y atravesado por multitud de ríos. Pensó que en uno de ellos estaría la paradisíaca laguna donde se bañaban y, cerca, se encontraría Amaghị. Cuando salió del aeropuerto estaba esperándola Okwonkwo, con el Mercedes impoluto.

—La echaba de menos, señora Airam.

—OK, no me llames «señora». Con Airam basta, por favor. Después de la experiencia con los aborígenes, nos conocemos muy a fondo como para ir con esos remilgos… ¿No te parece?

—No me recuerde eso, que me da vergüenza…

Airam llegó a la pensión y dedicó el resto del día a registrar todas las novedades en su diario. Se durmió con la emoción de volver a ver a Nkuku y a Doyo en unas horas. Se dijo a sí misma que el hecho de que no hubiera sabido nada de Doyo al llegar a Akamkpa era la mejor noticia. Significaba que todo había ido bien, como pronosticó Nkuku.

A la mañana siguiente se despertó antes de que amaneciera y salió al porche sintiéndose feliz. Echaba de menos los diez cañones de la terraza de su casa con los que explotaba de alegría recitando su adaptación de la *Canción del Pirata* y fingiendo que los disparaba. Tras desayunar, subió en el coche con Okwonkwo dispuesta a recuperar la encantadora rutina interrumpida por el ataque de la mamba negra. Al llegar al inicio del sendero, Okwonkwo insistió en acompañarla. Después de la experiencia con los aborígenes, no quería dejarla sola. A Airam le pareció bien. Ya había asumido que el peligro podía acechar en cualquier parte y mejor ir acompañada por si se presentaba. Le obligó a meterse los pantalones por dentro de las botas y emprendieron el camino. Llegaron al claro del bosque casi una hora antes de lo habitual.

A medida que iba pasando el tiempo y se hacía más tarde de lo que esperaba, Airam se decía a sí misma que no pasaba nada si no aparecían ese día; que podía ser que Nkuku necesitara algún día más para recuperarse. Si no aparecían, ella volvería al día siguiente, y al

siguiente, y al siguiente… Así seguiría hasta que coincidiera con Nkuku y con Doyo. Tenía claro que más valía no saber nada de los dos, lo que significaba que Nkuku continuaba viva, que ver aparecer a Doyo en solitario por la pensión. Okwonkwo, entretanto, disfrutaba con la vista de la naturaleza que le rodeaba. Él y la capitana estuvieron hablando de diversas cosas hasta que vieron aparecer a Nkuku y a Doyo en el claro.

—¡Hola, Nkuku! ¡Estás bien! Doyo, ¡qué alegría! —exclamó Airam saltando a sus brazos.

Tras soltar a Doyo, se fundió en un abrazo con Nkuku mientras se la comía a besos. Después acabaron los cuatro abrazados. Era un momento sumamente emocionante, tanto que a los cuatro se les saltaron las lágrimas.

—Contad cómo os ha ido —urgió Airam—. Veo que Nkuku está más delgada, y eso que no le sobraba ni un gramo. Y tú, Doyo, ¿cómo te han tratado en el poblado?

—Airam —contestó Nkuku—, con Doyo he estado en las mejores manos del mundo. Se ha portado fenomenal conmigo. Mis niñas están encantadas con él; no querían soltarlo. Estoy por dejarme morder por otra mamba para que vuelva a cuidarme —bromeó.

—Para mí ha sido una experiencia inolvidable —confesó Doyo—. He ido cogiendo notas de todo lo que veía. Y Nkuku es una paciente muy paciente. Es una paciente fenomenal. —No se resistió a soltar esa palabra, aunque Nkuku se le hubiera adelantado—. Se ha dejado hacer de todo.

—De todo no, Doyo, que estaba enferma… —bromeó Nkuku con picardía—. Airam, tienes que saber que Doyo ha salido todos los días a por agua fresca para mí, para bajarme la calentura. Los hombres del poblado lo miraban como pensando que era un mal ejemplo para ellos. Decían: «¿Qué hace un hombre trayendo agua?». La lástima es que, como ya estoy bien, Doyo tiene que dejar Amaghị. Ahora que me estaba acostumbrando a ver a este blanquito a mi alrededor… ¿Sabes que ponías una nota de color? —dijo mirando dulcemente a Doyo mientras se reía, con esa risa suya tan espectacular y contagiosa.

Al cabo de unos segundos, estaban riéndose los cuatro.

—Bueno, vamos a seguir con lo nuestro, ¿no? —propuso Nkuku.

—Sí, por favor, sigue donde nos quedamos cuando apareció la mamba —respondió Airam.

—Tras el encuentro de Alika con el hechicero, ella tenía que contar a Folami lo que había visto. Cuando volvió a Amaghị se fueron juntos por el sendero hasta la laguna y allí, sentados en una roca junto a la orilla, mi amiga le relató cómo el hechicero había pedido sus muertes a Ekwensu, nuestro diablo. Folami soltó un proverbio: no puedes esconder el humo si encendiste fuego. «Le pillaremos», aseguró. Se indignó mucho por lo que acababa de oír. Nunca le había caído bien el hechicero, pero, después de conocer su maldad, le aseguró a Alika que haría algo con él cuando llegara a ser jefe del poblado. Alika le recordó que también había prometido hacer otras cosas: «Me dijiste que cuando mandes tú nos dejarías ir a un hospital». «Sí; cambiaré muchas cosas. También permitiré que llegue el agua a Amaghị sin tener que ir a buscarla. Hay que hacer la vida más fácil a la gente», le respondió Folami.

»Alika, al verle tan abierto en sus sentimientos, le preguntó: “¿Qué piensas de la ablación? Como futuro jefe ¿la permitirías?”.

»Y la respuesta de Folami no pudo ser mejor —continuó Nkuku—; le dijo a Alika: “Siento que tuvieras que pasar por eso. Me parece terrible que os mutilen como lo hacen. Mi madre, que jamás había dicho nada sobre el tema para no enfadar a mi padre, me hizo prometer antes de morir que haría todo lo posible para evitarla cuando fuese jefe del poblado. ¡Cuánto dolor y cuánto sufrimiento para nada! Bueno, para algo, para que no tengáis placer sexual. Cuando sea jefe, haremos todo el ritual igual menos el momento de la mutilación. Es una forma de conservar la tradición eliminando esa barbaridad. Lamento que el día nunca retroceda de nuevo, como dice el proverbio, y que por tanto tu ablación no se pueda reparar”.

»Alika rompió a llorar de alegría y besó a Folami, según me contó. Entonces vio el momento de revelarle su secreto: “Tengo una buena noticia: no me hicieron la ablación. La simulamos, pero no me la

hicieron”, le dijo. Folami preguntó, tan sorprendido como contento, «¿Cómo es posible?», y ella le explicó lo que os comenté el otro día. Alika le confesó a Folami: “Todo había ido bien hasta que te conocí y me enamoré de ti. Desde entonces he tenido miedo de que tu reacción fuese otra y todo acabara mal, de que acabara perdiéndote, acabara mutilada y acabáramos castigadas mi madre y yo”.

»Folami tuvo la mejor respuesta que se podía imaginar: “Ya has visto que no ha sido así, amor mío. Cuando sea jefe del poblado, y tú mi mujer, acabaremos con la ablación, las mujeres ya no tendrán que ir a por agua porque llegará al poblado, la escuela no tendrá censura, recurriremos a los médicos cuando haga falta y al hechicero lo mandaremos a bregar con lo que sea, aunque no sé si sabrá hacerlo, porque no ha trabajado en su vida. Ha vivido del cuento de sus hechizos”.

»Folami y Alika se comieron a besos, retozaron y se bañaron desnudos en la laguna —relató Nkuku—. Alika me contó al día siguiente que fue el día más feliz de su vida. Hicieron el amor dos veces en ese lugar paradisiaco, aunque sabían que no debían hacerlo hasta estar casados… ¡Uy! Tengo que dejaros por hoy, vuelvo al poblado. Doyo, te voy a echar mucho de menos tras todos estos días juntos.

—Yo también, Nkuku. Menos mal que nos seguiremos viendo aquí durante días. Por una parte, quiero saber qué ha pasado con tus amigas, pero por otra quisiera que la historia que nos cuentas cada día no acabara nunca.

Doyo y Nkuku se despidieron efusivamente. Después, Airam y Doyo se pararon en la laguna para tomar el placentero baño del que hacía días que no disfrutaban. Esta vez estuvieron acompañados por Okwonkwo, que se quedó en la orilla mirando cómo se tiraban los dos al agua.

—Ven con nosotros, OK —pidió Airam.

—Báñate, que el agua te sentará genial —añadió Doyo.

—No insistáis. No tengo traje de baño y me da vergüenza bañarme en ropa interior.

—¿Vergüenza después de todo lo que hemos vivido, OK? —preguntó la capitana—. Pero si ante los salvajes que querían sacrificarnos me viste hasta…

—No sigas, que me da más vergüenza —interrumpió Okwonkwo sin dejar que Airam acabara la frase—. No puedo bañarme, porque… porque no sé nadar. Ya está, ya lo he dicho. No sé nadar.

—Bueno, OK, tú te lo pierdes —concluyó la capitana.

Okwonkwo miró atentamente el entorno de la laguna, sobre cuya cascada en ese momento incidía la luz del sol, provocando el nacimiento de un arcoíris. Nunca había contemplado algo así. Oía los chillidos de los chimpancés, los gorjeos de los pájaros y el sonido de la cascada. Veía a Airam y a Doyo felices en el agua, y se prometió a sí mismo que un día aprendería a nadar.

Al salir del agua se tumbaron al sol y Doyo preguntó a Airam:

—Estoy pensando en lo que le has comentado antes a Okwonkwo, ¿has dicho que unos salvajes querían sacrificaros?

—Sí —contestó Airam—. Esa es una de las cosas que han pasado estos días mientras estabas de enfermero de Nkuku. Al volver al coche, el día de la mamba, encontré a Okwonkwo rodeado de aborígenes. Con ellos estaba aquel tipo siniestro amigo de Chinua, cuya identidad ya ha averiguado George. Se llama Mummunan. Nos secuestraron y en su poblado estuvimos a punto de ser sacrificados como ofrenda a sus dioses. No te puedes imaginar quién nos salvó en ese remoto lugar.

—Supongo que George; ya que me dijiste que estaba tras la pista de… ¿Mummunan, has dicho que se llama?

—Sí, Mummunan. Pero no fue George, que sigue en Lagos; nos salvó tu Mulukú —dijo al tiempo que se sacaba el amuleto de entre los pechos—. Al verlo, cuando me rompieron la ropa para pintarme el torso, se pusieron a alabar a Woka, que he aprendido que es otro nombre para Mulukú, y pusieron fin al sacrificio. Teníais razón tú y George cuando me decíais que hay que creer en algunas cosas, aunque no les encontremos explicación por el momento.

—¡Menuda experiencia! Otra vez estás al borde de la muerte y no estoy a tu lado… —lamentó Doyo.

—Sí, se ve que no me conviene separarme de ti —contestó Airam sonriendo e intentando quitar dramatismo—. Pero míralo desde otro punto de vista, ya hemos empatado: dos veces al borde de la muerte sin ti a mi lado y otras dos junto a ti… y una de ellas tan juntos que aún me duelen los coscorrones en el asiento del coche tras la persecución.

—Pero la persecución fue un intento de secuestro…

—No, Doyo; fue un intento de asesinato. Es que tengo que ponerte al día de muchas novedades…

Airam le describió a Doyo los interrogatorios que hizo George. Le desveló el contubernio de Chinua con Mummunan y la relación de este con Olamilekan. Y le reveló la razón por la que habían querido asesinarles tres veces.

—Así que, ya ves, el interrogante quince lo tenemos resuelto. —Cogió su lista y lo tachó—. Querían matarnos por un desafortunado malentendido. Creían que buscábamos a Mummunan, que es traficante de armas, para hacer un reportaje periodístico y descubrir al mundo su actividad delictiva.

—Los malentendidos son consustanciales a la comunicación, son fuente de incontables riñas, desacuerdos, sentimientos heridos… Pero me cuesta aceptar que alguien pudiera morir como consecuencia de un malentendido.

—Lo mejor del interrogatorio ha sido descubrir que estaban implicados en tráfico de armas y no en trata de personas. No te puedes imaginar la alegría que sentí al saber que las cinco chicas no eran ébano vivo.

—A mí esa noticia también me quita un gran peso de encima —aseguró Doyo—. Me alegro de haberme equivocado al pensar que probablemente hubiesen acabado en las mafias de la prostitución. Parece que podemos descartar que hubiera relación entre las cinco chicas y esos tipos.

—Me alegro, porque son despreciables —replicó Airam.

—Sí, pero…

Doyo se quedó pensando ante la atónita mirada de la capitana.

—Pero ¿qué?

—El que no tengan relación con ellos puede habernos llevado a un equívoco.

—No te entiendo…

—Podrían ser ébano vivo en manos de otra mafia.

—Tienes razón. No podemos descartar esa posibilidad.

Airam giró la cabeza y miró al cielo. Estuvieron en silencio durante unos minutos sintiendo el calor del sol en sus cuerpos y oyendo los relajantes sonidos de la laguna.

—Bueno, Doyo, hablando de otra cosa, ¿conoces el dicho de santa Rita, Rita, Rita, lo que se da no se quita?

—¡Claro!

—Pues despídete de tu Mulukú, porque me lo quedo. Quiero que me siga protegiendo toda la vida.

—Fuiste tú quien dijo «lo acepto solo temporalmente»; yo te lo di para siempre. Me alegra que hayas cambiado de opinión.

Cuando llegaron a la pensión, ambos se fueron a sus respectivas habitaciones a escribir. Tenían mucho que poner al día. Al cabo de unas horas la capitana, cansada ya de estar sentada, llamó a la puerta de Doyo para invitarle a dar una vuelta por Akamkpa. Salieron al porche cuando el sol estaba cayendo y comenzaron a caminar mientras hablaban.

—Echaba de menos estos atardeceres junto a ti, Doyo.

—Y yo.

—Tú no sé si me habrás echado de menos teniendo a Nkuku tan cerca. He visto cómo la miras y cómo ha crecido vuestra complicidad durante los días que has estado en el poblado junto a ella. Es una gran mujer, ¿verdad?

—Sí que lo es. He estado muy a gusto junto a ella, y sus mellizas me parecen encantadoras. Te confieso que me recuerda tanto a mi enfermera…

—Por la foto que vi en tu ordenador, es tan guapa como ella y tiene una edad parecida. Bueno, es algo más joven. Pero tú ahora tienes casi

veinte años más. ¿No estarás pensando en…?

—No pienso nada —la interrumpió Doyo—. No quiero hacerme ilusiones. Pero también te digo que el que yo sea bastante más mayor no me importa. Nkuku es mucho más madura que las chicas de su edad en nuestro mundo. El tiempo dirá lo que pasará.

Airam captó que Doyo no quería seguir hablando del tema, así que optó por un silencio cómplice y después cambió de tema de conversación.

—Cuéntame lo que has visto en el poblado.

Doyo se llevó la mano al bolsillo para sacarse el móvil y le contó que había hecho cientos de fotos de su estancia en Amaghị. Para no quedarse sin batería, había tenido la previsión de apagarlo y encenderlo cuando deseaba fotografiar algo. Se pararon en una esquina y Airam fue pasando una a una las imágenes.

—En cuanto lleguemos a Calabar y tengamos cobertura, te las enviaré para que tengas una copia.

—Gracias, me encantará tenerlas. Son un recuerdo precioso.

—Lo que más me ha llamado la atención es que en el poblado son pobres, pero no existe la miseria que hemos visto en Lagos o Calabar. La gente de Amaghị cuenta con lo justo para vivir: no pasan hambre y no tienen que pedir nada a nadie. Tienen una casa donde dormir, tienen la escasa ropa que necesitan, se ayudan los unos a los otros… Es una vida dura, porque deben hacerlo todo ellos, pero es una vida digna. Sin embargo, hay multitud de gente que deja sitios similares para irse a grandes ciudades en busca de un porvenir que no les llega nunca. Pasan de la pobreza a la miseria; a que hasta los niños tengan que pedir por las calles; a no poder lavarse cuando quieran; a comer de caridad, si comen; a dormir bajo un puente o, los más afortunados, en chabolas.

—Y en las ciudades suceden cosas como que existen ángeles de la muerte, el barrio de Makoko o los niños abandonados que vimos en Calabar —apostilló Airam—. Nada de eso pasa en el poblado, ¿verdad?

—Así es. No sabía que conocieras lo de Makoko —se sorprendió Doyo—, veo que vas aprendiendo mucho de este país. Ese es otro ejemplo de lo que no debería pasar. Nigeria tuvo que trasladar la

capital de Lagos a Abuya para atajar el crecimiento desaforado que sufría. Llegó a crecer tres mil habitantes al día por el efecto llamada, y muchos acababan en lugares como Makoko.

—Hay algo peor que escapar de la pobreza y acabar en la miseria. Mira lo que les pasó a Alika y a sus amigas o lo que les pasa a muchos migrantes que se dejan la vida en el mar, aunque quizá la mayoría escapen de la miseria, no de la pobreza…

—Tienes razón. Demasiadas personas se juegan la vida para salir del fondo del pozo. Nadie tendría que verse obligado a ello. La igualdad de oportunidades se ha conseguido en los países occidentales, con la educación como ascensor social, pero en el resto no solo no existe, es que ni se la espera.

Cuando enfilaron la calle en la que se encontraba la pensión, ya casi sin luz, Airam hizo una pregunta que le inquietaba:

—¿Crees que pasó algo porque Alika y Folami tuvieran relaciones antes de casarse? El segundo día que estuvimos con Nkuku en el claro, nos contó que podían darles cincuenta latigazos, tanto a él como a ella, delante de todo el poblado. Es más, nos dijo que después de los latigazos, si sus familias no consentían en que se casaran, quedaban marcados para los demás y tendrían difícil casamiento.

—Ya sabemos que el padre de Folami no quiere que se case con Alika y por tanto podrían estar destinados a recibir los latigazos y quedar marcados. Además, que la encontraras sin su amado no augura nada bueno. Esperemos que no se descubra que mantuvieron relaciones o que el destino se saque un conejo de la chistera para evitar las consecuencias.

—¿Qué conejo se va a sacar? ¡Qué cosas tienes!

—Igual que suceden cosas negativas inesperadas, como el malentendido de Chinua que a punto ha estado de costarte la vida en tres ocasiones, también pueden suceder cosas positivas inesperadas. ¿No te parece?

—¡Ojalá tengas razón!

Entraron en la pensión, cenaron algo de fruta y se fueron a dormir.

41

El jefe del poblado

Por la mañana temprano, Doyo y Airam se despertaron con la alegría de que la relación entre Alika y Folami parecía haber dado un paso importante. Alika se liberaba, al fin, del temor a que Folami descubriese que no le habían practicado la ablación, aunque se le acrecentaba el del castigo si su padre descubría que habían mantenido relaciones sexuales. Era un día lluvioso, pero eso no iba a amedrentarles. Se equiparon con unos ponchos impermeables que les dejó la dueña de la pensión, con unos gorros y con las botas que se compraron en Calabar, que afortunadamente eran aptas para soportar aguaceros. Cuando llegaron al claro del bosque, esperaron un buen rato sin que Nkuku apareciera.

—Me temo que Nkuku hoy no vendrá —aventuró Airam—. Recuerda lo que nos comentó cuando nos habló de su parto: no fue a por agua los dos días siguientes porque llovía mucho y tenían de sobra.

—Quizá sea así. Ella no tiene impermeable ni paraguas, y con la lluvia quizá puedan recoger agua en las tinajas sin necesidad de venir a buscarla. Pero vamos a esperar un poco más, ¿te parece?

—Por mí todo lo que quieras. Si no viene hoy, volveremos mañana. La lástima es que me muero de ganas de saber lo que pasó después de que esa parejita hiciera el amor y al parecer tendremos que esperar un día más para conocerlo.

Al cabo de una media hora, oyeron la llegada de Nkuku, que les

alegró el día gris:

—*Ezi* ụtụtụ, Nkuku —saludó Airam—. Pero si estás empapada… ¿Por qué has venido? Ya nos habríamos visto mañana…

—Tengo ganas de veros y de contaros algo más. He tenido que vaciar mis vasijas de agua, sin que nadie se diera cuenta —dijo sonriéndose—, para justificar que con la lluvia no habría bastante y tenía que venir a por más.

—¡Qué grande eres! Eres increíble. Te comería a besos —añadió Doyo.

—¿Así, empapada como estoy? ¿Tienes sed? Si es así, por mí puedes empezar —contestó Nkuku ofreciéndole la mejilla.

Airam sacó las toallas que llevaban en las mochilas para que Nkuku se secara un poco y se protegiera la cabeza de la lluvia. Ella no quiso aceptarlas, porque le daba igual, ya que estaba acostumbrada a mojarse. Decía que la lluvia era buena para el cuerpo. Al final cedió para que Airam se quedara tranquila.

—Bueno, parejita —dijo Airam—, que no hemos venido a beber mejillas, sino a hablar. Que empiece Nkuku o se acabará el tiempo y se habrá empapado para nada.

—Voy a ello. Cuando Alika y Folami volvieron al poblado, llenos de felicidad, se encontraron con una noticia inesperada: la enfermedad del padre de Folami se había agravado. Estaba en la cama inconsciente, con el hechicero invocando a dioses y a ancestros. No paraba de hablar.

—Tendrías que oírlo, Airam —intervino Doyo—; padece logorrea cuando interviene para curar. Suelta ráfagas de palabras a toda velocidad. Deja a la altura del betún a mi amigo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo que conocimos en Lagos.

—Sí, pero esta vez te aseguro que era mucho más que cuando me lanzó a mí los hechizos.

—Por muchas palabras que dijera, no servirían para nada —puntualizó Doyo—. Como me dijiste cuando estabas convaleciente, muchas palabras no llenan un cesto. Y aunque es cierto que no llenan cestos, pueden llenar ánimos. Sin embargo, sus palabras, con su

insoportable levedad, no aportan ni un gramo de ánimo. Bueno, a mí sí que me llenan a rebosar uno: el de taparle la boca.

Nkuku rompió a reír y encendió la mecha de la risa de sus dos amigos.

—Perdonad —se disculpó Nkuku—, es que me estoy imaginando al hechicero con la boca tapada. Sería estupendo, pero le reventaría el pecho —bromeó—. Me lo imagino explotando… ¡pum!… y salpicando de palabras el poblado.

Airam se desternilló mientras Doyo quedaba abducido por la frescura de sus palabras.

—Yo no sé de qué me río, porque no conozco al hechicero —apuntó Airam.

—Hablando en serio —dijo Doyo—, el hechicero estaría histérico pensando en que si moría el padre de Folami perdería poder. Conociendo a Folami, sabía que se le acabaría el chollo. Y encima tendría a su odiada Alika como jefa consorte.

—Así es —respondió Nkuku—. Folami se abrazó a su padre nada más llegar y el hechicero le mandó a por unas hierbas para hacer un conjuro. Son hierbas que están en la parte más alta del parque; muy muy lejos del poblado. Folami se fue corriendo, o más bien debería decir volando, porque volvió mucho antes de lo que esperábamos. Entró agotado en el poblado. Sin embargo, de nada le sirvió; su padre ya había fallecido. La tristeza de Folami fue aún mayor cuando se enteró de que recobró el conocimiento momentos antes de morir. Preguntó por su hijo, y él no estuvo allí para despedirse, para decirle unas palabras o escuchar las últimas que pronunció su padre.

—Pobre Folami — se lamentó Airam—. Pero en el fondo de esa tristeza yacía algo positivo: con la muerte desaparecía el impedimento para casarse, ¿no es así?

—Sí, así es. En cuanto se supo del fallecimiento del padre, todos saludaron a Folami como nuevo jefe del poblado. Era hijo único. Era el único heredero. Folami advirtió la mirada de rabia contenida del hechicero mientras escuchaba los saludos. Nuevamente sus ojos escupían odio a raudales mientras que su boca permanecía cerrada,

porque, por mucho que le doliera, no podía hacer nada para impedirlo. En ese momento Folami, como confesó después a Alika, tenía sensaciones contrarias: por una parte, había perdido a su padre sin poder despedirse de él, y eso le apenaba mucho, pero, por otra, esa muerte abría la puerta a su felicidad junto a Alika.

—Entiendo lo que dices. Lamenta la muerte de su padre, pero a la vez se alegra por Alika y se siente mal por experimentar esa alegría —apuntó Airam—. Pena, alegría y pena por la alegría. Estaba en medio de dos fuerzas emocionales que estiran del alma en sentidos opuestos y que pueden llegar a desgarrarla. Pero, aunque fuesen dos penas y una alegría, en este caso seguro que ganaría la alegría. Como dice un precioso poema de Benedetti, hay que defender la alegría. Yo apuesto siempre por ella.

—Ganarías la apuesta —continuó Nkuku—. Ese mismo día comenzó el rito funerario por el padre de Folami, que se prolongó casi tres días. Había sido el jefe y pasaba a ser un ancestro, una referencia para el poblado. Su funeral tenía que ser mucho más notable que los de los demás.

—Más notable… ¿en qué sentido? ¿Solo por la duración? —preguntó Airam.

—No, hay más —respondió Nkuku—. Se comunica a otros poblados ochie la noticia y muchos envían gente al funeral. El poblado en este caso se quedó pequeño. El rito funerario es similar al que os conté con el funeral de Opeyemi, pero se enriquece con bailes y música de otros poblados. Los que vienen de fuera hacen ofrendas al fallecido, que preside el funeral desde el sillón en el que se sienta su cadáver. Fueron unos días muy especiales; yo no había vivido nada así. Una vez enterrado el padre de Folami, se hizo el rito del nombramiento de nuevo jefe, que fue breve. En una mañana Folami asumió el mando tras juntar su sangre, producida por un corte, con la sangre de los jefes de otros poblados ochie. Ya era el nuevo jefe de Amaghị.

—Como dicen con las sucesiones monárquicas, muerto el rey, viva el rey —sentenció Doyo—. ¿Y cuál fue su primera decisión? ¿Le dijo algo al hechicero tras lo que le contó Alika? Formular conjuros para la

muerte de ambos era algo muy grave...

—No. Folami quería que su primera decisión fuese positiva. No tuvo que ver con el hechicero. Tuvo que ver con su vida personal y, por extensión, con el futuro del poblado. Anunció que se casaría con Alika en diez soles.

—¡Bien por Folami! —vitoreó Airam—. ¿Cómo se lo tomó la gente del poblado? Supongo que con mucha alegría, ¿no?

—No excesivamente. El hechicero llevaba tiempo contando mentiras sobre Alika a unos y a otros, y muchas de esas cosas se fueron creyendo. A eso había que añadir el desprestigio que sufrió mi amiga tras quedar en evidencia cuando aseguró que había hablado con Chukwu para salvar a Opeyemi.

—Pero Alika era una buena chica. Unas mentirijillas no podían crearle mala reputación así como así —dijo Airam.

—Ten en cuenta que las mentiras las decía el hechicero, que tiene gran autoridad, y que el jefe del poblado estaba en contra de Alika. Para mucha gente era fácil aceptarlas —aseguró Nkuku—. Como dice un proverbio, una mentira puede matar mil verdades.

—¡Cuánta razón tienes! Sigue contando lo que hizo Folami —reclamó Airam.

—Le pidió la mano a Ngozi y a Yeji, y ellos aceptaron encantados: su hija iba a casarse con el jefe del poblado. Todo era felicidad aquel día.

—¡Qué bien! ¡Qué alegría! —exclamó Airam muy contenta—. Alika y Folami se lo merecían, le pesara a quien le pesase. Después de todo lo sufrido, ya era hora de que les fueran bien las cosas. ¡Acertaste! —le dijo a Doyo—, el destino se ha sacado un conejo de la chistera. Era una de las dos posibles soluciones que dabas ayer para evitar que las relaciones íntimas de Alika y Folami tuvieran consecuencias nefastas. Este conejo, la muerte del padre de Folami, ha sido muy oportuno. Es triste que un padre tenga que morir para que su hijo sea feliz.

—Todo por no respetar que cada uno debe vivir su vida y tiene derecho a elegir la pareja que quiera —contestó Doyo.

—Continúa, Nkuku, por favor —pidió Airam—. Cuenta cómo fue la boda. Estoy tan ilusionada como si fuera a asistir a la de unos buenos

amigos.

—Siguiendo la costumbre de nuestro pueblo, Folami llevó la dote acordada a los padres de Alika. Era una buena dote. Dos cabras, dos sacos de grano y varias pieles de animales. Todo el poblado se esforzó para que la boda fuera el gran acontecimiento que debía ser. Eso suponía mucho trabajo: confeccionar atuendos para los novios, muy coloridos para reflejar la alegría del momento; ir de caza y pesca para conseguir piezas especiales para el festín de la boda; buscar fruta; adornar el poblado, y todo ello sin dejar las tareas cotidianas, porque, si no las hace la gente del poblado, nadie las hace por ellos: el agua no viene sola; hay que seguir cuidando los campos; hay que cortar la leña para los fuegos; los animales no pueden estar sin su comida…

—¿Y qué hacía el hechicero?

—El hechicero desapareció del poblado durante tres soles. No nos extrañó, porque de vez en cuando lo hacía; solía irse a Ugwu dị nsọ para hablar con Chukwu. Alika y yo pensamos que fue a hacer algunos de sus conjuros maléficos para impedir la boda, pero suponíamos que nuestro dios supremo no le haría caso, porque lo pedía con maldad por el odio que sentía.

—Sí, pero si no se podía aliar con Chukwu se aliaría con Ekwensu o con quien hiciera falta para impedir la boda —aventuró Doyo.

—Supongo que sí, aunque no lo consiguió. Al fin llegó el día del casamiento. Amaneció con un sol espléndido, no como hoy.

—¿Y cómo fue la ceremonia? —indagó Airam.

—La ceremonia empieza con la novia yendo hasta la puerta del novio acompañada por su séquito. En este caso el séquito éramos media docena de chicas: las otras cuatro que encontrasteis en el Mediterráneo más Olabisi y yo. Todas las amigas estábamos unidas en ese momento tan especial para Alika, pero también importante para el futuro del poblado. Todas compartíamos las ganas de cambio que nos transmitía Alika. Para nosotras no era solo una boda, era el principio de una nueva era en Amaghị. Opeyemi habría disfrutado ese momento si no hubiese sido por la maldita neumonía que se la llevó por delante.

—Cuenta cómo iba vestida la novia —pidió Airam con interés.

—La novia iba espectacular. Llevaba un fantástico turbante blanco de guelé, un paño típico de aquí, que le cubría el pelo y resaltaba su rostro; un caftán de colores llamativos que le cubría todo el cuerpo; varios collares, algunos que pertenecían a su familia y seis que le hicimos cada una de las amigas; y unas bonitas pulseras de huesos y maderas. Estaba radiante; era como un arcoíris en medio de Amaghị. El traje parecía una cascada de bonitos colores que envolvía la belleza de Alika. Hacía honor a su nombre.

—Me la estoy imaginando —dijo Doyo.

—Y yo. —Airam suspiró.

—Cuando Alika llegó a la puerta de la choza, Folami salió a recibirla —continuó Nkuku—. También estaba espectacular, todo de blanco.

—En nuestra tradición la que va de blanco es la novia —advirtió Airam.

—Aquí no tenemos un color para el novio. Folami lo eligió porque quiso. Él y Alika fueron juntos hasta el centro del poblado rodeados por sus familiares. La ceremonia empieza con ofrendas de todas las familias del poblado al padre de la novia.

—Es como una compensación porque pierde una trabajadora en la familia —apuntó Doyo.

—Tras las ofrendas empiezan las músicas, las danzas, la bebida y la comida…

—Y, por curiosidad, ¿quién les casa? —preguntó Airam—. ¿El hechicero?

—Aquí se casan ellos solos ante todos; o les casamos todos, no sé… Se prometen amor en una fiesta pública, para todos, que dura al menos un sol, y en este caso, en que se casaba el jefe del poblado, duraría más.

—Ya veo que aquí las ceremonias son a lo grande; nacimientos, bodas, paso a la edad adulta y funerales, todas son de al menos un día —recalcó Airam—. Sí que sabéis disfrutarlo…

—Esta boda, por desgracia, no duró tanto como preveíamos —anunció Nkuku con tono serio y bajando la vista al suelo.

—¿Qué pasó? —preguntó Airam—. Te has puesto triste.

—No es para menos. Cuando llevábamos varias horas de celebración,

llegaron a la fiesta, a caballo, una docena de hombres armados con fusiles. Nos rodearon y el ruido de los disparos invadió el poblado. La música y las danzas se pararon en seco. Folami, como jefe, se dirigió al que parecía cabecilla de la banda. «¿Qué queréis?», le preguntó; «Si queréis uniros a la fiesta sois bienvenidos. Dejad vuestros fusiles y disfrutad con nosotros», propuso con la mejor de sus intenciones. «Soy Olamilekan y no quiero saber nada de vuestra fiesta», respondió el bandido en un tono que helaba la sangre. Al oír el nombre Olamilekan —continuó Nkuku—, el silencio se extendió por Amaghị. Todos sabían lo que había hecho ese bárbaro en el poblado de Nala. Nala, que estaba junto a mí, entró en pánico. Se agarró fuerte de mi brazo mientras miraba a Olamilekan aterrada y se orinó encima del miedo que sentía. Al darme cuenta, la abracé. El mismo pánico que tenía le impidió pronunciar palabra, pero yo sabía lo que le pasaba: Olamilekan era sinónimo de devastación y crueldad.

»Folami, que era muy valiente, insistió: "¿Y qué has venido a hacer aquí, Olamilekan?". "He venido a ver qué me gusta de aquí", dijo él desmontando. "Ya te lo he ofrecido", contestó Folami. "Dejad los fusiles y disfrutad con nosotros de la comida, la bebida y la fiesta".

»Yo estaba aterrorizada —confesó Nkuku—. Olamilekan miró a los ojos a quienes tenía alrededor. Lo hizo uno a uno, despacio, tomándose su tiempo como si pretendiese que el miedo asaltara sus almas. La gente de Amaghị permanecía inmóvil y en silencio. El bandido preguntó: "¿Qué se celebra hoy aquí?". "Mi boda", anunció Folami. "¡La boda del jefe del poblado!", gritó una chica, como si quisiera amedrentar a Olamilekan. Los bandidos que le acompañaban descendieron también de sus caballos y comenzaron a andar entre la gente, fusiles en mano, apuntándoles con ellos.

»"Y supongo que la novia será aquella tan guapa que va tan arreglada…", vociferó Olamilekan señalando a Alika con el dedo. "Sí", contestó Folami. "Pero dejad ya de atemorizar a la gente. Decidnos qué queréis y os lo daremos. Dejadnos seguir con nuestra celebración". "Bien, jefecillo, pues ya que insistes te lo diré: ¡quiero todo lo que hay aquí!", espetó Olamilekan gritando y recorriendo el poblado con la

mirada. “¿Lo habéis oído”, insistió con aquel vozarrón: “¡Lo quiero todo!”.

Nkuku paró de hablar durante unos segundos ante los gestos de perplejidad de Doyo y Airam.

—Toma un poco de agua —le ofreció la capitana.

Tras beber unos sorbos continuó con el relato:

—Los fusiles de los doce bandidos escupieron fuego al cielo aplaudiendo con plomo las palabras de Olamilekan. «Pues yo no quiero que te lleves nada», contestó el valiente de Folami y le propuso «que lucharan entre los dos y se haría lo que quisiera el ganador».

»Folami improvisó esa propuesta porque él era fuerte —añadió Nkuku—. Veía a Olamilekan entrado en kilos y con más años que él, y no le parecía que pudiera ganarle sin su fusil. En respuesta se oyeron las carcajadas de Olamilekan y su banda; aquel salvaje cogió el fusil, lo levantó y disparó otra ráfaga ensordecedora.

—¡No, a Folami, no! —exclamó Airam.

—No fue a Folami, afortunadamente fue al aire. Una ráfaga al aire.

—Ufff, ¡menos mal! —respondió aliviada la capitana.

—Olamilekan se acercó a un palmo de Folami, que le sostenía la mirada, y lo cogió del pelo con la mano derecha, mientras sus secuaces lo apuntaban con varios fusiles. Le gritó a la cara: «¿Eres imbécil o te crees que lo soy yo? No voy a luchar contigo. He dicho que lo quiero todo y si queréis luchar lo haréis contra nuestros fusiles. ¿Entiendes, jefecillo?».

»Y de un empujón tiró a Folami al suelo, junto a la gran mesa donde estaban la comida y la bebida del banquete —prosiguió Nkuku—. A partir de ese momento dio rienda suelta a su barbarie. Repitió que lo quería todo y, señalando con el índice a Alika, dijo que empezaría por la novia. Alika echó a correr, pero apenas pudo dar unos pasos, porque se vio rodeada por tres hombres armados que la pararon inmediatamente. Olamilekan se acercó y la cogió del brazo con la intención de llevársela a la choza más cercana. Folami, que se había levantado, cogió un cuchillo de la mesa y se abalanzó sobre Olamilekan por la espalda, dispuesto a matarle. No consiguió alcanzarlo, los tiros

de varios bandidos le derribaron poco antes.

—¡Qué horror! —exclamó Airam con un nudo en la garganta—. No puede ser. No me digas que murió…

Nkuku no respondía, se ahogaba en un mar de lágrimas. Se sentó en el suelo y agachó la cabeza. Airam y Doyo se sentaron a su lado. Le acariciaban los brazos y el pelo por encima de la toalla que la envolvía; querían trasmitirle ánimo mientras compartían su pena. Cuando Nkuku se recompuso, continuó:

—Folami murió en el acto, casi a los pies de Alika, que se había girado al oír los disparos. Al verle desplomarse, ella se tiró sobre el cuerpo de su marido con un grito desgarrador.

—¿Y nadie de Amaghị hizo nada para parar aquello? —preguntó Doyo.

—Todos los bandidos apuntaban con sus fusiles a la gente —contestó Nkuku entre sollozos—. Los movían de un lado a otro con el dedo en el gatillo. Al mínimo intento de alguien por rebelarse, hubieran disparado a todos sin dudarlo. En esos segundos, en los que la tensión y el silencio ocuparon el poblado, Olamilekan miraba a todas partes y descuidó a Alika, que yacía sobre el cuerpo de Folami. Ella, enloquecida y rabiosa, cogió el cuchillo que llevaba Folami y se levantó rápidamente para clavárselo en el pecho a Olamilekan. Corrió hacia él empuñándolo, pero el bandido paró en seco el brazo de Alika con la mano izquierda y con la derecha le dio un gran bofetón en la cara con el que la tiró al suelo.

El nudo en la garganta de Nkuku ahogó sus palabras de nuevo y volvió a llorar con desconsuelo al recordar ese dramático momento.

—Se ha hecho muy tarde —alcanzó a decir cuando recuperó el aliento—, lo siento, me tengo que ir.

—Cálmate un poco y sigue, Nkuku, no puedes dejarnos así, tenemos que saber lo que pasó —pidió Airam.

—No puedo. No me sale la voz y, además, se ha hecho demasiado tarde —insistió—. Tengo que volver al poblado.

—Acaba, por favor —insistió Doyo.

—Como dice un proverbio, el río sigue su curso sin esperar al

sediento. He de seguir mi curso, ya lo sabéis. Hasta mañana —concluyó Nkuku entristecida, al tiempo que se levantaba y se despojaba de la toalla.

Las miradas de Airam y Doyo, inundadas de lágrimas, acompañaron a Nkuku, que se alejó gimiendo hasta que la perdieron de vista. Pasaron por la laguna, donde no se oía ni un susurro. Ese día hasta los chimpancés habían enmudecido. Tan solo sonaban las gotas de lluvia. Su ploc, ploc cayendo en el agua. Su toc-toc-toc cayendo sobre la vegetación. Parecía que la tristeza había invadido el paraje. Parecía que el cielo lloraba la desgracia de Folami y Alika. No les apeteció pararse, porque, tras lo que habían oído, no tenían ganas de bañarse bajo la lluvia ni tampoco tenían hambre para tomarse su pícnic. Enfilaron el sendero de regreso y anduvieron en silencio hasta que a mitad de camino decidieron resguardarse de la lluvia en una pequeña cueva mientras hacían tiempo hasta que Okwonkwo llegara al punto de encuentro. De nada les sirvió, porque no paró de llover y siguieron mojándose.

Subieron al coche empapados de pena y sin ganas de hablar. Okwonkwo rompió el silencio.

—Esa laguna, con la cascada al fondo, me parece un paraíso. Se respira paz. ¿Se han bañado hoy?

—Hoy no porque llueve —respondió Airam sin querer dar más explicaciones de lo que habían vivido—. Tienes razón, es un lugar paradisiaco, aunque tú habrás visto muchos parecidos. Aquí la naturaleza es exuberante.

—No. No había visto nada igual. Yo nací en Lagos y apenas he salido de allí; y cuando he ido a otro lugar, ha sido a otra ciudad. No conozco lo que los europeos llamáis «naturaleza africana».

—Daba por hecho que conocerías la belleza de la selva o la sabana, pero, ahora que lo dices, entiendo que no sea así. Es como si dan por hecho que yo he estado en los fiordos noruegos... —reconoció Airam.

—Ya te dije que es un continente de contrastes —intervino Doyo—.

Aquí encuentras tribus que viven como hace cientos de años y ciudades modernas con los mismos lujos y miserias que en Europa.

En la pensión Airam y Doyo se encerraron cada uno en su habitación a escribir sus cosas. Además, necesitaban soledad para digerir tanta tristeza. Al atardecer se sentaron en las mecedoras del porche. Durante un largo rato ninguno de los dos abrió la boca.

—¿Qué pasaría? —preguntó Airam al fin—. ¿Qué haría ese animal de Olamilekan?

—Nkuku dijo una frase que se me quedó grabada por su potencia descriptiva: Olamilekan regó con sangre el poblado de Nala. Si allí se llevaron a las mujeres, mataron a los hombres y quemaron el poblado… pues imagínate lo peor. Me temo que en Amaghị pasaría algo parecido. Le veo un futuro muy negro…

—¿Quieres decir que Olamilekan se llevaría a Alika y a sus amigas?

—Posiblemente a todas las mujeres…

—Pero Nkuku ha sobrevivido en el poblado —replicó Airam—. Y, además, si se las hubieran llevado, ¿cómo aparecieron Alika y sus cuatro amigas en el Mediterráneo?

—Ella, junto a otras mujeres, podría haber escapado antes de que la raptaran, como hizo en su día Nala, o también podría haber escapado de sus raptores como pasó en Chibok. Muchas de las mujeres secuestradas por Boko Haram lograron huir. O incluso pudieron liberarlas al cabo de unos días, como también sucedió en Chibok con algunas.

—No puede ser. El poblado de Nala fue arrasado, no quedó ni una choza en pie. Sin embargo, Amaghị sigue existiendo, los dos lo hemos visto con nuestros propios ojos…

—Bueno, es que no sabemos cuándo fue el ataque de Olamilekan, quizá haya dado tiempo más que suficiente para reconstruirlo.

—Pero Olamilekan entonces mató a todos menos a Nala, porque se escapó, y sin embargo hemos visto que en Amaghị viven más de ciento cincuenta personas, calculo. Esas vidas no se sustituyen en unos años.

—Tienes razón. Quizá se salvara un grupo, incluso un gran grupo, eso es desde luego lo que yo deseo. Mañana lo sabremos.

—Un gran grupo, no; se salvarían todos. No puedo esperar a mañana…

—No tenemos más remedio. Pero prepárate para lo peor, la cosa no pinta nada bien.

Esa noche apenas pudieron dormir. Pensaban, cada uno en su habitación, en todo lo que habían vivido Folami y Alika; en cómo habían luchado por su relación; en la ilusión que tenían por cambiar las cosas en Amaghị. Su historia no merecía acabar tan mal.

Airam imaginaba que si el destino le había premiado a ella varias veces, ¿por qué no iba a hacerlo con Alika? Quizá se sacara otro conejo de la chistera, como había ocurrido con la muerte del padre de Folami. La capitana estaba dispuesta a agarrarse a un clavo ardiendo, aunque fuese la hipótesis menos plausible, con tal de no considerar la posibilidad de que Olamilekan arrasara el poblado. Con su permanente positivismo, se negaba a pensar en las atrocidades que podría haber cometido Olamilekan en Amaghị.

42

La fuga

Esa noche parecía alargarse lo indecible para Airam y Doyo. Anhelaban el momento de ver a Nkuku, porque intuían que en el siguiente encuentro se desvelaría lo ocurrido con las cinco chicas. La inquietud convertía los segundos en eternos, y el sueño, en vigilia. Por fin amaneció.

—Si ayer el mal tiempo trajo malas noticias de Amaghị, ojalá hoy el buen día presagie buenas noticias —deseó Airam al ver el cielo, de un intenso azul.

Llegaron muy pronto al claro. En cuanto apareció Nkuku la urgieron a que siguiera contando lo que sucedió el día de la boda.

—No hemos pegado ojo. ¿Qué pasó? Dinos que el tirano de Olamilekan no acabó con la gente del poblado —reclamó ansiosamente Airam.

—Sigo contando porque sé que es necesario, pero me causa mucho dolor recordarlo. Esta noche yo tampoco he podido dormir, porque se me han revuelto las entrañas.

Nkuku se acercó al riachuelo; tenía la boca seca.

—Lo que os voy a contar es terrible —anunció con lágrimas en los ojos tras beber.

—Cálmate, Nkuku —pidió Doyo mientras la arropaba con el brazo derecho por encima de los hombros.

—Continúo. Tengo que hacerlo por más que me duela. La gente del

poblado estaba aterrada tras ver cómo los bandidos habían asesinado a Folami, y cómo Olamilekan descargó su ira con el bofetón que derribó a Alika. A continuación, la cogió del pelo y la levantó. Se la llevó a empujones dentro de una choza. Al cabo de unos segundos se oyeron los gritos de Alika mientras Olamilekan la forzaba. El muy cruel debía disfrutar con ellos, porque no intentó taparle la boca. Pareció que deseara que la oyéramos. La gente del poblado nos mirábamos unos a otros, inmóviles, impotentes, mientras nos caían las lágrimas y nos seguían apuntando los fusiles de sus hombres.

—Así que fue Olamilekan quien la violó —dijo Doyo.

—Quien la violó esa vez —respondió Nkuku—. Me dijisteis, el primer día que hablamos en este claro, cuando me enseñasteis las fotos, que a Alika la habían violado poco antes de que muriera. ¿Recordáis que lloré y no podía seguir?

—Sí, claro —aseguró Airam.

—Pues lloraba así porque me acordé de la violación de Olamilekan y me horrorizó pensar que había pasado por lo mismo una vez más.

—Pero ¿cómo es posible que nadie en el poblado pudiera hacer nada ante la barbarie de Olamilekan? —preguntó la capitana.

—No era posible, te lo aseguro, nos hubieran matado a todos. No responder como se merecían nos humillaba, pero hacerlo implicaba la muerte. Todos teníamos presente lo ocurrido en el poblado de Nala y los fusiles apuntándonos nos recordaban de lo que eran capaces. Sin embargo, lo peor es que la barbarie no quedó ahí. Cuando Olamilekan acabó de violar a Alika, ella se alejó de él todo lo que pudo, según nos contó después. Abandonó la cama y se agachó, desnuda, en un rincón de la choza. Se tapaba con las manos su sexo mientras miraba, rabiosa, empapada en lágrimas, al asesino de su marido. Temblaba de miedo mientras vomitaba por los ojos el odio que sentía. A Olamilekan le llamó la atención cómo se apretaba el sexo con las dos manos, como si escondiera un secreto. Así que, dispuesto a descubrirlo, la cogió de los pies, la arrastró hasta tumbarla en el suelo y le separó las piernas. Agachado entre ellas, le agarró con fuerza las manos y se las apartó. Humillándola aún más, se quedó mirándolo fijamente y descubrió que

no tenía hecha la ablación. Al forzarla lo hizo tan deprisa que ni se había fijado. Prefería disfrutar viendo el sufrimiento de su cara.

»La respuesta de Olamilekan fue terrible. Enganchó a Alika de los cabellos y la levantó mientras ella lloraba a mares; así la sacó de la choza; estaba de pie; la tenía agarrada del pelo por la coronilla y la mostraba desnuda ante todos: ante su banda, ante los asistentes a la boda y ante el cadáver de Folami. Olamilekan la tiró al suelo y le separó las piernas de nuevo. "¿Por qué esta mujer no tiene la ablación?", espetó señalando el sexo de Alika. "¡Miradlo todos!", vociferó.

»La gente del poblado no miraba ni al sexo de Alika ni a su cuerpo desnudo; preferían mirar al suelo; estaban avergonzados de no poder responder. Olamilekan insistió, esta vez soltando una brutal amenaza: "Os he ordenado que miréis este sexo intacto. A quien no lo haga le llenaremos el cuerpo de plomo".

»Entonces se oyeron los disparos de los fusiles que nos advertían de que la amenaza iba en serio. Con los ojos anegados de lágrimas, la gente del poblado no tuvo más remedio que mirar lo que no querían ver.

—¡Qué sadismo el de ese desgraciado! —exclamó Airam.

—Mientras decía eso —continuó Nkuku, que se arrodilló y bajó la cabeza—, dejó a Alika tirada en el suelo y dio unos pasos al frente dirigiendo su mirada amenazadora a la gente de Amaghị. Les buscaba los ojos, moviendo la cabeza de un lado a otro, recorriendo todas las caras. Quería asegurarse de que miraban lo que había ordenado. A uno que no le obedeció, porque la humillación no le dejaba alzar la vista de sus pies, se le acercó exigiendo que la dirigiera al sexo de Alika; cuando se negó, le pegó un tiro en la cabeza y el hombre cayó al suelo mientras el asesino gritaba: «¡Quien no quiera ver lo que ordeno no verá nada más en su vida!».

Airam no podía más con el relato. Arrodillada junto a Nkuku, la cogió de las manos, compartiendo sus lágrimas y su dolor.

—La madre de Alika… —Nkuku se calló un momento porque no le salían las palabras— Yeji aprovechó para arrojarse sobre su hija y

cubrirla como pudo con su cuerpo y parte de sus ropas. Olamilekan se dirigió a sus matones y les dijo que comprobaran si las otras mujeres del poblado tenían la ablación. Entonces comenzó un sucio registro. Uno de los bandidos cogió a la mujer que tenía más cerca y la tiró al suelo mientras otro la apuntaba con su fusil. Le quitó ropa para dejar su sexo al descubierto. En esos momentos el marido de la mujer se abalanzó sobre el tipo y cayó muerto de dos disparos. Era una advertencia a los demás: cualquier oposición se pagaría con la muerte. El bandido comprobó que presentaba la ablación y continuó registrando las partes íntimas de otra mujer, a la vez que dos bandidos más seguían su ejemplo. Se oyó un «la tiene» y otro…

—¡No me puedo imaginar una humillación colectiva más grande! —dijo Airam—. ¿También sufriste tú esa barbarie?

—Por suerte no. En cuanto mi madre oyó decir que Alika no presentaba la ablación, se temió lo que podía pasar y me cogió del brazo para que me fuera a la choza. Uno de los bandoleros preguntó que adónde iba y mi madre le dijo que a hacer lo que tiene que hacer una mujer: a dar de mamar a mis hijas, que tenían hambre. «¿No oye llorar a las niñas?», le soltó mi madre. Las niñas lloraban, pero no porque quisieran mamar. Yo ya no les daba el pecho, pero dio por buena la excusa y nos dejó ir a la choza. Mi madre me dijo que no se me ocurriera salir de allí, que tenía que estar junto a mis hijas y ella estaría conmigo para asegurarse de que no me movía en defensa de alguna de mis amigas. Con las niñas en brazos, nos quedamos mirando desde la choza, con la puerta abierta, para vivir el desenlace de la terrible situación.

—Bien por tu madre —dijo Doyo sin la alegría que merecían esas palabras.

—Mientras examinaban a las mujeres del poblado, Ngozi apartó a Yeji de Alika y dejó su cuerpo desnudo al descubierto. Se agachó, cogió a su hija de un brazo y la levantó de un tirón. Una vez la tuvo frente a él, le dio un gran bofetón con el que la devolvió al suelo, mientras gritaba que era una deshonra para el poblado. La intervención de Ngozi sorprendió a los hombres de Olamilekan y pararon el humillante

registro. Ngozi se agachó entre Alika y Yeji, y cogiendo a cada una de un brazo, arrastrando sus cuerpos por el suelo, pasó a ser el centro de atención de todos. Mirándolas hacia abajo, a la cara, gritó: «¿Qué habéis hecho? Habéis deshonrado a nuestra familia y traicionado a nuestro pueblo. Nos habéis engañado a todos. Fingisteis una ablación que no se hizo».

»Se volvió hacia Alika y le ordenó: “Ve a nuestra choza y ya me encargaré yo de que mañana te hagan la ablación. Después te someterás a la ley del Consejo Ochie”. Y la despidió dándole una patada en el trasero desnudo. Alika salió a gatas, regando con lágrimas el camino de la choza. Después Ngozi gritó a su mujer: “Lo que has hecho es muy grave. Mucho más grave que lo de tu hija. El Consejo Ochie te juzgará, pero ya sabes lo que te espera. Ve con ella”, dijo señalando a Alika.

»Yeji obedeció —prosiguió Nkuku—, llorando cabizbaja, cogió a Alika del brazo y la ayudó a ponerse en pie. Se puso tras ella para ocultar su cuerpo desnudo al resto de la gente y ambas se dirigieron a la choza. Los bandidos seguían atentos y sorprendidos ante lo que estaba sucediendo. Ngozi continuó gritando: “Las dos ancianas que no cumplieron con su deber de practicar la ablación y nos engañaron tienen que ser desenterradas, y sus huesos, esparcidos para que no descansen en toda la eternidad y para que sus almas no vuelvan a ningún bebé del poblado”.

»Entonces sucedió algo inesperado. Olamilekan y sus guerreros empezaron a aplaudir a Ngozi, y el hechicero, mirándole y señalándole con el dedo, empezó a gritar: “¡Viva el nuevo jefe del poblado!”.

—Está claro que el hechicero —intervino Doyo—, sabiendo que no había sucesor en el linaje del jefe del poblado, aprovechó el momento para proclamar jefe a Ngozi, que con su reacción se había erigido en máximo defensor de las rancias tradiciones. Justo lo que él quería.

—Así es —añadió Nkuku—. La mayor parte del poblado, al ver a los hombres de Olamilekan aplaudiendo y con los fusiles colgando, sin apuntarles ya, y al ver la traición de Alika y Yeji, se unió al grito del hechicero: «¡Viva el nuevo jefe!», corearon.

—De nuevo, muerto el jefe, viva el jefe —agregó Doyo—. Supongo que la respuesta de Ngozi y del poblado causó una catarsis colectiva entre Olamilekan y sus matones.

—Olamilekan se rio satisfecho con la reacción. Se acercó a Ngozi y le dio la enhorabuena. «Así se tiene que llevar un poblado», le dijo. Añadió que confiaba en él para que se respetaran las tradiciones y también para que castigara a quienes no las cumplieran. Después ordenó a sus hombres que recogieran todo lo que encontraran de valor junto con los víveres y se fueron del poblado.

La pena había invadido a Doyo, a Airam y a Nkuku desde hacía rato. Las lágrimas les resbalaban por las mejillas hasta gotear en el suelo. Tras un buen rato en silencio, Nkuku retomó la palabra.

—Fue terrible. En solo unos minutos había muerto Folami; Alika había sido violada, humillada y condenada a sufrir ablación; Ngozi había sido proclamado nuevo jefe; Yeji y Alika iban a recibir un duro castigo y había desaparecido la posibilidad de modernizar el poblado.

Airam y Doyo intentaron consolar a Nkuku. Al cabo de unos instantes ella retomó el relato como pudo.

—Después de que se fueran Olamilekan y sus hombres, se empezó a preparar el funeral de Folami, tras el cual se celebraría la fiesta de nombramiento del nuevo jefe. Se respiraba un ambiente raro en el poblado; no tenía nada que ver con lo sucedido con el funeral del padre de Folami ni con el nombramiento de este como jefe. La gente empezó a beber y beber, más por olvidar el horror que habían vivido que por celebrar la elección del nuevo jefe.

—Lo que nos cuentas es espeluznante —se lamentó Airam.

—Yo oía los gritos y cánticos desde la choza junto a mi madre y mis niñas —continuó Nkuku—. Al cabo de un rato estuvieron todos borrachos y seguían bebiendo. Las amigas aprovechamos para ir a consolar a Alika, que nos contó, casi sin voz, todo lo que había sufrido. Mi madre se imaginó que estaba allí y vino para pedirme que volviera con mis hijas porque me estaban reclamando. Tuve que hacerlo, pero esa noche no pude dormir. Después de lo que había pasado me temía que Ngozi cumpliera su amenaza y al día siguiente mutilaran a Alika,

así que, antes de que apareciera la luz del sol, fui a su choza para verla. En el poblado estaban todos dormidos, la mayoría durmiendo la mona. Me sorprendió no encontrar a Alika y tampoco a Nala. Entonces me temí que hubieran huido. Al mediodía se enteraron todos de que habían escapado con las otras cuatro amigas. Ngozi gritó lleno de rabia.

—Claro —intervino Doyo—, el primer día como jefe y se le escapan seis personas y dos de ellas eran hijas suyas.

—Se enfrentó a Yeji —continuó Nkuku—, porque creía que les había facilitado la fuga, pero ella aclaró que sabía lo mismo que el resto del poblado. Explicó que se durmió y, cuando despertó, Nala y Alika habían desaparecido. Ngozi organizó varios grupos de búsqueda para darles alcance, pero volvieron sin haber encontrado a las chicas. Yo, por una parte, estaba contenta, porque Alika se libraba de la ablación y del castigo, pero por otra me había quedado sin mis amigas y habían huido sin decirme nada. Eso me dolía en el corazón, porque sabían que yo no quería seguir aquí.

—Seguramente lo harían así para no ponerte ante una decisión muy complicada: ellas o tus hijas —susurró Airam, como si esas palabras pudieran calmar a Nkuku.

—Eso mismo me he dicho una y otra vez, pero aún me duele. No me dejaron ni una nota… Me gustaría saber qué pasó —añadió Nkuku llorando—. Quiero averiguar por qué se fueron sin decirme nada.

—Probablemente no querían comprometerte —aventuró Doyo intentando aliviar su pena.

—Entonces desaparecieron las seis del poblado y no sabemos nada más de ellas hasta que encontré cinco de sus cadáveres —resumió Airam.

—Así es —afirmó Nkuku—. Lo siguiente que he sabido es que las encontrasteis ahogadas. No puedo deciros nada más. Ahora entenderéis que esté tan interesada en saber lo que pasó, en conocer por qué se marcharon sin contar conmigo y sin decirme nada. No lo entiendo…

—Bueno, pues pensemos en quién pudo ayudarlas a huir —sugirió Doyo—. Ellas solas no pudieron hacerlo, porque sabemos que se fueron en un buque y para eso hay que tener contactos con gente portuaria.

¿Quién pudo ayudarlas? Piensa, Nkuku, en quién pudo ser.

—No sé… Nadie del poblado tiene esos contactos.

—Piensa, Nkuku, piensa… Alguien tuvo que ser —insistió Airam.

—¿Quién tiene contactos en un puerto y podía conocer a alguna de las chicas? —recalcó Doyo.

—Esperad, ¡ya lo tengo! —exclamó Airam—. ¿No dijiste que a veces tu marido iba con un camionero a un puerto?

—¡Claro, eso es! Como no sabía que se habían ido en un buque, no se me ocurrió en su día. Seguro que fue John Ouo, así se llama el amigo de mi marido. Él solía ir a los puertos de Calabar, Port Harcourt y Lagos muchas veces para llevar o recoger mercancías.

—¿Y cómo pudieron marcharse con John Ouo si solo lo conocíais tu marido y tú? —preguntó Airam.

—También lo conocía Nala. Ya os conté que nos acompañó en un viaje a Calabar —respondió Nkuku.

—Entonces Nala pudo ir a buscar a ese tal John… —aventuró Doyo.

—Sí. Ella sabía dónde vivía porque salimos desde su casa cuando nos fuimos en el camión.

—Pues vamos a buscarlo nosotros y a ver lo que nos cuenta —propuso Airam—. Hoy nos iremos antes que tú, Nkuku, pero quedamos mañana y ojalá te traigamos buenas noticias.

Doyo y Airam no se pararon a bañarse en la laguna ni esperaron a que volviera Okwonkwo a buscarlos. Querían llegar a Akamkpa cuanto antes para encontrar a ese hombre y recabar información sobre las chicas, aunque tuvieran que darse una gran caminata. Mientras andaban, aprovecharon para hablar sobre lo que Nkuku les acababa de contar.

—¿Qué clase de padre es capaz de hacer lo que hizo Ngozi? —preguntó Airam—. Su hija recién violada y humillada públicamente y él, en vez de compadecerse y ayudarla, le pegó un bofetón, la humilló aún más; y encima le aseguró tanto la ablación como el castigo.

—Estaba más preocupado por limpiar su supuesta honra, porque se

supiera que él no tenía nada que ver, que por su hija y su mujer —explicó Doyo.

—Es terrible, no puedo entenderlo.

—No puedes entenderlo porque no es algo racional, es pasional, un instinto primitivo brutal, la acción egoísta de ponerse al lado del colectivo y no de su mujer y su hija. Pero con eso consiguió, quizá sin proponérselo, que Amaghị no acabara como el poblado de Nala: arrasado, con las mujeres secuestradas y el resto asesinados cruelmente. Quizá no había otro camino para cambiar el futuro que tenía reservado Olamilekan para el poblado.

—Al final parece que el maligno conjuro del hechicero tuvo efecto. Acabó con Alika y Folami y con la modernización del poblado —añadió Airam.

—Me pone los pelos de punta solo pensarlo —respondió Doyo—. Hablar de la magia negra siempre me ha dejado tocado por el miedo a lo desconocido. Pero una ingeniera como tú no creerá que fuera la maldición, ¿verdad?

—Doyo, ya no sé qué pensar. Desde que tu amuleto me salvó, he aprendido que hay cosas que existen, aunque aún no les encontremos explicación. ¿Por qué no pudo ser la maldición? De momento no tenemos otra explicación…

—El que Olamilekan asaltara Amaghị el día de la boda pudo ser una puñetera casualidad.

—No te lo puedo negar. Pero me parece demasiada casualidad que, sin haber aparecido nunca por el poblado, lo atacase justo ese día. Si no tenemos otra explicación, para mí el causante de la barbarie es el hechicero, que es, además, el que se salió con la suya.

Ya en la pensión, preguntaron a la dueña por John Ouo, aunque no lo conocía. Salieron a indagar por las calles, y nadie parecía saber quién era. Pensaron que, con ese nombre y teniendo un camión, no debía de ser muy difícil de encontrar, pero se equivocaron.

—Hemos preguntado a más de treinta personas por diferentes partes

de Akamkpa y nadie sabe quién es John Ouo. ¿Cómo es posible? —se quejó Airam.

—No lo entiendo —respondió Doyo—. Vamos al ayuntamiento, a ver si nos arrojan algo de luz.

Las pequeñas dependencias municipales se hallaban cerradas. No había nadie a quien dirigirse. Volvieron a la pensión y cuando se cruzaron con la dueña esta se interesó por el resultado de sus pesquisas.

—¿Han localizado a quien buscaban?

—No. Nadie parece conocer a John Ouo.

—Era de esperar.

—¿Por qué?

—Porque ustedes son los únicos blancos que hay por aquí y la gente no los conoce. Desconfían de los extranjeros, y más si son blancos.

—¿Y usted puede hacernos el favor de averiguar dónde vive? —preguntó Airam—. Le estaríamos muy agradecidos.

—¿Para qué quieren saberlo? No quiero meterme en ningún lío.

Doyo intuyó que no debía revelarle la verdad, porque estaba relacionada con una fuga ilegal y corría el riesgo de que la mujer no colaborara.

—Necesitamos traer un cargamento de víveres desde Calabar hasta cerca de un poblado y nos han dicho allí que John Ouo sabe dónde está porque ha hecho ese mismo viaje otras veces —improvisó Doyo.

Airam lo miró asombrada por la salida que había tenido, pero captó el motivo.

—Ya ve —añadió la capitana siguiéndole la corriente—, lo único que puede pasar es que John Ouo se gane un dinero. Y usted también, porque la recompensaremos por el tiempo que le lleve dar con su dirección.

—Bueno, si es así, saldré a preguntar…

Al cabo de media hora, la mujer volvió y se reunió con Airam y Doyo en el porche.

—Ya sé quién es John Ouo —afirmó—. Llegó hace poco más de un año a Akamkpa y no se relaciona con nadie en el pueblo. Aquí no lo conocemos por ese nombre, porque le llamamos el Rojo. Lo

encontrarán yendo por esta carretera hasta el final, hasta la calle que tiene una casa más grande que las demás en la esquina. Allí giren a la derecha y es la última casa, una roja, de ahí el apodo.

Doyo sacó la billetera para recompensar a la mujer.

—No me dé dinero. Ustedes son mis clientes y no me ha costado nada hacerlo.

—Pues muchas gracias.

Salieron rápidamente en busca del camionero. En diez minutos llegaron a la casa, junto a la que había un camión con la inscripción «Akamkpa Transports» en la visera. Doyo llamó a la puerta, pero no abrieron. Volvió a llamar varias veces sin respuesta. Airam miró por las ventanas a lo largo del porche y, al llegar a la esquina de la casa, alertó a Doyo:

—Se escapa un hombre; por la ventana de este lado.

Doyo salió corriendo tras él. Por suerte el hombre resbaló con la hierba que había en la parte trasera de la casa y cayó. Doyo le alcanzó enseguida y se lanzó sobre él.

—¡No queremos hacerle ningún daño ni perjudicarle! —gritó Airam mientras se acercaba a los dos hombres.

Esas palabras parecieron aplacar sus ganas de huir. El hombre se levantó y los miró fijamente a los ojos.

—¿Es usted John Ouo? —preguntó Doyo.

—Sí. ¿Quién me busca?

—Nkuku, de Amaghị, nos ha dicho que era amigo de su marido —respondió Airam—. Doyo y yo somos españoles, y venimos a investigar qué ocurrió con estas cinco chicas —añadió enseñándole las fotos, que sacó del bolso—. Están muertas, las encontré flotando ahogadas en el mar.

Al oír la explicación de Airam, John Ouo comprendió que no tenía nada que temer.

—¡Pobres chicas! Pasen adentro, por favor, y hablaremos.

Una vez en el salón, Doyo preguntó por qué huía de ellos.

—Son desconocidos y tengo que ser prudente. A veces transporto cosas ilegales en el camión y, como no son de aquí, pensé que venían a

complicarme la vida.

—Ya ve, nada más lejos de la realidad. Solo queremos averiguar lo que sabe de estas chicas.

—Les contaré todo lo que sé —aseguró él.

John preparó té para los tres y lo llevó ante el sofá donde se habían sentado. Airam se sintió esperanzada. John era la segunda persona, tras Nkuku, que admitía conocer a las chicas, y presintió que lo que podía contarles sería decisivo para descubrir quién las mató.

—Una noche vino Nala a buscarme a esta casa —comenzó a relatar—. La reconocí del viaje en que me acompañó a Calabar junto con Nkuku y su marido. Entonces era una joven alegre y llena de vida, pero esa noche era toda tristeza. Llamó a mi puerta y al ver su cara comprendí que algo grave sucedía. Le pregunté por el marido de Nkuku, porque un día habíamos quedado que me acompañaría al puerto de Calabar para cargar y no apareció. Desde entonces no sabía más de él. Supuse que estaba enfermo y esperaba volver a verle, porque era un excelente trabajador y le tenía en gran estima. Nala me puso al día. Me dijo que le habían asesinado en el sendero cuando regresaba al poblado. Yo no entendía cómo pudieron asesinar a alguien que no hacía daño a nadie. Era un buen hombre. Además, no había ningún motivo para asesinarlo porque no podían robarle nada. Los de Akamkpa tenemos poco, pero los de Amaghị no tienen nada.

—Ese asesinato parece no importarle a nadie —dijo Airam—. La policía lo desconoce y desde el poblado parece asumirse como si hubiera sido una muerte accidental, como si lo hubiera matado una fiera salvaje, por decir algo. Bueno, peor aún, quizá contra una fiera hubieran organizado una batida para que no atacase a nadie más.

—Pregunté a Nala para qué me buscaba —continuó John—. Me relató lo que había pasado en Amaghị y me pidió que le ayudara a irse con sus amigas lejos. No podía quedarme de brazos cruzados. Le dije que contara conmigo por todo lo que me había ayudado el marido de Nkuku. Su memoria lo merecía. Así que le propuse un plan de fuga. Al día siguiente yo tenía que transportar un cargamento al puerto de Lagos y podía llevarlas hasta allí. Ese día eran las elecciones

presidenciales de Nigeria y se había ordenado que ningún buque entrara ni saliera de los puertos. Iban a enviar a la mayor parte de la policía a proteger los lugares de votación, de forma que no costaría acercarse a un buque y colarse en él para fugarse a otro país. Algunos amigos míos lo habían hecho en otras ocasiones, con la vigilancia habitual de la policía, así que esta vez debía ser mucho más fácil. Nala se emocionó y me dijo que hablaría con sus amigas y que le dijera dónde podíamos encontrarnos si a ellas les parecía bien. Quedamos en que al amanecer nos encontraríamos al comienzo del sendero. Yo esperaría un rato y si no aparecían me iría a Lagos en solitario a hacer mi trabajo. Le di a Nala una pequeña linterna que cogí de mi camión, ya que la noche era muy oscura, apenas había luz de luna. No sé cómo logró venir así hasta Akamkpa. Necesitaba la linterna para volver al poblado y para después traer a sus amigas al punto de encuentro. Se fue con ella alumbrando el camino y alucinada de que saliera luz de «ese tronquito que no era de madera», como ella decía.

—¿Y estuvieron en el punto acordado al amanecer? —preguntó Airam.

—Sí. Cuando yo llegué, las seis muchachas ya estaban allí. Yo les tenía preparadas unas camisetas rojas de manga larga para que les abrigaran algo.

—Las camisetas con las que las encontré anudadas en el corro flotante —murmuró Airam.

—Se las pusieron inmediatamente —continuó John Ouo—. Pero me han dicho que me buscaba Nkuku y, si no les importa, me gustaría que ella oyera lo que tengo que contarles, además así le daría una sorpresa de parte de su marido.

Airam deseaba con todas sus fuerzas que prosiguiera, pero entendía que tenía que acomodarse al ritmo que quisiera marcar John. Recordó el refrán que utilizó Nkuku para calmar su impaciencia: «El río sigue su curso sin esperar al sediento».

—¡Una sorpresa de parte de su marido! —exclamó Doyo—. Nkuku se pondrá contenta. Pues si le parece bien pasaremos a recogerle con nuestro coche, a las ocho de la mañana; iremos hasta el principio del

sendero y seguiremos a pie hasta el lugar donde solemos vernos con Nkuku.

John Ouo lo ratificó con un movimiento de cabeza.

De vuelta en la pensión, Airam sintió que estaba cerca de descubrir el secreto de la muerte de las cinco chicas. A pesar de esa esperanza que tanto les había costado atisbar a Doyo y a Airam, esa noche no fue una buena noche. Lo poco que durmieron estuvo plagado de pesadillas. Lo que habían descubierto durante el día era tan brutal que sus mentes lo asimilaban con continuos sobresaltos. Uno de los principales cometidos del sueño es grabar en la memoria lo que se ha vivido durante el día, jerarquizando las cosas más importantes y relacionándolas con otras vivencias memorizadas. Pero recordar lo que habían oído por boca de Nkuku era doloroso hasta en sueños. Parecía que sus neuronas se rebelaran y no quisieran guardar esos recuerdos.

Al fin pasó la noche y a la hora convenida Airam y Doyo pasaron a recoger a John. Enfilaron el sendero y hablaron de cómo era la vida en Akamkpa, de cómo eran los trabajos de los tres, de cómo se vivía en España… Llegaron al claro del bosque y, al ver aparecer a Nkuku, John corrió a abrazarla.

—Hola, Nkuku. Nala me contó lo que le pasó a tu marido. Lo siento muchísimo. Era un buen hombre. Yo lo quería mucho. —Le cogió las manos y se las besó.

—Sí, John. Gracias por tus palabras. No entiendo quién podía tener algo contra él. Era tan bueno —respondió Nkuku con un nudo en la garganta.

—Te traigo esta caja. Contiene algo que encargó tu marido. Me dijo que lo recogiera y que ya se lo daría cuando nos viéramos. Creo que te lo debo dar a ti, porque él quería regalártelo.

Nkuku abrió la caja y descubrió un collar de metal, con flores y hojas pintadas.

—¡Es precioso! —exclamó embargada por la emoción—. Se parece al collar que me regaló y que le costó unos latigazos. Me refiero al collar

gracias al que os localicé —añadió mirando a Airam y a Doyo.

—Así es. Tu marido me comentó que había prometido regalarte un collar de flores, pero no quería que fuese un collar efímero; quería que te sirviera para siempre y por eso encargó este.

—Gracias, John. —Entre lágrimas, Nkuku le dio un gran y prolongado abrazo—. Nunca hubiera imaginado que mi marido sería capaz de cumplir su promesa después de muerto. Es un collar precioso.

Airam lo cogió en sus manos y enseñó a Nkuku cómo se abría y cerraba. Después se lo puso en el cuello.

—Es precioso —volvió a decir entre sollozos.

—Voy a contaros lo que sé —anunció John al cabo de un rato, una vez Nkuku se hubo repuesto de la emoción—. Como les expliqué ayer a ellos, cuando llegué al sendero al amanecer las chicas estaban esperándome y se subieron al camión.

—¿Qué te dijeron? —preguntó Nkuku.

—Me dijeron que se escapaban conmigo sin dudarlo —continuó John —. Nala me contó que querían que su madre las acompañara, pero, aunque insistieron, no hubo forma de que consintiera. Nala tenía el corazón partido: o se quedaba con su madre adoptiva o huía con su hermana. Pensó que a Alika podrían ayudarla las otras cuatro amigas, pero que a Yeji solo podía ayudarla ella. Así que optó por quedarse. Quería enfrentarse a su padre para evitar el castigo a Yeji, pero ella no se lo permitió. La convenció de que nada podría hacer contra el Consejo Ochie y, sin embargo, sí que podía hacer mucho por Alika. Era quien más podría.

—¡Me tiene alucinada Nala con su valentía! —exclamó Airam.

—Alika me explicó que les dolía dejarte en el poblado —continuó John dirigiéndose a Nkuku—, pero que no podían llevarte porque tus hijas eran demasiado pequeñas y tenías que quedarte con ellas. Quiero que sepas que su plan era volver a por ti en cuanto estuvieran bien instaladas en otro país. Dijeron que sería antes de que llegara el ritual de paso a la edad adulta, para asegurar que no les practicaran la ablación a las niñas.

—¡Qué alegría me das, John! La duda de por qué habían huido sin mí

me angustiaba. No me lo podía explicar. A veces pensaba algo así, y otras veces, todo lo contrario. —Suspiró.

—Me contaron —prosiguió John— que no podían seguir en el poblado porque sus sueños se habían roto y se convertirían en pesadillas. Alika estaba conmocionada y apenas reaccionaba. Pero Nala le hacía ver que ella era la más interesada en huir, porque en caso contrario tendría que enfrentarse a la ablación y al castigo.

—¡Qué determinación la de Nala! —exclamó Doyo.

—Movió a las amigas para que huyeran juntas —remarcó Nkuku—, siguiendo el proverbio que dice: si quieres ir deprisa, ve solo; si quieres llegar lejos, ve acompañado. No podía tener mejor compañía que sus amigas…

—Las llevé hasta el puerto de Lagos —continuó John— y mis contactos me dijeron cuál era el mejor buque para colarse de polizonas y cómo podían hacerlo. Llegada la noche nos acercamos por la popa y las seis se tiraron al agua. Afortunadamente todas sabían nadar. Les lancé una garrafa de plástico con agua potable, no del todo llena, para que flotara, y una bolsa que contenía víveres para unos cuantos días. Todas se introdujeron en el buque como me habían indicado: por un hueco en el casco justo detrás del timón.

—O sea, que Olabisi llegó a subir al buque, aunque no encontré su cadáver —puntualizó Airam.

—Así es. Yo me quedé hasta que Nala me dijo que las seis estaban dentro.

—¿Conoces el nombre del buque? —preguntó Doyo.

—No lo miré, lo siento —contestó John.

—¿Y qué día salía del puerto de Lagos? —preguntó Airam.

—Ni idea.

—Da igual, John —continuó la capitana—. ¡Menuda historia! Ahora tenemos muchas pistas. Sabemos el día que llegaron al puerto, el de las elecciones. Basta que consigamos los nombres de los buques que ese día estaban amarrados en el puerto y que se dirigían al Mediterráneo. No puede haber muchos y en uno de ellos zarparon.

Cuando Nkuku dijo que tendría que irse pronto, Airam se fundió en

un gran abrazo con ella. La colmó de besos mientras le repetía «gracias» una y otra vez. Sentía que todas las excursiones para verla habían valido la pena. Doyo, por su parte, también estaba conmovido. Cuando Airam soltó a Nkuku, la abrazó él y le dijo:

—Nkuku, eres una mujer increíble, maravillosa. Hay pocas personas con tu coraje y valentía. Una amiga como tú es un tesoro. Tus amigas, desde donde se encuentren, estarán muy orgullosas de ti.

Nkuku se emocionó por las palabras de su pareja de nuevos amigos.

—Supongo que no nos veremos mañana porque ya no puedo contaros nada más —se lamentó Nkuku.

—Mañana no nos veremos porque no tenemos tiempo que perder para seguir indagando en lo que les pasó a tus amigas —contestó Airam —. El día que te conocimos te prometimos que no pararíamos hasta averiguar lo que ocurrió y así será. Ahora te prometo que cuando lo averigüemos volveremos para contártelo.

—Volveremos, Nkuku, ¡palabra de honor! —recalcó Doyo.

—Gracias, amigos. Tengo unos minutos, así que os acompaño a la laguna. Quiero bañarme con vosotros, aunque solo sea una vez.

—Como dirías tú, Nkuku, ¡fenomenal! —apuntó Doyo.

—Tú sí que eres fenomenal, Doyo. Ya te dije que me dejaría morder por una mamba negra para que me cuidaras otra vez. Me ha encantado cómo te divertías con la palabra «fenomenal».

—¿Te has dado cuenta?

—¡Claro! Te seguía la corriente.

Los tres se bañaron en la laguna y disfrutaron del entorno y de la compañía. El baño fue más breve que otros días porque Nkuku tenía que partir.

—Antes de despedirnos quiero contarte algo más sobre Alika —dijo Airam a Nkuku.

—¿Qué es? —preguntó sorprendida.

—Nos contaste que Alika y Folami tuvieron relaciones en la laguna. Supongo que sería la única vez, puesto que luego falleció Folami y no creo que se arriesgaran a tenerlas de nuevo antes de la boda.

—Así es.

—Pues se quedó embarazada. La autopsia indicaba que estaba de unas tres semanas así que podemos descartar que fuese fruto de la violación del asesino Olamilekan porque se embarcaron de polizonas al día siguiente y la travesía hasta donde las encontré dura mucho menos de tres semanas.

—¡Embarazada! —exclamó Nkuku—. Hubiera sido una madre fenomenal porque tendríais que haber visto lo que hacía con mis niñas. Gracias por contármelo. Aunque no sirva de nada, me gusta saberlo.

Airam y Doyo despidieron a Nkuku con alegría y con la esperanza de volver a verla pronto. A continuación, se dispusieron a comer su pícnic de todos los días, haciendo tiempo para encontrarse con Okwonkwo. Quizá fuese la última vez que podían hacerlo en ese lugar, con la espectacular vista de la laguna y la banda sonora de la naturaleza. Después de la comida, mientras yacían tumbados al sol, Doyo observó la cara de Airam. Aún con los ojos cerrados, las lágrimas no paraban de resbalarle por las mejillas hasta caer al suelo gota a gota. Los dos recordaron dolorosamente la crueldad de Olamilekan.

—El sol seca mi piel, pero no puede secar mi pena —susurró la capitana.

—Deberíamos estar contentos —dijo Doyo— porque al fin conocemos lo que pasó con las chicas y sabemos por dónde seguir indagando para encontrar a los culpables de sus muertes, pero la pena ataja cualquier sonrisa.

Mientras hablaban a Doyo le pareció ver que descendía algo por la cascada. Al cabo de unos segundos salió a flote y semejaba un cuerpo humano. Doyo y Airam no se lo pensaron dos veces y se tiraron de nuevo al agua para alcanzarlo. Lo encontraron flotando boca abajo y lo llevaron hasta la orilla. Al darle la vuelta, hicieron un macabro descubrimiento.

—¡Nooo! —gritó Airam—. Es el danés con el que compartimos la laguna.

—Mira —señaló Doyo el torso—, está lleno de arañazos y

dentelladas. Lo ha matado algún animal. Por el estado del cuerpo, yo diría que murió hace días y el río lo ha traído hasta aquí.

—Pero ¿por qué le ha pasado esto? —preguntó Airam con un nudo en la garganta.

—Aquí el peligro está en cualquier lado, ya lo has comprobado.

—¿Y qué habrá sido de su mujer? —balbuceó Airam.

—¡A saber! Es terrible que en su viaje de novios encuentren la muerte.

—Cada vez tengo más claro que es un milagro que salgamos vivos de Nigeria. ¡Cuánta razón tenías cuando me advertías de los peligros que podía encontrar!

—Suerte que eso no te amedrentó. Yo no me arrepiento de haber venido.

—Yo tampoco, Doyo. Pero mira la cara de este pobre chico. ¡Qué último recuerdo más terrible nos llevaremos de esta laguna! Y ahora ¿qué hacemos con su cuerpo?

—Lo taparemos con unas ramas y lo dejaremos aquí. Cuando lleguemos a Akamkpa daremos parte a la policía. Ellos sabrán qué hacer con él y llevarán a cabo las investigaciones que consideren oportunas.

—Y les diremos que busquen a su mujer —concluyó Airam.

En Akamkpa, la policía les aseguró que recogerían el cuerpo, avisarían a los familiares y buscarían a la joven danesa. Después se dirigieron a la pensión y quedaron en que tras la cena compartirían una valoración global del caso de las cinco chicas y hablarían sobre qué iban a hacer a partir de ese momento. Hasta entonces se retiraron a sus habitaciones para escribir sus cosas, como era ya costumbre. Sin embargo, Airam apenas logró escribir un párrafo. No podía ni sujetar el bolígrafo. Solo tenía fuerzas para llorar. Se tumbó en la cama y notó cómo la tristeza penetraba hasta el tuétano de su alma. Ni siquiera quiso cenar, aunque sí que salió al porche a tomarse un té.

—Doyo, la muerte del danés me ha dejado hecha polvo.

—A mí también. Me siento abatido. Es horrible.

—Lo que le ha pasado a ese chico es lo que podría habernos pasado a nosotros cuando nos atacaron los chimpancés si no llega a ser por la intervención de Nkuku.

—Eso mismo he pensado en mi habitación. Nos libramos de morir por los pelos. Lástima que él no tuviera una Nkuku cerca…

—Ya no podemos hacer nada por él ni por su mujer. El mundo está lleno de cosas horribles, pero verlas en directo y conocer a las víctimas es muy diferente de verlas por la televisión.

—Así es. Pero tenemos que seguir adelante.

—Sí, con esa pena guardada en el alma —concluyó Airam—. ¿Qué te parece lo que sabemos sobre la huida de las chicas?

—Nkuku nos contó que, cuando en el poblado se fueron recuperando de las borracheras y constataron la fuga de Alika y sus amigas, Ngozi montó en cólera y arremetió contra Yeji —dijo Doyo—. Pero seguro que no se limitó a eso.

—Tras enfadarse con Yeji, por no tener vigiladas a Alika y a Nala, no me extrañaría que hubieran interrogado a Nkuku, porque era la amiga que se quedó —conjeturó Airam—. Aunque no nos lo haya dicho, no me extrañaría.

—La respuesta de Ngozi nos la dio Nkuku el primer día que la vimos, cuando vino a buscarnos a la pensión. ¿Te acuerdas? —preguntó Doyo.

—¡Cómo no me voy a acordar! A las amigas las borraron de la memoria del poblado. Ngozi prohibió que se las mencionara siquiera. Todos los miembros del poblado tenían que procurar borrar los recuerdos de las chicas.

—Fue como un gran pacto de silencio impuesto —completó Doyo—. Y, además, Nkuku nos dijo que el hechicero realizó conjuros para lograr la amnesia colectiva. El puñetero hechicero tiene una actuación estelar en todos los malos momentos.

—¡Lo que es el destino! —exclamó Airam—. Las mellizas de Nkuku le salvaron la vida sin saberlo. Si no hubiera sido por ellas, Nkuku habría ido en ese buque también. Estaría muerta, como las cinco chicas que encontré, o desaparecida, como Olabisi.

—Y las amigas huyeron de la barbarie de su poblado y, al parecer, se toparon con la misma barbarie en el buque.

—La misma, no, peor aún —replicó Airam—. Además de la violación, encontraron la muerte. Ahora sabemos por qué huyeron, pero no por qué murieron. Los culpables deben de estar en ese buque. Tenemos que encontrarlos, cueste lo que cueste.

—Es como si el malvado hechicero hubiese extendido su conjuro a todas las chicas que deseaban modernizar el poblado.

—Bueno, a todas, no —lo corrigió Airam—. Por suerte, Nkuku sigue viva.

—Pero no su marido, que era el más decidido a romper con el poblado. Y quién sabe si Nkuku no sigue en peligro en Amaghị con ese hechicero suelto.

—No digas eso, por favor; de pensarlo se me pone la carne de gallina, mírala —se quejó Airam enseñándole el antebrazo.

—Tienes razón, no debemos pensar en esas cosas.

Continuaron meciéndose en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—Con Nkuku hemos conocido a una gran mujer —dijo Airam.

—Y la historia de otra grande, Alika —añadió Doyo.

—Echaremos de menos los «¡hola, pareja!» de Nkuku —añadió Airam —, sus «fenomenal», sus historias, sus proverbios africanos, que parece que tenía uno lleno de sabiduría para cada situación, sus risas… Pero afortunadamente volveremos a verla.

—También es admirable lo que hizo Yeji por evitar la ablación de su hija —continuó Doyo—. Seguro que las otras chicas también tienen historias sorprendentes. Hemos conocido las reacciones de Nala, pero de las otras no sabemos casi nada.

—Lo que más me ha impresionado es la fuerte amistad entre ellas, la gran sororidad que las llevó a huir juntas para hacer realidad sus sueños de futuro —señaló Airam—. Aunque su huida podría tener más que ver con lo que Olamilekan y Ngozi hicieron a Alika, y con la mala respuesta de la gente de Amaghị al ponerse del lado de Ngozi, que con la ruptura de sus sueños, porque con el tiempo podrían haberlos recompuesto.

—Cuando los sueños residen en el pensamiento, pese a ser posibles, la incertidumbre les confiere semblanza de utopía. Su diseño se modela con deseo e idealismo, pero su materialización depende de la ilusión, del trabajo y del esfuerzo. Y estoy seguro de que, con la ilusión de esas chicas, tan acostumbradas a luchar por todo, no habrían escatimado trabajo y su esfuerzo habría sido constante. El resultado habría mejorado, incluso, la utopía soñada, si no se hubieran cruzado con los desalmados de ese buque —reflexionó Doyo.

—Hablando de futuro, Doyo, voy a llamar a George en cuanto tengamos cobertura. Probablemente pueda conseguirnos el listado de los buques atracados en el puerto de Lagos el día de las elecciones y averiguar cuáles fueron sus destinos.

—Fenomenal. —Doyo sonrió.

—Vamos a repasar las preguntas que tenemos pendientes —propuso Airam—.Ya sabemos por qué los cinco cuerpos eran solo de chicas, qué las impulsó a hacerse al mar y por qué las han borrado de la memoria del poblado… Así que ¡ya solo nos quedan seis incógnitas por resolver!

—Menos aún; la pregunta de adónde iban ya es irrelevante —agregó Doyo—. Sabemos que eran polizonas y, por tanto, es probable que no supieran adónde se dirigían, o en todo caso, si lo sabían, no lo habían elegido ellas, porque se subieron al buque con más fácil acceso. Iban a donde les llevara. Así pues, nos quedan solo cinco preguntas por responder.

—¡Tienes razón! Solo nos quedan cinco. Además, todas están relacionadas con lo que ocurrió una vez embarcaron. Lo que pasó antes ya lo sabemos —advirtió la capitana.

—Nunca hubiera imaginado que la causa de su huida fuese algo así —dijo Doyo apenado.

—Ni tú ni nadie. Cuando emprendimos el viaje suponía que huirían de la miseria, como tantos migrantes. Mi interés por venir a Nigeria se debía principalmente a que quería conocer a sus padres para que supieran lo que había sido de sus hijas, como a mí me gustaría saberlo si pasara por un trance así. También quería averiguar por qué huyeron, pero, si hubiera sido solo por eso, quizá no hubiera venido hasta aquí.

—Lo que yo quería al embarcarme en este viaje era más simple: ayudarte para que lograras lo que deseabas y asegurarme de que volvieras sana y salva. ¡Y he conseguido hasta una hija que ya está criada! —Sonrió Doyo—. Y lo que quiero ahora lo tengo clarísimo. A ver si lo aciertas…

—Que encontremos a los culpables de las muertes —aventuró Airam.

—Eso más adelante. Lo que quiero ahora es que nos vayamos a dormir.

Ambos sonrieron y se retiraron a sus habitaciones en la que sería su última noche en la pensión. Al menos de momento, porque habían prometido a Nkuku que regresarían si tenían éxito en su empeño por descubrir lo que les sucedió a Alika y a sus amigas.

43

Buenas nuevas

A la mañana siguiente Airam y Doyo madrugaron para ir a Calabar y coger el primer vuelo a Lagos. Cuando dejaba la habitación con la maleta, la capitana vio que Doyo le estaba entregando una pequeña caja con llave a la dueña de la pensión.

—¿Qué le has dado? —le preguntó mientras se dirigían hacia la puerta de salida.

—Una cosilla para el doctor Okeke.

—¿Y tan importante es, que se la dejas en una cajita de seguridad?

—Sí.

—Sí, ¿y ya está? ¿No me cuentas lo que es?

—Son cosas nuestras…

—¿Cómo la abrirá?

—Él también tiene llave —respondió titubeando.

—Algo me estás ocultando…

Doyo contestó con una sonrisa. Se despidieron de la dueña agradeciéndole sus atenciones. Para ser una casa tan espartana, habían estado muy a gusto. Okwonkwo subió las maletas al coche junto con el espejo embalado, cumpliendo el pacto que la capitana hizo en su día con la dueña. Los acercó al aeropuerto de Calabar; después él haría el trayecto con el vehículo hasta Lagos, donde volverían a verse al día siguiente, si todo marchaba como esperaban.

Nada más llegar al aeropuerto y facturar las maletas, Airam llamó a

George.

—Hola, George.

—Ya no soy Chiribito…

—No. Desde que aclaramos las cosas eres George, que no es poco.

—Era broma, Airam. ¡Qué alegría oírte!

—Doyo y yo vamos a coger un avión hacia Lagos. Estaremos allí en un par de horas. Tengo muchas cosas que contarte, pero ya hablaremos después. Te llamo ahora para ganar tiempo si puedes ayudarme con algo importante.

—Yo también tengo buenas nuevas; no sé quién tendrá más novedades, si tú o yo. Pero dime lo que quieres; ya sabes que haré todo lo que esté en mi mano por ayudarte.

—Necesito el listado de los buques que estaban atracados en el puerto de Lagos el día de las últimas elecciones presidenciales y el destino al que se dirigían una vez partieran. Ya te contaré por qué te lo pido.

—Nunca he buscado información así, pero supongo que no será difícil de conseguir. Tengo una buena amiga en la junta de la Autoridad Portuaria Nigeriana, de la que dependen todos los puertos comerciales del país, y seguro que con sus contactos en el Complejo Portuario de Lagos podrá facilitarnos lo que buscas.

—No, si al final me alegrará que tengas buenas amigas, como tú las llamas…

—No sé si te alegrará, pero al menos te beneficiará. —George sonrió—. La llamaré en cuanto cuelgue e intentaré tener el listado a la hora de comer. ¿Nos vemos en el Izanagi, que es el mejor restaurante japonés de toda Nigeria?

—Sí, me encantaría. La comida japonesa me chifla. Pero seremos un trío, porque me acompaña Doyo.

—Siempre había pensado que si alguna vez participaba en un trío sería el único hombre —bromeó George—. En serio, me parece perfecto. Me encantará conocer más a Doyo; apenas he hablado con él. Enviaré a alguien a recogeros en el aeropuerto.

—Gracias, eres un sol. Nos vemos en el Izanagi dentro de unas horas.

Cuando llegaron al aeropuerto de Lagos, estaba esperándoles un policía que los llevó al hotel en el que se habían alojado en su primera visita a la ciudad. El jefe de recepción les reconoció y les puso al día.

—Ya tenemos reconstruida la sexta planta. No les di las gracias por seguir hospedados, a pesar de que fueron el objetivo del atentado. La mayoría de los clientes cancelaron sus reservas y se trasladaron a otros alojamientos.

—Sí, ya lo vi —contestó Airam—. Pudo darnos las dos habitaciones gracias a las cancelaciones. Yo comprendí que el atentado no fue al hotel, sino a nosotros. No teníamos motivos para irnos de aquí. Si acaso, ustedes eran los que tenían razones para no admitirnos como clientes, así que las gracias se las damos nosotros.

—Bueno, pero falló nuestra seguridad, porque esa bomba nunca debió llegar a su habitación. Si les parece bien, hoy les daré dos habitaciones en la primera planta, la diecinueve y la veinte.

—¡Las edades de mis hijas! —exclamó Airam—. Eso nos traerá suerte. Gracias. Que tenga un buen día.

Mientras subían por las escaleras Airam soltó a Doyo:

—No te quejarás, estamos en el primer piso. La claustrofobia no te hará resollar esta vez…

Entraron en las habitaciones y la capitana, tras deshacer las maletas, que subió el nuevo botones, llamó a sus hijas; hacía días que no sabía nada de ellas y anhelaba oír sus voces.

—Mamá, ¡qué alegría oírte! —exclamó Adriana.

—¡Cuánto os echo de menos! ¿Está tu hermana por ahí?

—Sí, al oír «mamá» ha perdido el culo por venir.

—Pues pon el manos libres para que os oiga a las dos.

—Hecho —contestó Adriana.

—¡Hola, mami! —saludó Vicky.

—¿Cómo os van las cosas? —preguntó Airam.

—De categoría, mamá, no te preocupes. Lo único que nos falta eres tú; te echamos mucho de menos. Ya son demasiados días sin verte…

—Sí, hijas, demasiados. Revisando el diario que estoy escribiendo, me he dado cuenta de que hoy hace veinticinco días que nos despedimos en casa y cuarenta que encontré a las cinco chicas ahogadas.

—Ufff, ¿ya hace tanto? ¿Y nos dejarás leer ese diario?

—Ya veremos. No pensaba que estaría tanto tiempo alejada de vosotras. Os echo muchísimo de menos. Pero, bueno, ya falta menos para que vuelva. Estoy en Lagos. Hemos averiguado muchas cosas gracias a una encantadora amiga de las cinco chicas que se llama Nkuku. Iban de polizonas, huyendo de una terrible situación que ya os contaré, porque la historia es muy larga. Vamos a intentar localizar el buque en que huyeron las cinco, bueno, perdón, resulta que fueron seis, aunque el cadáver de una chica no apareció.

—Mamá, estás hecha una Sherlock Holmes. Estamos muy orgullosas de ti. ¿Y qué tal con Doyo? ¿Alguna novedad? —preguntó Vicky.

—Sí; hay novedades, pero no las que te imaginas. Ya te contaré en casa. Ya sabes que Doyo es solo un amigo, nada más. Aunque ese «nada más» tampoco es justo, porque un amigo como él es un tesoro, un gran tesoro. Sin su ayuda no habría conseguido llegar hasta el punto en el que estamos.

—Solo es un amigo, pero con mucho *flow* —contestó Adriana.

«Para ti no es solo un amigo», pensó la capitana. Aunque esa conversación reveladora ya la mantendrían cara a cara. Además, debía darles otra noticia importante y esa no podía esperar más. No podía hacer como si nada hubiera pasado, no se trataba solo de su vida, sino también de la de ellas.

—¿Qué tal va con papá? ¿Habéis notado algo extraño?

—No. Bueno, ya sabes que da pocas señales de vida; si no le llamamos nosotras es raro que nos llame. Además, como estamos con los abuelos, hace lo menos una semana que no sabemos nada de él. ¿Por qué lo preguntas?

—Veo que no os ha dicho nada. En parte me alegro, porque prefería contároslo yo. —Airam hizo de tripas corazón y decidió no irse por las ramas y ser directa. Eso era algo que la caracterizaba, aunque para

otros fuera un símbolo de frialdad—. El otro día quedamos en que recogería sus cosas y no estaría en casa cuando vuelva. Firmaremos el divorcio en cuanto llegue.

—¿Cómo? ¿Y nos lo sueltas así, por teléfono?

—Me hubiera gustado decíroslo en persona, pero como no sé lo que tardaré en volver os lo adelanto; no quería que vivierais ajenas a ello, porque es una decisión irreversible por ambas partes. Prefiero que no pase más tiempo sin que lo sepáis y que lo conozcáis de mi boca antes de que os mosqueéis al ver cosas que no os cuadran.

Airam optó por ser extremadamente discreta. No quiso hablarles de la gota que colmó el vaso porque eso podría afectar de manera negativa a la relación de Adriana y Vicky con su padre.

—¿Ha sido por tu viaje a Nigeria? —preguntó Adriana.

—No, hijas. Llegamos a este extremo porque la relación no nos resultaba satisfactoria desde hacía tiempo. Quizá estar separados nos haya permitido reflexionar y darnos cuenta de que debíamos tomar esa decisión.

—¡Qué notición, mamá! —añadió Vicky—. No te voy a preguntar qué ha pasado, si es que ha pasado algo, porque el detonante, sea tu ida a Nigeria o sea otra cosa, da igual. No me sorprende, se veía venir. Nosotras ya nos decíamos que lo vuestro no duraría mucho.

—Si quieres que te diga la verdad —confesó Adriana—, me alegro mucho por los dos. Ahora sois de mundos demasiado diferentes para estar juntos. Nosotras vamos a seguir queriéndoos y quizá ahora veamos más a papá.

—¡Ojalá sea así! —Airam se sorprendió de la madurez con que sus hijas se tomaban esa decisión; siempre había pensado que el divorcio las alteraría, pero las había subestimado; ellas también lo veían venir y, al fin y al cabo, querían lo mejor para sus progenitores—. ¡Qué grandes sois! Os quiero mucho, hijas.

—Y nosotras a ti. Ya verás cuando vuelvas… Las tres juntas haremos tu despedida de casada. Pero las tres solas, ¿eh? —matizó Vicky.

—Bueno, si quieres invitar a Doyo le dejamos venir —bromeó Adriana.

Airam y sus hijas se despidieron con el deseo de volver a verse cuanto antes. La capitana se duchó y después envió un mensaje afectuoso a Sebastián en el que le recordaba que echaba de menos el Clara Campoamor. Así llegó la hora de ir al Izanagi. Cuando Doyo y Airam bajaron al vestíbulo del hotel encontraron listo para partir al policía que los llevaría hasta el restaurante. De camino se toparon con un monumental atasco.

—No me acordaba de esto. Es tal cual la foto que vimos en internet el día que llegamos a Lagos —dijo Airam.

—Sí, señora; el tráfico anárquico mezclado con la marea humana es desesperante —apuntó el policía—. Nunca sabes lo que vas a tardar en un trayecto. Menos mal que hemos salido con tiempo.

El Izanagi estaba ubicado en isla Victoria, el centro financiero y de negocios de Lagos, y el lugar más exclusivo de la ciudad para residir. A pesar de ello, Idejo Street, la calle del restaurante, produjo a Airam una sensación decepcionante. Era una calle con aceras estrechas, en los tramos en que las había, invadidas totalmente por unos cuantos coches aparcados en batería, señal inequívoca de que nadie paseaba por allí. Los edificios de la zona eran, casi todos, viviendas individuales con una valla coronada por concertinas que delataba el poderío económico de sus moradores. Destacaba un único edificio verde que, con sus ocho plantas, emergía entre los chalets.

—Es raro un edificio de ocho plantas entre tantas viviendas de planta baja y primer piso —señaló Airam.

—Es de oficinas; se ha construido hace poco —contestó el policía—. El Izanagi está en el segundo chalet tras pasar el edificio.

En la fachada del primer piso del restaurante, las grandes cristaleras lucían imágenes de estilizadas japonesas y de comida oriental como makis, sushi y fideos.

—Es curioso que tapen los cristales de la fachada principal, aunque la verdad es que para lo que hay que ver… —lamentó Airam mirando a su alrededor—. ¡Y eso que estamos en la zona más exclusiva de Lagos!

Entraron en el pequeño jardín del Izanagi y, tras subir la escalera, encontraron a George esperándoles con una copa en la mano. Se

abrazaron y los acompañó hasta la mesa que tenía reservada al fondo de la sala principal.

—Chris, por favor —llamó George a la camarera.

Se acercó presta a la mesa y tras darles la bienvenida les entregó unas tabletas con la carta.

—En este restaurante he visto a más blancos que en toda mi estancia en Nigeria —constató Airam.

—Es por selectividad económica —contestó George—. Si os parece, pedid cada uno un entrante que compartiremos —sugirió a Airam y a Doyo— y elegimos cada cual el plato principal que más nos guste.

—Yo un surtido de sushi y teppanyaki —pidió Doyo.

—Yo quiero sashimi de atún y de plato principal bacalao negro, que nunca lo he probado —eligió Airam—. Es más, no sabía que existiera el bacalao negro.

—Es un pescado de Alaska que se cría en las profundidades marinas —apuntó Chris—. Tiene una textura especial y por eso es muy apreciado en la cocina japonesa. Le gustará mucho, ya lo verá. Pero le advierto que no es negro ni es de la familia del bacalao…

—¡Vaya! Los definen dos palabras y las dos son engañosas… —respondió la capitana.

—Yo me sumo al teppanyaki —pidió George.

La camarera les sirvió los entrantes con una preciosa presentación.

—Este sushi es el mejor que he probado en mi vida —valoró Doyo.

—Pues el sashimi está bueno, pero el de la Tasca del Puerto lo supera. La salsa que hace la madre de Nacho es espectacular —replicó Airam.

—¿Tasca del Puerto? ¿Dónde está? —preguntó George.

—Es un buen restaurante del Grao de Castellón, cerca de donde atracamos el Clara Campoamor. Si algún día vienes a vernos, te invitaré allí.

A lo largo de la comida, Airam puso al tanto a George de todas las novedades y le contó anécdotas de los días en los que no se habían visto. George, por su parte, también les puso al corriente.

—Tengo buenas nuevas, como te dije por teléfono. Hemos detenido a

los cuatro sicarios que querían mataros. Como suponíamos, eran los mismos que intentaron atentar contra vosotros con la persecución en coche y con la bomba en la habitación.

—¡Bien! Ya están detenidos los asesinos de Babatunde y de Egbichi. Pobre pareja —dijo Airam.

—De esa pareja y de muchas otras personas. Y lo hacían barato, barato.

—¿Cuánto valen nuestras vidas aquí? —preguntó Doyo.

—Por acabar con vosotros les pagaban cuarenta y ocho mil nairas.

—¿Solo ciento veinte euros a cada uno de los cuatro por matarnos a los dos? —preguntó Airam atónita.

—No. Ciento veinte euros a los cuatro por mataros a los dos.

—¿Mi vida no vale más que sesenta euros aquí? —preguntó retóricamente Doyo.

—También puedes verlo de otra forma: ¡por treinta euros cada uno matan a dos personas! —exclamó Airam estupefacta.

—No os sorprendáis, he visto asesinatos aún más baratos —aseguró George.

—Es terrible. Me recuerda a los dos dólares por servicio de un ángel de la muerte —añadió Airam.

—Y recuerda lo que te dije de la venta como esclavas de algunas de las secuestradas por Boko Haram en Chibok —apuntó Doyo—. Por cinco euros una esclava para toda la vida y para lo que quiera su amo: trabajar de sol a sol, abusar de ella cuando le apetezca, obligarle a hacer lo que le dé la gana…

—Y tanto que me acuerdo, Doyo. Hay muchas cosas de este viaje que recordaré toda mi vida. Y no todas son positivas. Algunas son espantosas.

—Son espantosas, pero también es bueno conocer que eso pasa en el siglo XXI para poder ponerle fin, porque lo que no se conoce no importa —respondió Doyo.

—Os aseguro que les caerá cadena perpetua o pena de muerte —aseguró George—. Esos cuatro no volverán a matar a nadie.

—Me das una gran alegría. Entonces podemos decir que hemos

salvado a muchas personas inocentes. Vamos a brindar por ello —propuso Airam alzando su copa.

Brindaron los tres y bebieron hasta vaciar las copas.

—Pues todavía tengo más buenas nuevas que te van a gustar, yo creo que incluso más aún —anunció George dirigiéndose a Airam.

—Cuenta, cuenta, vamos…

—Hemos detenido a Olamilekan y a su banda de asesinos.

—¡Bien! —Una exaltada Airam levantó las manos al tiempo que daba gritos de alegría—. ¡Bien! ¡Bien!

—Nos miran todos en el restaurante —señaló Doyo sonriéndose.

—Bien, bien, bien, George —repitió Airam, en un tono de voz más bajo—. Ya conoces las barbaridades que hizo a Alika y a Folami, y cómo arrasó el poblado de Nala. Cuando se lo contemos a Nkuku va a saltar de alegría. ¿Tienes fotos de esos asesinos? Quisiera ver sus rostros; serán los rostros de la maldad suprema.

—¡Claro! Las que les hemos hecho al detenerles y otras de cómo vivían en sus campamentos. Ya te haré una copia.

—Media vida tras ellos y no había forma de detenerles. ¿Cómo lo has logrado? —preguntó Airam.

—Chinua ha colaborado. Quedó con Olamilekan para una entrega de armas y allí le capturamos. Además, tuve el honor de dirigir la operación porque fue en el estado de Lagos, en mi jurisdicción.

—¡Olé, George! —continuó Airam—. Brindemos por la detención del malvado Olamilekan. Igual te condecoran por retirar a esa escoria de la sociedad. Estoy muy orgullosa de ti. ¿Sabes la cantidad de muertes y devastación que se evitarán?

—Airam, el que está orgulloso de ti soy yo. Sin tu empeño en venir a Nigeria, nada de esto hubiera sido posible. Sin tu confianza en mí, no lo hubiéramos conseguido. La que se merece la condecoración eres tú, y lo voy a proponer en mi informe.

—No, George. Te lo prohíbo. No, por favor. Quiero mantenerme en el anonimato. Respétalo, te lo ruego.

—No sé, me lo pensaré… Bueno, y tengo más buenas nuevas.

—¿Más aún? Pareces un rey mago. ¡Baltasar, por supuesto! Suéltalo

ya —pidió Airam alegre y asombrada.

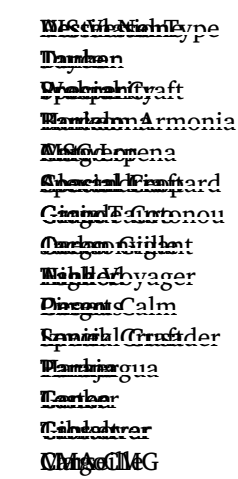
—Tengo la lista de los buques que me has pedido esta mañana. Mi buena amiga me la ha dado en una hora —adelantó George buscando la hoja en su cartera.

—Si es que donde estén las buenas amigas… —dijo Airam con retintín— y también los buenos amigos. Sin los míos, incluyendo a Doyo, aquí presente, y a ti, no hubiera conseguido nada en este caso.

44

Identificando el buque

George se sacó del bolsillo el papel en el que aparecían los catorce buques que estaban atracados el día de las elecciones presidenciales en los tres sectores del Complejo Portuario de Lagos: el antiguo, Apapa y Tin Can.



Airam leyó los destinos y, gracias a su conocimiento de los puertos del Mediterráneo, enseguida identificó los buques que, para ella, eran posibles portadores de las polizonas.

—Los puertos de destino que están en el Mediterráneo son: Orán, en Argelia; Barcelona, en España; Alejandría, en Egipto; Goia Tauro, en

Italia; Asdod, en Israel; El Pireo, en Grecia; Izmir, en Turquía; Génova, en Italia; Marsella, en Francia, y Gibraltar en… Bueno, dejémoslo en el sur de España —enumeró.

—¡Son nada menos que diez! —exclamó Doyo—. Eso nos aclara poco.

—Espera, Doyo —añadió Airam—. Gibraltar queda descartado, porque el barco apenas entra en el Mediterráneo. Por otra parte, imagina las trayectorias que seguirían los buques desde el estrecho de Gibraltar hasta los puertos de Orán, Alejandría, Goia Tauro, Asdod, El Pireo o Izmir. Todas ellas pasan muchísimas millas más al sur que donde encontramos a las cinco chicas. Los únicos buques cuya trayectoria pasaría cerca de ese punto son los que navegarían paralelos a la costa española; son los que se dirigían a Barcelona, Génova y Marsella.

—Aun así tenéis tres donde elegir —intervino George.

—Cierto. No sé qué vamos a hacer —contestó Airam preocupada—. Esperaba tener claro cuál sería.

—¿Y si preguntamos qué día salió del puerto cada uno? —propuso Doyo—. Igual con ese dato podemos descartar alguno.

—No lo creo —respondió Airam—. Los tres saldrían con un par de días de diferencia como mucho. Los buques permanecen en puerto el menor tiempo posible porque pagan tasas altas por cada hora que están amarrados, para así favorecer la rotación, y estar parados supone perder dinero. Así que ese dato no permitirá discriminar si llegaron al punto donde encontré a las chicas. Su posición depende del día que salen del puerto, de la velocidad a la que vayan y de cómo se encuentren el mar de movido. Habiendo zarpado con un par de días de diferencia, todos podrían estar en ese punto cuando las chicas murieron. Si quieres lo intentamos, pero ya te digo que no conseguiremos nada.

Airam se devanó los sesos para averiguar cuál era el barco que buscaba y, cuantas más vueltas le daba, más decaída se sentía. No veía viable intentar descubrir lo que pasó en cada nave. Debía tener la seguridad de que el buque elegido era aquel en el que embarcaron las

chicas.

—Con lo contenta que estaba con las tres buenas nuevas que nos ha dado George y ahora nos quedamos sin saber qué hacer —se quejó.

—Algo se te ocurrirá. Eres una mujer de recursos —resaltó George para animarla.

—¡Y tanto que lo eres! —remató Doyo.

—Mis recursos parece que se han agotado. No sé por dónde tirar. ¿Cuál de los tres será? ¿Horizon Armonia, Lester o Lapis? —se preguntó Airam mientras miraba pensativa los nombres de los buques una y otra vez.

De repente se le iluminó la cara.

—¡Eureka! —exclamó—. ¡Ya lo sé!

—Venga, suéltalo —pidió George.

—¿Cuál de los tres es el que buscamos? —preguntó Doyo.

—Ninguno de los tres. Ninguno.

George y Doyo se miraron asombrados.

—Pero ¿qué dices?

—Es este. —Airam señaló uno con el dedo, sin dudarlo.

—¿El que se dirigía a Gibraltar? —preguntó Doyo desconcertado—. Pero si ese no llegaría hasta donde encontraste a las chicas, tú misma lo habías descartado…

—Me equivoqué. Es este… este… fijo que es este, ¿lo ves? —insistió ella—. Estoy segura. En el listado figura como Gibraltar porque sería la primera escala que haría. Ese es el destino que se comunica al salir de un puerto y unas veces coincide con el destino final y otras no. En Gibraltar fondean muchos buques para hacer *bunkering* y este estoy segura de que fue uno de ellos. Estoy boba, no había caído.

—¿Qué es eso del *bunkering*? —preguntó Doyo.

—Es el suministro de combustible en el mar de buque a buque. El puerto de Gibraltar se ha especializado en eso. Tiene fondeaderos para realizarlo y muchos buques pequeños que funcionan como gasolineras ambulantes. Es el mayor puerto de *bunkering* del Mediterráneo, ya que el repostaje allí es más barato porque las compañías suministradoras pagan impuestos muy bajos.

—La competencia desleal de Gibraltar con los impuestos es inadmisible —señaló Doyo.

—Pues sí, Doyo. Debería acabar porque ya sabes que existen miles de empresas que inscriben su sede social en Gibraltar para pagar menos impuestos, pero es lo que hay por ahora. En este caso, además del tema impositivo, está el riesgo medioambiental de llevar a cabo una actividad como esa de forma masiva ante el litoral español. Pero vamos a lo nuestro. El buque que buscamos es el Crossover. Figura Gibraltar como destino porque hizo allí escala de *bunkering*, estoy convencida. Un buque cisterna como ese no tiene sentido que escale en Gibraltar para otra cosa, ya que allí no hay refinería en la que descargar crudo, que es lo que debía de llevar desde Lagos.

—Una observación inteligente —alabó Doyo.

—Para algo tiene que servir ser capitana.

—¿Cómo estás tan segura de que es ese buque? —preguntó George.

—Lo tengo claro. Es una corazonada, pero lo tengo claro. No estaba buscando donde debía. Estaba mirando los puertos de destino y no los nombres de los buques. Por eso no lo encontraba. Fíjate bien: Crossover. ¿Qué te dice eso, Doyo?

—Significa «pasadizo» o «sendero». ¿Y? —respondió sin saber a qué se refería Airam.

—¿Qué llevaba Ayomide marcado con las uñas en el costado?

—¡Es verdad! Llevaba las letras CROS.

—Ayomide quería indicar cuál era el buque en el que se subieron, pero no le dio tiempo a escribirlo completo. ¡Era el Crossover!

—Airam, me quito el sombrero. Es una corazonada, pero tiene mucho sentido. ¿No quieres una plaza de investigadora jefe en la policía de Lagos? —bromeó George.

—Voy a ver ahora mismo dónde se encuentra el buque —dijo Airam sonriendo.

—¿Y eso cómo puedes saberlo? —preguntó Doyo.

—¡Gracias a internet! —respondió Airam.

Airam cogió su smartphone, abrió el navegador y, en la barra de búsqueda, tecleó «localizatodo». Seleccionó el enlace a la página de

geolocalización de barcos y, cuando apareció la imagen del búho, seleccionó la opción mapa y se mostró el entorno de la costa de Nigeria. Al cabo de unos segundos la zona del mar se llenó de unas figuras, similares a balas, de colores azules y rojas, y multitud de figuras de aviones sobre mar y tierra.

—Esperad que elimine los aviones. He de poner en *on* la opción de solo mostrar barcos. Mirad —señaló Airam a George y a Doyo, que observaban asombrados—, en este mapa está la ubicación actual de todos los buques que llevan AIS.

—¿Qué es el AIS? —preguntó Doyo.

—AIS es el acrónimo de Automatic Identification System —respondió Airam—. Lo llevan la inmensa mayoría de los barcos por obligación legal, sean buques o yates, a motor o a vela, remolcadores o barcos de pesca… El AIS envía su posición en tiempo real a los satélites, y se puede visualizar en esta aplicación y en otras similares. Los rojos representan buques con mercancías peligrosas y los mercantes aparecen en azul. Si seleccionamos uno accedemos a mucha información: detalles del buque, de su destino, de su velocidad, su foto, e incluso te muestra la trayectoria en las últimas horas marcada con una línea amarilla. Mirad.

—Tienes acceso a esa información porque eres capitana, ¿no? —añadió Doyo.

—¡Qué va! Es de libre acceso. No he tenido que poner ninguna clave. Podemos movernos por el mapa e ir a cualquier parte del mundo.

Airam redujo la imagen para saltar más rápidamente al litoral español y la movió hasta que apareció el entorno de PortCastelló. Amplió la imagen y aparecieron representados los buques que había en ese momento dentro del puerto, en la zona de fondeo y en los alrededores.

—¿Y qué son esos buques en amarillo y verde? —preguntó George.

—Los verdes son remolcadores; los naranjas son pesqueros, y los amarillos, buques como mi Clara Campoamor. Lo mejor de esta web es que también se puede buscar un buque concreto por el nombre. Vamos a buscar el Clara Campoamor.

Airam introdujo el nombre en el campo «buscar», ante la atenta mirada de George y Doyo, y exclamó:

—¡Os presento a mi Clara Campoamor!

—¡Alucinante! —exclamó George.

—Y que lo digas —añadió Doyo—. Hay que ver todo lo que desconocemos…

—Ahora vamos a buscar el Crossover…

Airam introdujo el nombre en el menú de búsqueda y al cabo de unos segundos se hallaba representado en la pantalla.

—¿Veis? Ahora está bordeando Galicia y se dirige a Róterdam —advirtió Airam—. En poco más de un día atracará allí. Tenemos que llegar antes de que zarpe.

—Cuando estuve en Londres me quedé con ganas de ir a Países Bajos y conocer Róterdam… Su puerto es famoso, ¿no? —preguntó George.

—Claro —contestó Airam—. Es el puerto con mayor tráfico de Europa. Al año mueve tantas toneladas casi como los cuarenta y seis puertos españoles de interés general juntos.

—¡Es increíble! —exclamó Doyo—. Será un puerto enorme.

—Tiene más de cuarenta kilómetros —detalló Airam—. No es que sea un puerto de Países Bajos, es que es el puerto de media Europa. Por allí circulan mercancías de Alemania, Francia, Países Bajos, Europa central… ¡hasta de Italia! Nos vamos a Róterdam, Doyo. Hoy mismo, si puede ser. Y si quieres venir tú —se dirigió a George— ya tienes una excusa para conocer la ciudad.

—Me es imposible irme de Lagos con tanta premura —se disculpó George.

—Yo contigo hasta el fin del mundo —respondió Doyo—. Pero ¿cómo vamos a subir a ese buque?

—Es cierto. La ilusión me ciega. No lo he pensado. No es de pasajeros, así que no podemos comprar un billete. Ni podremos enrolarnos como tripulación… Brrr.

—Siempre te quedará la opción de colarte como polizona —aventuró George en broma.

—Sí —remató Doyo—. Ya sabemos por dónde se colaron las chicas.

Por la popa, por un hueco que hay tras la hélice.

—No digáis chorradas. ¿Cómo vamos a entrar como polizones? Yo necesito poder moverme por el buque y hablar con la tripulación para ir haciéndome una idea de lo que pasó. Una polizona no puede hacer eso.

—Bueno, sí que puede —dijo Doyo—. Una vez que el buque se haga al mar, nos presentamos a la tripulación y hasta el siguiente puerto estaríamos entre ellos, supongo, ¿no? No creo que nos encerraran en un camarote.

—Nos darían cama y comida hasta que nos repatriaran, pero no me vale la idea. Yo no tengo pinta de polizona, y tú, tampoco; no colaría, se olerían algo raro. Además, necesito que me vean como una igual, si no, no conseguiré sacarles nada. Lo único bueno de esa sugerencia sería ver la cara de la gente del ministerio cuando se enteraran de que su capitana se ha colado como polizona en un buque extranjero… ¡contentitos se pondrían!

—Entonces ¿cómo lo hacemos? —preguntó George.

—No lo sé, voy a pensarlo. Y vámonos, porque nos hemos quedado solos en el restaurante y creo que están esperando a que nos levantemos.

—Así es, se ha hecho tardísimo. —George asintió—. No protestan, pero debemos irnos ya.

Salieron del restaurante y George acompañó a Airam y a Doyo al hotel.

—¿Cenamos esta noche? —preguntó al llegar—. Os invito a mi casa.

—Por mí perfecto —aceptó Doyo.

—Pues quedamos a las nueve en el vestíbulo —remató Airam.

Se despidieron y Doyo y Airam se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Airam se tumbó en la cama y reflexionó sobre cómo afrontar el problema de embarcar en el Crossover. Pensaba que tenía que ser fácil en comparación con todo lo que había conseguido averiguar desde que llegó a Nigeria, pero no daba con una solución.

Después de darle muchas vueltas durante un par de horas, a Airam se le ocurrió un plan y lo puso en marcha.

45

Adiós, OK

A las nueve menos diez George entró por la puerta del hotel y pidió que llamaran a las habitaciones de Airam y Doyo para que bajaran. Doyo apareció inmediatamente y Airam a las nueve en punto, como a ella le gustaba. Subieron al coche y la capitana les sorprendió con una propuesta.

—Ya tengo resuelto cómo subir al buque y he sacado dos billetes de avión, para Doyo y para mí, con destino a Róterdam. Saldremos mañana y haremos escala en Londres, en el aeropuerto de Heathrow. Son trece horas y media de viaje.

—¡Eres una máquina! —exclamó George.

—Pero dinos cómo lo haremos —añadió Doyo.

—En los postres os lo cuento.

Cuando llegaron a casa de George, a Doyo le entusiasmó lo que vio. Era una casa original, con una decoración africana de un gusto exquisito. Pero también le asombró que Airam no se inmutara. Consecuentemente, le preguntó:

—Airam, ¿qué te parece la casa? Yo estoy alucinado.

—Me gusta mucho. Es original: esos símbolos adrinka, los tambores dundun y el djembe…

—¡Vaya, qué sorpresa! Te estás convirtiendo en toda una experta en cultura africana. A ver si me quitas la cátedra —bromeó Doyo.

Él sabía que Airam había cenado con George mientras estuvo con sus

colegas de las universidades de Lagos y de Ibadán, pero nunca le preguntó dónde habían cenado, ni ella se lo había dicho. Airam sabía que Doyo no tenía ni un pelo de tonto, así que salió al paso:

—No es la primera vez que estoy aquí. George tuvo la gentileza de invitarme a cenar a su casa. Se ha convertido en un gran amigo. Fíjate todo lo que nos está ayudando…

Doyo no quiso indagar más ni seguir con ese tema. Le quedó claro que fue George quien le descubrió la nueva dimensión sexual a Airam que tanto asombro le causó aquella noche de borrachera en Akamkpa. Como buen amigo que era, no quería que se sintiera incómoda con él. No solo iba a callarse lo que pensaba al respecto, tampoco iba a hacer ninguna insinuación, ya diría ella algo del tema si quería. Respetaba su vida y solo deseaba que fuese lo más feliz posible. Doyo se sentía afortunado por disfrutar de su amistad recuperada y quería que durara toda la vida.

Las asistentas de George sirvieron la cena, a lo largo de la cual, Airam les contó lo que había urdido.

—He llamado a un jefazo de SASEMAR con el que me llevo muy bien y le he preguntado si se le ocurría algo para que Doyo y yo pudiéramos embarcar en el Crossover, que llegaría al puerto de Róterdam en breve. Su respuesta ha sido inmediata. Me ha dicho que tenía una idea: iba a hablar con su homólogo de Países Bajos y luego me llamaría. Al cabo de un rato me ha comunicado que estaba todo arreglado. Su homólogo había contactado con el capitán del buque y había pedido permiso para que embarcaran en él dos personas de SASEMAR hasta el puerto de Leixões, en Oporto, que era su siguiente destino. Así que Doyo, ya lo sabes, serás de SASEMAR. Ya tenemos este tema resuelto gracias a mi jefazo, a su homólogo de Róterdam y a la gentileza del capitán del Crossover.

—Descubrirán que no soy de SASEMAR y se vendrá todo abajo —advirtió Doyo—. No podemos correr ese riesgo. Yo del mundo del mar no sé nada de nada. No sé ni qué lado es babor ni estribor, siempre los llamo derecha e izquierda. No tengo ni idea de la jerga marinera. Si me dicen algo no sabré qué hacer ni qué decir. ¿Qué hago, me hago el

mudo?

—Es una posibilidad —dijo Airam.

—Lo que dice Doyo lo veo muy razonable —intervino George.

—Escúchame —rogó Doyo—, lo he estado pensando y creo que en ese buque no puedo serte de ayuda. Aquí en África sí que lo era, pero allí voy a ser un lastre para ti. Digo lastre por no decir una bomba de relojería. En el buque contarás con la protección del capitán, así que tampoco me necesitas por seguridad. Lo mejor es que yo no embarque. Regresaré a la Jaume I y, cuando me digas, nos vemos donde sea. Y por supuesto que cuando lo resuelvas, porque estoy seguro de que lo harás, volveremos juntos para contárselo a Nkuku, como le prometimos.

—Te veo muy seguro en esa posición —afirmó Airam.

—Totalmente. Ya sabes que me encanta compartir esta aventura contigo, pero después de todo lo que nos ha costado llegar hasta aquí, no puedo ponerla en riesgo. Los amigos tenemos que hablar claro.

—Qué generosos sois los dos —destacó George mientras llenaba las copas de vino—. Brindemos por la travesía de Airam en el Crossover.

Tras el brindis Airam se dirigió a Doyo.

—A ver si sabes hacer cantar una copa. Escucha.

Airam lo consiguió con suma facilidad, ante la sonrisa de George. Doyo lo intentó con su copa, pero no lo logró. Entonces la capitana repitió con él lo que George hizo en su día con ella; se puso a su espalda y acompañó con la mano el índice de Doyo por el borde de la copa, variando la presión, hasta que alcanzó su objetivo.

—¡Qué sonido tan agradable! —exclamó Doyo al arrancar el tono ya sin ayuda de su amiga.

Los tres hicieron cantar las copas al unísono, cada una con un sonido diferente, durante unos instantes, intercambiando sonrisas y miradas de complicidad. Cuando acabaron de cenar George los acompañó al hotel. Doyo le dio un buen abrazo de despedida y le agradeció todo lo que había hecho por ellos. Después fue el turno de Airam. Le abrazó, le besó en la mejilla y susurró a su oído: «Aparca y sube a la habitación veinte de la primera planta». El jefe de policía respondió asintiendo con una sonrisa, porque necesitaba despedirse de la capitana como se

merecían.

Al cabo de unos minutos George llamó con los nudillos a la puerta de la habitación número veinte y abrió Airam.

—Menos mal que no me ha abierto Doyo —bromeó en voz baja—. Mira que si te hubieras equivocado de número…

—Chisss, calla y pasa —urgió Airam.

Se dieron un prolongado, húmedo y apasionado beso. A George se le cayó un sobre de la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Airam.

—Las fotos que te prometí de Olamilekan y su banda. Las había cogido para dártelas antes y se me han olvidado en la guantera —le explicó mientras se agachaba a recoger el sobre del suelo y lo dejaba en la mesa.

—Eres un sol, George. Deja las fotos y ya las veremos después; vamos a lo nuestro —propuso en tono meloso—. Espero que seas un sol ardiente esta noche…

—Airam… tus manos me hacen arder ya.

Habían gozado mucho juntos, pero esa noche fue aún más especial. Hicieron el amor como si fuera la última vez. Presentían que podía serlo. Después se durmieron abrazados, fundidos, felices, con la satisfacción de que su despedida había sido memorable, a la altura de lo que su relación se merecía.

Aunque Airam silenció su megaorgasmo todo lo que pudo, a Doyo no se le escapó el zafarrancho de combate de la habitación de al lado. No le hacía falta nada más para saber qué pasaba. No iba a decir ni una palabra al respecto. Se sentía feliz por Airam.

Por la mañana, cuando aún no había amanecido, George no quiso despertar a la capitana y le dejó una nota cariñosa en el sobre que contenía las fotos.

Al levantarse Airam leyó la nota con una gran sonrisa. Se sentía feliz. De repente recordó el contenido del sobre y su sonrisa desapareció. Lo abrió y contempló detenidamente las fotos de las caras de los

detenidos. Después miró las fotos de grupo de la banda en su guarida. La invadió la tristeza. Al pasarlas una a una le pareció que estaba viendo los rostros de la maldad suprema y se preguntó cuántos asesinatos habría cometido cada uno.

Buscó desesperadamente el nombre en cada foto para conocer la cara de Olamilekan, pero no encontró ninguno. Sin duda eran copias de los originales antes de que se adhirieran a sus expedientes.

—¿Cuál será ese hijo de Satanás? —se preguntó en voz alta—. Hijos de Satanás son todos. Todos son igual de repugnantes —se respondió al acabar de ver las fotos.

Intentaba recordar algún detalle que le permitiera identificar al jefe de los asesinos, pero no hubo manera de conseguirlo. Lamentó no haber preguntado a George en qué foto aparecía el sanguinario Olamilekan, pero por otra parte la capitana pensó que, de haber abierto el sobre por la noche, habría sido una velada fúnebre, llena de dolorosos recuerdos sobre lo que había hecho la banda de asesinos en los poblados de Nala y Alika. Tras ver las fotos, difícilmente hubieran podido disfrutar como lo habían hecho. No se resignó a esperar hasta su encuentro siguiente con el comisario para conocer el rostro de ese desalmado: móvil en mano, fotografió las fotos y se las envió por WhatsApp preguntándole cuál era.

Una hora después, Doyo y Airam coincidieron en el desayuno. Ella le enseñó las fotos.

—Las fotos que me prometió George de la banda de Olamilekan.

—¿Y cómo las has conseguido? —preguntó Doyo mientras las observaba.

La había pillado. La noche anterior, cuando se despidió de George, no las tenía. ¿Cómo podía explicarlo sin revelar su relación con el jefe de policía?

—Me las ha dejado George en un sobre en recepción —improvisó.

—Podría haberte dejado los nombres en cada foto… —se quejó Doyo—. Seguimos sin conocer al bárbaro de Olamilekan.

—Lo mismo he pensado yo —comprobó si el comisario le había respondido el wasap—, pero mira, ya sabemos quién es; George me lo

acaba de confirmar.

—Da miedo, yo no iría con él a ninguna parte —aseguró Doyo al ver la imagen en la pantalla del móvil.

Al poco acudió Okwonkwo para llevarlos al aeropuerto, conforme había acordado con Doyo. Para Airam fue una gran sorpresa, porque pensaba que no podría despedirse de él.

—OK… bueno, te voy a llamar por tu nombre completo por primera vez, Okwonkwo…

Okwonkwo la interrumpió con un aplauso.

—Muy bien dicho. Creía que nunca iba a oírte pronunciar mi nombre. Qué bien suena en tu voz. Pero no quiero que me llames así; para ti quiero ser siempre OK.

—Bien, pues serás OK.

Airam le dio un fuerte abrazo y, sin soltarle, le dijo:

—No tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. En mí tienes una amiga para toda la vida. Mi casa de España es la tuya, puedes venir cuando quieras. No tienes más que decirlo y te enviaré un billete de avión.

—Me encantaría ir algún día. Además, como os prometí, habré aprendido a nadar y podré bañarme con vosotros. Me arrepentiré toda la vida de no haber podido hacerlo en la laguna.

Airam cogió a Okwonkwo por las dos mejillas y le dio un sonoro beso en la frente.

—Siempre te recordaré con mucho cariño y recordaré cómo te enfrentaste a aquellos aborígenes dispuesto a dar tu vida por mí.

—No te preocupes, que no recuerdo nada de lo que vi cuando te rompieron la camiseta.

—¿Tan poco te gustó que no te acuerdas? —preguntó Airam con la intención de azarar al joven, aunque no podía ver si se ruborizaba debido a su tez oscura.

—Me gustó mucho… Uy, no, no quería decir eso —se disculpó, turbado.

—Me pareció que no mirabas a Mulukú cuando me giré hacia ti… —insistió la capitana.

—No digas eso, que me da vergüenza. Sí que lo miraba, aunque también tuve que ver lo que tenías alrededor…

—Mis pechos, OK, viste mis pechos. Que no te dé vergüenza.

Los tres se rieron y se despidieron hasta la próxima, con la esperanza de que la hubiera. Doyo partió para España, y Airam, hacia Países Bajos. Sus caminos, tras casi un mes juntos en Nigeria, se separaban.

46

Róterdam

Al llegar a Róterdam Airam cogió un taxi para dirigirse a la sede de la Autoridad Portuaria, ubicada a orillas del río Mosa, en el imponente edificio World Port Centre. Lo que veía en el camino le hacía pensar en Nigeria, no por el parecido, sino por la gigantesca diferencia. En Lagos había edificios altos, pero nada que ver con la arquitectura moderna que veía en Róterdam. En Róterdam había mucho tráfico, pero no los monumentales atascos de Lagos. El espacio intersticial entre coches estaba libre, mientras que una marabunta humana los abarrotaba en Lagos. Airam había vuelto al mundo en que se respetaban las normas de tráfico y los peatones paseaban por las aceras. Algo que, aunque le parecía elemental antes de emprender el viaje a Nigeria, durante un mes había sido inexistente para ella.

La capitana llegó delante de las treinta y dos plantas y cuarenta mil metros cuadrados dedicados a oficinas del World Port Centre, obra del estudio de Norman Foster. En el edificio vanguardista, avanzado a su tiempo en eficiencia energética, la Autoridad Portuaria de Róterdam ocupaba desde el piso dos hasta el diecinueve. Era todo un mundo en sí mismo. La capitana no tuvo más remedio que dirigirse a la oficina de información para que le dieran la ubicación de su contacto. Subió por el ascensor panorámico hasta la planta dieciséis y allí la atendieron amablemente y confirmaron que el Crossover estaba atracado a unos veinte kilómetros de distancia. La acompañaron en coche hasta el

muelle y, una vez a pie de buque, pidió permiso para subir. El capitán salió a su encuentro y se presentó en español:

—Bienvenida a bordo. Soy el capitán; me llamo Olivier. Será un placer que nos acompañe en el Crossover durante la próxima travesía.

—Encantada, capitán Olivier. Supongo, por su nombre, que es francés.

—*C'est comme ça*.

—Pues le felicito, porque habla muy bien mi lengua. Yo soy Airam, capitana del buque de salvamento español Clara Campoamor.

—Airam, original nombre; es María con las letras en orden inverso, ¿no? Como no es palíndromo se nota la diferencia…

—Es usted perspicaz. Hace años que no me decían eso y jamás nadie lo hizo al oír mi nombre por primera vez; y que un extranjero conozca la palabra «palíndromo» y sepa lo que significa es para nota.

—¿Y a quién se le ocurrió la originalidad de ponerle como nombre María al revés?

—Fue a mi madre, pero en realidad lo del orden inverso no tiene nada que ver, es una coincidencia. Airam es un nombre guanche.

—¿Qué significa guanche?

—Los guanches eran los pobladores de las islas Canarias antes de su conquista por los españoles. Era un pueblo de origen bereber que desapareció, pero cuya sangre llevamos sus descendientes, en mi caso por parte materna.

—¿Y tiene algún significado el nombre?

—Airam significa «libertad». Era el nombre de un famoso príncipe guanche de la isla de La Palma que, tras ser conquistada, fue vendido como esclavo con el nombre de Luis.

—¡Qué paradoja que con el nombre de libertad acabe siendo un esclavo! ¿Y lleva usted el nombre de un hombre?

—Ahora es unisex: lo llevan hombres y mujeres indistintamente.

El capitán francés había causado una buena impresión inicial a Airam, tanto por su físico como por su agudeza.

—Disculpe —continuó Olivier—, pero como sabe, antes de acceder al buque, tiene que mostrarnos su DNI y rellenar este pequeño formulario.

Además, le haré una foto con el móvil mismo. Ya sabe que son las normas.

Olivier le hizo la foto y se la enseñó.

—Quite, quite, no me gusta, yo siempre salgo mal en las fotos —protestó Airam apartando el móvil.

—No lo veo yo así. De todas formas, se la enviaré al número de móvil que ponga en el formulario.

—Envíemela si quiere, pero ya le adelanto que la borraré.

Olivier no entendió la reacción de la capitana. Era una mujer muy atractiva y la foto le hacía justicia. Pensó que quizá le diera apuro verse retratada, porque conocía a gente que era así. Por el tono que había empleado, Olivier notó que no era falsa modestia, afortunadamente, porque esa actitud le molestaba mucho.

—Tengo entendido que en esta travesía también nos acompañará un hombre de su misma empresa, ¿no viene con usted? ¿O llegará después?

Airam, mientras enseñaba su DNI, recordó que no había informado a nadie de que su amigo al final no la acompañaría.

—Doyo no vendrá. Disculpe que no se lo hayan comunicado. Creo que ha sido culpa mía. Lamento las molestias que les pueda ocasionar.

—Ninguna molestia, no se preocupe. Venga conmigo y le enseñaré su camarote.

Airam se inclinó para coger sus maletas.

—Deje las maletas, por favor; el grumete se las llevará.

Ambos capitanes subieron por la estrecha y empinada escalera de la superestructura hasta el quinto piso, justo por debajo del puente de mando. Al final del pasillo Olivier abrió un camarote y, mientras le daba la llave a Airam, le explicó:

—Adelante. Este será su camarote. Está junto al mío, que es el de la puerta siguiente.

—Es amplio y confortable, nada que ver con el de capitana del Clara Campoamor.

—Bueno, no todos son así, este es el segundo más espacioso, tras el mío. Es lo menos que podemos hacer por usted. Le advierto que será la

única mujer en el buque, pero estoy seguro de que ningún miembro de la tripulación la incomodará. Si alguien lo hace, no dude en decírmelo, por favor.

—Si alguien lo hace yo misma le daré la respuesta que merezca, no se preocupe. Estoy acostumbrada a bregar en este mundo marítimo, lleno de hombres.

—No lo dudo, se le ve el carácter.

—Me dijeron que nos dirigimos a Portugal, a Oporto, concretamente.

—En efecto. Vamos al puerto de Leixões a cargar producto de la refinería de Matosinhos.

Olivier invitó a Airam a recorrer el buque para presentarle, uno por uno, a todos los tripulantes. En el puente de mando la capitana mostró su admiración.

—Menudo puente de mando y menuda vista. Nada que ver con los ochenta metros de eslora de mi buque.

—Para ser buque cisterna no es demasiado grande, es más bien modesto. Tiene ciento ochenta y tres metros de eslora, y treinta y dos de manga. El calado es de casi once metros. El buque —señaló George en un gran panel— cuenta con un amplio sistema de monitorización de las cisternas; de todas las bombas; del módulo de vapor, que genera agua potable y calefacción para el buque y para la mercancía, garantizando una fluidificación adecuada de la carga; del dispositivo de extinción de incendios; del servicio de lastre; del mecanismo de exhaustación y demás elementos vitales para el Crossover. Llevar mercancías peligrosas comporta tener sistemas de seguridad muy completos.

—¿Cuántas personas componen la tripulación? Antes eran legión, pero en los buques actuales el número es bajo. De momento he contado solo dieciocho con los que me ha ido presentando…

Airam quería conocer el número exacto de tripulantes para asegurarse de que nadie se le iba a escapar en sus indagaciones.

—Contamos con veintiséis tripulantes.

—Pocos son teniendo en cuenta que debe haber personal de guardia las veinticuatro horas y que hay tantas tareas distintas que hacer.

—Es lo habitual hoy en día. Los marineros deben ser mucho más polivalentes que antes.

—Y que lo diga. En el Clara Campoamor somos catorce tripulantes y todos tienen distintas funciones. Al menos no les pasa como a los marineros mercantes, que cada vez cobran menos…

—Los marineros de base mucho menos. Desde que Filipinas dio tantas facilidades, incluso fiscales, para que su gente se enrolara en tripulaciones e inundó de filipinos los buques mercantes de todo el mundo, los salarios bajaron hasta niveles ridículos. Bueno, y no solo han sido filipinos…

A continuación Olivier le enseñó la sala de pánico, un búnker desde el que se controlaba el buque en caso de ataque terrorista y en el que cabía toda la tripulación. Siguieron recorriendo el Crossover hasta la sala de máquinas. En la enorme estancia, de tres pisos de altura, destacaba la planta propulsora, con el potente motor principal que movía el buque, los motores auxiliares y la caldera generadora de vapor. Airam pensó que, al fondo de la sala, en el punto más cercano a popa y más próximo a la superficie del mar, debería haber una conexión con el lugar por donde entraron en el buque Alika y sus amigas.

—¿Podemos dar una vuelta entre todas esas tuberías y paneles de control? —preguntó Airam.

—Sí, por supuesto. De hecho, íbamos a bajar para presentarle a los marineros que están trabajando.

Cuando llegaron al fondo de la sala Airam vio una puerta estanca cerrada y, al comprobar que Olivier pasaba de largo, le preguntó:

—¿Adónde da esta puerta?

—Al taller. Son unas salas con herramientas y piezas de recambio.

—¿Puedo verlo?

—No es lo mejor del buque. Es como la mayoría de los talleres. No vale la pena verlo.

A Airam le mosqueó la reticencia a abrir la puerta. «¿Tendrá algo que ocultar el capitán?», se preguntó.

—Insisto, me gustaría verlo, porque no tengo nada parecido en mi

buque.

—Sí, claro —Olivier asintió y se dirigió a abrir la puerta—, ¡adelante!

Accedieron al pasillo, que tenía una puerta a la izquierda, otra a la derecha y una tercera al fondo. Olivier le enseñó los compartimentos de las puertas laterales, donde se encontraban el material para las reparaciones y una mesa de trabajo alargada, y le describió algunas de las piezas. Se encaminaron hacia la salida del pasillo y Airam siguió sondeándolo.

—¿Y la puerta del fondo?

—Tras esa puerta no hay nada. Siempre está cerrada, salvo que haya que acceder para reparar algo del timón. Lo llamamos la *black room*.

A Airam se le aceleró el corazón. Presintió, por la breve explicación, que por ahí es por donde entraron las chicas en el buque.

—¿Y podría verla?

—Sí, claro. —Olivier asintió y abrió la puerta.

En ese momento llamaron al capitán desde la sala de máquinas. Antes de salir por el pasillo para atender la llamada y dejar sola a Airam, le advirtió:

—Tenga cuidado de que no se cierre la puerta, y más aún si padece claustrofobia. Desde dentro no se puede abrir, ya que el pequeño recinto no es habitable. Es para garantizar al máximo la estanqueidad. Pero si se le cerrara no se preocupe, al volver se la abriré yo desde fuera.

Airam aprovechó para analizar con detenimiento la pequeña estancia. Era lúgubre a más no poder, incluso tenebrosa. Con una sola mirada quedó claro por qué la llamaban *black room*. Estaba pintada de negro por todas partes: las cuatro paredes, el techo y el suelo. No había luz artificial y entraba un pequeño resplandor desde el suelo, por el fondo de la sala, que la dejaba en una oscura penumbra. Llegó hasta la fuente del resplandor y bajó por la estrechísima escalera hasta ver el conducto por el que debieron entrar las chicas. Efectivamente existía una conexión con la superficie del mar y tras ella se hallaba el timón. De vuelta arriba, Airam encendió la linterna del móvil y recorrió la estancia. Detrás de la puerta, en la esquina, observó un objeto que no

habría visto de no ser por la luz del móvil. Se acercó para averiguar qué era. Cogió el objeto cilíndrico y resultó ser una pequeña linterna negra. Comprobó que en la empuñadura aparecía la inscripción «Akamkpa Transports». Airam sintió que algo se removía dentro de ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas, porque no cabía duda: era la linterna que John Ouo dio a Nala para que alumbrara el camino de vuelta a Amaghị. El convencimiento de que las seis chicas estuvieron en esa *black room* provocó que un escalofrío recorriera el cuerpo de Airam. Móvil en mano, la capitana grabó un vídeo de lo que estaba viendo.

Cogió la linterna con un pañuelo y se la guardó en el bolso. La invadió una pena tan negra como la sala al imaginarse a las amigas hacinadas en ese cubículo. Apenas había sitio en ella para que las seis yacieran acostadas. Por la noche la única luz debía ser la que pudiera dar la linterna, a la que ya no quedaban pilas. Pensó que los ruidos que emitían el cercano motor del barco y por la hélice, aún más cercana, se amplificarían por la reverberación en las paredes. Oírlo durante un rato sería molesto, pero oírlo de forma permanente, como les ocurriría a las chicas, debía producir desazón. La capitana concluyó que a duras penas lograron mantener una conversación allí. Le dolía el corazón al constatar cómo estuvieron hacinadas tantos días en ese minúsculo y tétrico lugar, en condiciones tan duras. Las lágrimas que manaban de sus ojos ya le resbalaban por las mejillas.

—¿Le pasa algo, Airam? —preguntó Olivier cuando regresó a la estancia.

—No, capitán; solo se me han irritado los ojos. Será alguna reacción alérgica —respondió mientras se secaba con un pañuelo.

Airam ya tenía meridianamente claro que acertó con su corazonada de que la palabra CROS marcada en el costado de Ayomide se refería al Crossover. Ahora le faltaba descubrir el secreto que guardaba el buque; el que conocía bien algún tripulante… El que incluso podía conocer el capitán, dado que, sospechosamente, pretendía pasar sin abrir el pasillo donde se encontraba la *black room*. Aunque por otra parte la capitana también valoraba que la había abierto y se la había enseñado. La asaltaba la duda de si sabría algo de la estrella de ébano y querría

ocultar la sala, por si acaso, o si no sabría nada.

47

Polizones extranjeros

Después de recorrer el buque y conocer a todos los tripulantes, Airam y Olivier se dirigieron al comedor de oficiales para cenar. Allí, la capitana conversó con los comensales sobre anécdotas del Crossover y su experiencia en SASEMAR y al final preguntó lo que le interesaba:

—¿Han tenido alguna vez polizones extranjeros en este buque?

—¡Claro! —contestó Olivier—. Varias veces.

—¿Cuál ha sido la última?

—No lo recuerdo con exactitud… Tendría que mirar el cuaderno de bitácora, pero seguro que hace mucho más de un año, probablemente más de dos.

Airam, tras encontrar la linterna de Ouo, sabía que eso no era cierto, pero pensó que quizá ninguno de los oficiales presentes supiera de la existencia de las polizonas. Siguió indagando con interés y cautela para que no sospecharan.

—En SASEMAR, nunca he tenido polizones, claro, sí migrantes rescatados, pero nunca polizones. ¿Cómo proceden cuando encuentran polizones extranjeros? —preguntó la capitana, aunque conocía la legislación, con la intención de obtener más información sobre cómo organizaban el operativo.

—Es un gran problema para el armador, porque le va a salir muy caro —explicó Olivier—. También es un problema para nosotros, porque los últimos polizones nos costaron un puro soberbio tanto a los

oficiales como a mí por parte de la dirección de la compañía. El protocolo establece que debemos ponerlo en conocimiento de las autoridades en el primer puerto en que entremos y normalmente se ordena la repatriación al país en el que embarcaron, cuyo coste paga el armador o el seguro que tenga para cubrirlo. Si el buque fuese de línea regular, como los de contenedores, no es gran problema, porque los polizones siguen en el buque hasta que, en la rotación de la línea, la nave vuelve al puerto donde se colaron. Pero en el Crossover, que se fleta para servicios *ad hoc*, es improbable que se les devuelva con el buque, porque supone muchos días de navegación solo para eso, con el coste que ello conlleva, e incluso podría implicar no cumplir el contrato del siguiente flete.

—¿Cómo se hace entonces?

—Por vía aérea. Pero ahí surge otra complicación. Si no hay vuelo directo de línea regular entre los países desde y hacia donde se repatrían los polizones, hay que fletar un avión privado para llevarlos, ya que no está permitido hacer escalas en las repatriaciones.

—¿Y cuánto le supone al armador, por ejemplo, con la normativa de mi país? —se interesó Airam.

—La última experiencia que tuvimos fue precisamente en España —comentó Olivier—. El buque estuvo parado en el puerto tres días hasta que se dio la orden de repatriación y se organizó el operativo para devolverles por avión a Nigeria, que era donde se colaron. En ese caso, supuso fletar un avión, ya que no había conexión aérea directa de España con Nigeria.

—He estado en Nigeria y ya lo he sufrido… ¡quince horas de viaje para un trayecto que se podría hacer en poco más de cinco! Las escalas posibles son estrambóticas. A mí me tocó ir a Etiopía para retroceder hasta Nigeria.

—Además de fletar un avión privado para la repatriación —continuó Olivier—, supuso que a cada polizón tuvieran que escoltarlo dos guardias de seguridad hasta que se los entregaran a las autoridades del país. En nuestro caso fueron siete polizones y por tanto hubo que contratar a catorce guardias para que los acompañaran hasta Nigeria y

otros siete adicionales para custodiarlos desde el puerto hasta el aeropuerto. Pero eso no es todo, el buque quedó retenido hasta que las autoridades nigerianas confirmaron que les habían entregado a los siete polizones. Calcule el coste: buque parado cinco días, más las correspondientes tasas portuarias, más el coste del avión fletado, más veintiún guardias de seguridad, más transporte hasta el aeropuerto, más incumplimiento del contrato del siguiente flete… En resumen: ¡una pasta!

—No imaginaba que pudiera llegar a suponer un coste tan elevado; entonces, debe haber un protocolo estricto para controlar que no se haya colado nadie en el buque antes de zarpar de un puerto…

—Hay un responsable de hacer una ronda por todo el buque para asegurarse de que no tengamos «bichos dentro». En nuestro caso es Mesié, un tipo rudo que es el mayor de todos los marineros.

—Ah, sí, el español que cuando me lo presentó me dijo que le llamaban así por la palabra *monsieur*, porque una vez fue a la vendimia francesa y sabía unas pocas palabras de francés…

—Sabe poquísimas, se lo aseguro. He intentado mantener una conversación en francés con él y es imposible. Pero le pusieron ese mote, ya sabe lo bordes que pueden ser los marineros…

Los oficiales soltaron unas risas al oír al capitán.

—Capitán, tiene razón, pero no solo son bordes los marineros… —puntualizó un oficial.

—Como a él, encima —prosiguió Olivier—, le gustó que le llamaran «señor» en francés, el nombre se ha ido asentando con los años y ni yo mismo sé cómo se llama en realidad. El último episodio de polizones estuvo a punto de costarle el trabajo. La compañía quería despedirlo, porque no detectar su presencia a bordo antes de zarpar supuso un coste de repatriación enorme y no era la primera vez que sucedía con Mesié como responsable. Lo pude salvar *in extremis* al abogar por él, dado que realiza un trabajo magnífico logrando que buena parte de la marinería cumpla y que no tenía a nadie para sustituirle. Pero si pasara otra vez me temo que no podría salvar su contrato.

—¿Y él es consciente de eso?

—Claro. Sabe que tiene tarjeta amarilla y que, por tanto, debe esmerarse al máximo.

Airam estuvo en un tris de decir que querría hablar algún día con Mesié para que le contase lo que hacía con la prevención de polizones, pero prefirió esperar a un momento más oportuno; no quería desvelar su misión. Pensaba que Mesié tenía muchos números para saber que las chicas estuvieron en el buque y que, si recelaba de sus preguntas, podría avisar a todos los implicados para que a ninguno se le escapara nada. En consecuencia, optó por un silencio responsable.

—Capitana, la invito a tomar una copa en mi camarote y allí podemos seguir hablado. Es pronto para irnos a dormir… —propuso Olivier.

—¡Cómo no! Voy a pasar por mi camarote un momento y después visitaré encantada el de mi vecino.

En su camarote, Airam se sentó y sacó la lista de preguntas. Tachó la número catorce: ya sabía a ciencia cierta que las letras CROS en el costado de Ayomide se referían al nombre del buque. Pensó que, gracias a la iniciativa de grabárselas, había conseguido localizarlo; el dolor que debió de ocasionarle había servido para algo. «Ya solo me quedan cuatro incógnitas por resolver», se dijo. A continuación, se puso a apuntar todo lo que había comentado Olivier respecto a la repatriación. Creía haber encontrado el móvil para el asesinato de las cinco chicas. Podría ser por el elevado coste económico que le suponía al armador, podría ser por evitar una bronca soberbia al capitán y a los oficiales o podría ser por evitar que fuese despedido Mesié. O podría ser por varios de esos motivos, que no eran excluyentes, es más, estaban relacionados. En consecuencia, Mesié y algunos oficiales, incluido el capitán, pasaban a ser sospechosos para Airam. Se preguntaba si las chicas habrían muerto solo por evitar un gran coste económico, un despido o una reprimenda. Eran tres móviles para los crímenes que compartían objetivo: convertir a las cinco en la estrella de ébano. También pensó que era muy fácil que el delito quedara impune:

por una parte, las muertas eras desconocidas, ni siquiera contaban con documento de identidad y nadie denunciaría su desaparición; por otra parte, la muerte se había producido en aguas internacionales sin más testigos que la tripulación. Bastaría un pacto de silencio entre los veintiséis tripulantes, o entre los pocos que las hubieran visto, para que nadie más supiese nada de lo ocurrido. Cuando acabó de escribir las notas se dirigió al camarote de Olivier y llamó a la puerta.

—Adelante, capitana —dijo el capitán al abrir.

Airam entró y le llamó la atención lo ordenado que estaba todo. Era un camarote notablemente más amplio que el suyo, con un sofá, dos sillones orejeros y mesa de centro. La capitana se sentó en uno de los orejeros por indicación de Olivier.

—¿Qué quiere para beber?

—¿No tendrá cerveza de jengibre Fever-Tree?

—¡Cómo no! Es fácil tenerla escalando tantas veces en Nigeria, aunque puede encontrarse por todo el mundo, porque la empresa es londinense.

—Pues entonces quiero un Moscow Mule.

La capitana creía que sorprendería a Olivier al pedir un cóctel que ella no conocía hasta hacía unas semanas.

—Hace tiempo que no saboreo ese cóctel. Se lo preparo enseguida. Yo me tomaré otro.

La sorprendida fue ella. A Airam le gustaba lo que estaba percibiendo de Olivier y deseaba conocerle más a fondo. Además, quería despejar sus sospechas por haber intentado pasar de largo de la *black room*. Mientras se bebían los cócteles, hablaron de sus experiencias y se contaron chascarrillos. La comunicación entre los dos fluía y cada vez se les veía en mayor sintonía. Olivier había puesto música de fondo y, en un momento dado, sonó un acordeón.

—Olivier, ¿qué tipo de música es esa? Sé que es típica francesa, pero no sé qué es…

—Es un vals musette, también conocido como vals francés. Fue una adaptación del vals vienés que se popularizó rápidamente. Necesita solo un acordeón, aunque pueden intervenir otros instrumentos, y requiere

mucho menos espacio para bailar que el vals vienés, porque se baila con los cuerpos más pegados.

Olivier se levantó, se acercó al sillón donde estaba Airam, la cogió de la mano derecha y lanzó una invitación:

—¿Me concede este baile?

—Encantada, capitán.

Airam se dejó llevar por Olivier, aunque al principio le costó seguir el paso. Bailaron mirándose a los ojos y dando vueltas por el camarote. Cuando acabó el vals sonó otro.

—¿Continuamos? —preguntó Olivier.

—Continuemos. Hasta que consiga bailar con más soltura.

Cuando llevaban tres valses musette, Airam, aunque le había parecido divertido, no quiso iniciar el cuarto. No porque ya bailara con soltura, sino porque con tantas vueltas estaba empezando a marearse. Acabaron de bailar y se sentaron a apurar las copas.

—Es usted un bailarín consumado. Tendrá que darme clases para estar a su altura.

—Encantado. Ya verá como aprende rápido, porque apunta maneras.

Siguieron hablando. Una hora después, Airam se miró el reloj y exclamó:

—¡Son las dos de la mañana!

—Estamos tan a gusto que el tiempo nos ha pasado volando.

—Me voy, tengo que ir a dormir…

—Espere un momento, quiero enseñarle algo antes de que se vaya.

Olivier abrió su armario y señaló un acordeón que había en la parte baja.

—Un día de estos tocaré algo para usted. Ahora no puede ser porque despertaría a la tripulación…

—¿Toca el acordeón? Olivier, es usted una caja de sorpresas… Me retiro a mi camarote, pero sepa que estaré esperando el momento de oírle tocar.

Al entrar en su camarote Airam se echó en la cama pensando en todo lo que le habían dicho en el buque. Le costó identificar el Crossover, pero sentía que había valido la pena, porque estaba muy cerca de

descubrir lo ocurrido con las cinco chicas.

Mientras estaba absorta en sus pensamientos, empezó a oír el sonido tenue de unas conocidas melodías de ópera que no identificaba porque nunca le había interesado ese género musical. Pero le gustó lo que oía proveniente del camarote del capitán. La capitana se durmió escuchando esas preciosas melodías…

Sin embargo, no resultó una noche apacible para ella. Se despertó una y otra vez con el corazón acelerado. Las imágenes con las caras de la banda de Olamilekan asaltaban sus sueños. Tenía terribles pesadillas con lo que hicieron esos asesinos en el poblado de Nala y en Amaghị. Incluso una pesadilla en la que aquellos salvajes asaltaban su camarote.

A la mañana siguiente, en el desayuno, coincidió con Olivier.

—De su camarote anoche salía una música celestial.

—Disculpe si la molesté; pongo la música con el volumen bajo, pero veo que, aun así, fue demasiado alto…

—No se preocupe, no me molestó; al contrario, me encantó y me quedé dormida escuchándola. La única molestia que he tenido han sido unas pesadillas… Estoy segura de que si la música hubiera continuado, mis pesadillas se habrían esfumado.

—Son arias de las óperas más conocidas: *Turandot, Carmen, Rigoletto, La Traviatta*… y así hasta cuarenta.

—Pues sonaban a gloria. Nunca he ido a la ópera, pero quizá me lo plantee. Me estoy replanteando muchas cosas en mi vida; será una más.

—Yo, si quiere, y no está comprometida, estaría encantado de acompañarla y explicarle el contexto de la obra, porque eso hace la ópera más interesante. En unos días cumplo cincuenta y cinco años, y ya sabe que la gente del mar nos jubilamos a esa edad. Me iré a vivir a Barcelona; ya tengo un piso comprado en el Born. Así que, si quiere asistir a una ópera en El Liceu, queda invitada.

—Gracias, muy amable, no le digo que no. Veo que es usted muy culto.

—En el mar hay muchas horas para emplearlas bien si se quiere.

Lástima que muchos marineros las tiren por la borda. Yo escucho música y toco, leo, me he sacado otras dos carreras universitarias a distancia y hablo seis idiomas: francés, inglés, español, italiano, ruso y árabe.

—Impresionada me deja, capitán.

Airam se retiró y dio un paseo por la cubierta para disfrutar de la espectacular salida del Crossover del puerto de Róterdam. Comenzaba la travesía hasta Leixões, y con ello la cuenta atrás para averiguar lo que pasó con la estrella de ébano.

48

El capitán Olivier

Cuando el Crossover salió a mar abierto, Airam decidió recorrer en solitario el buque y hablar con los tripulantes, interesándose por lo que hacían, sin ninguna referencia a lo que la había llevado hasta allí, pero con la intención de averiguar algo. No consiguió coincidir con quien más le interesaba, con Mesié, porque no estaba de servicio. En su recorrido por el buque comenzó a oír música de acordeón cuya procedencia ya conocía. Al concluir la vuelta por la nave se dirigió al camarote del capitán. Golpeó la puerta con los nudillos. Olivier paró de tocar y abrió.

—Adelante, qué sorpresa verla aquí.

—Vengo a escuchar el concierto que me prometió.

—Pues siéntese en el sillón, si es tan amable, y aguce sus oídos.

El capitán se puso el acordeón en el pecho, se ajustó las correas y empezó a tocar. Airam oyó embelesada cómo sonaba *O sole mio*. Olivier no solo deleitaba los oídos de la capitana, también fascinaba su vista: sus ojos seguían los movimientos de las manos en el acordeón sin perder detalle. Eran unas manos varoniles pero que emanaban sensibilidad; fuertes, con las venas marcadas, y con largos dedos que se movían con suma destreza. La mano derecha subía y bajaba a lo largo del teclado. La izquierda se desplazaba en vertical y horizontal por los botones. Era un espectáculo ver cómo se movían. Los ojos de Airam las seguían. Las observaban. Las disfrutaban. Le arrobó la forma en la que

Olivier abrazaba con cariño el acordeón; cómo expandía y arrugaba con delicadeza ese fuelle que actuaba como corazón, bombeando aire para que las ágiles manos lo convirtieran en melodías. Airam pensó que si fuese acordeón recitaría los dos primeros versos del poema «Te quiero», de Benedetti.

Olivier tocó varios valses musette. El movimiento de sus manos instaló en el camarote una atmósfera parisina. Airam recordó los bailes de la noche anterior. En ellos no veía esas manos mágicas que ahora contemplaba. No pudo evitar acordarse de las manos de George sobre los tambores. No eran tan bellas y, aunque tenía mérito su rápido movimiento, mucho más mérito tenía lo que hacían las de Olivier. Ella se había sentido capaz de hacer sonar los tambores en unos minutos, pero no podría hacerlo con el acordeón. A continuación, el capitán tocó varios vallenatos que parecían compuestos para ese instrumento. Airam se sintió alegre y emocionada. «Si las manos de George hacían maravillas, ¿qué harán estas manos, más bellas y ágiles?». Por último, Olivier tocó *La vie en rose*. La melodía acarició el corazón de Airam porque le encantaba desde pequeña. Ni corta ni perezosa, se puso a cantar las estrofas que recordaba. Olivier la miró satisfecho. Al acabar el improvisado concierto, Airam se levantó y aplaudió.

—¡Muy bien, maestro!

—Me alegra que le haya gustado, pero la vocalista ha mejorado al instrumentista. Canta usted muy bien, hasta Edith Piaf hubiera aplaudido su versión…

—Muy gentil por su parte, pero de eso nada, que una conoce sus limitaciones.

—No sabía que hablara francés; ¿o la canta de memoria sin hablarlo?

—*Tu ne m'avais pas demandé si je le parle. Si tu veux, on peut continuer la conversation en français* —respondió Airam.

—*Chapeau!* Tiene una pronunciación perfecta —se sorprendió Olivier.

Airam y Olivier se fueron al comedor de oficiales a tomar algo con que engañar al estómago hasta la comida. Allí coincidieron con otro oficial y, en un momento dado, se produjo un hecho inesperado.

—Capitán —advirtió el oficial—, mírese la parte interior de la muñeca; se le ha reventado otra ampolla.

—Gracias por avisarme —contestó mientras se limpiaba el líquido con un pañuelo—. No noto cuando se revientan.

—¿Y qué es eso? —preguntó Airam temiéndose lo peor.

—Son pústulas de impétigo. Es una enfermedad bacteriana que se da más en niños, debe de ser que soy más joven de lo que parezco —bromeó Olivier.

A Airam se le cayó el mundo encima. En la autopsia de Nnenna figuraba que tenía las contagiosas pústulas de impétigo. Ese indicio la llevaba a pensar que Olivier estuvo en contacto con las chicas y acabó contagiado, pero optó por callarse en ese momento. Creyó que lo mejor era hablar con Olivier a solas. Se fue a su camarote para escribir su diario y, cuando oyó que el capitán entraba en el suyo, salió y llamó a su puerta.

—Airam, ¡qué sorpresa! —exclamó Olivier tras abrir—. Pase, pase. Ya que viene a visitarme, le regalo este dispositivo USB que tengo preparado para usted.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Sorpresa. ¿Tiene ordenador?

—Sí, por supuesto, lo uso a diario.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer… Ya me dirá si le gusta.

—Gracias, capitán —dijo mientras se guardaba el USB—. Lamento decirle que mi visita no se merece un regalo, ni tampoco será agradable, como la anterior.

—Me está asustando. Siéntese en el sofá, por favor, y hablemos. ¿Quiere un café, un té u otra cosa?

—Póngame algo fuerte. ¿Tiene ron?

—Tengo ron y un excelente ron guatemalteco. Así que le pondré de este último. Zacapa XO.

—Me encanta ese ron —aseguró Airam.

El capitán sacó la bonita botella de Zacapa XO, con su atractivo diseño ovalado, que, de no ser por su tamaño, parecía más de colonia que de bebida, y sirvió las dos copas con una generosa dosis. Tras dar

un sorbo, Airam le expuso sin tapujos lo que había ido a hacer en el buque. Le dejó claro que las chicas embarcaron como polizonas en el Crossover en su escala en Lagos el día que se celebraban las elecciones presidenciales en Nigeria. Le enseñó el vídeo con la linterna encontrada y le soltó que sospechaba de él. Acabó advirtiendo:

—Cuénteme todo lo que sabe de las polizonas antes de que se lo cuente a la policía cuando lleguemos al puerto de Leixões.

Olivier se hallaba perplejo. No podía dar crédito a sus oídos. La miró a los ojos con los suyos como platos. Se quedó paralizado y se tomó unos segundos antes de contestar, como si su cerebro se negara a procesar lo que había oído o como si estuviese contando hasta diez para no soltar un exabrupto. Airam, por su parte, esperaba cualquier reacción, incluida que la echara del camarote con cajas destempladas. El primer movimiento de Olivier fue dejar la copa de ron en la mesa, sin perder el contacto visual con Airam.

—No voy a decir que me ofende su acusación porque entiendo sus razones para hacerla. Pero soy un hombre de honor y le aseguro por mi honor que no me consta que en este buque estuvieran esas chicas como polizonas.

—¿Cómo se infectó usted si no fue por estar en contacto con Nnenna?

—No sé cómo me infecté. Se lo aseguro. Pero puede preguntar a la tripulación y comprobará que ya tenía pústulas cuando llegamos a Lagos. Lo recuerdo perfectamente porque al atracar allí fui a una farmacia y me dieron una pomada antibiótica. El impétigo se me curó y hace unos días se me ha reproducido. Por tanto, si tanto esa chica como yo estábamos infectados antes de que las chicas subieran al Crossover, no pudimos contagiarnos entre nosotros.

—Si es verdad lo que dice…

—Si tiene la menor duda —la interrumpió Olivier—, le ruego que la aclare ahora mismo preguntando a la tripulación y después hablaremos. Pero le reitero que no sé nada de que esas chicas estuvieran en el Crossover.

Airam le notó tan seguro al decir eso, emanando tanta sinceridad y

honradez, que no dudó de sus palabras. Además, le gustó que el capitán no cuestionara nada de lo que había expuesto sobre las polizonas. Por otra parte, pensó que no tendría sentido que le mintiera porque el engaño se descubriría enseguida cuando hablase con cualquier miembro de la marinería.

—Capitán, no sé qué decir. No necesito comprobar lo que me dice; me lo creo. Me siento avergonzada por acusarle. No debería haber venido.

Olivier, que entendió que era un trago muy complicado para Airam, intentó dulcificarlo.

—Airam, no se preocupe. Ha obrado como yo lo hubiera hecho. Ha venido de cara y me ha expuesto sus razones con toda corrección. No hay nada reprochable en su actitud. La prevalencia del impétigo es muy baja y, por tanto, la probabilidad de que los dos lo padeciéramos el mismo día, en el mismo lugar, viniendo de sitios tan diferentes, debe de ser irrisoria. Así que su duda era más que razonable. Bebamos un poco de ron, voy a poner música, nos relajamos un poco y seguiremos hablando. Y, por favor, esté tranquila. Le repito que ha hecho muy bien y así me ha dado la oportunidad de explicarme.

A la capitana le vino a la cabeza la frase de Lord Lytton que Doyo le dijo en Akamkpa cuando ella le explicó que descartó su paternidad de Adriana por la remota probabilidad que tenía: «El destino se ríe de las probabilidades». Era muy poco probable que los dos tuvieran impétigo simultáneamente en el mismo lugar, pero sucedió. El destino volvió a reírse.

Olivier puso música de Enya, relajante, y siguió hablando.

—Le aseguro que no sé nada de ese asunto, pero, por la información que usted tiene, alguien de este buque sabe lo que sucedió. Estoy tan interesado como usted en averiguarlo. No querría que después de jubilarme se descubriera el asunto, que debe de ser terrible. Podría pensarse que no me enteraba de lo que pasaba en el buque o, lo que es peor, que lo encubrí. Así que tiene en mí a un aliado. Vamos a trabajar juntos para desenmascarar a quienes estén implicados y para saber lo que ocurrió. Y si al llegar a Leixões no lo hemos conseguido, es usted

libre para denunciarme si lo prefiere. No tiene nada que perder por confiar en mí, así que, en resumen, puede contar conmigo si quiere.

Airam se emocionó al oír hablar al capitán con tanta entereza y al saber que contaba con él. No sabía si ella hubiera sido capaz de reaccionar con tanta templanza tras ser acusada de algo tan grave.

—Contaré con usted si usted cuenta como contaba Benedetti.

—Vaya, Airam, veo que le gusta la poesía. Pues le pagaré con la misma moneda: hagamos un trato.

—¡No me lo puedo creer, Olivier! ¡Al fin alguien que lee a mi poeta favorito!

—También el mío.

—Pues tiene mucho mérito que, siendo usted francés, lea poesía en español. Una cosa es hablar o leer libros en una lengua y otra leer poesía.

—Es que tengo un pequeño secreto. Ya me dijo usted que hablo en un perfecto español.

—Es cierto. Casi no tiene acento extranjero.

—Estuve viviendo en España. Destinaron a mi padre a Barcelona y toda la familia nos fuimos con él. Allí tengo muchos amigos, porque residí desde los tres años hasta los veinte. Empecé la carrera de Filología Hispánica en la Universitat de Barcelona, pero cuando trasladaron a mi padre a París abandoné esos estudios y preferí matricularme en L'École Nationale Supérieure Maritime de Le Havre, y me convertí en oficial de la marina mercante. Es algo que siempre me había atraído. Una vez enrolado retomé los estudios de Filología y acabé la carrera.

—Ahora sí que entiendo que conozca la poesía de Benedetti.

—¡No sabe la de trabajos que he tenido que hacer sobre él! Uno de los profesores que tuve parecía el presidente de su club de fans.

—Me deja impresionada. Gratamente impresionada. Bien, capitán, pues hacemos un trato —propuso Airam al tiempo que extendía la mano derecha hacia él, que le correspondió con un fuerte apretón—. Y ahora que tenemos esta complicidad, ¿qué le parece si dejamos de hablarnos de usted?

—Me parece fenomenal. Nos tutearemos a partir de ahora —respondió Olivier.

«Fenomenal». Esa palabra, indefectiblemente, a la capitana le recordaba a Nkuku; se la recordaría toda la vida.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Airam.

—Te sugiero que vayamos a consultar el cuaderno de bitácora para comprobar si lo que refleja es coherente con todo lo que me has contado y quizá obtengamos alguna información adicional. Bueno, ya sabes que ahora en vez de «diario de a bordo» deberíamos decir el «segundario de a bordo», porque todo queda grabado al segundo en el ordenador, incluyendo la trayectoria del Crossover.

—Capitán… ¡es un buen plan para empezar!

Al consultar el diario constataron que el buque tenía que dejar el puerto de Lagos el día de las elecciones, pero no pudo hacerlo porque estaba cerrado por orden del Gobierno. Salió al día siguiente con destino a Gibraltar, donde repostó mediante *bunkering*, como imaginó Airam en el Izanagi, y después continuó hacia el puerto de Tarragona. Constataron también que el día del fallecimiento de las chicas estaba navegando frente a las costas de Castellón y en una trayectoria coherente con la distancia de la costa en la que aparecieron los cinco cadáveres. Para Airam ya no había margen de duda: si la tripulación no había variado desde que salieron de Lagos, en el buque se hallaban los causantes de las muertes de las chicas.

—Esto refuerza lo que sospechas, Airam. Vamos a encontrar a quienes estén implicados. Te lo aseguro. Ve pensando qué es lo que podemos hacer, yo también lo haré, y después lo acordamos entre los dos. Ahora tengo que trabajar un rato.

Airam se emocionó al oír esas palabras. Era el tercer hombre, tras Doyo y George, que la emocionaba al implicarse en su causa. También pensó que acabó con ellos en la cama, pero que eso no podía ser un presagio.

Regresó a su camarote y sacó la lista de preguntas. Tachó la número ocho, porque ya sabía adónde iban, a Tarragona, aunque esa información, como ya advirtió Doyo, era intrascendente, puesto que no

era un destino elegido por Alika y sus amigas. «Me quedan pocas preguntas», se dijo la capitana. Se guardó la lista y encendió el ordenador para ver lo que le había regalado Olivier en el USB. No lo pudo ver, pero sí oír. No se lo podía creer. ¡Eran las arias de las óperas que dijo que le gustaban! Pensó que era todo un detalle. Se relajó escuchando esa música…

49

Mesié

Para cuando Airam se dio cuenta, llegó la hora de comer y volvió a coincidir con Olivier y los oficiales en el comedor. Tras acabar, el capitán la llevó a una sala de reuniones donde estuvieron a solas.

—¿Has pensado lo que podemos hacer? —preguntó Olivier mientras le servía un café expreso.

—Sí. Creo que lo mejor sería hablar primero con Mesié y ver cómo reacciona. Era el encargado de revisar el buque y o no lo hizo o lo hizo incorrectamente u ocultó la existencia de las polizonas. En cualquier caso, obró mal.

—Yo he pensado lo mismo —recalcó Olivier—. Cuando acabemos el café ordenaré que venga Mesié ante nosotros y entre los dos le interrogaremos. No tenemos nada que perder.

—En realidad sí que hay algo que perder —replicó Airam—. Si sabe algo y no nos lo quiere decir, después podrá avisar a sus compinches, si los tiene, y espantárnoslos. ¿Podrías ponerle vigilancia cuando salga del interrogatorio?

—Has visto muchas películas. En el reducido espacio de un buque no se puede hacer eso porque enseguida lo descubriría. Además, tendría que hacerlo otro de los veinticinco miembros más de la tripulación y eso no es viable…

—Tienes razón, disculpa por la estúpida observación. Es que este buque es tan grande comparado con el Clara Campoamor que me

parece un mundo.

Por un momento Airam se había dejado llevar por lo que hizo George con Chinua y que tan buenos resultados dio, pero olvidó que ni el Crossover era Lagos ni Olivier tenía policías a su servicio.

—No es estúpida, solo es falta de práctica. No te flageles.

Olivier mandó llamar a Mesié.

—He de decirte que este tipo no me gusta nada —confesó Airam mientras lo esperaban—. Cuando me lo presentaste tenía una mirada sucia. Sentí como si me desnudara con los ojos. Era similar a la mirada de un capitán que se obsesionó conmigo.

Airam no quiso seguir contando el acoso laboral y sexual al que la sometió aquel capitán porque aún no tenía suficiente confianza con Olivier para hablar de un tema tan delicado. Era algo tan íntimo y desagradable que ni siquiera se lo había contado a Doyo, aun siendo su mejor amigo.

—Siento que te incomodara, no me di cuenta. Te advierto que es un tipo duro que tiene el culo *pelao* —advirtió Olivier—. No nos será fácil arrancarle algo.

—¿Se puede, capitán? —preguntó Mesié, abriendo la puerta.

—*Entrez. Asseyez-vous s'il vous plaît* —contestó Airam señalando la silla.

Mesié se sentó frente a Airam y a Olivier. El capitán le ofreció agua y le advirtió de que grabaría la conversación con su móvil. Mesié asintió con la cabeza y empezó el interrogatorio en español.

—Ya conoce a Airam, que navega con nosotros hasta Leixões. Es capitana de un buque de seguridad y salvamento marítimo. No está aquí de turismo ni por cortesía. Está aquí para intentar esclarecer un tema grave que es responsabilidad suya.

—Me están preocupando, ustedes dirán…

—Pues vamos al grano. En la última escala en Lagos subieron unas polizonas a este buque. ¿Qué sabe usted de eso?

—Nada, capitán. De saber algo, siguiendo el protocolo, se lo habría comunicado inmediatamente.

—Recuerde que usted es el responsable de comprobar que no hay

polizones antes de zarpar de un puerto. ¿Cómo explica no saber nada? —insistió Olivier.

—Con el debido respeto, ¿no pueden ustedes estar equivocados? Si a mí no me consta que hubiera polizones es porque no los había —repuso Mesié.

—Sí que los había y eran polizonas, no polizones. Eran estas. —Airam extendió las fotos de las cinco chicas sobre la mesa.

A Mesié se le dilataron las pupilas al ver fugazmente las imágenes, a las que apenas dedicó atención, pero Olivier y Airam no se percataron.

—¿Qué pruebas tienen?

—Los cadáveres aparecieron en el Mediterráneo coincidiendo con la ruta del Crossover —explicó Airam.

—En esa ruta pasan decenas, por no decir centenares, de buques cada día —interrumpió Mesié.

—No he acabado —replicó Airam—. Sabemos, por una amiga de las chicas, que en el puerto de Lagos se colaron en este buque la noche antes de partir.

—Esa amiga puede decir que se colaron en este o en otro cualquiera. ¿Cómo va a demostrarlo ella? —preguntó Mesié.

—No hace falta que lo demuestre ella. Lo voy a hacer yo. Mire este vídeo, por favor —dijo Airam enseñándole su móvil—. ¿Conoce el lugar donde tomé las imágenes?

—Por supuesto. Es el compartimento que comunica con el timón. Es la *black room*.

—Pues ya ha visto lo que he recogido con sumo cuidado en ese compartimento. Es una linterna que llevaban las polizonas. En su empuñadura está el nombre de la empresa en la que trabaja quien se la dio, al que tengo el gusto de conocer. Me informó de que las chicas se colaron en el buque por el hueco que comunica la *black room* y el mar.

Airam decidió marcarse un farol, como había visto hacer a George en el interrogatorio, y continuó diciendo:

—En cuanto lleguemos a puerto podremos la linterna a disposición de la policía y le aseguro que cuando saquen las huellas dactilares que hay en ella coincidirán con las de algunas de las chicas. Eso probará

que estuvieron en este buque y que su amiga nos dice la verdad. Por otra parte, esa amiga no tiene por qué engañarnos…

—Les aseguro que di una vuelta por el buque y no vi polizonas —insistió Mesié—. Si resultó que había, yo no he sabido nada de ello.

—¿Y cómo explica lo de la linterna? —preguntó Olivier.

—No puedo explicar algo que no sé, mi capitán.

—Sea usted consciente de que obró mal —prosiguió Olivier—: o faltó a su deber de comprobar, antes de zarpar, que el buque estaba limpio o no lo hizo bien o encubrió, por activa o por pasiva, la presencia de esas chicas.

—Capitán, me ofende que piense eso —lamentó Mesié.

—Pues no se haga el ofendido. Este es un caso muy grave. Ha habido asesinatos.

—Asesinatos o simples muertes —matizó Mesié—. Porque, en el supuesto de que hubiera polizonas, pudieron tirarse al mar por donde entraron al buque.

—No diga tonterías —soltó Olivier—. Pruebe a salir por allí y verá como acaba succionado por el remolino de la hélice o machacado por el propio timón. ¿Saldría usted por ahí con el buque en plena travesía?

—Es verdad, disculpe, no lo había pensado. Pero podrían haberse tirado al mar por otra parte del buque —insistió Mesié.

—Otra tontería. Está usted sembrado hoy —dijo Olivier—. Propone que se tiraron al mar sin tener tierra a la vista. ¿Alguien en su sano juicio haría eso?

—Bueno, no sería el primer buque en el que a alguien se le va la pinza —respondió Mesié—. La desesperación es mala consejera.

—Mesié, no era una chica. Mire las fotos. ¿Quiere usted decir que, sin que nadie de la tripulación las hubiera visto, deciden todas a la vez tirarse por la borda en alta mar?

—Hombre, visto así no parece razonable —asumió Mesié—. Pero insisto en que yo no sé nada del caso y que cumplí con mi obligación de revisar el buque antes de salir.

—Mesié —intervino Airam—, al descubrir a los últimos polizones en este buque, la compañía estuvo a punto de despedirle. ¿Ocultó a las

chicas por temor a ser despedido?

—No, señora. Me ofende que diga eso.

—Le repito que no se haga el ofendido —espetó el capitán alzando la voz.

Los tres guardaron silencio unos instantes, mirándose. Olivier entendió claramente que Mesié tenía los labios sellados. No estaba dispuesto a contar nada.

—Está bien, puede retirarse —sentenció Olivier.

—¿Antes puedo hacerle una sugerencia sobre el asunto, capitán?

A Airam se le iluminó la mirada al imaginar que podía dar una pista o incluso delatar a los culpables.

—Adelante, hágala —contestó Olivier.

—El tema que me plantean es muy feo. Si es cierto lo que ustedes dicen, no se trata solo de seis polizonas, sino también de muertes. Le aseguro que no sé nada y quizá usted debería seguir igual que yo. Hurgar, ¿adónde le lleva? Si es cierto lo que sospechan, manchará el nombre de la compañía y también su expediente y, con lo poco que le queda para jubilarse, ¿cree que vale la pena?

—Yo sí que creo que vale la pena —respondió Airam—. Una atrocidad como la que se ha cometido merece su castigo y que se encierre a los culpables para que no puedan repetirlo.

—Yo también creo que vale la pena, Mesié. Y lo que mancharía mi expediente es que me jubilara y después se descubriera lo ocurrido sin que lo hubiera investigado.

—Solo era una reflexión, capitán. De todas formas, como estoy seguro de que no ha habido polizonas, aunque fuese cierto que esa linterna estuviera en la *black room*, no hay de qué preocuparse.

—No ponga en duda que la linterna estaba allí —se molestó Airam.

—No digo que la pusiera usted allí, pero lo cierto es que, por lo que he visto en el vídeo, la encontró usted estando sola y nadie la había visto hasta ahora —repuso Mesié.

—Mesié —contestó Olivier—, no haga esas insidiosas insinuaciones. No me cabe duda de que lo que dice la capitana es verdad.

—Me alegro de que lo tenga tan claro, capitán. Pero entienda que a

los ojos de los demás puede haber una duda más que razonable de que no sea así —concluyó Mesié.

—¡Retírese! —ordenó Olivier.

En cuanto Mesié salió de la sala, Olivier cerró la puerta y se dirigió a Airam.

—Este tío me ha puesto de los nervios. ¿Qué piensas de lo que ha dicho?

—A mí me parece un tipo tan desagradable… No esperaba que lo confesara a la primera de cambio, pero si sabe algo, con lo que le hemos dicho, estará dando vueltas al asunto.

—Está en el ajo, Airam. La tercera titulación que poseo es Psicología y te aseguro que, en vista de cómo se ha comportado, hay una altísima probabilidad de que, por lo menos, sepa algo.

—¿Y cómo llegas a esa conclusión? —preguntó la capitana.

—Porque ha actuado en varias ocasiones como lo haría alguien que está implicado. Cada una de ellas por separado no dice mucho, pero todas juntas lo dicen todo. Fíjate en que ha intentado disuadirnos por dos vías para que no sigamos investigando: la primera cuando ha planteado que miremos a otra parte, con la excusa de que mancharíamos el nombre de la compañía y mi expediente si no lo hacemos, y la segunda cuando ha intentado sembrar cizaña entre nosotros al sugerir que la linterna la pusiste tú, para así hacerme dudar de que hubo polizonas. Además, ha mirado las fotos casi de reojo, de manera fugaz, sin hacerles caso; cualquier persona las hubiera mirado detenidamente, pero él no lo ha hecho porque huía de ellas. Por otra parte, si no supiera nada se habría mostrado muy sorprendido, cosa que no ha sucedido; habría intentado pensar en quién puede estar implicado en el tema, cosa que tampoco ha ocurrido. En resumen, lo único que ha hecho es dar excusas para hacernos dudar de que las chicas estuvieron aquí y de que han sido asesinadas. Ya sabes, *excusatio non petita, accusatio manifesta*…

—¡Muy sagaz, capitán! Ya apuntaste maneras con tu observación sobre mi nombre… Pues a ver cómo nos las ingeniamos para que cante. ¿Por qué no escuchamos la grabación, a ver si nos da alguna pista?

Olivier cogió su móvil y reprodujo la entrevista grabada. Casi al final Airam advirtió un detalle.

—¡Párala! ¿Has oído? Ha dicho: «Si es cierto lo que ustedes dicen, no se trata solo de seis polizonas, sino también de muertes».

—Sí. ¿Y…?

—¿Cómo sabe que eran seis? Nosotros no se lo hemos dicho y las fotos que hemos puesto sobre la mesa eran cinco. Pon la grabación otra vez para comprobarlo.

Al reproducirla de nuevo constataron que Airam tenía razón.

—No cabe duda, Mesié está al tanto de lo que pasó —aseguró Olivier.

—Pues volvamos a llamarle y le preguntamos cómo sabe que eran seis chicas.

—No perdemos nada intentándolo.

Interrogaron de nuevo a Mesié, pero era un tipo duro de pelar que supo dar con rapidez y frialdad una explicación a su incoherencia. Con una sola frase zanjó el asunto.

—Me ha parecido que eran seis fotos.

Acabó el breve interrogatorio sin ningún adelanto. Mesié salió de la sala sosteniendo una mirada desafiante a los capitanes, como queriendo decirles que estaba seguro de que no iban a pillarle.

—Espero que al menos le hayamos puesto nervioso y cometa algún fallo —deseó Airam.

—Ojalá, pero me temo que no será así. Está curtido en mil batallas. Sabe aguantar la presión y es rudo como él solo.

—Bueno, vamos a ver la parte positiva: sabemos, sin ninguna duda, que Mesié está implicado.

—Sí, pero como no tenga un cómplice no averiguaremos nada más y lo que conocemos no demuestra nada para la justicia.

El resto de la tarde Airam y Olivier la pasaron en sus camarotes. Ella escribiendo. Él tocando una melodía con el acordeón que repetía una y otra vez, como si estuviera ensayando una pieza.

50

Una caída afortunada

El capitán y Airam se vieron con los oficiales a la hora de cenar. Entablaron una divertida charla acerca de sus experiencias navegando. Contaron anécdotas de tempestades, corrimientos de carga, estiba y desestiba, polizones… Cuando acabaron, los dos se dieron un paseo por la cubierta del Crossover y Olivier retomó la conversación sobre Mesié.

—Nuestro único sospechoso es Mesié y no tenemos más argumentos para hacerle cantar. Además, salvo que confiese, no veo forma de saber si algún tripulante más tuvo conocimiento de que llevábamos seis polizonas.

—Pues si tú, que conoces a toda la tripulación, no lo sabes, imagínate yo. Estoy perdida —gruñó.

—Tendríamos que olvidar el asunto y dar parte a la policía cuando lleguemos al puerto de Leixões —apuntó Olivier—. Ellos son profesionales y sabrán qué hacer.

—Di mejor que ellos son profesionales y sabrán qué no hacer. ¡No harán ni caso! Tienen la excusa perfecta de que fue en aguas internacionales y lejos de su jurisdicción. Preferirán priorizar sus recursos para dedicarlos a resolver las denuncias que tengan en Oporto. Ya me conozco esa canción, créeme que sé de lo que hablo…

Airam miró fijamente a Olivier, transmitiéndole la impotencia que sentía al pronunciar esas palabras. Se acordó de la frustrante entrevista con el comisario amigo de Cele. Notó cómo invadía su cuerpo un

sentimiento de rabia que le aceleró el corazón al pensar en olvidar el asunto y dar parte a la policía, como sugería el capitán. No podía admitir que su búsqueda de la verdad se acabara así. Había averiguado lo más difícil, arriesgando hasta su vida, y no podía abandonar ahora que estaba tan cerca del final. Sabía que entre los veintiséis tripulantes del Crossover estaban los culpables de las muertes de las chicas y solo faltaba descubrir quiénes eran. La expresión de impotencia e ira contenida de los ojos de Airam, que, sin palabras, lo decía todo, se clavó en los de Olivier durante unos segundos mientras seguían andando. Al llegar a unos escalones, la capitana sufrió un traspié y se dio de bruces con el suelo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Olivier mientras bajaba rápidamente los escalones y se agachaba junto a ella—. Maldito sea este trozo de cubierta, tiene poca luz…

—No es la falta de luz, es que te miraba a ti y no a donde tocaba. Ya me lo decía mi madre cuando era pequeña: quien no mira hacia delante, tropieza y se cae. Ufff. Sí que me he hecho daño. Ha sido un traspié tonto y esos son los peores.

—Te has raspado las manos. Vamos a la enfermería —propuso Olivier levantándola del suelo.

—Sí, vamos. Además de los rasguños, me duele mucho el tobillo —aseguró Airam al incorporarse con una notable cojera.

El encargado de la enfermería del buque atendió a Airam. Le desinfectó las heridas y le puso una venda compresora en el tobillo.

—Tiene un esguince. Tómese estos antiinflamatorios y utilice estas muletas para no apoyarse en el pie.

—Gracias por todo —dijo Airam, y enfiló la salida.

—Espere, señora, necesito sus datos. Tenemos que apuntar a quiénes atendemos, su diagnóstico y el tratamiento que se prescribe, y usted tiene que firmarlo.

—¿Y eso lo hacen con todos los que pasan por la enfermería? —preguntó Airam mostrando interés.

—Sí. Llevamos un libro de registro. Es norma de la compañía.

—Olivier —Airam guiñó un ojo—, podríamos mirar por curiosidad

cuántas incidencias hubo en el último trayecto que hizo el Crossover desde Lagos hasta Tarragona...

—Claro que sí. Enséñenos el libro, por favor.

—Si usted lo dice, por supuesto, capitán. Pero ya sabe que no estoy autorizado a enseñárselo a otra persona —comentó mientras abría el libro.

—Mira, Olivier —señaló Airam en una línea—, once días después de salir de Lagos se atendió a un tal Danilo con arañazos hechos por mano humana.

—Sí, señora. Vino a primera hora de la mañana. Por lo visto se había peleado con alguien, aunque no quiso decir con quién. Insistió en que era una pelea sin importancia y que ya habían hecho las paces. Pero los arañazos eran profundos y le escocían mucho. Ya ve que tuve que darle un calmante para el dolor.

Al dejar la enfermería fueron al camarote de Airam. Olivier abrió la puerta para facilitarle la entrada, ya que ella iba apoyada en sus muletas, y se sentaron en el sofá. La capitana no tardó en hacerle una observación:

—No he querido decir nada en la enfermería, pero ¿qué te parece que ese tal Danilo se peleara con otro tripulante y que este le arañara? ¿Acaso tus tripulantes son gatos?

—Es muy raro. Los hombres se pelean a puñetazos, no a arañazos.

—Exacto —remató Airam—. A mí me ha parecido algo más que raro, porque sé algo que tú no sabes. Para mí es sospechoso. Mira lo que apunté detrás de la foto de Johari con el resultado de su autopsia.

Olivier leyó con atención la frase, que decía: «Las diez uñas rotas, sin apreciarse rasguños en el cuerpo ni restos en los dedos que apunten a la causa de la rotura».

—Además, la fecha en la que Danilo fue a la enfermería coincide con el día que encontré a las cinco chicas en el mar.

—Los tenemos. Fueron Mesié y Danilo —afirmó Olivier.

—Sin ninguna duda —enfatizó Airam—. Ahora, a ver cómo lo hacemos para que al menos uno de los dos confiese. Si se cubren uno al otro no conseguiremos nada.

—Pues tendremos que empezar llamando a Danilo. Es un joven marinero filipino que trabaja en la sala de máquinas desde hace unos meses. Creo que este es el primer trabajo que tiene en un buque. Normalmente hace turno de noche. Mañana, tras desayunar temprano, iremos a la sala de reuniones y ordenaré que comparezca ante nosotros cuando acabe su turno. Le interrogaremos cansado y con sueño, a ver si así es más fácil que se le suelte la lengua.

—¡Qué maquiavélico! Me encanta tu idea —aplaudió Airam.

Olivier se fue a su camarote y volvió con dos copas de Zacapa XO. Lo degustaron y brindaron porque al siguiente día Danilo contara todo lo que sabía. Mantuvieron una animada charla. Entre risas y sonrisas, Airam relató experiencias en los barcos de SASEMAR y parte de su aventura en Nigeria, y Olivier, anécdotas de su vida como capitán. La complicidad entre ambos fue en aumento, alimentada por todo lo que compartían. Cuando Olivier volvió de rellenar las copas de ron, la capitana le pidió que tocara de nuevo el acordeón, porque quería ver otra vez sus manos moviéndose con habilidad por el teclado y los botones. Desde las primeras notas se quedó embobada siguiendo los dedos con la mirada y enseguida sintió unos escalofríos que le recorrían el cuerpo. En ese momento le hubiera gustado estar en el lugar del acordeón para sentirse abrazada con tanta delicadeza y sentir esos dedos paseando por su cuerpo. Cerró los ojos y fantaseó con esas sensaciones al son de la música. Olivier la miraba complacido al ver su cara que emanaba placer. Creía que era solo por la música que deleitaba sus oídos, porque no podía imaginarse lo que ella estaba fantaseando. Tocó *La vie en rose*, que Airam le confesó que era su melodía favorita, y con ella la capitana abrió los ojos, se levantó a duras penas y cogió con su mano la de Olivier, invitándole a que dejara de tocar y bailara con ella. Lo hicieron como no lo habían hecho en su vida: sin música, pero tarareando la canción; sin mover los pies debido al esguince, pero meciendo los cuerpos abrazados; sin limitarse a la duración de la canción porque la canturrearon tiempo después. Luego siguieron hablando. Estaban tan a gusto que conversaron durante cuatro horas. Ya de madrugada, cada uno se acostó en su camarote.

Olivier no consiguió conciliar el sueño durante largo rato porque estaba sintiendo por Airam cosas que jamás había experimentado. Él era un verdadero solitario, un solitario lobo de mar. Nunca había querido comprometerse con nadie porque su profesión le exigía estar lejos del hogar durante largas temporadas, y eso, a diferencia de la mayoría de los capitanes, lo habría llevado muy mal. Pero desde que vio aparecer a la capitana en el Crossover quedó impresionado por su físico y también por esa personalidad, que le estaba cautivando cada día más. Esa mezcla de ternura, generosidad, tenacidad, solidaridad, inteligencia y dureza era un cóctel delicioso para su corazón. Además, admiraba su valentía para luchar por lo que quería. Esa noche constató que Airam era una mujer de esas que te hacen replantearte la vida. Él no había conocido a ninguna, pero soñaba con su existencia. Había tratado a mujeres muy interesantes, pero con ninguna sintió la chispa que ahora prendía en su cuerpo; ninguna le hizo querer compartir su vida con ella. Acababa de descubrir que no se debía a su carácter de lobo de mar solitario, sino simplemente a que no se había cruzado en su camino la mujer con la que desear recorrerlo.

Airam tampoco podía dormir. Por una parte, el corazón le latía de forma acelerada al recordar los románticos momentos que acababa de vivir, y por otra, se hallaba ilusionada porque estaba a un paso de descubrir lo ocurrido con la estrella de ébano; a la vez le preocupaba cometer algún error que pudiera frustrarlo. Danilo iba a ser su último cartucho. No podían fallar. Al final logró dormirse por agotamiento, pero por poco tiempo porque se despertó con la salida del sol.

Se duchó y puso la música que creyó más acorde con el día: *Hoy puede ser un gran día*, cantada por Joan Manuel Serrat. Después salió a desayunar, muletas en mano, y coincidió con Olivier.

—Buenos días, capitana. ¿Cómo va ese pie?

—Buenos días. Tratando de no tocar el suelo. Lo de ir con muletas es

una nueva experiencia para mí.

—Hoy hemos dormido poco…

—Sí, pero me siento fenomenal. Hoy puede ser un gran día —respondió Airam.

—Ya lo he oído en la canción que has puesto. Transmite alegría y energía. Ojalá sea un gran día porque consigamos que Danilo nos cuente lo que sucedió.

—¡Que así sea!

Después del desayuno se marcharon a la sala de reuniones para acordar el desarrollo del interrogatorio a Danilo.

—Como te puedes imaginar —advirtió Airam—, Mesié le habrá avisado de lo que le preguntamos y vendrá preparado. Como estrategia del interrogatorio diremos que sabemos lo de la enfermería por Mesié, para potenciar en la mente de Danilo que si sospechamos de él es por culpa de su cómplice. Vamos a marcarnos un farol, a ver si se lo traga y canta. Hace poco vi cómo lo hacía el jefe de policía de Lagos y dio resultado.

—Me parecen dos buenas estrategias —afirmó Olivier—. Divide y vencerás, y sacar verdad de una mentira. Veamos si funcionan…

Olivier hizo llamar a Danilo a la sala de reuniones.

—Buenos días, marinero, siéntese ante nosotros, por favor.

—Sí, mi capitán, como usted diga.

Airam contempló al joven Danilo. «¿Cómo podría haber matado a las cinco chicas esta criatura?», se preguntó.

Olivier puso en marcha la grabadora del móvil.

—Le informo de que esta conversación quedará grabada. Supongo que Mesié le habrá dicho que hemos hablado con él —advirtió Olivier.

—Sí, algo me comentó. Me dijo que le había llamado el capitán y la rubia pibón. Pero no me *cascó* lo que hablaron.

Airam recordó la mirada sucia de Mesié cuando se lo presentó el capitán. No le extrañó que se refiriera a ella como «rubia pibón», pero sí que le molestó.

—Pues sepa que esta rubia pibón también es capitana. Mesié sabe que estoy al frente del mayor buque de seguridad y salvamento

marítimo de España.

—Es que el Mesié es así, señora.

—Danilo —dijo Olivier—, debe de ser consciente de que usted y su amigo están en una situación crítica. Sabemos que en nuestra última escala en Lagos se subieron seis polizonas a este buque y después cinco de ellas aparecieron muertas en aguas del Mediterráneo. Los dos conocían ese hecho y saben lo que pasó.

Airam aprovechó para sacarse del bolso las cinco fotos de las chicas muertas en la cubierta del Clara Campoamor y las extendió sobre la mesa orientadas hacia Danilo.

—Yo no sé *na*, capitán, se lo juro por estas —dijo besándose el puño y mirando las fotos—. ¿Qué tienen contra mí?

—En principio con quien teníamos que hablar era con Mesié —intervino Airam—. Ya sabe que él es el responsable de asegurarse, antes de zarpar, de que no haya polizones en el buque. La verdad es que nunca hubiéramos pensado en que usted estuviese implicado. Pero, al hablar con Mesié, nos dijo que él no sabía nada, que habláramos con usted.

—Eso, más o menos, quiere decir que él se limitó a encubrirle como jefe suyo —aclaró Olivier—. Así que o dice lo que sabe o quizá tenga que cargar usted con la mayor parte del castigo que les corresponderá. Piense que será muy duro porque se trata de cinco muertes y una desaparición.

Danilo se puso nervioso al oír esas palabras. Pensó que Mesié le había tirado tierra encima. Por una parte, sugirió que hablaran con él y por otra le dijo que si le preguntaban sobre las polizonas no dijera nada de nada, que negara todo. Así, sentía que Mesié le convertía en sospechoso al dar a entender que sabía lo que había ocurrido y él reafirmaba las sospechas al no decir nada, pareciendo que tenía algo que ocultar.

—En cuanto lleguemos a puerto —improvisó Olivier—, les cogerán muestras para cotejar su ADN y el de Mesié con los restos encontrados en las uñas de una de las chicas. Frente al resultado no podrán negar nada.

—Sí, Danilo —intervino Airam—, sabemos que usted fue a la enfermería a que le curaran unos arañazos que achacó a una riña con otro marinero. Pero en realidad eran de Johari —señaló su foto con el índice—. Aquí está apuntado el resultado de su autopsia y queda reflejado que se rompió las uñas arañando, evidentemente arañando a quienes le provocaron la muerte.

—¿Y sabe cómo hemos sabido que fue usted a la enfermería? Gracias a su amigo Mesié —acusó Olivier con sorna—. Nos dijo que algo raro había pasado con usted, porque había tenido que ir a curarse unos arañazos.

Olivier soltó el farol y vio que causaba efecto: Danilo empezó a moverse sin parar, inquieto… Airam no dudó en que era el momento adecuado para presionarlo aún más.

—Además, a una de las chicas la violaron —dijo, preparándose para marcarse otro farol, mientras señalaba con el dedo la foto de Alika—. Cotejando su ADN y el de Mesié con el de los restos de semen encontrados en el cuerpo sabremos cuál de los dos fue.

Al oír que sabían que a la chica la violaron, Danilo dio signos de sentirse muy incómodo. Empezó a mover una pierna como si tuviera el baile de san Vito.

—¿Va a aparecer su ADN en los restos encontrados en las uñas de Johari o en el semen que tenía Alika? —preguntó Airam de farol—. Piénselo bien, sabe la respuesta.

—Mire, Danilo —prosiguió Olivier—, las reducciones de pena por colaboración con la justicia solo se ofrecen al primero que habla. Puede ser usted o lo será Mesié, no le quepa duda. Así que piense bien lo que más le conviene, porque quizá no tenga otra oportunidad.

—Es más —continuó Airam—, quizá Mesié le cargue las muertes solo a usted. Después de todo es el único que consta que fue arañado.

—Por eso el cabrón no fue a la enfermería… —murmuró Danilo entre dientes, mirando al suelo y moviendo la cabeza de un lado a otro repetidamente.

Airam subió el tono de voz y soltó una ráfaga de preguntas directas:

—¿No le parece monstruoso violar a Alika? ¿Quién fue? ¿Cómo

murieron las cinco chicas? ¿Cómo desapareció la sexta? ¿Qué les hicieron?

Tras ese aluvión la tensión acumulada en el interrogatorio hizo mella en Danilo y se derrumbó. Rompió a sollozar sobre las fotos de las difuntas, con la cabeza sobre las manos apoyadas en la mesa y, al fin, soltó las palabras que Airam deseaba escuchar:

—Lo contaré todo.

Airam y Olivier le dejaron que llorara.

—Desahóguese. Cuando se calme nos lo contará —dijo Olivier, que guardó la conversación y preparó su móvil para grabar en un nuevo archivo la confesión de Danilo.

51

La confesión

Al cabo de unos minutos Danilo se calmó lo suficiente para relatar los hechos. Airam sintió una emoción indescriptible al pensar que iba a conocer, al fin, lo que sucedió.

—A los siete días de partir de Lagos —comenzó Danilo—, estaba trabajando por la noche con la chocolatera.

—La chocolatera es como llaman al motor principal del buque —aclaró Olivier a Airam en voz baja ante su cara de extrañeza.

—Ya sabe, capitán, que en ese turno me quedo solo. Al quitarme los cascos de protección me pareció oír algo que apenas se notaba con el ruido que mete la máquina. Afilé el oído.

—Se dice «agucé» el oído —corrigió Airam.

—*Pos* eso. Pero usted me ha entendido, ¿no? Afilé el oído mientras me acercaba a popa. Escuché unos golpes y gritos que venían del pasillo donde están los almacenes. Al entrar me di cuenta de que el sonido era de alguien que llamaba a la puerta del fondo. Una voz de mujer gritaba algo que no entendía. Abrí la puerta y me encontré con unas polizonas. Eras seis negritas.

—Eran Alika, Johari, Nnenna, Ayomide, Opeyemi —Airam señaló sus caras en las fotos, una a una— y Olabisi.

—Va a ser que sí. Todos los días resuenan sus nombres en mi cabeza —lamentó Danilo entre lágrimas—. Fui a buscar a mi *capo*.

—A su jefe de guardia, que resultó ser Mesié —apuntó Olivier.

—Exacto. Era el Mesié. Me acompañó a ver a las negritas y nos dijeron que tenían hambre. Se les había acabado la comida y la bebida que llevaban. El Mesié les pidió que esperaran unos momentos y les traeríamos comida, agua y unas mantas para que no pasaran frío. Al salir le insistí al Mesié que teníamos que informarle a usted —agregó dirigiéndose al capitán—. Escupió al suelo, me miró a los ojos y me soltó que no dijera gilipolleces, que una cosa es lo que dice el protocolo que hay que hacer y otra lo que se tiene que hacer. Que una cosa era la ley escrita en papel y otra la ley del mar. Me dijo que él estaba hasta los huevos de tratar con polizones y sabía lo que tocaba hacer. Para mí era la primera vez que vivía esa experiencia y, si mi jefe decía eso, les aseguro que no me pareció que tuviera que dudarlo. Me explicó entonces que si el capitán lo sabía estaba obligado a ponerlo en el cuaderno de bitácora y a partir de ahí se desarrollaba un mecanismo imparable que tenía tres consecuencias graves: la paralización del buque no se sabía cuántos días en cuanto llegara a puerto, una pasta gansa en pérdidas para el armador y devolución de las chicas a Nigeria. Me preguntó si no creía que las negritas merecían la oportunidad de llegar a España. Solo se la podíamos dar nosotros si guardábamos el secreto y les facilitábamos la salida del buque una vez atracáramos. Así que teníamos que elegir si les dábamos la oportunidad. Me presionó diciendo que si las delatábamos le iba a caer la del pulpo como responsable de comprobar, antes de zarpar, que no había polizones a bordo. Me contó que con los últimos que se colaron en este buque, la compañía se enfadó tanto que quiso despedirle. «¿Quieres que me despidan o me guardarás el secreto? Si me lo guardas sabré recompensarte…», me dijo.

—Así que usted pensó que lo mejor que se podía hacer era ocultar que había polizonas a bordo —aventuró Olivier.

—Pues sí. La cagué, ya lo sé. Me pesará toda la vida. Pero, tras escuchar las razones del Mesié, entendí que lo que decía tenía más sentido que informarle a usted —añadió—. Pensé que era lo mejor para todos: para las negritas, que tendrían una oportunidad de quedarse en España; para el armador, que evitaría el enorme coste económico; para

el Mesié, que no vería peligrar su trabajo; e incluso para usted, capitán, que no tendría que asumir el posible castigo del armador, porque seguro que algo le hubiera *tocao*, si le cuesta tanta pasta al amo. Le juro que no veía que hiciera ningún mal a nadie y sí mucho bien a las chicas.

—Entonces fueron a por comida, bebida y mantas —apostilló Airam, ansiosa por que prosiguiera.

—Sí. El Mesié les explicó que las visitaríamos por la noche, que es cuando podíamos acceder los dos sin que hubiera nadie en la chocolatera, y que en unos días llegaríamos a Tarragona y les facilitaríamos la salida del buque. Les dijo que no armaran jaleo, porque, si se enteraba el resto de la marinería, las denunciarían y las devolverían a Nigeria.

—Y ante esa amenaza seguirían vuestras indicaciones a pies juntillas, claro —agregó Airam.

—Va a ser que sí. No querían volver a su país y estaban ilusionadas con llegar a España. Se enteraron en ese momento del destino, porque ellas no sabían *ande* iba el buque cuando se colaron en él.

—¿Y cómo transcurrieron los días siguientes? —preguntó Olivier.

—Bien. Las visitábamos por la noche, siempre cuando nadie nos veía. Les llevábamos comida y bebida para todo el día. Charlábamos con ellas. Nos preguntaron cómo era Tarragona y también sobre el buque, y se lo describimos. Al decirles que se llamaba Crossover, a una de ellas le pareció un nombre guay. Dijo que el buque era eso, un *crossover*, un pasadizo entre su pasado y su futuro, entre la vida en su poblado y su vida en España. Nos contaban cosas de donde vivían. Nos dijeron que habían huido por culpa de la maldición de un hechicero que provocó la muerte del marido de esta —señaló la foto de Alika— en el mismo banquete de su boda. ¡Qué fuerte!

—Por desgracia murió —apuntó Airam—, aunque yo no creo en lo de la maldición. Bueno, lo que pasó fue infinitamente más dramático que una muerte.

—Pero, si todo iba bien, ¿cuándo se jodió? —preguntó Olivier.

—Se jodió la tercera noche después de encontrarlas. Les llevamos la

cena y dos de ellas querían jalar más, así que el Mesié me mandó a por más comida. Al volver, la puerta del fondo estaba cerrada y lo encontré en uno de los almacenes de mantenimiento con Alika *desparramá* sobre la mesa, desnuda, y él follándosela. La piba estaba *empaná*…

—Cerdo cabrón, cuando coja a Mesié se va a enterar —amenazó Airam.

—Le pregunté qué estaba haciendo y él me largó: «¿No lo ves? Follándome a la tía más buena». Entonces le dije que se le había ido la pinza, que no me parecía bien, que lo dejara. Pero él me respondió: «¡No me des la brasa! Eres un ansias, chaval. Esta viudita necesita marcha en el cuerpo». «¿Cómo puedes decir eso?», le pregunté. «Está claro que a la piba sí que le parece bien», me respondió. «¿Oyes que proteste? ¿No ves que no dice que no? Ella sabe que esta es una forma de agradecernos el salvarlas». «Pero está llorando», le dije. «Eso es de placer», me contestó. «A cada tía, al correrse le da por una cosa. Esta tiene los orgasmos silenciosos y llorosos. Y cállate ya, que me estás jodiendo el polvo».

»En unos minutos acabó y se separó de Alika, que seguía inmóvil encima de la mesa. El Mesié, subiéndose los pantalones, me dijo: “Ven, que ahora te toca a ti. Los amigos lo compartimos todo. ¿Qué prefieres, por delante o por detrás? Puedes elegir, se deja hacer todo. Yo lo he hecho por el culito y luego por el pomelo”, fardó riéndose y abrochándose la bragueta.

—Cada vez más terrible, doble violación, eso no lo ponía en la autopsia —apuntó Airam.

—No sé si lo hizo por delante y por detrás, capitán. Ya sabe que el Mesié es un fantasma…

—Siga, Danilo —pidió Olivier.

—Yo miraba a la chica y ella estaba como si no estuviera. Su cuerpo estaba ahí *tirao* sobre la mesa, pero su ser no sé dónde estaba. Era como si no le importara lo que había hecho el Mesié.

Danilo mantenía la cabeza gacha y la mirada perdida. Se tomó unos segundos antes de seguir, mientras Airam y Olivier se miraban asombrados por lo que estaban escuchando.

—«Anda, ven, los amigos están para compartir lo bueno», me insistió el Mesié. «¿O es que no te gustan las tías? ¡A ver si voy a tener que ponerme a salvo contigo!». Entre los comentarios del Mesié, que no paró de insistir, y ver a la chica tan sexy, a la que me di cuenta estaba follándomela yo también.

—¿«A la que me di cuenta», canalla? —intervino Airam—. Eso no es una justificación. ¡Tres violaciones seguidas! ¡Cabrones! —dijo bajando la vista y echándose las manos a la cabeza.

—O sea —puntualizó Olivier—, que le parecía mal lo que hacía Mesié, le dijo que se le había ido la pinza, y va usted y hace lo mismo…

Danilo asintió con la cabeza, apesadumbrado.

—El Mesié me jaleaba, diciendo: «¡Eso es un hombre! ¡Dale caña! ¡Dale, dale! Incluso me grabó con su móvil. ¡Más madera! ¡La tía quiere más! ¡Venga!» —me espoleaba—. Sentí una sensación muy extraña mientras la penetraba. Ella no mostraba signos de rechazo ni de gozar. Nunca me he *tirao* a una muñeca hinchable, pero debe de ser una sensación parecida.

—¡Hijo de puta! ¡Cerdo! ¡Ojalá te hagan a ti lo que le hicisteis! Un salvaje la había violado unos días antes, después de matar a su marido ante ella en el banquete de boda. A Alika y a su madre las iban a condenar por no haberle practicado la ablación. Y con vosotros dos violaciones más, ahora en manada. Huía de aquel horror y cayó en el vuestro. ¡Asquerosos!

—Bueno, pero la chica no se opuso a que se lo hiciéramos —intentó excusarse Danilo.

—¿Cómo quieres que estuviera Alika después de todo lo vivido? —contestó Airam a gritos—. ¡Estaba conmocionada! Al ver las intenciones de Mesié, en ese momento le daría igual vivir que morir. Era como si su vida tuviese anestesia general. Ella no tenía que oponerse, tenía que daros permiso. ¿Acaso os lo dio? —gritó, se levantó y propinó una bofetada a Danilo.

—Cálmate, Airam —pidió Olivier cogiéndola entre sus brazos—. Ven, siéntate a mi lado.

Airam lloraba amargamente y Danilo también rompió a llorar.

Olivier miraba a uno y otro lado respirando hondo. Así pasaron unos dolorosos minutos hasta que Danilo continuó relatando lo que había hecho:

—Sé que no está bien lo que hice. Sé que la cagué. Me di cuenta al ver la reacción del Mesié en cuanto la saqué de Alika.

—No me digas que Mesié se arrepintió enseguida… —dijo Airam—. No me lo puedo creer.

—¡Qué va! ¡Ojalá lo hubiera hecho! Alika se giró de lado, se cogió por las rodillas y se puso en posición fetal. Rompió a llorar y repetía: «*police, police*»… Entonces el Mesié la cogió del brazo y la sentó. Alika le miró con una expresión indescriptible: escupía odio y rabia. El Mesié le preguntó: «¿Quieres hablar con la policía?». Ella asintió con la cabeza mientras seguía llorando. Entonces el Mesié le metió una buena hostia y volvió a caer sobre la mesa. «*Police*?», preguntó el Mesié al tiempo que le apretaba el cuello con la mano. «Como vuelvas a decir esa palabra te doy una paliza que te mato».

»Yo le cogí para que no la pegara más y Alika seguía repitiendo: "*police, police*"… El Mesié y yo empezamos a discutir. Él me dijo: "Tenemos un marronazo. Si esta vuelve con las otras cinco les contará lo que le hemos hecho porque ellas le insistirán al ver lo *empaná* que está. Después nos denunciarán. Y si la encerramos para que no se lo cuente, las amigas armarán lío al ver que no vuelve. En cualquier caso, estamos bien jodidos porque se sabrá que la hemos forzado y nos mandarán al trullo mogollón de años".

»Le contesté: "Pero si no la hemos forzado, tú lo has dicho, Mesié, ella se dejaba". "¿Eres gilipollas o te lo haces?", respondió el muy *hijoputa* del Mesié. "Si ella lo dice ahora, para los demás la hemos forzado. Diremos que no, pero ¿qué piensas que van a creer? Lo mejor que nos puede pasar es que, al no defenderse, nos condenen por abuso sexual y no por agresión. Eso son menos años, pero vamos al *trullo* fijo". "¿Y por qué lo has hecho?", pregunté al Mesié. "Cada vez que miraba a esta putita", me contestó señalando a Alika, "me ponía cachondo y ya no aguantaba más".

—¡No vuelva a llamar «putita» a Alika! —exigió Airam.

—Disculpe, yo nunca la he llamado así. Fue el Mesié el que lo hizo. Continuó diciéndome: «Cuando te has ido a por comida la polla me estallaba. Era la última noche antes de llegar a Tarragona y tenía que ser mía ya. Esperaba que colaborara por los favores que le hacemos y, si hubiese sido así, no habría pasado nada. Eso es lo que me ha pasado con otras polizonas. Me lo enseñó un *capo* que tuve, como yo te lo he enseñado hoy a ti. Pero ya has visto que era una puta zombi. Cuando me he dado cuenta ya era demasiado tarde». «Pero era demasiado pronto para meterme a mí en el ajo», le dije yo, a lo que me respondió: «No. No me he dado cuenta cuando me la follaba. Me he dado cuenta cuando lo hacías tú. Ya te he dicho que si la piba hubiera colaborado, como me ha pasado con otras polizonas, no habría pasado nada. Yo solo quería compartir lo bueno contigo».

»Entonces le pregunté: "¿Qué hacemos ahora?". El Mesié se puso a pensar dando vueltas en la habitación. En menos de un minuto dio con su solución: "Bueno, ya te he dicho que los amigos están para compartirlo todo, lo bueno, como has hecho, y lo malo, como vamos a hacer". "¿Y qué sugieres?", le pregunté. "Subiremos con ella a cubierta de popa, con la excusa de que la llevamos a la enfermería para curarla, y la tiraremos por la borda. Nadie nos verá, porque a estas horas los colegas están en sus camarotes. Simplemente pasaremos por el lado de la barandilla y a una señal mía la cogeremos de las piernas y, ¡zas!, un empujón y al mar. Será fácil, porque no opondrá resistencia, ya que no sabe lo que vamos a hacer. Después bajaremos a por otra chica, con la excusa de llevarla ante el capitán, que es lo que les dije al llevarme conmigo a esta mala puta, y cuando esté en popa la tiraremos también y así con las seis. En unos minutos habremos acabado con el marrón. Nadie las echará de menos, porque nadie sabe que están en el buque. Se ahogarán y se acabaron nuestros problemas".

—Sois unos desalmados. Sois animales de la peor calaña —espetó Airam mientras Olivier la cogía de la mano para que no se acercara a Danilo.

—Sé que está mal lo que hicimos, pero en esos momentos de confusión no ves las cosas claras, y lo poco claro que ves es lo que no lo

es, vamos, lo que decía el Mesié.

—Continúe ese macabro relato, Danilo —pidió Olivier.

—Con Alika fue muy fácil. Ni gritó al caer al agua. Después tiramos por la borda a esta y a esta —señaló sus fotos con el dedo—; fue tan fácil como con la primera, la única diferencia es que gritaron al caer, pero nadie oye un grito estando dentro del buque. Al bajar a por la cuarta chica, esta nos plantó cara —dijo señalando la foto de Johari—. Nos preguntó por qué no volvían sus amigas. El Mesié le contestó que cuando acabara una con el capitán iría la otra. Pero la tía insistió en que no era posible que hubieran acabado, porque volvíamos muy rápido. El Mesié, con mucha sangre fría, le dijo que éramos unos *mandaos* y que el capitán no quería que las que hablaran con él pudieran decir lo que les preguntaba a las que aún no lo habían hecho. La invitó a que nos acompañara ella a continuación y así vería a sus amigas tras hablar con el capitán. Así lo hizo, nos acompañó a cubierta. Cuando la fuimos a tirar por la borda se resistió porque algo malo se esperaba. Empezó a arañarnos como si fuera una manada de gatos rabiosos, hasta que el Mesié le metió una hostia y la tiramos al mar.

»Cuando bajamos a por la quinta chica nos llevamos una sorpresa. Había desaparecido una de las dos que quedaban. Como no podía salir por la puerta, pensamos que habría escapado por donde entró. No hay otro lugar *pa* salir. Nos lo confirmó la última —señaló la foto de Ayomide—, dijo que se tiró al mar porque nos tenía miedo. Nos asomamos por la escalera y no había ni rastro de ella, así que creímos que la hélice del buque la habría matado. Subimos a cubierta con la última que quedaba —continuó sin apartar el dedo de la foto de Ayomide—, asegurándole que vería a sus amigas y fue muy fácil tirarla por la borda; nunca olvidaré sus gritos cuando cayó al agua. Llamaba a las otras cinco, les decía que tenían que juntarse y no paraba de gritar sus nombres. Me quedé en popa mirándolas a la luz de la luna llena. Se distinguían sus cabecitas y sus braceos mientras, a la altura del buque, no demasiado lejos, un faro nos lanzaba sus ráfagas luminosas. Me extrañó, dado que no podíamos estar cerca de la costa.

—Era el faro de las islas Columbretes, sin duda —apuntó Airam—.

¿Sabe a qué hora sucedió esa atrocidad?

—Sí. Fue a la una en punto de la mañana. Lo sé porque me sonó el reloj que llevo —dijo Danilo—, lo tengo configurado para que me suene al marcar las horas. Como es un reloj satelital siempre va con la hora real. Era la una en punto.

—¿Y qué hicieron Mesié y usted tras tirar a las cinco chicas por la borda? —preguntó Olivier.

—El Mesié se fue abajo en cuanto tiramos a la última al mar. Yo me quedé llorando y mirando a las cinco hasta que las perdí de vista. Era como si la luna quisiera enseñarme la barbaridad que habíamos hecho. Desde entonces los gritos de las cinco chicas suenan todos los días en mi cabeza y se cuelan en mis pesadillas. Cuando veo la luna, me acuerdo de ellas; de cómo nadaban para juntarse; de cómo se llamaban a gritos. Al pasar por popa no puedo evitar mirar la estela y se me cae el mundo encima al acordarme de lo que hicimos. Fue horrible. Les juro que cuando vi a las cinco chicas en el agua, si hubiera podido volver atrás en el tiempo, lo habría hecho.

—¿Y hasta cuándo habrías retrocedido, cerdo? —preguntó Airam.

—Hasta el momento en que las descubrí. Le aseguro que si fuese ahora se lo diría inmediatamente, capitán. Dijera lo que dijese el Mesié, yo lo pondría en su conocimiento, capitán, se lo juro.

—De nada sirve ya que se arrepienta, Danilo —contestó Olivier—. La violación múltiple de Alika y las muertes no tienen vuelta atrás. El mal que han hecho no se puede reparar. Por eso en la vida hay que pensar muy bien lo que se hace cuando puede causar perjuicios a otras personas. ¿Verdad que no querría que le hicieran lo que ustedes hicieron a las cinco chicas?

—No, señor, claro que no.

—Pues no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti —dijo Olivier—. Esa es una norma básica para la convivencia en paz. Si además la conjugas con el haz bien sin mirar a quién y con el vive y deja vivir, tiene tres reglas de oro para un mundo mejor y para que cada persona se sienta feliz con lo que hace respecto a los demás. Son tres reglas de respeto al prójimo de las que podemos ser actores y

beneficiarios si todos las practicamos.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió Danilo entre lloros y mirando al suelo.

—Lo que han hecho ustedes es más propio de bestias que de personas —continuó Olivier—. Es usted tan burro que no se ha dado cuenta de por qué Mesié le insistió en que la forzara.

—Porque somos colegas, ya me lo dijo.

—Lo hizo para que no pudiera ir diciendo por ahí lo que había hecho. Así los dos estaban igual de *pringaos*.

—Seguramente tiene usted razón, capitán. Ni lo pensé —adujo Danilo entre lágrimas—, ya le digo que no sé lo que me pasó.

—Mañana mismo enviaré un informe a la compañía con lo que han hecho usted y Mesié, y proponiendo además sus despidos. A partir de ahora estará arrestado e incomunicado hasta que le entreguemos a la justicia.

—Espero que recibáis un castigo a la altura de vuestra crueldad —concluyó Airam.

Olivier llamó a los oficiales y les ordenó que encerraran bajo llave a Danilo y a Mesié en dos camarotes separados. También ordenó que confiscaran el móvil de Mesié, donde tenía grabado el vídeo con Alika y Danilo. La confesión había terminado.

Airam se acordó de su amiga Delfina cuando no le permitió grabar las autopsias con el móvil. Le vinieron a la mente aquellas palabras: «Los móviles los carga el diablo… Una foto o un vídeo indiscretos en un móvil son una bomba de relojería; nunca se sabe adónde pueden llegar». Afortunadamente Mesié no fue tan prudente como Delfina y en su teléfono tenían la prueba que les condenaría.

52

La justicia de Olivier

Tras la confesión, Airam acompañó a Olivier a su camarote, se sirvieron unas buenas copas de Zacapa XO y se sentaron en los sillones orejeros. Estaban apesadumbrados por el terrible relato de Danilo, pero a la vez satisfechos por haber esclarecido lo ocurrido con las chicas. Jamás habían experimentado una sensación similar. En la vida cotidiana resulta difícil sentirse satisfecho al oír algo que produce pena. Esa mezcla de una sensación tan positiva con otra tan negativa constituía un cóctel de extraño sabor emocional.

—Estoy enfadado conmigo mismo porque podía haber evitado esta barbarie —se quejó Olivier.

—No digas eso, no te culpes. Tú no podías hacer nada —replicó Airam.

—Sí que pude hacerlo. Estoy arrepentido y avergonzado de haber insistido a la compañía para que no despidiera a Mesié. Saqué la cara por un individuo que no lo merecía.

—En ese momento no sabías de qué calaña era.

—Es cierto, pero un capitán debe conocer a sus tripulantes. Fallé en eso.

—Basta ya de culparte. Eres un hombre de honor, como la mayoría de la gente de mar, y has actuado como debías. Ni tú ni nadie podía pensar que Mesié era capaz de cometer esas atrocidades, porque seguro que jamás ha dado síntomas de una conducta tan vil y despreciable.

—Tienes razón. Creía que toda mi tripulación era honorable, como suelen serlo los mareantes, y resulta que tenía enrolado al peor bicho que me pueda imaginar. Disculpa que te abrume con mi pesar.

—Quien tiene que pedir disculpas soy yo, porque en el interrogatorio he perdido los estribos en varias ocasiones.

—¿Disculpas? Lo entiendo perfectamente. Yo he tenido que reprimirme para no saltar sobre él. Ha sido un interrogatorio tan tenso y tan desagradable…

—¡Menudo final tuvieron! Morir ahogadas es terrible. ¿Imaginas lo que sufrirían las cinco luchando por su vida?

—Una agonía atroz, espeluznante, aterradora…

—Estoy pensando que Danilo y Mesié las tiraron por la borda diez horas antes de llegar al puerto de Tarragona. Si hubieran tardado un poco más, habrían llegado sanas y salvas —recalcó Airam.

—Así es. A las chicas les faltó un amanecer para conservar la vida —resumió Olivier.

—Tras la confesión de Danilo me cuadra todo. Los golpes en la cara que se recogían en las autopsias de Alika y Johari, a los que no di más importancia porque pensaba que eran fortuitos, son de las hostias que les dio Mesié. Me quedaban cuatro enigmas por resolver de los dieciocho iniciales…

Airam enseñó la lista a Olivier, con los catorce que había ido esclareciendo tachados, y con los cuatro que le quedaban por aclarar.

—Y ya los tengo todos resueltos —continuó—. La respuesta al primero es que aparecieron en un corro porque se juntarían una vez en el agua, probablemente para aumentar las posibilidades de que las vieran y las salvaran a todas. O quizá fuese tan solo por estar juntas durante los últimos momentos de su vida, ya que se querían mucho. La respuesta al sexto, que era la madre de los dieciocho enigmas, es que dos desalmados las tiraron por la borda. No quiero ni volver a pronunciar sus nombres. El undécimo también está claro; ya sabemos por qué los arañazos, las uñas rotas y las heridas en la cara: fueron consecuencia de su rebeldía ante lo que sucedió. La respuesta al número diecisiete es la única sobre la que existe una cierta

incertidumbre: Olabisi seguramente murió succionada por la hélice del buque y quizá nunca se encuentre su cuerpo.

—Lo has resuelto en pocos días.

—Sí, gracias a tu ayuda. Aunque hemos estado a punto de no resolverlo…

—Y que lo digas. Tras hablar con Mesié estábamos perdidos, pero gracias a tu esguince encontramos el camino. Por cierto, ¿cómo evoluciona?

—Solo me duele cuando apoyo el pie, pero con estas muletas me voy arreglando... Hablando de otra cosa, estás hecho un filósofo con esas tres reglas de oro.

—Pues sí, Airam, pero toda regla tiene su excepción. Yo he aplicado siempre estas tres reglas en mi vida: vive y deja vivir, haz bien sin mirar a quién y no hagas lo que no quieras que hagan contigo. Pero me parece tan depravado lo que he oído que esta vez me las voy a saltar.

—¿Por qué lo dices?

—Te habrás dado cuenta de que navegamos con bandera de conveniencia, como muchísimos buques, y eso nos abre posibilidades para ajustar cuentas con los dos desalmados. Ya sabes que las banderas de conveniencia se adoptan porque la legislación que se aplica al buque es la del país de abanderamiento. Hace años se elegía el país con la legislación fiscal más favorable para el armador, con la que se pagaban menos impuestos, pero ahora al escoger el país de abanderamiento se mira, además, que la legislación laboral sea lo menos favorable posible al trabajador, lo que supone que tiene menos derechos. El delito se cometió en este buque, así que podemos entregar a Danilo y a Mesié a la policía portuguesa al llegar al puerto de Leixões o ir a entregarlos al país de bandera del Crossover. ¿Sabes lo que hacen allí con los violadores? Los capan, pero no químicamente, no, los capan físicamente. ¿Y sabes lo que hacen con los asesinos? Los condenan a cadena perpetua. Hubo discusión sobre si se les aplicaba pena de muerte o no y se llegó a la conclusión de que la muerte ponía fin a su sufrimiento y que por tanto era mejor la perpetua. Y todas las penas se cumplen. Primero les caparán y luego irán a prisión de por vida. Y si

sus compañeros de prisión saben que son violadores, que te aseguro que se enterarán, es probable que les violen una y otra vez durante a saber cuánto tiempo. Así que voy a redactar la denuncia, la acompañaremos con la grabación de Danilo y les entregaremos a la policía, pero no a la portuguesa…

—¿Qué pasaría si les entregamos a la policía portuguesa?

—Tendrían que extraditarlos, porque la legislación aplicable es la del país de abanderamiento. Pero, como ese país no tiene convenios de extradición, no sería la primera vez que la extradición no se produce. No quiero correr ese riesgo. Los entregaremos a las autoridades competentes.

—Estás sembrado, Olivier. Estoy orgullosa de ti. Se merecen eso. Se merecen sufrir como sufrieron las cinco chicas. Me encanta la justicia de Olivier. Cuando mi amiga me leyó la autopsia de Alika dije que, si pillaba al violador, sacaría a la Lorena Bobbitt que llevo dentro, pero antes la has sacado tú. Capados y encarcelados para siempre y, además, quizá en la prisión reciban una dosis de su propia crueldad. En todo caso, no volverán a hacer otra cosa así. *Chapeau*, capitán.

—Pues ya ves, por primera vez me salto mis reglas: al entregarles a la policía haré lo que no me gustaría que me hicieran y el haz bien sin mirar a quién lo cambio por hacerles todo el mal que pueda. Pero ¡qué bien me siento saltándomelas en este caso! Será la única vez, pero valdrá la pena.

—¿Y cómo vas a entregar a Danilo y a Mesié a ese país? No puedes llevártelos en avión desde Oporto, porque tendrían que entrar en Portugal…

—Lo he pensado ya. Como te dije, me quedan solo unos días para jubilarme. De hecho, el próximo es mi último viaje y su destino está a solo un día de navegación del país de abanderamiento. Como este buque todavía no está fletado, tras ese trayecto se lo fletaré yo al armador por ese día de travesía.

—Pero ¡qué pasada, Olivier! Eres *pro*, como dirían mis hijas.

—Estar soltero y sin hijos, trabajando toda la vida, y haber hecho buenas inversiones hace que tenga mis buenos dineritos ahorrados. Así

que los treinta mil euros que costará fletar el Crossover para ir con él a su país de bandera no suponen mucho para mí. La satisfacción que me dará hacerlo vale mucho más que ese puñado de euros. Cuando entregue a Mesié y a Danilo a la policía, me volveré a Barcelona en avión y me jubilaré. Es una forma original de acabar mi carrera: fletando el buque que capitaneo. Ciento ochenta y tres metros de eslora para llevar a esos dos desalmados a donde se merecen.

—Olivier, por favor, tienes que dejarme hacerlo a mí. Yo lo fleto contigo dentro. Trabajarás para mí haciendo lo que los dos queremos. Quiero hacerlo por la memoria de Alika, Johari, Nnenna, Ayomide, Opeyemi y Olabisi. También por Nkuku, otra amiga de las seis, no por su memoria, sino por ella, ya que afortunadamente está viva. No te he hablado mucho de Nkuku, pero ya te contaré lo que ha arriesgado para contarme la vida de Alika y sus amigas, para darme las claves que me permitieron identificar el Crossover, y lo que hizo para salvarme la vida. Cuando me empeñé en saber lo que había pasado con la estrella de ébano jamás imaginé lo que me iba a encontrar. Para mí es como si las cinco chicas fueran mis amigas; me encantaría haber compartido vida con ellas. Olivier —dijo la capitana mirándole a los ojos y poniendo voz seria—, esta es mi lucha. Te agradezco el ofrecimiento, pero déjame que lo flete yo, por favor te lo pido.

—Entiendo lo que dices, Airam, pero yo también quiero hacerlo. Por las chicas y, sobre todo, por los dos desalmados de mi tripulación. Es lo que se merecen. Me traicionaron y me comprometieron, y quiero que esa pareja de violadores asesinos tenga el castigo más duro que una justicia pueda darles. Y quiero, además, que el resto de la tripulación lo sepa en su momento. No me temblará la mano.

—Olivier, te repito que esta es mi lucha. Tengo que fletarlo yo.

—Cuando nos aliamos para encontrar a los culpables dejó de ser tu lucha para ser la nuestra. En esto no hay ni tú ni yo, hay un nosotros. Nosotros nos pone tras una acción común, es como si en esto fuésemos una sola persona.

—No, Olivier, insisto. Llevo más de mes y medio empecinada en saber lo que les pasó a las cinco chicas. Cuando vi sus cuerpos en la

cubierta del Clara Campoamor, me prometí que llegaría hasta el final. Si fletas tú el barco serás tú el que llegue hasta el final y no yo. Lo fleto yo y no se hable más.

—En tu barco estuvieron las chicas asesinadas y en el mío también. Aquí además están los asesinos que trabajaban a mis órdenes y me traicionaron. Cuando me convenciste de que estaban en este buque, yo también me hice una promesa: si los encontrábamos me ocuparía de que tuvieran la peor de las penas posibles.

—Entonces ¿lo echamos a suertes a ver quién paga? —sugirió Airam.

El capitán no quería renunciar a pagarlo y tras una breve reflexión hizo una propuesta.

—Como los dos tenemos razones para hacerlo, creo que lo mejor será que, si te parece, fletemos el Crossover a medias. Nosotros lo hemos resuelto, así que nosotros lo fletaremos. Quizá sea lo más justo, ni tú ni yo, ¡nosotros!

—Vale, trato hecho, porque si no lo acepto, lo fletarás tú solo. Además, me gusta ese nosotros.

Airam y Olivier se fundieron en un emocionado abrazo. Después el capitán cogió de nuevo su acordeón, lo abrazó como él sabía y comenzó a tocarlo.

Airam contemplaba fascinada sus manos. Ya pensó, al verlas tocar por primera vez, que si fuese acordeón recitaría con razón los dos primeros versos del poema «Te quiero», de Benedetti; ahora también recitaría con razón los dos siguientes tras conocer cómo trabajaba Olivier para que se hiciera justicia.

El capitán dejó el acordeón de lado tras interpretar dos melodías; puso música y los dos apuraron unas copas de Zacapa XO durante un buen rato. No hablaron. Solo se miraron con admiración, satisfechos con lo que habían conseguido. Cuando sonaron los primeros acordes de *Eternal Flame*, de The Bangles, Olivier se acercó al sillón donde estaba Airam; la cogió de la mano mientras cantaba la primera frase de la canción y a continuación preguntó:

—¿Me concedes este baile?

—Encantada, mi capitán, aunque bailaré como anoche, casi sin

moverme, dado el estado de mi pie.

Airam se levantó con ayuda de la muleta, se cogió de Olivier y comenzaron a bailar sin mover los pies; solo con el bamboleo de sus cuerpos.

—Estos días me he sentido muy a gusto estando juntos —susurró Airam—. Querría conocerte mejor. Cuando vuelvas ya jubilado, podrías venirte unos días a mi casa, que es muy grande. Te enseñaría mi Clara Campoamor, aunque sea un juguete al lado del Crossover; te enseñaría Castellón; incluso podríamos hacer una excursión al paraíso de las Islas Columbretes.

—He visto esas islas en las cartas marinas y las he avistado desde lejos en muchos viajes, pero no sé nada de ellas.

—Son unos pequeños islotes volcánicos solitarios en el Mediterráneo, una reserva marina con aguas cristalinas, llena de langostas, con unos meros enormes, en las que se producen avistamientos de delfines e incluso ballenas cuando es la época. Se puede desembarcar en Port Tofiño para visitar la isla grande, si tienes permiso, y pasear hasta el faro, que depende de la Autoridad Portuaria de Castellón. Estar en las Columbretes es estar en el paraíso; te invade una sensación de paz y de felicidad…

—Si me lo dices así, tendré que ir; no sé si a verte a ti o las Columbretes, pero tendré que ir —dijo sonriéndose.

—Bueno, tú ven. Y cuando estemos allí juntos miramos si hacen una buena ópera en El Liceu, en el Palau de les Arts, en el Teatro Real, o en París o en Londres… o donde sea. Quiero ver una ópera contigo como me prometiste. La cuestión es que disfrutemos de estar juntos, sin prisa pero sin pausa, hasta donde la vida nos lleve.

—Trato hecho, Airam. Iré a tu casa en cuanto llegue a España. Hemos hecho otro trato. Pero te advierto que no quiero salvarme a tu lado.

—Lo dices por la poesía de Benedetti, ¿verdad? ¡Es preciosa! «No te salves»… eso quería hacer yo de joven, no salvarme. Al empezar esta aventura —continuó Airam—, me di cuenta de que, si me aplico esos versos a mí misma, no me quedaría conmigo. Opté, sin darme cuenta,

con la inercia del día a día, por salvarme. Yo, que siempre había tenido el lema vivir es elegir, sin darme cuenta había dejado de elegir hacía muchos años. De joven escogí los caminos menos fáciles: los estudios que quise, en lugar de los que me garantizaban un buen puesto en la empresa familiar, sin importarme tener que trabajar para pagarme la universidad si así hacía lo que deseaba; una profesión con un destino de mar en vez de uno de tierra… Pero ahora había perdido contacto con mis buenas amistades, la relación con mi marido languidecía y en mi vida, una vez alcanzados todos mis objetivos, no aspiraba a nada más. Desde que me empeñé en saber qué le pasó a la estrella de ébano, mi vida tiene otro rumbo. Esta vez no me voy a salvar, ya nunca más me salvaré.

—Quizá emprendiste esta aventura porque no querías salvarte —sugirió Olivier.

—Podría ser. A veces haces algo porque te lo pide el corazón, como es este caso, y resulta que el corazón te lo pide porque sabe que lo necesitas. Yo estaba haciendo una evaluación diaria de la relación con mi marido, porque no me satisfacía, y en este viaje me he dado cuenta de que no necesitaba más evaluación. Ya le he pedido el divorcio y espero firmarlo en cuanto vuelva a Castellón.

Airam y Olivier siguieron bailando y hablando hasta altas horas de la noche, hasta que vaciaron la botella de Zacapa XO. Disfrutaron de la compañía mutua hasta que Airam anunció:

—Olivier, tengo que ir a mi camarote para dormir un rato. De lo contrario mañana tendré unas enormes ojeras…

—Las ojeras son bellas porque tienen historias que contar. No te preocupes por tenerlas, porque seguro que estarás guapa hasta con ellas. Pero, bueno, mejor que no las tengas para evitar que algún oso panda se enamore de ti y tengamos un problema.

—Por eso será, como hay tantos osos panda por aquí… —Airam se rio de la ocurrencia de Olivier.

Pensó que este capitán era un combinado de un sabor muy especial: era culto y gracioso; era generoso y castigador; sabía bailar y tocar el acordeón; era perspicaz y caballeroso; era testarudo y comprensivo; era

políglota… y tenía unas manos espectaculares.

—Te pido solo unos minutos antes de que te vayas. Siéntate, por favor —le dijo Olivier.

Cogió el acordeón, se lo puso en el pecho y empezó a tocar una bella melodía. Airam reconoció algunos de los acordes que había oído desde su camarote, pero no sabía qué música era. Sus ojos seguían las manos de Olivier como si fueran su sombra. Verdaderamente era un espectáculo verlas en acción. Las pupilas azules de la capitana parecían tocar a distancia cada tecla y cada botón al seguir los movimientos de los dedos. Cuando el capitán acabó de tocar Airam aplaudió y preguntó:

—¿Qué melodía es esta? Te he oído ensayarla antes desde mi camarote, pero no la conozco. Me ha encantado. He sentido un torbellino de emociones y se me ha acelerado el corazón. Durante unos segundos he notado un hormigueo que me subía desde el cuello hasta la coronilla. Es una melodía que enternece, que transmite sensaciones y sentimientos. ¿Quién la compuso?

—La titularé *La guanche valiente* o simplemente *Airam* —dijo Olivier con una gran sonrisa—. He intentado traducir a la música lo que me transmites. ¿Qué título prefieres?

Airam se quedó impactada. ¡Las preciosas manos de Olivier habían interpretado una melodía que había compuesto inspirándose en ella! Entonces comprendió por qué se había emocionado tanto al oírla. No sabía qué decir. Le brotaron lágrimas de alegría. Tras unos segundos, contestó:

—Has tenido un detalle increíble solo al alcance de personas con una sensibilidad fuera de lo común. Llámala *La guanche valiente*. Me siento feliz.

La capitana dio un gran abrazo al capitán; un abrazo muy especial, con el que apoyó la cabeza sobre su hombro. Sintió que en ese abrazo no solo se estaban uniendo sus cuerpos, sino también sus almas. Las dos permanecieron fundidas en una sola durante un buen rato. Airam sentía que Olivier la envolvía con la misma fuerza y delicadeza con la que rodeaba su acordeón para sacar de ella a *La guanche valiente*.

Al separar sus cuerpos, entrelazaron las miradas y desearon fundir sus cuerpos en uno. Desearon sentir el roce de sus labios sobre la piel, pero supieron que no era el momento. No podían disfrutar de lo que sentían en ese buque donde habían arrebatado la vida a las cinco chicas, donde dos depravados las habían convertido en la estrella de ébano.

Tras el abrazo, la capitana se marchó a su camarote y se durmió con una sensación de felicidad indescriptible.

53

Escala en Castellón

A la mañana siguiente la capitana se despertó todavía feliz. A la salida del sol bajó a la popa del Crossover con la ayuda de las muletas y se apoyó en la barandilla con la mirada perdida en la estela del buque. La invadió la tristeza al contemplar el escenario de la tragedia. Durante largo rato se imaginó a Mesié y Danilo tirando allí por la borda a sus cinco estrellas; cerró los ojos y se dijo a sí misma que al fin podían descansar en paz. Pensó en lanzar algo al mar, en señal de duelo y homenaje a sus amigas, así que bajó a su camarote, abrió la maleta y cogió pétalos de distintas flores que había recogido en sus idas y venidas al claro del bosque para tenerlas como recuerdo. Subió de nuevo a popa y al arrojarlos sobre la estela gritó a los cuatro vientos:

—¡Gracias, Alika! Te quiero, aunque no te haya conocido.

Se quedó apoyada en la barandilla mirando cómo el buque se alejaba de los pétalos y fue recobrando la alegría al sentir que lo que había hecho había valido la pena. Cuando los perdió de vista, repitió el ritual matutino que hacía en su casa, pero esta vez recitando la *Canción del Pirata* original, desde el primer verso. Miró al horizonte y, con voz muy alta, comenzó:

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela

un velero bergantín…

Airam no se dio cuenta de que Olivier se acercaba por detrás con sigilo; se detuvo junto a ella, y escuchó atentamente. Ella siguió con la poesía hasta el último verso:

… Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Pronunció la última palabra y sonó un fuerte aplauso. Airam se giró, sorprendida, y le dijo a Olivier:

—Esa poesía, recitada en voz alta frente al mar, es para mí una fuente de energía. Lo hago desde la terraza de mi casa todos los días que puedo, parafraseándola, y acabo haciendo como si disparara diez cañones auténticos de un galeón que asoman por la barandilla.

—Una bonita forma de cargar energía. Haces como los tifones, que se recargan en el mar.

—Pues espero que el tifón Airam no te asuste.

—¡Cómo me va a asustar algo tan bello!

Mientras bajaban a desayunar, la capitana recordó fugazmente cómo tenía que actuar el tifón Airam frente a las desagradables conversaciones con Cele y se alegró de que eso ya fuese historia.

Una vez ante el café con leche, Olivier, con cara de satisfacción, le adelantó una buena noticia:

—He hablado con el armador y acepta; nos fleta el buque. Es más, al explicarle el porqué, le ha encantado la idea, ya que evita el riesgo de que el tema salga en la prensa europea por no entregarlos en Portugal. Le ha parecido tan bien que me ha propuesto rebajarnos el flete diez mil euros. En Leixões tendrán preparado el contrato para que lo firmemos y hagamos la transferencia del cincuenta por ciento. Así que hoy mismo, en cuanto lleguemos, tendremos el Crossover como si fuera nuestro durante un día tras acabar la siguiente travesía.

—Muy bien, capitán Olivier. Veo que no pierdes el tiempo. Tras firmar el contrato y dar la señal cogeré un avión para ir a Castellón. Quiero ver a mis hijas, arreglar unas cosillas y después me iré con Doyo a Nigeria a ver a Nkuku, porque se lo prometimos. Doyo es un buen amigo del que apenas te he hablado. Es catedrático de culturas africanas y dejó todo por ayudarme en Nigeria. Sin él no hubiera resuelto el enigma de la estrella de ébano y no te hubiera conocido.

—¡Bien por Doyo, pues! ¡Eso es un amigo! —exclamó Olivier—. Ya tengo ganas de conocerlo. Cuando vuelvas a Castellón me avisas para ir de okupa a tu casa. Mejor aún, te avisaré yo que voy hacia allí en cuanto entregue a Mesié y a Danilo a las autoridades.

—Volveré pronto; probablemente antes de que tú vuelvas de tu última travesía como capitán de la marina mercante. El que antes termine que avise al otro.

Tras ultimar el flete del Crossover, llegó el momento de la partida de Airam hacia Castellón. Olivier la llevó en un coche de alquiler hasta el aeropuerto de Lisboa, dado que, con el esguince, ella prefería no conducir. Durante las poco más de tres horas de camino, los dos cantaron juntos al son de la música de la radio, se rieron, hablaron...

—Olivier, no cabe duda de que serías un magnífico compañero de viaje para conocer mundo.

—Tú también me lo pareces. Pero no hay que fiarse de las apariencias… Habrá que comprobarlo.

—¡Estoy de acuerdo! Tendremos que comprobarlo…

Ya en el aeropuerto, tras facturar, Airam sacó su móvil.

—Mira la foto que me hiciste al llegar al Crossover —pidió la capitana.

—Me alegro de que no cumplieras tu palabra de borrarla. Estás muy guapa —aseguró Olivier enseñando en su móvil esa misma foto puesta como fondo de pantalla.

—Estás loco —sonrió Airam—. Te he enseñado la mía porque yo también quiero tener una foto tuya.

La capitana hizo varias fotos a Olivier y también se hicieron unos selfis. Después se fundieron en un abrazo que no se interrumpió hasta

que anunciaron el inicio del embarque del vuelo. Se miraron a los labios, como si sus ojos pidieran un beso, pero ninguno de los dos dio el paso. Ambos sentían que necesitaban intimidad para hacerlo.

Se despidieron con la ilusión de volver a verse y con el compromiso de cerrar el caso de las cinco chicas como se merecían: él entregando a Mesié y a Danilo para que la justicia les diera el trato más duro posible, y ella volviendo a Nigeria para que Nkuku conociese la verdad.

—¡Nos veremos en casa! —voceó Airam, brazo en alto, tras pasar el control de seguridad.

Olivier la vio desaparecer con el convencimiento de que había encontrado a la mujer que veía la vida con los mismos colores que él. Airam enfiló el largo pasillo pensando que Nigeria había puesto patas arriba su vida y se sentía afortunada por ello.

En la sala de embarque, la capitana quedó por móvil con Doyo para volver a Nigeria dos días después, adelantándole solo que ya estaba el caso resuelto y que le contaría personalmente los pormenores. También quedó con sus hijas para cenar esa misma noche en casa de sus padres.

Cuando despegó el avión y se apagaron las luces que indicaban cinturones abrochados, Airam cerró los ojos y le invadieron dulces pensamientos sobre Olivier. Recordó sus hábiles y preciosas manos recorriendo el acordeón; los momentos que habían disfrutado conversando; su noble reacción cuando ella le acusó de conocer a las cinco chicas; los interrogatorios a Danilo y a Mesié; la determinación con la que propuso fletar el buque para imponerles la más dura de las justicias… Le vinieron a la cabeza los acordes de *La guanche valiente* y con ellos se durmió durante el resto del breve vuelo de Lisboa a Valencia. Sentía una inmensa paz interior tras haber resuelto el caso de forma satisfactoria. Hacía mucho que no experimentaba semejante sentimiento.

En Valencia la esperaba un coche que había enviado su padre. Desde la autovía contempló el inacabable verdor de los naranjos de La Plana, que se fundía con el azul del Mediterráneo. Miró su agenda y comprobó

que había pasado un mes sin ver ese mar al que se sentía tan unida y, tras ese tiempo, volvía una nueva Airam.

Durante la cena, a lo largo de varias horas, resumió a sus padres y a sus hijas su aventura, omitiendo intimidades que solo a ella le incumbían: les describió los momentos más felices, los de mayor miedo, los más alegres, los de mayor desesperación… Les habló del poder de la amistad, de la valentía de Nkuku… Padre, madre e hijas la escucharon con asombro.

—Estoy orgulloso por tu compromiso y tu tenacidad —le aseguró su padre—, pero lo que has hecho ha sido una temeridad. Hecho está, pero espero que no vuelvas a correr una aventura tan peligrosa, entre otras cosas por tus hijas. Afortunadamente acaba con final feliz; en otra ocasión podrías no tener tanta suerte.

—Feliz para mí, pero no para las cinco chicas, ni para la desaparecida, ni para Nkuku, ni para Yeji… Pero, bueno, su desgracia fue anterior a que encontrara la estrella de ébano. Y tengo que contradecirte, papá, porque esto aún no ha acabado. Mañana lo dedicaré a hacer unas gestiones y pasado mañana Doyo y yo nos volveremos a Nigeria. Nos comprometimos con Nkuku a contarle lo que pasó. Tiene que saber quiénes eran los culpables y lo que les espera.

—¿Que vuelves a Nigeria? —inquirió el padre—. ¿No eres consciente de la suerte que has tenido?

—Soy consciente, papá. Pero también lo soy de que Mulukú me protege. —Se sacó el amuleto y se lo enseñó.

—Hija, ¡no digas chorradas! —contestó el padre con tono despectivo.

—Mamá, ten cuidadín —advirtió Adriana—. Por lo que nos has contado, volver allí es muy peligroso. No tientes a la suerte. ¿Por qué no le dices a Nkuku que venga ella aquí para contárselo? Así de paso la conocemos… y que se traiga a las mellizas, que deben de ser dos perlitas. Envíales los billetes de avión y evitas el peligro de ir de nuevo a Nigeria.

—Nkuku no puede dejar el poblado y regresar después. Ni podrá sacarse el pasaporte así como así. Ni orientarse ella sola en un aeropuerto, no sabe cómo funcionan. No os preocupéis, porque los que

atentaron contra mí ya están detenidos. Sé que es difícil que lo entendáis, pero estoy segura de que no me puede pasar nada malo si sigo llevando el amuleto nok.

Padre, madre e hijas la miraron extrañados. No podían creer que una persona como ella, tan racional, creyera en supersticiones.

—No me miréis como si estuviese loca. En este viaje he aprendido que a veces hay que tener fe en lo que no se ve, en lo que aún no podemos entender —aclaró—. Yo la tengo en este amuleto —aseguró enseñándolo entre sus dedos—, y está basada en lo que ha hecho por mí. No sé cómo, no sé por qué, pero sé que me protege.

El padre de Airam no salía de su asombro.

—Hija, parece que en ese país hayas perdido tu alma de ingeniera. Pareces *nigeriera* en vez de ingeniera…

—Tú siempre con tus jueguecitos de palabras. No la he perdido, pero es cierto que he cambiado mucho. Soy una nueva Airam, ya lo iréis comprobando.

Al día siguiente fue al notario y firmó los papeles del divorcio que ya estaban firmados por Cele. Al salir, desde la misma puerta, envió tres wasaps:

> Cele, ya he firmado el divorcio, ya somos libres los dos. Deseo que te vaya bien en la vida. Un saludo.
>
> Hijas, ya he firmado el divorcio. Podemos celebrar mi despedida de casada en cuanto vuelva. Besos.
>
> Olivier, ya he firmado el divorcio. Espero verte pronto porque te echo de menos. Besetes.

Después se dirigió al marmolista y al cementerio a fin de encargar una sepultura para las cinco chicas. Quería honrar su memoria. Comió con Delfina, su amiga médica forense, en el restaurante de La Marina, en pleno puerto, con vista a los veleros amarrados en el largo pantalán.

Querían aprovechar el magnífico día comiendo al sol. Pidieron a Julia, la responsable del local, que les pusiese una mesa al aire libre, junto a la palmera, en la esquina donde la marina parece flotar sobre el mar. Mientras saboreaban un plato de cáscaras, una ensalada de la casa y uno de los famosos arrocitos de Castellón, que inmortalizó Manolo García en su célebre canción, *Como un burro amarrado a la puerta del baile*, Airam puso al día a su amiga de todo lo que había logrado. Finalizó reconociendo su mérito:

—Sin la información que me diste de las autopsias, no hubiera logrado nada. Saber que presentaban ablación, Nala infibulación y que Alika había sido violada me incentivó sobremanera para llegar hasta el final. El detalle de las uñas de Johari me permitió, podríamos decir que de carambola, descubrir a Danilo, y las letras que se arañó Ayomide en su cuerpo me facilitaron identificar al Crossover. Sé que tuviste que transgredir tus códigos, pero ya ves que ha valido la pena. Darte las gracias se me queda corto, debería darte las megagracias, qué digo, eso también se me queda corto, te doy ¡las yottagracias!

—¿Qué es eso de yotta? ¿Lo has aprendido en África?

—¡Qué va! La informática ha popularizado los prefijos mega, giga y tera, y algún día hará lo mismo con el yotta. «Mega» es un millón, o sea, un uno seguido de seis ceros, y «yotta» es un uno seguido de veinticuatro ceros. Es un billón de billones de gracias. Y mira que un billón es un número enorme con sus doce ceros…

—No será tan grande, porque cada dos por tres se oye hablar de billones de euros en los medios de comunicación.

—Un billón es un número gigantesco. ¿Cuánto tiempo crees que tardarías en contar hasta un billón si estuvieses contando doscientos por minuto, o sea, más de tres por segundo, sin parar para nada durante día y noche? Da igual que sean los números 1, 2, 3, que 1.724.236.425, 1.724.236.426, 1.724.236.427, tú siempre contando tres por segundo, sin parar cuando comes ni cuando duermes… ¿Cuánto piensas que tardarías?

—Ya ha salido la ingeniera que llevas dentro. No sé… ¿un par de días? ¿Una semana, a lo sumo?

—Te has quedado un pelín lejos. Tardarías más de nueve mil quinientos doce años. Haz las cuentas y verás…

—¡Casi cinco veces lo que ha pasado desde el nacimiento de Jesucristo hasta ahora! ¡Qué pasada!

—Pues si un billón es un número enorme, imagínate un billón de billones de gracias.

—No es para tanto. Me salté el reglamento por amistad, por sororidad, pero con la seguridad de que no perjudicaba a nadie y de que hacía bien, sobre todo a ti. Si hubiera causado algún daño a alguien, te aseguro que no lo habría hecho.

—Pues ya ves, no solo me has hecho bien a mí. Algo tan aparentemente inocuo como revelar por teléfono el resultado de las autopsias ha llevado a que dos tipos despreciables reciban su merecido en la otra parte del mundo y lo que es más importante: a que jamás puedan abusar de otra polizona ni de otra mujer.

—Eso me satisface. Valió la pena.

Tras una larga sobremesa en la que disfrutaron de su amistad, se despidieron.

—Tienes que venir un día a cenar a mi casa, aún no la conoces —propuso Airam.

—Me encantará. Ya quedaremos.

—No quedaremos. Vamos a quedar ya, porque si no, un día por otro, no lo haremos. ¿Qué tal te va dentro dos semanas?

—Estupendo. Nos veremos entonces. Que te mejores de lo del pie.

—Gracias. Ya ves que llevo las muletas casi de adorno. Mañana espero no necesitarlas —aventuró Airam mientras se daban dos besos de despedida.

Por la noche la capitana cenó con sus hijas, esta vez a solas, y siguieron hablando de todo lo que había vivido en Nigeria. Ellas estaban ávidas de conocer cómo había sido su vida allí. Airam deseaba ofrecerles una versión *light*, sin detalles íntimos de lo que había descubierto con George. Quería que sus hijas disfrutaran del sexo plenamente y que no les pasara como a ella durante cuarenta y cinco años, pero sabía que no podía contárselo todavía. De lo contrario sus

hijas podrían pensar que la ruptura con Cele se debía a que le había puesto los cuernos, y nada más lejos de la realidad. En consecuencia, decidió que esperaría el momento adecuado para revelarles lo que había descubierto, aunque no dijera con quién, ni cuándo ni dónde lo descubrió.

54

Un nuevo reto

Al día siguiente Doyo y Airam partieron hacia Lagos. Afortunadamente ella pudo prescindir al fin de las muletas. En el largo vuelo confesó que tenía la sensación de que quedaba algún cabo suelto.

—A medida que pasan los días tengo la impresión, cada vez más fuerte, de que es demasiada casualidad que Olamilekan atacara Amaghị el día de la boda cuando jamás había estado allí.

—También era la primera vez que pisaba el poblado de Nala cuando lo arrasó —apostilló Doyo.

—Sí, pero era un día cualquiera. ¿No te parece que la probabilidad de que ocurriera justo el día de la boda es irrisoria?

—¿Otra vez con tus probabilidades, ingeniera? Ya sabes que pienso como Lord Lytton, que el destino se ríe de ellas, y más después de saber que tengo una hija.

—Bueno, tienes razón. En todo caso si hay algún cabo suelto ya lo atará George.

Al llegar a Lagos la capitana pensó en llamar a George, pero lo descartó. Prefería hablar con él al salir de Nigeria para ponerle al día de todo lo ocurrido. En el aeropuerto de Lagos cogieron el avión hacia Calabar y allí alquilaron un coche para dirigirse a Akamkpa, a la pensión en la que se alojaron anteriormente. En cuanto entró en su habitación, la misma que la otra vez, echó en falta el espejo del baño, que estaba en el maletero del coche de Okwonkwo, pero pensó que por

un día haría los equilibrios que hiciera falta con el móvil. Después salieron al porche y se sentaron en las mecedoras.

—Tengo ganas de ver la cara de Nkuku cuando sepa que los culpables de la muerte de sus amigas están detenidos —dijo Airam.

—Antes le contaremos lo que les pasó, y eso será muy duro.

—Ufff, ¡y tanto! Como yo no debo ir al poblado, tendrás que ir tú solo para avisar a Nkuku de que podemos vernos de nuevo.

—Sí; iré con la excusa de que estoy por la zona y quiero interesarme por su salud. Si madrugamos y llego temprano, mañana mismo podremos vernos los tres en el claro del bosque.

Se levantaron aún de noche y enfilaron el sendero durante un rato alumbrándose el camino con la linterna del móvil. Cuando llegaron a la laguna ya había amanecido. Allí se quedó Airam, en compañía de los chimpancés, que chillaron como si se alegraran de verlos de nuevo; Doyo siguió hasta el poblado. Al cabo de casi tres horas volvió muy contento. Había visto a Nkuku y en Amaghị le habían recibido con los brazos abiertos. Hasta le invitaron a que se quedara a comer, pero él respondió que le era imposible, que solo pasaba a ver a Nkuku y tenía que seguir su camino sin más dilación. Cuando regresó junto a Airam, la capitana le esperaba ansiosa por conocer cómo le había ido.

—¿Cómo has encontrado a Nkuku? —preguntó Airam.

—Guapísima. Radiante. Me ha recibido con una sonrisa espectacular.

Doyo se moría de ganas de hablar con Nkuku y contarle todo. En el poblado ella le facilitó el despedirse pronto porque entendió que así podrían verse ese mismo día. Al rato de que Doyo se fuera, Nkuku salió a por agua. Pero no iba a por ella, sino a lo que realmente deseaba hacer: a estar con su pareja favorita en el claro del bosque. Airam y Doyo decidieron esperar bañándose en la laguna, en ese paraíso particular donde parecía que había más vida que nunca. Después se tumbaron al sol en el claro hasta que oyeron llegar a Nkuku.

—¡Nkuku! —exclamaron al unísono levantándose del suelo como si les impulsara un potente resorte.

Se dieron fuertes abrazos, se comieron a besos, se rieron, lloraron de alegría… La emoción del reencuentro les desbordó. Cuando se serenaron, Airam puso al día a Nkuku.

—Hemos encontrado a los dos salvajes que violaron a Alika y mataron a las cinco amigas. Se llaman Mesié y Danilo. Tras la violación de Alika, las tiraron por la borda para no ser denunciados. Por temor a ir a la cárcel, las mataron a las cinco. Es horrible.

Airam continuó contando detalles de cómo obtuvieron su confesión.

—¿Y Olabisi?

—Olabisi desapareció por donde entraron en el buque. Es probable que la matase la hélice del barco.

—¿Y pagarán por ello? —preguntó Nkuku entre lágrimas.

—Gracias al capitán del buque en el que se fugaron, un capitán muy interesante con el que he quedado en unos días —dijo en tono insinuante—, los dos serán juzgados y condenados por un país que aplica unas penas muy duras para esos delitos. En primer lugar, serán castrados y luego encarcelados de por vida. Probablemente los violarán otros reclusos un sinfín de veces, aunque a eso no les condene la justicia. Las condenas no nos van a devolver a ninguna de las seis amigas, pero al menos tendremos la seguridad de que jamás harán algo así de nuevo, ¡y ojalá tomen de su misma medicina! Podemos estar seguros de que sus delitos no quedarán impunes.

—¡Fenomenal! —exclamó Nkuku emocionada—. Gracias, amigos, por venir a darme esta gran noticia.

—Y tengo más buenas noticias. Antes de salir para el Crossover, George me dijo que habían detenido a Olamilekan y a sus hombres. Bueno, a ellos, a los traficantes que les suministraban armas y a otros grupos armados que también se nutrían de la misma red. Mira, aquí tengo las fotos de los detenidos. —Se las mostró a Nkuku.

Nkuku cambió el semblante. En un segundo su cara de alegría se tornó seria y su corazón se empapó de tristeza al ver la primera foto. Era la de Olamilekan. La miró fijamente y dijo, señalándolo con tono acusador:

—Este es el asesino de Folami. Nunca se me olvidará esta cara.

Aparece en mis pesadillas. Es el que arrasó el poblado de Nala. Ha sido el medio del que se ha servido el conjuro del hechicero para acabar con Alika y con nuestros sueños de futuro; y, además, se ha llevado por delante a mis otras cinco amigas.

Airam se quedó mirando detenidamente la foto del asesino más buscado de Nigeria.

—Sí, George me dijo que era ese. ¡Ya sabemos el rostro que tiene el diablo! —exclamó con tristeza la capitana.

—Mira las caras de asesinos que tienen todos… —aseguró Nkuku mientras pasaba las fotos una a una—. Pero ¡mirad quién está entre los detenidos! —exclamó alzando la voz.

—¿Quién? —preguntó Doyo.

—¡Es el hermano del hechicero! —añadió Nkuku al tiempo que levantaba una foto—. Dejó Amaghị hace unos años y el jefe del poblado ordenó que le borráramos de la memoria. Pero, aunque yo era pequeña cuando se fue, recuerdo su cara porque se parece mucho al hechicero.

—¿Ese es el hermano del hechicero? —preguntó Airam pasmada—. Pero ¡si es Mummunan, el compinche de Chinua! ¡Es el que estaba con los aborígenes que nos querían sacrificar a OK y a mí! Es el traficante de armas… ¡Resulta que Mummunan es hermano del hechicero! Ahora empieza a encajar todo. Supe que era de vuestro poblado cuando vi de cerca las marcas de sus manos durante el interrogatorio, pero nunca imaginé esto…

—Mira el resto de las fotos para ver si reconoces a alguien más —pidió Doyo.

Nkuku observó con atención las fotos de los detenidos sin reconocer a nadie más. Después examinó las que se hizo la propia banda en su guarida un año antes de la detención.

—Mirad —dijo Nkuku en tono serio y triste tras llegar a una de las últimas, en las que aparecían un gran número de miembros de la banda —; aquí, detrás de todos, esta persona a la que solo se le ve la cabeza, ¡es el hechicero!

—¿Estás segura? —preguntó Airam.

—Sin duda. Es este. —Nkuku lo señaló sin vacilar.

—¡Tienes razón! —exclamó Doyo—. Esa cara se me quedó grabada cuando tuve que soportar sus inútiles hechizos mientras te cuidaba por la mordedura de la mamba. No me había dado cuenta de que aparecía en esa foto porque, al ver que no conocía a ninguno de los detenidos, no di más importancia a las fotos que se hicieron en su guarida. Además, está tan atrás que apenas se le ve…

—¿El hechicero estaba en contacto con la banda de Olamilekan hace un año? ¡Qué sorpresa! —exhaló Airam.

—Desapareció hace días del poblado —añadió Nkuku— y no sabíamos qué había sido de él. De alguna forma se habrá enterado de que han detenido a su hermano y a la banda de Olamilekan, y habrá huido. Si estaba con la banda hace un año significa que se conocían…

—Seguramente por su hermano —señaló Airam.

—Seguramente. No sé por qué me extraña que se conozcan —dijo Nkuku—, porque están hechos de la misma basura. Me temo que las desapariciones del poblado por parte del hechicero no eran para ir a Ugwu dị nsọ, eran para ir a ver a Olamilekan y a su hermano…

—Y también significa que no fue el conjuro el que mató a Folami y a Alika —apostilló Airam—. Fue el hechicero, que se alió con el bárbaro asesino para acabar con cualquier atisbo de modernidad en el poblado. Por eso desapareció tres días después de que Folami anunciara su boda con Alika, para pedirle que asaltara el poblado. ¡A saber qué negocios se llevarían entre manos!

—Como dice un proverbio —recitó Nkuku—, la mentira puede correr un año, la verdad la alcanza en un día. Hoy ha sido el día. Gracias de nuevo amigos.

—¡Menudo descubrimiento! —exclamó Doyo—. Esto tiene que saberlo George para que detengan al hechicero. Si es verdad lo que sospechamos, él es el culpable último de las atrocidades que se cometieron en Amaghị y de la muerte de las cinco chicas.

—Y sin su encargo sanguinario a Olamilekan —continuó Airam—, Folami sería el jefe del poblado, Alika su mujer y el poblado estaría modernizándose, aunque seguro que sabrían mantener su alma… El hechicero se merece la mayor de las condenas.

—Enhorabuena, vidente Airam —bromeó Doyo—. Mira por dónde, sin necesidad de bola de cristal, tarot, péndulo ni otros artilugios, tenías razón en lo de que quedaban cabos sueltos. En este caso las probabilidades estaban de tu parte. Es más, acertaste en su día al conjeturar que el causante de las atrocidades fue el hechicero. No fue por el hechizo, pero fue por lo que hizo.

—De todas formas —respondió Airam—, me alegra muchísimo saber que no fue consecuencia de la maldición. Sería terrible que alguien tuviera el poder de conseguir lo que quisiera con sus conjuros.

—Cuando nos contaste la llegada de la maestra al poblado dijiste una cosa que, como docente que soy, me llamó la atención —destacó Doyo a Nkuku—. Dijiste que eso marcó un antes y un después en vuestras vidas, y que fue tan importante que estabas convencida de que, si no hubiera sucedido, tus amigas no se habrían planteado huir y seguirían vivas.

—Sí, lo dije porque si no hubieran sabido inglés ni nada de lo que había fuera del poblado, en esas condiciones, ¿cómo iban a pensar en huir?

—Pues tu frase resultó más acertada aún —recalcó Doyo—. Sin la escuela Alika no hubiera tenido ese gran afán modernizador. No hubiera conocido esas ideas de llevar agua al poblado ni la necesidad de asistencia sanitaria, que fueron las que alertaron al hechicero y lo que la enfrentó con el padre de Folami. Sin la escuela el hechicero tampoco hubiera hecho el brutal encargo a Olamilekan. Fíjate lo revolucionaria que puede ser una escuela.

—Al menos nos queda la satisfacción de que todos los culpables, salvo el maldito hechicero, están detenidos —añadió Airam—. Y estoy segura de que George dará con él y tendrá su castigo.

—Todo lo que me traéis son buenas noticias, gracias, gracias, amigos —dijo Nkuku en tono triste.

—Pero ¿cómo que «gracias» con ese tono? —preguntó Airam—. ¿Qué pasa?

—Es que yo no puedo daros buenas noticias. Desde que Ngozi es el jefe del poblado las cosas han ido hacia atrás. Cerró la escuela y la

maestra tuvo que marcharse de Amaghị.

—¿Y la gente lo acepta tal cual? —inquirió Doyo.

—Nadie opone resistencia —contestó Nkuku—. Tras el terror vivido con Olamilekan, Ngozi convenció a todos de que no podían correr el riesgo de que volviera y pillara a sus hijas en la escuela. Pero, como dice un proverbio, cada persona deja sus huellas y las huellas de Ngozi serán vistas por todos, incluso por los que ahora callan, como las del peor jefe del poblado, no me cabe duda.

—Seguro que sí —dijo Airam—, pero eso ahora a ti no te soluciona nada.

—Me siento muy sola sin mi marido y sin mis amigas —añadió Nkuku.

—Pero tienes a las mellizas —apuntó Airam.

—Las mellizas son mi única razón para levantarme por las mañanas, pero no quiero que su futuro pase por el poblado. Eso tendrá arreglo con el tiempo, espero. No es urgente, ya huiremos cuando podamos. Lo que es urgente, y no sé si tiene arreglo, es una tragedia que tenemos a la vuelta de la esquina. Estaba deseando que volvierais porque sois las únicas personas que quizá podáis evitarla… y queda poco tiempo para poder hacerlo.

Nkuku guardó silencio con la cabeza gacha.

—Dinos lo que te preocupa —urgió Doyo.

—Me ha dicho mi madre que mañana, al atardecer, el Consejo Ochie juzgará a Yeji por no realizar la ablación de Alika. Esta vez se han reunido rápidamente; otras veces tardan más en avisarse y fijar fecha. Mi madre se ha enterado porque mi padre acompaña a Ngozi al consejo. El juicio será en un lugar sagrado para nuestra gente que se llama Obodo nsọ.

—¿Y dónde está eso? —preguntó Doyo.

—No lo sé exactamente, pero dicen que cerca de Ogoja, en la frontera norte del estado de Cross River.

—Pues tenemos que hablar con George y a ver qué puede hacer —propuso Airam—. Es el único que se me ocurre que puede ayudarnos.

—Gracias por interesaros —contestó Nkuku.

—No; por interesarnos, no —replicó Airam—. Nos vamos a implicar y, si podemos, impediremos que hagan daño a Yeji, te lo aseguro.

—¡Qué alegría me da hablar con vosotros! Si pudiera ayudaros en algo…

—No puedes, Nkuku —dijo Doyo de forma taxativa—. Tú espéranos y dentro de tres días nos veremos aquí y te contaremos cómo ha acabado.

—Sí que puedo ayudaros; además, quiero y debo hacerlo. Os puedo ser de ayuda para traducir lo que pase en el consejo si vais allí. No os enteraréis de nada si no os acompaño. Ya sabéis que nuestra lengua es muy desconocida y no creo que encontréis intérprete. Venid mañana a por mí a la hora de siempre. Me iré con vosotros. En el poblado no estará ni el jefe, el padre de Alika, ni mi padre, ni algunos más, así que mi madre me cubrirá y cuidará de las mellizas. Cuando acabe el consejo me devolvéis aquí y a la mañana siguiente nadie sabrá que me he ido.

Airam y Doyo quedaron en recogerla. No podían privar a Nkuku de participar en el intento de salvar a Yeji después de todo lo que había arriesgado por ellos. Además, era cierto que podía serles de gran ayuda. Se despidieron los tres hasta el día siguiente con la esperanza de poder hacer algo para que Yeji se salvara de la atroz condena que le esperaba.

—Hasta mañana a media plena mañana aquí en el claro —señaló Doyo.

Doyo y Airam no perdieron el tiempo con un nuevo baño en la laguna. Se fueron directos a Calabar a llamar a George.

—Nkuku sigue igual —dijo Doyo en el coche—: el fenomenal, los proverbios…

—Ya me he apuntado los dos de hoy.

—Pero nos han faltado sus risas contagiosas.

Al llegar a Calabar, Airam llamó inmediatamente a George.

—¡Sorpresa! Desde ayer estoy con Doyo en Calabar.

—¿Cómo? ¿Que habéis venido a Nigeria, estáis en Calabar y no

hemos quedado para vernos?

—Es que no llegamos a salir del aeropuerto de Lagos; estuvimos en tránsito al de Calabar. Venimos para cumplir nuestra promesa de explicarle a Nkuku lo que había pasado con sus amigas. Pensaba llamarte al volver a Lagos para vernos antes de dejar el país y contarte que resolví todos mis interrogantes, pero antes ha sucedido algo que queremos que sepas por si puedes ayudarnos.

Airam le contó cuándo y dónde iba a ser juzgada Yeji por el Consejo Ochie.

—Yo allí no tengo jurisdicción, pero hablaré con mi colega, el jefe de policía local, y seguro que nos ayudará. Todos tenemos ganas de poner fin a esas prácticas pseudojudiciales que hacen que las leyes de Nigeria no sirvan para nada. Nunca podemos actuar porque nos enteramos *a posteriori* y luego nadie habla de lo que ha pasado, ni sabemos quiénes ni cuántos componen el Consejo Ochie. Ahora que por primera vez sabemos que uno de esos consejos se va a reunir, no vamos a desaprovechar esta oportunidad. Nos vemos allí mañana, me pediré un día libre. Estaré en el operativo aunque no tenga competencias, lo prometo.

—Gracias, George, eres un sol. Pero un sol muy brillante —recalcó Airam—. Un beso.

55

El Consejo Ochie

Después de hablar con George, Airam y Doyo buscaron alojamiento para la noche lo más cerca posible de donde se celebraría el Consejo Ochie y enviaron a George su ubicación para que se encontrara con ellos al día siguiente. Tras comer en Calabar pusieron rumbo a la pensión de Akamkpa para recoger los utensilios de aseo y alguna muda; a continuación se dirigieron al que sería su alojamiento esa noche. La capitana entró en su nueva habitación y susurró:

—Otra pensión sin espejo, con la misma sobriedad y falta de limpieza. Esta y la de Akamkpa parecen gemelas.

Al día siguiente por la mañana Airam aprovechó para adelantar su diario mientras que Doyo se marchó antes de que saliera el sol para recoger a Nkuku. A la hora de comer, un poco después de que volvieran Doyo y Nkuku, apareció George. Tras saludarse, se sentaron a comer y les puso al día.

—Mi amigo, el jefe local de policía, ya ha localizado dónde se va a reunir el Consejo Ochie. Obodo nsọ es una zona deshabitada, llena de vegetación y con pocos senderos. Tan solo se pueden reunir en un llano que hay y les esperaremos en lo alto de una cima cercana. Desde allí se tiene total visibilidad del lugar. Así que iremos pronto para tomar posiciones.

—¿Cuántos efectivos vendrán? —preguntó Airam.

—Todos los que están disponibles. Son diez personas. El jefe local no

tiene más policías, hay que tener en cuenta que esta es una zona tranquila y con poca población. Con esos agentes normalmente tiene suficiente.

—¿Solo diez? ¿Eso no es poco? No sabemos cuántas personas componen el Consejo Ochie. ¿Qué pasará si son demasiadas para esos diez policías? —preguntó Doyo.

—Entonces pedirán refuerzos al departamento más cercano. Pero no pueden hacerlo sin saber a ciencia cierta que se van a necesitar.

Airam aprovechó la comida para poner al día a George. Le contó su aventura en el Crossover, cómo habían descubierto a los culpables de las muertes de las cinco amigas y lo que les esperaba.

—George —dijo Airam—, con la gravedad de la convocatoria del consejo, se me ha olvidado decirte que Nkuku ha identificado a Mummunan en las fotos que me diste de los detenidos. Ha resultado ser hermano del hechicero de Amaghị. Además, el hechicero de la tribu también aparecía en una foto de las que me dijiste que se hizo la banda hace un año en su guarida.

—Así es —reforzó Nkuku—. Está claro que se conocían desde hacía tiempo y probablemente fuese el hechicero quien le encargó a Olamilekan que hiciera su visita al poblado.

—Ya me extrañaba que Olamilekan atacara tan al sudeste, que no dejara la aldea arrasada, como es su costumbre, y que no se llevara a las mujeres —dijo George—. No lo hizo porque actuaba como sicario e iba a cumplir con el encargo que le habían hecho, que, sin duda, sería acabar con Folami y Alika. Con él lo hizo en el acto y con ella, al ver la reacción de su padre, la dejó a su suerte, totalmente desacreditada ante el poblado por no haberse sometido a la ablación y haberles engañado. Muerto Folami y desprestigiada ella, ya no era una amenaza. O quizá solo le encargaron matar a Folami, que era quien podía cambiar las cosas como nuevo jefe. Sin él, Alika tampoco podía hacer mucho.

—Exacto, George. Eso hemos pensado nosotros —aseguró Airam.

—El hechicero desapareció del poblado hace unos días —apuntó Nkuku—. Parece que haya huido.

—No te preocupes —contestó George—; le encontraremos y le

detendremos. Después someteré a los dos hermanos a un interrogatorio y a ambos les acusaré por el encargo que hicieron a la banda de Olamilekan. Con las fotos no será difícil conseguirlo. Nkuku, te prometo que les caerá la pena más dura a la que se les pueda condenar.

—Podría intentar hacer algo más, jefe George —continuó Nkuku—. Mi marido murió asesinado, apuñalado por varias personas en la senda que da acceso al poblado. Era un hombre bueno, que jamás había hecho mal a nadie, y no le asaltaron para robarle porque no llevaba nada de valor. Nadie ha investigado lo que pasó, porque ya sabe que no podemos denunciarlo a la policía. No podemos tener comunicación con ustedes. Al comprobar la relación entre el hechicero y Olamilekan, no me extrañaría que el hechicero les hubiera encargado su muerte.

—¿Y qué móvil podría justificar ese asesinato? —preguntó George.

—Mi marido quería que el poblado evolucionara —respondió Nkuku—. Incluso teníamos planeado irnos a vivir lejos de allí. A la vista de que el hechicero ha sido capaz de encargar matar para que no entrara en el poblado nada de modernidad, ¿por qué no iba a hacerlo con mi marido? Se pudo enterar de sus viajes en camión, pudo encontrar el dinero que tenemos escondido… No sé, pudo enterarse de diversas formas…

—Lo que dices tiene mucho sentido —sentenció George—. Interrogaremos otra vez a la banda de Olamilekan, uno a uno, a Mummunan y también al hechicero en cuanto lo detengamos, para averiguar si intervinieron en el asesinato de tu marido, pero ya te adelanto que, por lo que me cuentas, probablemente sea así.

Apenas había transcurrido una hora tras la comida cuando se presentaron los diez policías. Airam, Doyo y Nkuku subieron a un jeep que había alquilado George en Calabar y siguieron a los agentes hasta que llegaron a la colina y tomaron posiciones.

Al cabo de unas horas aparecieron en el llano varias personas y comenzaron a hacer fogatas, a la vez que preparaban un poste grueso ante una gran piedra que parecía destinada a hacer de mesa. Cuando

empezó a anochecer fue presentándose gente como si de una fiesta se tratara. Llegaban en pequeños grupos, uno tras otro. En uno de ellos iba una mujer a la que ataron al poste.

—Esa debe de ser Yeji —aventuró Airam.

—Sí, es ella —constató Nkuku—, y los que la han llevado hasta el poste son mi padre y el de Alika, que ahora se ha agachado.

—Ngozi es el marido de la acusada y parece que es el que más prisa tiene por ajusticiarla. Él mismo está atándola al poste —advirtió la capitana.

—Siento deciros que esto nos está desbordando —advirtió George—. Me dicen que han contado más de cien personas y siguen llegando. Así no podemos intervenir, porque se nos escapará la inmensa mayoría. O peor aún, nos pueden plantan cara y se complicarán aún más las cosas… Hay que tener en cuenta que no hay mujeres ni niños que puedan hacer de escudos humanos, evitando que los hombres nos ataquen.

—¡Pida refuerzos! —ordenó el jefe local de policía a uno de sus agentes.

—¿Y qué vamos a hacer mientras tanto? —preguntó Airam.

—Esperar. No podemos hacer otra cosa —replicó George—. El objetivo es detenerles a todos.

—¿Y si llegan a sentenciar a Yeji antes de que lleguen los refuerzos? —insistió Airam.

—Lo sentiré mucho, pero hay que esperar —aseguró el jefe local—. No puedo poner en riesgo el operativo ni la vida de mis hombres. Si le hacen algo a esa mujer agravarán aún más sus penas.

Airam mostró su enfado, que resultó evidente para George y para el jefe local. Doyo ya había advertido que eso podía pasar y no habían estado a la altura de las circunstancias. Al cabo de un rato, cuando un policía superó la cuenta de doscientas personas, los miembros del consejo empezaron a dejar los corrillos y a agruparse, lo que anunciaba el comienzo inminente de la sesión. Desde la colina todos seguían los movimientos con expectación. Nkuku aprovechó la concentración de los agentes en lo que estaba pasando y escapó de allí sin que se dieran

cuenta. Airam se percató y la siguió. Ambas tenían la intención de acercarse más para asistir, en primera fila, a lo que estaba sucediendo. No se conformaban con verlo a distancia, también querían oírlo. Se parapetaron tras unos tupidos arbustos que limitaban con el claro donde se celebraba el consejo.

—Todos son hombres —constató la capitana.

Comenzó la sesión y Nkuku fue traduciendo, en voz baja, lo que ocurría. Ngozi, como jefe del poblado, relató los hechos y por qué comparecía Yeji ante el Consejo Ochie. Entonces llegó el momento de que pudieran intervenir los demás.

—¿Por qué no practicaron la ablación a su hija Alika en el rito de paso a la edad adulta? —preguntó un miembro del consejo a Yeji.

No obtuvo respuesta.

—¿Reconoce que engañaron al poblado fingiendo la ablación? —continuó.

Yeji siguió sin contestar.

—¿Sabe dónde está su hija después de fugarse del poblado con sus amigas? —inquirió otro miembro del consejo.

Los labios de Yeji estaban sellados. Parecía que se rindiera a lo que quisieran hacerle. Con las hijas huidas y, aunque no sabía que estaban muertas, sin esperanza de volver a verlas, con un marido que se comportaba como un enemigo cruel, Yeji no tenía ninguna razón para vivir. Estaba dispuesta a acabar allí mismo sus días. Prefería incluso eso a cualquier otro castigo que le permitiera seguir con vida.

—Mejor muerta que muerta en vida —murmuró mientras contemplaba con desinterés lo que sucedía a su alrededor.

Tomaron la palabra multitud de miembros del consejo, destacando la gravedad de los actos de Yeji y reclamando un duro castigo.

—¿Hay alguien que quiera decir algo en favor de Yeji? —preguntó el que parecía el jefe.

Nadie abogó por ella. Tras un prolongado silencio, retomó la palabra el jefe.

—Yeji ha traicionado las leyes de los poblados ochie incumpliendo la obligación de practicar la ablación a su hija. En su día se la practicaron

a ella, y a su madre, y a su abuela, y así se ha hecho generación tras generación hasta que Yeji rompió con la tradición. Además, engañó al poblado al fingir que se había realizado. Como castigo, propongo la siguiente condena: Yeji será expulsada de los poblados ochie. No es digna de estar entre nosotros. Le cortarán la mano izquierda y borraremos sus recuerdos de nuestras mentes. Jamás se volverá a hablar de ella. ¿Hay alguien del consejo que se oponga a la condena?

Nadie tomó la palabra y, en su lugar, se oyeron unos agudos chillidos que sonaban como aullidos cortos pero encadenados. Nkuku le confirmó a Airam que indicaban aprobación. Pronto se convirtieron en un guirigay al que se unieron todos los presentes.

—La condena queda aprobada —sentenció el jefe.

Los fallos del Consejo Ochie no se podían recurrir. Las sentencias se ejecutaban inmediatamente. Airam y Nkuku vieron cómo un par de hombres cogían brasas de una hoguera y las ponían junto a la piedra que había delante de Yeji.

—Para cauterizar la herida tras cortarle la mano —concluyó Airam en un susurro.

La desataron del poste y ella rehusó que la cogieran. Dio unos pasos al frente y se arrodilló ante la piedra. Puso la mano izquierda sobre ella, con la palma hacia arriba. No dejó que nadie la obligara a adoptar esa posición. Agachó la mirada y la fijó en las brasas mientras se encontraba sumida en un negro pensamiento: «Ahora perderé la mano, pero espero perder pronto la vida». Entretanto, su marido y verdugo, pues siempre era el jefe del poblado de la persona condenada, preparaba el gran machete con el que le iba a cortar la mano. La cara de Ngozi no transmitía ninguna compasión. Parecía más bien que deseaba ejecutar la condena cuanto antes.

Nkuku no lo aguantó más y se levantó con la intención inequívoca de intervenir en la ejecución. Airam la cogió de la mano y tiró de ella hacia abajo.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¿No ves que no podrás pararla y te castigarán? Tenemos que esperar a los policías.

—Llegarán tarde. Tengo que impedir que lo hagan.

—No podrás tú sola.

Airam volvió la cabeza hacia la colina para ver si había algún movimiento que presagiara una actuación rápida. Nkuku aprovechó el momento para salir corriendo hacia Yeji de entre los arbustos.

—¿Qué está haciendo Nkuku? —preguntó George echando un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está Airam?

—Las dos están allí abajo —respondió Doyo, que miraba por los prismáticos.

—¡Paren esta barbarie! ¡Párenla! ¡Párenla! —gritó Nkuku mientras se situaba entre Ngozi y Yeji, protegiéndola con su cuerpo.

—¡Vete, Nkuku! —gritó Yeji—. Lo que quieres hacer te costará caro. Debes pensar en tus hijas. ¡Sálvate! Yo ya sabía que obraba contra las leyes ochie y tengo que asumir el castigo con conformidad.

El padre de Nkuku la cogió del brazo y la zarandeó.

—¿Qué haces aquí? —le gritó.

George, desde la colina, se sintió impotente. No sabía cómo se las habían arreglado Nkuku y Airam para bajar al claro sin que se diera cuenta. Desde allí arriba contempló con estupor cómo varios miembros del consejo acudían junto a Ngozi y sujetaban a Nkuku. La llevaron junto al poste y comenzaron a atarla. Airam, que lo observaba con detalle, recordó cuando los aborígenes les ataron a ella y a Okwonkwo de forma similar y estuvieron a punto de sacrificarles. Sintió el impulso de correr hacia el poste y liberar a Nkuku, como deseó que algún desconocido hiciera con ellos aquel día, pero se reprimió, porque tenía que esperar la intervención de la policía. La capitana confiaba en que podría llegar a tiempo si la irrupción de su amiga prolongaba lo suficiente la ejecución, pero enseguida se dio cuenta de que no iba a ser así.

Airam se desabrochó el colgante que llevaba en el cuello y sacó el talismán de terracota; lo cogió fuerte con la mano derecha y lo miró deseando que se activara como lo hizo en su día en el museo y con los aborígenes. «Para esto —le pidió—; Mulukú, ¡páralo!, haz algo», insistió a la desesperada. Tras dejar a Nkuku bien atada, Ngozi volvió junto a la piedra, miró el brazo de Yeji y cogió el machete. A Airam se

le aceleró el corazón; la indignación que sentía se convirtió en furia y, al ver cómo subían las dos manos que empuñaban el machete, salió corriendo y gritando, como lo había hecho Nkuku.

—¡Paren esta ejecución! —vociferó ante Ngozi, dejando a Yeji a su espalda.

El revuelo en el consejo fue mayúsculo. Nadie sabía quién era esa mujer blanca de cabello rubio. Además, por primera vez alguien que no era de los poblados ochie se colaba en un consejo. Nkuku siguió traduciendo a Airam lo que decían.

—Gracias, señora —fueron las palabras que dirigió Yeji a Airam—, pero ¿quién es usted? ¿De qué me conoce para arriesgarse así por mí?

Ngozi explicó a los miembros del consejo que esa mujer blanca apareció un día en el poblado buscando a cinco chicas: sus hijas Alika y Nala, y tres amigas de estas. Explicó que las habían borrado de la memoria del poblado, junto a otra, tras fugarse para que Alika eludiera su condena.

Desde la colina, los policías veían que de nada servían los actos heroicos de Airam y Nkuku. Acabaron las dos atadas al poste, en primera fila para presenciar el acto de crueldad que Ngozi iba a cometer contra Yeji.

—Airam, tenías que haberte quedado tras los arbustos —protestó Nkuku.

—Tú también —respondió ella.

—Yo lo he hecho por Yeji, que es mi segunda madre, pero tú no la conoces.

—Al verte a ti atada y a Ngozi con el machete no he podido contenerme.

Cuando el verdugo se dispuso de nuevo a ejecutar la sentencia, levantando el machete por encima de la cabeza para dejarlo caer sobre la mano de Yeji, se oyó un disparo que paralizó a Ngozi.

—¡Paren esta locura! —gritó Doyo, que salió desde detrás del poste donde estaban atadas Airam y Nkuku, apuntando a Ngozi con una pequeña pistola.

Nkuku tradujo lo que decía Doyo mientras se acercaba a Ngozi:

—Dice que si bajas el machete te mata. Entrégaselo.

Ngozi se giró, le miró pasmado y en unos segundos dejó caer el machete al suelo. El castigo se interrumpía por tercera vez.

Doyo, al ver cómo Nkuku saltó para enfrentarse al consejo, había bajado corriendo la colina, dispuesto a defenderla e impedir la mutilación de Yeji. Al llegar al claro resultó que no solo tenía que defenderla a ella, sino también a Airam. Allí se encontraba, de pie ante Ngozi, apuntándole a la cabeza y esperando que eso fuese suficiente para liberar a sus amigas. Sin embargo, pronto constató que no iba a ser así. Miró a su alrededor y vio cómo, en silencio, los miembros del consejo le cercaban poco a poco. Ngozi tomó la palabra.

—Este hombre blanco salvó a esta chica —señaló a Nkuku— de la mordedura de una mamba negra. La trajo herida al poblado y la cuidó. En el poblado le acogimos con cariño, pero hoy interrumpiendo el consejo, ha traicionado nuestra confianza.

Doyo se encontraba totalmente rodeado de miembros del consejo que empuñaban sus cuchillos con aire amenazador.

—Tire esa arma o morirá —advirtió el jefe del Consejo Ochie.

—Haz caso, Doyo —pidió Airam—. No puedes enfrentarte a todos.

—¡Tírala, Doyo! —gritó Nkuku—. Podrás matar a unos pocos, pero te matarán a ti.

Doyo, rodeado por los cuatro costados, se dio cuenta de que nada podía conseguir y tiró la pistola al suelo.

—Ponedle junto a las dos chicas —ordenó el jefe del Consejo Ochie —. Cuando acabemos de ejecutar la sentencia de Yeji, ya veremos lo que hacemos con él y con las dos mujeres.

Terminó atado al poste, hombro con hombro con Airam y Nkuku, los tres con la espalda pegada al mismo. Ngozi, una vez recuperada la normalidad del consejo, levantó el machete de nuevo dispuesto a dejarlo caer con toda su fuerza para cortar la mano de Yeji. Esta vez la mutilación parecía inexorable. En el preciso instante en el que el gran machete empuñado alcanzó su punto más alto y dio la impresión de que empezaba a caer, se oyó un tiro y Ngozi se desplomó. Acto seguido sonó un estruendo de disparos, que parecían venir de todas partes, y

decenas de policías rodearon el lugar del consejo. Los retrasos que habían provocado Nkuku, Airam y Doyo con sus osados actos habían permitido que los refuerzos llegaran a tiempo.

—¡Esta mutilación no se hará! —gritó George—. Vamos a detenerles por violar las leyes de Nigeria tomándose la justicia por su mano cuando se les antoja. Sus leyes no pueden discrepar de las del país y tendrán que responder por lo que han hecho tantas veces. No opongan resistencia o será peor. No dudaremos en disparar de nuevo.

Los miembros del Consejo Ochie se resignaron a ser arrestados. Los policías desataron a Nkuku, Airam y Doyo. Yeji se levantó y se abrazó a ellos llorando de alegría. George, aunque enfadado por lo que habían hecho, les dio las gracias y reconoció su valentía.

Los policías se llevaron apresados a los miembros del consejo para trasladarles en sus Black Marias, como ellos denominaban a sus furgonetas, hasta el calabozo. El jefe de policía dio la orden de que Ngozi, herido, aunque sin aparente gravedad, fuera trasladado al hospital.

—Se lo llevan allí donde él jamás consentiría que fuésemos a que nos curaran —dijo Nkuku.

—A ver si así se da cuenta de su error —apostilló Airam.

George, con su jeep, acompañó a Yeji, Airam, Doyo y Nkuku al alojamiento donde les esperaba su coche.

—¿De dónde has sacado esa pistola? —preguntó Airam de camino.

—Es una de nueve milímetros que llevo siempre que vengo a Nigeria. No te lo había dicho por no asustarte. La recogí en casa de mi colega de Ibadán.

—Pero luego volvimos a España y no pudiste llevarla en el avión… ¡Ah, claro! Eso es lo que contenía la cajita que dejaste a la dueña de la pensión cuando nos despedimos de ella.

—¡Chica lista! Le pedí que me la guardara hasta que volviéramos.

—¿Y si no lo hubiéramos hecho?

—Estaba seguro de que conseguirías resolver el caso y regresaríamos, pero si no hubiera sido así, mi colega de Calabar la hubiera recogido; o sea que casi te dije la verdad.

Airam respondió con una sonrisa y añadió:

—Me sorprende que un pacifista como tú lleve un arma.

—Ya te dije que Nigeria es un país peligroso y soy pacifista, pero no kamikaze. Mi enfermera me convenció de que debía llevar protección y desde entonces un colega de aquí me la guarda cada vez que dejo el país hasta que vuelvo.

Airam levantó la cara hacia el cielo y envió un beso con la mano.

—Va para tu enfermera.

56

El secreto de Nkuku

Tras las fuertes emociones vividas, decidieron quedarse en el alojamiento una noche más de lo previsto. Hechas las detenciones de los miembros del Consejo Ochie, Nkuku no tenía urgencia en volver al poblado antes del amanecer ya que su padre no la podía castigar al estar detenido y sus hijas estaban al cuidado de su madre. Se sentaron todos en el porche, más pequeño y menos acogedor que el de la pensión de Akamkpa, y Airam tomó la palabra dirigiéndose a Yeji, mientras Nkuku hacía de intérprete.

—Doyo y yo somos españoles. Estamos aquí siguiendo la pista de cinco chicas que encontré ahogadas en el mar Mediterráneo. Siento mucho darte la noticia de que tu hija estaba entre ellas y que también lo estaba tu hija adoptiva, Nala —dijo Airam con cariño cogiendo a Yeji de la mano y enseñándole las fotos de las cinco chicas.

Yeji lloró amargamente al enterarse de que Alika y Nala estaban muertas. No lo sabía. No estaba en el poblado cuando fue Airam y, aunque alguien identificara a Alika por la foto de su mano, nadie se lo dijo en cumplimiento de la ley del silencio que pesaba sobre las chicas. Doyo, Airam y Nkuku intentaron consolarla como pudieron, con palabras, con caricias, conscientes de que no había consuelo posible para la pérdida de una hija. Menos aún para la pérdida de dos. Al cabo de un rato, cuando recuperó el aliento, Yeji tomó la palabra.

—Quería pensar que Alika y Nala habían encontrado un mundo

mejor. Pero no me sorprende la muerte de Alika, en el fondo me la esperaba. De alguna forma, Olamilekan la mató en vida con su irrupción en la boda, violándola y asesinando a Folami. Después la mató Ngozi, al ordenar que se borrara de la historia del poblado y que olvidáramos cualquier detalle sobre ella y sus amigas huidas. Salir del poblado solas era muy peligroso, porque mis hijas y sus amigas no estaban preparadas para lo que hay ahí fuera. Todos sabemos que no lo estamos, aunque no sepamos lo que nos espera si nos fugamos.

Airam, siguiendo su criterio de que era mejor no saber lo que te causaba dolor y ya era pasado, no le dijo que Alika fue violada de nuevo en el Crossover. Sí que le contó que las dos personas que tiraron a las cinco amigas por la borda estaban detenidas e iban a recibir su merecido. Además, la capitana le hizo una trasfusión de energía con unas palabras que le salieron del alma.

—Gracias al valor de Nkuku hemos descubierto todo lo que pasó. Sabemos lo valiente que fue Alika durante toda su vida. Heredó de ti esa valentía, que demostraste impidiendo que la mutilaran genitalmente o insistiendo para que hubiera una escuela y aprendieran inglés. Si no hubiera sido por eso, Nkuku no podría habernos contado nada, no habríamos descubierto lo que ocurrió, los culpables estarían libres para volver a cometer asesinatos similares y tú habrías perdido la mano.

Yeji se abrazó a Airam dándole las gracias por sus reconfortantes palabras. Después se comió a besos a Nkuku.

—Y respecto a eso de que no estáis preparadas para lo que hay en nuestro mundo —continuó Airam—, te aseguro que nosotros tampoco lo estamos para estar solas en el vuestro. Nkuku nos salvó a Doyo y a mí del ataque de unos chimpancés y también evitó que me mordiera una mamba negra. Sin ella, estaríamos muertos. Además, el día que aparecieron en Amaghị Doyo y Nkuku tras la mordedura de la mamba, a nuestro chófer y a mí nos apresó una tribu que quería sacrificarnos y si nos salvamos fue gracias a este talismán de vuestros antepasados que me regaló Doyo. —Se sacó el colgante y se lo enseñó.

—¡Qué bonito! —exclamó Nkuku—. Yo tengo uno parecido que me

regaló Alika.

—¿Lo tienes aquí? —preguntó Doyo.

—No, lo tengo en la choza; está guardado con el dinero que ahorrábamos y con el collar que me trajo John Ouo, porque no quiero que me los quiten como hicieron con el collar de flores en su día. Mañana lo cogeré y os lo enseñaré.

—Sí, por favor, trae lo que te regaló Alika —pidió Doyo—. Me interesa investigarlo. Puede ser de una cultura nigeriana primitiva que se conoce como nok, supongo que se parecerá al de Airam, pero probablemente no lo será, no me quiero hacer ilusiones…

—Nok es la cultura cuya sala nos llamó la atención en el Museo Nacional de Nigeria —dijo George—. ¿Recuerdas, Airam?

—¡Cómo voy a olvidar la visita a ese museo! Me trae gratos recuerdos. Fue apasionante…

—Sí, esa es la palabra justa, apasionante —contestó George guiñando un ojo a Airam.

—Vaya, no me imaginaba que os apasionaba tanto la cultura nok. Voy a contaros todo lo que sé de ella —dijo Doyo, pues no había captado la doble intención de las palabras de Airam y George.

—Nos apasionó más la visita al museo que la cultura nok en sí —puntualizó Airam.

Doyo aprovechó para contar curiosidades de lo poco que se conoce de la cultura nok, una de las más fascinantes del continente africano, y al cabo de un rato todos se marcharon a dormir tras el intenso día.

Mientras hablaban en el porche, la noticia de la detención de los miembros del Consejo Ochie corrió como la pólvora a lo largo del país. Fue apertura de todos los telediarios, boletines radiofónicos e inundó las redes sociales; jamás había sucedido algo así. También se enteraron de la llamativa noticia personas que no tenían acceso a esos canales de comunicación. Se propagó de boca en boca en cadena a una velocidad inusitada.

Todos los poblados ochie habían quedado descabezados porque sus

jefes estaban detenidos y eso alertó al resto de las etnias. Como consecuencia, se generó una convocatoria sin precedentes de representantes de todas ellas para hablar urgentemente de la gravedad de esa detención y de sus efectos futuros, y para adoptar una posición común frente al Gobierno nigeriano. La convocatoria se comunicó por los medios y por las redes, y también se transmitía sin cesar de poblado en poblado.

A la mañana siguiente, todos en la pensión se levantaron muy temprano. Tras el desayuno, Airam les sorprendió.

—Tengo que haceros una propuesta que no podréis rechazar —anunció mirando a Nkuku y a Yeji.

—A ver qué se te ha ocurrido ahora —añadió Doyo—. Miedo me das…

—Yeji, tú eres una mujer a la que le queda mucha vida por delante, eres más joven que yo, y no tienes hijas en el poblado, ni marido después de lo que te ha hecho Ngozi. Nkuku, tú ansías dejar el poblado y te lo impide lo que pasará con tus hijas. Pues os propongo que os vengáis todas a mi casa. Yeji, Nkuku y las dos mellizas. En mi casa hay muchas habitaciones, no las vamos a llenar ni de lejos. Después de que estudiéis un poco de español, y quizá algo más, podéis trabajar en la empresa de mi familia. Seguro que mi gente estará encantada. Poco a poco, a vuestro ritmo, os iréis integrando en la medida que queráis.

—¡Eso es fenomenal! —exclamó Nkuku, mientras se levantaba y se comía a besos a Airam.

Yeji, mirando a los ojos de la capitana tras oír la traducción de Nkuku, contestó atónita:

—Yo no sé qué decir. No la conozco de nada; anoche arriesgó su vida por mí y ahora me ofrece un futuro prometedor. Gracias. —Le dio un fuerte abrazo.

—Pues no se hable más. Reservaré los billetes de avión, vamos al poblado a por las mellizas y a que recojáis las cosas que queráis llevaros, y mañana nos iremos a mi casa. George nos conseguirá el

pasaporte y el visado de forma exprés. ¿Verdad, George?

—Cómo no, Airam, contad con ello. Será hiperexprés. Mañana estarán y os los llevaré a donde me digáis. Voy a hacerles unas fotos ahora mismo a Yeji y a Nkuku porque las necesitaré.

George se despidió de todos para partir hacia Calabar, donde cogería el vuelo a Lagos. Al acercarse a Airam le susurró al oído:

—Llámame cuando lleguéis a Lagos e iré a verte al hotel.

La capitana le contestó con una sonrisa, sin decir ni que sí ni que no.

Al cabo de un rato, Airam, Doyo, Nkuku y Yeji se dirigieron al poblado en el coche alquilado. De camino a Akamkpa, la capitana pidió a Nkuku una cosa:

—Hay algo que me hace ilusión y que solo tú puedes ayudarme a conseguir.

—Me extraña que pueda ayudarte en algo, pero dime qué es. Ya sabes que puedes contar con todo lo que pueda hacer por ti, aunque que me temo que poco es.

—Me gustaría conseguir los libros que tenía escondidos Alika.

—¿Tenía libros escondidos? Eso no lo sabía yo —intervino Yeji.

—Es que no podíamos contarlo —explicó Nkuku—. Solo lo sabíamos la maestra, que se los dio, Alika y yo. Desde hace unos días también lo saben Airam y Doyo. Yo puedo conseguirlos, pero perderemos mucho tiempo. Si quieres te digo dónde están y puedes recogerlos tú —dijo mirando a Airam.

—Eso todavía me hace más ilusión. Podré ver el lugar donde aprendió tantas cosas de los libros. Podré imaginármela en esa cueva leyendo un libro tras otro.

—Entonces iremos por el sendero y ya te diré qué bifurcación tienes que seguir para llegar a la cueva. No tiene pérdida. Es un camino distinto para llegar al poblado, aunque nadie lo toma porque es más largo. Si te pasaras la cueva no te preocupes, no te perderás, porque llegarás al poblado. Alika hacía ese camino en sentido inverso.

—¿Y cómo encontraré la cueva?

—Está en un recodo tras una enorme roca que es como tres personas de alta. La verás a la izquierda. No puedes confundirla porque no hay otra. Y si no encuentras la cueva, llegarás al poblado y volveremos juntas a por los libros.

—Gracias, Nkuku, eso haré.

—Haremos, porque te acompañaré —aseguró Doyo.

Se dirigieron los cuatro al sendero. Lo enfilaron y, cuando alcanzaron la bifurcación oportuna, Nkuku y Yeji siguieron hacia la cascada mientras que Airam y Doyo se fueron por el otro sendero, que no conocían, en busca de los libros de Alika. Al llegar a un recodo vieron la gran roca, la rodearon y, tras ella, encontraron la entrada a la cueva.

—Mira, Doyo, en esa piedra es donde debía de sentarse Alika a leer. Fíjate en la cantidad de cáscaras de cacahuete que hay. Nkuku nos dijo que le chiflaba comerlos mientras leía.

—Vaya que sí. —Doyo asintió—. ¡Qué lista era Alika! Aquí, con la roca a la espalda, estaba protegida de la mirada de quien pudiera pasar por el sendero.

Airam se quedó embobada contemplando el lugar de estudio de Alika. Se la imaginó disfrutando del sabor de los cacahuetes y del sabor del saber. Al cabo de unos instantes introdujo la cabeza por la angosta entrada de la cueva y alumbró la cavidad con la linterna del móvil. Vio que era alta, profunda y que descendía.

—Doyo, asómate —propuso Airam.

—No podía ser una cueva con una entrada amplia, ¿verdad? Esperaba algo más parecido a un abrigo en la roca que a una cueva cerrada como esta…

Doyo asomó la cabeza y al instante volvió a sacarla.

—Yo no pienso entrar ahí —aseguró con contundencia—. Con una mirada he tenido bastante para que se me acelere el corazón. Maldigo esta claustrofobia…

—Pues entraré yo sola.

Así lo hizo. Doyo oía desde afuera cómo Airam describía lo que iba viendo. La cueva tenía estalactitas y estalagmitas, y el suelo estaba lleno de piedras irregulares. De repente oyó un breve grito, que cesó de

forma abrupta, y la capitana enmudeció.

—¡Airam! —clamó Doyo desde la entrada de la cueva.

Como no contestaba, la llamó una y otra vez, pero sin obtener respuesta.

—Airam, esto no tiene gracia. ¡Sal ya!

Doyo empezó a preocuparse. Temía que a Airam le hubiera pasado algo y le aterraba la idea de entrar en la cueva. Se preguntaba por qué habían tenido que ir a por esos puñeteros libros. Quiso dar un paso en el interior de la gruta, pero su cuerpo se lo impidió. El temor le paralizaba hasta el punto de que no se sentía las piernas. Lo notaba, además, con palpitaciones, sudoración y respiración acelerada. Pero desde el fondo del alma le salió una voz interior que le pedía que se adentrase en la abertura. Tenía que averiguar qué era de su amiga, pasara lo que le pasase. Sabía que ella le necesitaba. Tanto le necesitaba que no daba señales de vida. Estaba seguro de que Airam no bromearía con algo que para él era tan angustioso. Sin duda, algo grave le sucedía. Así que se armó de valor, consiguió que su alma se impusiera a su cuerpo, y penetró en la cueva. Luchó contra sus miedos dando pasos cortos. Desafió a sus sentidos, que le pedían a gritos que saliera cuanto antes. Ni el corazón desbocado ni la respiración jadeante pudieron detenerle. Su afán por encontrar a Airam podía con todo; siguió adentrándose en la cueva hasta que, tras el primer recodo, la halló desvanecida en el suelo. Se agachó y advirtió una brecha en su cabeza por la que manaba un hilo de sangre. No cabía duda de que había tropezado con alguna piedra y al caer se había golpeado con otra. Afortunadamente, al cabo de unos segundos, que a Doyo se le hicieron eternos, abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Te has caído y te has golpeado en la cabeza.

—Ufff, sí que me duele —lamentó cogiéndosela con las dos manos.

—Me he asustado mucho al verte inconsciente.

Doyo acariciaba la cabeza de la capitana y ella advirtió unas lágrimas furtivas en sus ojos. Se dio cuenta de lo que había supuesto para él entrar allí. Había tenido que luchar contra los demonios de su trastorno

de ansiedad por auxiliarla.

—¿Y tu claustrofobia?

—Sabes que jamás habría entrado en un lugar así, pero he tenido que hacerlo por ti. No te voy a engañar, entraba cagadito de miedo, al borde de un ataque de pánico, pero al verte tendida en el suelo sin conocimiento he sentido como un vuelco en las entrañas y se han esfumado los síntomas de la claustrofobia.

Airam lo miró con ternura y agradecimiento mientras él seguía acariciándole los cabellos y, con su pañuelo, retiraba la sangre que le manaba de la herida.

—Por suerte el corte es leve y te cicatrizará enseguida. Lo aparatoso será el chichón, que ya te está empezando a salir.

Al cabo de unos segundos la capitana se incorporó, llevándose la mano derecha a la frente, dolorida, y vio unas piedras apiladas frente a ellos. Recordó que, según Nkuku, Alika escondía los libros bajo unas piedras, así que las retiraron y aparecieron los cuatro libros. Mientras la capitana los abría uno a uno, Doyo observó otro montón de piedras a un par de metros. Las separó y bajo ellas encontró una tosca caja de madera. Al abrirla descubrió una sorpresa: contenía muchas hojas blancas con dibujos. Sin duda eran dibujos obra de Alika.

Salieron de la cueva y se sentaron en la piedra junto a las cáscaras de cacahuetes para ver mejor lo que habían encontrado.

—Mira, Airam, este dibujo debe de ser el que Alika enseñó al jefe para explicar su idea de cómo llevar agua al poblado. La hoja está arrugada…

—Está claro que es el dibujo que dices. Es el que el jefe del poblado arrugó para tirárselo a la cara a Alika antes de prohibirle que dibujara más. Y mira este, son Nkuku y las mellizas.

—Y este otro también, y este… —dijo Doyo asombrado—. Nkuku aparece dibujada con las mellizas nada más nacer, con ellas gateando, después andando… No cabe duda de que era su gran amiga.

—Aquí hay una ceremonia fúnebre —señaló Airam—. Debe de ser la que nos describió Nkuku de su amiga Ayomide, porque la que está sentada en la silla funeraria es una chica joven.

—Y hay un montón de dibujos con escenas de la vida en el poblado, de sus rituales y de los momentos que le llamaron la atención a Alika. La mayoría de estas cosas no pude verlas en los cinco días que estuve viviendo en Amaghị. Esto puede serme de gran ayuda para mis trabajos —aventuró Doyo ilusionado.

—Y mira este, es el hechicero —continuó Airam—. Lo dibujó tal cual es. Tiene la misma cara que vimos en la foto junto a la banda de Olamilekan. Está ante una especie de altar y lleva una cinta en la mano y un manto en la otra. ¡Es el momento en el que estaba haciendo el conjuro de muerte contra Alika y Folami!

—Hay muchos dibujos más… Se los enseñaremos a Nkuku…

—Sí, porque seguro que no los conoce. Si los conociera nos hubiera dicho que los cogiésemos de la cueva junto con los libros.

Airam y Doyo se llevaron los libros y la caja con el tesoro de los dibujos, y se volvieron por el sendero por el que habían ido. Cuando llevaban un rato andando, la capitana se acordó de la laguna.

—Me hubiera gustado que nos diésemos un último baño en la laguna, pero no podemos hacerlo, no tenemos tiempo. Nos quedan muchas horas hasta Lagos.

—A mí también me apetecía bañarme contigo en la laguna, pero tenías que elegir entre el baño o ir a por los libros y has elegido bien —aseguró Doyo—. Y mira por dónde has tenido el premio de los dibujos. Ya volveremos a la laguna algún día y lo haremos solo por el placer de disfrutarla.

—Pues no te digo que no… Ya casi tengo adicción al peligro —bromeó Airam.

Por su parte Yeji y Nkuku se despidieron de su madre y de pocas personas más. Nkuku vació el escondrijo de sus ahorros y no se olvidó del collar y del regalo que le había hecho Alika. Ambas recogieron a las mellizas, algo de ropa y algunos recuerdos. Muy pocos. Apenas unos abalorios. Tampoco había mucho más que llevarse de Amaghị.

Los cuatro volvieron a encontrarse en el inicio del sendero, junto al coche. Al ver el chichón de Airam, Nkuku y Yeji buscaron unas hierbas que exprimieron y con su jugo le embadurnaron la brecha de la cabeza

para bajar la hinchazón. Después se dirigieron a la pensión. Al acercarse a la puerta, a la capitana le entró un ápice de nostalgia.

—Doyo, probablemente no volveremos a estas mecedoras desde las que hemos visto los atardeceres más hermosos y hemos hablado tan a gusto de tantas cosas.

La dueña de la pensión salió a recibirles.

—¿Vienen para despedirse ya?

—Sí, ha llegado el momento de volver a nuestro país.

—Pues tengo una sorpresa para ustedes.

La dueña sacó un collar floral de los que hacía y se lo colgó del cuello a Airam.

—Es para sustituir el que rompió. Quiero que tenga buena suerte.

—Gracias. Muy amable. Yo también tengo un regalo de despedida para usted.

Airam rebuscó en su gran bolso hasta que encontró un paquete que contenía una herradura comprada para ella en una hípica de Castellón.

—Cuélguela en la puerta de la casa. Según se cree en nuestro país, le traerá buena suerte si la pone con las puntas hacia arriba y si las pone hacia abajo vaciará su casa de los males que tenga.

Doyo, al ver el detalle de Airam, se sintió orgulloso de ella. Sus palabras no habían caído en saco roto. Era una manera elegante de reconocer que las supersticiones merecen respeto, aunque no se compartan.

—Además —prosiguió Airam mirando a la dueña—, quiero que sepa que Nkuku —la señaló— pudo encontrarnos gracias al collar que me regaló a la llegada. Ojalá no pierda nunca ese detalle con sus clientes. Sin ese regalo que nos hizo, probablemente no hubiéramos logrado resolver el caso que nos trajo aquí y ahora esta mujer —señaló a Yeji— estaría manca y desterrada. A veces las cosas más insospechadas, y que aparentan tener poco valor, resultan importantes. Como dice mi capitán —añadió en referencia a Olivier—, hay que hacer bien sin mirar a quién.

El regalo del collar floral había sido algo aparentemente intrascendente, pero se convirtió en trascendental para resolver el caso.

Lo que aún no sabía Airam era que su trascendencia sería colosal, porque estaba a punto de cambiar la vida de millones de personas.

Recogieron sus cosas, se despidieron de la dueña de la pensión y, cuando llegaron al coche, Airam se giró.

—Aquí hemos pasado buenos momentos. —Lanzó un beso a la pensión—. Ha sido el campamento base de la maravillosa y peligrosa aventura que hemos vivido.

Se montaron en el vehículo para ir a Lagos. Estaban preparados para el viaje de muchas horas, por carreteras en mal estado, que no podían hacer por avión, ya que Yeji, Nkuku y las mellizas todavía no tenían documentación. De camino, Nkuku recordó lo que le pidió Doyo:

—Me he acordado de coger lo que me regaló Alika. Mira qué bonito es —dijo mientras se lo ponía.

—¡Vaya tesoro! No me cabe duda de que es nok auténtico. Es de terracota y las formas son inconfundibles: esos ojos triangulares perforados en el centro, ese peinado elaborado… Guárdalo bien porque es muy valioso.

—Para mí lo es porque me lo regaló Alika. Es lo único que tengo de ella —agregó mientras unas lágrimas asomaban a sus ojos.

—¿Sabes dónde lo encontró Alika? —preguntó Doyo.

—El lugar exacto no lo conozco, pero sí que sé dónde está más o menos. ¿Recordáis que os conté que el día del rito funerario de Opeyemi, Alika se fue a Ugwu dị nsọ, nuestra montaña sagrada, a pedir perdón a Chukwu por haber invocado su nombre en vano?

—Sí, claro, al volver fue cuando descubrió al hechicero haciendo el conjuro maléfico contra ella —contestó Airam.

—Pues esto me lo trajo de la cueva donde se refugió para pasar la noche. Me contó que era una cueva muy larga con una entrada escondida entre la maleza. Al parecer allí había muchas cosas parecidas a esta, pero Alika no le dio más importancia.

—¡Otra cueva que desafía mi claustrofobia! —exclamó Doyo—. Pero, tras la experiencia con la cueva de los libros, albergo la esperanza de poder superar mis miedos; estoy seguro de que entraré en ella. Quiero hacerlo porque, si dices que allí hay muchas cosas nok, podría tratarse

de un yacimiento. ¡Eso sería fantástico! Hasta ahora se cree que esa cultura llegó desde el norte de Nigeria hasta el río Benue. Makurdi sería la población actual más cercana al Parque Natural de Cross River a la que llegaron los nok y está a unos doscientos kilómetros de donde descubrió Alika la figura que te regaló. Si en esa cueva hay un yacimiento de la cultura nok, eso supondría una revolución en el conocimiento científico sobre esa cultura.

—Pues veo que no tendrás más remedio que volver a Nigeria —dijo Airam.

—Y será en breve. Un descubrimiento así no puede posponerse, porque puede tener una gran repercusión científica a nivel mundial. En cuanto tenga organizada una expedición, volveré.

Por la noche, tarde, entraron en Lagos. Los ojos de Yeji, Nkuku y las mellizas parecían a punto de salirse de sus órbitas. Las cuatro miraban, alucinadas, a todas partes. Jamás habían visto nada similar. Llegaron al hotel de Lagos en el que Doyo y Airam sufrieron el atentado.

—Buenas noches —saludó el jefe de recepción—. Veo que esta vez vienen acompañados. Tengo reserva de dos habitaciones individuales para el señor Doyo y la señora Airam, y otra doble para las señoras Yeji y Nkuku con una cama supletoria para dos niñas.

—Así es —respondió Airam.

—Tengan las tres llaves. Estarán en la primera planta. Habitación dieciocho para el señor Doyo, diecinueve para las señoras nigerianas y veinte para la señora Airam.

Cuando se dirigieron a las escaleras, Doyo sorprendió a Airam.

—Voy a subir por el ascensor. Al verlo, por primera vez no he sentido las ganas de alejarme de él a toda prisa.

—¡No me digas! Te acompaño…

—Prefiero enfrentarme solo. El episodio de la cueva parece que me ha dado fuerzas para ello.

Doyo llamó el ascensor y se quedó esperando a que bajara mientras Airam, Nkuku y las mellizas subían por las escaleras. Durante los

segundos de espera se notó nervioso, pero nada que ver con la angustia paralizante que antes experimentaba. Cuando se abrieron las puertas del elevador dio un paso hacia dentro, sin acusar el miedo que en esas circunstancias invadía hasta el último rincón de su cuerpo, y pulsó con determinación el botón del primer piso. Comprobó con satisfacción que, al empezar a subir, los síntomas de angustia tampoco aparecían. Llegó arriba y se abrieron las puertas, y Airam, que le estaba esperando ansiosa de saber cómo le había ido, leyó en su sonrisa, una sonrisa de victoria, que había superado su propio reto.

—¿Te sientes bien?

—Fenomenal. Parece que mi claustrofobia se quedó en aquella cueva. Probaré en otros ascensores, cada vez con trayectos más largos, para comprobar que estoy en lo cierto. Tiene narices. Toda la vida sufriéndola, con tantas visitas a psicólogos, con tantas terapias punteras, y al final me la cura el susto que me has dado al pensar que te había pasado algo grave.

—Más bien será el valor que has tenido para luchar contra tus demonios por salvarme.

—¿Dónde están nuestras amigas africanas?

—En su habitación, con el sustituto de Babatunde. Fíjate, se oyen sus aspavientos. No entiendo nada de lo que dicen, pero no cabe duda de que están muy contentas. Supongo que alucinarán al ver por primera vez en su vida una habitación como esa. Mira, ahora sale el botones.

Abrió la dieciocho para Doyo y la veinte, la del fondo del pasillo, para Airam. Era la misma en la que George y ella habían pasado su última noche juntos. Airam se acostó después de hablar con sus hijas para decirles que al día siguiente iniciaría el viaje de vuelta a casa y, además, lo haría en buena compañía. Después miró alrededor y lo que vio le recordó a ese último encuentro con George. Entonces se acordó de lo que él le susurró al oído cuando se despidieron, pero, tras lo vivido con Olivier en el Crossover, la capitana había decidido poner punto y final al *carpe diem* con George. Quería seguir siendo una buena amiga suya, pero ya sin derecho a roce. Decidió que tampoco era necesario decírselo de manera explícita ya que en unas horas saldría de

su vida probablemente para siempre. Optó por hablar con sus actos. En consecuencia, le mandó un escueto wasap:

> Hola, George, he llegado muy tarde a Lagos y estoy cansada tras el largo viaje. Ya nos veremos mañana. Estamos en el hotel de siempre. Buenas noches.

Al recibirlo, George entendió a la perfección el mensaje que había entre líneas y esbozó una sonrisa que parecía decir «fue muy bonito mientras duró».

Aunque Airam estaba cansada, no podía conciliar el sueño. Al cabo de un rato oyó un wasap que le entró en el móvil. Creyó que era la respuesta de George, pero resultó ser de Olivier:

> Hola, Airam: Mesié y Danilo ya están entregados a la policía y he hecho mi declaración aportando, además, la grabación de la confesión y el móvil de Mesié con el vídeo de la violación. Mi tiempo en el Crossover ha acabado. Pasado mañana vuelvo para España e iré directamente a tu casa. Mándame la dirección. Si cuando llegue no has vuelto, te esperaré alojado en un hotel cercano. Un beso.

A Airam le dio un vuelco el corazón al leer el mensaje. Notaba que, día a día, se había ido enamorando de Olivier y ese mensaje le demostraba que la capitana tampoco le era indiferente a él. Contestó de inmediato:

> Hola, mi capitán. Me alegra que hayas culminado con éxito tu última misión, que era la nuestra. Me hubiera gustado acompañarte, pero afortunadamente vine aquí porque hemos llegado a tiempo de salvar a la madre de Alika. Ya te contaré. Lo que más me alegra de tu mensaje es que vengas a mi casa, que es la tuya. No reserves hotel porque yo también llegaré pasado mañana. Besos, mi capitán.

Tras enviar el mensaje oyó cómo Doyo se lo estaba pasando en grande. Reconoció su voz, aunque por medio estuviese la habitación donde dormían Yeji, Nkuku y las mellizas. Además, oyó unos gemidos

que parecían de mujer e incluso el ruido que hacía la cama al chocar contra la pared. Salió de su habitación para constatar que aquellos ruidos provenían de la de Doyo y no de más allá. Pegó la oreja a la puerta dieciocho y se disiparon sus dudas: la mujer estaba disfrutando mucho, a juzgar por el nivel de los gemidos, y Doyo no se quedaba atrás. No necesitaba oír más. Se volvió a su cama.

A la mañana siguiente Airam no madrugó. El viaje del día anterior había sido largo y pesado, y el cansancio hizo mella en su cuerpo cuando, al fin, consiguió dormirse. Tampoco tenía necesidad de madrugar, puesto que la salida del avión estaba prevista a las seis de la tarde. Respecto a lo ocurrido la noche anterior en la habitación de Doyo, Airam decidió no comentar nada.

Cuando salía de su habitación para bajar a desayunar, se abrió la puerta de la habitación de su amigo. La capitana se entretuvo cerrando la suya para averiguar si salía Doyo o la mujer que disfrutaba junto a él unas horas antes. La puerta, no obstante, se quedó entreabierta sin más. Airam anduvo despacio y de puntillas por el pasillo con la intención de no alcanzar la habitación dieciocho antes de que asomara la persona que había abierto. Vivió al ralentí durante unos segundos, que se le hicieron largos, hasta que se sintió una cotilla y pensó que tenía que darle igual quién fuese. Entonces decidió recuperar su zancada habitual y pasar de largo. Pero cuando alcanzó la puerta, la casualidad quiso satisfacer las ansias de curiosidad de Airam: salió una mujer y, para su sorpresa, era Nkuku.

—¡Nkuku! *Ezi* ụtụtụ.

—*Ezi* ụtụtụ, Airam.

—¡Cuánto me alegro de lo que oí anoche en esta habitación! —exclamó Airam mientras cogía a Nkuku del brazo—. Ven conmigo a desayunar, que tienes muchas cosas que contarme…

—Voy, pero antes espera que mire cómo están las mellizas, que se quedaron con Yeji.

Abrió la puerta de la habitación y vio a las tres durmiendo

plácidamente. Airam y Nkuku bajaron al restaurante, se sentaron en una mesa y se sirvieron un copioso desayuno del bufet.

—Cuéntame, Nkuku. No me sorprende que estéis juntos porque la complicidad, las miraditas y las sonrisas delataban vuestro cariño. Además, me alegra mucho. ¿Desde cuándo Doyo y tú…?

—Me enamoré de él durante los días que me estuvo cuidando, pero no hemos podido estar juntos hasta esta noche. ¡Ha sido fenomenal!

—Ya lo oí, ya. Fenomenal… Pero ¿cómo es posible que goces así teniendo la ablación de clítoris?

—Pues la explicación es simple: porque, al igual que Alika, no me la hicieron. Nuestras madres, que ya sabes que son muy amigas, acordaron hacer lo mismo junto a las dos ancianas que asistieron al simulacro de nuestras ablaciones. Durante muchos años ni yo conocí el secreto de Alika ni ella el mío.

—Hicieron bien en tomar precauciones, porque ya se sabe que hasta cierta edad la espontaneidad y la inocencia hacen que digas cosas que deberías callar.

—Cuando llegó la hora de mi parto necesitaba que me acompañaran dos personas. Una fue mi madre y la otra, que me sujetó por detrás, iba a enterarse de que no me habían practicado la ablación. Yo no sabía a quién recurrir y fue mi madre quien me dijo que recurriera a Alika. En el parto ella descubrió mi secreto, pero no era el momento para confesarme el suyo. Lo hizo al día siguiente. Ninguna de nuestras amigas lo conocía. Por eso Alika fue la única que asistió a mi parto. Por eso nunca nos bañábamos en la laguna con las otras amigas. No podíamos correr el riesgo de que alguien lo supiera. Ya has visto que nuestras precauciones estaban justificadas tras comprobar lo que pasó cuando se descubrió el secreto de Alika. Por eso mi madre me metió en la choza en cuanto Olamilekan lo descubrió. No quería que su banda me examinara y descubriera que mi sexo estaba intacto.

—¿Y el que fue tu marido?

—Era como Folami; lo asumió muy bien antes de casarnos. Por eso animé a Alika a que se lo dijera a Folami, porque a mí me había ido bien. Sabiendo que los dos querían modernizar el poblado, estaba

segura de que Folami, que era tan buen hombre como mi marido, también le respondería positivamente a Alika.

—¿Y por qué no nos lo habías dicho?

—No os he dicho ni que la tenía hecha ni que no. Si me lo hubierais preguntado os lo habría contado, porque como dice un proverbio, quien dice la verdad, nunca se equivoca. Pero no me pareció que tuviera que presumir de ello; lo importante era lo que pasó con mis amigas.

—Qué sorpresa más colosal. Me alegro mucho de que no te mutilaran y de que estés con Doyo. Os deseo mucha felicidad.

—Gracias, Airam. Estoy muy contenta e ilusionada. Gracias.

Mientras desayunaban llegó George.

—Buenos días —saludó, y dio dos besos a ambas.

Se sentó con ellas, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre con la mano derecha.

—Aquí tenéis los pasaportes y los visados. Han debido de ser los más rápidos hechos en Nigeria —añadió sonriendo.

—¡Gracias! —contestó Nkuku—. Eres genial.

Nkuku se levantó de la silla rebosante de alegría y abrazó con fuerza a George, quien, sentado, apenas pudo devolverle el gesto, porque se le había abalanzado de tal forma que no le dejaba espacio.

—¡Menuda eficacia! Por lo que me dijo Doyo, a nosotras nos hubiera costado semanas o incluso meses conseguirlos. Son pasaportes al futuro. Me voy a enseñárselos a Yeji ahora mismo. ¡Gracias, gracias, jefe George!

Nkuku se alejó, dejando solos a Airam y a George, repitiendo en voz alta una y otra vez «el futuro» mientras aireaba los pasaportes bajo la atenta mirada de muchos de los presentes, que la seguían con los ojos y aplaudían con sus sonrisas.

—Yo también te doy las gracias —dijo Airam—. Ya sabes que sin tu apoyo no hubiéramos podido culminar con éxito nuestro empeño.

—Confiaste en mí. Sin tu confianza no hubiera podido hacer nada. Yo también te quiero agradecer que vinieras aquí a averiguar lo que había pasado con las cinco chicas. Nos ha permitido desarticular una importante red de tráfico de armas, detener a varias bandas de

asesinos, incluyendo la más buscada, la de Olamilekan, y detener a ese Consejo Ochie, lo que marcará un camino para que las leyes de las etnias no vulneren la de Nigeria. Este país debería agradecértelo de alguna manera. Tú has arriesgado mucho viniendo aquí; has arriesgado incluso tu vida varias veces. Te mereces llevarte un reconocimiento y voy a hacerlo constar en mi informe. No sería justo que te vayas de vacío.

—No, George. Gracias, pero no. Quiero permanecer en total anonimato. Te ruego que lo respetes. Me llevo como compensación las experiencias vividas, tanto las relacionadas con el caso de las chicas como las que he disfrutado contigo, que han sido alucinantes. Me llevo el conocimiento de este gran y complejo país del que nada sabía. Eso me enriquece como persona. Y me llevo nuevas amigas. ¿Te parece poco?

—Como quieras. No voy a impulsar algo que te haga sentir incómoda, pero ya pensaré de qué forma puedo conjugar lo que tú no quieres con lo que yo quiero. Quizá pueda hacer algo más que reflejarlo en mi informe, porque tengo que darte una noticia muy importante.

—¡George! ¿Y a qué estás esperando para dármela?

—Anoche me llamó el presidente Buhari.

—¡Qué me dices! ¿Te llamó el presidente de la República? Eso es extraordinario. Querría felicitarte por todo lo que has conseguido.

—Efectivamente, me felicitó por la detención de Olamilekan, que era algo deseado desde hace años; también por la desarticulación de la red de tráfico de armas, que ha sido, con mucho, la más importante de la historia, y por la gesta de la detención del Consejo Ochie. Pero me llamó para algo más…

—Pero deja de darle suspense…

—Me propuso nombrarme ministro de Seguridad de Nigeria.

—¡Qué notición! ¿Y qué le has contestado? No te veo contento, creo que estoy yo más contenta que tú…

—Estoy valorándolo. Le agradecí que pensara en mí y me comprometí a que hoy le daría la respuesta.

—Pero ¿qué tienes que pensar, George? No tienes ataduras,

estudiaste en el extranjero y posiblemente seas la persona más preparada del país para ese cargo, vas sobrado de experiencia al frente de la policía de Lagos, que tiene más habitantes que muchos países del mundo… Es lo máximo que se puede conseguir en tu currículum al frente de fuerzas de seguridad, y estoy segura de que serás un gran ministro y de que harás mucho bien a tus compatriotas. ¡Acéptalo! Ese tren no pasa dos veces. Piensa que te puedes arrepentir si no lo aceptas. Conozco a varias personas mayores que han tenido una vida muy plena y, con la perspectiva de todo lo vivido, dicen que de lo único que se arrepienten es de algunas cosas que quisieron hacer, pudieron hacer y no hicieron. Que no te pase a ti con algo tan importante.

—Gracias por tus palabras. Me dan ánimos, aunque tengo que pensarlo. Por una parte, es un reto apasionante, pero, por otra, una decisión así condiciona la vida. Para empezar, tendría que irme a vivir a Abuya… Le daré vueltas y, mientras estés volando hacia tu país, le comunicaré la respuesta al presidente.

Tras unos instantes de silencio, durante los cuales George y Airam intercambiaron miradas de admiración mutua, llegó el momento de la despedida.

—Supongo que no nos volveremos a ver —aventuró George.

—*Never say never again* —respondió Airam—. Nunca se sabe. Si uno de los dos quiere que pase, pasará. Si vuelvo a Nigeria, que no lo descarto, te llamaré. Y tú haz lo mismo si vienes a España. Mi casa será tu casa como la tuya ha sido la mía. En cualquier caso, siempre te tendré mucho cariño y espero que sigamos en contacto, porque me alegrará saber cómo te van las cosas. Quiero que seamos grandes amigos, aunque sea en la distancia.

—Así será —aseguró George visiblemente emocionado—. De ser una buena amiga, pasarás a ser una gran amiga.

—Eso mismo; no quiero ser una buena amiga, quiero ser una gran amiga.

Airam sonrió complacida porque George había entendido cómo quería que fuese su relación futura. Instantes después le acompañó a la puerta del hotel y allí se deleitaron con un largo y fuerte abrazo de

despedida que acariciaba sus almas y se amoldaba a sus cuerpos como un traje a medida; a medida del gran cariño que se tenían.

La capitana se quedó en la puerta del hotel hasta que perdió de vista el coche de George mientras invadían su cabeza un cúmulo de pensamientos sobre los momentos vividos con el jefe de policía. Entró en el hotel con una gran sonrisa y al pasar por delante de la recepción se encontró con Doyo.

—Dejo esta cajita de seguridad para que la recoja mi colega de Ibadán —afirmó con un guiño.

Airam respondió con una sonrisa. Subieron juntos a la primera planta en ascensor, por deseo expreso de Doyo, y al llegar a la habitación animaron a Nkuku y a Yeji a que despertaran a las mellizas, desayunaran y recogieran todo. En una hora les esperaría en la puerta del hotel un coche que George ponía gentilmente a su disposición para acercarles al aeropuerto, donde Airam estaba segura de que sus amigas africanas iban a alucinar con lo que descubrirían.

En el camino hacia el aeropuerto tuvieron que superar un monumental atasco de más de dos horas. Airam recordó que su primer recuerdo de Lagos era un gran atasco, y lamentó que el último fuese otro más grande aún.

57

De vuelta a casa

Tras comer algo en el aeropuerto y dar una vuelta por las tiendas, Airam, Doyo, Yeji, Nkuku y las mellizas se encaminaron a la sala de embarque del avión que les llevaría a España. Les esperaba un largo viaje. Frente a la sala, mientras las cuatro africanas curioseaban asombradas todo lo que veían, Doyo se dirigió a Airam en tono confidente.

—Tengo que contarte un secreto de Nkuku que descubrí anoche.

—¡Ay, Doyo! Que cuando tú vienes yo ya he vuelto… Oí vuestra fiesta anoche y esta mañana Nkuku ya me lo ha contado. Enhorabuena, me alegro mucho por vosotros.

Para Doyo significaba mucho esa especie de bendición de Airam a su relación. Sonrió complacido. Al entrar en el avión la capitana se sentó junto a Nkuku, porque quería darle una sorpresa. Se la dio en cuanto se apagó la señal de cinturones abrochados.

—Nkuku, mira lo que me encontré junto a los libros en la cueva —le enseñó los dibujos que llevaba en su gran bolso.

—¡Son dibujos de Alika! Pero ¿cuántos hizo? Yo solo había visto tres: este del esquema de cómo llevar agua al poblado que le ganó la enemistad del padre de Folami; este, que es un retrato suyo que se hizo, conmigo presente, mirando su imagen en el agua de la laguna y este que hizo de mi cara... Mira, aquí estamos las mellizas y yo, una y otra vez, y mi parto con ella y mi madre —dijo con una alegría que provocó

que se le saltaran las lágrimas.

—Este dibujo con la cara de las ocho amigas —señaló Airam— me lo enmarcaré y, si me lo permites, lo colgaré en el salón de mi casa. Haré copias de los dibujos para que todas tengamos una, ¿te parece?

—¿Harás copias? ¿Tú también sabes dibujar tan bien? —preguntó Nkuku.

—Las copias las hace una máquina. —Airam sonrió—. Ya te enseñaré un día una fotocopiadora en acción.

Airam y Nkuku disfrutaban contemplando los preciosos dibujos de Alika, que propiciaron un sinfín de comentarios. Ese primer vuelo se les estaba haciendo corto.

—Alika se hubiese ganado muy bien la vida dibujando —vaticinó Airam—. Mira este tan bonito, es de la laguna, con Alika y tú bañándoos en ella. No cabe duda de que tu amiga te quería mucho.

—Como yo a ella. Mira, este es de Folami —señaló con alegría.

—No conocía su rostro; era un chico muy guapo.

—Como Alika. Hacían buena pareja en todo. Si no hubiera aparecido el maldito Olamilekan…

—Y si el hechicero no hubiera tenido tanta maldad… Vivió del cuento de sus hechizos, casi sin trabajar, a costa del esfuerzo de la gente del poblado, y mira cómo os lo pagó.

—No me extraña. Hay un proverbio que dice: un asno siempre da las gracias con una coz —sentenció Nkuku.

Cuando acabaron de ver todos los dibujos de Alika, se los pasaron a Doyo, que los observó detenidamente hasta llegar a uno que le hizo saltar de alegría.

—Mirad. —Se lo enseñó—. Esta debe de ser la cueva donde Alika encontró la figura nok y, como le dijo a Nkuku, hay muchas otras cosas. Aquí aparecen distintos objetos dibujados: figuras, vasijas, platos… De esos objetos tenemos noticia, pero también se ven lo que parecen utensilios de cuya existencia los científicos no sabemos nada. Estamos regresando de Nigeria y ya tengo unas ganas locas de volver. ¡Menudo descubrimiento me espera!

—¡Parece increíble! —exclamó Airam—. Está claro que la vida de

todos nosotros mejorará mucho gracias a Alika.

—Gracias a Alika y a tu empeño en ir a Nigeria para averiguar lo que pasó —recalcó Doyo—. Sin tu perseverancia, la muerte de Alika hubiera quedado en el olvido y ninguno de nosotros se beneficiaría de esas mejoras.

Durante la escala en Adís Abeba, comenzó en Lagos la reunión de representantes de las etnias nigerianas para discutir las consecuencias de la detención del Consejo Ochie y exigir su liberación al Gobierno. Fue una reunión asamblearia que concitó el interés de los medios de comunicación de todo el país. Pronto se vislumbró que se prolongaría durante muchas horas, porque el malestar entre los asistentes era patente y fueron multitud los que pidieron la palabra. Veían sus tradiciones amenazadas en la medida en que la detención del consejo podía extenderse en el futuro a los demás y no estaban dispuestos a tolerarlo. No querían contemporizar con el Gobierno.

Pero de todo ello no se enteraron Airam, Doyo y sus amigas africanas, que cogieron el vuelo con destino a Madrid mientras la asamblea se desarrollaba de una forma caótica, llena de palabras gruesas y con repetidas intervenciones pidiendo la dimisión del presidente Buhari. El ministro de Seguridad de Nigeria, que aún no conocía la intención del presidente de cesarle, con su respuesta hizo gala de la fama de mano dura que había puesto en más de un apuro público al Gobierno. Desplegó un gran contingente de antidisturbios en torno al edificio en el que se celebraba la asamblea y cuando salió un grupo de personas con pancartas exigiendo que Buhari dimitiera, cargaron contra ellas violentamente. Con ello solo consiguió indignar todavía más al resto de la asamblea, que salió a enfrentarse con la policía. Como consecuencia, las imágenes de la violencia policial inundaron los telediarios y las redes sociales, abonando un conflicto político de impredecibles consecuencias.

Nada de todo eso supieron Airam y sus amigos, que, tras aterrizar en Madrid, cogieron un vuelo a Valencia. Al llegar, alquilaron una furgoneta para ir todos juntos a Castellón. La primera parada fue sorpresa: la capitana los llevó al nuevo cementerio. Nkuku, Yeji y Doyo no salían de su asombro.

—¿Para qué entramos en el cementerio? —preguntó Doyo.

—¿Vives aquí? —agregó Nkuku.

—¡Qué va! —Airam sonrió.

Los llevó ante la sepultura donde estaba la lápida que encargó al llegar de Lisboa, y los seis rodearon el sepulcro. Yeji y Nkuku nunca habían visto una lápida, pero sus ojos, vidriosos al contemplarla, evidenciaban que sabían lo que significaba. Permanecieron unos instantes en silencio reflexivo hasta que Airam leyó la inscripción a Yeji mientras Nkuku se la traducía.

—Arriba pone: «Nacidas en Amaghị, Nigeria», y a la derecha hay una foto del poblado.

—Esa foto la tomé con el móvil cuando estaba cuidando a Nkuku —apuntó Doyo—. Fue una de las que te envié…

—Es muy bonita —dijo Yeji entre lágrimas.

—En la línea de abajo —prosiguió Airam— se puede leer: «Fallecidas en el Mediterráneo», y a su izquierda hay una foto del mar con las islas Columbretes, que se encuentran cerca de donde fallecieron.

—Y debajo aparecen los nombres de Alika, Ayomide, Johari, Nala y Nnenna —añadió Yeji—. No sé leer, pero me lo imagino por las fotos de sus manos que están grabadas junto a lo que supongo que será cada nombre. Esta es mi Alika —dijo dando un beso a la imagen de su mano que estaba grabada a la izquierda del nombre.

—Sí, Yeji. Las fotos las tomamos en el Clara Campoamor cuando rescatamos sus cuerpos —explicó Airam—. Fue un día muy triste para toda la tripulación.

—Y esta —continuó Yeji— es Nala, mi hija venida del bosque, mi *nwa nhazi*. —Dio un beso a la imagen de la mano de Nala que estaba grabada junto a su nombre.

Yeji y Nkuku, llenas de melancolía, se tumbaron en el suelo y

acariciaron durante un largo rato la lápida; luego fueron dando besos a cada mano. Doyo y Airam las observaban conmovidos con las mellizas de la mano. Decidieron alejarse de la tumba y dar una vuelta, sin perderlas de vista, para así respetar al máximo su intimidad en un momento tan especial.

—Airam —dijo Doyo en voz baja mientras se alejaban—, ¿no me dijiste que los cuerpos se incineraron tras la autopsia?

—Sí, pero he simulado esta tumba porque sé que para ellas es importante que los cuerpos estén enterrados, ya que de lo contrario creen que nunca tendrán descanso ni podrán reencarnarse.

—Bien pensado. Al final te doy la razón, no es necesario saberlo todo. Saber que sus cuerpos fueron incinerados les haría mucho daño innecesario, porque para ellas es lo peor que se les podría hacer una vez muertas. Y si alguna vez se descubre el engaño no les sabrá mal porque entenderán que lo hiciste para bien.

—Entonces ¿crees se lo tomarán bien si alguna vez se descubre?

—No lo dudes —dijo Doyo guiñando un ojo.

Yeji y Nkuku pasaron un buen rato danzando en torno a la sepultura con cánticos que ni Doyo ni Airam entendían. Cuando estuvieron preparadas para irse, dejaron el cementerio con destino a la casa de Airam. Al llegar y bajar del vehículo se quedaron todos admirados de la mansión, que ni Doyo conocía, y de las vistas que se contemplaban desde allí. Se acercaron a la barandilla, entre los cañones, para admirar el azul intenso del mar en calma.

Las hijas de Airam salieron corriendo a recibirla. Se colgaron literalmente de ella mientras le daban un sinfín de besos. La capitana hizo las presentaciones entre sus hijas, Nkuku, Yeji y las mellizas.

Después entraron en la casa y las africanas se quedaron mirándolo todo fascinadas. Al llegar al salón Nkuku preguntó:

—¿Esa gran cosa negra es una televisión? Es que me han parecido increíbles las que he visto en los aeropuertos…

—Sí, vamos a ponerla en marcha y veréis —propuso Adriana.

Airam les puso un canal nigeriano, sintonizado con la señal satelital, en el que hablaban en inglés para que al menos Nkuku lo entendiera y

pudiera contarles a las demás lo que emitían. Nkuku y Yeji se quedaron deslumbradas con la calidad de las imágenes y con el sonido del gran plasma.

—Fíjate qué cara de asombro —susurró Doyo.

Las hijas de Airam enseñaron a sus nuevas amigas africanas cómo controlaban la televisión con el mando a distancia.

—¡Es magia! —exclamó Nkuku al comprobar cómo subía el volumen desde el mando.

—Aquí saldrán cosas de vuestro país —anunció Airam cambiando de canal—. Os acompañaré a vuestras habitaciones y luego volveréis a verla. Doyo, la tuya es la última del pasillo en esta planta, toma posesión de ella cuando quieras, aunque supongo que a Nkuku y a ti os va a sobrar una habitación…

—Vaya, Doyo, así que ya estás pillado… —dijo Adriana—. Vas a romper muchos corazones cuando se enteren en la facu de que ya no eres el famoso solterón… ¿Esta es la sorpresa que me dijiste de Doyo, mamá?

—Esa es una, pero en los próximos días ya te contaré otra más importante —advirtió Airam bajo la atenta mirada de Doyo, que no se perdía detalle de los gestos de su hija.

—Di «nos contarás», mamá, porque yo también quiero saberla —pidió Vicky—. Intrigada me dejas…

—Si te preocupaba la diferencia de edad entre Doyo y yo, ya ves que aún es más la que se llevan Doyo y Nkuku… —susurró Adriana.

—Hija, en la preocupación por la diferencia de edad tenía poca razón, pero entenderás que tenía motivos sobrados para preocuparme. Ya hablaremos en los próximos días, incluso con Doyo presente, y lo comprenderás mejor.

—Más intrigada me quedo…

Airam acompañó a Nkuku y a Yeji al primer piso, y quedaron prendadas de las cuatro habitaciones en cuanto las vieron. No podían imaginarse algo así. Cada habitación era casi tan grande como una de sus chozas. Dejaron allí sus escasas pertenencias y volvieron al salón para quedarse abobadas delante de la televisión. Mientras tanto, Doyo y

Airam se pusieron a preparar algo de cenar. Sonó el timbre y la capitana salió a abrir.

—¡Hola, Olivier! Has encontrado la casa enseguida —dijo Airam al tiempo que le daba un fuerte abrazo.

—Bueno, ha sido mérito del taxista… ¡Qué casa más bonita!

Airam presentó a Olivier a todos.

—He oído hablar mucho de vosotros y muy bien. Es como si os conociera, solo me faltaba poneros cara: Doyo, el amigo universitario; Yeji, la madre de Alika; Nkuku la valiente confidente del sendero… Gracias por lo que habéis hecho por Airam. Y gracias, además, porque como consecuencia de ello la he conocido.

—Las gracias se las damos nosotras a ella —dijo Nkuku—, y también a usted, porque Airam nos ha contado de dónde viene: de conseguir que los asesinos de mis amigas tengan la condena más dura posible.

—Ven —pidió Airam a Olivier cogiéndole de la mano—, te acompaño a la que será tu habitación durante los días que quieras.

Mientras Doyo se encargaba de la cena, Airam y Olivier entraron en la habitación. Abrieron el ventanal y Olivier notó la brisa marina a la vez que contemplaba el espectacular panorama que se divisaba desde allí. Airam cogió las manos de Olivier y, sin apartar la vista de ellas, dijo:

—He soñado con ellas en el avión.

—Yo también he soñado contigo en el avión; con nuestros momentos en el Crossover.

Olivier observaba cómo la brisa mecía el pelo de Airam; la contemplaba desde la barbilla hasta los ojos, recreándose en esas pupilas azul celeste; de los ojos a los sensuales y carnosos labios; los recorría varias veces con su mirada dulce y apasionada, y, al fin, la abrazó y le dio un beso. Un *savium* jugoso que a Airam le supo a gloria. Después fue Airam la que tomó la iniciativa y repitió lo que había hecho Olivier.

—No podía dejar que pasara ni un minuto más sin besarte —susurró Olivier.

—Te advierto —contestó Airam— que, si hubieras dejado pasar unas

horas, habrías perdido la oportunidad de ser el primero en dar un beso.

—Vengo sin fecha de caducidad —advirtió Olivier.

—Ya sabes que esta es tu casa —contestó ella sonriendo.

—Estos días ha arraigado en mí una convicción —susurró Olivier—: podría vivir sin ti, pero no quiero. Ansío que pintemos juntos nuestras vidas de todos los colores, que las llenemos de sabrosos sabores, que suenen como preciosas melodías…

Airam se ruborizó al oír esa declaración de amor y le abrazó más fuerte, como queriendo ocultar sus sonrojadas mejillas.

—Yo quiero lo mismo —musitó al oído de Olivier.

Olivier se sacó algo del bolsillo de la chaqueta y se lo enseñó a Airam.

—Son dos entradas para ver *Rigoletto* en El Liceu el próximo sábado. ¿Se te ocurre con quién puedo ir?

—Podrías elegir a una rubia de ojos azules, un poco más joven que tú, que sé que desea asistir a una ópera por primera vez… Gracias, Olivier, es un detallazo. Ya tengo ganas de que llegue el sábado, aunque hasta entonces vamos a hacer muchas cosas tú y yo. Pedí dos meses de permiso sin sueldo y todavía me queda un mes para agotarlo. No tengo intención de acortarlo, así que mira si tenemos tiempo por delante…

—¡Excelente noticia! Vamos a bajar con los demás y ya continuaremos —propuso Olivier—. Por cierto, llegarán las pocas cosas que tenía en el Crossover por mensajero, incluido el acordeón.

—Tengo ganas de oírte tocar en la terraza.

Airam se sintió feliz al ver su hogar lleno de vida. Nunca había tenido a tantas personas durmiendo en su enorme casa. Cenaron todos juntos y, al acabar, Olivier y Airam salieron a la terraza a sentarse en unas hamacas para hablar y saborear unas copas de Zacapa XO.

—Mañana iremos a comprarte un traje de neopreno —anunció Airam.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitarás. El agua aún está fría para sumergirse en ella en bañador. Hablaré con un amigo para que me deje su yate pasado mañana y nos iremos a las Columbretes. Tú has cumplido tu ofrecimiento de ir a la ópera y yo voy a cumplir el mío de visitar las islas. Prepárate para bucear entre langostas y meros.

—Preparado estoy. Deseando que pase mañana…

De repente oyeron que Nkuku gritaba agitada:

—¡Venid, venid a la televisión, ha salido George!

Airam y Olivier dejaron el ron y entraron en el salón a toda prisa. Todos miraron atentos a la pantalla. Emitían noticias y se veía un enorme auditorio repleto. En una pequeña ventana de la esquina superior derecha de la pantalla, efectivamente aparecía la cara de George. Airam subió el volumen, y se oyó hablar en inglés a un periodista.

—Como venimos informando, durante estos días se ha reunido por primera vez lo que han llamado el Consejo Étnico, con representantes de los consejos de las etnias de Nigeria. Han acudido delegaciones de doscientas cuarenta de las doscientas cincuenta etnias del país. Parece que, una vez superados los enfrentamientos violentos con la policía que siguieron ustedes por nuestra cadena, tenemos buenas noticias. Entrevistamos a su portavoz, Oblan Agbọrọsọ, ¿Cómo han alcanzado el acuerdo de abolir la ablación?

Nkuku y Airam aplaudieron con fuerza al tiempo que gritaban «¡bien!, ¡bien!». Yeji miraba sin saber lo que pasaba, de modo que Nkuku se lo fue traduciendo.

—Chisss, atentas, que va la respuesta del portavoz —advirtió Olivier.

—Tras muchas horas de asamblea y de reunirnos con el ministro, hemos entendido que la ablación era un acto cruel porque hacía mal a nuestras mujeres, no solo físicamente, sino también a su vida: era una traición hacia ellas. No puede ser que nos mostremos tan respetuosos con la madre naturaleza, a la que no queremos causar ningún daño, y no con las madres de nuestros hijos. A partir de ahora se celebrarán los rituales de paso a la edad adulta en todos los poblados igual que se venían celebrando, excepto la ablación, que ya no se practicará a nadie.

Así se conservarán las tradiciones y se erradicarán las traiciones.

Airam, Nkuku y Yeji se fundieron en un abrazo con los ojos llenos de lágrimas de alegría. Desapareció la imagen del portavoz del Consejo Étnico y apareció a toda pantalla la que ocupaba la pequeña ventana. Se vio a una periodista, en otro lugar, junto a George.

—Mirad el rótulo de abajo —señaló Olivier—. Van a entrevistar al recién nombrado ministro de Seguridad de Nigeria.

—¡Bien! —exclamó Airam eufórica—. ¡George ha aceptado el encargo y ya le han nombrado ministro!

—El acuerdo alcanzado en el Consejo Étnico —respondió George a la entrevistadora— ha sido fruto de una negociación con el Gobierno. Tras retirar a los antidisturbios, hemos dialogado y llegado a un entendimiento: a cambio de que las leyes de las tribus respeten la ley de Nigeria aboliendo de hecho la ablación, el Gobierno deja libre al Consejo Ochie que detuvo. Además, nos hemos comprometido a dar un estatus consultivo del Gobierno a este Consejo Étnico para que sirva de canal de diálogo. Estamos seguros de que es la vía para hacer compatibles las leyes federales y las tradiciones, que de ninguna forma queremos que se pierdan, porque son el alma de Nigeria. Al contrario, nuestro deseo es impulsar que algunas se recuperen en las grandes ciudades donde la inmensa mayoría de los habitantes las han abandonado, pero, eso sí, adaptándolas al siglo XXI para que respeten los derechos humanos.

—Me alegro de que mi padre vuelva libre al poblado —dijo Nkuku.

Airam observaba a George con admiración, dando pequeños saltos y aplaudiendo. Recordó sus palabras cuando hablaron de la ablación: «Si algún día se me presenta la ocasión de actuar para que se detenga esa barbarie, no dudes que lo haré». ¡Vaya si lo había hecho! La periodista continuó entrevistando a George.

—Díganos cómo ha logrado en pocos días desarticular la trama más importante de tráfico de armas, detener a varias bandas armadas, entre ellas la más buscada y sanguinaria, la de Olamilekan, y detener al Consejo Ochie, que ha permitido abolir de hecho la ablación. Todos esos éxitos le han valido el nombramiento de ministro, pero hay mucha

gente que cree que eso no es suficiente, que debería ser declarado héroe nacional.

—¡Que le declaren héroe! ¡Es mi héroe! —exclamó la capitana.

George contestó mirando fijamente a la cámara:

—Yo no soy ningún héroe. Todo se lo debemos a una valiente mujer española que quiere permanecer en el anonimato. Vino a Nigeria, arriesgando su vida varias veces, para descubrir quién había matado a cinco jóvenes ahogándolas en el mar Mediterráneo. Lo consiguió gracias a su tenacidad y, como consecuencia, logramos todos esos éxitos. Yo he hecho lo que hubiera hecho cualquier policía. El mérito es de esa gran mujer. Espero que un día me permita decir su nombre, porque ella es la heroína, no yo. Desde aquí le mando el agradecimiento y el cariño de Nigeria —dijo George mirando fijamente a la cámara.

—Airam —dijo Nkuku—, se refiere a ti. Tú eres esa valiente mujer.

—Valiente tú, por desafiar las leyes de Amaghị para descubrirnos lo que sucedió, y valiente Yeji por no hacer la ablación a Alika —contestó Airam con un nudo en la garganta.

Todos abrazaron a la capitana haciendo una piña en torno a ella. La emoción invadió el salón.

—Vamos a dejar al ministro —continuó la entrevistadora— mientras asiste en estos astilleros a la botadura de los dos buques de salvamento más importantes de Nigeria, el Airam y el Alika.

En ese momento hicieron *zoom* en la proa de los buques, en cuyas amuras se leían claramente los dos nombres. Airam no podía creerse lo que estaba viendo. No podía parar de llorar de alegría.

—Una última pregunta, ministro —dijo la periodista—: ¿por qué los nombres de Airam y Alika para estos imponentes buques?

—Es lo primero que he decidido como ministro. En distintas lenguas, Airam significa «libertad», y Alika, «la más bella». Alika Airam: «la más bella libertad».

—¡Viva la televisión! —dijo Nkuku.

—*Ogologo ndu!* —exclamó Yeji.

Todos en la casa aplaudieron la intervención de George.

—Mamá, ¡qué fuerte! —exclamó Vicky—. Hay un barco en Nigeria que lleva tu nombre… Algún día tendremos que ir a verlo.

La emoción había desbordado a Airam, que tuvo que sentarse en el sofá porque le flaqueaban las piernas. Pensaba que, efectivamente, era muy fuerte. Recordó, de su visita con George al astillero de Lagos, que los nombres previstos para los buques eran Buhari y Jonathan, los de los últimos presidentes de Nigeria. George había tenido el arrojo de cambiar los nombres de los buques a pesar de que Buhari había salido reelegido en las elecciones celebradas el día que las amigas embarcaron de polizonas. Buhari lo nombró ministro y lo primero que hizo como tal fue quitar su nombre del buque para poner el de Alika o el de Airam.

En el sofá la capitana estaba arropada por los brazos de Olivier, que secaba, con un pequeño pañuelo y mucha delicadeza, las lágrimas de alegría que corrían por sus mejillas.

—Ese George debe de ser un gran tipo —dijo Olivier.

—Sí, es un tipo grande y un gran tipo —respondió Airam entre sollozos—. Ha encontrado el equilibrio entre lo que él quería y lo que yo no aceptaba para reconocer lo que hice. Es un detalle que me llega al alma. Le llamaré mañana para agradecérselo.

Airam se acercó a Yeji, la cogió de las manos y le pidió a Nkuku que la tradujera.

—La abolición de hecho de la ablación ha sido gracias a ti, a tu valentía por no practicársela a tu hija. Has evitado que millones de mujeres sufran esa barbarie.

—Sí, pero no imaginaba que lo pagaría con la vida de mis dos hijas.

—No pienses eso, porque no fue la causa de su muerte. Su muerte se produjo por culpa de dos desalmados, y su huida de Amaghị se debió al hechicero, no a que tú no hicieras la ablación. Sin embargo, abolirla sí que ha sido consecuencia de tu decisión.

Transcurrido un buen rato, en el que todos estaban exultantes por las noticias, Airam y Olivier volvieron a salir a la terraza para tumbarse en las hamacas y seguir saboreando sus copas de ron mientras el resto

continuaba pendiente de la televisión. Airam puso una suave música de fondo y reflexionó acerca de que un pequeño paso como no practicar la ablación a una niña se había convertido en el gran paso para abolir esa atrocidad. Lamentaba que para conseguirlo Alika y sus amigas hubieran pagado con su vida, pero se consolaba pensando que al menos sus muertes habían servido para algo tan trascendental como encomiable.

Mientras la capitana estaba absorta en sus pensamientos, la luna comenzó a despuntar. A lo lejos, en el horizonte, apareció un punto de un rojo intenso, como si un volcán en erupción emergiera del mar, y en unos segundos ese punto fue creciendo. Se convirtió en una luna llena que se elevó majestuosamente en el cielo cambiando de color. Pasó del rojo intenso al rosa pálido para acabar con el blanco, que reflejaba en el mar un precioso camino de plata.

—Qué salida de luna más espectacular se disfruta desde aquí —dijo Olivier—. Siempre me ha llamado la atención lo roja que sale cuando asoma por el horizonte, parece incandescente.

—Yo lo llamo «amanecer de luna» —respondió Airam—. La salida de la luna con el mar por delante es una visión grandiosa que se puede disfrutar pocos días al año como hoy, casi llena y sin nubes que desluzcan el espectáculo. Para mí es aún más grandiosa que las puestas o las salidas del sol. Y lo mejor es que no hay dos iguales. Yo quiero que mis días sean como las salidas del sol o de la luna. Bellos y distintos. Habrá nublados y con tormenta, pero que sean los menos posibles.

—Yo quiero lo mismo, así que vamos a aliarnos para que el deseo se nos cumpla.

—A partir de ahora la luna me recordará a las cinco chicas de la estrella de ébano. Ha sido su cómplice en momentos decisivos: en fase creciente gibosa, iluminó el camino de Nkuku hasta la pensión de Akamkpa para encontrarnos; ya llena, alumbró el espectáculo dantesco de las cinco chicas nadando desesperadas tras ser arrojadas por la borda del Crossover y también el camino de Alika hasta el hospital de Calabar; nos guio a Doyo y a mí en una noche aciaga para encontrar la pensión; y nos alumbra hoy, que ha terminado todo. ¿Sabes que a

veces, al ver la luna llena, imagino que llego allí con una nave para alunizar? —dijo Airam señalándola con el dedo.

—No te dejarían alunizar —contestó Olivier.

—¿Por qué?

—Es obvio. Porque está llena, tú lo has dicho. Si está llena no cabe nadie más…

Ambos se rieron.

—Tú siempre con humor —añadió Airam.

—Hablando en serio, entonces podemos decir que tu aventura ha transcurrido entre dos lunas llenas, empezó cuando las tiraron por la borda y termina hoy —dijo Olivier.

—No. Ha sido entre tres lunas llenas. Entre la inicial y la final hubo otra: el día que rompí con Cele.

Airam recordó ese amargo día: el que Nkuku les contó la ceremonia de transición a la edad adulta; el que se enteraron de que Alika fingió la ablación; el que pidió el permiso sin sueldo; el que pilló por teléfono a Cele y rompió con él; el que Doyo y ella no encontraban la vuelta a la pensión y fue la luna llena la que les guio; el que acabó con Doyo en la cama. Pero eso último jamás se sabría.

—Los días desde aquella primera luna llena hasta ahora me han pasado volando —aseguró Airam—, y eso que me han cambiado a mí y han cambiado mi vida.

—Y, además, tu empeño no solo ha resuelto el enigma de las cinco amigas, también ha permitido todas esas detenciones. Esas decenas de desalmados no asesinarán a nadie más.

—Ha sido un trabajo colectivo. Sin Doyo, sin sus colegas universitarios de Lagos y Calabar, sin mi amiga, la médica forense, y su hija, del Jet Propulsion Laboratory, sin George, sin Nkuku, sin Yeji, que no hizo la ablación de Alika, sin ti, sin la valentía de las cinco polizonas, sin mi jefe de SASEMAR, que contactó con el puerto de Róterdam para subirme a tu buque… sin todos ellos no se hubiera conseguido lo que hemos logrado. Esta aventura me ha dado una lección que tenía olvidada: las amistades y el capital relacional que tenemos son un tesoro que hay que cuidar y hacer crecer. Son nuestros

ahorros emocionales. Con ellos podemos alcanzar objetivos imposibles en solitario.

—Tienes razón. Pero esta aventura también nos habla del valor de la confianza. Ha habido dos momentos clave en los que supiste confiar en dos personas sin conocerlas: en George y en mí. Si no hubieses dado esos pasos, no se habría resuelto el caso. Tú has sabido confiar, y no solo en tus amigos, que es lo fácil. Ha sido un trabajo coral, pero tú has sido la directora, la protagonista principal y la que más ha arriesgado.

—Y la que ha tenido mucha suerte. Porque si no hubieran abierto la puerta de la habitación Babatunde y Egbichi antes que yo, habría muerto en el atentado; si no nos hubiera puesto el collar la dueña de la pensión, Nkuku no podría habernos localizado; si no me hubiera caído por la escalera, no habríamos ido a la enfermería, donde descubrimos los arañazos de Danilo; si no me hubiera puesto el amuleto Doyo, mi vida habría acabado en aquel sacrificio…

—La suerte siempre es un factor importante —añadió Olivier—, pero esa suerte que has tenido tú no es una lotería, te la has trabajado. La suerte es como la inspiración, llega cuando llega. Y como dijo Pablo Picasso, más vale que te pille trabajando. Eso ha pasado con tu suerte, te ha llegado cuando estabas trabajando en resolver tus incógnitas.

—También he recibido mis premios. No esperaba nada más que la satisfacción de resolverlas y, sin embargo, fíjate en lo que me he encontrado: el buque con mi nombre, conocerte a ti, recobrar las amistades que tenía dormidas, envalentonarme para dejar a mi marido, traer a Nkuku, a Yeji y a las mellizas a mi casa… Averiguar lo que les pasó a mis cinco estrellas ha desatado un tsunami en mi vida, que ahora es mucho más rica y feliz.

—No solo tu vida. Puedes estar muy orgullosa, porque gracias a tu tesón, confianza y valentía, millones de mujeres ya no tendrán que sufrir lo que sufrieron sus antepasadas.

Mientras saboreaban otra copa de Zacapa XO, entró un e-mail en el teléfono de Airam.

—Disculpa, Olivier, me fastidia la inmediatez, pero tengo que leer lo que me llega por si es una urgencia. Aunque esté de permiso, no puedo

evitarlo, porque no me quedo tranquila.

Olivier asintió con la cabeza y la observó mientras leía. Se dio cuenta de que era algo importante por la cara de circunstancias que ponía. Le preguntó, en cuanto acabó de leerlo:

—¿Algún problema?

—Son unos e-mails de la Dirección General de Migraciones de España dirigidos a nuestras amigas africanas, que recibo en mi correo electrónico porque lo puse como medio de contacto con ellas. Son iguales. Mira lo que comunican —dijo entristecida.

Olivier se puso las gafas y leyó uno:

> En el marco de lo previsto en la Ley Orgánica 4/2000, de 11 de enero, sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social, y en el Reglamento de dicha Ley, aprobado por el Real Decreto 557/2011, de 20 de abril, **le comunicamos que su nombre ha sido incluido en el Registro Central de Extranjeros**, a los efectos de control de su periodo de permanencia legal en España, de conformidad con la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal.
> Asimismo le recordamos que dispone de un visado de validez territorial limitada para la estancia en España que no habilita para la búsqueda de empleo y en virtud del cual no podrá permanecer en este país más de noventa días por semestre. Transcurrido este tiempo usted deberá abandonar España salvo que solicite una prórroga, aportando documentos que prueben las razones de excepción que se aleguen para solicitarla, junto a una justificación de que dispone de **medios de vida** para mantenerse durante el tiempo de prórroga, un seguro de viaje y finalmente, aquellos documentos que garanticen que regresará a su país de origen como puede ser un billete de avión en el que la fecha de vuelta esté comprendida dentro del límite de duración de la prórroga de la estancia.

—Has acabado tu lucha en Nigeria, pero ahora empieza la lucha con las leyes españolas para que las cuatro se queden aquí —advirtió Olivier.

—Sí, pero en esta lucha no hay persecuciones, ni atentados, ni víboras venenosas, ni tribus que hagan sacrificios…

—Eso significa que esta lucha será menos peligrosa, pero no que sea

más fácil de ganar. La burocracia es un monstruo sin cuerpo y sin alma. No es nada fácil luchar contra algo así —puntualizó Olivier.

—Tienes razón. Pero vivir es elegir y yo elijo luchar. Lucharé con todas mis fuerzas y con las de Nkuku, Yeji y las mellizas. Cuento contigo, ¿verdad, Olivier?

—¡Por supuesto! Ahora tengo todo el tiempo del mundo para acompañarte en esta nueva lucha.

—Todo el tiempo para la lucha, nooo —susurró Airam mirando los labios de Olivier.

—Bueno, un poco para la lucha y el resto para nosotros —musitó el capitán acercando su boca a la de Airam.

—Mejor así.

Sellaron su aventura con un largo y jugoso *savium* que les supo a gloria y esa noche, al fin, fundieron sus cuerpos y se amaron apasionadamente. La salida del sol les sorprendió aún despiertos. Fue el maravilloso preludio de una nueva vida juntos.

Notas del autor

Fuentes de inspiración

La fuente de inspiración de esta novela tiene siete nombres propios: los de los siete polizones extranjeros del buque Horizon Armonia repatriados el 28 de febrero de 2019 desde PortCastelló a Nigeria en vuelo chárter PVG 7995.

También tiene muchos nombres comunes, como comunes y lamentables son sus presencias a lo largo de todo el mundo: rescate de migrantes en el mar, ablación, trata de mujeres, contrabando de armas; falta de igualdad, de agua potable, de sanidad y de educación.

Notas sobre Nigeria

Nigeria es un país complejo en multitud de dimensiones, lleno de enormes contrastes, y a la vez es apasionante, como puede deducirse de la lectura del libro. Quizá si hubiera utilizado un nombre ficticio de país con los mismos datos expresados a lo largo del texto, hubiera parecido un país inverosímil. Pero a veces, lo más inverosímil es la vida real. Esta novela está basada en datos, escenarios y situaciones reales. La trama es ficticia pero los datos económicos, lingüísticos, históricos, geográficos, físicos y demográficos que figuran en la novela sobre

Nigeria son verídicos. También lo son los datos mundiales sobre ablación, educación, sanidad y agua potable. Existen ángeles de la muerte, la Venecia de los Pobres, Maroko, los niños de Calabar, Nollywood y la cultura nok.

Los detalles descritos en el funeral, la boda, el parto y la transición a la edad adulta se corresponden con los de esos ritos en distintos pueblos de África, aunque no necesariamente se presentan todos juntos en un poblado. Lo comentado sobre la revolución igbo es, por suerte, verídico, como terriblemente ciertos son los datos sobre Boko Haram y sobre la esclavitud, que sigue existiendo en el siglo XXI.

Las supersticiones y los refranes reproducidos en el texto forman parte de la cultura africana.

Son accesibles por internet los informes de la cátedra de paz, seguridad y defensa de la Universidad de Zaragoza y de la fundación Friedrich Ebert sobre crimen organizado en Nigeria donde se recogen como crímenes más comunes tráfico de drogas, tráfico de armas, tráfico de personas, robo a mano armada, blanqueo de capitales, piratería y mafias. En ellos se detalla cómo los criminales nigerianos están presentes en setenta países gracias a que cuentan con una gran organización y a que las redes basadas en lazos familiares o étnicos les aseguran secreto, lealtad y confianza.

Los escenarios en los que ha transcurrido la novela son reales. PortCastelló, el Clara Campoamor, Lagos, Calabar, Akamkpa, Parque Nacional de Cross River, el puerto de Róterdam… pero el nombre del poblado, Amaghị, que en igbo significa desconocido, es ficticio. No he empleado un nombre real porque no he querido señalar un poblado concreto.

La casa de Airam está ubicada cerca del meridiano de Greenwich: 40º 03’ 22’’N y 0º 05’ 20’’E. Está casi en la misma latitud que las islas Columbretes: 39º 53’ 59’’N y 0º 41’ 11’’E.

El buque que inspiró la novela, por llevar polizones a PortCastelló, era el Horizon Armonia, pero por necesidades argumentales se le ha denominado Crossover. La descripción de cómo entraron las polizonas en el buque se corresponde con lo que hicieron los siete polizones del

Horizon Armonia. Tras completarse la repatriación, el buque fue retenido en PortCastelló por orden de la capitanía marítima hasta que el armador taponó de forma perdurable el hueco en el casco de la embarcación por el que se colaron los polizones. El procedimiento de repatriación, por más costoso o alambicado que parezca, se corresponde con la orden actualmente vigente en España.

Proverbios africanos en el diario de Airam

Cada arroyo tiene su fuente.

Cada persona deja sus huellas.

El cazador busca la pieza, la pieza no busca al cazador.

El cazador no se frota con grasa y se pone a dormir junto al fuego.

El día nunca retrocede.

El mal penetra como una aguja y luego es fuerte como un roble.

El río se llena de pequeños arroyos.

El río sigue su curso sin esperar al sediento.

Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de caza siempre glorificarán al cazador.

La mentira puede correr un año, la verdad la alcanza en un día.

La piel del leopardo es bonita, pero su corazón malvado.

La risa hace más agradable la vida en el pueblo.

La unión en el rebaño obliga al león a acostarse con hambre.

Las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran.

Los tambores de guerra son tambores de hambre.

Muchas palabras no llenan un cesto.

Muchos nacimientos significan muchos entierros.

No puedes esconder el humo si encendiste fuego.

Para una hormiga es más fácil transportar una montaña que mover a los que mandan.

Quien dice la verdad nunca se equivoca.

Quien escucha la voz del anciano es como un árbol fuerte; quien se tapa los oídos es como una rama al viento.

Quien hace preguntas no es tonto.

Quienes llegan antes al río encuentran el agua más limpia.

Si quieres ir deprisa, ve solo. Si quieres llegar lejos, ve acompañado.

Trabajamos en la superficie, las profundidades son un misterio.

Trabajar el campo es duro, pero más duro es el hambre.

Un amigo es como una fuente de agua durante un viaje largo.

Un amigo trabaja a la luz del sol, un enemigo en la oscuridad.

Un asno siempre da las gracias con una coz.

Un perro no entra en una casa donde hay hambre.

Una mentira puede matar mil verdades.

Una persona que se cambia de ropa siempre se oculta mientras se está cambiando.

Agradecimientos

A Elena Rincón Plaza, jefa de marca corporativa y comunicación de la Autoridad Portuaria de Castellón y maestra de las palabras, por ser fuente de inspiración y fontana de buenas ideas que han mejorado cuantitativa y cualitativamente esta obra.

A Francisco Fernández Beltrán, profesor de Comunicación de la Universitat Jaume I, DIRCOM, conferenciante y escritor, por su atenta lectura de este libro, sus correcciones y sus doctos consejos, que han sido imprescindibles para que la novela madurara.

A Pablo Sebastiá Tirado, escritor castellonense que me inoculó el virus de la escritura al invitarme a colaborar en un libro suyo. Gracias a él he descubierto que una novela no solo se puede disfrutar leyéndola, sino también, e incluso más, escribiéndola.

A Ángeles Durán Mañes, profesora de Periodismo en el centro de enseñanza superior Alberta Giménez de Palma de Mallorca y presidenta de la Asociación de Periodistas de las Islas Baleares, por sus correcciones, comentarios y consejos, que han enriquecido la novela.

A Eva Alcón Soler, rectora de la Universitat Jaume I, que se prestó a ser lectora cero, a pesar de sus numerosas obligaciones, por su *feedback* y su sensibilidad.

A Amparo Ramírez Moliner, lectora compulsiva, como ella misma se denomina, cuyo entusiasmo tras leer la novela me insufló ánimos para publicarla.

A Berta Durán Mañes, por sus comentarios como bióloga, que han resultado necesarios en algunos pasajes.

A Cristina del Valle, presidenta de la Plataforma de Mujeres Artistas contra la Violencia de Género y a la Fundación Isonomia, por sus clases prácticas de sororidad. Sin ellas, probablemente no habría concebido la trama de este libro.

A Santiago Posteguillo Gómez, escritor consagrado y profesor de la Universitat Jaume I, por sus consejos para adentrarme en el mundo editorial. Ha sido un lujo poder contar con su experiencia.

A la Universitat Jaume I, de la que he tenido el honor de ser rector, por las oportunidades que me ha dado para crecer profesionalmente en los ámbitos docente, investigador y de gestión.

A la comunidad portuaria castellonense, por acogerme como uno más cuando fui nombrado presidente de la Autoridad Portuaria y por todo lo que su gente me ha enseñado del mundo marítimo. Trabajar en PortCastelló me permitió conocer de primera mano tanto la encomiable actividad de SASEMAR, la Sociedad Española de Salvamento y Seguridad Marítima, como la problemática de la repatriación de polizones.

Al capitán del Clara Campoamor Jesús G. Lanchares y Peral, al primer oficial de cubierta Juan Sambad Castro, al segundo oficial de cubierta José España Barrada y al jefe de máquinas Alberto de Laburu Bayón, por su gentileza al acompañarme en mi visita al buque y por las detalladas explicaciones que me permitieron conocer multitud de detalles de este magnífico remolcador de SASEMAR, vanguardista, polivalente y referente mundial en su cometido. Sin sus enseñanzas gran parte de esos detalles hubiesen sido inalcanzables para mí.

A Ana María Caballero, por ver en la novela lo que yo no veía, por sus sugerencias y por sus abundantes comentarios, todos ellos acertados. Ha sido un lujo contar con su profesionalidad como editora.

A mi padre, Paco, y a mi madre, Estrella, por su apoyo incondicional y porque me inculcaron buenos hábitos y valores que han sido claves en mi vida y en la escritura de esta novela. Lamentablemente ya no podrán leer este agradecimiento, pero no por ello quiero dejar de

hacerlo constar.

Una mujer luchadora y valerosa

Airam siempre consigue lo que se propone. Su ambición y talento la han convertido en capitana de un gran buque de salvamento marítimo, pero su primera travesía a bordo del Clara Campoamor se ve marcada por un funesto hallazgo.

Una tragedia en el Mediterráneo

Los cuerpos de cinco jóvenes africanas flotan en el agua creando una trágica composición en forma de estrella. Tras rescatar los cadáveres, la capitana no puede dejar de preguntarse por qué murieron y por qué las encontraron atadas las unas a las otras.¿Qué relación había entre ellas? ¿Qué las empujó al mar?

Un viaje hacia la verdad

El fatídico rescate está a punto de desatar un tsunami en la vida de Airam. La capitana quiere averiguar qué les ocurrió a esas mujeres, aunque para ello tenga que viajar hasta el corazón de Nigeria.

La conmovedora historia de unas mujeres que soñaron con la libertad, pero a quieres arrebataron el futuro.

Francisco Toledo Lobo es doctor en Matemáticas y catedrático de Ciencias de la computación e Inteligencia artificial en la Universitat Jaume I, institución de la que fue rector durante nueve años. Fue también presidente de la Autoridad Portuaria de Castellón, del organismo público Puertos del Estado y del consejo de administración de SASEMAR, la Sociedad de Salvamento y Seguridad Marítima. Además, puso en marcha y presidió la Fundación Isonomía, dedicada al asesoramiento y orientación en materia de igualdad.

Ha recibido distinciones honoríficas como el título doctor *honoris causa* por la Universidad Ricardo Palma de Lima, la medalla de oro Machu Pichu del Instituto Nacional de Cultura de Perú y las medallas de honor de la Universitat Jaume I y de la Autoridad Portuaria de Castellón.

En la actualidad escribe de forma habitual artículo de opinión en distintos periódicos. *La estrella de ébano* es su primera novela.

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Francisco Toledo Lobo
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: © Josep Dols
Fotografía de portada: © Trevillion

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6538-6

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La estrella de ébano

1. El rescate
2. Santa María del Mar
3. Recuperando a una amiga
4. La incomprensión de Cele
5. Recuperando a un amigo
6. Las hijas de Airam
7. Ayuda tecnológica
8. Doyo
9. Ayuda universitaria
10. Las primeras respuestas
11. Nigeria puede esperar
12. La gran decisión
13. El comienzo del viaje
14. Compartiendo secretos
15. Ángeles de la muerte
16. Visita al consulado
17. Sintiendo el peligro
18. Sintiendo el miedo
19. El jefe de policía
20. Confiando en George
21. La Venecia de los Pobres
22. La sorpresa de George
23. Confidencias íntimas

24. La visita al museo
25. La iniciativa de Airam
26. El paraíso de la nación
27. La visita al poblado
28. Primera cita con Nkuku
29. Las leyes del poblado
30. Nala y el paso a la edad adulta
31. La sorpresa de Cele
32. El valor de los libros
33. La lucha por el agua
34. Folami
35. Sin sanidad no hay paraíso
36. El coraje de Nkuku
37. Al filo de la muerte
38. El móvil del secuestro frustrado
39. Rematando el interrogatorio
40. Descubriendo el secreto de Alika
41. El jefe del poblado
42. La fuga
43. Buenas nuevas
44. Identificando el buque
45. Adiós, OK
46. Róterdam
47. Polizones extranjeros
48. El capitán Olivier
49. Mesié
50. Una caída afortunada
51. La confesión

52. La justicia de Olivier

53. Escala en Castellón

54. Un nuevo reto

55. El Consejo Ochie

56. El secreto de Nkuku

57. De vuelta a casa

Notas del autor

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Francisco Toledo Lobo

Créditos